

CLIVE CUSSLER

LA ODISEA DE TROYA

Lectulandia

Un terrible huracán está a punto de arrasar un hotel flotante teóricamente indestructible, una extraña capa de lodo está destruyendo el fondo marino, y en las profundidades del Caribe aparecen los restos de un navío de la Edad de Bronce. Dirk, ayudado por sus hijos gemelos (*La cueva de los vikingos*), tendrá que esclarecer todos esos enigmas, tras los cuales se perfila la sombra del misterioso magnate Specter y su laboratorio secreto en Nicaragua...

Lectulandia

Clive Cussler

La odisea de Troya

Dirk Pitt - 17

ePub r1.0

TaliZorah 30.10.13

Título original: *Trojan Odyssey*
Clive Cussler, 2003
Traducción: Alberto Coscarelli
Ilustraciones: John Wells

Primer editor: Alicantino79
Editor digital: TaliZorah
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Mi más profundo agradecimiento a Imán Wilkens y su esclarecedor libro Where Troy Once Stood, en el que sugiere una solución más práctica del misterio de la guerra de Troya narrada por Homero.

También quiero dar las gracias a Mike Fletcher y Jeffrey Evan Bozanic por sus conocimientos sobre los respiradores subacuáticos.

En cariñoso recuerdo de mi esposa, Barbara, que camina con los ángeles...

PRÓLOGO

NOCHE DE INFAMIA

Alrededor de 1190 a. C., una ciudadela en una colina cerca del mar.

Era un montaje sencillo, creado con una aguda comprensión de la curiosidad humana, y cumplía con su función impecablemente. El feo monstruo con las cuatro gruesas patas de madera instalado sobre una plataforma también de madera alcanzaba una altura de casi doce codos. La estructura, sostenida por las patas, tenía una forma triangular con los extremos abiertos. En la joroba instalada delante de la estructura triangular se habían hecho dos cortes que simulaban los ojos. Los flancos estaban cubiertos con pieles de vaca. La plataforma que soportaba las patas se apoyaba en el suelo. No se parecía a nada que los habitantes de la ciudadela de Ilión hubiesen visto antes.

Para algunos con la imaginación más viva, se parecía vagamente a un caballo con las patas tiesas.

Los dárdanos se habían despertado aquella mañana convencidos de que verían a los aqueos alrededor de la fortaleza, y dispuestos para el combate como lo habían estado durante las últimas diez semanas. En cambio, se encontraron con la llanura desierta. Lo único que veían eran las densas nubes de humo que se elevaban de los restos de lo que había sido el campamento enemigo. Los aqueos y su flota se habían esfumado. Al abrigo de la oscuridad de la noche habían cargado las naves con las provisiones, los caballos, las armas y los carros, y se habían marchado. El único testimonio visible de su presencia era el misterioso monstruo de madera que habían dejado atrás. Los exploradores dárdanos regresaron con la confirmación de que en el campamento aqueo no quedaba ni un alma.

La multitud, delirante de entusiasmo tras la confirmación de que el asedio de Ilión había acabado, abrió la puerta principal de la ciudadela y se lanzó a la llanura donde ambos ejércitos habían derramado su sangre en un centenar de feroces batallas.

En un primer momento se sintieron intrigados por el coloso. Hubo algunos que sospechaban la posibilidad de una trampa y propusieron quemarlo. Pero muy pronto descubrieron que era sencillamente una inofensiva estructura instalada sobre cuatro toscas patas de madera. Un hombre trepó por una de las patas, entró en la estructura y comprobó que estaba vacía.

—¡Si esto es lo mejor que pueden hacer los aqueos para representar a un caballo—gritó desde lo alto—, no tiene nada de particular que los venciéramos!

La multitud se echó a reír y prorrumpió en gritos de alegría cuando llegó el rey Príamo en su carro. El monarca se apeó del vehículo y respondió a las aclamaciones de sus súbditos. Luego caminó alrededor de aquella curiosa construcción, dispuesto a encontrarle algún sentido.

Convencido de que no representaba ningún peligro, lo declaró botín de guerra y ordenó que lo arrastraran sobre rodillos a través de la llanura hasta la entrada principal de la ciudadela, donde permanecería como un monumento a la gloriosa victoria sobre los invasores aqueos.

El feliz acontecimiento se interrumpió cuando dos soldados se abrieron paso entre la concurrencia llevando un prisionero, un aqueo que había sido abandonado por sus compañeros. Se llamaba Sinón, y se lo conocía por ser primo del poderoso Ulises, rey de Ítaca, y uno de los jefes de las tropas que habían asediado Ilión. Al ver a Príamo, Sinón se echó a los pies del viejo monarca y suplicó que le perdonara la vida.

—¿Por qué te han dejado atrás? —preguntó el rey.

—Mi primo prestó oído a aquéllos que son mis enemigos y me expulsó del campamento. De no haber sido porque me oculté en un bosquecillo cuando ellos empujaron las naves al mar, sin duda me habrían arrastrado hasta morir ahogado o comido por los peces.

Príamo observó atentamente al prisionero.

—¿Qué significa esta aberración? ¿Para qué sirve?

—A la vista de que no podían conquistar tu fortaleza y que nuestro poderoso héroe Aquiles murió en la batalla, creyeron que habían perdido el favor de los dioses. El caballo lo construyeron como una ofrenda para pedir que todos regresaran sanos y salvos al hogar.

—¿Qué necesidad había de hacerlo tan grande?

—Para que no pudieras entrarlo como botín de guerra en la ciudad, donde habría sido un testimonio de la mayor derrota sufrida por los aqueos.

—Sí, comprendo su idea. —El viejo y sabio Príamo sonrió—. Claro que no cayeron en la cuenta de que podía cumplir el mismo propósito fuera de la ciudad.

Un centenar de hombres cortaron y pulieron los troncos para los rodillos. Después otros cien amarraron las cuerdas, formaron dos columnas y comenzaron a arrastrar el botín a través de la llanura que se extendía desde el pie de la colina donde se alzaba la ciudadela y el mar. A medida que se agotaban sus fuerzas, otros hombres ocupaban sus lugares en las cuerdas y seguían arrastrando el monstruo de madera. A finales de la tarde, después de superar el obstáculo de la pendiente, consiguieron su propósito y la enorme efigie quedó instalada delante de la puerta. Los habitantes salieron en masa y por primera vez en más de dos meses lo hicieron libremente sin miedo al enemigo. La multitud contempló con asombro lo que ahora se llamaba el caballo de Troya.

Entusiasmadas a más no poder por comprobar que al fin se había acabado la interminable serie de batallas, las mujeres y niñas de la ciudad abandonaron la protección de las murallas y recogieron flores para confeccionar las guirnaldas que adornarían la grotesca criatura de madera.

—¡La paz y la victoria son nuestras! —gritaban, jubilosas.

En medio de tanto regocijo, Casandra, la hija de Príamo, a quien consideraban como una perturbada debido a sus agoreras predicciones, gritó:

—¿Es que no lo veis? ¡Es una trampa!

Laocoonte, el sacerdote barbado, se mostró de acuerdo.

—Os dejáis engañar por la alegría. Sois unos idiotas al confiar en los aqueos que portan regalos.

Laocoonte echó el brazo hacia atrás y con un tremendo impulso arrojó su lanza contra el vientre del caballo. La punta atravesó la madera y solo quedó a la vista el astil que vibraba. La muchedumbre se echó a reír ante la insensata muestra de escepticismo.

—¡Casandra y Laocoonte están locos! El monstruo es inofensivo. No es más que un montón de tablas y troncos atados.

—¡Idiotas! —insistió Casandra—. Solo un estúpido creería en Sinón el aqueo.

Un guerrero se enfrentó a ella.

—Dice que, ahora que pertenece a Ilión, nuestra ciudad nunca caerá en manos del enemigo.

—¡Miente!

—¿No puedes aceptar un regalo de los dioses?

—No, si viene de manos de los aqueos —replicó Laocoonte, que se abrió paso entre la muchedumbre para entrar furioso en la ciudad.

No había manera de razonar con una multitud exultante. El enemigo se había marchado. Para ellos, la guerra se había acabado. Ahora era momento de celebrar.

En medio de tanto júbilo, nadie prestó atención a los dos escépticos. En menos de una hora el caballo de madera ya no despertaba curiosidad, y se organizó una gran fiesta para celebrar la victoria sobre los enemigos aqueos. La música de las flautas y las liras resonó dentro de las murallas de la ciudad. La gente cantaba y bailaba en todas las calles. El vino corría en todas las casas como los arroyos en las montañas. No se escuchaban más que risas mientras brindaban y vaciaban los vasos.

En los templos, los sacerdotes y sacerdotisas quemaban incienso, cantaban y hacían ofrendas a los dioses y diosas para agradecer el final del terrible conflicto que había costado la vida a tantos guerreros.

Se brindaba por el rey, los héroes del ejército, los veteranos, los heridos y los reverenciados muertos que habían participado en los encarnizados combates.

—Héctor, tú que eras nuestro gran campeón, ¡si solo hubieses vivido para disfrutar de nuestra victoria! —exclamó alguien.

—Los aqueos son estúpidos. Atacaron nuestra magnífica ciudad y se han ido con las manos vacías —proclamó una mujer que bailaba como una enloquecida.

—Han escapado como críos a los que sorprenden robando —afirmó un tercero.

Charlaban, reían y bailaban mientras el vino corría por sus venas, la realeza en su

palacio, los ricos en sus grandes casas construidas sobre terrazas, y los pobres en sus covachas pegadas contra la parte interior de las murallas para protegerlas del viento y la lluvia. Por toda Ilión los habitantes bebían y comían, dispuestos a agotar las valiosas reservas de alimentos acumuladas para resistir el asedio, como si el tiempo se hubiera detenido. A medianoche el vino y el cansancio fueron aplacando los ánimos y los súbditos del viejo rey Príamo cayeron en un sueño profundo, y por primera vez durmieron en paz desde que los odiados aqueos habían iniciado el asedio de la ciudad.

Fueron muchos quienes propusieron dejar la gran puerta abierta de par en par como un símbolo de victoria, pero prevalecieron las mentes más sensatas y la puerta se cerró con la tranca.

Habían aparecido diez semanas atrás por el norte y el este, a bordo de centenares de naves, y habían fondeado en la bahía rodeada por la gran llanura de Ilión. Al ver que la mayoría de las tierras bajas eran pantanos, los aqueos habían instalado su campamento en un promontorio y allí desembarcaron hombres y bagajes.

Como tenían las quillas recubiertas de brea, las naves eran negras por debajo de la línea de flotación; pero por encima estaban pintadas con una multitud de colores, de acuerdo con las preferencias de los monarcas que viajaban en la flota. Las naves eran impulsadas a fuerza de remos y gobernadas por un timón muy largo instalado en popa. Como eran simétricas, con la proa y la popa prácticamente iguales, podían moverse adelante y atrás sin necesidad de virar. Incapaces de maniobrar con el viento, solo izaban una gran vela cuadrada cuando la brisa soplaba de popa. Tenían unas plataformas elevadas a proa y popa a modo de puentes, y tallas figurando pájaros, en su mayoría halcones y gavilanes, adornaban la roda. El número de tripulantes variaba desde los ciento veinte guerreros en los transportes de tropa a los veinte en las embarcaciones de carga. La mayoría eran tripuladas por cincuenta y dos marinos, incluidos el capitán y el piloto.

Los reyezuelos de la región formaban una alianza que se dedicaba al saqueo de las poblaciones costeras, de la misma manera que harían los vikingos dos mil años más tarde. Venían de Argos, Pilos, Arcadia, Ítaca y de otra docena más de regiones. Aunque se los consideraba hombres altos para la media de la época, muy pocos medían más de un metro sesenta. Combatían con ferocidad, protegidos con sus corazas de bronce, formadas por planchas que cubrían el pecho y la espalda y atadas con tiras de cuero. Llevaban cascos de bronce, algunos con cuernos, otros con picas, y casi todos adornados con los escudos personales. Los brazos y las piernas se los protegían con grebas.

Eran maestros consumados en el manejo de la lanza, su arma favorita, y solo utilizaban las espadas cortas cuando rompían o perdían la lanza. Los guerreros de la Edad del Bronce casi nunca utilizaban el arco y la flecha porque lo consideraban un

arma de cobardes. En la batalla combatían con la protección de grandes escudos hechos con siete u ocho capas de piel de vaca cosidas con cordones de cuero a una estructura de mimbre y los bordes reforzados con bronce. La mayoría eran redondos, aunque también había muchos con la forma de un ocho.

A diferencia de los soldados de otros reinos y culturas, los aqueos no contaban con tropas de caballería, ni tampoco tenían carros de combate. Los caballos los empleaban para tirar de los carros que transportaban hombres y armas al campo de batalla y retiraban a los heridos. Los aqueos preferían combatir a pie, lo mismo que los troyanos. Pero ésta no era sencillamente una guerra de conquista para apoderarse de un nuevo territorio. Se trataba de una invasión para conseguir la propiedad de un metal casi tan precioso como el oro.

Antes de atracar sus naves en Ilión, los aqueos habían saqueado una docena de ciudades y pueblos a lo largo de la costa, y se habían apoderado de un considerable botín y muchos esclavos, la mayoría mujeres y niños. Pero solo podían imaginarse la inmensa riqueza guardada detrás de las recias murallas de Ilión y sus valientes defensores.

Los guerreros no las tenían todas consigo mientras miraban la ciudad edificada en lo alto de una pedregosa colina. Se fijaron en las imponentes murallas, las torres de defensa y el palacio del rey, que se elevaba en el centro. Ahora que se encontraban delante de su objetivo se convencieron de que, a diferencia de las otras ciudades y pueblos que habían saqueado, ésta no se rendiría sin una larga y sangrienta campaña.

Este convencimiento se vio reforzado cuando los troyanos salieron de la ciudad y atacaron a los aqueos en el momento de desembarcar. A punto estuvieron de acabar con la vanguardia de la flota invasora antes de que llegaran las otras naves y descargaran el grueso del ejército. Los troyanos, al verse rápidamente superados en número, se replegaron a la ciudad después de haberles dado una buena zorra a los aqueos.

Durante las diez semanas siguientes los combates se sucedieron en la llanura. Los troyanos lucharon con extraordinario tesón y valor. Los cadáveres se amontonaban desde el campamento aqueo hasta las murallas troyanas, mientras los héroes y los campeones de ambos bandos morían en los sucesivos duelos. Al final de cada día, sitiadores y sitiados encendían grandes piras para incinerar a los muertos. Más tarde construían túmulos sobre las cenizas, como monumentos a los caídos. Las bajas sumaban miles pero las batallas continuaban con el mismo ardor y ferocidad del primer día.

El valiente Héctor, hijo del rey Príamo y el más grande de los guerreros de Ilión, cayó en el campo, lo mismo que su hermano Paris. El poderoso Aquiles y su amigo Patroclo figuraban entre los numerosos muertos aqueos. Tras la desaparición del más famoso de sus héroes, los reyes Agamenón y Menelao se mostraron dispuestos a

abandonar el asedio y emprender el regreso a sus reinos. Las murallas de la ciudadela habían sido un obstáculo formidable, imposible de superar. Comenzaba a escasear la comida y habían recorrido los campos hasta acabar con todos los cultivos, mientras que los troyanos eran abastecidos por sus aliados de fuera del reino, que se habían unido a ellos en la guerra.

Cada vez más convencidos de la derrota, se dispusieron a levantar el campamento y embarcarse, cuando al ingenioso Ulises, rey de Ítaca, se le ocurrió un astuto plan como último recurso.

Mientras Ilión festejaba la victoria, la flota aquea regresó al amparo de la noche. Remaron rápidamente desde la cercana isla de Ténedos, donde se habían ocultado durante el día. Guiados por el fuego que había encendido el traidor Sinón, atracaron las naves, vistieron las armaduras y marcharon en silencio a través de la llanura, cargados con un tronco de dimensiones colosales que sujetaban con eslingas de cuerdas trenzadas.

Ayudados por una noche oscura como boca de lobo, se detuvieron cuando estaban a escasos cien pasos de la puerta sin que nadie diera la voz de alarma. Los exploradores al mando de Ulises rodearon el caballo de madera y se acercaron a la puerta.

En la torre de guardia, Sinón asesinó a los dos centinelas que dormían. El aqueo, que no tenía la intención de abrir la puerta por sí mismo —hacían falta ocho hombres fornidos para levantar la gruesa tranca de madera que sujetaba las hojas de la puerta, de veinte codos de altura—, se asomó para hablar con Ulises.

—Los centinelas están muertos y los pobladores están borrachos o dormidos —le informó en voz baja—. No hay mejor momento que éste para echar abajo la puerta.

Ulises ordenó rápidamente a los hombres que cargaban con el inmenso tronco que levantaran un extremo y lo apoyaran en la pequeña rampa que llevaba al interior del caballo. Mientras un equipo empujaba desde atrás, otro grupo de aqueos subió a la estructura y lo levantaron hasta situarlo debajo del techo triangular. En cuanto lo tuvieron dentro, lo izaron con las eslingas hasta que quedó colgado en el aire. Los troyanos no habían sospechado ni por un momento que el caballo, tal como lo había concebido Ulises, no era un caballo sino un ariete.

En el interior de la construcción, los hombres llevaron hacia atrás el tronco hasta donde lo permitían las cuerdas y después lo impulsaron hacia delante.

La punta de bronce sujeta al extremo del tronco golpeó la puerta de madera con un ruido sordo y lo hizo con tanta fuerza que se sacudieron las bisagras, aunque sin conseguir abrirla. Una y otra vez el ariete se estrelló contra la gruesa puerta. Con cada golpe la madera se rajaba un poco más, pero no cedía. Los aqueos tenían miedo de que algún troyano escuchara los golpes, se asomara a la muralla, y al ver al ejército enemigo alertara a los guerreros, que dormían la mona después de la prematura

celebración. Sinón, que no había abandonado la torre de guardia, también se mantenía alerta ante la posibilidad de que se acercara alguien atraído por el estruendo, pero aquéllos que aún estaban despiertos lo habían atribuido a los truenos de alguna tormenta lejana.

Sin decirlo, ya todos pensaban que no conseguirían sus propósitos cuando de pronto se rompió una de las bisagras. Ulises arengó a su grupo del interior del ariete para que redoblaran los esfuerzos; él mismo sujetó el tronco y unió sus fuerzas al golpe. Los guerreros tomaron ejemplo y lanzaron el ariete contra la puerta con todas sus fuerzas.

Por un momento pareció que el tremendo embate no había hecho mella en la formidable puerta, pero luego los aqueos contuvieron el aliento cuando se inclinó sobre la bisagra restante para después desprenderse con un quejumbroso quejido y caer hacia el interior sobre el pavimento de piedra. El golpe sonó como un trueno.

El ejército aqueo entró en Ilión como una manada de lobos famélicos que aullaran al oler las presas. Los guerreros ocuparon las calles como una marea incontenible. La frustración que ardía en sus pechos después de diez semanas de continuos combates sin haber conseguido otra cosa que ver cómo morían sus camaradas, se transformó en una sanguinaria sed de venganza. Nadie se halló a salvo de sus lanzas y espadas. Entraron en las casas, mataron a los hombres, saquearon todo lo que podía tener algún valor, capturaron a las mujeres y los niños y después incendiaron todo.

La hermosa Casandra se refugió en el templo, en la falsa creencia de que en el recinto sagrado estaría a salvo. Pero Áyax no paró mientes en ello: violó a Casandra tras la estatua de la diosa. Más tarde, en un ataque de remordimiento, se suicidó.

Los guerreros troyanos no fueron rivales para los feroces aqueos. Se levantaron como pudieron de sus camas, todavía borrachos, y fueron muertos antes de que pudieran darse cuenta del todo de lo que estaba pasando. No había nadie que pudiera hacer frente a un ataque de semejante ferocidad. Nadie era capaz de contener aquella ola que lo arrasaba todo. La sangre corría por las calles como un torrente. Los troyanos que consiguieron empuñar las armas murieron sin llegar a utilizarlas. Mientras agonizaban vieron cómo ardían sus casas y cómo los invasores se llevaban a sus familias, escucharon entre estertores los alaridos de sus esposas y los llantos de sus hijos por encima de los aullidos de un millar de perros callejeros.

El rey Príamo, sus cortesanos y guardias fueron asesinados a sangre fría. A su esposa, Hécuba, se la llevaron como esclava. El palacio fue saqueado a conciencia: los aqueos arrancaron las láminas de oro de las columnas y los techos y se llevaron los hermosos tapices y el mobiliario antes de que las llamas arrasaran lo que había sido un magnífico interior.

Ni un solo aqueo empuñaba una lanza o una espada que no estuviese tinta en sangre. Era como si una manada de lobos hubiese entrado en un corral de ovejas. Los

ancianos tampoco se salvaron de la matanza: los asesinaron como si fuesen conejos, demasiado aterrorizados para moverse o demasiado enfermos para escapar.

Los héroes de guerra troyanos fueron cayendo uno tras otro hasta que no quedó ninguno para empuñar una lanza contra los aqueos sedientos de sangre. En las casas incendiadas, sus cadáveres se consumían allí donde habían caído cuando luchaban por defender a sus seres queridos y sus posesiones.

Los aliados de los troyanos —los tracios, los licios, los misianos y los cícicos— lucharon con bravura, pero cayeron ante la superioridad numérica. Las Amazonas, las orgullosas guerreras que combatían codo a codo con el ejército troyano, hicieron honor a su fama y mataron a un gran número de invasores antes de ser aniquiladas.

Hasta la más pobre de las viviendas era pasto de las llamas, que iluminaban el cielo mientras los aqueos continuaban entregados a su orgía de sangre y fuego. El horrible espectáculo parecía destinado a no acabar mientras quedara alguien vivo.

Por fin los aqueos, consumida su furia y agotados después de tantos excesos, comenzaron a abandonar la ciudad incendiada para dirigirse a sus naves cargados con el botín y con los desgraciados prisioneros, fuertemente vigilados. Las mujeres cautivas, transidas de dolor por la muerte de sus maridos, lloraban con desesperación mientras llevaban a sus hijos hacia la costa, conscientes de que acabarían todos convertidos en esclavos en el país de los aqueos y sus aliados. Era lo establecido en la época brutal en la que vivían y, por aborrecible que fuera, acabarían por aceptar su destino. Algunas se convertirían en esposas de sus captores, les darían hijos y disfrutarían de una vida larga y provechosa. Otras no tardarían en morir como consecuencia de los malos tratos y los abusos. No hay ningún documento que relate lo que les sucedió a los hijos.

El horror no acabó con la marcha de los invasores. Muchos de los que no habían muerto atravesados por una lanza o una espada, morían ahora en las casas incendiadas. Los techos en llamas se hundían y en su caída aplastaban a los desgraciados que no habían conseguido salir. El resplandor del fuego iluminaba las terribles escenas que se vivían en toda la ciudad. Las columnas de chispas y cenizas se mezclaban con las nubes que llegaban desde el mar y que se teñían de rojo y naranja en su paso por encima de la ciudadela. Era una atrocidad que se repetiría infinidad de veces en el transcurso de los siglos.

Varios cientos de personas consiguieron salvarse de la muerte y la destrucción al buscar refugio en los bosques cercanos, donde permanecieron escondidas hasta que la flota aquea desapareció más allá del horizonte, con rumbo al nordeste. Poco a poco los supervivientes troyanos regresaron a lo que había sido una gran ciudad, y se encontraron con que detrás de las enormes murallas no quedaban más que ruinas humeantes que apestabán con el repugnante hedor de la carne quemada.

Incapaces de emprender la tarea de reconstruir sus hogares, emigraron a otras

tierras para edificar una nueva ciudad. Pasaron los años, y las cenizas de los escombros fueron arrastradas por la brisa marina a través de la llanura mientras el polvo sepultaba poco a poco las calles adoquinadas y las murallas.

Con el tiempo volvieron a levantar la ciudad, pero nunca más alcanzó la gloria pasada. Después sucumbió de nuevo como consecuencia de los terremotos, las sequías y la peste y permaneció desierta durante dos mil años. Pero su fama volvió a brillar con todo su esplendor cuando, setecientos años más tarde, un escritor llamado Homero escribió los vívidos relatos de la guerra de Troya y del viaje de Ulises, el héroe griego.

Aunque Ulises era muy astuto y no mostraba ningún reparo ante el asesinato y el pillaje, no era tan bárbaro como sus camaradas de armas cuando se trataba de la esclavitud de las mujeres capturadas al enemigo. Si bien permitió que sus hombres se apoderaran de lo que les viniera en gana, él sólo se llevó el botín obtenido durante el aniquilamiento del odiado enemigo que había acabado con la vida de tantos de sus soldados. Ulises fue el único de los aqueos que no se llevó a una mujer como concubina. Echaba de menos a su esposa, Penélope, y a su hijo, al que no había visto en muchos meses, y ansiaba regresar a su reino en la isla de Ítaca con toda la celeridad con que los vientos impulsaran su nave.

Así pues, abandonó la ciudad arrasada después de hacer los sacrificios a los dioses, y su pequeña flota emprendió la travesía del gran mar verde rumbo al sudoeste con viento a favor.

Varios meses más tarde, después de una feroz tempestad que hundió su nave, Ulises, más muerto que vivo, consiguió atravesar la resaca y llegar a la costa de la isla de los feacios. Agotado, se tumbó a dormir sobre un montón de hojas en la misma playa. La princesa Nausícaa, hija de Alcínoo, rey de los feacios, que por inspiración de Minerva había ido con sus doncellas a la orilla del mar a lavar la ropa, encontró al héroe y llevada por la curiosidad lo sacudió para ver si estaba vivo.

Ulises se despertó y al verla se sintió fascinado por su extraordinaria belleza.

—En Delos vi una vez una criatura tan bella como tú.

Prendada, Nausícaa llevó al náufrago al palacio de su padre, donde Ulises se presentó como rey de Ítaca y fue agasajado con todos los honores de su rango. El rey Alcínoo y su esposa, la reina Arete, ofrecieron a Ulises una nave para regresar a su hogar, pero con la condición de que antes prometiera ofrecer a los monarcas y a la corte una narración de la gran guerra y sus aventuras desde que había dejado Troya. Se celebró un gran banquete en honor de Ulises, y el héroe aceptó de buen grado contar la historia de sus hazañas y desventuras.

—Poco después de salir de Troya —comenzó— cambiaron los vientos, y mi flota se vio arrastrada mar adentro. Tras diez días de mala mar conseguimos llegar a las costas de una tierra extraña. Allí, mis hombres y yo fuimos tratados con grandes

muestras de afecto y amistad por los nativos, a quienes llamamos lotófagos, por el fruto de un árbol desconocido que comían y que los mantenía en un constante estado de euforia. Algunos de mis hombres comenzaron a comer el fruto del loto y no tardaron en caer en el letargo y perdieron todo deseo de regresar al hogar. Al ver que el viaje de retorno podía acabar allí mismo, ordené que los llevaran de nuevo a las naves. Izamos las velas y nos afanamos en los remos para alejarnos lo más rápido posible.

En la errónea creencia de que estaba muy lejos hacia oriente, navegué con rumbo al oeste, guiado por las estrellas durante la noche y por el sol en su travesía desde levante a poniente. La flota llegó a varias islas muy arboladas donde caía sin cesar una lluvia cálida. En estas islas habitaba una raza de hombres que se llamaban a sí mismos cíclopes, unos vagos que criaban grandes rebaños de ovejas y cabras.

Reuní a un grupo y fuimos a buscar víveres. En la ladera de una montaña encontramos una cueva que servía de establo con una cerca en la entrada para evitar que escaparan los animales. Dispuestos a aprovechar este regalo de los dioses, comenzamos a atar un rebaño de cabras y ovejas para llevárnoslas a nuestras naves. Fue entonces cuando de pronto escuchamos el ruido de unas pisadas y muy pronto un gigante apareció en la boca de la cueva. Entró y cerró la entrada con un enorme peñasco antes de ocuparse del rebaño. Nosotros nos escondimos en las sombras, sin siquiera atrevernos a respirar.

Al cabo de un rato sopló las brasas de una hoguera y, cuando se avivaron las llamas, nos descubrió acurrucados en el fondo de la cueva. No hay hombre con un rostro más feo que el de los cíclopes, que tienen un único ojo redondo y negro como la noche.

—¿Quiénes sois? —vociferó—. ¿Por qué habéis invadido mi casa?

—No somos invasores —respondí—. Desembarcamos para llenar los odres con agua fresca.

—Habéis venido a robar mis ovejas —tronó el gigante—. Llamaré a mis amigos y vecinos. Muy pronto llegarán varios centenares. Os herviremos y os comeremos.

Aunque éramos guerreros aqueos que veníamos de luchar una larga y feroz guerra, sabíamos que nos veríamos superados en número. Así pues, cogí un tronco delgado de la cerca que encerraba al rebaño y con la espada le afiné un extremo hasta conseguir una punta muy afilada. Después le enseñé al gigante mi odre lleno de vino y le dije:

—Escucha, cíclope, te ofrezco mi odre de vino a cambio de nuestras vidas.

—¿Cómo te llamas?

—Mis padres me llaman Nadie.

—¿Se puede saber cómo se le pudo ocurrir a alguien ponerte un nombre tan estúpido? —dijo y, sin añadir una palabra más, el monstruo se bebió todo el odre.

Borracho perdido, no tardó en quedarse dormido.

Me apresuré a coger el tronco y, lanzándome sobre el gigante dormido, se lo clavé en su único ojo. Se levantó de un salto con un terrible aullido de dolor, se arrancó el tronco y salió de la cueva para pedir auxilio. Los cíclopes vecinos escucharon sus gritos y se presentaron, dispuestos a saber qué pasaba.

—¿Te han atacado? —le preguntaron.

—Nadie me atacó —replicó él.

Convencidos de que estaba loco, volvieron a sus casas. Nosotros escapamos de la cueva y corrimos de regreso a nuestras naves. Mientras corría le grité al gigante ciego:

—Gracias por regalarnos tus ovejas, cíclope. Eres un idiota. Cuando tus amigos te pregunten quién te dejó ciego, diles que fue Ulises, el rey de Ítaca, alguien más listo que tú.

—¿Fue entonces cuando tu nave naufragó antes de que pudieras llegar a Feacia? —preguntó el buen rey.

Ulises sacudió la cabeza para negarlo.

—No hasta después de muchos meses. —Bebió un sorbo de vino antes de continuar—. Llevado muy al oeste por las corrientes dominantes y los vientos, avistamos tierra y echamos el ancla ante la costa de una isla llamada Eolia. Allí vivía el buen rey Eolo, hijo de Hipótada y amado de los dioses. Tenía seis hijas y seis hijos lujuriosos, así que animó a los hijos a que se casaran con las hijas. Todos vivían en perfecta armonía, siempre de fiesta y disfrutando de todos los lujos posibles.

Avituallados por el buen rey, muy pronto nos encontramos con mar gruesa. El séptimo día, después de calmarse el mar, llegamos al puerto de la ciudad de los lestrigones. Enfilamos la entrada entre dos grandes promontorios rocosos, y mi flota echó anclas. Agradecidos por estar de nuevo en tierra firme, comenzamos a explorar la zona y nos encontramos con una bella muchacha que había ido a buscar agua.

Cuando le preguntamos quién era su rey, ella nos dirigió a la casa de su padre. Pero, cuando llegamos allí, encontramos que la esposa era una gigantona de la altura y el grosor de un gran árbol y nos quedamos boquiabiertos ante aquella horrible visión.

La mujer llamó a su marido, Antífates, que era todavía más grande que ella y el doble del tamaño de los cíclopes. Horrorizados ante aquella monstruosidad, corrimos de regreso a nuestras naves. Antífates dio la voz de alarma y muy pronto millares de gigantescos lestrigones aparecieron como un bosque y comenzaron a lanzarnos piedras con sus enormes hondas desde lo alto de los acantilados, no unos vulgares pedruscos, sino peñascos casi tan grandes como nuestras naves. La mía fue la única que escapó a la carnicería. Todos las demás naves de mi flota fueron echadas a pique.

Mis hombres se vieron lanzados al agua, y los lestrigones los ensartaron con sus

lanzas como si fuesen peces, y se los llevaron para devorarlos. En cuestión de minutos mi nave llegó a mar abierto y nos encontramos fuera de peligro, aunque nos dominaba una profunda tristeza. No solo habían muerto nuestros amigos y camaradas, sino que también habíamos perdido todos los tesoros que nos habíamos llevado de Ilión. Todo el oro troyano que había sido parte del botín yacía ahora en el fondo de la bahía de los lestrigones.

Con el corazón triste, continuamos nuestro viaje hasta que llegamos a la isla de Eea, morada de la famosa y encantadora reina reverenciada como una diosa. Seducido por los encantos de la bella Circe de bonitas trenzas, me hice amigo de ella y disfruté de su compañía durante un año entero. Me descubrí a mí mismo deseando prolongar mi estada pero mis hombres insistieron en que reanudáramos todos el viaje de regreso a nuestros hogares en Ítaca o se marcharían ellos sin mí.

Circe accedió a mi partida con lágrimas en los ojos, pero me suplicó que hiciera un viaje más.

—Debéis navegar a la morada de Hades y hablar con aquéllos que están muertos. Ellos te guiarán en la comprensión de la muerte. Después continuarás con tu travesía, pero no hagas caso del canto de las sirenas porque intentarán atraerte a ti y a tus hombres para que os estrelléis contra las rocas de sus islas. Tapa tus oídos y los de tus compañeros con cera blanda para no escuchar sus seductoras canciones. Una vez libre de la tentación de las sirenas, navegarás por delante de unas peñas prominentes que los dioses llaman Rocas Errantes. Nada, ni siquiera un pájaro, puede pasar por encima de ellas. Ninguna nave excepto una ha conseguido doblarlas, porque las tempestades se llevan las embarcaciones y los cuerpos de los hombres.

—¿Cuál es la nave que consiguió pasar? —pregunté.

—La nave del famoso Jasón y los argonautas.

—¿Encontraron después la mar calma?

Circe sacudió la cabeza.

—Al lado opuesto hay dos escollos que se elevan hasta el cielo y que ningún hombre mortal podría subir, pues la roca es tan lisa que parece pulimentada. En medio de los escollos hay una caverna, donde mora Escila, un monstruo perverso a quien nadie se alegrará de ver. Tiene doce pies, todos deformes, y seis cuellos larguísimos, cada cual con una horrible cabeza en cuya boca hay tres hileras de abundantes y apretados dientes, que pueden matar a un humano en un instante. Vigila porque Escila bien puede arrebatarse con sus cabezas a tus tripulantes. Remad muy rápido, o todos vosotros moriréis. Después deberéis pasar por las aguas donde acecha Caribdis, un enorme remolino que arrastrará tu nave a las profundidades. Pasa por allí cuando esté dormido.

Nos despedimos de Circe con lágrimas en los ojos, ocupamos nuestros lugares en la nave y comenzamos a remar rápidamente con todas nuestras fuerzas.

—¿Es cierto que navegasteis al mundo de los muertos? —preguntó la bella esposa del rey Alcínoo, con el rostro pálido.

—Sí, seguí las indicaciones de Circe y navegamos hacia el Hades y el horrible mundo de los muertos. Al cabo de cinco días nos encontramos envueltos en una densa niebla cuando entramos en las aguas del río Océano que fluye junto al fin del mundo. El cielo había desaparecido y entramos en una perpetua oscuridad donde nunca penetran los rayos del sol. Atracamos la nave. Desembarqué solo y caminé envuelto en una luz siniestra hasta que llegué a una enorme caverna en la ladera de una montaña. Luego me senté a esperar.

Muy pronto comenzaron a reunirse los espíritus, que proferían terribles gemidos quejumbrosos. Casi había perdido los sentidos cuando apareció mi madre. Yo no sabía que había muerto, porque la dejé con vida cuando partí para Ilión.

—Hijo mío —murmuró—, ¿por qué has venido al mundo de las tinieblas cuando todavía estás vivo? Aún tienes que llegar a tu hogar en Ítaca.

Le relaté con lágrimas en los ojos la pesadilla de mis viajes y la terrible pérdida de mis guerreros en la travesía de regreso desde Ilión.

—Morí de tristeza al creer en que no volvería a ver a mi hijo nunca más.

Lloré al escuchar sus palabras e intenté abrazarla, pero era como una nube y mis brazos se cerraron en torno al vacío.

Los muertos llegaron en gran número, hombres y mujeres a quienes había conocido y respetado. Llegaron, me reconocieron y me saludaron con un gesto antes de volver a la caverna. Me sorprendí al ver a mi viejo camarada, el rey Agamenón, nuestro comandante en Troya.

—¿Te sorprendió la muerte en el mar? —le pregunté.

—No. Me atacaron mi esposa y su amante, con una banda de traidores. Luché con bravura, pero sucumbí ante la superioridad numérica. También asesinaron a Casandra, la hija de Príamo.

Entonces se presentó Aquiles con Patroclo y Áyax, quienes preguntaron por sus familias, pero no pude decirles nada. Hablamos de los viejos tiempos, hasta que ellos también regresaron al mundo subterráneo. Los fantasmas de otros amigos y guerreros estaban a mi lado, y cada uno contaba su melancólico relato.

Había visto a tantos muertos que mi corazón rebosaba de tristeza. Cuando ya no pude aguantar más, abandoné aquel lúgubre lugar y volví a mi nave. Sin mirar atrás navegamos entre la niebla y pusimos rumbo hacia la isla de las sirenas.

—¿Pudiste pasar por la islas de las sirenas sin angustias? —preguntó el rey.

—Lo hicimos. Pero, antes de intentar el desafío, cogí un gran trozo de cera blanda y lo corté en trozos muy pequeños con mi espada. Después amasé los trozos hasta que se ablandaron y los utilicé para tapar los oídos de mi tripulación. Les ordené que me ataran al mástil y que no hicieran caso de mis súplicas para cambiar de rumbo

porque si lo hacían acabaríamos estrellados contra las rocas.

Las sirenas comenzaron a entonar su canto seductor en cuanto vieron que nuestra embarcación pasaba por delante de su isla.

—Acércate y escucha nuestra dulce canción, famoso Ulises. Escucha nuestra melodía y ven a nuestros brazos, para disfrutar y convertirte en más sabio.

La música y el sonido de sus voces era tan arrobador que supliqué a mis hombres que cambiaran de rumbo, pero ellos me sujetaron todavía con más fuerza al mástil y remaron con gran vigor hasta que ya no se oía el canto de las sirenas. Sólo entonces se quitaron los tapones de cera de los oídos y me desataron del mástil.

Una vez pasada la isla rocosa nos encontramos con grandes olas y el tremendo rugido del mar. Exhorté a mis hombres que se esforzaran en los remos mientras guiaba la nave entre la turbulencia. No les hablé del terrible monstruo Escila, o habrían dejado de remar para ir a acurrucarse en la bodega. Llegamos al estrecho entre las rocas y entramos en las turbulentas aguas de Caribdis y comenzamos a dar vueltas. Era como si estuviéramos soportando un ciclón en el interior de un caldero. Mientras esperábamos que el siguiente momento fuera el último, Escila nos atacó desde lo alto, y sus cabezas viperinas se llevaron a seis de mis mejores guerreros. Escuché sus terribles gritos mientras se elevaban por los aires, aplastados por las mandíbulas dotadas de afilados dientes, con los brazos extendidos hacia mí en un gesto de espantosa agonía mientras gritaban aterrorizados. Fue la más espantosa de las visiones que presencié durante aquel horrible viaje.

Cuando conseguimos escapar, los relámpagos comenzaron a iluminar el cielo. Un rayo cayó sobre la nave, y la llenó con el olor del azufre. La tremenda descarga convirtió la nave en astillas y la tripulación cayó en las enfurecidas aguas, donde se ahogaron rápidamente.

Conseguí encontrar un trozo de mástil con un largo cordón de cuero enrollado en la madera, que utilicé para atar mi cintura a un resto del casco. Montado en la improvisada balsa, me vi arrastrado al mar y vagué sin rumbo allí donde el viento y la corriente quisieron llevarme. Nueve días más tarde, ya más muerto que vivo, mi balsa embarrancó en la isla de Ogigia, donde vive Calipso, una mujer de extraordinaria belleza e inteligencia. Cuatro de sus súbditos me encontraron en la playa y me llevaron a su palacio, donde me acogió y cuidó hasta que recuperé del todo mi salud.

Viví feliz durante un tiempo en Ogigia, amorosamente cuidado por Calipso, que dormía a mi lado. Coqueteábamos en un fabuloso jardín con cuatro fuentes con surtidores que lanzaban sus chorros en direcciones opuestas. Grandes bosques, donde volaban entre las ramas bandadas de aves multicolores, abundaban por toda la isla. Arroyuelos de agua cristalina serpenteaban por los campos limitados por las vides.

—¿Por cuánto tiempo estuviste con Calipso? —quiso saber el rey.

—Siete largos meses.

—¿Por qué no buscaste una nave y te fuiste? —preguntó la reina.

—Porque no había ninguna nave en toda la isla —repuso Ulises.

—Entonces, ¿cómo reanudaste el viaje?

—La bondadosa Calipso conocía mi pena. Me despertó una mañana y me habló de su deseo de que regresara a mi hogar. Me ofreció las herramientas, me acompañó al bosque y me ayudó a cortar la madera para construir una embarcación marinera. Cosió las velas, hechas con pieles de vaca, y abasteció la nave con agua y comida. Al cabo de cinco días, ya estaba preparado para zarpar. Me apené mucho al ver su tristeza por tener que dejarme marchar. Era una mujer entre todas las mujeres, una a la que todos los hombres desean. Si no hubiese querido tanto a Penélope, me habría quedado gustosamente. —Ulises hizo una pausa, y las lágrimas asomaron a sus ojos—. Temía que hubiese muerto de pena tras mi partida.

—¿Qué le sucedió a tu embarcación? —quiso saber Nausícaa—. Habías naufragado cuando te encontramos.

—Diecisiete días de calma acabaron bruscamente. Una violenta tempestad con fuertes lluvias y un viento feroz arrancó la vela. A este desastre lo siguió una violenta marejada que castigó mi frágil embarcación hasta el punto de que apenas si conseguía mantenerse a flote. Fui a la deriva durante dos días antes de acabar en tus orillas, donde tú, dulce y hermosa Nausícaa, me encontraste. —Ulises guardó silencio un momento antes de añadir—: Aquí acaba mi relato de sufrimientos y desgracias.

Todos los presentes en el palacio permanecieron embelesados durante un rato por el increíble relato de Ulises. Después, el rey Alcínoo se levantó para dirigirse a su huésped.

—Nos sentimos honrados de tener a tan distinguido invitado entre nosotros y tenemos una gran deuda contigo por habernos entretenido de una manera absolutamente maravillosa. Por lo tanto, como muestra de nuestro gran aprecio, la más veloz de nuestras naves y nuestra mejor tripulación son tuyas para que te lleven a tu hogar en Ítaca.

Ulises expresó su gratitud, y se mostró abrumado ante tanta generosidad. Pero estaba ansioso por ponerse en marcha.

—Te doy las gracias a ti, mi buen rey Alcínoo, a la graciosa reina Arete, y a vuestra bondadosa hija Nausícaa, por todo lo que habéis hecho por mí. Os deseo que seáis felices en vuestro hogar y que sigáis contando con el favor de los dioses.

Luego Ulises salió del palacio y fue escoltado hasta la nave. Con el mar en calma y buenos vientos, Ulises llegó finalmente a su reino en la isla de Ítaca, donde se reunió con su hijo Telémaco. Allí encontró también a su esposa Penélope asediada por los pretendientes, y los mató a todos.

Así acaba el relato de la Odisea, una historia épica que ha perdurado a lo largo de los siglos y ha avivado la imaginación y el asombro de todos aquéllos que la han

leído o escuchado. Excepto que no es del todo verídica, o al menos sólo una parte de ella es cierta. Porque Homero no era griego. Tampoco la Ilíada o la Odisea tuvieron lugar donde las sitúan las leyendas.

La verdadera historia de las aventuras de Ulises es absolutamente distinta y no sería revelada hasta mucho, muchísimo más tarde.

I.

**EL INFIERNO NO TIENE UNA CÓLERA
COMPARABLE A LA DEL MAR**

15 de agosto de 2006, Key West, Florida.

La doctora Heidi Lisherness estaba a punto de salir para reunirse con su marido y disfrutar de una noche de fiesta en la ciudad, cuando echó una última ojeada a las imágenes recogidas por el satélite de observación veloz. Heidi, una mujer robusta con los cabellos canosos recogidos en un moño, estaba sentada delante del ordenador vestida con un pantalón corto verde y un *top* haciendo juego, para estar cómoda en un clima caluroso y húmedo como era el de Florida en el mes de agosto.

Estuvo en un tris de apagar el ordenador hasta la mañana siguiente, pero había algo extraño en la última imagen que aparecía en la pantalla transmitida desde el satélite que orbitaba sobre el Atlántico al sudoeste de las islas de Cabo Verde, frente a la costa de África. Miró atentamente la pantalla.

Para el ojo del neófito, la imagen que ofrecía la pantalla no mostraba más que unas pocas e inofensivas nubes que se movían sobre el mar azul. Heidi vio algo más peligroso. Comparó la imagen con otra, recibida dos horas antes. La masa de cumulonimbos había aumentado en tamaño de una manera mucho más rápida que cualquier otra tormenta que ella recordara en los dieciocho años de predecir y rastrear los huracanes en el océano Atlántico por cuenta del Centro de Huracanes de la *National Underwater and Marine Agency*. Comenzó a ampliar las dos imágenes de la formación de la tormenta.

Su marido, Harley, un hombre calvo de aspecto bonachón con unos mostachos de morsa y gafas sin montura, entró en el despacho con una expresión de impaciencia. Harley también era meteorólogo. Trabajaba para el Servicio Nacional de Meteorología como analista de datos y suministraba los partes meteorológicos a los aviones comerciales y privados, y a las embarcaciones.

—¿Se puede saber qué te demora? —Señaló su reloj para indicar que llegarían tarde—. Tenemos mesa reservada en el *Crab Pot*.

Sin apartar la mirada de la pantalla, ella le mostró las dos imágenes.

—Éstas se tomaron con una diferencia de dos horas. Dime lo que ves.

Harley se tomó su tiempo en la observación de las imágenes. Después frunció el entrecejo y se ajustó las gafas antes de acercarse un poco más a la pantalla para ver mejor. Finalmente, miró a su esposa y asintió.

—Está creciendo a una velocidad de locos.

—Demasiado rápido —confirmó Heidi—. Si continúa al mismo ritmo, sólo Dios sabe la tormenta que puede originar.

—Nunca se sabe —manifestó Harley—. Puede llegar como un león y marcharse como un cordero. Ha ocurrido otras veces.

—No lo niego, pero la mayoría de las tormentas tardan días, algunas veces semanas, en alcanzar esta fuerza. Ésta se ha desarrollado en cuestión de horas.

—Es demasiado pronto para prever su dirección o dónde alcanzará la máxima potencia y provocará más daño.

—Tengo el fuerte presentimiento de que será imprevisible.

Harley sonrió al escuchar el comentario.

—¿Me mantendrás informado de su desarrollo?

—El Servicio Nacional de Meteorología será el primero en saberlo —respondió Heidi, dándole una palmadita en el brazo.

—¿Has pensado un nombre para tu nueva amiga?

—Si se convierte en algo tan atroz como creo que podría ser, la llamaré Lizzie, como la asesina del hacha, Lizzie Borden.

—Es un poco temprano en la temporada para un nombre que comienza con L, pero no está mal. —Harley le dio el bolso a su esposa—. Ya tendremos tiempo mañana para ver cómo evoluciona. Estoy muerto de hambre. Vamos a cenar cangrejos.

Heidi siguió obedientemente a su marido, apagó la luz y cerró la puerta del despacho. Pero la creciente aprensión no desapareció cuando se sentó en el coche. Su mente no pensaba en la comida. Reflexionaba sobre un huracán que se estaba preparando y que bien podría ser de una fuerza catastrófica.

Un huracán no tiene otro nombre en el océano Atlántico. No ocurre lo mismo en el Pacífico, donde se le llama tifón, ni en el Índico, donde se conoce como ciclón. Un huracán es la fuerza más horrenda de la naturaleza, que a menudo supera los desastres provocados por las erupciones volcánicas y los terremotos, ya que destruye zonas mucho más amplias.

Como en el nacimiento de un ser humano o animal, un huracán necesita de muchas circunstancias relacionadas. En primer lugar, se calientan las aguas de la costa occidental del África, con temperaturas que superan los veintisiete grados. Después, el vapor producido por efecto del calor del sol asciende en la atmósfera hasta encontrarse con el aire frío, y se condensa formando las masas de cúmulos que dan origen a las lluvias y tormentas eléctricas. Esta combinación suministra el calor que alimenta la formación de la tempestad y la hace pasar de la infancia a la pubertad.

En este punto se añaden la espiral de aire, que gira a velocidades de hasta sesenta kilómetros por hora. Estos vientos hacen que descienda la presión atmosférica en la superficie. Cuanto más baja, mayor es la circulación del viento, que gira cada vez más rápido hasta formar un vórtice. Alimentado con estos ingredientes, el sistema, como lo llaman los meteorólogos, ha creado una fuerza centrífuga explosiva que hace girar una pared de viento y lluvia alrededor del ojo, donde reina la calma. En el interior del ojo brilla el sol, el mar está relativamente sereno y la única señal de la

tremenda energía son las paredes blancas, que alcanzan una altura de quince mil metros.

Hasta ese momento el sistema recibe el nombre de depresión tropical, pero cuando los vientos alcanzan una velocidad de ciento veinte kilómetros por hora se convierte en un huracán en toda regla. Entonces, de acuerdo con la velocidad del viento que produce, se le asigna un número de la escala. Los vientos entre 118 y 152 kilómetros por hora corresponden a la categoría 1, que se considera mínima. La categoría 2 es moderada, con vientos de hasta 176 kilómetros. La categoría 3, con vientos entre 177 y 208 kilómetros, se denomina extensiva. Los vientos hasta 248 kilómetros de la categoría 4 son extremos, como el huracán Hugo que en 1989 barrió la mayoría de las casas en las playas de Charleston, Carolina del Sur.

Por último, tenemos el monstruo, la categoría 5, con vientos de más de 248 kilómetros. Ésta recibe el nombre de catastrófica, como el huracán Camille, que azotó Louisiana y Misisipi en 1969. El Camille dejó 256 muertos en su estela, una gota de agua comparados con los 8000 que perecieron en el gran huracán de 1900 que destrozó Galveston, en Texas. En número de víctimas, el récord lo tiene el ciclón tropical que en 1970 se abatió sobre Bangladesh y dejó casi medio millón de muertos.

En cuanto a daños, los destrozos del gran huracán de 1926 que devastó el sudeste de Florida y Alabama se valoraron en 83 mil millones de dólares. Aunque resulte increíble, sólo murieron 243 personas.

Pero lo que nadie imaginaba, ni siquiera Heidi Lisherness, era que el huracán Lizzie tuviese una mente diabólica propia y que su fuerza dejaría atrás a todos los huracanes atlánticos anteriores. En un plazo muy corto, no bien acabara de juntar fuerzas, comenzaría su viaje asesino hacia el mar Caribe para sembrar el caos a su paso.

2

Rápido y poderoso, un gran tiburón martillo de cinco metros de longitud se movía a través del agua cristalina como una nube gris sobre un prado. Los ojos protuberantes miraban desde los extremos del estabilizador plano que le cruzaba el morro. Captaron un movimiento, y el escualo giró para enfocar a una criatura que nadaba entre el bosque de coral. La cosa no se parecía a ningún pez que el tiburón hubiese visto antes. Tenía dos aletas paralelas que sobresalían por la parte de atrás y era de color negro con rayas rojas en los costados. El enorme tiburón no vio nada sabroso y continuó su incesante búsqueda de presas más apetecibles, sin darse cuenta de que la extraña criatura era un excelente bocado.

Summer Pitt había advertido la presencia del tiburón, pero no le había hecho caso y había continuado con su estudio de los arrecifes coralinos en el banco de la Natividad, a ciento doce kilómetros al nordeste de la República Dominicana. El banco abarcaba una extensión de dos mil quinientos kilómetros cuadrados de peligrosos arrecifes y una profundidad que iba de uno a treinta metros. A lo largo de cuatrocientos años, no menos de doscientos barcos se habían ido a pique, víctimas del despiadado coral que coronaba una montaña submarina que surgía desde las abisales profundidades del océano Atlántico.

El coral de esta sección del banco era prístino y hermoso, y en algunas partes se elevaba hasta quince metros por encima del fondo arenoso. Había delicadas madréporas y enormes políperos de colores brillantes y formas esculturales que se extendían en la profundidad azul como un majestuoso jardín con miles de arcadas y grutas. Summer tenía la sensación de estar nadando en un laberinto de callejuelas y túneles, donde algunos no tenían salida y otros daban paso a cañones y grietas lo bastante anchas para permitir el paso de un camión de gran tonelaje.

Aunque la temperatura del agua superaba los veintisiete grados, Summer Pitt iba vestida con un traje profesional Viking Pro Turbo 1000 hecho de caucho vulcanizado. Llevaba el traje rojo y negro en lugar del suyo habitual más ligero porque le sellaba todo el cuerpo, no tanto para protegerse de la temperatura del agua, que era cálida, sino como defensa contra la contaminación química y biológica que esperaba encontrar mientras hacía su trabajo de evaluación del estado del coral.

Miró la brújula y se desvió ligeramente a la izquierda, con un suave movimiento de las aletas y las manos cruzadas a la espalda por debajo de las dos botellas de aire, para reducir la resistencia del agua. Vestida con el abultado traje y la máscara AGA Mark II, se podía pensar que resultaría más sencillo caminar por el fondo que nadar por encima; pero la superficie desigual y a menudo afilada del coral volvía tal cosa prácticamente imposible.

Su contorno físico y sus facciones quedaban ocultos por el abultado traje y la

máscara completa. La única pista de su belleza la daban sus hermosos ojos grises, que miraban a través del cristal de la máscara, y un mechón pelirrojo que asomaba en la frente.

Summer adoraba el mar y bucear en sus profundidades. Cada inmersión era una nueva aventura en un mundo desconocido. A menudo se imaginaba a sí misma como una sirena con agua salada en las venas. Alentada por su madre, había estudiado ciencias oceánicas. Había descollado en los estudios y se había licenciado en el Instituto Scripps de Oceanografía como bióloga marina. Su hermano mellizo, Dirk, se había licenciado en ingeniería marina en la universidad Atlantic de Florida.

Poco después de volver a su casa en Hawai, los hermanos se enteraron por boca de su madre moribunda de que el padre —al que nunca habían conocido— era el director de proyectos especiales de la *National Underwater and Marine Agency* en Washington. La madre no les había hablado de él hasta que se encontró en su lecho de muerte. Sólo entonces les relató su amor y la razón por la que le había dejado creer que había muerto en un terremoto submarino, ocurrido veintitrés años atrás. Gravemente herida y desfigurada, había considerado que lo mejor para su marido era que viviera su propia vida, sin tener que cargar con ella. Varios meses más tarde había dado a luz a los mellizos. En recuerdo de su amor había llamado a su hija Summer, que era su nombre, y al hijo Dirk, como el padre.

Después del funeral, Dirk y Summer volaron a Washington para conocer a su padre. Su súbita aparición fue toda una sorpresa. Atónito al verse frente a un hijo y una hija de cuya existencia no tenía ni la más mínima idea, Dirk Pitt se sintió abrumado de felicidad, porque durante más de veinte años había creído que el gran amor de su vida estaba muerta. Pero luego lo invadió una profunda tristeza al saber que ella había vivido todos aquellos años como una inválida sin decirle ni una palabra y que había muerto sólo un mes antes.

Feliz a más no poder con la familia que nunca había sabido que tenía, los llevó inmediatamente al viejo hangar donde vivía con su gran colección de coches antiguos. Cuando se enteró de que por influencia de la madre ambos habían estudiado ciencias oceánicas, se había apresurado a conseguirles un empleo en la NUMA.

Ahora, después de dos años de trabajar en proyectos oceánicos por todo el mundo, ella y su hermano se habían embarcado en un viaje extraordinario para investigar y recoger datos de la extraña contaminación tóxica que estaba aniquilando la frágil vida marina en el banco de la Natividad y otros en el mar Caribe.

La mayoría de los arrecifes aún estaba a rebosar con peces y corales sanos. Las doradas se mezclaban con los enormes peces loros —de brillantes colores— y los meros, mientras que los pececillos tropicales de color amarillo y púrpura iridiscente se movían velozmente entre los diminutos hipocampos castaños y rojos. Las morenas miraban con expresión feroz, con la cabeza asomada en los agujeros del coral al

tiempo que abrían y cerraban las mandíbulas amenazadoramente, a la espera de clavar sus dientes de aguja en la presa. Summer sabía que ese aspecto feroz sólo se debía a su forma de respirar, dado que carecían de agallas en el cuello. Nunca atacaban a los humanos a menos que se las provocara. Para que a uno lo mordiera una morena moray, casi había que meterle la mano en la boca.

Una sombra se deslizó sobre la arena en un claro del arrecife y la muchacha miró hacia arriba, casi convencida de que el tiburón martillo había regresado para echarle otra ojeada, pero se trataba de un grupo de cinco mantas moteadas. Una de ellas se apartó de la formación como si se tratara de un caza y dio una vuelta alrededor de Summer, mirándola con curiosidad antes de ascender rápidamente y unirse a las demás.

Después de recorrer otros treinta metros pasó por encima de una formación de gorgónidas y avistó un pecio. Una gran barracuda de un metro y medio de largo nadaba sobre los restos, y sus ojos como cuentas vigilaban atentamente todo lo que ocurría en sus dominios.

El buque de vapor *Vandalia* había naufragado en el banco de la Natividad en 1876, durante un feroz huracán. No había sobrevivido ni uno solo de los ciento ochenta pasajeros y treinta tripulantes. En las listas del *Lloyd's* de Londres figuraba como perdido sin dejar rastro, y su destino había continuado siendo un misterio hasta que los submarinistas aficionados habían descubierto sus restos cubiertos de coral en 1982.

Quedaba muy poco que permitiera identificar al *Vandalia* como un pecio. Después de ciento treinta años en el banco, lo cubría una capa coralina y de otras formas de vida marinas que iba desde los treinta centímetros a un metro de espesor. Las únicas señales evidentes de lo que había sido antaño un magnífico buque eran las calderas y las máquinas, que aún asomaban entre las cuadernas. La mayor parte de la madera había desaparecido, podrida por el agua salada o devorada por las criaturas del mar que comían cualquier cosa orgánica.

Construido por encargo de la *West Indies Packet Company* en 1864, el *Vandalia* tenía una eslora de noventa y ocho metros desde la punta de la proa al mástil de la bandera en la popa, trece metros de manga, alojamiento para doscientos cincuenta pasajeros y tres bodegas de carga. Hacía la ruta de Liverpool a Panamá; allí desembarcaba a los pasajeros y la carga, que cruzaban el istmo en tren hasta la costa del Pacífico, donde otros buques los llevaban en la última parte del viaje hasta California.

Eran muy pocos los buceadores que habían rescatado objetos del *Vandalia*. Resultaba difícil de encontrar debido a que se confundía con el resto del arrecife. Quedaba poco del barco después de haber sido aplastado en plena noche por las tremendas olas levantadas por el huracán, que lo habían sorprendido antes de que

podiera refugiarse en los puertos de Dominicana o de las islas Vírgenes.

Summer vagabundó sobre el viejo pecio, arrastrada por una suave corriente, mientras intentaba imaginarse a las personas que una vez habían caminado por sus cubiertas. Notaba una sensación espiritual. Era como si estuviese volando sobre un cementerio y las almas de los difuntos le hablaran desde el pasado.

No olvidó ni por un momento a la gran barracuda que se mantenía inmóvil en el agua. La comida no representaba un problema para el pez de aspecto feroz. Había suficientes peces que vivían en el viejo *Vandalia* o en sus alrededores, tantos como para llenar una enciclopedia de ictiología.

Se obligó a no pensar en la tragedia. Nadó con mucha precaución alrededor de la barracuda, que no le quitaba los ojos de encima. Cuando estuvo a una distancia prudencial, se detuvo para leer en el medidor de presión la cantidad de aire que le quedaba en las botellas, marcó su posición en el GPS, alineó la aguja de la brújula en relación con el habitáculo submarino donde ella y su hermano estaban viviendo mientras realizaban sus estudios del arrecife y anotó la lectura. Notó una ligera flotación y la neutralizó, dando salida a un poco de aire del compensador de flotación que llevaba a la espalda.

Vio que los brillantes colores se apagaban y el coral perdía su color después de nadar otro centenar de metros. Cuanto más se alejaba mayor era el número de esponjas quebradizas y enfermas, hasta que morían y dejaban de existir. La visibilidad en el agua también disminuyó drásticamente, hasta que llegó a un punto que no veía más allá de la punta de los dedos.

Tenía la sensación de haber entrado en una densa niebla. Era el llamado légamo marrón, un misterioso fenómeno que aparecía por todo el mar Caribe. El agua cerca de la superficie era una siniestra masa marrón que los pescadores describían con el aspecto de aguas residuales. Hasta ahora nadie sabía exactamente qué causaba el légamo ni cómo se originaba. Los científicos marinos creían que estaba vinculado con algún tipo de alga, aunque aún tenían que demostrarlo.

Curiosamente, el légamo no parecía matar a los peces, como ocurría con su famosa prima, la marea roja. Los peces evitaban el contacto con lo peor de los efectos tóxicos, pero muy pronto comenzaban a pasar hambre después de perder sus zonas de alimentación y refugio. Summer advirtió que las brillantes anémonas marinas, con sus filamentos extendidos para capturar la comida en la corriente, también parecían muy castigadas por la aparición del extraño invasor en sus terrenos. Su proyecto más inmediato era sencillamente recoger unas cuantas muestras preliminares. Más tarde utilizarían cámaras e instrumentos de análisis químico en la zona muerta del banco de la Natividad para detectar y medir su composición, con el propósito de descubrir las contramedidas adecuadas para erradicarlo.

La primera inmersión del proyecto era puramente de exploración, para ver de

primera mano los efectos del légamo. De ese modo, ella y los otros científicos marinos a bordo del barco de exploración científica fondeado en la zona podrían evaluar el problema en toda su dimensión y establecer los procedimientos precisos para estudiarlo.

El primer aviso de la invasión del légamo marrón lo había dado en 2002 un buceador profesional que trabajaba frente a las costas de Jamaica. El desconcertante fenómeno había dejado un rastro de destrucción submarina invisible desde la superficie, mientras salía del golfo de México y rodeaba los cayos de Florida. Summer comenzaba a descubrir que aquella irrupción se parecía muy poco a la de aquí. El légamo en el banco de la Natividad era mucho más tóxico. Vio estrellas de mar y también crustáceos, como gambas y langostas, muertos. Observó asimismo que los peces que nadaban en el agua descolorida parecían aletargados, casi comatosos.

Sacó varios frasquitos de una bolsa que llevaba sujeta a uno de los muslos y comenzó a tomar muestras del agua. También recogió varias estrellas de mar y crustáceos y los metió en la bolsa de red que llevaba sujeta al cinturón de lastre.

Cuando acabó de tapar los frasquitos, los guardó en la bolsa y comprobó de nuevo la reserva de aire. Todavía le quedaban más de veinte minutos de inmersión. Verificó una vez más las lecturas de la brújula y comenzó a nadar en la dirección por la que había venido, y no tardó en encontrarse de nuevo en aguas limpias y cristalinas.

Al observar por casualidad el fondo, que se había convertido en un delgado río de arena, vio la entrada a una pequeña caverna en el coral, que no había advertido antes. A primera vista se parecía a cualquiera de las otras veinte que había pasado en los últimos cuarenta y cinco minutos, pero en ésta había algo diferente. La entrada tenía las esquinas cuadradas, como si la hubiesen tallado. En su imaginación vio un par de columnas revestidas de coral.

Una cinta de arena conducía al interior. Dominada por la curiosidad, y con una amplia reserva de aire, nadó hasta la entrada de la caverna y espió en la penumbra.

A un par de metros en el interior de la caverna, el azul de las paredes reverberaba con los rayos del sol. Summer nadó lentamente sobre el fondo arenoso mientras el azul se oscurecía cada vez más y acababa por convertirse en marrón al cabo de unos metros. Una súbita inquietud la hizo mirar por encima del hombro, pero se tranquilizó al ver la luminosidad que le señalaba la entrada. Sin una linterna no podía ver nada, y no hacía falta tener mucha imaginación para pensar que algo peligroso podía estar al acecho en la oscuridad. Dio media vuelta y nadó hacia la entrada.

De pronto, una de las aletas golpeó con algo enterrado a medias en la arena. Ya iba a descartarlo como un vulgar trozo de coral cuando tuvo la impresión de que el objeto, cubierto en gran parte por el coral, tenía un aspecto regular, como si hubiese sido fabricado. Escarbó en la arena hasta que consiguió sacarlo. Summer avanzó

hacia la luz con el objeto en alto y lo fue sacudiendo suavemente para quitarle la arena. Tenía el tamaño de una vieja caja de sombreros de mujer pero pesaba mucho más, incluso sumergido en el agua. Dos asas sobresalían en la parte superior mientras que, debajo de las incrustaciones, el fondo parecía la base de un pedestal. Hasta donde alcanzaba a ver, el interior parecía hueco, otro indicio de que no era un producto natural.

A través de la máscara, los grises ojos de Summer reflejaron un interés un tanto escéptico. Decidió llevarlo al habitáculo, donde podría limpiarlo cuidadosamente y ver qué había debajo del coral acumulado.

El peso añadido del misterioso objeto y de los ejemplares marinos muertos que había recogido del fondo habían afectado su flotación, así que añadió un poco más de aire al compensador de flotación. Con su hallazgo bien sujeto debajo del brazo, nadó lentamente hacia el habitáculo sin preocuparse por la estela de burbujas de aire que dejaba atrás.

El habitáculo donde ella y su hermano vivirían durante los siguientes diez días, apareció a la vista en el agua azul unos pocos metros más allá.

Bautizado *Pisces*, los técnicos se referían a él como «la estación espacial interior», pero en realidad era un laboratorio submarino diseñado para la investigación oceánica. Consistía en una cámara rectangular de sesenta y cinco toneladas con los extremos redondeados, que medía doce metros de largo por tres de ancho y dos y medio de alto. El habitáculo se sostenía sobre unos pilares sujetos a una base que le daba una plataforma estable en el fondo marino a una profundidad de quince metros. La esclusa de aire servía de almacén y de cuarto para cambiarse. La esclusa principal, que mantenía la presión diferencial entre los dos compartimientos, albergaba un pequeño laboratorio, una cocina, un comedor minúsculo, cuatro literas, los ordenadores y un centro de comunicaciones conectado a una antena exterior para mantenerse en contacto con el mundo en la superficie.

La muchacha se quitó las botellas de aire y las conectó a la bomba de carga instalada junto al habitáculo. Contuvo la respiración mientras subía hasta la esclusa de entrada, donde dejó cuidadosamente las bolsas con las muestras en un pequeño recipiente. Depositó el misterioso objeto sobre una toalla doblada.

Summer no estaba dispuesta a correr el riesgo de contaminarse. Soportar durante unos pocos minutos más el calor tropical que la hacía sudar por todos los poros era un sacrificio menor si así podía evitar una enfermedad potencialmente letal. Después de nadar a través del lógamo marrón, una sola gota en su piel podía resultar fatal. Todavía no era el momento de quitarse el traje Viking con la capucha y las botas Turbo, los guantes con cierres estancos en las muñecas y la máscara. Se quitó el cinturón de lastre y el compensador de flotabilidad antes de abrir las válvulas de los potentes rociadores para lavar el traje y el equipo con un preparado descontaminante

y eliminar cualquier residuo del l gamo marrón. Segura de que estaba absolutamente limpia, cerró las válvulas y llamó a la puerta de la esclusa principal.

Si bien el rostro que apareció al otro lado del ojo de buey era el de su hermano mellizo, se parecían muy poco. Habían nacido con una diferencia de minutos, pero así y todo ella y su hermano Dirk eran todo lo diferentes que pueden llegar a ser los mellizos. Dirk medía un metro noventa de estatura, y era delgado y musculoso, con la piel muy bronceada. Mientras que Summer tenía los cabellos rojos y lacios y los ojos grises, él tenía los cabellos negros y ondulados, y los ojos de un color verde opalino que resplandecían con la luz.

Cuando entró, su hermano le quitó el yugo y la junta estanca que unía el cuello del traje a la capucha. Al ver su expresión severa y su mirada, más penetrante de lo habitual, Summer comprendió que se había ganado una buena reprimenda. Antes de que él pudiera abrir la boca, levantó las manos y dijo:

—Lo s , lo s , no tendría que haber salido a bucear sin compañero.

—Ahora es tarde para disculparte —replicó su hermano, furioso—. Si no te hubieses escabullido con el alba antes de que me despertara, habría ido a buscarte y te habría traído de regreso al laboratorio de una oreja.

—De acuerdo, te pido disculpas —dijo Summer, con un arrepentimiento fingido—, pero puedo hacer muchas más cosas si no tengo que preocuparme por mi acompañante.

Dirk le echó una mano con las cremalleras a prueba de agua del traje Viking. Después de quitarle los guantes y la capucha interior por detrás de la cabeza, comenzó a quitarle el traje del torso, los brazos y luego las piernas y los pies. La larga cabellera cayó como una cascada de cobre rojo. Debajo, Summer vestía una malla de nailon muy ajustada que resaltaba las curvas de su cuerpo perfecto.

— Has entrado en el l gamo? —le preguntó Dirk, con un tono que reflejaba a las claras su preocupación.

—He recogido unas cuantas muestras.

— Est s segura de que no se filtró nada en el interior del traje?

Summer levantó los brazos por encima de la cabeza y giró como una bailarina.

—Compruébalo tú mismo. Ni una gota del l gamo tóxico.

Dirk apoyó una mano en el hombro de la muchacha.

—No se te ocurra bucear de nuevo sola, y mucho menos sin mí si me tienes cerca.

—S , hermano —respondió Summer con una sonrisa arrogante.

—Meteremos tus muestras en una caja sellada. El capitán Barnum se las llevar  para que las analicen en el laboratorio del barco.

— El capitán bajar  al habitáculo? —preguntó Summer un tanto sorprendida.

—Se ha invitado solo a comer —contestó Dirk—. Insistió en traernos nuestras provisiones en persona. Dijo que así se tomará un descanso de jugar a capitán.

—Dile que no entrará si no trae una botella de vino.

—Confiamos en que reciba el mensaje por ósmosis —comentó Dirk, y sonrió.

El capitán Paul T. Barnum era un hombre esquelético que bien podría haber pasado por hermano del legendario Jacques Cousteau, de no haber sido porque era casi calvo. Vestía un traje de buceo corto y no se lo quitó cuando entró en la esclusa principal. Dirk lo ayudó a dejar la caja metálica con las provisiones para dos días en el mostrador de la cocina, y Summer comenzó a guardar todo en la pequeña alacena y la nevera.

—Os he traído un regalo —anunció Barnum, y sostuvo en alto una botella de vino de Jamaica—. Por si fuera poco, el cocinero os ha preparado langosta a la termidor y espinacas a la crema.

—Eso explica su presencia —dijo Dirk, palmeando al capitán en la espalda.

—Alcohol en un proyecto de la NUMA —murmuró Summer, con un tono burlón—. ¿Qué diría nuestro estimado líder, el almirante Sandecker, sobre el quebrantamiento de su regla dorada de no beber durante las horas de trabajo?

—Toda la culpa la tienen las malas influencias de tu padre —señaló Barnum—. Nunca subía a bordo sin una cantidad de botellas de buen vino, y su camarada Al Giordino siempre se presentaba con una caja de los puros predilectos del almirante.

—Por lo visto, todos excepto el almirante saben que Al le compra en secreto los puros al mismo proveedor —comentó Dirk con una sonrisa.

—¿Qué tenemos de acompañamiento? —preguntó Barnum.

—Ensalada de cangrejo y sopa de pescado.

—¿Quién cocina?

—Yo —refunfuñó Dirk—. Summer sólo sabe preparar bocadillos de atún.

—Eso no es verdad —protestó la joven—. Soy muy buena cocinera.

Dirk la miró con una expresión cínica.

—En ese caso, ¿cómo es que tu café sabe a rayos?

Calentaron en la sartén la langosta con mantequilla y las espinacas a la crema y las acompañaron con el vino de Jamaica. Mientras comían, Barnum relató algunas de sus aventuras. Summer le dedicó a su hermano una mueca burlona cuando sirvió un pastel de limón que había cocinado en el microondas. Dirk fue el primero en admitir que había realizado toda una hazaña de repostería, dado que el microondas no era lo más adecuado para hornear un pastel.

Barnum ya se disponía a marcharse, cuando Summer le tocó el brazo.

—Le tengo reservado un enigma.

El capitán entrecerró los ojos.

—¿Qué clase de enigma?

La muchacha le entregó el objeto que había encontrado en la cueva.

—¿Qué es esto?

—Creo que es un caldero o una urna. No lo sabremos hasta que le hayan quitado las incrustaciones. Esperaba que usted lo llevara al barco y que alguien del laboratorio lo limpiara a fondo.

—Estoy seguro de que hallaré un voluntario. —Levantó el objeto para sopesarlo—. Parece muy pesado para ser de cerámica.

Dirk señaló la base del objeto.

—Hay un espacio sin incrustaciones, donde se ve que es de metal.

—Es curioso, pero no parece oxidado.

—Yo diría que es de bronce.

—Está muy bien hecha para ser de fabricación nativa —añadió Summer—. Aunque las incrustaciones las disimulan, parece tener unas figuras en toda la parte media.

—Tienes más imaginación que yo. —Barnum miró el objeto—. Quizá un arqueólogo podrá resolver el misterio cuando regresemos a puerto, si es que no se pone histérico porque lo has sacado del lugar.

—No es necesario esperar tanto —manifestó Dirk—. ¿Por qué no le envía las fotos a Hiram Yaeger en el centro informático de la NUMA en Washington? Estoy seguro de que nos dará una fecha y el lugar donde lo fabricaron. Lo más probable es que cayera de algún barco o proceda de algún pecio.

—El *Vandalia* no está lejos de esa cueva —dijo Summer.

—Pues ya tienes una posible explicación —señaló Barnum.

—En cualquier caso, ¿cómo llegó al interior de la caverna, a casi cien metros de la entrada? —preguntó Summer, sin dirigirse a nadie en particular.

—Es cosa de magia, mi encantadora damisela, el vudú de las islas —afirmó su hermano, y sonrió con expresión zorruna.

Ya había oscurecido en la superficie cuando Barnum les deseó buenas noches. En el momento en que entraba en la esclusa de salida, Dirk le preguntó:

—¿Qué tal se presenta el tiempo?

—Tendremos calma durante los próximos dos días —respondió Barnum—. Se está gestando un huracán en las Azores. El meteorólogo a bordo lo tendrá vigilado. Al primer amago de que se dirija hacia aquí, os evacuaré a los dos y nos alejaremos de su camino a toda máquina.

—Esperemos que pase de largo —dijo Summer.

Antes de abandonar el habitáculo, Barnum guardó el objeto en una malla y cogió la bolsa con las muestras de agua que había recogido Summer. Dirk encendió los focos exteriores, y aparecieron a la vista centenares de peces loros verde brillante que nadaban en círculos, totalmente ajenos a los humanos que vivían en su seno.

Sin molestarse en cargar con una botella de aire, Barnum se llenó los pulmones al máximo, encendió la linterna y comenzó a ascender los quince metros que lo

separaban de la superficie. Exhalaba el aire mientras subía.

La pequeña lancha neumática con quilla de aluminio se balanceaba suavemente, amarrada a la boya sujeta a la cadena del ancla que había echado a una distancia prudencial del habitáculo. Nadó hasta la lancha, subió a bordo y recogió el ancla. A continuación puso en marcha los dos motores Mercury fuera de borda de ciento cincuenta caballos cada uno y se dirigió velozmente hacia el barco, cuya superestructura resplandecía con la luz de una multitud de focos, embellecida con las lámparas de navegación roja y verde.

La mayoría de los barcos están pintados de blanco con el casco rojo, negro o azul por debajo de la línea de flotación. Unos pocos mercantes se inclinan por el naranja. No era éste el caso del *Sea Sprite*. Como todos los demás buques de la flota de la *National Underwater and Marine Agency*, estaba pintado de proa a popa con un color turquesa brillante. Era el color que el director de la organización, el almirante James Sandecker, había elegido para distinguir sus barcos de todos los demás que surcaban los mares. Había pocos marineros que no reconocieran un barco de la NUMA cuando lo veían navegando o en el puerto.

El *Sea Sprite* era una nave de grandes dimensiones dentro de los barcos de su clase. Tenía una eslora de noventa y cuatro metros y una manga de veinte metros. Dotada con los últimos adelantos tecnológicos, había comenzado su vida como rompehielos y había pasado sus primeros diez años en los mares del Polo Norte. En su tarea de rescatar barcos atrapados en los campos de hielo, se había enfrentado a terribles tempestades. Era capaz de abrirse camino entre capas de hielo de hasta dos metros de grosor y podía remolcar un portaaviones con mar gruesa y hacerlo con gran estabilidad.

Estaba en perfecto estado cuando Sandecker lo compró para la NUMA y ordenó convertirlo en un barco de investigación científica y de apoyo a las actividades submarinas. No se había reparado en gastos. Los equipos electrónicos habían sido diseñados por los ingenieros de la NUMA, que también se habían encargado de los sistemas informáticos y de comunicaciones. Disponía de laboratorios ultramodernos, espacio de trabajo y una vibración apenas perceptible. Su red de ordenadores controlaba, recogía y procesaba información que después se enviaba a los laboratorios de la NUMA en Washington, donde se procedía a investigarlos a fin de convertir los resultados en importantes conocimientos oceánicos.

El *Sea Sprite* estaba propulsado por los medios más avanzados que podía fabricar la tecnología moderna. Sus dos grandes motores magnetohidrodinámicos permitían que alcanzara una velocidad cercana a los cuarenta nudos. Si antes había podido remolcar un portaaviones en aguas turbulentas, ahora podía remolcar dos como si tal cosa. No había barco de investigación científica en el mundo entero que pudiera hacerle sombra.

Barnum estaba muy orgulloso de su barco. Era uno más entre los treinta de la flota de la NUMA, pero también único en su especie. El almirante Sandecker le había encargado la dirección de la remodelación, y Barnum había aceptado complacido, sobre todo cuando el almirante le había dicho que el dinero no era un problema. No había escatimado ni un céntimo y Barnum nunca había dudado de que este puesto representaba la cumbre de su carrera.

Las campañas duraban nueve meses y las dotaciones de científicos cambiaban con cada nuevo proyecto. Los otros tres meses se dedicaban a visitar las zonas donde se desarrollarían los nuevos estudios, así como al mantenimiento y a incorporar los equipos e instrumentos de última generación.

Mientras Barnum se acercaba, contempló la superestructura que tenía la altura de un edificio de ocho pisos: la enorme grúa situada a popa, que había bajado al *Pisces* hasta el fondo marino y que se utilizaba para levantar y recuperar vehículos dirigidos por control remoto y submarinos tripulados. Miró la gran plataforma del helipuerto instalada en la cubierta de proa y el bosque de antenas de los equipos de comunicación alrededor de la gran cúpula donde estaban instalados los sistemas de radar.

Barnum se centró en la navegación y acercó la lancha a la amura. En el momento en que apagaba los motores, el brazo de una grúa pequeña asomó por encima de la borda y bajó un cable de acero con un gancho. Sujetó el gancho a la argolla de la eslinga y descansó mientras subían la lancha a bordo.

En cuanto pisó la cubierta se dirigió inmediatamente al gran laboratorio de la nave con el enigmático objeto que le había dado Summer. Se lo entregó a dos estudiantes en prácticas de la escuela de arqueología náutica A&M de Texas.

—Limpiadlo lo mejor que podáis —les ordenó Barnum—. Hacedlo con mucho cuidado. Podría ser un objeto muy valioso.

—Tiene todo el aspecto de ser una olla vieja cubierta de lègamo —comentó una de las estudiantes, una rubia con una camiseta de la escuela muy ajustada y pantalón muy corto. Era obvio que no le hacía ninguna gracia el trabajo de limpieza.

—En absoluto —replicó Barnum con un tono severo—. Nunca se sabe qué viles secretos se esconden en el arrecife. Así que ten cuidado, no vaya a ser que te sorprenda el genio maligno que vive en su interior.

Feliz por haber dicho la última palabra, Barnum salió del laboratorio para ir a su camarote, mientras las estudiantes lo miraban marchar con una expresión suspicaz antes de ocuparse del objeto.

A las diez de la noche, la urna iba en un helicóptero que la llevaba al aeropuerto de Santo Domingo, donde la cargarían en un reactor con destino a Washington.

3

El cuartel general de la NUMA estaba en un edificio de treinta pisos en la orilla este del río Potomac, con vista al Capitolio. Su centro informático en el piso diez tenía toda la apariencia de haber sido copiado del escenario de una película de ciencia ficción. El fantástico entorno era el dominio de Hiram Yaeger, un genio de la informática. Sandecker le había dado carta blanca para que creara la mayor biblioteca del mundo sobre temas marinos, sin ninguna interferencia ni limitaciones presupuestarias. La cantidad de información que Yaeger había acumulado y catalogado era inmensa y abarcaba todos los estudios científicos conocidos, investigaciones y análisis, desde los más remotos registros hasta el presente. No había nada que se le pareciera en el mundo entero.

No había paredes en todo el piso. A diferencia de lo que se estilaba en los centros informáticos gubernamentales y privados, Yaeger consideraba que los cubículos eran el peor enemigo de los buenos hábitos de trabajo. Había organizado el vasto complejo a partir de una gran consola circular instalada en una plataforma elevada en el centro. Excepto por la sala de conferencias y los lavabos, el único espacio cerrado era un cilindro transparente del tamaño de un armario que estaba a un lado de la batería de monitores instalada alrededor de la consola de Yaeger.

Como un testimonio de que no había hecho la transición de *hippie* a ejecutivo, Yaeger continuaba vistiendo tejanos Levi's con chaqueta a juego y unas viejas botas vaqueras. Llevaba los cabellos canosos recogidos en una coleta y observaba sus adorados monitores a través de unas gafas redondas sin montura.

Aunque resultaba un tanto peculiar, el genio informático de la NUMA no vivía de acuerdo con lo que podía sugerir su aspecto. Tenía una encantadora esposa que era una famosa actriz. Vivían en una finca en Sharpsburg, Maryland, donde criaban caballos. Sus dos hijas asistían a un colegio privado y estaban haciendo planes para asistir a un colegio universitario de su elección. Yaeger conducía un lujoso BMW de doce cilindros para ir y venir del cuartel general de la NUMA, mientras que su esposa prefería un Cadillac Esplanade para llevar a las hijas y sus amigas a la escuela y a las fiestas.

Intrigado por la urna que le había enviado por vía aérea el capitán Barnum desde el *Sea Sprite*, la sacó de la caja y la colocó en el cilindro que estaba muy cerca de su silla giratoria. Después escribió un código en el teclado. En cuestión de segundos la figura en tres dimensiones de una atractiva mujer vestida con una blusa estampada y falda a juego se materializó en el cilindro. Se trataba de un holograma creado por Yaeger que reproducía a su esposa, capaz de hablar y pensar y con personalidad propia.

—Hola, Max —dijo Yaeger—. ¿Preparada para hacer un pequeño trabajo de

investigación?

—Estoy a tu servicio, mi amo y señor —respondió Max con voz ronca.

—¿Ves el objeto que he colocado a tus pies?

—Lo veo.

—Quiero que lo identifiques y me des una fecha aproximada de su fabricación y la cultura que lo hizo.

—¿Ahora jugamos a ser arqueólogos?

—El objeto lo encontró una bióloga de la NUMA en una caverna de coral en el arrecife de la Natividad —añadió Yaeger.

—Podrían haberse esforzado un poco más en limpiarlo —comentó Max con un tono severo, mientras miraba la urna con restos de las incrustaciones.

—Lo hicieron deprisa y corriendo.

—Eso es obvio.

—Ve a dar una vuelta por las redes de las escuelas universitarias de arqueología, a ver si encuentras algo que concuerde.

Max lo miró con una expresión de picardía.

—Ya sabes que me estás coercionando para que cometa un acto delictivo, ¿no?

—Piratear en los archivos ajenos con fines históricos no es un acto punible.

—Nunca deja de asombrarme la capacidad que tienes para legitimar tus actividades absolutamente infames.

—Lo hago llevado por mi benevolencia natural.

La mujer puso los ojos en blanco.

—No me vengas con ésas.

Yaeger apretó una tecla y Max desapareció lentamente como si se vaporizara mientras la urna se hundía en un receptáculo debajo del suelo. En aquel instante sonó el teléfono azul que había entre otros aparatos de colores. Yaeger atendió la llamada sin dejar de escribir en el teclado.

—Dígame, almirante.

—Hiram —dijo la voz del almirante Sandecker—, necesito el archivo de aquella monstruosidad flotante que está anclada frente al cabo San Rafael, en la República Dominicana.

—Ahora mismo se lo llevo a su despacho.

James Sandecker, que tenía sesenta y un años, estaba haciendo flexiones cuando su secretaria hizo pasar a Yaeger al despacho.

Era bajo, de apenas un metro sesenta, y llevaba una barba a lo van Dyke que combinaba con su cabellera pelirroja. Miró a Yaeger con sus ojos azules, que eran como canicas. Fanático de la vida sana, salía a correr todas las mañanas y dedicaba parte de la tarde a ejercitarse en el gimnasio de la NUMA. También era vegetariano. Su único vicio eran los grandes puros que le preparaban a pedido. Miembro desde

hacía muchos años de Beltway, el grupo dirigente de Washington, había convertido a la NUMA en una organización modélica dentro de la burocracia gubernamental. Si bien la mayoría de los presidentes a cuyas órdenes había servido como director de la NUMA nunca lo habían considerado parte de su equipo, su impresionante historial y la admiración del Congreso le aseguraban la permanencia en el puesto de por vida.

Se levantó de un salto mientras le indicaba a Yaeger una silla delante de su mesa que había sido parte del mobiliario del camarote del capitán del *Normandie*, un transatlántico de lujo francés, antes de que se incendiara en el puerto de Nueva York en 1942.

Un minuto más tarde, se les unió Rudi Gunn, el subdirector de la agencia. Gunn medía solo un par de centímetros más que el almirante. Hombre de una inteligencia brillante y antiguo comandante de la Marina que había servido a las órdenes de Sandecker, Gunn miraba el mundo a través de unas gafas con unos cristales muy gruesos. El trabajo principal de Gunn consistía en supervisar los numerosos proyectos de investigación oceánica de la NUMA en todo el mundo. Saludó a Hiram con un gesto y se sentó en una silla a su lado.

Yaeger se incorporó a medias para dejar un abultado expediente sobre la mesa del almirante.

—Aquí está todo lo que disponemos sobre el *Ocean Wanderer*.

Sandecker abrió el expediente y miró los planos del lujoso edificio que había sido diseñado y construido para servir de hotel flotante. Provisto de todos los servicios como una ciudad en miniatura, lo remolcarían a diferentes lugares exóticos del mundo, donde permanecería fondeado durante un mes hasta que lo llevaran al siguiente fondeadero pintoresco. Después de leer las especificaciones, el almirante miró a Yaeger con una expresión grave.

—Esta cosa es una catástrofe en ciernes —opinó.

—Estoy de acuerdo —manifestó Gunn—. Nuestros ingenieros han analizado cuidadosamente la estructura interior y han llegado a la conclusión de que el hotel no está en condiciones de resistir los embates de una tempestad.

—¿Qué los ha llevado a semejante conclusión? —preguntó Yaeger con un tono inocente.

Gunn se levantó para desplegar sobre la mesa el plano correspondiente a los cables de amarre, que se sujetaban a unos pilotes de cemento enterrados en el fondo marino para anclar el hotel. Señaló con un lápiz el punto donde los cables estaban asegurados con unos ganchos de grandes dimensiones por debajo de la construcción.

—Un huracán de fuerza cinco podría arrancar los amarres.

—Según las especificaciones, está construido para soportar vientos de hasta doscientos cuarenta kilómetros por hora —señaló Yaeger.

—Aquí el viento no es lo más importante —replicó Sandecker—. Como el hotel

está anclado en mar abierto en lugar de tierra firme, está a merced de la fuerza de las olas, que pueden llegar a ser arboladas cuando llegan a aguas poco profundas y hacer pedazos la estructura y acabar con las vidas de los huéspedes y el personal.

—¿Cómo es que esto no fue tomado en consideración por los arquitectos? —preguntó Yaeger.

En el rostro del almirante apareció una expresión de disgusto.

—Les señalamos el problema, pero el propietario de la empresa que lo explota no nos hizo caso.

—Se quedó satisfecho con el dictamen de un equipo de ingenieros internacional, que lo consideró seguro —añadió Gunn—. Dado que Estados Unidos no tiene jurisdicción sobre una empresa extranjera, no pudimos hacer nada para impedir que lo construyeran.

Sandecker guardó las hojas de las especificaciones en el expediente y lo cerró.

—Confiemos en que el huracán que se está gestando frente a las costas de África no se acerque al hotel o no llegue a convertirse en uno de categoría cinco.

—Ya me he puesto en comunicación con el capitán Barnum —dijo Gunn—, que presta apoyo al *Pisces* en los estudios del arrecife de coral. No está lejos del *Ocean Wanderer*, y estará atento a cualquier aviso de huracán que los sitúe en el camino de la tormenta.

—Nuestro centro en Key West está controlando la gestación de uno ahora mismo —indicó Yaeger.

—Mantenedme informado —ordenó Sandecker—. No es el momento más oportuno para tener que enfrentarnos a un desastre por partida doble.

Una luz verde parpadeaba en el panel cuando Yaeger volvió al centro informático. Se sentó frente a la consola y tecleó la orden para que Max apareciera en el interior del cilindro y se elevara la plataforma donde estaba la urna. Esperó a que el holograma estuviera completo antes de preguntar:

—¿Has analizado la urna del *Pisces*?

—Por supuesto —respondió Max sin vacilar.

—¿Qué has encontrado?

—La gente del *Sea Sprite* no ha podido ser más chapucera a la hora de limpiarla —se quejó Max—. La superficie todavía tiene una capa calcárea. Ni siquiera se tomaron la molestia de limpiar el interior. Está lleno de incrustaciones. Tuve que emplear todos los medios técnicos posibles para conseguir una lectura útil: resonancia magnética, rayos X digitales, un escáner láser en tres dimensiones y la red de impulsos neurales. Todo el surtido hasta obtener unas imágenes decentes.

—Evítame los detalles técnicos —le pidió Yaeger amablemente—. ¿Cuáles son los resultados?

—Para empezar, no es una urna. Es un ánfora, porque tiene unas asas pequeñas en

el cuello. La fundieron en algún momento entre mediados y finales de la Edad del Bronce.

—De eso hace muchos años.

—Muchísimos —afirmó Max.

—¿Estás segura?

—¿Alguna vez me he equivocado?

—No. Debo admitir que nunca me has fallado.

—En ese caso, también confía en mí ahora. He realizado un análisis químico muy meticuloso del metal. Las primeras pruebas para endurecer el cobre comenzaron hacia el tres mil quinientos antes de Cristo, con el añadido de arsénico. El problema era que los mineros y herreros morían jóvenes, envenenados por los vapores de este elemento químico. Más tarde, por casualidad en algún momento desde el dos mil doscientos antes de Cristo, se descubrió que mezclando un noventa por ciento de cobre con un diez por ciento de estaño se conseguía un metal muy fuerte y duradero. Esto marcó el comienzo de la Edad del Bronce. Afortunadamente, había grandes yacimientos de cobre en toda Europa y Oriente Medio. Pero el estaño era bastante más escaso y difícil de encontrar.

—De modo que el estaño era un metal valioso.

—Así es —asintió Max—. Los vendedores de estaño recorrían el mundo antiguo para comprar el mineral y venderlo a las fundiciones. La aparición del bronce dio un gran impulso a la economía y convirtió en ricos a muchos. Las forjas producían de todo, desde armas (puntas de lanza, cuchillos y espadas) a collares, cinturones y hebillas para las mujeres. Las hachas y los escoplos de bronce significaron un gran avance para la carpintería. Los artesanos comenzaron a fundir ollas, urnas y jarras. Visto desde una perspectiva correcta, la Edad del Bronce representó un gran paso en el desarrollo de la civilización.

—¿Cuál es la historia del ánfora?

—La fundieron entre el 1200 y el 1100 antes de Cristo y, por si te interesa saberlo, utilizaron el método de la cera perdida para producir el molde.

Yaeger se irguió en la silla, cada vez más interesado.

—Eso le atribuye una antigüedad de más de tres mil años.

—Eres muy astuto —opinó Max con una sonrisa sarcástica.

—¿Dónde la fundieron?

—En la Galia y lo hicieron los antiguos celtas, en una región hoy conocida como Egipto, para ser más precisos.

—¿Egipto? —repitió Yaeger, sin disimular su escepticismo.

—Hace tres mil años, la tierra de los faraones no se llamaba Egipto, sino L'Khem o Kemi. No fue hasta que Alejandro Magno conquistó el país cuando se le bautizó con el nombre de Egipto, de acuerdo con la descripción de Homero en la Ilíada.

—No sabía que los celtas fuesen un pueblo tan antiguo.

—Los celtas era un grupo de tribus más o menos dispersas que se dedicaban al comercio y la artesanía desde el 2000 antes de Cristo.

—Has dicho que el ánfora fue fabricada en la Galia. ¿Cuándo aparecen los celtas en la escena?

—Los invasores romanos dieron el nombre de Galia a las tierras celtas —explicó Max—. Mi análisis demuestra que el cobre es de las minas próximas a Hallstatt, en Austria, mientras que el estaño fue extraído en Cornualles, Inglaterra. Sin embargo, el estilo apunta a una tribu celta del sudoeste de Francia. Las figuras que aparecen en el diámetro exterior del ánfora son prácticamente idénticas las que muestra un caldero encontrado por un agricultor francés en aquella región en 1972.

—Espero que puedas darme el nombre del escultor que hizo el molde.

Max dirigió a Yaeger una mirada de pocos amigos.

—No me pediste que buscara en los registros genealógicos.

Yaeger consideró la información que le había suministrado Max.

—¿Tienes alguna idea de cómo una pieza de bronce fundida en la Galia pudo acabar en una caverna de coral en el banco de la Natividad, frente a las costas de la República Dominicana?

—No estoy programada para considerar generalidades —respondió Max, con tono altivo—. No tengo ni la más remota idea de cómo llegó allí.

—Propón alguna teoría, Max —le pidió Yaeger amablemente—. ¿Se cayó de un barco o quizá formaba parte de la carga de una nave que naufragó?

—La segunda es posible, dado que ningún capitán llevaría su barco por las aguas del banco de la Natividad a menos que quisiera suicidarse. Podría tratarse de parte de una carga de objetos antiguos destinada a un coleccionista, o a un museo de Sudamérica.

—Pues como teoría no está mal.

—La verdad es que no tiene mucho sentido —manifestó Max con la mayor indiferencia—. De acuerdo con mis análisis, las incrustaciones del exterior son demasiado viejas para cualquier naufragio desde que Colón cruzó el océano. Según los valores de la composición orgánica tienen más de dos mil ochocientos años.

—Eso no es posible. No hubo ningún naufragio en el hemisferio occidental antes del siglo quince.

Max levantó los brazos.

—¿No tienes fe en mí?

—Debes admitir que tu estimación roza el ridículo.

—Piensa lo que quieras. Me atengo a mis hallazgos.

Yaeger se reclinó en la silla mientras pensaba qué hacer con el proyecto y las conclusiones de Max.

—Imprime diez copias de tus hallazgos, Max. Serán el punto de partida.

—Antes de que me envíes al País de Nunca Jamás —dijo Max—, hay una cosa más.

Yaeger la miró con desconfianza.

—¿De qué se trata?

—Cuando quiten la basura del interior del ánfora, encontrarán una figura de oro con la forma de una cabra.

—¿Una qué?

—Hasta la vista, Hiram.

Yaeger se quedó absolutamente desconcertado mientras Max desaparecía en los circuitos. Su mente se centró en lo abstracto. Intentó imaginarse a un marino de la antigüedad a bordo de una nave de tres mil años atrás que arrojaba al agua un caldero de bronce a seis mil quinientos kilómetros de Europa, pero no lo consiguió.

Cogió el ánfora y miró en el interior, pero la apartó rápidamente porque le molestó el hedor de las incrustaciones. La dejó de nuevo en la caja y continuó sentado, incapaz de aceptar los descubrimientos de Max.

Decidió que a la mañana siguiente repasaría todos los sistemas de Max antes de llevarle el informe a Sandecker. No estaba dispuesto a asumir el riesgo de que Max hubiese cometido una equivocación.

4

Un huracán tarda normalmente unos seis días en alcanzar toda su magnitud. El huracán Lizzie solo tardó cuatro.

Los vientos se movían en espiral a una velocidad que aumentaba por momentos. Pasó rápidamente por la etapa de depresión tropical, con vientos de sesenta kilómetros por hora. Muy pronto soplaban de forma sostenida a más de ciento veinte kilómetros por hora, y Lizzie pasó a ser por méritos propios un huracán de la categoría 1 de acuerdo con la escala de Saffir-Simpson. Nada satisfecha con ser una tempestad en lo más bajo de la escala, entró sin demora en la categoría 2 y arremetió con ganas para entrar en la categoría 3.

En el Centro de Huracanes de la NUMA, Heidi Lisherness observó con atención las últimas imágenes transmitidas por los satélites geoestacionarios que orbitaban el planeta a una altura de treinta y cinco mil kilómetros por encima del ecuador. La información la recibía un ordenador que utilizaba un modelo numérico para predecir la velocidad, el rumbo y la fuerza de Lizzie. Las fotos de los satélites no eran muy precisas. La meteoróloga habría preferido disponer de unas fotografías más detalladas, pero era demasiado pronto para enviar un avión de seguimiento de tormentas hasta casi el otro extremo del océano. Tendría que esperar antes de conseguir lo que necesitaba.

Los primeros informes distaban mucho de ser alentadores. Esta tormenta tenía todo a su favor para cruzar el umbral de la categoría 5, con vientos superiores a los doscientos cincuenta kilómetros por hora. Heidi no podía hacer otra cosa que rezar para que Lizzie no entrara en las zonas pobladas de la costa norteamericana.

Sólo dos huracanes de la categoría 5 habían tenido tal siniestro honor. El huracán del Día del Trabajo, que en 1935 había cruzado los cayos de Florida, y el Camille, que había golpeado de lleno en Alabama y Misisipi en 1969 y había derribado edificios de veinte pisos.

Heidi se tomó unos minutos para escribirle un fax a su marido, Harley, en el Servicio Nacional de Meteorología para comunicarle las últimas informaciones sobre el huracán.

Harley:

Lizzie se mueve hacia el oeste y se está acelerando. Tal como sospechábamos, ya se ha convertido en una tormenta peligrosa. El modelo informático predice vientos de 150 nudos con olas de 12 a 15 metros de altura en un radio de más de 500 kilómetros. Se está moviendo a la increíble velocidad de 20 nudos.

Te mantendré informado.

Heidi

Volvió su atención una vez más a las imágenes que llegaban desde el satélite. Cuando miraba la imagen ampliada de un huracán, Heidi nunca dejaba de impresionarse por la ominosa belleza de la espiral de nubes blancas, con el centro oculto por un escudo de cirrus, que se formaban a partir de las tormentas eléctricas en las paredes que rodeaban el ojo. No había nada en toda la naturaleza que pudiera equipararse con la tremenda energía de un huracán desarrollado. El ojo se había formado antes y tenía el aspecto de un cráter en un planeta blanco. Los ojos de los huracanes varían en tamaño desde los ocho kilómetros de diámetro a los ciento sesenta o más. El ojo de Lizzie medía ochenta kilómetros.

Por encima de todo lo demás, lo que más la desconcertaba era la presión atmosférica. Cuanto más baja la presión, peor la tormenta. En el huracán Hugo en 1989 y el Andrew en 1992 habían bajado hasta los 934 y los 922 milibares respectivamente. Lizzie ya estaba en 945 y bajaba rápidamente, con la consecuencia de formar un vacío en el centro que se intensificaba por momentos. Poco a poco, milibar a milibar, la presión atmosférica continuó descendiendo en la escala barométrica.

Lizzie también estaba batiendo marcas en su movimiento hacia el oeste a través del océano. Los huracanes se mueven lentamente, por lo general a no más de veinte kilómetros por hora, más o menos la velocidad promedio de un ciclista. Pero Lizzie no seguía las reglas marcadas por las tormentas precedentes: estaba cruzando el océano a la muy respetable velocidad de treinta y dos kilómetros por hora.

También al contrario de los otros huracanes, que zigzagueaban en su camino hacia el hemisferio occidental, Lizzie se movía en línea recta, como si tuviera un objetivo determinado. Es frecuente que las tormentas viren sin más y cambien por completo de dirección. De nuevo, Lizzie se saltaba las normas. Si había un huracán que iba a la suya, pensó Heidi, era éste.

Heidi nunca supo cómo y en dónde se había acuñado el término, pero huracán era una palabra del idioma de los indios caribes, que significa «gran viento». Cargada con una energía equiparable a la mayor de las bombas nucleares, Lizzie corría desbocada y se anunciaba con relámpagos, truenos y un tremendo aguacero. Los barcos que navegaban en aquella zona del océano ya habían comenzado a sentir su furia.

Era mediodía, un mediodía enloquecido, salvaje, desquiciado. La superficie del mar había pasado de ser casi una balsa de aceite a formar olas de diez metros de altura en un tiempo que, para el capitán del *Mona Lisa*, un barco portacontenedores con bandera nicaragüense, había sido un parpadeo. Tenía la sensación de que había abierto la puerta a un desierto y alguien le había arrojado un cubo de agua a la cara. El mar había empeorado en cuestión de minutos y la suave brisa había pasado a ser una galerna en toda la regla. En todos sus años en el mar, nunca había visto que se

levantara una tempestad con tanta rapidez.

No había ningún puerto cercano para ir en busca de refugio, así que ordenó virar y llevar el *Mona Lisa* directamente hacia la tempestad, con la intención de cruzar lo más rápidamente el corazón de la tormenta. Era tal vez su única posibilidad para conseguir salvar la nave y la carga.

Cuarenta y cinco kilómetros al norte del *Mona Lisa*, casi en la línea del horizonte, el superpetrolero egipcio *Ramsés II* se vio sorprendido por la turbulencia. El capitán Warren Meade miró horrorizado cómo una ola de treinta metros de altura que se movía a una velocidad increíble aparecía por encima de la popa del barco. La ola arrancó mástiles y grúas y lanzó toneladas de agua que se abrieron paso por las escotillas para inundar los sollados y los almacenes. Los tripulantes que estaban en el puente de mando contemplaron atónitos cómo la ola pasaba por los lados de la superestructura, recorría los doscientos quince metros de longitud de la cubierta —la cual se alzaba veinte metros por encima de la línea de flotación— y destrozaba las tuberías y bombas antes de sobrepasar la proa.

Un yate de veinticinco metros de eslora que era propiedad del fundador de una empresa de informática, con diez pasajeros y cinco tripulantes a bordo, y que navegaba rumbo a Dakar, se vio engullido por las olas sin tener tiempo para lanzar una llamada de socorro.

Antes de que se hiciera de noche, otra docena de barcos serían víctimas de la violencia destructora de Lizzie.

Heidi y sus compañeros meteorólogos se reunieron en el centro de la NUMA para analizar toda la información disponible sobre la evolución del huracán que avanzaba por el este. No se apreciaba disminución alguna en la velocidad de Lizzie cuando pasó por el meridiano 40 oeste en mitad del Atlántico y continuó su rumbo recto como una flecha, algo que contradecía todo lo conocido hasta entonces.

Harley llamó a Heidi a las tres de la tarde.

—¿Qué tal pinta? —preguntó.

—Nuestro sistema de procesamiento de datos está enviando toda la información a tu centro —respondió Heidi—. A última hora de anoche se comenzó a transmitir el aviso de alerta.

—¿Cómo es la trayectoria?

—Lo creas o no, Lizzie avanza recto como una flecha.

—Eso es algo poco habitual —manifestó Harley.

—No se ha desviado ni quince kilómetros en las últimas doce horas.

—Tampoco eso entra dentro de los parámetros conocidos —dijo Harley, que parecía tener sus dudas al respecto.

—Ya lo verás cuando recibas la información —replicó Heidi con firmeza—. Lizzie está batiendo todas las marcas. Los barcos comunican que hay olas de treinta

metros.

—¡Dios mío! ¿Qué indican los modelos?

—Los tiramos a la papelera en cuanto salen de la impresora. Lizzie no se comporta de la misma manera que otros huracanes. Nuestros ordenadores no han podido suministrarnos una proyección fiable de la trayectoria y la potencia.

—Por lo visto, nos enfrentamos a una tormenta que aparece una vez cada cien años.

—Mucho me temo que ésta sea de las que aparecen cada mil.

—¿Puedes facilitarme alguna indicación, cualquier cosa sobre dónde podría tocar tierra, para que el centro comience a transmitir el aviso de emergencia? —El tono de Harley era grave.

—Puede tocar tierra en cualquier punto entre Cuba y Puerto Rico. Ahora mismo, apostaría por la República Dominicana. Pero no hay manera de saberlo a ciencia cierta hasta dentro de veinticuatro horas.

—En ese caso, disponemos de tiempo para enviar un aviso preliminar.

—A la vista de la velocidad de Lizzie, lo mejor será que lo hagas ahora mismo.

—Mis compañeros del servicio meteorológico y yo nos ocuparemos de inmediato.

—Harley...

—Sí, cariño.

—Esta noche no iré a cenar a casa.

Heidi se imaginó la sonrisa jovial de Harley cuando le respondió:

—Yo tampoco, amor mío. Yo tampoco.

Después de colgar el teléfono, Heidi observó pensativamente la carta a gran escala donde aparecía la zona de huracanes correspondiente al Atlántico norte. Mientras miraba las islas del Caribe más próximas al monstruo que se acercaba, algo indefinido surgió del fondo de su mente.

Tecléo la orden para que el ordenador le mostrara una lista de los barcos, con una breve descripción de cada uno y la posición actual en una zona específica del Atlántico norte. Había más de una veintena que podían sufrir el impacto directo de la tormenta. Preocupada por la posibilidad de que algún barco de crucero —con sus miles de pasajeros y centenares de tripulantes a bordo— estuviese navegando en el camino del huracán, repasó de nuevo la lista. No había ningún crucero en la vecindad más inmediata, pero un nombre le llamó la atención. En un primer momento lo confundió con un barco, y después lo recordó. No era una nave.

—¡Oh, Dios mío! —gimió.

Sam Moore, un meteorólogo con gafas que trabajaba en la mesa vecina, se volvió hacia su compañera.

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

Heidi se hundió en la silla.

—El *Ocean Wanderer*.

—¿Es un crucero?

—No, es un hotel flotante que ahora mismo está amarrado en el camino del sistema. —Heidi sacudió la cabeza—. No hay manera de poder apartarlo a tiempo. Es un blanco fijo.

—Un barco informó de olas de treinta metros —dijo Moore—. Si una de esas golpea el hotel... —Su voz se apagó.

—Tenemos que avisar a la dirección para que lo evacúen de inmediato.

Heidi se levantó de un salto y corrió a la sala de comunicaciones. Rogó para sus adentros que la dirección del hotel actuara sin demora. Si no era así, más de un millar de huéspedes y todo el personal estaban condenados a una muerte segura.

Nunca se había visto tanta elegancia, tanto lujo, en la superficie del mar. Nunca se había construido nada que pudiera compararse con la extraordinaria creatividad de su diseño. El hotel submarino *Ocean Wanderer* era una aventura a la espera de ser vivida, una magnífica oportunidad para sus huéspedes de contemplar las maravillas de las profundidades. Se elevaba por encima de las olas con soberbio esplendor a tres kilómetros del cabo Cabrón, en el extremo sudeste de la República Dominicana.

Reconocido por la industria turística como el hotel más extraordinario del mundo entero, había sido construido en Suecia de acuerdo con unas exigencias de calidad que no tenían parangón. El más alto grado de artesanía había empleado lo último en materiales, combinado con una atrevida utilización de lujosas texturas que ilustraban la vida en el mar. Exuberantes tonos de verde, azul y oro se unían para crear un lujosísimo conjunto, magnífico en el exterior y esplendoroso en el interior. En la superficie, la estructura exterior, con una altura de más de sesenta metros, imitaba las suaves y estilizadas líneas de una nube baja. Los cinco pisos superiores albergaban los alojamientos y despachos de los cuatrocientos empleados, los enormes almacenes, las cocinas y los sistemas de aire acondicionado y calefacción.

El *Ocean Wanderer* también ofrecía lo más selecto de la cocina internacional. Había cinco restaurantes, dirigidos por cinco cocineros de fama mundial. Exóticos platos de pescados acabados de pescar presentados con la mayor exquisitez. También se ofrecía una cena a bordo de un catamarán que partía con la puesta de sol, para aquéllos que desearan disfrutar de una cena romántica.

En tres de los pisos había dos salas de fiestas —donde actuaban artistas de renombre—, una opulenta sala de baile con música en vivo, y una zona de compras con tiendas de diseño en las que se ofrecían productos difíciles de encontrar en los centros comerciales, y, como si fuese poco, libres de impuestos.

Había un cine con cómodas butacas, donde se proyectaban las últimas novedades recibidas vía satélite. El casino, aunque no era muy grande, sobrepasaba a cualquiera de Las Vegas. Los peces nadaban en acuarios que serpenteaban entre las mesas de juego y las máquinas tragaperras. También el techo era un gigantesco acuario con una gran variedad de especies marinas, que nadaban perezosamente por encima de las cabezas de los jugadores.

En los pisos intermedios funcionaba un balneario de la máxima categoría, atendido por profesionales. Los huéspedes podían escoger todo tipo de masajes y tratamientos especiales, y además había saunas y baños turcos en salas que reproducían jardines tropicales, con plantas y flores exóticas. Para los más activos, encima del techo del balneario había pistas de tenis, un minigolf que recorría la cubierta, y un campo de prácticas donde los aficionados podían lanzar bolas a las

plataformas flotantes, separadas por una cuarentena de metros.

Aquéllos que buscaban aventuras más fuertes, tenían a su disposición varios toboganes de agua a cuál más espectacular, con entradas a diferentes niveles a los que se llegaba en ascensor. Había uno que comenzaba en el techo del hotel y bajaba los quince pisos hasta el mar. No se habían descuidado los deportes acuáticos y se podía practicar el windsurf, el esquí y las carreras con motos de agua, y por supuesto había una multitud de actividades subacuáticas, siempre dirigidas por instructores profesionales. Los huéspedes también podían disfrutar de las excursiones submarinas a los arrecifes de coral y los primeros niveles de la zona profunda, y de la visión de la vida marina en los niveles sumergidos del hotel. Las conferencias y las clases sobre peces estaban a cargo de profesores universitarios licenciados en ciencias oceánicas.

Todo era extraordinario, pero de lo que más disfrutaba la clientela era de la aventura que vivían en la gigantesca estructura en forma de vaina ubicada debajo de la superficie. Como si se tratara de un iceberg hecho por el hombre, el *Ocean Wanderer* no tenía habitaciones; tenía nada menos que cuatrocientas diez *suites*, todas debajo de la superficie, con una pared que era una gigantesca ventana de cristal blindado que permitía ver las maravillas de la vida submarina. Las *suites* estaban pintadas con tonos azules y verdes, y la iluminación también era de colores para aumentar la sensación de que los huéspedes estaban viviendo de verdad debajo del agua.

En aquel fantástico espectáculo visual, los ocupantes veían a los grandes depredadores, los tiburones y las barracudas, que nadaban en su entorno natural. Los multicolores ángeles de mar, los peces loros y los graciosos delfines se amontonaban al otro lado de las ventanas. Las mantarrayas y los enormes meros nadaban entre las hermosas medusas, que eran empujadas por las corrientes entre el bosque de coral. Por la noche, los huéspedes veían desde la cama el interminable ballet que ejecutaban los peces iluminados con las luces de colores.

A diferencia de la lujosa flota de barcos de crucero que recorrían los siete mares, el *Ocean Wanderer* no tenía motores. Era una isla flotante, amarrada a unos gigantesco pilotes de acero enterrados en el fondo marino. A estos pilotes se enganchaban los gruesos cables de acero que sujetaban toda la estructura.

De todas maneras, no era un amarre permanente. Consciente de que los viajeros ricos pocas veces repetían el lugar de vacaciones, la empresa propietaria del *Ocean Wanderer* había instalado amarres en más de una docena de exóticos lugares por todo el mundo. Cinco veces al año, dos remolcadores de cuarenta metros de eslora acudirían a su cita con el hotel flotante. Tras vaciar los tanques de lastre hasta que sólo quedaran dos niveles debajo del agua, se soltarían las amarras y los remolcadores —dotado cada uno con motores diesel Hunewell de tres mil caballos de potencia— arrastrarían el hotel flotante hasta un nuevo escenario tropical, donde

quedaría sujeto nuevamente. Los huéspedes podrían escoger entre regresar a sus casas o permanecer a bordo durante el viaje.

Cada cuatro días se realizaban prácticas de evacuación, en las que participaban los huéspedes y la tripulación. Unos ascensores con su propio suministro de energía —para el caso de que no hubiera electricidad— podían evacuar rápidamente a todos hasta el segundo nivel, donde estaban los botes salvavidas capaces de mantenerse a flote en las condiciones más extremas.

No es necesario decir que el *Ocean Wanderer* tenía todas las *suites* reservadas para los siguientes dos años. Ese día, sin embargo, era una ocasión especial. El hombre que había sido la fuerza decisiva en su creación, llegaba para una visita de cuatro días al fabuloso hotel flotante que había sido inaugurado el mes anterior. Se trataba de un hombre misterioso como el mismo mar. Un hombre a quien sólo fotografiaban de lejos, y que nunca mostraba los labios y la barbilla por debajo de la nariz mientras que los ojos quedaban ocultos detrás de unas gafas de sol. No se conocía su nacionalidad. Era un hombre sin nombre, enigmático como un espectro, y era Specter el nombre que le habían dado los periodistas.

Los reporteros de los periódicos y la televisión no habían encontrado ni el más mínimo rastro para acabar con su anonimato. Su edad y sus antecedentes aún estaban por descubrir. Lo único que se sabía a ciencia cierta era que había fundado y dirigido Odyssey, un gigantesco imperio dedicado a la investigación científica y la construcción con presencia en treinta países, que lo había convertido en uno de los hombres más ricos y poderosos del mundo civilizado.

Odyssey no tenía accionistas. No había informes anuales, ni balances que presentar en asamblea. El imperio Odyssey y el hombre que lo controlaba permanecían envueltos en el secretismo más absoluto.

A las cuatro de la tarde el silencio del mar turquesa y el cielo azul se vio roto por el rugido de un reactor. Un gran avión de pasajeros pintado con el color lavanda, que era la marca de fábrica de Odyssey, apareció por el oeste. Los huéspedes miraron con curiosidad el aparato cuando el piloto hizo un giro alrededor del *Ocean Wanderer* para ofrecer a los pasajeros una visión aérea de la maravilla flotante.

El aparato no se parecía a ninguno de los aviones que se veían habitualmente. El Beriev Be200 de fabricación rusa había sido diseñado como hidroavión para la lucha contra incendios. Éste, en cambio, lo habían construido para llevar dieciocho pasajeros y cuatro tripulantes con todos los lujos. Lo impulsaban dos motores BMW-Rolls Royce montados sobre el ala. Capaz de alcanzar velocidades superiores a los seiscientos cuarenta kilómetros por hora, el Be200 estaba preparado para amerizar y despegar hasta con olas de un metro veinte de altura.

El piloto acabó la vuelta con el hidroavión e inició la aproximación final hacia el hotel. La enorme quilla rozó las olas al mismo tiempo que los flotadores, y se posó en

el agua como un cisne cebado. Después se acercó lentamente hasta el muelle flotante que se extendía frente a la entrada principal del hotel. Arrojaron los cabos y los tripulantes se encargaron de amarrarlo.

Un comité de bienvenida encabezado por un hombre calvo con gafas que vestía una impecable americana azul esperaba en el muelle bordeado con cordones de terciopelo dorado. Hobson Morton era el director ejecutivo del *Ocean Wanderer*. Morton, un hombre meticuloso al máximo que no vivía más que para su trabajo y absolutamente leal a su patrón, medía casi dos metros de estatura y pesaba sólo ochenta kilos. Specter lo había incorporado a su empresa porque su criterio era rodearse de hombres más capaces que él. A espaldas de Morton, sus colegas lo llamaban «el poste». Distinguido, con los cabellos rubios y las sienes canosas, permanecía erguido como una farola mientras media docena de ayudantes salían del avión por la escotilla principal, seguidos por cuatro guardaespaldas vestidos con monos azules, que se situaron en los lugares estratégicos del muelle.

Transcurrieron varios minutos antes de que Specter saliera del hidroavión. En contraste con Morton, habría llegado a una estatura de poco más de un metro sesenta de haber sido capaz de erguirse, pero era tan gordo que le era imposible hacerlo. Mientras caminaba —o, mejor dicho, anadeaba—, parecía una hembra de sapo embarazada en busca de una charca. La enorme barriga tensaba la tela de su traje blanco hecho a medida hasta el punto de que parecía que se saltarían las costuras. Llevaba la cabeza envuelta en un turbante de seda blanco cuya parte inferior le cubría la boca y la barbilla. Resultaba imposible ver la expresión de su rostro; incluso los ojos quedaban ocultos detrás de las gafas de sol con cristales de espejo. Las personas del círculo más inmediato de Specter no sabían cómo se las arreglaba para ver a través de ellas; lo que ignoraban era que si se miraba desde el otro lado eran transparentes.

Morton se adelantó y saludó a su jefe con una cortés inclinación.

—Bienvenido al *Ocean Wanderer*, señor.

No hubo apretones de mano. Specter echó la cabeza hacia atrás para contemplar la magnífica estructura. Aunque había participado en su diseño desde el primer boceto hasta la construcción final, aún no lo había visto acabado y anclado en el mar.

—Su apariencia excede mis expectativas más optimistas —comentó Specter.

La voz, suave y melodiosa, con un deje sureño norteamericano apenas perceptible, no encajaba con su aspecto. Cuando Morton vio a Specter, había esperado que su voz fuera aguda y rechinante.

—Estoy seguro de que también estará usted encantado con el interior —dijo Morton, con un tono que tenía algo de arrogancia—. Si quiere tener la bondad de seguirme, haremos un recorrido por las instalaciones antes de acompañarlo a la *suite* real.

Specter se limitó a asentir y caminó a través del muelle hacia la entrada principal, escoltado por su comitiva.

En la sala de comunicaciones, al otro lado de los despachos de los ejecutivos, un operador controlaba las llamadas vía satélite que llegaban del cuartel general de Specter en Laguna, Brasil, y de las filiales repartidas por todo el mundo. Una luz parpadeó en la consola y atendió la llamada.

—*Ocean Wanderer*. ¿Con quién desea hablar?

—Soy Heidi Lisherness, del Centro de Huracanes de la NUMA en Key West. ¿Puedo hablar con el director del establecimiento?

—Lo siento, pero ahora mismo acompaña al propietario y fundador del *Ocean Wanderer* en una visita privada al hotel.

—Se trata de un asunto muy urgente. ¿Puedo hablar con su ayudante?

—Todos los directivos participan de la visita.

—En ese caso —rogó Heidi—, si es tan amable, infórmeles de que un huracán de categoría cinco va en la dirección del *Ocean Wanderer*. Avanza a una velocidad increíble y podría abatirse sobre el hotel alrededor de la madrugada de mañana. Deben ustedes comenzar la evacuación del hotel de inmediato. Los mantendré informados periódicamente de la situación y si su director necesita hacerme alguna consulta puede llamar a este número.

El operador anotó el número de teléfono del Centro de Huracanes y a continuación atendió las varias llamadas que había puesto en espera mientras hablaba con Heidi. No se tomó en serio el aviso, y esperó hasta acabar el turno al cabo de dos horas para rastrear a Morton y transmitirle el mensaje.

Morton miró el mensaje enviado por el operador y lo leyó atentamente antes de entregárselo a Specter.

—Un aviso de tormenta que nos envían desde Key West. Hay un huracán que viene hacia nosotros y nos dicen que debemos evacuar el hotel.

Specter echó una ojeada al mensaje de advertencia y se acercó a uno de los ventanales para mirar hacia el este. No había ni una nube en el cielo y el mar parecía en calma.

—No es cuestión de tomar decisiones apresuradas —declaró—. Si la tormenta sigue la trayectoria habitual de los huracanes, se desviará hacia el norte y pasará a centenas de kilómetros de aquí.

Morton no estaba tan seguro. Era un hombre cauteloso y concienzudo que prefería pecar de precavido.

—No creo, señor, que sea lo más beneficioso para nuestros intereses arriesgar las vidas de los huéspedes y el personal. Le recomiendo que demos la orden de comenzar el procedimiento de evacuación y disponer el transporte a un lugar seguro en la República Dominicana lo antes posible. También tendríamos que avisar a los

remolcadores para que nos aparten del camino de la tormenta para evitar mayores consecuencias.

Specter miró de nuevo a través de la ventana las excelentes condiciones meteorológicas reinantes, como si quisiera tranquilizarse.

—Esperaremos otras tres horas. No quiero perjudicar la imagen pública del *Ocean Wanderer* con historias de una evacuación en masa que los periódicos y la televisión convertirían en una catástrofe y compararían con el abandono de un barco que se va a pique. Además —dijo, y alzó los brazos como si quisiera abrazar el magnífico edificio flotante, cosa que le dio el aspecto de un globo al que le hubiesen crecido dos largos apéndices—, mi hotel ha sido construido para resistir los embates del mar por muy fuertes que sean.

Morton pensó por un momento en mencionar el *Titanic*, pero se calló. Dejó a Specter en la *suite* real y regresó a su despacho para comenzar los preparativos de una evacuación que no podía tardar mucho en llegar.

A ochenta kilómetros al norte del *Ocean Wanderer*, el capitán Barnum leyó los partes meteorológicos que le enviaba Heidi Lisherness e inconscientemente miró hacia el este como había hecho Specter. A diferencia de los hombres de tierra adentro, Barnum conocía muy bien las trampas del mar. Estaba atento al paulatino aumento del viento y el oleaje. Había soportado infinidad de tormentas durante su larga carrera en el mar y sabía muy bien que podían cernirse sobre un barco y una tripulación que no sospechaba nada y hundirlos en menos de una hora.

Cogió el teléfono y llamó al *Pisces*. La respuesta que llegó desde el fondo del mar era ininteligible.

—¿Summer?

—No, soy su hermano —replicó Dirk en tono alegre, después de ajustar la frecuencia—. ¿Qué puedo hacer por usted, capitán?

—¿Summer está contigo dentro del *Pisces*?

—No, ahora mismo está comprobando el funcionamiento de los tanques de oxígeno del hidrolaboratorio.

—Acabamos de recibir un aviso de tormenta de Key West. Se acerca un huracán de categoría cinco.

—¿Categoría cinco? Eso es algo tremendo.

—No hay nada peor. Fui testigo de uno de categoría cuatro en el Pacífico hace veinte años, y soy incapaz de imaginar algo que lo supere.

—¿Cuánto tiempo tardará en llegar aquí? —preguntó Dirk.

—El centro calculó que sobre las seis de la mañana. Pero los últimos informes señalan que se acerca mucho más rápido. Tendremos que sacaros del *Pisces* y traerlos a bordo del *Sea Sprite* cuanto antes.

—No es necesario que le recuerde el problema de la descompresión, capitán. Mi

hermana y yo llevamos cuatro días aquí abajo. Necesitamos un mínimo de quince horas de descompresión antes de que podamos acomodarnos a la presión normal y salir a la superficie. No lo conseguiremos antes de que el huracán se nos eche encima.

Barnum era bien consciente de la situación.

—Quizá tengamos que abandonar la misión de apoyo y huir de aquí.

—A esta profundidad, no tendríamos que tener ningún problema con la tormenta —opinó Dirk muy seguro.

—No me hace ninguna gracia dejaros abajo —manifestó el capitán con un tono grave.

—Quizá tengamos que ponernos a dieta, pero disponemos de energía y aire suficiente para cuatro días. Para entonces ya habrá pasado lo peor de la tormenta.

—Preferiría que tuvieseis más reservas.

Hubo una pausa en la comunicación con el *Pisces*.

—¿Tenemos otra alternativa? —preguntó Dirk.

—No, supongo que no.

Barnum exhaló un sonoro suspiro. Miró el gran reloj digital colocado encima de la consola del piloto automático de la nave. Su gran temor era que si la tormenta apartaba el *Sea Sprite* muy lejos de la posición actual, quizá no regresaría a tiempo para salvar a Dirk y Summer. Se enfrentaba a un callejón sin salida. Si perdía en el mar a los hijos de Dirk Pitt, no quería ni pensar en la furia del director de proyectos especiales de la NUMA.

—Tomad todas las precauciones posibles para alargar la provisión de aire.

—No se preocupe, capitán. Summer y yo estaremos abrigados y cómodos en nuestra casita pequeña en el coral.

Barnum no las tenía todas consigo. El *Pisces* podría acabar destrozado si el arrecife se veía castigado por las olas de treinta y más metros de altura generadas por un huracán de categoría cinco. Miró de nuevo hacia el este, a través de la cristalera del puente. En el cielo acababan de aparecer nubes de tormenta y el mar comenzaba a encrespase con olas de metro y medio.

Muy a su pesar y cada vez más preocupado, dio la orden de levar anclas y el *Sea Sprite* puso rumbo a un lugar bien apartado del presunto camino de la tormenta.

Summer entró en la esclusa principal y Dirk se apresuró a informarle de la tremenda tempestad que los amenazaba. Juntos repasaron todo el procedimiento para el racionamiento de comida y aire.

—También tendremos que sujetar todos los objetos sueltos, porque quizá las olas nos den una buena paliza.

—¿Cuánto tardará lo peor de la tormenta en llegar hasta nosotros? —preguntó Summer.

—Según el capitán, la tendremos aquí con el alba.

—En ese caso tendrás tiempo para una última excursión conmigo antes de encerrarnos aquí a esperar que amaine la tormenta.

Dirk miró a su hermana. Cualquiera otro, cautivado por su belleza, hubiera cedido de inmediato a su hechizo, pero él estaba inmunizado contra sus maquiavélicos designios.

—¿Qué se te ha ocurrido ahora? —replicó con despreocupación.

—Quiero ir a echar otra ojeada a la caverna donde encontré la urna.

—¿Podrás encontrarla en la oscuridad?

—Como un zorro su madriguera —afirmó Summer, muy ufana—. Además, a ti te encanta ver los peces que permanecen ocultos durante el día.

—Entonces, más vale que salgamos ahora mismo. Tenemos mucho trabajo por delante antes de que llegue la tormenta.

Summer enganchó el brazo al de su hermano.

—¡No lo lamentarás!

—¿Por qué lo dices?

Summer clavó en su hermano sus hermosos ojos grises.

—Porque, cuanto más lo pienso, más segura estoy de que un misterio mucho más grande que el de la urna nos está esperando en el interior de la caverna.

6

Summer fue la primera en salir por la esclusa de servicio. Comprobaron los equipos y después nadaron en un mar que era oscuro como el espacio exterior. Los peces que habían salido de sus escondrijos para buscar comida entre el coral se espantaron cuando encendieron las linternas. Aquella noche no había luna para alumbrar la superficie con su luz plateada. Las estrellas estaban ocultas por los amenazadores nubarrones, que eran el anuncio de la tremenda tempestad que se avecinaba.

Dirk nadaba detrás de su hermana. Percibía el placer que experimentaba Summer en el mundo submarino por sus gráciles y lánguidos movimientos. Los racimos de burbujas indicaban la respiración tranquila de un buceador experto. La muchacha volvió la cabeza para sonreírle a través de la máscara. Luego señaló a la derecha y con un rápido movimiento de las aletas pasó por encima de los corales iluminados por el rayo de la linterna.

No había nada siniestro en el silencio nocturno del mar debajo de la superficie. Los peces, atraídos por las luces, salían de los huecos en el coral para observar a las extrañas y torpes criaturas que se movían entre ellos, cargadas con unas cajas herméticas que resplandecían como el sol. Un enorme pez loro nadaba junto a Dirk, y lo miraba como un gato curioso. Seis barracudas de un metro veinte de largo aparecieron de pronto, con las mandíbulas inferiores sobresalientes por debajo de los morros. No hicieron el menor caso de los buceadores y continuaron la búsqueda de comida.

Summer avanzaba por los cañones de coral como si siguiera un mapa de carreteras. Un pequeño pez balón, sorprendido por el resplandor de las luces, hinchó su cuerpo hasta convertirse en una pelota sembrada de púas como un cacto, cosa que hacía imposible o poco probable que un gran depredador cometiera la estupidez de engullir un bocado que le destrozaría la garganta.

Las luces proyectaban unas sombras siniestras contra el retorcido coral cuya superficie variaba de lo irregular y afilado a lo liso y globular. Para Dirk, la multitud de tonos y formas era como una pintura abstracta que se renovaba continuamente. Miró el medidor de profundidad: estaban a quince metros de la superficie. Vio cómo Summer bajaba bruscamente por un angosto cañón de coral con las paredes cortadas a pico. Siguió su estela y, mientras pasaba por delante de un montón de aberturas en las paredes que comunicaban con cavernas poco profundas, se preguntó cuál de todas había atraído la atención de su hermana el día anterior.

Por fin, Summer se detuvo delante de una abertura vertical con las esquinas cuadradas, encerrada entre un par de columnas que no parecían naturales. La muchacha miró por encima del hombro para comprobar que su hermano la seguía

antes de entrar en la caverna. Esta vez, con una linterna en la mano y el respaldo de Dirk, Summer se adentró más allá del lugar donde había descubierto la urna en el fondo de arena.

La caverna no tenía recovecos. Las paredes, el techo y el suelo eran casi perfectamente planos, y se prolongaba en la oscuridad como un pasillo sin curvas ni recodos. Continuaron avanzando sin problemas.

Perdersen en los laberintos de una caverna es la causa principal de los accidentes entre los submarinistas. Los errores resultan ser casi siempre mortales. En ese punto, afortunadamente, no había problemas de orientación. Ésa no era una inmersión peligrosa, ni tampoco existía el riesgo de perderse en un complejo sistema de cavernas adyacentes. La entrada carecía de aberturas laterales o ramales que les hicieran perder el rumbo. Para volver a la salida, no tenían más que invertir la dirección. Agradecieron que no hubiera una capa de arena fina en el fondo, que pudiera levantarse para formar una nube y oscurecerles la visión durante al menos una hora antes de volver a posarse. El suelo del pasillo de coral estaba cubierto de una arena gruesa, demasiado pesada para levantarse con el movimiento de agua causado por las aletas.

De pronto, el pasillo acabó en algo que despertó la imaginación de Summer. Aunque estaba cubierta de incrustaciones, parecía como si allí comenzara una escalera. Un grupo de angelotes nadó en tirabuzón por encima de su cabeza, y después se alejó velozmente cuando ella comenzó a subir. Notó un súbito picor en la nuca provocado por la excitación. Su anterior presentimiento de que allí había algo más de lo que aparentaba reapareció con toda su fuerza.

El coral comenzaba a escasear a tal profundidad por debajo del arrecife. Sin luz para estimular el crecimiento marino, las incrustaciones en las paredes de la caverna tenían menos de tres centímetros de espesor y parecían más una materia viscosa. Dirk pasó el guante por la pared para quitar el fango y se le aceleró el pulso al ver los surcos en el granito. Su fértil imaginación los atribuyó a unas personas que los habían hecho cuando el nivel del mar era mucho más bajo.

En aquel momento escuchó el grito de Summer distorsionado por el agua. Subió rápidamente con un poderoso movimiento de las aletas y se quedó pasmado cuando se encontró con la cabeza fuera del agua, en una bolsa de aire. Miró hacia arriba cuando la linterna de Summer alumbró un techo abovedado de piedras talladas que encajaban perfectamente sin necesidad de mortero.

—¿Qué es esto? —preguntó Dirk por el sistema de comunicación submarino.

—Si no es obra de la naturaleza, se trata de una cripta hecha por el hombre en tiempos remotos —respondió Summer, impresionada.

—Esto no es una cripta natural.

—Tuvo que quedar sumergida cuando finalizó la era glacial.

—Eso ocurrió hace diez mil años. No es posible que sea tan antigua. Lo más probable es que se hundiera durante un terremoto. Como ocurrió con Port Royal, en Jamaica; el refugio de los piratas se hundió en el mar después de un tremendo terremoto en el año 1692.

—¿Podría tratarse de una ciudad fantasma olvidada? —preguntó Summer, cada vez más entusiasmada.

Dirk sacudió la cabeza para negar tal posibilidad.

—A menos que haya otras construcciones enterradas debajo del coral, el instinto me dice que esto era un templo.

—¿Edificado por los primitivos habitantes del Caribe?

—Lo dudo. Los arqueólogos no han encontrado prueba alguna de construcciones de piedra en las Antillas anteriores a la llegada de Colón, y los nativos tampoco sabían cómo fundir una urna de bronce. Esto lo construyó otra cultura, una civilización perdida.

—No me digas que se trata de otro mito de la Atlántida^[1] —replicó Summer sarcásticamente.

—No, papá y Al acabaron con esa historia en la Antártida hace varios años.

—Resulta increíble pensar que los antiguos pobladores europeos navegaran a través del océano y construyeran un templo en un arrecife de coral.

Dirk pasó la mano sobre una de las paredes.

—Es probable que el arrecife de la Natividad fuese una isla en aquellos tiempos.

—No sé si lo habrás pensado —comentó Summer—, pero estamos respirando aire de hace miles de años.

Su hermano respiró hasta llenar al máximo los pulmones y después exhaló poco a poco.

—Pues a mí me sabe y huele bien.

Summer señaló por encima del hombro.

—Ayúdame con la cámara. Necesitamos tener un registro gráfico.

Dirk se colocó detrás para coger una caja de aluminio sujeta debajo de las botellas de aire. Sacó una cámara digital Sony PC100 montada en una caja de acrílico transparente. La puso en modo manual y luego añadió los soportes para los focos. Como no había luz ambiente no hacía falta el fotómetro.

La cripta submarina tenía un aire de grandeza que Summer, que era toda una experta en el manejo de la cámara, capturó a la perfección. En el instante en que encendió los focos, la cripta brilló con la multitud de tonos de verde, amarillo, rojo y azul de las incrustaciones en las paredes. Salvo por una muy pequeña distorsión, el agua era casi tan transparente como el cristal.

Dirk aprovechó el tiempo que Summer dedicaba a fotografiar la cripta por debajo y encima del agua, para sumergirse y explorar el suelo a lo largo de las paredes. La

luz procedente de la cámara de Summer creaba extrañas imágenes en el agua mientras él se movía lentamente por la base.

Casi pasó de largo sin ver un espacio que se abría entre dos paredes. Era una entrada situada en una esquina, que no medía más de sesenta centímetros de ancho. Le costó pasar con las botellas de aire.

La luz de su linterna alumbró un espacio un poco mayor que el anterior. Aquí había asientos contra las paredes y lo que parecía ser una gran cama de piedra en el centro. En un primer momento le pareció que no había objetos, pero después vio sobre la cama algo redondo con dos grandes agujeros a los costados y otro más pequeño en la parte superior, como si fuese una coraza. Encima del objeto, en una repisa de piedra, había un collar de oro con dos brazaletes en forma de espiral a cada lado. Por encima del collar, junto con una diadema, había lo que parecía ser una corona de hilos de metal entrelazados.

Dirk comenzó a imaginarse a la persona que había llevado las reliquias. En el lugar de las piernas había un par de espinilleras de bronce. Las hojas de una espada y una daga aparecían a la izquierda, y a la derecha una punta de lanza con el hueco para el astil. Si alguna vez había existido un cuerpo, se había disuelto o se lo habían comido las criaturas marinas que devoraban cualquier cosa orgánica.

A los pies de la cama había un caldero de grandes dimensiones.

Tenía una altura de casi un metro treinta y, cuando intentó rodearlo con los brazos para determinar la circunferencia, vio que no llegaba a tocarse la punta de los dedos. Golpeó un costado con el cuchillo de buceo y escuchó un ruido sordo. Era bronce, pensó. Quitó con la palma del guante parte de las incrustaciones y vio la figura de un guerrero que lanzaba una jabalina.

Fue limpiando poco a poco todo el contorno y descubrió un ejército de hombres y mujeres vestidos con armaduras, que parecían dispuestos a comenzar una batalla. Llevaban escudos del tamaño de un hombre y largas espadas. Varios sujetaban unas lanzas con los astiles cortos pero con las puntas muy largas y en forma de espiral. Había unos cuantos que sólo llevaban corazas. Otros luchaban desnudos, pero casi todos llevaban unos cascos muy grandes, muchos con cuernos.

Subió para situarse encima del borde e iluminó el interior.

El caldero estaba lleno casi hasta arriba con objetos amontonados sin orden ni concierto. Dirk vio puntas de lanzas de bronce, hojas de dagas sin empuñadura, hachas de uno y dos filos, brazaletes con formas espiraladas y cintos hechos con cadenas. Dejó todas las reliquias donde estaban, excepto una. La sacó delicadamente del interior del caldero y la sostuvo entre los dedos. Después salió por una arcada que había al otro lado de lo que aparentemente era un antiguo dormitorio convertido en tumba.

Identificó de inmediato el cuarto vecino como una cocina. Aquí no había una

bolsa de aire y las burbujas ascendieron hasta el techo y luego salieron por la arcada como gotas de mercurio. Peroles de bronce, ánforas, platos y jarras estaban desparramados por el suelo junto con muchos fragmentos de cerámica. Junto a lo que parecía ser un hogar encontró unas pinzas de bronce y un cucharón de grandes dimensiones, enterrados parcialmente en la arena que se había filtrado en el interior de la cocina a lo largo de miles de años. Nadó por encima de los restos para observar los trozos, atento a la presencia de dibujos o marcas, pero los objetos estaban parcialmente enterrados y cubiertos con pequeños crustáceos que habían llegado hasta allí con el paso de los siglos.

Tras comprobar que no había más puertas que condujeran a otras habitaciones, volvió a pasar por el dormitorio y se acercó a Summer, que continuaba sacando fotos de la cripta. Le tocó un brazo para llamar su atención y le señaló hacia arriba. En cuanto salieron a la superficie, Dirk le informó entusiasmado:

—He encontrado otras dos habitaciones.

—Esto se hace cada vez más misterioso —opinó Summer, sin apartarse del visor de la cámara.

Dirk le sonrió al tiempo que le mostraba un peine de bronce.

—Pásate este peine por los cabellos e intenta imaginarte a la mujer que lo utilizó por última vez.

Summer bajó la cámara para mirar el objeto que le mostraba su hermano. Abrió los ojos como platos mientras cogía el peine con mucho cuidado y lo sostenía en alto.

—Es precioso —murmuró. Estaba a punto de pasarse el peine por el mechón de cabellos que asomaba por debajo de la capucha sobre la frente, cuando se detuvo bruscamente y miró a su hermano con expresión grave—. Tendrías que devolverlo al lugar donde lo encontraste. Cuando los arqueólogos vengan a explorar este lugar, y de seguro que lo harán, te acusarán de expolio de un yacimiento.

—Si tuviese una novia, estoy seguro de que se lo quedaría.

—La última de tu larga serie de novias habría sido capaz de robarse el cepillo de la iglesia.

Dirk fingió estar dolido por el comentario.

—La afición de Sara por el robo la hacía irresistible.

—Tienes mucha suerte de que papá sepa juzgar a las mujeres mucho mejor que tú.

—¿Qué tiene que ver él con el tema?

—Papá puso a Sara de patitas en la calle cuando se presentó en el hangar y preguntó por ti.

—Ahora me explico el que no me devolviera las llamadas —manifestó Dirk, sin que pareciera importarle mucho.

Summer lo miró con severidad y luego observó el peine, mientras intentaba

imaginar cómo sería la última mujer que lo había tenido en la mano, el estilo del peinado y el color de los cabellos. Después de unos momentos, colocó el peine sobre las manos abiertas de su hermano para fotografiarlo.

Dirk esperó a que Summer tomara la foto y después fue a dejarlo de nuevo en el caldero. Summer lo siguió para tomar más de treinta instantáneas del dormitorio y los objetos depositados sobre la cama antes de hacer lo mismo en la cocina. Cuando acabó de realizar un detallado inventario fotográfico de las tres habitaciones y el contenido, le pasó la cámara a Dirk para que desmontara los focos y la guardara en la caja de aluminio. En lugar de sujetarla debajo de los tanques de aire de Summer, la cogió del asa para asegurarse de que no se perdiera o sufriera las consecuencias de un golpe.

Hizo una última comprobación de las botellas. Tenían aire más que suficiente para el trayecto de regreso a la base. Bien entrenados por su padre, Dirk y su hermana eran unos buceadores muy precavidos que nunca se habían enfrentado a la amenaza de quedarse con los tanques vacíos. Esta vez fue él quien ocupó la vanguardia, porque se había aprendido de memoria todas las vueltas y revueltas del camino a través del arrecife.

Cuando llegaron al *Pisces* y entraron en la esclusa principal, las olas eran cada vez más altas en la superficie, impulsadas por un viento que ganaba fuerza por momentos y batía el arrecife como un martillo neumático. Dirk se ocupó de preparar la cena y disfrutaron de ella, entretenidos en plantear teorías que pudieran explicar el misterio del templo sumergido. En ningún momento se les ocurrió pensar en el peligro que corrían, sumergidos a quince metros de profundidad en un mar donde las olas alcanzarían los treinta metros de altura, con senos que dejarían expuesto su refugio a toda la fuerza de la terrible tormenta asesina.

El viejo Orion P3 Hurricane Hunter aguantaba el vapuleo tal como venía mientras se abría paso en la pared del huracán, azotado por vientos feroces, cortinas de granizo y lluvia, y las súbitas turbulencias de fuerza inconcebible que lo sacudían como una hoja. Las alas se flexionaban como el acero de un florete. Las grandes hélices de los cuatro motores Allison de cuatro mil seiscientos caballos cada uno lo impulsaban a través de aquel infierno a una velocidad de quinientos cincuenta kilómetros por hora. La Marina, el NOAA y la NUMA no habían encontrado hasta el momento ningún otro avión capaz de resistir la furia de las tormentas como éste, construido en 1976.

El *Galloping Gertie*, que era el nombre que le había dado la tripulación, con el dibujo de una vaquera montada en un potro salvaje en la proa, llevaba a bordo veinte personas: dos pilotos, un navegador, un meteorólogo, tres técnicos mecánicos y de comunicaciones, doce científicos y un reportero de una emisora de televisión local que había solicitado participar en la misión cuando se enteró de que el huracán Lizzie prometía convertirse en la tormenta del milenio.

Jeff Barrett ocupaba el asiento del piloto y su mirada no se apartaba del panel de instrumentos. Durante las seis horas que llevaban de vuelo —de un total de diez—, los indicadores y las luces eran lo único visible, porque lo que se veía a través del parabrisas era como mirar en el interior de una lavadora cuando está en el ciclo de enjabonar. Casado y con tres hijos, Barrett no consideraba su trabajo más peligroso, sin embargo, que conducir un camión de recogida de basura por una callejuela del centro.

Sin embargo, el peligro y la muerte acechaban en la nube que envolvía al Orion, sobre todo cuando Barrett realizaba pasadas tan a ras del agua que las hélices levantaban una espuma que cubría el parabrisas como si fuese escarcha antes de volver a subir en espiral hasta los dos mil metros de altura. Volar en espirales era la forma más eficaz para medir la fuerza del huracán, porque el avión entraba y salía de la peor parte de la tormenta.

No era un trabajo para apocados. Los que volaban a través de los huracanes eran una raza aparte entre los científicos. No servía de nada observar las tormentas desde lejos. Había que meterse en ellas, volar directamente en su seno, y no una sino hasta diez veces. Volaban en condiciones extremas sin quejarse, para medir la velocidad y la dirección del viento, la lluvia, la presión atmosférica y otro centenar de datos que enviaban al Centro de Huracanes. Allí se procesaban para obtener modelos informáticos que permitirían a los meteorólogos calcular la fuerza de la tormenta y emitir avisos a las poblaciones ubicadas en el camino estimado del huracán, para que evacuaran las zonas costeras y de esta manera salvar un gran número de vidas.

Barrett no tenía problemas con los mandos del aparato, que habían sido

modificados para soportar las turbulencias más extremas, y comprobó la lectura del GPS antes de realizar un pequeño ajuste en el rumbo. Se volvió hacia su copiloto.

—Ésta es una mala bestia —comentó, cuando el Orion se sacudió con una ráfaga tremenda.

La tripulación hablaba a través de los micrófonos y escuchaba a través de los auriculares. Cualquier conversación sin utilizar la radio los hubiera obligado a gritarse al oído. El aullido del viento era tal, que conseguía ahogar el ruido de los motores.

Jerry Boozer, el hombre larguirucho reclinado en el asiento del copiloto, tomaba café en un vaso tapado a través de una pajita. Pulcro a más no poder, se vanagloriaba de no haber volcado jamás una gota de líquido o dejado caer una miga de un bocadillo en la cabina durante un huracán. Asintió con un gesto.

—Es la peor que he visto en los ocho años que llevo persiguiendo a estas fieras.

—No me gustaría nada vivir en una casa que estuviese en su camino cuando llegue a tierra.

—Eh, Charlie, ¿cuál es la lectura que te dan tus aparatos mágicos de la velocidad del viento?

En el compartimiento científico, atestado con instrumentos y consolas de aparatos electrónicos meteorológicos, Charlie Mahoney —un investigador científico de la Universidad de Stanford— estaba amarrado a una silla delante de los sensores que medían la temperatura, la humedad, la presión, los vientos y los flujos.

—No lo vas a creer —respondió con su acento de Georgia—, pero la última sonda que lancé para obtener un perfil marcó vientos horizontales de una velocidad de trescientos cincuenta kilómetros mientras caía a través de la tormenta hasta el mar.

—No me extraña que la pobre Gertie esté recibiendo una paliza de cuidado.

Boozer no acababa de decirlo cuando el avión entró en una zona calma y el sol se reflejó en el fuselaje y las alas de aluminio. Acababan de entrar en el ojo de Lizzie. Abajo, el mar revuelto reflejaba el azul del cielo. Era como volar en un cilindro gigantesco limitado por una masa de nubes que giraban a gran velocidad. Boozer tenía la sensación de estar volando en un enorme remolino que llegaba hasta el infierno.

Barrett comenzó a volar en círculo dentro del ojo para que los meteorólogos recogieran los datos que necesitaban. Después de casi diez minutos, varió el rumbo y el Orion volvió a dirigirse al terrible muro gris. Una vez más, el avión comenzó a sacudirse como si lo atacara la furia de los dioses.

De pronto el avión se inclinó sobre una de las alas como si el puño de un gigante lo hubiese golpeado por estribor. Todo lo que no estaba sujeto —papeles, carpetas, tazas de café— salió disparado y fue a estrellarse contra el mamparo de la cabina. La tremenda ráfaga no había acabado de pasar cuando otra todavía más fuerte hizo que

el avión brincara como si fuese un planeador de madera atado a un ventilador, y de nuevo los objetos se estrellaron, esta vez contra el otro lado de la cabina.

El doble golpe fue como el rebote de una pelota de tenis contra una pared. Barrett y Boozer se quedaron casi paralizados por el asombro. Ninguno de los dos se había encontrado nunca con una ráfaga de viento de semejante magnitud, y menos con dos, en un margen de una fracción de segundo. Era algo imposible de creer.

El Orion comenzó a caer sin control hacia babor. Barrett notó una súbita pérdida de potencia y su mirada buscó inmediatamente en el panel de instrumentos la indicación de un fallo mientras luchaba para nivelar el aparato.

—No hay lectura del motor número cuatro. ¿Alcanzas a ver si la hélice funciona?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Boozer, que miraba por la ventanilla—. ¡Hemos perdido el motor número cuatro!

—¡Entonces apágalo! —replicó Barrett.

—No podemos apagarlo. Se ha caído.

Con la mente y el cuerpo concentrados en la tarea de nivelar al Orion, Barrett no tomó la información de Boozer en su sentido literal. Notaba que había algo absolutamente anormal en la aerodinámica. El avión no respondía a los movimientos de la palanca ni de los pedales, y si había alguna respuesta era muy lenta. Era como si hubiesen colgado un enorme peso en el ala derecha y tuvieran que arrastrarlo.

Por fin consiguió nivelar a Gertie. Solo entonces captó el verdadero significado de las palabras de su copiloto. Era la pérdida del motor, arrancado de sus soportes por la fuerza de la tormenta, la causa de que perdiera el control y de que existiera el tirón por estribor. Se inclinó para mirar a través de la ventanilla de Boozer.

En el lugar donde había estado el motor en el ala había ahora un hueco donde asomaban los soportes retorcidos, las tuberías hidráulicas, de aceite y combustible cortadas, las bombas aplastadas y los cables eléctricos. No podía ser cierto, pensó Barrett, incrédulo. Los motores no se desprendían de los aviones, ni siquiera en la peor de las turbulencias. Entonces contó casi treinta agujeros pequeños donde habían saltado los remaches. Su inquietud creció al ver varias grietas en el revestimiento de aluminio.

Una voz desde el compartimiento principal sonó en sus auriculares.

—Aquí tenemos a unos cuantos heridos y la mayor parte del equipo está averiado o apenas si funciona.

—Aquéllos que estén ilesos, que atiendan a los heridos. Regresamos a casa.

—Si lo conseguimos —opinó Boozer con tono lúgubre. Señaló a través de la ventanilla de Barrett—. Se ha incendiado el número tres.

—¡Apágalo!

—Proceso de apagado en marcha —respondió Boozer.

Barrett se sintió tentado de llamar a su esposa para decirle adiós, pero no estaba

dispuesto a rendirse. Haría falta un milagro para sacar a la maltrecha Gertie y su tripulación fuera de la tormenta y aterrizar. Comenzó a musitar una plegaria mientras utilizaba toda su experiencia para pilotar al Orion a través del vórtice y llegar a una zona más calmada. Si conseguían escapar de lo peor del caos, el resto se solucionaría solo.

Al cabo de veinte minutos el viento y la lluvia disminuyeron y comenzó a clarear. Entonces, cuando ya creía que faltaba muy poco para salir de la tormenta, Lizzie descargó otro golpe y envió una ráfaga de viento que golpeó en el timón del aparato y prácticamente hizo imposible pilotar el Orion.

Acababan de esfumarse todas las posibilidades de regresar sanos y salvos.

Los océanos parecen estar en calma la mayor parte del tiempo. Las olas que no sobrepasan la altura de la cabeza de un perro pastor alemán dan la imagen de un gigante dormido, cuyo pecho sube y baja con cada respiración. Esto no es más que una ilusión que engaña al desprevenido. Los marineros pueden echarse a dormir en las literas con el cielo despejado y el mar en calma y despertarse en medio de una tremenda tempestad que amenaza hundir a todas las embarcaciones que encuentre en su camino.

El huracán Lizzie tenía todos los ingredientes para causar una catástrofe sin límites. Si por la mañana había parecido desagradable, al mediodía ya era abominable, y para el atardecer se había convertido en un demonio desatado. Los vientos de trescientos cincuenta kilómetros no tardaron en superar los cuatrocientos kilómetros. Azotaban y encrespaban el agua hasta generar unas olas de treinta metros de altura entre cresta y seno mientras el huracán avanzaba implacable hacia el banco de la Natividad y la República Dominicana, donde tocaría tierra por primera vez.

Acababan de izar el ancla y el *Sea Sprite* había comenzado a navegar, cuando Paul Barnum se volvió por enésima vez para mirar hacia el este. Antes no había notado ningún cambio. Pero ahora el horizonte, donde el agua de un color azul oscuro se encontraba con el azul zafiro del cielo, aparecía manchado por una cinta gris oscura que semejava una lejana nube de polvo levantada por un viento cálido a su paso por la pradera.

Barnum miró la pesadilla que avanzaba, asombrado por la rapidez con que crecía y tapaba el cielo. Nunca había visto ni vivido la experiencia de enfrentarse a una tormenta que parecía moverse con la velocidad de un tren expreso. Incluso antes de que pudiera programar la velocidad y el rumbo en el ordenador que controlaba al piloto automático, la tormenta cubría el sol con una mortaja al tiempo que teñía el cielo con el mismo color gris plomo del fondo de una sartén muy usada.

Durante las ocho horas siguientes, el *Sea Sprite* navegó a toda máquina, mientras Barnum se empeñaba en poner el máximo de distancia posible entre su casco y los afilados corales del banco de la Natividad. Sin embargo, cuando quedó claro que se le venía encima lo peor de la tormenta, comprendió que la mejor manera de capearla era salir a su encuentro y confiar en que el *Sea Sprite* fuera capaz de abrirse paso. Le dio una afectuosa palmadita al timón, como si fuese algo vivo en lugar de acero. Era un barco valiente, que había resistido todos los embates del mar en los años que había navegado en las condiciones extremas de la región polar. Quizá recibiera un tremendo vapuleo, pero Barnum no tenía dudas de que saldría bien parado.

Se volvió hacia su primer oficial, Sam Maverick, que tenía todo el aspecto de un gamberro con la larga cabellera roja, la barba descuidada y un pendiente de oro en la

oreja izquierda.

—Programe un nuevo rumbo, señor Maverick. Ochenta y cinco grados este. Dado que no podemos escapar de la tormenta, nos enfrentaremos a ella de cara.

Maverick miró las olas, que se elevaban sus buenos quince metros por encima de la popa, y sacudió la cabeza. Observó a Barnum con desconfianza como si su capitán hubiese perdido la chaveta.

—¿Quiere que viremos con este mar? —preguntó con voz pausada.

—Es el momento más oportuno —replicó Barnum—. Mejor ahora que cuando las olas comiencen a sacudirnos de verdad.

Se trataba de una de las maniobras más difíciles y espeluznantes. Mientras viraba, el barco ofrecería toda la banda al embate de las olas, que podría hacerlo zozobrar. Eran innumerables las naves que habían zozobrado al intentar la maniobra y se habían ido a pique sin dejar el menor rastro.

—Cuando vea un intervalo entre las olas, le daré la orden de avanzar a toda máquina —añadió. Luego conectó los altavoces para comunicarse con la tripulación—. Vamos a virar con la mar arbolada. Que todo el mundo se sujete como si le fuese la vida en ello.

Inclinado sobre la consola delante de la ventana del puente, Barnum miró sin pestañear a través del cristal y esperó con la paciencia de un santo hasta que vio acercarse una ola mucho más alta que las anteriores.

—Por favor, señor Maverick, a toda máquina.

El primer oficial obedeció la orden en el acto, pero lo hizo dominado por el horror, seguro de que se irían a pique al ver la gigantesca ola que se abatía sobre el barco de exploración científica. Estaba a punto de maldecir a Barnum por haber virado demasiado pronto, pero entonces comprendió las intenciones del capitán. No había manera de medir los intervalos. Las monstruosas olas parecían sucederse sin solución de continuidad, como soldados avanzando en formación cerrada. Barnum se había anticipado en la virada para ganar un valioso minuto mientras el barco recibía el impacto de la ola transversalmente.

La implacable ola levantó la proa y amenazó con hacer zozobrar al *Sea Sprite* sobre la banda de babor antes de pasar por encima. Durante quince segundos el barco quedó sepultado bajo una masa de agua hirviente mientras avanzaba a través de la cresta de la ola que se elevaba por encima del puente. Después coleó por el otro lado y escoró violentamente hacia babor mientras el mar barría la cubierta. Casi milagrosamente, con una agonizante lentitud, se enderezó en el seno y recibió la siguiente ola de proa.

Maverick llevaba dieciocho años en el mar, pero nunca había presenciado una exhibición marinera más profesional e intuitiva. Miró a Barnum y se asombró al ver una sonrisa, quizá severa, pero una sonrisa de todas maneras, en el rostro del capitán.

Dios mío, pensó, el tipo se está divirtiendo.

Ochenta kilómetros al sur del *Sea Sprite*, la primera línea del huracán Lizzie estaba a unos minutos de chocar contra el *Ocean Wanderer*. Primero pasaron los negros nubarrones que apagaron el sol y cubrieron el mar con una siniestra oscuridad gris. Después llegó el aguacero, y las gotas golpearon contra las ventanas del hotel flotante como si fuesen las balas disparadas por un millar de ametralladoras.

Demasiado tarde, se lamentó Morton para sus adentros mientras miraba a través de la ventana de su despacho la tormenta que se dirigía directamente hacia el hotel como si se tratara de un tiranosaurio enloquecido. A pesar de las advertencias y las constantes actualizaciones del Centro de Huracanes, no había sido capaz de concebir la increíble velocidad ni la distancia que había recorrido la tormenta desde la mañana. Por mucho que Heidi Lisherness le hubiera facilitado los últimos cálculos de la magnitud y la velocidad, no parecía posible que el mar calmo y el cielo despejado pudieran cambiar con tanta celeridad. Se negaba a aceptar la evidencia de que la avanzadilla de Lizzie ya estaba atacando el edificio.

—¡Llame a todos los directores para que acudan a la sala de conferencias inmediatamente! —le ordenó a su secretaria.

Su enojo ante la vacilación de Specter a la hora de ordenar la evacuación de los mil cien huéspedes y los empleados cuando todavía contaban con el tiempo necesario para trasladarlos a un lugar seguro en la República Dominicana, que sólo estaba a unos pocos kilómetros de distancia, rayaba en la cólera. Se enfureció todavía más cuando el sonido de unos motores que se ponían en marcha hizo vibrar los cristales. Se acercó a la ventana en el preciso momento en que Specter y su comitiva subían a bordo del Beriev Be210. No habían acabado de cerrar la escotilla cuando el piloto aceleró los motores y el avión comenzó a ganar velocidad y despegó en medio de una enorme nube de espuma. Apenas había ganado altura, cuando viró para dirigirse a tierra firme.

—¡Cobarde, canalla! —gritó Morton al ver cómo Specter escapaba para salvar su sucio pellejo sin preocuparse en lo más mínimo por las mil cien almas que dejaba atrás.

Siguió al avión con la mirada hasta que desapareció entre las nubes, y luego se volvió cuando entraron los directores de los servicios y se reunieron alrededor de la mesa. Era evidente por las expresiones de sus rostros que a duras penas se mantenían en la línea entre la calma y el pánico.

—Hemos subestimado la rapidez del huracán —manifestó—. Se nos echará encima con toda su fuerza en menos de una hora. Dado que es demasiado tarde para ordenar la evacuación, debemos trasladar a todos los huéspedes y al personal a las plantas altas, donde estarán más seguros.

—¿Los remolcadores no podrían apartarnos de la trayectoria de la tormenta? —

preguntó la directora de reservas, una mujer alta, de treinta y cinco años de edad, vestida con mucha elegancia.

—Ya les avisamos y no tardarán en llegar, pero con la mar arbolada les será tremendamente difícil sujetar los cabos de arrastre. Si no lo consiguen, no tendremos más alternativa que capear la tormenta.

Morton vio que el director de los recepcionistas levantaba la mano y le cedió la palabra.

—¿No sería más seguro refugiarnos en los pisos debajo de la superficie?

—Si ocurre lo peor y la fuerza de las olas rompe los amarres, y el hotel queda a la deriva... —Morton sacudió la cabeza y encogió los hombros—. No quiero ni pensar en lo que pasaría si nos viéramos empujados contra el banco de la Natividad, que está a sesenta y cinco kilómetros al este, o contra la rocosa costa de Dominicana, donde se destrozarían todas las ventanas de los pisos inferiores.

—Gracias por la explicación. Si el agua inunda los pisos inferiores, los tanques de lastre no podrían mantener el hotel a flote y las olas lo harían pedazos contra las rocas.

—¿Qué haremos si eso acaba pasando? —quiso saber el segundo de Morton.

En el rostro de Morton apareció una expresión solemne mientras miraba a todos los reunidos en la sala.

—Entonces abandonaremos el hotel, nos embarcaremos en los botes salvavidas y rogaremos a Dios para que al menos algunos nos salvemos.

Machacados por el despiadado castigo del huracán Lizzie, Barrett y Boozer luchaban a brazo partido para mantener al avión en un vuelo nivelado. Las diabólicas rachas dobles que golpeaban a *Galloping Gertie* por las dos bandas casi simultáneamente amenazaban con precipitarla al mar. Los pilotos trabajaban en equipo en sus esfuerzos para conseguir que *Gertie* volara recto. Con el timón averiado, cambiaban de dirección aumentando o reduciendo el número de revoluciones por minuto de los dos motores que les quedaban, al tiempo que accionaban los alerones.

Nunca en todos los años que llevaban persiguiendo las tormentas tropicales se habían encontrado con alguna que se aproximara ni siquiera remotamente a la increíble fuerza del huracán Lizzie. Era como si estuviese empeñado en destrozarse el mundo entero.

Por fin, después de lo que parecieron treinta horas —pero que en realidad había sido poco más de media—, el color del cielo comenzó a cambiar del gris a un blanco sucio y luego a un azul brillante, cuando el maltrecho Orion escapó de los bordes de la tormenta y se encontró con el buen tiempo.

—Es imposible que podamos llegar a Miami —opinó Boozer después de mirar la carta de navegación.

—Está muy lejos para un avión con sólo dos motores, el fuselaje que apenas si se aguanta y el timón averiado —manifestó Barrett con tono grave—. Lo mejor será desviarnos a San Juan.

—Pues a San Juan de Puerto Rico y no se hable más.

—Es todo tuyo —dijo Barrett y apartó las manos de los controles—. Voy a ver cómo están los científicos. No quiero ni pensar en lo que encontraré.

Se desabrochó el arnés de seguridad y salió de la cabina.

El compartimiento principal del Orion era una ruina. Los ordenadores, las pantallas y las estanterías con los instrumentos electrónicos estaban desparramados como si los hubiesen volcado de un camión en el patio de un chatarrero. Los equipos, que habían estado sujetos con soportes capaces de aguantar las peores turbulencias, habían sido arrancados de cuajo como si la mano de un gigante se hubiera ensañado con ellos. La mayoría de los científicos estaban tumbados en el suelo, algunos inconscientes y malheridos. Los pocos que aún se mantenían en pie se ocupaban de atender a los demás dentro de sus posibilidades.

Sin embargo, eso no era lo peor. Barrett vio horrorizado que el fuselaje del Orion aparecía rajado en un centenar de lugares, y que habían saltado los remaches que sujetaban las planchas de aluminio a las costillas. A través de algunas de las grietas se veía el azul del cielo. Era evidente que si hubiesen permanecido cinco minutos más

en la tormenta, el avión se hubiera deshecho en pleno vuelo y todos habrían acabado engullidos por el mar.

Steve Miller, uno de los meteorólogos, estaba atendiendo a un técnico en electrónica que tenía una fractura múltiple en el antebrazo.

—¡Es increíble! —le dijo a Barrett, al tiempo que hacía un gesto en derredor—. Primero nos golpeó una ráfaga de trescientos cuarenta kilómetros por estribor y un par de segundos después otra todavía más violenta nos pegó por babor.

—Nunca había visto nada parecido —respondió Barrett, asombrado.

—Te lo juro. No hay registros de que hubiese ocurrido antes nada así. Dos rachas opuestas que chocan en una misma tormenta es una rareza meteorológica, y sin embargo ha ocurrido. En algún lugar en medio de todo este desastre tenemos todo lo necesario para demostrarlo.

—*Galloping Gertie* no está como para llegar a Miami —le informó Barrett—. Ya ves cómo quedó el fuselaje. Intentaremos llegar a San Juan; pediré que los vehículos de emergencia estén preparados.

—No te olvides de pedirles que tengan más ambulancias y asistentes sanitarios. Todos tenemos cortes y lesiones menores. Sólo las heridas de Delbert y Morris revisten cierta gravedad. Es una suerte que no tengamos a nadie en estado crítico.

—Tengo que volver a la cabina para ayudar a Boozer. Si hay algo...

—Nos la apañaremos —afirmó Miller—. Tú ocúpate de mantenernos en el aire y llevarnos a casa.

—Ten por seguro que lo estamos intentando.

Dos horas más tarde avistaron el aeropuerto de San Juan. Barrett pilotó el avión con un toque exquisito apenas por encima de la velocidad de sustentación, para reducir al máximo el esfuerzo en la maltrecha estructura. Bajó los alerones y comenzó a dar una larga vuelta de aproximación a la pista. Podía hacer un único intento. No tendría una segunda oportunidad si no conseguía aterrizar a la primera.

—Ruedas abajo —ordenó en cuanto enfiló hacia la pista.

Boozer activó el tren de aterrizaje. Afortunadamente, las ruedas bajaron sin problemas. Los camiones de incendio y las ambulancias bordeaban la pista, con las dotaciones atentas al desastre después de escuchar por la radio los daños que había sufrido el avión.

El personal de la torre de control, que observaba al avión por prismáticos desde que había aparecido como un punto en el cielo, no daba crédito a sus ojos. Con un motor parado del que salía una columna de humo y un hueco en el ala donde había estado otro, parecía imposible que el Orion se mantuviera en el aire. Habían desviado todos los vuelos comerciales y los aviones daban vueltas alrededor del aeropuerto a la espera de que el drama llegara a su final. Ahora no podían hacer otra cosa que rezar.

El Orion se acercó muy bajo y con una lentitud desesperante. Boozer se ocupaba

de los aceleradores para mantener el aparato en el rumbo correcto mientras Barrett accionaba los controles con gran finura. Posó al aparato con toda la suavidad humanamente posible cuando apenas había recorrido doscientos metros de la pista. Solo se notó un ligero rebote cuando los neumáticos chirriaron contra el cemento. No había posibilidad alguna de invertir el sentido de las dos hélices para que actuaran de freno. Boozer cerró los aceleradores y dejó que los motores funcionaran al ralenti mientras el avión continuaba carreteando por la pista.

Barrett pisó con delicadeza los frenos, atento a la verja que se elevaba un poco más allá del final de la pista. Siempre tenía el último recurso de pisar a fondo el freno izquierdo para desviarse bruscamente hacia la zona de hierba. Pero esta vez lo tenía todo a favor, y *Gertie* fue aminorando la marcha y se detuvo cuando le quedaban menos de sesenta metros para salirse de la pista.

Barrett y Boozer se reclinaron en los asientos y soltaron el aliento en el preciso momento en que el avión volvió a sacudirse y se escuchó un gran estrépito. Se quitaron los arneses y salieron de la cabina en un santiamén. Más allá del lugar donde estaban tumbados los científicos y se amontaban los instrumentos rotos, vieron la pista a través de un enorme boquete en el fuselaje.

Se había desprendido toda la sección de cola.

El viento descargaba toda su furia contra el lateral del *Ocean Wanderer* que daba al mar. Los ingenieros habían hecho muy bien su trabajo. Lo habían diseñado para resistir vientos de hasta doscientos cuarenta kilómetros, y sin embargo la estructura con los cristales blindados estaba resistiendo rachas de hasta trescientos veinte kilómetros sin roturas. El único daño sufrido en las primeras horas del huracán había tenido lugar en la terraza, donde el centro de deportes —con las pistas de tenis y de baloncesto, las alfombrillas de golf, las mesas y las sillas del bar— había sido barrido sin piedad y ahora solo quedaba la piscina de agua dulce, que había rebalsado con la lluvia, y el agua caía por los costados del edificio hasta el mar.

Morton se sentía orgulloso de sus subordinados, que se estaban comportando de una manera admirable. Su principal preocupación había sido que se dejaran dominar por el pánico. Pero los directores, los recepcionistas y el personal de servicio habían trabajado unidos para trasladar a los huéspedes desde las habitaciones de los pisos inferiores y acomodarlos en la sala de baile, el gimnasio, el cine y los restaurantes de los pisos altos. Se habían distribuido los chalecos salvavidas y les habían comunicado cuáles eran los botes salvavidas a los que debían acudir si se daba la orden de abandonar el hotel.

Lo que nadie sabía, ni siquiera Morton, porque ninguno de los empleados se había arriesgado a salir a la terraza azotada por el viento, era que los botes salvavidas habían sido barridos con todo lo demás veinte minutos después de que el huracán se hubiera abatido sobre el hotel flotante.

Morton se mantenía en contacto permanente con los empleados de mantenimiento, quienes recorrían el hotel para informar de cualquier daño y organizar las reparaciones. De momento, la fuerte estructura resistía bastante bien. Para los huéspedes fue una experiencia horrible ver cómo una gigantesca ola llegaba a la altura del décimo piso y rompía contra una esquina del hotel... y a continuación escuchar el gemido de los cables de amarre sometidos a la máxima tensión y el crujido de la estructura, que se retorció en las uniones remachadas.

Hasta el momento sólo se había informado de unas pocas filtraciones. Los generadores y los sistemas básicos funcionaban sin problemas. El *Ocean Wanderer* podría resistir los embates por lo menos durante una hora más, pero Morton tenía claro que la bella estructura sólo estaba demorando lo inevitable.

Los huéspedes y los empleados que no podían desempeñar sus trabajos habituales parecían fascinados por el terrible espectáculo de agua y viento que les ofrecía la naturaleza. Contemplaban indefensos cómo las olas de más de treinta metros de altura y centenares de metros de longitud, e impulsadas por un viento de trescientos veinte kilómetros se abalanzaban sobre el hotel, conscientes de que la única barrera que los separaba de los millones de toneladas de agua eran los cristales blindados de las ventanas. Era como para acabar con el coraje de los más valientes.

La espectacular altura de las olas era lo que más impresionaba. No podían hacer otra cosa que mirar, los hombres abrazando a las mujeres, las mujeres abrazando a los niños, todos como hipnotizados mientras una ola tras otra cubría el hotel y en las ventanas no se veía nada más que una espuma blanquecina. Sus mentes conmocionadas eran incapaces de comprender el fenómeno en su verdadera dimensión. Todos rezaban para que la siguiente ola fuera más pequeña, pero no podía serlo. Al contrario, cada vez eran mayores.

Morton se tomó un pequeño respiro y se sentó delante de su escritorio, de espaldas a la ventana, poco dispuesto a dejarse distraer de las responsabilidades que caían como una avalancha sobre sus estrechos hombros. Pero por encima de todo le daba la espalda a la ventana porque no soportaba ver cómo las gigantesca olas verdes se lanzaban contra el hotel indefenso.

Había enviado mensajes solicitando ayuda inmediata para evacuar a los huéspedes y empleados antes de que fuese demasiado tarde. Sus súplicas fueron respondidas, pero nadie acudió en su ayuda. Todos los barcos en un radio de ciento cincuenta kilómetros estaban en peores condiciones que el hotel.

Un buque portacontenedores de ciento ochenta metros de eslora había dejado de transmitir la señal de SOS. Una indicación funesta. Otras dos naves ya no respondían a las llamadas que se les hacían por radio. También se habían dado por perdidos diez pesqueros, que habían tenido la mala fortuna de encontrarse en el camino del huracán Lizzie.

Todos los aviones de rescate de la fuerza aérea dominicana estaban en tierra. Las naves de la Marina estaban amarradas. La respuesta que recibía Morton era siempre la misma: «Lo sentimos mucho, *Ocean Wanderer*, estáis librados a vuestra suerte. Acudiremos en cuanto amaine la tormenta».

Se mantenía en contacto con Heidi Lisherness en el Centro de Huracanes de la NUMA para facilitarle informes sobre la magnitud de la tempestad.

—¿Está usted seguro de la altura de las olas? —preguntó la meteoróloga, que tenía dudas sobre la descripción.

—Créame. Estoy en mi despacho a treinta metros por encima de la línea de flotación del hotel y cada nueva ola pasa por encima de la terraza.

—Es algo increíble.

—Le doy mi palabra.

—¿Puedo hacer algo por ustedes? —preguntó Lisherness, con tono de profunda preocupación.

—Solo quiero que me diga cuándo cree que comenzarán a amainar el viento y las olas.

—Según los informes del avión cazatormentas y de los satélites, todavía hay para rato.

—Si no vuelve a tener noticias mías —manifestó Morton, que se volvió para mirar las olas—, sabrá que ha ocurrido lo peor.

Y antes de que Heidi pudiera responderle, cortó la comunicación para atender otra llamada.

—¿Señor Morton?

—Sí, dígame.

—Señor, le habla el capitán Rick Tappa de la flota de remolcadores de *Odyssey*.

—Adelante, capitán. Hay algunas interferencias provocadas por la tormenta, pero lo oigo.

—Señor, lamento mucho informarle de que los remolcadores *Albatros* y *Pelican* no pueden acudir en su ayuda. Es imposible con este mar. Nadie recuerda haber visto una tormenta de tal magnitud. No podemos llegar hasta usted. Por fuertes que sean nuestros remolcadores, no los construyeron para soportar estas condiciones. Cualquier intento sería un suicidio.

—Lo comprendo —manifestó Morton con resignación—. Venga cuando pueda. No sé por cuánto tiempo más aguantarán los cables de amarre. Ya es un milagro que la estructura del hotel haya soportado el embate de las olas.

—Haremos todo lo humanamente posible para acudir en socorro en cuanto lo peor de la tormenta se haya alejado del puerto.

—¿Han recibido alguna comunicación de *Specter*?

—No, señor, no hemos tenido ningún contacto con él o sus directores.

—Gracias, capitán.

¿Podía Specter ser tan absolutamente despiadado como para despreocuparse del *Ocean Wanderer* y de todas las personas en su interior?, se preguntó Morton. El hombre era un auténtico monstruo, más de lo que creía. No le costó mucho imaginarse al gordo reunido con sus ejecutivos y asesores para discutir la mejor manera de distanciar a la compañía de las consecuencias de la catástrofe.

Se disponía a salir del despacho para hacer otro recorrido por el hotel antes de enfrentarse a los huéspedes e intentar convencerlos de que sobrevivirían —algo que requeriría las dotes de un actor consumado—, cuando escuchó el ruido de algo que se desgarraba y vio cómo el suelo se inclinaba un poco. Al instante una voz sonó en la radio portátil.

—Adelante, ¿qué ha pasado?

—Soy Emlyn Brown, señor Morton —le respondió la voz del jefe de mantenimiento—. Estoy en la sala de máquinas número dos. Se ha cortado el cable de amarre a unos noventa metros.

Los peores temores de Morton se estaban convirtiendo en realidad.

—¿Los otros aguantarán?

—Con uno menos y los demás sometidos a una tensión extrema, dudo que puedan mantenernos amarrados mucho más.

El hotel se sacudía con cada nueva ola, quedaba sepultado debajo de la montaña de agua y emergía como una fortaleza asediada, firme e inamovible. Poco a poco, la confianza de los huéspedes en la capacidad del *Ocean Wanderer* iba en aumento al comprobar que salía aparentemente incólume de los embates de las monstruosas olas. La mayoría de los huéspedes eran personas acomodadas que habían decidido pasar sus vacaciones en el lujoso hotel en busca de aventuras. Ya se habían acostumbrado a la amenaza y parecían aceptar las cosas tal como venían. Incluso los niños habían superado el miedo de los primeros momentos y ahora disfrutaban con el espectáculo de las colosales olas.

Los cocineros y sus ayudantes no iban a ser menos y prepararon auténticos manjares, que fueron servidos por los impecables camareros en el teatro, la sala de baile y el gimnasio.

Morton se sentía cada vez más angustiado. No tenía la menor duda de que la catástrofe era inminente y que no había nada que un simple ser humano pudiera hacer para oponerse al monstruo creado por la naturaleza.

Las amarras se fueron rompiendo una tras otra, las dos últimas casi simultáneamente. Suelto, el hotel comenzó su precipitada deriva hacia las rocas a lo largo de la costa de la República Dominicana, empujado implacablemente por un mar de una crueldad sin límites.

En el pasado, el timonel, o en muchos casos el propio capitán, se plantaba delante

de la rueda del timón con las piernas separadas para no perder el equilibrio y las manos aferradas a los rayos, dispuesto a enfrentarse a la furia del mar durante el tiempo que hiciera falta.

Ahora ya no era necesario. Barnum sólo tuvo que programar el curso del barco en el ordenador. Después se sentó bien sujeto en su sillón alto en el puente de mando y esperó a que el cerebro electrónico se hiciera cargo del destino del *Sea Sprite*.

Provisto de la información de la multitud de instrumentos meteorológicos y sistemas instalados a bordo, el ordenador escogió en cuestión de segundos el método más eficaz para enfrentarse a la tormenta. A continuación asumió el mando del sistema de control automático para disponer las maniobras. Medía y preveía las imponentes crestas y los tremendos senos mientras valoraba el tiempo y la distancia para el mejor ángulo y la velocidad más adecuada para avanzar a través del caos.

La visibilidad se medía en centímetros. Empujadas por el viento, el agua pulverizada y la espuma azotaban las ventanas del puente de mando en los escasos momentos en que el barco no estaba sepultado debajo de miles de toneladas de agua. Las olas y el viento absolutamente monstruosos eran más que suficientes para aterrorizar a cualquiera que no se hubiera criado en el mar. Pero Barnum permanecía sentado en su sillón como una roca, con una mirada que parecía atravesar las traicioneras olas para clavarse en algún enloquecido dios de los océanos, centrado en el problema de la supervivencia. Aunque no tenía ninguna duda de la capacidad del sistema informático para dirigir al barco en su lucha contra la tormenta, siempre podía aparecer una emergencia que lo obligara a intervenir.

Observaba las olas mientras pasaban sobre su barco, mirando las crestas que subían muy por encima del puente de mando, atento a la masa de agua hasta que el *Sea Sprite* llegaba al otro lado y se hundía en el seno.

Transcurrían las horas sin el menor respiro. Unos pocos tripulantes y casi todos los científicos sufrían mareos, aunque ninguno se quejaba. Era impensable salir a las cubiertas, que eran barridas constantemente por las olas. Una mirada al mar arbolado era bastante para enviarlos de nuevo a los camarotes y atarse a las literas con la ilusión de llegar a ver el amanecer de un nuevo día.

El único consuelo entre tanto sufrimiento era la temperatura cálida. Los que miraban a través de los ojos de buey veían olas altas como edificios de diez pisos. Observaban atónitos cómo la furia del viento les cortaba las crestas para convertirlas en enormes nubes de espuma antes de desaparecer en el aguacero.

Para aquéllos que se encontraban en los sollados de la tripulación y la sala de máquinas, el vaivén no llegaba a los extremos que soportaban Barnum y los oficiales en el puente de mando. El capitán comenzó a preocuparse por la manera en que el mar zarandeaba al *Sea Sprite* como si fuese un coche en una montaña rusa. Cuando el barco comenzó a escorar hacia estribor, observó la lectura en el cimómetro digital.

Vio que había llegado a un ángulo de treinta y cuatro grados antes de que los números volvieran a marcar poco a poco entre cinco y cero.

Otro más como este, murmuró para sus adentros, y acabaremos viviendo en el fondo del mar para siempre.

Le resultaba imposible comprender cómo el barco conseguía mantenerse a flote en unas condiciones que superaban todo lo conocido. Entonces, como si ya se merecieran un descanso, los instrumentos marcaron una rápida disminución en la velocidad del viento hasta indicar un poco menos de ochenta kilómetros. Sam Maverick sacudió la cabeza, asombrado.

—Al parecer estamos a punto de entrar en el ojo del huracán, y sin embargo el mar parece todavía más agitado.

—¿Quién dijo aquello de que la noche es más oscura antes del alba? —replicó el capitán.

El oficial de comunicaciones, Mason Jar, un hombre bajo y rechoncho con los cabellos blancos y un gran pendiente en la oreja izquierda, se acercó a Barnum y le entregó un mensaje. El capitán le echó una ojeada.

—¿Acaba de llegar?

—Hace menos de dos minutos —respondió Jar.

Barnum le pasó el mensaje a Maverick, que lo leyó en voz alta.

—«El hotel *Ocean Wanderer* gravemente afectado por condiciones meteorológicas extremas. Rotos los cables de amarre. Ahora va a la deriva y la tormenta lo empuja a la costa dominicana. Por favor, responda cualquier barco que esté en la zona. Más de mil personas a bordo».

El primer oficial le devolvió el mensaje a Barnum.

—A juzgar por las llamadas de socorro, debemos de ser el único barco todavía a flote que puede intentar el rescate.

—No han transmitido la posición —señaló el oficial de comunicaciones.

—No son marinos, son posaderos.

Maverick se acercó a la mesa de cartas y cogió las reglas.

—Estaba a ochenta kilómetros al sur de nuestra posición cuando levamos anclas para capear la tormenta. No será fácil rodear el arrecife de la Natividad para efectuar el rescate.

Jar reapareció con otro mensaje. Este decía así:

PARA EL SEA SPRITE, DEL CUARTEL GENERAL DE LA NUMA, WASHINGTON. SI ES POSIBLE, INTENTEN EL RESCATE DE LAS PERSONAS EN EL OCEAN WANDERER. CONFÍO EN SU JUICIO Y RESPALDARÉ SUS DECISIONES. SANDECKER.

—Bueno, al menos ahora tenemos la autorización oficial —dijo Maverick.

—Sólo tenemos a cuarenta personas a bordo del *Sea Sprite* —manifestó Barnum—. En el *Ocean Wanderer* hay más de mil. No puedo largarme sin que me pese en la conciencia.

—¿Qué pasará con Dirk y Summer en el *Pisces*?

—Creo que podrán capear la tormenta, protegidos como están por el arrecife.

—¿Disponen de una buena reserva de aire? —preguntó Maverick.

—Suficiente para seis días —respondió Barnum.

—Si esta maldita tormenta acaba de una buena vez, tendríamos que estar allí en dos.

—Siempre y cuando podamos enganchar al *Ocean Wanderer* y remolcarlo a una distancia segura de la costa.

Maverick hizo una pausa mientras miraba a través de la ventana del puente de mando.

—En cuanto entremos en el ojo del huracán, podremos avanzar a toda máquina.

—Calcula la última posición del hotel y la deriva —ordenó Barnum—. Después fija el rumbo para el encuentro.

Barnum comenzó a levantarse de la silla para ir a ordenarle al radioperador que transmitiera al almirante Sandecker su decisión de intentar el rescate del *Ocean Wanderer*, cuando vio horrorizado que una ola monstruosa, mucho más grande que cualquiera de las anteriores, se elevaba casi veinticinco metros por encima del puente de mando, que estaba a quince metros por encima de la línea de flotación, y caía con una fuerza descomunal que golpeó y engulló al barco de proa a popa. El *Sea Sprite* superó valientemente la montaña de agua, y se hundió en lo que parecía un seno sin fondo antes de comenzar a subir de nuevo.

El capitán y Maverick se miraban el uno al otro absolutamente atónitos, cuando una segunda ola todavía mayor que la anterior cayó sobre el barco y lo empujó hacia las profundidades.

Aplastada por millones de toneladas de agua, la proa del *Sea Sprite* empezó a hundirse cada vez más profundamente, como si no tuviera la intención de detenerse.

El *Ocean Wanderer* estaba ahora totalmente indefenso. Libre de las amarras, el hotel flotante se encontraba a merced de la furia del huracán. Los hombres ya no podían hacer nada para salvar a sus familias y al hotel.

La desesperación de Morton crecía por momentos. Se enfrentaba a una decisión crítica tras otra. Ahora tenía que decidir si ordenaba llenar los tanques de lastre para que el hotel se hundiera en el agua y así reducir la deriva impulsada por la galerna, o vaciar los tanques y dejar que las olas sacudieran la estructura y a los huéspedes como una casa pillada por un tornado.

A simple vista, la primera opción parecía la más práctica. Pero significaba permitir que una fuerza irresistible machacara a placer un objeto prácticamente inmóvil. Ya había secciones de la estructura que comenzaban a ceder, y las bombas de achique trabajaban a pleno rendimiento para sacar el agua que inundaba los niveles inferiores. La segunda opción aumentaría todavía más los sufrimientos de todos los que estaban a bordo y aceleraría el inevitable impacto contra la rocosa costa de la República Dominicana.

Ya se disponía a dar la orden de llenar los tanques de lastre al máximo, cuando el viento empezó a amainar bruscamente. Al cabo de media hora casi había desaparecido del todo y el sol iluminó el hotel con toda su fuerza. Las personas que se encontraban en la sala de baile y el cine prorrumpieron en vítores, convencidos de que lo peor ya había pasado.

Morton no se engañaba. Había disminuido el viento pero el mar seguía revuelto. Miró a través de las ventanas manchadas de sal y vio la pared gris del huracán que se elevaba hasta perderse en el cielo. La tormenta pasaba directamente sobre ellos y ahora mismo acababan de entrar en el ojo. Lo peor aún estaba por llegar.

Dispuesto a aprovechar las pocas horas de calma antes de que acabara de pasar el ojo, Morton llamó a todo el personal de mantenimiento y todos los hombres aptos. Los organizó en grupos de trabajo y los envió a reparar los daños y a reforzar las ventanas de los niveles inferiores, que amenazaban con ceder en cualquier momento. Trabajaron heroicamente y muy pronto sus esfuerzos dieron resultado: bajó el nivel del agua y las bombas comenzaron a ganarle la carrera a las filtraciones.

Morton tenía claro que sólo habían conseguido un alivio que se mantendría mientras estuvieran dentro del ojo, pero era vital mantener la moral y asegurarles a todos que tenían una oportunidad de salvar la vida, aunque él mismo no lo creyera.

Regresó a su despacho y se puso a mirar las cartas marinas de la costa de la República Dominicana, en un intento por adivinar dónde podía tocar tierra el *Ocean Wanderer*. Con un poco de suerte podrían acabar en alguna de las numerosas playas, pero la mayoría eran demasiado pequeñas, e incluso había algunas que las habían

hecho volando la roca con dinamita para construir hoteles. Sus cálculos más optimistas señalaban que tenían un noventa por ciento de probabilidades de chocar contra las rocas, formadas a partir de la lava volcánica millones de años atrás.

Tampoco se le ocurría la manera de sacar a más de mil personas de un hotel encallado y transportarlas sanas y salvas hasta tierra firme mientras eran castigados por unas olas gigantescas.

No parecía haber ninguna manera de evitar un terrible destino. Nunca se había sentido tan vulnerable, tan impotente. Se frotaba los ojos inyectados en sangre cuando el encargado de comunicaciones entró como una tromba en el despacho.

—¡Señor Morton, vienen a ayudarnos! —gritó.

Morton lo miró, desconcertado por la sorpresa.

—¿Un barco de rescate?

El hombre sacudió la cabeza.

—No, señor, un helicóptero.

El optimismo de Morton se apagó en el acto.

—¿De qué nos sirve un helicóptero?

—Han avisado por radio que bajarán a dos hombres en la azotea.

—Imposible.

Entonces se dio cuenta de que sería posible mientras estuvieran en el ojo del huracán. Pasó junto al encargado de comunicaciones, entró en su ascensor privado y subió hasta la terraza. En cuanto se abrieron las puertas y salió a la terraza, se quedó boquiabierto al ver que no quedaba nada de todo el complejo deportivo, excepto la piscina. Pero el golpe más duro fue comprobar que habían desaparecido los botes salvavidas.

Ahora que tenía una visión completa del ojo del huracán, contempló impresionado la malévola belleza de aquel monstruo de la naturaleza. Después miró directamente hacia arriba y vio un helicóptero color turquesa con la palabra NUMA pintada en el fuselaje que descendía. El aparato se detuvo a unos seis metros de la terraza para bajar con sendos cables a dos hombres vestidos con monos turquesas y cascos a juego. En cuanto se desengancharon, uno de los tripulantes del helicóptero bajó dos grandes bultos envueltos en plástico naranja. Los hombres desengancharon los bultos y señalaron que estaba todo despejado.

El tripulante recogió los cables y se despidió levantando el pulgar mientras el helicóptero comenzaba a subir. Al ver a Morton, los dos visitantes se le acercaron cargados con los voluminosos bultos, que no parecían pesarles.

El más alto de los dos se quitó el casco. Tenía los cabellos negros, con unas pocas canas en las sienes. Su rostro mostraba las huellas de una vida en los elementos y sus ojos, de un color verde opalino, con las típicas arrugas de la risa en las comisuras, parecieron taladrar el cerebro de Morton.

—Por favor, llévenos con el señor Hobson Morton —dijo, con una voz tranquila que sonó extraña dadas las circunstancias.

—Yo soy Morton. ¿Quién es usted y por qué está aquí?

—Me llamo Dirk Pitt. —Se quitó el guante y le tendió la mano—. Soy el director de proyectos especiales de la *National Underwater and Marine Agency*. —Señaló al hombre bajo con los cabellos rizados y grandes cejas, que parecía ser un descendiente de un gladiador romano—. Éste es mi segundo, Al Giordino. Hemos venido para preparar el remolque del hotel.

—Me avisaron que los remolcadores de la compañía no podían salir del puerto.

—No se trata de los remolcadores de la *Odyssey*, sino de un barco de investigación científica de la NUMA capaz de remolcar una nave del tamaño de su hotel.

Dispuesto a cogerse de un clavo ardiente, Morton invitó a Pitt y Giordino a entrar en el ascensor y los escoltó hasta su despacho.

—Les pido disculpas por el recibimiento —dijo. Los invitó a sentarse—. No me avisaron que vendrían.

—No tuvimos mucho tiempo para prepararnos —respondió Pitt, sin darle importancia—. ¿Cuál es la situación actual?

—Bastante mala. —Morton sacudió la cabeza—. Las bombas apenas si consiguen achicar el agua, la estructura amenaza con ceder en cualquier momento, y en cuanto choquemos contra las rocas en la costa dominicana... —hizo una pausa y se estremeció—... morirán unas mil personas, incluidos ustedes dos.

El rostro de Pitt se convirtió en un trozo de granito.

—No vamos a chocar contra las rocas.

—Necesitaremos la ayuda de su personal de mantenimiento para enganchar el hotel a nuestro barco —manifestó Giordino.

—¿Dónde está ese barco? —preguntó Morton, con un tono que reflejó sus dudas.

—El radar de nuestro helicóptero lo ha situado a menos de cincuenta kilómetros de aquí.

Morton miró a través de la ventana la terrible pared que encerraba el ojo del huracán.

—Su barco no tendrá tiempo de llegar hasta aquí antes de que nos vuelva a pillar la tormenta.

—El Centro de Huracanes de la NUMA dice que el ojo tiene un diámetro de noventa kilómetros y que se mueve a una velocidad de treinta kilómetros por hora. Con un poco de suerte, conseguirá llegar aquí a tiempo.

—Dos horas para encontrarse con nosotros y una para la maniobra de enganche —dijo Giordino, que consultó su reloj.

—Si no me equivoco —manifestó Morton con tono grave—, hay que discutir el

tema del salvamento marítimo.

—No hay nada que discutir —replicó Pitt, irritado ante la demora—. La NUMA es un organismo del gobierno norteamericano dedicado a la investigación oceánica. No somos una compañía de salvamento. Aquí no se trata de que, si no paga, no hay servicio. Si tenemos éxito, nuestro jefe, el almirante James Sandecker, no le cobrará a su jefe, el señor Specter, ni un puñetero centavo.

—Si me permite un añadido —dijo Giordino con una amplia sonrisa—, al almirante le encantan los puros.

Morton miró a Giordino. No sabía cómo tratar con estos hombres que habían caído del cielo sin más y le habían informado tranquilamente que iban a salvar el hotel y a todos los ocupantes. No tenían pinta de ser sus salvadores, pero cedió.

—Por favor, caballeros, díganme qué necesitan.

El *Sea Sprite* se negaba a morir.

Se hundió hasta una profundidad de la que parecía imposible que un barco pudiera volver a emerger. Totalmente cubierto, hundido en el agua de proa a popa, solo un milagro podía hacer que se librara. Durante unos segundos que se hicieron eternos, pareció estar suspendido en un vacío verdegrís. Después, muy poco a poco, laboriosamente, la proa comenzó a subir mientras luchaba desafiante por volver a la superficie. Luego la potencia de los motores consiguió imponerse y lo impulsaron hacia delante. Por fin salió de nuevo para enfrentarse a la furia de la tormenta, con la proa por encima del agua como una marsopa. La quilla golpeó contra la superficie con una fuerza que sacudió hasta la última plancha del casco, aplastado por las toneladas de agua que corrían por las cubiertas para volver al mar.

La demoníaca galerna había descargado el más terrible de sus golpes contra el barco y el *Sea Sprite* lo había soportado heroicamente, así como había resistido todos los embates anteriores. Parecía como si el *Sea Sprite* supiera sin ninguna duda que era capaz de enfrentarse a cualquier ataque del mar.

Con el rostro blanco como una sábana, Maverick miró a través de la ventana del puente de mando, que milagrosamente no se había roto.

—Eso ha sido algo macabro —comentó—. No tenía idea de que me había enrolado en un submarino.

Ningún otro barco habría podido enfrentarse a semejante ataque sin acabar en el fondo del mar. Pero el *Sea Sprite* no era una embarcación cualquiera; lo habían construido para navegar en los tempestuosos mares polares. La plancha de acero del casco era mucho más gruesa de lo normal porque tenía que resistir la presión de los hielos. Así y todo, no escapó sin daños. Sólo le quedaba un bote salvavidas; las olas se habían llevado los demás.

Barnum miró a popa y se sorprendió al ver que las antenas de los equipos de comunicación no se habían roto. Los que soportaban la tormenta bajo cubierta no

tenían la menor sospecha de lo cerca que habían estado de acabar para siempre en el fondo del mar.

De pronto, el sol iluminó el puente de mando. El *Sea Sprite* había entrado en el ojo del huracán Lizzie. Resultaba paradójico ver el cielo despejado y al mismo tiempo el mar embravecido. Barnum se dijo que era una triste jugarreta que una visión absolutamente encantadora fuese tan amenazadora.

Se volvió hacia el oficial de comunicaciones, Mason Jar, que seguía aferrado a la mesa de cartas con todas sus fuerzas y una expresión como si hubiese visto un ejército de fantasmas.

—Si ya se le ha pasado el susto, Mason, llame al *Ocean Wanderer* y dígale a la persona que esté al mando que llegaremos lo más rápido posible.

Todavía pasmado por la experiencia, Jason se rehízo poco a poco, asintió con un gesto y salió del puente como un hombre en trance para ir a la sala de comunicaciones.

El capitán miró la pantalla de radar, donde un punto luminoso a cuarenta kilómetros al este indicaba la posición del hotel. Introdujo los datos del nuevo rumbo en el ordenador y esperó a que entrara en funcionamiento el sistema de control automático. Cuando acabó, se enjugó el sudor de la frente con un viejo pañuelo rojo.

—Incluso si llegamos antes de que se estrelle contra las rocas, ¿qué haremos? —murmuró—. No disponemos de botes para acercarnos, y si los tuviésemos no nos servirían porque las olas los harían zozobrar. Tampoco tenemos tornos con la potencia necesaria, ni cables lo bastante gruesos para remolcarlos.

—Así y todo, no quiero pensar lo que sería presenciar impotentes cómo se destruye el hotel contra las rocas con todas las mujeres y los niños a bordo —declaró Maverick.

—No, no es un pensamiento agradable —admitió Barnum.

Heidi llevaba tres días sin aparecer por su casa. Dormía a ratos en un catre en su despacho, bebía litros de café y no comía otra cosa que bocadillos de salchichón y queso. Si caminaba por el Centro de Huracanes como una sonámbula, no era por la falta de sueño sino por la tensión y la angustia de trabajar en medio de una catástrofe colosal que iba a provocar una destrucción y un número de muertos a una escala sin precedentes. Si bien había pronosticado correctamente la descomunal potencia del huracán Lizzie desde su nacimiento y había dado la voz de alarma de inmediato, aún se culpaba a sí misma por no haber hecho más.

Observó cada vez más angustiada las imágenes y las proyecciones en los monitores mientras Lizzie se lanzaba hacia la tierra más próxima.

Gracias a sus primeros avisos, más de trescientas mil personas habían sido evacuadas a la zona montañosa de la República Dominicana y de su vecino, Haití. Así y todo, la cifra de muertos y desaparecidos sería tremenda. Heidi también temía que la tormenta pudiera desviarse hacia el norte y atacar Cuba antes de llegar a la parte sur de Florida. Sonó el teléfono y atendió la llamada, con el recelo de recibir otra mala noticia.

—¿Algún cambio en tu pronóstico respecto a la dirección? —le preguntó su marido desde su despacho en el Servicio Nacional de Meteorología.

—No. Lizzie continúa su marcha hacia el este como si avanzara sobre rieles.

—Es algo muy extraño que recorra miles de kilómetros en línea recta.

—Más que extraño. Es algo nunca visto. Todos los huracanes conocidos han zigzagueado.

—¿La tormenta perfecta?

—Lizzie dista mucho de ser perfecta —replicó Heidi—. Pero la tengo clasificada como un cataclismo letal de la máxima magnitud. Ha desaparecido toda una flota pesquera. Otros ocho barcos, superpetroleros, mercantes y yates, han dejado de transmitir. Ya no recibimos sus llamadas de socorro. Tememos lo peor.

—¿Cuál es la última noticia del hotel flotante? —preguntó Harley.

—Según el último informe, rompió las amarras y el viento y las olas lo empujan hacia la costa dominicana. El almirante Sandecker ha enviado a uno de los barcos de exploración científica de la NUMA a su posición, para intentar remolcarlo hasta un lugar seguro.

—Suena como una causa perdida.

—Mucho me temo que nos encontramos ante una catástrofe sin precedentes —afirmó Heidi con tono grave.

—Me voy a casa. ¿Por qué no te tomas un respiro y vienes? Prepararé una buena cena.

—No puedo, Harley. Todavía no. Tengo que calcular la evolución de Lizzie.

—A la vista de su potencia, podrían pasar días, incluso semanas...

—Lo sé —admitió Heidi—. Eso es lo que más me asusta. Si su energía no disminuye después de pasar por Dominicana y Haití, llegará a tierra firme con toda la furia.

Summer sentía una fascinación por el mar. Se había iniciado cuando sólo tenía seis años y su madre había insistido en que aprendiera a bucear. Le fabricaron una botella de aire y un respirador a medida y había tomado lecciones con los mejores profesores, junto con su hermano. Se había convertido en una criatura marina, que estudiaba a los habitantes del mar para conocer sus caprichos y ánimos. Fue consciente de ello después de nadar en las aguas serenas y azules. También había experimentado lo que era un tifón en el Pacífico. Ahora, como la esposa que lleva veinte años de casada y de pronto descubre en su marido una vena sádica, era testigo de primera mano de lo cruel y malicioso que puede ser el mar.

Sentados en la parte delantera del *Pisces*, los hermanos miraban a través de la gran burbuja transparente el infernal torbellino en que se había convertido el mar. Cuando la primera línea del huracán avanzó a través del banco de la Natividad, su furia parecía distante, pero a medida que aumentaba su fuerza no tardó en quedar claro que su cómodo habitáculo se enfrentaba a un grave peligro y que estaba mal preparado para protegerlos.

Las crestas de las olas pasaban sin problemas por encima de ellos, que se encontraban a quince metros de profundidad; pero muy pronto las olas alcanzaron unas dimensiones gigantescas, y, cuando los senos bajaron hasta el fondo del mar, Dirk y Summer vieron asombrados que la lluvia azotaba al *Pisces* hasta que la siguiente ola los tapaba de nuevo.

Una y otra vez el *Pisces* se vio severamente castigado por el interminable desfile de las olas. La estación espacial interior estaba construida para resistir la presión de las profundidades y sus paredes de acero aseguraban su estanqueidad, pero la terrible fuerza ejercida sobre su superficie comenzó a arrastrarla por el fondo. Las cuatro patas de apoyo no estaban sujetas a una base, sino simplemente hundidas unos pocos centímetros en el coral. Solo las sesenta y cinco toneladas del *Pisces* impedían que se levantara y acabara lanzada por el arrecife como una botella vacía.

Entonces, el mismo par de olas gigantes que había estado a punto de enviar a pique al *Sea Sprite* a treinta kilómetros de distancia llegaron al banco de la Natividad. Aplastaron sin piedad el coral y destrozaron su delicada infraestructura en millones de fragmentos. La primera ola tumbó al *Pisces* y lo envió rodando como un tonel por un desierto pedregoso. A pesar de los intentos de sus ocupantes de sujetarse a cualquier cosa fija, se vieron arrojados de un lado a otro como muñecos de peluche en una batidora.

La estación fue dando tumbos durante casi doscientos metros hasta acabar colgada precariamente en el borde de una angosta grieta de coral. Luego llegó la segunda ola y la arrojó al fondo.

El *Pisces* cayó cuarenta metros hasta el suelo de la grieta. Durante la caída chocó repetidamente contra las paredes de coral, y cuando golpeó contra el suelo levantó una enorme nube de arena. La estación cayó sobre el lado derecho y quedó encajada entre las paredes de la grieta. En el interior, todo lo que no estaba sujeto salió disparado en una docena de direcciones. Los platos, las provisiones, los equipos de buceo, las camas y los efectos personales acabaron mezclados y dispersos por todas partes.

Sin hacer caso del dolor que le provocaban una docena de magulladuras y un tobillo torcido, Dirk se acercó a gatas a su hermana, que yacía en posición fetal entre las camas tumbadas. Miró sus grandes ojos grises y por primera vez desde que habían empezado a caminar vio el miedo en ellos. Le sujetó la cabeza cariñosamente entre las manos y le sonrió.

—¿Qué te ha parecido la montaña rusa?

Summer lo miró a la cara, vio la sonrisa y respiró lentamente mientras dominaba el miedo.

—Mientras dábamos vueltas, no dejé de pensar que habíamos nacido juntos y que moriríamos juntos.

—Mi hermana la pesimista. Todavía tenemos otros setenta años por delante para fastidiarnos mutuamente. ¿Estás herida? —le preguntó, preocupado.

—Me metí debajo de la cama, así que los tumbos no me castigaron tanto como a ti. —Miró a través de la burbuja hacia la superficie—. ¿El habitáculo ha sufrido algún daño?

—Absolutamente ninguno, ni siquiera una gotera. No hay ola, por gigante que sea, capaz de romper al *Pisces*. Tiene una cubierta de acero de diez centímetros de espesor.

—¿Qué hay de la tormenta?

—Continúa con la misma violencia, pero aquí abajo estamos seguros. Las olas pasan por encima del cañón sin provocar turbulencias.

Summer miró en derredor.

—Dios, qué desorden.

Mucho más tranquilo al saber que su hermana no había sufrido rasguños, Dirk se ocupó de revisar los sistemas de soporte vital mientras Summer comenzaba a recoger cosas. No había ninguna posibilidad de ponerlo todo donde correspondía, dado que el habitáculo estaba caído de lado. Así que lo acomodó todo en pilas y tapó con mantas todas las partes sobresalientes de los instrumentos, las válvulas y los soportes. Al no tener un suelo, tenían que pasar por encima de las cosas para moverse. Le producía

una sensación extraña encontrarse en un entorno donde todo había dado un giro de noventa grados.

Se sentía más segura al saber que habían sobrevivido hasta el momento. La tormenta ya no podía amenazarlos en el cañón de coral, con las paredes cortadas a pico. Allí abajo no se escuchaba el aullido del viento ni la lluvia golpeaba contra las paredes cuando el seno de una ola dejaba el habitáculo al descubierto. El miedo y la angustia de lo que podría ocurrir comenzaron a disiparse. Podían esperar tranquilos a que el *Sea Sprite* capeara el temporal y regresara. Además contaba con el cariño y el apoyo de su hermano, que había heredado el coraje y la fuerza de su legendario padre.

Pero cuando acudió a sentarse a su lado, con mucho cuidado para no aumentar el dolor de las magulladuras, no vio en su rostro la expresión de confianza que había esperado.

—No pareces muy contento. ¿Qué pasa?

—La caída ha roto las tuberías que conectan las botellas de aire con el sistema de soporte vital. Las lecturas de las válvulas de presión indican que las cuatro botellas intactas sólo contienen aire para las próximas catorce horas antes de agotarse.

—¿No tenemos las botellas que dejamos en la esclusa de entrada?

—Sólo entramos una que tenía la válvula averiada. La carga de aire nos permitirá respirar a los dos un máximo de cuarenta y cinco minutos.

—Podemos utilizarla para salir a recoger las demás —manifestó Summer, ilusionada—. Aguardaremos uno o dos días a que la tormenta amaine antes de abandonar la estación, y luego subiremos a la superficie con la balsa neumática a esperar que nos rescaten.

Dirk sacudió la cabeza con una expresión lúgubre.

—La peor noticia es que estamos atrapados. La escotilla de la esclusa de entrada está encajada contra el coral. Nada excepto una carga de dinamita podría abrirla lo suficiente para que podamos salir.

Summer exhaló un profundo suspiro.

—Por lo que se ve, nuestro destino está en las manos del capitán Barnum.

—Estoy seguro de que nos tiene presentes. No se olvidará de nosotros.

—Tendremos que informarle de nuestra posición...

Dirk se volvió hacia ella para apoyar las manos en sus hombros.

—La radio se destrozó cuando caímos en el cañón.

—Podemos soltar la radioboya, para que sepan que estamos vivos —respondió Summer, sin darse por vencida.

—Estaba montada en el lado del habitáculo que está contra el fondo —dijo Dirk, con mucha calma—. Seguramente acabó aplastada. Y aunque no hubiese sufrido daños, no tenemos manera de soltarla.

—Pues cuando vengan a buscarnos, tendrán que recorrer toda la zona para encontrarnos metidos en este cañón.

—Puedes contar con que Barnum enviará todas las lanchas y buceadores a bordo del *Sea Sprite* a que recorran el arrecife.

—Hablas como si tuviésemos aire para días en lugar de unas horas.

—No te preocupes, hermanita —declaró Dirk, muy seguro—. Por el momento estamos bien protegidos de la tormenta. Cuando el mar se calme un poco, la tripulación del *Sea Sprite* vendrá a buscarnos como un borracho que corre a recoger una caja de *whisky* que se cayó del camión. Después de todo, somos su prioridad número uno.

En aquel momento el *Pisces* y sus dos tripulantes ni siquiera existían en la mente de Barnum. Impaciente, se movía en el sillón alto mientras su mirada pasaba alternativa y constantemente de la pantalla del radar a la ventana del puente de mando. Las olas gigantescas habían disminuido hasta ser las habituales de la mar gruesa. Se lanzaban en formación contra el *Sea Sprite* con regularidad cronométrica, y el rítmico cabeceo se hizo monótono. En esos momentos ya no superaban los treinta metros, y la distancia entre la cresta y el seno apenas era de una docena de metros. Aunque seguía embravecido, parecía un lago comparado con las titánicas olas anteriores. Era como si el mar supiera que había descargado su mejor golpe contra el barco sin conseguir hundirlo. Frustrado, había reconocido su derrota y se había convertido en una simple molestia.

Pasaban las horas y el *Sea Sprite* continuaba navegando a la máxima velocidad posible que Barnum se atrevía a darle. El capitán, un hombre que se caracterizaba por su buen humor y campechanía, se había vuelto frío y distante mientras reflexionaba en la tarea imposible que tenía por delante. No veía la manera de enganchar un cable de arrastre en el *Ocean Wanderer*. Había quitado el cabrestante y el cable de arrastre hacía años, cuando el *Sea Sprite* había dejado de ser un remolcador para convertirse en un barco de exploración oceánica para la NUMA.

Ahora disponían de un torno y un cable que se utilizaban para bajar y subir a los sumergibles. Colocado en la cubierta de popa detrás de la grúa, de poco serviría para arrastrar un hotel flotante con un tonelaje superior al de un crucero. La mirada de Barnum intentaba traspasar la cortina de lluvia.

—Tendríamos que verlo si no fuese por este condenado aguacero —protestó.

—Según marca el radar, está a menos de tres kilómetros y medio —dijo Maverick.

Barnum fue a la sala de comunicaciones para hablar con Mason Jar.

—¿Tienes alguna noticia del hotel?

—Nada, señor. Permanece en el más absoluto silencio.

—Dios, espero que no hayamos llegado tarde...

—Prefiero no pensarlo, señor.

—Prueba a ver si consigues que te respondan. Inténtalo vía satélite. Casi con toda seguridad, los huéspedes y el personal se comunican con las estaciones de tierra con los móviles más que con la radio.

—Déjeme intentarlo primero con la radio, capitán. A esta distancia no habrá mucha interferencia. El hotel seguramente tiene los mejores equipos para comunicarse con los remolcadores cuando lo arrastran a través del mar como a una barcaza.

—Conecta el micrófono y los altavoces del puente para que pueda hablar con ellos cuando respondan.

—Sí, señor.

Barnum volvió al puente en el momento en que se escuchaba la voz de Jar por los altavoces.

—Aquí el *Sea Sprite* llamando al *Ocean Wanderer*. Estamos a tres kilómetros al sudeste de ustedes y acercándonos. Por favor, respondan.

Durante medio minuto solo se escucharon descargas estáticas. Después una voz tronó a través de los altavoces.

—Paul, ¿estás preparado para trabajar?

Debido a las interferencias, Barnum no reconoció la voz a la primera, así que cogió el micrófono y replicó:

—¿Quién habla?

—Tu viejo camarada, Dirk Pitt. Estoy en el hotel con Al Giordino.

Barnum se quedó boquiabierto al relacionar la voz con el rostro.

—¿Cómo es posible que precisamente vosotros dos estéis en un hotel flotante en medio de un huracán?

—Nos dijeron que era una juerga, y no nos la quisimos perder.

—Te aviso de que no disponemos del equipo necesario para remolcar al *Wanderer*.

—Todo lo que necesitamos son vuestros poderosos motores.

Durante los años que llevaba en la NUMA, Barnum había aprendido que Pitt y Giordino no estarían donde estaban sin un plan.

—¿Qué se le ha ocurrido a tu mente retorcida?

—Ya tenemos formados los equipos para que nos ayuden a utilizar los cables de amarre del hotel como cables para el remolque. Una vez que los tengas a bordo del *Sea Sprite*, podrás unirlos para tener una brida y luego sujetarlos al cabrestante de popa para remolcarnos.

—Tu plan es una locura —afirmó Barnum, incrédulo—. ¿Cómo piensas arrastrar hasta mi barco, en medio de un mar embravecido, toneladas de cable que se arrastran por el fondo?

Hubo una pausa, y después, cuando llegó la respuesta, Barnum se imaginó la sonrisa diabólica en el rostro de Pitt.

—Tenemos grandes ilusiones.

Disminuyó el aguacero y la visibilidad pasó de los doscientos metros a casi un kilómetro y medio. El *Ocean Wanderer* apareció de pronto delante mismo de la proa.

—Dios, mira qué belleza —dijo Maverick—. Parece un castillo de cristal de un cuento de hadas.

El hotel presentaba un aspecto magnífico e imponente en medio del oleaje. La

tripulación y los científicos se amontonaron en las bordas y el puente para contemplar el espectáculo de un edificio en un lugar donde no podía haber ninguno. La noticia de que iban a intentar remolcarlo había encendido el entusiasmo de todos.

—Es tan hermoso... —murmuró una rubia muy menuda, que era química marina—. Nunca habría imaginado una arquitectura creativa hasta ese extremo.

—Yo tampoco —afirmó el químico que estaba a su lado—. Cubierto con tanta espuma salada, podría pasar por un iceberg.

Barnum miró a través de los prismáticos el hotel, que se balanceaba con el embate de las olas.

—Por lo que se ve, no ha quedado nada en la terraza.

—Es un milagro que esté a flote —opinó Maverick, asombrado—. Desde luego, supera todas las expectativas.

El capitán bajó los prismáticos y se dirigió a su segundo.

—Ordena la maniobra para que nuestra popa quede a barlovento del hotel.

—Cuando acabemos de soportar otra paliza para ponernos en posición de remolcarlos, capitán, ¿qué haremos?

Barnum observó al *Ocean Wanderer* con expresión pensativa.

—Esperaremos —respondió—. Esperaremos a ver qué saca Pitt de la manga después de usar su varita mágica.

Pitt estudió los detallados planos de los cables de amarre que le había facilitado Morton. Ambos, con Giordino y Emlyn Brown, el jefe de mantenimiento del hotel, estaban de pie alrededor de una mesa en el despacho de Morton.

—Tendremos que recoger los cables para saber qué longitud tienen después de romperse.

Brown, que tenía el físico de un corredor, se pasó la mano por los cabellos negro azabache.

—Hemos recogido lo que quedaba de ellos inmediatamente después de que se partieran. Me preocupaba que si los cabos se enganchaban en las rocas, el hotel se girara con el impacto de las endemoniadas olas.

—¿A qué distancia se cortaron de sus amarres los cables tres y cuatro?

—Diría, aunque no sea muy fiable, que a unos doscientos o quizá doscientos veinte metros.

Pitt y Giordino intercambiaron una mirada.

—Eso no le deja a Barnum mucho espacio para maniobras. Además, si el *Ocean Wanderer* se hunde, la tripulación de Barnum no tendrá tiempo para cortar el cable. El *Sea Sprite* acabaría en el fondo junto con el hotel.

—Si conozco bien a Paul —manifestó Giordino—, no vacilará en correr el riesgo con tantas vidas en juego.

—¿Debo entender que pretende utilizar los cables de amarre para remolcar el

hotel? —preguntó Morton, desde el lado opuesto de la mesa—. Me han dicho que su barco es un remolcador oceánico.

—Lo era —replicó Pitt—. Pero fue reconvertido de un remolcador rompehielos a nave de investigación oceánica. Quitaron el cabrestante y el cable de remolque como parte de la reforma. Ahora solo tiene una grúa para bajar y subir los sumergibles. Tendremos que improvisar y arreglarnos con lo que tenemos.

—En ese caso, ¿de qué nos sirve? —preguntó Morton, airado.

—Confíe en mí. —Pitt lo miró a los ojos—. Si conseguimos engancharlo, los motores del *Sea Sprite* tienen toda la potencia necesaria para remolcar a este hotel.

—¿Cómo hará para llevar los extremos de los cables hasta el buque? —preguntó Brown—. En cuanto los soltemos, se hundirán hasta el fondo.

—Los llevaremos flotando —respondió Pitt.

—¿Flotando?

—Tendrá bidones de doscientos litros a bordo, ¿no es así?

—Muy astuto, señor Pitt. Ya veo lo que pretende. —Brown hizo una pausa—. Tenemos en el almacén bidones de aceite lubricante, aceite de cocina y detergentes.

—Nos harán falta todos los bidones que tenga.

Brown se volvió hacia los cuatro hombres que formaban su grupo de mantenimiento.

—Id a buscar todos los bidones vacíos y vaciad el resto lo más rápido que podáis.

—A medida que usted y sus hombres vayan desenrollando los cables —explicó Pitt—, quiero que aten un bidón cada seis metros. Si conseguimos mantener a flote los cables, entonces los podremos arrastrar hasta el *Sea Sprite*.

—Eso está hecho —afirmó Brown.

—Si antes se partieron cuatro cables de amarre —interrumpió Morton—, ¿qué le hace pensar que dos bastarán para soportar el esfuerzo?

—Para empezar —respondió Pitt con gran paciencia—, la tormenta ha amainado mucho. En segundo lugar, los cables son más cortos, así que la tensión será menor. Por último, remolcaremos al hotel por la manga más angosta. Cuando estaba amarrado, fue la fachada la que recibió todo el embate de la tormenta. —Sin darle tiempo a Morton para una réplica, se volvió hacia Brown—. Necesito que un buen mecánico se encargue de colocar ojetes en los extremos de los cables, para poder sujetarlos en los norayes del *Sea Sprite*.

—Yo mismo me encargaré de hacerlo —dijo Brown—. Espero que tenga un plan para transportar los cables hasta el barco. No irán flotando solos, y mucho menos con este mar.

—Ésa es la parte más divertida —contestó Pitt—. Necesitaremos dos o tres centenares de metros de soga de poco diámetro, pero con la resistencia de un cable de acero.

—Tengo dos carretes de ciento cincuenta metros de soga Falcron en el almacén. Es delgada, ligera y con la resistencia suficiente para levantar un tanque Patton.

—Ate un carrete en el extremo de cada cable.

—Me parece lógico utilizar la soga Falcron para llevar los cables hasta el barco, pero... ¿cómo pretenden llegar hasta allí?

Pitt y Giordino intercambiaron una mirada.

—Esa será nuestra tarea —declaró Pitt, con una sonrisa severa.

—Espero que no tarden mucho más —manifestó Morton con un tono lúgubre, al tiempo que señalaba a través de la ventana—. El tiempo es un bien escaso para nosotros.

Como si fuesen espectadores en un partido de tenis, todos se volvieron al mismo tiempo. La línea de la costa estaba a poco más de tres kilómetros, y hasta donde alcanzaban a ver en ambas direcciones, las olas rompían con una fuerza tremenda contra lo que parecía ser una interminable pared de roca.

En la sala de los equipos de aire acondicionado, ubicada en una de las esquinas del edificio, Pitt distribuyó en el suelo el contenido del bulto que había llevado. Primero se vistió con el traje de neopreno, de pantalón y manga corta. Prefería ese traje más sencillo para la tarea que tenía por delante porque la temperatura del agua era alta y no veía la necesidad de un traje más pesado. También disfrutaba con la libertad de movimientos que le daba tener los brazos y las piernas en contacto directo con el agua por debajo de los codos y las rodillas. A continuación se sujetó a la espalda el compensador de flotación, y se colocó la máscara Scuba Pro. Se abrochó el cinto de lastre y verificó el funcionamiento del cierre.

Acabada esta parte, se sentó en el suelo para que uno de los hombres de mantenimiento lo ayudara a colocar en posición el respirador de circuito cerrado. Giordino y él habían decidido que los respiradores de circuito cerrado les darían más libertad de movimiento que las voluminosas botellas de aire. Lo mismo que en los equipos normales, el buceador respira el aire de la botella a través de un regulador, pero el aire exhalado va a un recipiente donde se elimina el dióxido de carbono y se añade oxígeno. La unidad SIVA55 que utilizaban había sido diseñada para las operaciones submarinas secretas de la inteligencia naval.

El último paso fue comprobar el funcionamiento del equipo de comunicación submarina de *Ocean Technology Systems*. El receptor estaba sujeto a la correa de la máscara.

—Al, ¿me escuchas?

Giordino, que en esos momentos realizaba el mismo procedimiento en la esquina opuesta del hotel, respondió con una voz que parecía estar envuelta en algodones.

—Todas las palabras.

—Vaya, suenas muy coherente.

—Si vas a criticarme, renuncio ahora mismo y me voy al bar.

Pitt sonrió ante el imbatible sentido del humor de su amigo. Si había alguien en quien podía confiar con los ojos cerrados, era Giordino.

—Listo cuando tú digas.

—Di cuándo.

—Señor Brown...

—Emlyn.

—De acuerdo. Emlyn, que sus hombres estén junto a los cabrestantes hasta que les demos la señal de que suelten los cables y los bidones.

Brown le contestó desde la sala donde estaban los enormes cabrestantes con los cables de amarre.

—No tiene más que decirlo.

—Mantenga los dedos cruzados —dijo Pitt, mientras se calzaba las aletas.

—Que Dios los bendiga, y buena suerte —manifestó Brown.

Pitt le hizo un gesto a uno de los hombres de Brown, que estaba junto a uno de los carretes con la sogas de Falcron. Era bajo y fornido e insistía en que lo llamaran Critter.

—Suéltela poco a poco. Si nota la más mínima tensión, suelte un poco más rápido o frenará mi avance.

—La soltaré con suavidad —le aseguró Critter.

Luego Pitt llamó al *Sea Sprite*.

—Paul, ¿estás preparado para recoger las sogas?

—En el momento en que me las entregues.

La voz firme de Barnum sonó con toda claridad en el receptor de Pitt. Sus palabras eran transmitidas por un transductor que había mandado sumergir en la popa de la nave.

—Al y yo sólo podemos arrastrar unos sesenta metros de sogas por debajo del agua. Tendrás que acercarte para llegar hasta nosotros.

Barnum y Pitt sabían que cualquiera de las gigantescas olas podía empujar al *Sea Sprite* contra el hotel y enviarlos a pique. Sin embargo, Barnum no vaciló en jugárselo todo a una carta.

—De acuerdo, allá vamos.

Pitt hizo un lazo con la sogas y se lo enganchó como un arnés. Se puso de pie e intentó abrir la puerta que daba a un pequeño balcón a unos seis metros del agua, pero la fuerza del viento la empujaba desde el otro lado. Antes de que pudiera pedir ayuda, Critter apareció a su lado.

Empujaron con todas sus fuerzas. En cuanto consiguieron abrirla un poco, el viento se coló por la grieta y lanzó la puerta contra las bisagras como si la hubiese coceado una mula. El hombre del hotel recibió el embate del viento y acabó lanzado

hacia atrás como el proyectil de una catapulta.

Pitt consiguió mantenerse de pie, bien sujeto al marco. Pero en cuanto vio que una enorme ola venía hacia él, saltó por encima de la barandilla y se arrojó al agua.

Lo peor de la furia había pasado. El ojo del huracán estaba muy lejos y el *Ocean Wanderer* había sobrevivido a los coletazos finales de Lizzie. El viento había amainado hasta los setenta kilómetros y la altura de las olas rondaba los diez metros. Aunque la superficie del mar distaba mucho de estar calmada, al menos ya no mostraba la cólera anterior. El huracán Lizzie se movía hacia el oeste para continuar con su macabra obra de destrucción y muerte en la República Dominicana y Haití antes de entrar en el mar Caribe. En veinticuatro horas el mar recuperaría la calma después de soportar la tormenta más terrible de la historia.

El choque de las olas contra la costa parecía cada vez más cercano con el paso de los minutos. El hotel había derivado hacia la orilla hasta una distancia desde la cual los centenares de huéspedes y empleados veían las enormes nubes de espuma que se levantaban cuando las olas rompían en los rocosos acantilados. Se estrellaban con la misma fuerza de una avalancha. Las nubes de espuma giraban en el aire cuando se encontraban con el reflujo de la ola anterior. La muerte estaba a menos de un kilómetro y medio de distancia, y la velocidad de deriva del *Ocean Wanderer* era de aproximadamente un kilómetro y medio por hora.

Las miradas de todos iban alternativamente de la costa al *Sea Sprite*, que cabalgaba las olas como un pato cebado a unos pocos centenares de metros.

Cubierto de pies a cabeza con un chubasquero amarillo, Barnum soportaba el aguacero y el viento junto a la grúa instalada en popa. Miraba el lugar de la cubierta donde había estado el gran cabrestante y pensó en lo útil que habría sido en esos momentos. Pero tendría que apañarse con lo que había. No podían hacer otra cosa que sujetar los cables manualmente.

Protegido parcialmente por el armazón de la grúa, Barnum hizo caso omiso del viento y miró a través de los prismáticos la base del *Ocean Wanderer*. Él y cuatro miembros de la tripulación habían enganchado los arneses de seguridad a la barandilla, para evitar que alguna ola los arrojara por encima de la borda. Vio a Pitt y Giordino en el momento en que saltaban al agua y desaparecían debajo de la superficie. Apenas si veía a los hombres que permanecían junto a las puertas, azotadas por las olas, y se encargaban de soltar la soga Falcron roja que arrastraban los buceadores por debajo de las olas.

—Lanzad un par de boyas —ordenó, sin apartar los prismáticos— y preparad los bicheros.

El capitán rogó para sus adentros no tener que llegar al extremo de emplear los bicheros si se daba el caso de que los buceadores perdieran el conocimiento. Habían acoplado unos tubos de aluminio suplementarios para que los astiles alcanzaran una

longitud de diez metros.

Permanecieron expectantes aunque sin mucha fe, sin poder ver a Pitt o Giordino bajo el mar revuelto ni seguir el rastro de las burbujas, dado que el respirador de circuito cerrado no expulsaba al exterior la respiración del submarinista.

—Paren máquinas —ordenó.

—¿Ha dicho paren máquinas, capitán? —replicó el jefe de máquinas desde las entrañas de la nave.

—Sí, hay unos buceadores que traen las sogas. Tenemos que dejar que el mar nos lleve hacia la orilla y acortar la distancia para que ellos puedan llegar con las sogas.

Volvió a mirar a través de los prismáticos la costa asesina, que parecía estar acercándose con una tremenda rapidez.

Después de nadar unos treinta metros desde el hotel, Pitt emergió durante unos segundos para orientarse. La mole del *Ocean Wanderer*, empujada inexorablemente por el viento y las olas hacia la costa, se levantaba en la superficie como un rascacielos en Manhattan. Alcanzó a ver al *Sea Sprite* cuando lo levantó una ola. Se balanceaba en el mar a lo que parecía una distancia de más de un kilómetro, pero en realidad estaba a menos de cien metros. Fijó la posición en la brújula antes de sumergirse a una profundidad donde las olas no lo afectarían.

Cada vez le resultaba más difícil avanzar con la soga, porque la resistencia aumentaba con cada palmo que soltaban. Agradeció que la soga de Falcron no fuera pesada o voluminosa, cosa que la habría hecho imposible de manejar. Para moverse con la menor resistencia aerodinámica posible, mantenía la cabeza gacha y las manos unidas detrás de la espalda por debajo del aparato respirador.

Intentaba mantenerse a la profundidad justa para evitar que los senos de las olas perturbaran su avance. Se desorientó en más de una ocasión, pero una rápida mirada a la brújula lo volvió a situar en el rumbo correcto. Movía las aletas con toda la fuerza de las piernas para arrastrar la soga que se le clavaba en el hombro, pero por cada par de metros que avanzaba perdía uno por culpa de la corriente.

Comenzaron a dolerle los músculos de las piernas y su avance perdió impulso. Notaba una cierta confusión mental provocada por el elevado consumo de oxígeno. El corazón le latía cada vez más rápido debido al esfuerzo y se le hacía difícil respirar. No se atrevía a hacer una pausa ante el riesgo de que la corriente le hiciera perder todo lo ganado. No había tiempo para un descanso. Todos los minutos contaban mientras el *Ocean Wanderer* se veía arrastrado hacia el desastre por un mar implacable.

Tras otros diez minutos de esfuerzo máximo, sus fuerzas empezaron a disminuir. Notó que su cuerpo estaba a punto de rendirse. La mente lo urgía a echar el resto, pero había un límite al esfuerzo de los músculos. Impulsado por la desesperación comenzó a bracear en un intento por aliviar la tarea de las piernas, que notaba cada

vez más entumecidas.

Se preguntó si Giordino estaría pasando por el mismo trance, pero sabía que Al preferiría morir antes que renunciar, cuando estaban en juego las vidas de tantas mujeres y niños. Además, su amigo era fuerte como un toro. Si había alguien capaz de nadar a través de un mar arbolado con una mano atada a la espalda, ése era Al.

Pitt no desperdició el aliento en comunicarse con su amigo para saber cómo estaba. Hubo momentos en que lo dominó la angustia al pensar que no lo conseguiría, pero fue capaz de apartar el derrotismo y apeló a sus reservas interiores para seguir adelante.

Casi no podía respirar. El peso cada vez mayor de la soga semejaba una manada de elefantes que intentara arrastrarlo en la dirección opuesta. Comenzó a recordar los viejos anuncios de Charles Atlas, el hombre más fuerte del mundo, que arrastraba una locomotora. Ante la posibilidad de que se estuviera desviando de su objetivo, miró de nuevo la brújula. Milagrosamente, había conseguido nadar en línea recta hacia el *Sea Sprite*.

La nube negra del agotamiento total comenzaba a asomar en su visión periférica, cuando escuchó una voz que decía su nombre.

—Sigue, Dirk —gritó Barnum en su auricular—. Te vemos debajo del agua. ¡Sube!

Pitt obedeció la orden y salió a la superficie.

—¡Mira a tu izquierda!

Pitt se volvió. A menos de tres metros había una boya sujeta a un cabo que llevaba hasta el *Sea Sprite*. No se molestó en responder. Le quedaban fuerzas para cinco brazadas, y las entregó a la causa. Con un alivio físico que nunca había experimentado antes, cogió el cabo, se lo pasó por debajo del brazo y tiró para que la boya quedara bien sujeta contra la espalda.

Se relajó mientras Barnum y sus hombres lo subían por la popa. Cuando estaba a media altura, engancharon el cabo con el bichero a un metro por detrás de Pitt y acabaron de subirlo con mucho cuidado hasta la cubierta.

Pitt levantó las manos y Barnum le quitó rápidamente el lazo del hombro y lo enganchó en el cabrestante, junto con la soga que había llevado Giordino. Dos tripulantes se encargaron de quitarle la máscara y el respirador. Absorbió afanosamente el aire salobre con los ojos cerrados y cuando los abrió se encontró mirando el rostro sonriente de Al.

—Lentorro —murmuró Giordino, que también estaba al límite del agotamiento—. He subido a bordo casi dos minutos antes que tú.

—Tengo suerte de estar aquí —respondió Pitt entre jadeos.

Ahora que eran simples espectadores, se sentaron en la cubierta con la espalda contra la borda, que los protegía del agua que barría la cubierta, y esperaron a que les

disminuyeran los latidos y la respiración volviera al ritmo normal. Observaron mientras Barnum le daba la señal a Brown, y los bidones que sostenían los cables de amarre invisibles debajo de la superficie comenzaban a asomar. El cabrestante se puso en marcha, se tensó la delgada soga de Falcron y los bidones se movieron. Los cables colgados de los flotadores de acero se agitaban al impulso de la corriente como serpientes rabiosas. Al cabo de diez minutos, los primeros bidones golpearon contra el casco.

La grúa los levantó hasta la cubierta de popa junto con los extremos de los cables. La tripulación se apresuró a unirlos con los grilletes, que pasaron por los ojetes colocados por Brown. Luego, con la ayuda de Pitt y Giordino, que ya se habían recuperado del esfuerzo, los engancharon en la gran bita montada delante de la grúa.

—¿Preparado para el remolque, *Ocean Wanderer*? —preguntó Barnum, con la respiración agitada.

—Todo lo que se puede estar —respondió Brown.

Barnum llamó al jefe de máquinas.

—¿Todo preparado en la sala de máquinas?

—Sí, capitán —contestó una voz con un fuerte acento escocés.

A continuación llamó al primer oficial en el puente:

—Señor Maverick, controlaré la maniobra desde aquí.

—Recibido, capitán. Es todo suyo.

Barnum se acercó a la consola de control montada delante de la grúa. Separó las piernas para mantener el equilibrio, sujetó las palancas cromadas de los aceleradores y los movió suavemente hacia delante, al tiempo que giraba un poco la cabeza para mirar el hotel, que con su tamaño hacía que el *Sea Sprite* pareciera un barco de juguete.

Pitt y Giordino permanecían uno a cada lado de Barnum. Todos los miembros de la tripulación y el equipo de científicos estaban en una de las alas del puente sin preocuparse de la lluvia, en el más absoluto silencio y con las miradas fijas en el *Ocean Wanderer*. Los dos grandes motores magnetohidrodinámicos no transmitían su potencia a unos ejes conectados a las hélices; generaban una energía que bombeaba el agua a través de unas turbinas para propulsar el barco. En lugar de la típica masa de agua verde batida por las palas de las hélices a popa, en la superficie solo se veían dos chorros que parecían tornados horizontales.

La popa del *Sea Sprite* se hundió un poco y todo el barco se sacudió por el esfuerzo del remolque, la fuerza del viento y el embate de las olas. Comenzó a colear, pero Barnum ajustó rápidamente el ángulo de los propulsores, y el barco se enderezó. Durante unos minutos que se hicieron eternos no se apreció ningún cambio. El hotel parecía empeñado en continuar su viaje hacia una muerte segura.

Bajo cubierta, las máquinas no sonaban como motores diesel: las bombas que

suministraban la potencia para las turbinas aullaban como endemoniadas. Barnum observó con preocupación los instrumentos que registraban el funcionamiento de los motores.

Pitt se acercó a Barnum, que tenía las manos blancas por la fuerza que hacía en las palancas mientras las empujaba hasta los topes, como si quisiera llevarlas todavía más allá.

—No sé hasta cuándo aguantarán los motores —gritó Barnum para hacerse escuchar por encima del ruido del viento y el aullido que llegaba desde la sala de máquinas.

—Exprímelos al máximo —dijo Pitt con un tono glacial—. Si revientan, asumo la responsabilidad.

Barnum era el capitán del barco, pero Pitt estaba muy por encima de él en la jerarquía de la NUMA.

—Vaya consuelo que me das —replicó Barnum—. Si revientan, acabaremos destrozados contra las rocas.

Pitt lo miró con una sonrisa que era dura como el granito.

—Ya nos preocuparemos cuando llegue el momento.

Para aquéllos que estaban a bordo del *Sea Sprite*, el empeño parecía cada vez inútil con el paso de los minutos. Parecía como si una mano lo tuviese inmovilizado en el agua.

—¡Vamos, hazlo! —le suplicó Pitt al *Sprite*—. ¡Tú puedes hacerlo!

En el hotel, la angustia de los pasajeros comenzó a dar paso al pánico a medida que contemplaban horrorizados la furia de las olas contra las rocas más cercanas, en una catastrófica exhibición de surtidores de agua y espuma. El terror se multiplicó cuando un súbito temblor indicó que la parte más baja del edificio había golpeado contra el fondo. Nadie corrió hacia las salidas, como en el caso de un incendio o un terremoto. No había lugar alguno al que huir. Saltar al agua era algo más que un simple acto de suicidio: significaba una muerte lenta y dolorosa, ya fuera por ahogamiento o descuartizado contra las afiladas piedras de lava volcánica.

Morton recorría las salas, en un intento por calmar y dar ánimos a los huéspedes y el personal, pero eran muy pocos quienes le prestaban atención. Se sentía dominado por un profundo sentimiento de frustración. Una mirada a través de las ventanas era más que suficiente para acabar con el coraje de cualquiera. Los niños lloraban al ver el miedo reflejado en los rostros de los padres. Algunas mujeres lloraban, otras gemían y había quienes mantenían una expresión pétrea. La mayoría de los hombres se tragaban el miedo y abrazaban a sus seres queridos, al tiempo que procuraban mostrarse valientes.

El batir de las olas contra las rocas sonaba como una descarga de artillería, pero para muchos era el redoble de los tambores en un desfile fúnebre.

En el puente de mando del *Sprite*, Maverick vigilaba el indicador de velocidad digital. Los números rojos marcaban cero. Vio los cables fueran del agua con los bidones colgados como las escamas de un monstruo marino. No era el único que rezaba para sus adentros que el barco se moviera. Miró las lecturas del GPS, que marcaban la posición exacta de la unidad con un margen de error mínimo. Los números permanecían estáticos.

Luego miró a través de la ventana hacia popa, donde Barnum estaba rígido como una estatua con las manos en los mandos de la consola, y después al *Ocean Wanderer*, castigado por las olas. Echó una ojeada al anemómetro digital y vio que la velocidad del viento se había reducido considerablemente en la última media hora. Ya es algo, murmuró para sí. Entonces, cuando miró de nuevo el GPS, vio que los números habían cambiado.

Se frotó los ojos para asegurarse de que no se había imaginado el cambio. No había ninguna duda con respecto al mismo. A continuación miró el indicador de velocidad. El último dígito de la derecha oscilaba entre cero y un nudo.

Permaneció como aturdido, dominado por el deseo de creer lo que estaba viendo sin tener muy claro que aquello no era el producto del deseo de que ocurriera un milagro. Pero el indicador de velocidad no mentía. Había un movimiento hacia delante, por minúsculo que fuese. Maverick cogió un megáfono y salió al exterior del puente.

—¡Se mueve! —gritó, con entusiasmo rabioso—. ¡Se mueve!

Nadie respondió a su anuncio; era demasiado pronto para cantar victoria. El movimiento a través de las grandes olas era inapreciable para el ojo desnudo, tan mínimo que no se podía apreciar. Solo tenían la palabra de Maverick. Transcurrieron unos minutos de angustia mientras se esperaba la confirmación. Entonces Maverick volvió a gritar:

—¡Un nudo! ¡Nos estamos moviendo a un nudo!

No era una ilusión. Con la lentitud de un caracol, se hizo evidente que la distancia entre el *Ocean Wanderer* y las rompientes se iba ampliando poco a poco.

Ese día no habría desastre ni muerte en las rocas.

El *Sea Sprite* tiraba de los cables de amarre y avanzaba con los motores funcionando a una velocidad de rotación que superaba todos los límites imaginados por sus diseñadores. Ninguno de los que se encontraban en la cubierta de popa miraba la costa asesina o el hotel. Todas las miradas estaban fijas en la bita y en los grandes cables que crujían, sometidos a la máxima tensión. Si se partían, se habría acabado el espectáculo. No habría manera de salvar al *Ocean Wanderer* y todos aquéllos que estaban detrás de las paredes de cristal.

Pero, por inconcebible que resultara para todos, los grandes cables aguantaban, tal como había calculado Pitt.

Muy lentamente, de forma casi inapreciable, el barco de la NUMA alcanzó una velocidad de dos nudos, con las cubiertas barridas de proa a popa por grandes nubes de espuma. Solo después de remolcar el hotel a algo más de tres kilómetros de distancia de la costa, Barnum redujo la aceleración para dar un respiro a los recalentados motores. El peligro fue disminuyendo con cada palmo que ganaban, hasta que los escollos y el mar se quedaron sin la catástrofe que hasta entonces parecía inevitable.

Los tripulantes del *Sea Sprite* agitaban los brazos en respuesta a los huéspedes del *Ocean Wanderer*, que saludaban y vitoreaban detrás de los cristales. Desaparecido el peligro, el pánico dio paso a una alegría desbordante. Morton ordenó abrir las bodegas y el champán corrió a raudales por todo el hotel. Para los huéspedes y el personal, él era el héroe del día. Todos lo rodeaban y le agradecían sus esfuerzos por salvarlos de una muerte horrible, aunque no fuera exactamente la verdad.

Se escabulló discretamente del jolgorio para volver a su despacho y sentarse a su mesa, agotado y feliz. Mientras se relajaba, su mente se centró en su futuro. Aunque detestaba abandonar su posición como director general del *Ocean Wanderer*, sabía que cualquier relación con Specter era cosa del pasado. No podía volver a trabajar para un misterioso personaje que había abandonado a su suerte a tantas personas que eran fundamentalmente su responsabilidad.

Morton pensó a fondo en los pasos que daría. No habría ninguna cadena de hoteles de lujo en todo el mundo que no quisiera contratarlo en cuanto se conociera su papel a la hora de evitar la tragedia. El problema radicaba en cómo dar a conocer sus logros.

No hacía falta ser un Nostradamus para saber que, en cuanto Specter se enterara de que el hotel se había salvado, ordenaría a sus departamentos de publicidad y relaciones públicas que prepararan comunicados para los medios, organizaran conferencias de prensa y entrevistas en la televisión para narrar cómo él, Specter, había dirigido el rescate convirtiéndose en el salvador del hotel y de todos sus

ocupantes.

Decidió que debía aprovechar la ventaja y atacar primero. Llamó a un viejo compañero de la universidad que tenía una empresa de relaciones públicas en Washington, y le ofreció su versión de la aventura, sin ocultar los méritos de la NUMA y los hombres que habían realizado el remolque, ni olvidarse tampoco de mencionar el heroísmo de Emlyn Brown y el personal de mantenimiento. Así y todo, la descripción que hizo de cómo había manejado la crisis no fue precisamente modesta.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, colgó el teléfono, entrelazó las manos detrás de la nuca y sonrió como el famoso gato de Cheshire. Estaba seguro de que Specter intentaría rebatir su versión, pero en cuanto los medios publicaran la historia junto con las entrevistas a los huéspedes, cualquier réplica serviría de muy poco.

Se bebió otra copa de champán y no tardó en dormirse.

—Dios, nos hemos librado por los pelos —dijo Barnum en voz baja.

—Buen trabajo, Paul —lo felicitó Pitt, que acompañó sus palabras con una palmada en la espalda.

—La velocidad es de dos nudos —gritó Maverick desde la galería del puente a la multitud que vitoreaba en la cubierta.

Había dejado de llover y las olas no llegaban a una altura de tres metros. El huracán Lizzie, al parecer aburrido de amenazar y hundir a las embarcaciones que había encontrado a su paso, descargaba en ese momento su furia en las ciudades y pueblos de la República Dominicana y la vecina Haití. La mayor parte de la población dominicana había sobrevivido a los terribles vientos huyendo al interior del país, y refugiándose en los bosques. El número de muertos no llegaba a los trescientos.

Pero los haitianos, cuyo país es el más pobre de todo el hemisferio occidental, habían talado los árboles para construir sus míseras viviendas y tener leña. Las endebles casuchas no podían protegerlos, y la consecuencia fue que habían muerto casi tres mil antes de que el huracán Lizzie acabara de cruzar la isla y volviera a mar abierto.

—Tendría que darte vergüenza, capitán —dijo Pitt, burlón.

Barnum lo miró desconcertado. Estaba tan agotado física y mentalmente que a duras penas consiguió replicar:

—¿A qué te refieres?

—Eres el único de la tripulación que no lleva el chaleco salvavidas.

El capitán se miró el chubasquero amarillo y sonrió.

—Tenía tantas cosas en la cabeza que se me olvidó. —Se volvió hacia el puente y habló a través del micrófono—: Señor Maverick...

—¿Señor?

—El barco es suyo. Tiene el mando.

—Sí, capitán, el puente tiene el mando.

—Bien, caballeros, hoy habéis salvado unas cuantas vidas —dijo Barnum a Pitt y Giordino—. Ha sido un acto de auténtico heroísmo traer los cables hasta el *Sea Sprite*.

Las expresiones de Pitt y Giordino reflejaron el embarazo que les producía la alabanza. Pitt fue el primero en reaccionar.

—En realidad, no fue nada extraordinario —replicó con un tono divertido—. Otra más de nuestras muchas hazañas.

Barnum no se dejó engañar por la réplica. Conocía a los dos hombres lo bastante bien como para saber que preferirían morir antes que vanagloriarse de lo que habían hecho.

—Allá vosotros si queréis quitaros méritos, pero insisto en que habéis hecho un trabajo de primera. Bueno, basta de charla. Vayamos al puente. No me vendría mal una taza de café.

—¿No tienes algo más fuerte? —preguntó Giordino.

—Creo que te podré complacer. Me hice con una botella de ron de mi cuñado la última vez que estuvimos en puerto.

—¿Se puede saber cuándo te casaste? —dijo Pitt.

Barnum se limitó a sonreír como única respuesta y caminó hacia la escalerilla que conducía al puente.

Antes de tomarse su bien merecido descanso, Pitt entró en la sala de comunicaciones y le pidió a Jar que llamara a Dirk y Summer. Después de intentarlo varias veces, Jar sacudió la cabeza.

—Lo siento, señor Pitt. No responden.

—Eso no me hace ninguna gracia —dijo Pitt pensativamente.

—Será consecuencia de algún problema de menor importancia —comentó Jar, sin perder el optimismo—. Es probable que la tormenta estropeará las antenas.

—Confiemos en que eso sea todo.

Pitt fue hasta el camarote del capitán. Barnum y Giordino estaban bebiendo una copa de ron Gosling.

—No hay comunicación con el *Pisces* —les dijo.

Barnum y Giordino intercambiaron una mirada de preocupación. El tono festivo desapareció en el acto. Después Giordino procuró tranquilizar a Pitt.

—El habitáculo está construido como un tanque. Joe Zavala y yo lo diseñamos. Tiene todos los sistemas de seguridad posibles. Es imposible perforar el casco, y mucho menos a una profundidad de quince metros. Lo construimos para que resistiera a una profundidad de ciento cincuenta.

—Te olvidas de las olas de treinta metros —señaló Pitt—. El *Pisces* quizá quedó

al aire con el paso de un seno, y luego pudo verse arrancado de sus pilotes por la siguiente ola y acabar lanzado contra las rocas. Un impacto de esas características podría romper fácilmente la ventana.

—Es posible —admitió Giordino—, pero no probable. Mandé que hicieran la ventana con un plástico reforzado capaz de resistir el impacto directo de un proyectil de mortero.

Sonó el teléfono de Barnum; era Jar, desde la sala de comunicaciones. El capitán escuchó el mensaje y colgó.

—Hemos recibido un mensaje del capitán de uno de los remolcadores del *Ocean Wanderer*. Acaban de salir del puerto y esperan estar aquí dentro de hora y media.

Pitt se acercó a la mesa de cartas y cogió las reglas. Midió la distancia entre su actual posición y la equis que marcaba en la carta la posición del *Pisces*.

—Una hora y media para la llegada de los remolcadores —manifestó con un tono pensativo—. Otra media hora para soltar los cables y ponernos en marcha. Después otras dos horas hasta el habitáculo, quizá menos si navegamos a toda máquina. En total poco más de cuatro horas para llegar al sitio. Rezo a Dios porque los chicos estén bien.

—Hablas como el padre de una hija quinceañera que no ha vuelto a casa pasada la medianoche —comentó Giordino, en un intento por aliviar los temores de Pitt.

—Estoy de acuerdo —dijo Barnum—. El arrecife de coral tuvo que protegerlos de lo peor de la tormenta.

Pitt no acababa de convencerse. Comenzó a pasearse por el camarote.

—Espero que estéis en lo cierto —opinó en voz baja—, pero las próximas horas serán las más largas de mi vida.

Summer se tendió en la colchoneta de la litera que había colocado en la pared del habitáculo ahora convertida en suelo. Respiraba lentamente, procurando no hacer ningún esfuerzo para ahorrar el máximo de aire. Miraba a través de la ventana los brillantes peces de colores que habían reaparecido después de la tormenta y que ahora nadaban alrededor del habitáculo y observaban con curiosidad a las criaturas que se encontraban en el interior. Por mucho que lo intentara, no podía evitar preguntarse si aquella sería su última visión antes de morir por asfixia.

Dirk se estrujaba el cerebro intentando encontrar una vía de escape. No la había. Utilizar la botella de aire que les quedaba para llegar a la superficie no era una idea práctica. Aun cuando encontrara la manera de abrir la salida principal, algo dudoso aunque hubiese tenido un martillo neumático, la presión del agua a una profundidad de cuarenta metros era de cuatro kilos por centímetro cuadrado. Entraría en el habitáculo con la fuerza de un cañonazo y los aplastaría contra la pared.

—¿Cuánto aire nos queda? —preguntó Summer en voz baja.

Dirk echó una ojeada a los indicadores.

—Dos horas, quizá algunos minutos más.

—¿Qué ha pasado con el *Sea Sprite*? ¿Por qué Paul no ha venido a buscarnos?

—Es probable que el barco ya esté aquí —respondió Dirk, sin mucha convicción—. Nos estarán buscando, solo que todavía no saben que estamos metidos en el fondo de un cañón.

—¿Crees que el huracán lo envió a pique?

—No hay huracán capaz de hundir al *Sea Sprite* —afirmó Dirk.

Permanecieron en silencio mientras Dirk intentaba de nuevo reparar el equipo de radio averiado, en un inútil intento de conseguir que funcionara. No había nada que reflejara su inquietud mientras reparaba las conexiones. Lo hacía con una concentración absoluta. Los hermanos no hablaban porque así economizaban el aire.

Las dos horas siguientes les parecieron eternas. En la superficie, el sol iluminaba de nuevo el banco de la Natividad. A pesar de su obstinación, Dirk no conseguía reparar el equipo de radio y acabó por renunciar a sus intentos.

Notó que cada vez le costaba más respirar. Por enésima vez miró los indicadores que señalaban la cantidad de aire que quedaba en los tanques. Todas las agujas estaban a cero. Dirk se acercó para sacudir suavemente a Summer, que se había quedado dormida debido a la escasez de oxígeno en el interior del *Pisces*.

—Despierta, hermanita.

Summer abrió sus ojos grises y lo miró con una serenidad que despertó en Dirk el amor fraternal que es típico entre los hermanos mellizos.

—Despierta, dormilona. Tenemos que respirar de la botella. —Colocó la botella entre los dos y le pasó la boquilla del regulador—. Las damas primero.

Summer comprendió con todo el dolor del alma que se enfrentaban a una situación que no podía modificar. La sensación de impotencia era algo desconocido para ella. Siempre había tenido el control de su vida. En esos momentos, en cambio, no había nada que pudiera hacer, y eso la desmoralizaba.

Dirk, por su parte, se sentía más frustrado que impotente. Lo dominaba la sensación de que los hados desbarataban todos sus intentos por escapar del habitáculo, que se había convertido en una cámara de ejecución. No dejaba de pensar en que encontraría una salida antes de dar la última bocanada, pero todos los planes que se le ocurrían lo llevaban a una vía muerta.

La posibilidad de que murieran allí adentro se estaba convirtiendo rápidamente en una realidad indiscutible.

El sol se ocultaba detrás del horizonte y solo faltaban unos minutos para el crepúsculo. La velocidad del viento había amainado hasta convertirse en una brisa fuerte del este que ondulaba y oscurecía el mar. La tensión había ido en aumento entre los tripulantes cuando corrió la noticia de que se había perdido toda comunicación con el *Pisces*, y ahora se cernía sobre el *Sea Sprite* como una nube negra.

El temor de que Dirk y Summer hubiesen sido víctimas del huracán crecía por momentos. Solo una de las lanchas neumáticas con fondo rígido había resistido la furia del huracán, aunque con averías. Las otras tres lanchas que completaban la flotilla que llevaba el *Sea Sprite* habían sido engullidas por las olas. Mientras navegaban a toda velocidad al fondeadero anterior en el banco de la Natividad, habían reparado la lancha para que pudiera transportar a tres buceadores. Pitt, Giordino y Cristiano Lelasi, un buceador e ingeniero italiano que se encontraba a bordo del barco de la NUMA para dirigir las pruebas de un nuevo sumergible automático, se encargarían de la operación de búsqueda y rescate.

Los tres hombres estaban reunidos con la mayor parte de la tripulación y los científicos en la sala de conferencias de la nave. Escuchaban con atención mientras Barnum les explicaba las características del fondo marino a Pitt y Giordino. Hizo una pausa para mirar al gran reloj instalado en uno de los mamparos.

—Tardaremos otra hora en llegar a la posición anterior.

—Dado que no hemos tenido contacto radiofónico —comentó Giordino—, partiremos del supuesto de que el *Pisces* resultó averiado por el huracán. Si la teoría de Dirk es correcta, todo apunta a que las olas pudieron apartar el habitáculo de su última posición conocida.

—Si cuando lleguemos a la posición anterior el habitáculo no está allí —manifestó Pitt—, comenzaremos la búsqueda siguiendo la cuadrícula hecha por el ordenador GPS. Nos desplegaremos. Yo iré en el centro, con Al a mi derecha y Cristiano a la izquierda. Recorreremos el banco en dirección este.

—¿Por qué hacia el este? —preguntó Lelasi.

—Era la dirección que seguía la tormenta cuando pasó por el banco de la Natividad —respondió Pitt.

—Acercaré el *Sea Sprite* al arrecife el máximo posible —manifestó Barnum—. No echaré el ancla, de forma que podamos movernos sin demora si es necesario. El primero que vea el habitáculo, que informe de la posición y el estado.

—¿Alguna cosa más? —le preguntó Pitt a Lelasi.

El fornido italiano sacudió la cabeza.

Todos miraron a Pitt con una expresión de profunda solidaridad. No buscaban a

unos desconocidos. Dirk y Summer habían sido sus compañeros durante los últimos dos meses y eran mucho más que unos simples conocidos. Eran aliados en el estudio y la protección del mar. Nadie estaba dispuesto a aceptar que los hermanos se habían perdido para siempre.

—Pues entonces, adelante —dijo Pitt—. Dios os bendiga por vuestra ayuda.

Pitt solo deseaba una cosa: encontrar a sus hijos sanos y salvos. Aunque no había sabido de su existencia durante los primeros veintidós años de sus vidas, los quería con locura desde el momento en que habían aparecido en la puerta de su casa. La única pena que lo atormentaba era no haber estado con ellos durante su infancia. También lo apenaba profundamente no haber sabido que la madre había estado viva durante todos aquellos años.

La otra persona en el mundo que había llegado a querer a Dirk y Summer tanto como Pitt era Giordino. Se había convertido en su tío adoptivo, y era para los muchachos un refugio al que acudir cuando el padre se mostraba empeinado o sobreprotector.

Los tres buceadores salieron de la sala y se dirigieron a la rampa sujeta a la borda que llegaba hasta el agua. Un tripulante se había encargado de bajar la maltrecha lancha y había puesto en marcha los motores fuera de borda.

Pitt y Giordino se vistieron esta vez con trajes enteros, reforzados en las rodillas, los codos y los hombros para protegerlos del filo del coral. También habían decidido utilizar botellas en lugar del respirador de circuito cerrado. Antes de colocarse las máscaras verificaron el funcionamiento de los equipos de comunicación. Luego, con las aletas en una mano, descendieron por la rampa y subieron a la lancha con sus equipos. Mientras se acomodaban, el marinero se encargó de mantener la lancha contra la rampa. Pitt se sentó en el puesto de mando y aceleró los motores en cuanto el marinero soltó las amarras.

Pitt había introducido en el aparato GPS las últimas coordenadas conocidas del *Pisces* y se dirigió directamente al lugar, que estaba a menos de cuatrocientos metros. Ansioso por llegar hasta allí y asustado por lo que pudiera encontrar, Pitt aceleró al máximo y la embarcación comenzó a planear sobre las olas a una velocidad de casi setenta kilómetros. Cuando los números en la pantalla del GPS le indicaron que estaba cerca, redujo la velocidad al mínimo y dejó que el impulso los llevara hasta el lugar exacto.

—Tendríamos que estar en la vertical —anunció.

No había acabado de decirlo cuando Lelasi se dejó caer por la borda con un suave chapoteo y desapareció en las profundidades. Al cabo de tres minutos salió a la superficie. Se sujetó con una mano del cabo que rodeaba la borda y de un solo envión se subió a la lancha, sin quitarse las botellas de aire.

Giordino observó la hazaña con una expresión divertida.

—Me pregunto si aún podría hacerlo.

—Yo seguro que no —afirmó Pitt.

Se arrodilló junto a Lelasi, que sacudió la cabeza y le respondió a través de la radio.

—Lo siento, *signore* —dijo con un fuerte acento italiano—. El habitáculo no está. Solo he visto unos pocos bidones y objetos pequeños.

—No hay manera de saber cuál es la posición exacta —comentó Giordino con tono sobrio—. Las olas han podido arrastrarlo más de un kilómetro.

—Entonces lo seguiremos —afirmó Cristiano animosamente—. Tenía razón, señor Pitt. El coral se ve aplastado en un rastro que va hacia el este.

—Para ahorrar tiempo, buscaremos desde la superficie. Asomad la cabeza por encima de la borda. Al, tú a estribor. Cristiano, a babor. Guiadme oralmente y señalad el rastro del coral roto. Yo pilotaré de acuerdo con vuestras indicaciones.

Colgados por encima de las bordas de la neumática, Giordino y Lelasi miraron a través del cristal de sus máscaras y siguieron el camino del habitáculo arrastrado por la tormenta. Pitt pilotaba como un hombre en trance. Mantenía mecánicamente la proa en el rumbo que le indicaban Giordino y Lelasi, mientras su mente repasaba los últimos dos años, cuando sus hijos habían entrado en su aventurera existencia, algunas veces solitaria.

Recordó el momento en que había conocido a la mujer que sería su madre en el viejo hotel Ala Moana en la playa de Waikiki. Estaba sentado en el bar del hotel en compañía del almirante Sandecker cuando ella apareció como una visión, con los largos cabellos rojos que le caían sobre los hombros. Cubría su cuerpo escultural con un ajustado vestido chino de seda verde, con un corte a cada lado que llegaba hasta los muslos. El contraste cortaba el hipo. A pesar de ser un solterón recalcitrante que nunca había creído en el amor a primera vista, comprendió en el acto que se había enamorado perdidamente. Por desgracia, creyó que ella se había ahogado cuando la vivienda submarina de su padre en la costa norte de Hawai se había desmoronado como consecuencia de un terremoto. Había nadado con él hasta la superficie, pero después, antes de que pudiera detenerla, había vuelto a sumergirse en un intento por rescatar a su padre.

No la había vuelto a ver nunca más.

—El rastro en el coral se acaba dentro de quince metros —gritó Giordino, que sacó la cabeza fuera del agua.

—¿Has visto el habitáculo? —preguntó Pitt.

—No se ve por ninguna parte.

Pitt se negó a creerlo.

—No puede haber desaparecido. Tiene que estar allí.

Un minuto más tarde, fue Lelasi quien levantó la cabeza.

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo!

—Ahora lo veo yo también —dijo Giordino—. Está metido en un cañón. Calculo que está a una profundidad de aproximadamente cuarenta metros.

Pitt apagó los motores. Le hizo un gesto a Lelasi.

—Lanza una boya para marcar la posición, y ocúpate de la lancha. Al y yo bajaremos.

Solo tenía que ponerse las aletas. Se las calzó y se dejó caer por la borda sin perder un segundo. Con un poderoso impulso atravesó la nube de burbujas provocada por su entrada en el agua.

Las paredes del cañón estaban tan próximas que le sorprendió que el habitáculo hubiese caído hasta el fondo sin quedarse encajonado. Notó un cosquilleo en la boca del estómago y se detuvo durante un momento para respirar profundamente. Se preparaba para aquello que esperaba no encontrar, pero fue incapaz de alejar de su mente el pensamiento de que quizá llegaría demasiado tarde para salvarlos.

Visto desde arriba, el habitáculo parecía intacto. Era lógico, a la vista de la solidez de su construcción. Giordino se le adelantó y le señaló la escotilla, aplastada contra la pared de coral. Pitt le respondió con un gesto. Luego contuvo el aliento y el corazón aceleró los latidos cuando vio que estaban rotos los tanques que suministraban aire al interior.

Oh no, Dios mío, pensó mientras nadaba para acercarse a la ventana. Que no se hayan quedado sin aire...

Con la espantosa sensación de que era demasiado tarde, apretó el cristal de la máscara contra el plástico de la ventana, en un esfuerzo por ver en la penumbra interior. Había una extraña media luz que se filtraba en el cañón desde la superficie y era como mirar en una caverna llena de niebla.

Vio la silueta de Summer tendida sobre unas mantas en lo que ahora era el suelo del habitáculo. Le pareció que Dirk estaba a su lado, pero apoyado en los codos e inclinado sobre su hermana. Pitt casi gritó de alegría al ver que Dirk se movía. Le pasaba la boquilla del regulador. Feliz a más no poder al comprobar que sus hijos estaban vivos, golpeó la ventana con el mango de su cuchillo.

El medidor de presión marcaba la zona roja. Solo quedaban unos minutos para el final.

Dirk y Summer respiraban metódicamente para alargar al máximo la reserva de aire. El agua en el exterior del habitáculo había pasado de un color azul verdoso a un gris verdoso a medida que se apagaba la luz del sol. Dirk miró su reloj sumergible SUB 300T Doxa de esfera naranja que le había regalado su padre. Macaba las 19:45. Llevaban casi dieciséis horas encerrados en el habitáculo, sin comunicación con el mundo exterior.

Summer yacía medio dormida. Soló abría los ojos cuando era su turno para

respirar un par de bocanadas del aire de la botella a través del regulador, mientras Dirk contenía la respiración para aprovechar hasta la última molécula de oxígeno. Le pareció ver un movimiento en la ventana. En un primer momento la confusa mente de Summer creyó que solo se trataba de un pez de gran tamaño, pero después escuchó unos golpes en la superficie de plástico transparente. Se sentó bruscamente para mirar por encima del hombro de su hermano.

Se trataba de un buceador, que apretaba la máscara contra la ventana al tiempo que agitaba los brazos. Unos segundos más tarde, apareció otro buceador que también comenzó a gesticular animadamente al ver que los ocupantes del habitáculo seguían con vida.

Summer creyó que estaba experimentando la borrachera típica de las profundidades, pero después tomó conciencia de que los buceadores eran reales.

—¡Dirk! —gritó—. ¡Están aquí, nos han encontrado!

El muchacho se volvió hacia la ventana, sin acabar de creer el anuncio de su hermana. Su incredulidad desapareció en cuanto identificó a los buceadores.

—Oh, Dios mío, son papá y el tío Al...

Summer y Dirk apoyaron las manos en el plástico de la ventana y se echaron a reír mientras su padre apoyaba las manos contra las de ellos desde el otro lado. Luego cogió una tablilla que llevaba sujeta al cinto de lastre y escribió una pregunta antes de levantarla.

¿AIRE?

Dirk buscó apresuradamente entre los objetos tumbados en el interior de *Pisces* hasta que encontró una hoja de papel y un rotulador. Escribió la respuesta en letras mayúsculas y apretó el papel contra la ventana.

PARA 10-15 MIN

—Eso es apurar mucho las cosas —comentó Giordino.

—Muchísimo —admitió Pitt.

—No hay manera de cortar el plástico antes de que se les acabe el aire. —Giordino detestaba decirlo, pero tenía que hacerlo—. Sólo un misil podría romper la ventana y, aunque eso fuese posible, la presión del agua a estas profundidades entraría en el habitáculo con la fuerza de una carga de dinamita en el interior de un tubo. Los aplastaría.

Giordino nunca dejaba de asombrarse ante la frialdad y la capacidad analítica de la mente de Pitt. Cualquier otro hombre se hubiera dejado dominar por el pánico al saber que a sus hijos les quedaban apenas unos pocos minutos antes de sufrir una

muerte horrible. Pero no era ése el caso de Pitt. Permaneció quieto en el agua como si estuviese contemplando los lánguidos movimientos de un pez tropical. Durante varios segundos pareció como si fuese ajeno al drama. Cuando habló, lo hizo con toda naturalidad.

—Paul, ¿me recibes?

—Te recibo y comprendo tu dilema. ¿Qué puedo hacer desde aquí?

—En tu taller tienes que tener un taladro submarino Morton, ¿no es así?

—Efectivamente. Tenemos uno a bordo.

—Tenlo preparado en la rampa para cuando lleguemos y asegúrate de que tenga colocada la sierra de copa más grande.

—¿Alguna cosa más?

—Otro par de botellas de aire con reguladores.

—Lo tendrás todo en la rampa cuando llegues.

Pitt escribió de nuevo en la pizarra y la apoyó contra la ventana.

VUELVO EN 10 MIN

Giordino y Pitt se apartaron de la ventana para volver a la superficie.

Para Summer y Dirk, ver que Pitt y Giordino desaparecían de la vista para dirigirse a la superficie, fue como si un aguacero cayera sobre una fiesta sorpresa de cumpleaños organizada en un jardín. Habían recuperado el ánimo al verlos, pero tras su marcha todo volvía a ser desesperante.

—Hubiera preferido que no se marcharan —declaró Summer en voz baja.

—No te preocupes. Saben cuánto aire nos queda. Estarán de regreso antes de que te des cuenta.

—¿Cómo crees que harán para sacarnos de aquí? —preguntó Summer.

—Si hay quien pueda obrar milagros, éstos son papá y Al.

Summer miró de nuevo la aguja en el medidor de la botella. Oscilaba cada vez más cerca del cero.

—Será mejor que se den prisa.

Barnum tenía las botellas y el taladro submarino Morton preparados para que Pitt los recogiera. Pitt viró con la neumática en una vuelta muy cerrada y la detuvo al pie de la rampa.

—Gracias, Paul.

—A mandar —respondió Barnum, con una sonrisa.

Cargaron los equipos en un santiamén y Pitt emprendió a toda velocidad el camino de regreso hacia la boya que marcaba la posición del *Pisces*.

Lelasi arrojó el ancla mientras Giordino y Pitt se ponían las máscaras y se dejaban caer por la borda. Pitt no utilizó el compensador para conseguir una flotabilidad neta

con el taladro Morton, que pesaba diez kilos; en lugar de ello, dejó que el peso lo arrastrara hasta el fondo en menos de un minuto, y solo tragó un par de veces para nivelar la presión en los oídos. En cuanto apoyó las aletas en la arena del fondo, apretó la sierra contra el plástico de la ventana.

Antes de empezar la perforación, miró al interior. Summer parecía inconsciente. Dirk lo saludó con un gesto. Pitt apartó el taladro para escribir en la tablilla.

ABRIREMOS UN AGUJERO PARA LAS BOTELLAS. APARTAOS DEL CHORRO

Consciente de que solo disponía de unos pocos minutos, Pitt apretó la punta de la sierra contra el plástico y puso en marcha el taladro. Rezó para que perforara el plástico transparente, que tenía una dureza similar a la del acero. El ruido del motor del taladro, amplificado debajo del agua, y el de la sierra que cortaba el plástico espantó a todos los peces en cien metros a la redonda, que se alejaron a esconderse en el arrecife.

Pitt se apoyó contra el taladro y empujó con toda la fuerza de que era capaz. Dio gracias cuando Giordino se arrodilló a su lado para sujetar el cuerpo del taladro, y sumar su fuerza al corte.

Pasaron los minutos mientras los dos hombres empujaban el taladro con todas sus fuerzas. No hablaban. No necesitaban hacerlo. Llevaban más de cuarenta años leyéndose el pensamiento. Trabajaban como una yunta de caballos de tiro.

Pitt comenzó a ponerse frenético cuando no vio movimiento alguno en el interior del habitáculo. Cuanto más profundo era el corte, más rápido penetraba la sierra. Por fin Pitt y Giordino notaron cómo la herramienta salía por el otro lado. Tiraron del taladro para sacarlo. En el mismo momento en que salió, Giordino metió una botella de aire y el regulador por el agujero de veinticinco centímetros de diámetro, ayudado por el agua que entraba como un torrente en el habitáculo, donde la presión era menor.

Pitt quería gritarles a sus hijos que reaccionaran, pero era imposible que lo escucharan. Vio que Summer no hacía ningún intento de moverse. Ya se disponía a agrandar el agujero para poder entrar, cuando vio que Dirk cogía el regulador y se llevaba la boquilla a la boca. Dos bocanadas profundas y volvió a la normalidad. Luego, con mucha suavidad, metió la boquilla entre los labios de Summer.

Pitt se sintió el hombre más feliz del mundo cuando vio que Summer abría los ojos y su pecho comenzaba a subir y bajar. Aunque el agua llenaba rápidamente el interior del habitáculo, ahora tenían todo el aire que necesitaban. Giordino y él volvieron a sujetar el taladro y comenzaron a cortar el plástico para ampliar el agujero lo suficiente para poder sacarlos. Esta vez no había prisas. Se turnaron en el

trabajo hasta que acabaron de cortar un agujero en forma de trébol de cuatro hojas por el que podía pasar un cuerpo sin problemas.

—Paul —llamó Pitt por la radio.

—Te escucho —respondió Barnum.

—¿Qué pasa con la cámara hiperbárica?

—Está preparada para recibirlos en cuanto los tengamos a bordo.

—¿A qué profundidad y durante cuánto tiempo han estado dentro del *Pisces*?

—Han estado presurizados a veinte metros durante tres días y catorce horas.

—Por lo tanto necesitarán un mínimo de quince horas de descompresión.

—El tiempo que haga falta —replicó Barnum—. Tengo a bordo a un especialista en medicina hiperbárica. Él se encargará de calcular el tiempo.

Giordino le indicó con un gesto que acababa de cortar el último círculo. El agua había llenado casi del todo el interior del habitáculo; solo le faltaba el trozo que ocupaba la cámara de aire. Giordino metió un brazo, cogió a Summer de una mano y la sacó al exterior. Dirk le dio una de las botellas. Summer sujetó la boquilla con los dientes y se abrazó a la botella. Entonces, inesperadamente, movió las manos para indicar que esperaran y entró de nuevo en el habitáculo. No tardó en reaparecer con varias bolsas herméticas que contenían sus cuadernos de notas, los disquetes y la cámara digital. Giordino la cogió del brazo y la llevó a la superficie.

Dirk salió el último, con la segunda botella de aire. Pitt le dio un rápido abrazo antes de subir hacia la única neumática disponible, que los esperaba. En cuanto los hermanos estuvieron a bordo, Cristiano puso en marcha los motores y salió disparado hacia el *Sea Sprite*.

Pitt y Giordino, para no demorar la marcha, se quedaron en el agua y se apartaron rápidamente para evitar el riesgo de que los pillaran las hélices. Cuando Lelasi acudió a recogerles, les comentó que Summer y Dirk ya estaban en la cámara hiperbárica.

La causa del mal de la descompresión —o de los *bends*, como lo llaman los buceadores— es que a la presión normal el cuerpo se libera de la mayor parte del exceso de nitrógeno. En cambio, cuando aumenta la presión a medida que el buceador se sumerge, aumenta el nivel de nitrógeno en la sangre. Luego, cuando el buceador asciende y disminuye la presión, se forman burbujas de nitrógeno en el torrente sanguíneo y llega un momento en que son demasiado grandes para atravesar los tejidos. Para que disminuyan de tamaño y puedan pasar por el tejido pulmonar, el buceador debe permanecer en el interior de una cámara donde la presión disminuye muy lentamente mientras el paciente respira oxígeno puro.

Dirk y Summer pasaron las horas que les tocaba estar en la cámara, bajo control médico, dedicados a la lectura y a escribir los informes sobre el estado del coral enfermo y el légamo marrón, y también sobre la caverna con los objetos antiguos.

Las estrellas brillaban como diamantes y las luces resplandecían en los edificios

cuando el *Sea Sprite* entró en Port Everglades, de Fort Lauderdale, uno de los puertos de aguas profundas más activos del mundo. Las luces del barco de exploración oceánica lo alumbraban de proa a popa mientras pasaba lentamente junto a la larga fila de cruceros de lujo que embarcaban pasajeros y provisiones para zarpar con el alba. Avisados por la guardia costera, todos los barcos hicieron sonar las sirenas tres veces en un saludo de honor a la nave que iba hacia los muelles de la NUMA.

El épico rescate del *Ocean Wanderer* y de sus mil huéspedes efectuado cuarenta y ocho horas antes era una noticia mundial. Pitt no quería ni pensar en los reporteros que estarían esperándolos en el muelle. Se apoyó en la borda de proa y contempló el agua oscura, salpicada por el reflejo de las luces y la espuma que levantaba la proa. Salió de su ensimismamiento al advertir que había alguien a su lado, y al volverse se encontró con el rostro sonriente de su hijo. Nunca dejaba de sorprenderle la sensación de estar viéndose a sí mismo en un espejo veinticinco años atrás.

—¿Qué crees que harán con él? —preguntó Dirk.

Pitt enarcó las cejas, sin entender la pregunta.

—¿Harán con qué?

—El *Pisces*.

—La decisión de rescatarlo o no depende del almirante Sandecker. Llevar una grúa flotante al arrecife de coral puede resultar un imposible. Aunque se pudiera hacer, levantar sesenta y cinco toneladas de peso muerto desde el fondo de un cañón costaría una fortuna. Lo más probable es que el almirante lo dé por perdido.

—Me habría gustado estar presente cuando tú y Al arrastrasteis las sogas atadas a los cables de amarre del hotel hasta el *Sea Sprite*.

—Dudo mucho que cualquiera de los dos se vuelva a ofrecer voluntario para intentarlo de nuevo —respondió Pitt con una sonrisa.

Esta vez fue Dirk quien sonrió.

—No te creo.

Pitt se volvió para apoyar la espalda contra la borda.

—¿Tú y Summer estáis recuperados del todo?

—Pasamos con sobresaliente las pruebas de equilibrio y sensibilidad comparativa, y no hay ningún indicio de efectos secundarios.

—A veces aparecen síntomas al cabo de días o semanas. Será mejor que os lo toméis con un poco de calma durante un tiempo. Para que no os aburráis, os encomendaré un trabajo.

Dirk miró a su padre con una expresión desconfiada.

—¿Qué clase de trabajo?

—Llamaré a Julien Perlmutter y le diré que le haréis una visita. A ver si entre todos podéis encontrar algo referente a esos objetos antiguos que encontrasteis en el banco de la Natividad.

—Lo que debemos hacer es ir allí y continuar investigando en la caverna.

—Eso también se puede arreglar —le aseguró Pitt—. Todo a su tiempo. No hay una fecha límite.

—¿Qué me dices del légamo marrón que está acabando con la vida marina en el banco? —insistió Dirk—. Es algo que no se puede retrasar.

—Otra expedición de la NUMA, con otra tripulación y otro barco, se encargará de estudiar el tema.

Dirk se volvió para mirar más allá del puerto los edificios iluminados.

—Me gustaría que pudiéramos pasar más tiempo juntos —comentó con tono nostálgico.

—¿Qué te parece irnos de pesca a los lagos del norte de Canadá? —propuso Pitt.

—Una idea excelente.

—Lo hablaré con Sandecker. Después de lo que hemos hecho en los últimos días, no creo que nos niegue un descanso.

Giordino y Summer se reunieron con ellos junto a la borda. Todos respondían a los saludos que les dedicaban desde los barcos anclados por un trabajo bien hecho. El *Sea Sprite* pasó por el último recodo del canal, y apareció a la vista el muelle de la NUMA. Tal como temía Pitt, estaba abarrotado de furgonetas de la televisión y reporteros.

Barnum dirigió la maniobra de atraque, lanzaron los cables de amarre y los sujetaron a los norayes. Luego bajaron la pasarela. El almirante James Sandecker subió al barco como un zorro que persigue a una gallina. En realidad tenía algo de zorro con el rostro afilado, los cabellos rojos y la barba estilo van Dyke. Rudi Gunn, director delegado de la NUMA y el genio administrativo de la organización, le pisaba los talones.

Barnum saludó a Sandecker cuando pisó la cubierta.

—Bienvenido a bordo, almirante. No esperaba verlo aquí.

Sandecker abarcó con un gesto el muelle y la multitud de representantes de los medios.

—¡No me perdería esto ni por todo el oro del mundo! —Estrechó vigorosamente la mano de Barnum—. Un excelente trabajo, capitán. Toda la NUMA está orgullosa de usted y de su tripulación.

—Fue un trabajo en equipo —dijo Barnum, modestamente—. Si no hubiese sido por el heroísmo de Pitt y Giordino, que se ocuparon de llevar los cables de amarre, el *Ocean Wanderer* se habría estrellado contra las rocas.

Sandecker vio a Pitt y Giordino y se acercó a la pareja.

—Vaya, por lo visto no hay manera de evitar que ustedes dos se metan en problemas —afirmó con fastidio.

Pitt tenía claro que era el mejor elogio que podía hacerle el almirante.

—Digamos que fue una suerte que, cuando llamó Heidi Lisherness desde nuestro Centro de Huracanes en Key West y nos informó de la situación, estuviéramos trabajando en un proyecto frente a las costas de Puerto Rico.

—Doy gracias a Dios de que pudierais volar hasta la zona a tiempo para evitar una terrible catástrofe —manifestó Gunn. Era un hombre bajo, con unas gafas de carey, y de un carácter que le granjeaba el aprecio de todos.

—La fortuna tuvo mucho que ver —señaló Giordino humildemente.

Dirk y Summer se acercaron a saludar a Sandecker.

—Por lo que se ve, están recuperados del todo —comentó el almirante.

—Si papá y Al no nos hubiesen sacado del *Pisces* —respondió Summer—, ahora no estaríamos aquí para contarlo.

La sonrisa de Sandecker parecía cínica, pero en sus ojos brillaba el orgullo.

—Sí, por lo que parece el trabajo de los bienhechores nunca se acaba.

—Eso me lleva a plantear una petición —dijo Pitt.

—Petición denegada —exclamo Sandecker, que le había adivinado la intención—. Podrán solicitar unas vacaciones en cuanto acaben con el próximo proyecto.

Giordino miró al almirante con una expresión agria.

—Eres un viejo malvado —opinó.

—Recojan sus cosas —añadió Sandecker sin hacer caso del comentario—. Rudi los trasladará hasta el aeropuerto. Hay un avión de la NUMA que os llevará a Washington. Tiene la cabina presurizada, así que Dirk y Summer no tendrán complicaciones con la reciente descompresión. Nos encontraremos en mi despacho mañana al mediodía.

—Espero que el avión tenga camas, porque será nuestra única oportunidad de dormir un poco —manifestó Giordino.

—¿Volará usted con nosotros, almirante? —preguntó Summer.

—¿Yo? —En el rostro de Sandecker apareció una sonrisa zorruna—. No, iré en otro avión. —Señaló a los reporteros—. Alguien tiene que sacrificarse en el altar de los medios.

Giordino sacó del bolsillo un puro que se parecía muy sospechosamente a los de Sandecker. Miró al almirante con expresión socarrona mientras lo encendía.

—Asegúrese de que escriban nuestros nombres correctamente.

Heidi Lisherness miraba sin ver los monitores donde aparecían los últimos coletazos del huracán Lizzie. Después de virar hacia el sudeste y castigar a los barcos que navegaban por el mar de las Antillas, había golpeado la costa este de Nicaragua entre Puerto Cabezas y Punta Gorda. Afortunadamente, ya había perdido la mitad de la fuerza y eran pocos los pobladores que vivían en la zona. Lizzie recorrió otros ochenta kilómetros de marismas antes de desaparecer del todo. En su estela había hundido dieciocho barcos con todas sus tripulaciones, había acabado con las vidas de

tres mil personas, y otras diez mil habían sufrido heridas o habían perdido sus casas.

Solo podía imaginarse el número de muertos y las pérdidas que se hubieran producido de no haber avisado del peligro en cuanto Lizzie comenzó a formarse. Continuaba sentada allí, inclinada sobre la mesa cubierta de fotos, informes y un sinfín de vasos de café, cuando su marido Harley entró en el despacho, que parecía haber sufrido también las consecuencias del paso del huracán. Al personal de limpieza le esperaba una dura faena.

—Heidi —dijo, mientras apoyaba cariñosamente una mano en el hombro de su esposa.

Heidi lo miró con los ojos enrojecidos.

—Oh, Harley, me alegra que hayas venido.

—Vamos, chica, has hecho un gran trabajo. Ahora es el momento de dejar que te lleve a casa.

Heidi se levantó lentamente y se apoyó en su marido mientras caminaban por los despachos del Centro de Huracanes. Cuando llegó a la puerta se volvió para echar una última mirada. Se fijó en el cartel que alguien había colgado en la pared:

*SI CONOCIERAS A LIZZIE COMO NOSOTROS LA CONOCEMOS, OH,
OH, OH, VAYA TORMENTA.*

Sonrió para sus adentros y apagó las luces, y la enorme sala del Centro de Huracanes quedó a oscuras.

II.

AHORA, ¿QUÉ?

23 de agosto de 2006, Washington.

El aire era caliente y húmedo y no soplaba la más mínima brisa. El cielo tenía un color azul cobalto donde desfilaban unas nubes blancas como un rebaño de ovejas. Salvo por los turistas, la ciudad se movía a un ritmo lento en pleno verano. Los congresistas se valían de cualquier excusa para ordenar un receso que les permitiera escapar del calor y la humedad, y sólo celebraban sesiones cuando consideraban que era absolutamente necesario o para dar la imagen de que eran unos trabajadores infatigables a los ojos de los votantes.

Cuando Pitt descendió del reactor Citation de la NUNA, pensó que el tiempo que hacía en la capital se diferenciaba muy poco del que reinaba en el trópico. En el aeropuerto gubernamental privado, a unos pocos kilómetros al norte de la ciudad, no se veían otros aviones. Giordino, Dirk y Summer lo seguían por la escalerilla y pisaban el cemento de la pista, tan caliente que se habrían podido freír huevos.

El único vehículo que esperaba en el aparcamiento era un prodigioso Marmon modelo 1931, con motor de dieciséis cilindros en V. Era un coche fantástico, con estilo y clase, noble y elegante, dotado con la mecánica más avanzada de su época. Sólo se habían fabricado trescientos noventa y era mágicamente suave y silencioso, incluso cuando entregaba toda la potencia de sus ciento noventa y dos caballos. Pintada de un color rosa suave, la carrocería respondía perfectamente a los anuncios de Marmon, que lo presentaron como «el coche más avanzado del mundo».

La mujer que estaba a su lado rivalizaba en belleza y elegancia con el coche. Alta y cautivadora, los cabellos color canela que le llegaban hasta los hombros resplandecían bajo el sol, y enmarcaban un hermoso rostro con los pómulos altos de las modelos y ojos de un suave color violeta. La congresista Loren Smith esperaba tranquila y radiante. Vestía una blusa blanca de encaje, con un corte que resaltaba sus curvas y un pantalón de corte hindú con los bajos acampanados, que caían ligeramente sobre las zapatillas de lona blanca. Saludó al grupo con un gesto, sonrió y se acercó a Pitt y le dio un rápido beso en los labios antes de apartarse.

—Bienvenido a casa, marinero.

—Ojalá tuviera un dólar por cada vez que me lo has dicho.

—Serías un hombre rico —replicó ella, con una risa encantadora. Después abrazó a Giordino, Summer y Dirk—. Me han dicho que habéis vivido una gran aventura.

—Si no fuera por papá y Al —manifestó Dirk—, Summer y yo llevaríamos alas.

—En cuanto estéis instalados, quiero que me lo contéis todo.

Llevaron las maletas y los macutos hasta el coche, guardaron una parte en el maletero y el resto lo acomodaron en el suelo, en la parte de atrás. Loren se sentó al volante, que estaba al aire libre, y Pitt en el asiento del acompañante. Los demás se

acomodaron en el compartimiento cerrado.

—¿Tenemos que llevar a Al a su casa en Alexandria? —preguntó Loren.

—Sí. Después ya podemos ir al hangar y asearnos un poco. El almirante quiere que estemos en su despacho a mediodía.

Loren miró el reloj en el tablero. Eran las 10:25. Frunció el entrecejo mientras cambiaba de marchas como un profesional del volante y preguntó con un tono cáustico:

—¿Ni un minuto de descanso antes de volver al trabajo? Después de lo que habéis pasado, ¿no crees que abrumba un poco?

—Sabes tan bien como yo que detrás de ese aspecto áspero late el corazón de un hombre bondadoso. No nos metería prisa si no fuese una cosa importante.

—Así y todo —dijo la congresista, mientras el coche salía del aeropuerto después de recibir la autorización de un guardia de seguridad armado—, os podría haber dado veinticuatro horas para recuperaros un poco.

—No tardaremos mucho en saber qué se trae entre manos —murmuró Pitt, que hacía todo lo posible para no dormirse.

Quince minutos más tarde, Loren llegó a la verja que rodeaba el edificio donde vivía Giordino. Todavía soltero, no parecía tener prisa por cambiar de estado y, como solía decir, prefería ir «picoteando». Loren lo había visto muy pocas veces con la misma acompañante. Le había presentado a sus amigas, a las que les había parecido encantador e interesante, pero al cabo de un tiempo siempre buscaba alguna otra mujer. Pitt lo comparaba con un buscador de oro, que recorre un paraíso tropical pero que nunca lo encuentra en la playa a la sombra de las palmeras. Giordino recogió el macuto y se despidió.

—Hasta pronto... demasiado pronto.

No encontraron coches en el camino hasta el hangar-casa de Pitt, en un extremo desierto del aeropuerto nacional Ronald Reagan. Una vez más, el guardia los dejó pasar cuando reconoció a Pitt.

Loren detuvo el coche delante de la entrada del viejo hangar, que había sido utilizado por una compañía aérea desde 1930 hasta casi 1950. Pitt la había comprado para guardar su colección de coches antiguos y había convertido los despachos de la planta alta en un apartamento. Dirk y Summer vivían en la planta baja, que también albergaba su colección de cincuenta coches, un par de viejos aviones y un vagón de ferrocarril Pullman que había encontrado de desguace en Nueva York.

Loren esperó a que Pitt utilizara el mando a distancia para desconectar el complicado sistema de alarma. En cuanto se abrió la puerta, entró con el Marmon y lo aparcó entre una increíble exposición de hermosos automóviles clásicos que iban desde un Cadillac V8 de 1918 a un Rolls Royce Silver Dawn de 1955. Aparcados sobre el piso de resina blanca e iluminados por la luz que entraba por los tragaluces,

los viejos coches proyectaban un deslumbrante arco iris.

Dirk y Summer se retiraron a sus apartamentos separados en el vagón Pullman. Pitt y Loren subieron al apartamento, donde Pitt se duchó y afeitó mientras ella preparaba un almuerzo ligero para los cuatro. Pitt salió del baño al cabo de media hora, vestido con pantalón y camisa deportiva. Se sentó a la mesa de la cocina y cogió la copa de Ramos Fizz que le ofreció Loren.

—¿Has escuchado hablar alguna vez de una gran corporación llamada Odyssey? —le preguntó a Loren, sin que viniera a cuento.

La congresista lo miró un tanto sorprendida.

—Sí, formo parte de un comité que está investigando sus actividades. No es un tema que haya aparecido en los periódicos. ¿Cómo te has enterado de la investigación?

Pitt se encogió de hombros con la mayor despreocupación.

—No sé nada. Ni siquiera sabía que estuvierais interesados en Specter.

—¿El misterioso fundador de la corporación? Entonces, ¿a qué viene la pregunta?

—Pura curiosidad, nada más. Specter es el propietario del hotel que Al y yo evitamos que acabara estrellado contra las rocas, por culpa del huracán Lizzie.

—Se sabe muy poco del hombre, más allá de que posee un gran centro de investigación científica en Nicaragua y está involucrado en gigantescos proyectos de construcción y explotaciones mineras en todo el mundo. Algunas de sus actividades internacionales son legales; otras en cambio son bastante oscuras.

—¿Cuáles son los proyectos en el país?

—Canales de riego a través de los desiertos en el sudoeste y algunos diques. Nada más.

—¿Qué investigan en Odyssey?

—No sabemos gran cosa, y dado que el centro está en Nicaragua, no hay ninguna ley que los obligue a informar de sus experimentos. —Loren se encogió de hombros—. Los rumores dicen que están con celdas de combustible, pero nadie sabe nada concreto. Nuestros servicios de inteligencia no consideran a Odyssey como un objetivo prioritario.

—¿Qué hay de las construcciones?

—En su mayor parte son cámaras y depósitos subterráneos. La CIA ha escuchado rumores de que ha excavado cavernas para almacenar armas químicas y nucleares fabricadas en países como Corea del Norte, pero no tienen pruebas. Otros tantos trabajos son por cuenta de los chinos, que quieren mantener en secreto los programas de investigación militar y los arsenales. Odyssey parece haberse especializado en la construcción de almacenes subterráneos, que ocultan de los satélites espías las actividades militares y las fábricas de armamento.

—Sin embargo Specter mandó construir y explota un hotel flotante.

—Un juguete que utiliza para agasajar a sus clientes —explicó Loren—. Está en el negocio de la hostelería sólo como diversión.

—¿Quién es Specter? El director del *Ocean Wanderer* no le tiene el menor aprecio.

—No le gustará su trabajo.

—No es eso. Me dijo que no piensa seguir trabajando para Specter, porque abandonó el hotel y se marchó en su avión antes de que llegara el huracán. Abandonó a los huéspedes y al personal, sin preocuparse en lo más mínimo de que pudieran morir.

—Specter es una persona muy misteriosa. Probablemente sea el único presidente ejecutivo de una gran corporación que no tiene un agente de relaciones públicas personal. Nunca concede entrevistas y apenas si se lo ve en público. No hay ningún registro de su historial, de su familia o de dónde estudió.

—¿Ni siquiera la inscripción de su nacimiento?

—No se ha encontrado ningún registro de su nacimiento en Estados Unidos ni en ningún otro país investigado. Su verdadera identidad continúa siendo un misterio, a pesar de los esfuerzos de nuestros servicios de inteligencia. El FBI lo intentó por todos los medios posibles, sin conseguirlo. No hay fotos porque siempre lleva el rostro cubierto con un pañuelo y gafas de sol. Tampoco consiguieron hacerse con sus huellas digitales, porque usa guantes. Ni siquiera sus colaboradores más cercanos han visto su rostro. Lo único que se sabe es que es obeso, que pesa más de ciento ochenta kilos.

—No es posible que nadie pueda mantener en secreto su identidad hasta ese extremo.

La congresista levantó las manos en un gesto de impotencia. Pitt se sirvió otra taza de café.

—¿Dónde están las oficinas centrales de la corporación?

—En Brasil. También tiene oficinas en Panamá. Dado que ha hecho grandes inversiones en el país, el presidente de la república lo ha hecho ciudadano panameño, y lo ha nombrado director de la Autoridad del Canal.

—¿Cuál es entonces la justificación para que tu comité lo investigue? —preguntó Pitt.

—Sus tratos con los chinos. Las relaciones de Specter con la República Popular se remontan a quince años atrás. Como director de la Autoridad del Canal, fue una pieza clave a la hora de ayudar a la compañía Whampoa Limited, una empresa radicada en Hong Kong y vinculada al Ejército Popular de Liberación, a conseguir un contrato de explotación de los puertos de Balboa y Cristóbal en los dos extremos del canal, el primero en el Pacífico y el segundo en el Atlántico. Whampoa también se ocupará de la carga y la descarga de los barcos, y del ferrocarril que transporta las

cargas entre los puertos, y muy pronto comenzará la construcción de un nuevo puente colgante que utilizarán los camiones de gran tonelaje para cruzar la zona del canal de norte a sur.

—¿Qué está haciendo nuestro gobierno al respecto?

—Nada, que yo sepa. El presidente Clinton ha dado carta blanca a los chinos para poner a América central dentro de su área de influencia. —Loren sacudió la cabeza y añadió—: Otra cosa sorprendente de la Odyssey es que casi todos los cargos directivos los ocupan mujeres.

—Specter debe de ser un ídolo del movimiento feminista —comentó Pitt con una sonrisa.

Dirk y Summer se reunieron con ellos para almorzar antes de ir al despacho de Sandecker. Esta vez, Pitt condujo uno de los Navigator turquesa que pertenecían a la flota de vehículos de la NUMA. Primero dejó a Loren en su casa.

—¿Cenarás conmigo esta noche? —le preguntó.

—¿Vendrán Dirk y Summer?

—Quizá consiga convencer a los chicos —respondió Pitt—, pero solo si tú insistes.

—Insisto.

Loren le apretó la mano y descendió del Navigator con mucha elegancia, cruzó la acera con paso ágil y subió los escalones que conducían hasta la puerta.

El edificio de treinta pisos que albergaba el cuartel general de la NUMA se elevaba en una colina junto al río Potomac, y disfrutaba de una impresionante vista de la ciudad. Sandecker en persona había escogido el solar cuando el Congreso le había dado los fondos para construirlo. Era mucho más lujoso de lo que estaba previsto y se había excedido en varios millones de dólares del presupuesto original. Debido a que estaba en el lado este del río, fuera del distrito de Columbia, el proyecto no se vio afectado por las leyes urbanísticas referentes a la altura y el almirante había podido levantar una imponente estructura tubular de cristal verde que se veía desde kilómetros a la redonda.

Pitt entró en el atestado aparcamiento subterráneo y estacionó el coche en su plaza privada. Subieron en el ascensor hasta el último piso, donde estaba el despacho de Sandecker. Entraron en una antesala con las paredes revestidas con listones de teca que habían pertenecido a la cubierta de viejos barcos naufragados. La secretaria del almirante les preguntó si no les importaría esperar unos minutos, dado que Sandecker se encontraba en una reunión.

No había acabado de decirlo, cuando se abrió la puerta del despacho del almirante y salieron dos de sus viejos amigos: Kurt Austin, con los cabellos prematuramente blancos —que era la contraparte de Pitt como director de proyectos especiales—, y Joe Zavala, el atlético ingeniero que colaboraba a menudo con Giordino en el diseño

y construcción de vehículos sumergibles. Ambos se adelantaron para estrecharles la mano.

—¿Adónde os envía esta vez el viejo carcamal? —preguntó Giordino.

—Al norte de Canadá. Corre el rumor de que han aparecido peces mutantes en algunos de los lagos. El almirante quiere que comprobemos si hay algo de verdad.

—Nos enteramos del rescate del *Ocean Wanderer* en pleno huracán —dijo Zavala—. No esperaba veros tan pronto enganchados de nuevo al carro.

—La palabra descanso no existe en el vocabulario de Sandecker —replicó Pitt con una sonrisa.

Austin señaló con un gesto a Dirk y Summer.

—Un día de éstos te invitaré a ti y a los chicos a una barbacoa en casa.

—Será un placer —manifestó Pitt—. Siempre he querido ver tu colección de armas antiguas.

—Pues yo espero ver tu colección de coches.

—¿Qué te parece si combinamos las dos cosas? Podemos tomar el aperitivo en mi casa y después ir a la tuya para la barbacoa.

—Hecho.

—El almirante os recibirá ahora —anunció la secretaria.

Se despidieron y, mientras Austin y Zavala iban hacia el ascensor, el grupo de Pitt entró en el despacho de Sandecker, donde el almirante los esperaba sentado detrás de una mesa de grandes dimensiones hecha con la puerta de una escotilla que había pertenecido a una nave confederada hundida durante la guerra de Secesión.

Sandecker, que era un caballero de la vieja escuela, se levantó al ver a Summer y le señaló una de las sillas. Cosa sorprendente, Giordino había llegado temprano. Vestía un pantalón deportivo y una camisa estampada. Rudi Gunn subió desde su despacho en el piso veintiocho para participar en el encuentro.

Sandecker fue directamente al grano.

—Tenemos que ocuparnos de dos asuntos, a cuál más misterioso. El más importante es la aparición del légamo marrón que se está extendiendo por el Caribe. Ya lo discutiremos a fondo. —Observó con una mirada penetrante, primero a Summer y después a Dirk—. Habéis abierto la caja de Pandora con vuestros descubrimientos en el banco de la Natividad.

—No sé nada del resultado de los análisis que le hicieron al ánfora después de que el capitán Barnum la enviara al laboratorio.

—Todavía está en proceso de limpieza —le aclaró Gunn—. Ha sido Hiram Yaeger y su ordenador mágico quienes han fijado una fecha y una cultura.

Sandecker se anticipó a la pregunta de Summer.

—Hiram dató el ánfora en algún momento anterior al mil cien antes de Cristo. También la identificó como fabricada por celtas.

—¿Celtas? —repitió Summer—. ¿Está seguro?

—Concuerda con la técnica y el material de todas las otras ánforas conocidas fabricadas por los antiguos celtas, tres mil años atrás.

—¿Qué hay del peine que fotografiamos? —preguntó Summer.

—Sin tener el objeto físico —contestó el almirante—, el ordenador de Hiram solo pudo dar una fecha orientativa. Sin embargo, también corresponde a tres mil años atrás.

—¿Qué explicación propone Yaeger para que el objeto apareciera donde lo encontraron? —intervino Pitt.

—Dado que los celtas no eran un pueblo marinerero y no hay constancia de que cruzaran el Atlántico hasta el Nuevo Mundo, tuvo que ser arrojado desde algún barco que pasaba.

—No hay capitán que decida llevar su barco al banco de la Natividad a menos que desee ver cómo el coral le destroza el casco y presentar una reclamación fraudulenta a la compañía de seguros —señaló Pitt—. La única posibilidad es que el barco se viera arrastrado hacia el banco por una tormenta.

Gunn miró la alfombra como si acabara de recordar alguna cosa.

—Según los registros de naufragios, un viejo vapor llamado *Vandalia* naufragó en el arrecife.

—Yo visité el pecio —dijo Summer. Miró a su hermano con una expresión expectante.

Dirk asintió al tiempo que sonreía.

—El ánfora no fue la única cosa que encontramos.

—Dirk se refiere a que también encontramos un laberinto de cuevas o habitaciones excavadas en la roca, que ahora están cubiertas por el coral. —Metió la mano en el bolso y sacó la cámara digital—. Sacamos fotos de las habitaciones y de un gran caldero, con imágenes de antiguos guerreros. Estaba lleno de pequeños objetos comunes.

Sandecker la miró con una expresión incrédula.

—¿Una ciudad sumergida en el hemisferio occidental antes de que aparecieran los olmecas, los mayas y los incas? No parece posible.

—No tendremos respuestas hasta que se realice una exploración a fondo. —Summer levantó la cámara como si fuese una valiosa joya—. La estructura que vimos parecía corresponder a un templo.

El almirante se volvió hacia Gunn.

—Rudi...

Gunn cogió la cámara de la mano de Summer y apretó un interruptor en la pared. Se alzó un panel para dejar a la vista una pantalla de televisión panorámica. Conectó la cámara al televisor y en la pantalla aparecieron las imágenes del templo sumergido

filmadas por los dos jóvenes.

Había un total de treinta imágenes, que comenzaban con el arco de la entrada y los escalones que conducían hasta el interior, donde había algo que parecía una cama. El caldero con los objetos de uso cotidiano estaba en otra habitación.

Dirk y Summer hicieron de narradores mientras Gunn pasaba los fotogramas de uno en uno. Tras ver la última imagen, todos permanecieron en silencio durante unos minutos. Pitt fue quien habló primero.

—Creo que deberíamos consultar con Julien Perlmutter.

—Julien no es arqueólogo —puntualizó Gunn, con tono escéptico.

—Es verdad, pero seguramente conocerá o sabrá dónde buscar alguna referencia sobre los primitivos navegantes que pudieron llegar a este lado del océano hace tres mil años.

—Vale la pena probarlo —opinó Sandecker. Miró a Dirk y Summer—. Esa será vuestra investigación durante las próximas dos semanas. Encontrad respuestas. Lo podéis considerar como unas vacaciones del trabajo. —Giró el sillón para mirar a Pitt y Giordino—. Ahora pasemos al tema del légamo marrón.

Todo lo que sabemos hasta el momento es que no está relacionado con una diatomea ni con ninguna otra especie de alga. Tampoco es una biotoxina vinculada con el fenómeno de la marea roja. En cambio, sabemos a ciencia cierta que está dejando un rastro de destrucción a medida que va hacia mar abierto y vira hacia el norte, empujado por la corriente ecuatorial sur hacia el golfo de México y Florida. Los oceanógrafos creen que el légamo ya está en las aguas territoriales de Estados Unidos. Los informes que envían desde Key West hablan de bancos de esponjas que se están destruyendo por obra de un agente desconocido.

—Lamento que los recipientes con las muestras de agua y los ejemplares muertos se rompieran cuando las olas arrastraron al *Pisces* al fondo del cañón —dijo Summer.

—No te lamentes. Tenemos muestras y especímenes que nos envían todos los días desde cincuenta lugares diferentes por todo el mar de las Antillas.

—¿Hay alguna pista del lugar donde se origina el légamo? —preguntó Pitt.

Gunn se quitó las gafas y limpió los cristales con un paño.

—Nada concreto. Los científicos han analizado las muestras de agua, y han intentado calcularlo introduciendo en el ordenador los datos de las corrientes y los vientos, además de las coordenadas suministradas por los satélites y los avistamientos comunicados por los barcos. Dicen que el légamo podría tener su origen en algún lugar frente a las costas de Nicaragua, pero carecen de pruebas.

—¿Podría tratarse de algún vertido químico en un río? —sugirió Dirk.

Sandecker hizo girar uno de sus grandes puros entre los dedos sin encenderlo.

—Es posible, pero nos falta descubrir un rastro que nos lleve hasta su origen.

—Aquí está pasando algo muy extraño —opinó Gunn—. Esa cosa es letal para la

mayor parte de la vida marina y el coral. Tenemos que ponerle remedio antes de que se extienda fuera de control por todo el mar de las Antillas y nos encontremos con un mar absolutamente contaminado sin posibilidades para mantener la vida marina.

—No pintas un cuadro muy alentador —manifestó Pitt.

—Hay que encontrar la fuente y la forma de contrarrestarlo —declaró Sandecker—. Allí es donde entráis tú y Al. Vuestra misión será investigar las aguas frente a la costa este de Nicaragua. Dispondréis de una nave de exploración de la NUMA, de la clase Neptuno. No es necesario que os diga que es pequeña y solo lleva una tripulación de cinco hombres, pero está provista con lo último en equipos de búsqueda e instrumentos para proyectos especializados como éstos. A diferencia de cualquiera de nuestros otros barcos, es la embarcación más rápida que surca los mares, y le sobra potencia.

—¿Como el Calliope que nos vimos obligados a destruir en el río Níger hace algunos años? —preguntó Pitt, mientras tomaba notas en una libreta.

—Me arrepiento de no haber descontado de vuestros sueldos lo que valía.

—Si no tiene inconveniente, almirante, Al y yo preferiríamos no llamar tanto la atención esta vez.

—No lo haréis —prometió Sandecker. Se despreocupó de los no fumadores y encendió el puro—. El *Poco Bonito* es la niña de mis ojos. Mide veinticinco metros de eslora y su apariencia engaña. A nadie le llamará la atención porque el casco, la cubierta y la caseta del timón están basados en el típico pesquero de arrastre escocés.

Pitt siempre se asombraba ante la fascinación de Sandecker por los barcos raros.

—Un barco de exploración oceánica disfrazado como un pesquero. Bueno, siempre tiene que haber una primera vez.

—Un típico pesquero de arrastre escocés destacará en el mar de las Antillas como un vagabundo en un baile de gala —opinó Giordino.

—No te preocupes —lo tranquilizó el almirante—. La superestructura del *Poco Bonito* está diseñada electrónicamente para cambiar de aspecto de forma automática y encajar en cualquier flota pesquera del mundo.

Pitt miró la alfombra mientras intentaba imaginarse el barco.

—Si no he olvidado el español que aprendí en el Instituto, *Poco Bonito* significa «feo».

—Me pareció muy apropiado —admitió Sandecker.

—¿A qué vienen tantos subterfugios? —preguntó Pitt—. No vamos a entrar en una zona de guerra.

Sandecker le dirigió una mirada precavida que Pitt conocía muy bien.

—Nunca se sabe cuándo te puedes cruzar con una nave fantasma tripulada por espectros piratas.

Pitt y Giordino miraron al almirante como si hubiese acabado de anunciar que

había volado ida y vuelta a Marte.

—Una nave fantasma —repitió Pitt con tono burlón.

—¿Nunca has escuchado hablar de la leyenda del bucanero errante?

—No que yo recuerde.

—Leigh Hunt era un contrabandista y un pirata sin escrúpulos que aterrorizó a las Antillas a finales del siglo xvii. Atacaba a todas las naves que encontraba a su paso, fueran españolas, inglesas o francesas. Era un gigante; Barba Negra a su lado era un pigmeo. Los relatos de sus barbaridades se escuchaban por todo el Caribe. Las tripulaciones de los barcos mercantes que capturaba preferían suicidarse antes que rendirse a Hunt. Su pasatiempo favorito era arrastrar a los desgraciados cautivos detrás de su nave para que se los comieran los tiburones.

—Se parece mucho a otro tipo que conozco —murmuró Giordino.

Sandecker continuó con el relato sin hacer caso del comentario.

—El reinado de terror de Hunt duró quince años, hasta que intentó abordar un navío de guerra inglés disfrazado como una indefensa nave mercante. Engañado, Hunt izó la bandera negra con la calavera y las tibias cruzadas y disparó un cañonazo por delante de la proa de los ingleses. Después, cuando se amuró para el abordaje, los ingleses levantaron las tapas de las troneras y comenzaron a descargar su artillería contra la nave pirata, que se llamaba *Scourge*. Tras una furiosa batalla, una compañía de infantes abordó el barco y acabó rápidamente con los tripulantes.

—¿Hunt salió con vida de la batalla?

—Desgraciadamente para él, sí.

—¿Los británicos le pagaron con la misma moneda y lo arrastraron detrás de su navío? —preguntó el joven.

—No —respondió Sandecker—. Hunt había matado a un hermano del capitán dos años antes, así que estaba dispuesto a vengarse. Ordenó que le amputaran los pies. Luego lo ataron de las muñecas y lo bajaron por la borda hasta que los muñones estuvieron a un palmo del agua. Solo fue una cuestión de tiempo que aparecieran los tiburones, atraídos por el olor de la sangre. Comenzaron a saltar fuera del agua con las mandíbulas abiertas hasta que solo quedaron las manos y los brazos de Hunt atados al cabo.

En el hermoso rostro de Summer apareció una expresión de asco.

—Me parece repugnante.

—Pues a mí me parece que recibió lo que se merecía.

—No acabo de entenderlo, almirante —dijo Giordino, que luchaba para no dormirse—. ¿Qué tiene que ver aquel pirata con lo nuestro?

Sandecker le dedicó una sonrisa retorcida.

—Como el Holandés Errante, Leigh Hunt y su tripulación de piratas sanguinarios todavía rondan por las aguas donde tenéis que trabajar.

—¿Quién lo dice?

—A lo largo de los últimos tres años, barcos mercantes, yates y pesqueros han informado de avistamientos. Algunos transmitieron que los estaba atacando un barco fantasma tripulado por espectros, antes de desaparecer con todas las personas a bordo.

—Está usted de broma —afirmó Pitt.

—De ninguna manera. —El tono del almirante no podía ser más sincero—. Puesto que tienes dudas, te enviaré los informes.

—Me ocuparé de llevar una buena carga de estacas de madera y balas de plata —manifestó Giordino.

—Un navío fantasma con una tripulación de esqueletos, que navega por un mar de lógamo marrón... —Pitt miró pensativamente a través de la ventana el río Potomac. Después se encogió de hombros, resignado—. Ésa es una visión que lo puede acompañar a uno hasta la tumba.

Pitt decidió llevarlos a todos al restaurante en el viejo Marmon. La noche era cálida, así que los tres hombres se sentaron en el asiento delantero abierto mientras que las mujeres ocupaban la cabina para proteger sus peinados del viento. Los hombres vestían americanas livianas y pantalones deportivos. Las mujeres habían optado por una variedad de vestidos veraniegos.

Giordino llevó a una amiga, Micky Levy, que trabajaba para una compañía minera con sede en Washington. Morena, de facciones agraciadas y grandes ojos castaños, llevaba un pimpollo de hibisco detrás de la oreja izquierda. Hablaba con voz suave, con un muy ligero acento israelí.

—¡Qué coche tan bonito! —comentó, después de que Giordino hiciera las presentaciones. Subió a la cabina y se sentó junto a Summer.

—Tendrás que tener paciencia con mi amigo —manifestó Giordino antes de cerrar la puerta—. Es incapaz de ir a ninguna parte sin pompa y ceremonia.

—Lo siento, hoy no hay trompetas ni redoble de tambores —replicó Pitt—. Les ha dado la noche libre a los músicos.

Con la ventanilla que separaba los asientos levantada para evitar la brisa, las mujeres mantuvieron una animada conversación mientras iban hacia el restaurante. Loren y Summer se enteraron de que Micky había nacido y crecido en Jerusalén y que se había licenciado en la *Colorado School of Mines*.

—Así que eres geóloga —dijo Summer.

—Soy geóloga estructural —puntualizó Micky—. Mi especialidad es hacer análisis para los ingenieros que preparan excavaciones. Investigo las filtraciones de agua y los canales subterráneos en lugares profundos y los acuíferos, para que puedan prevenir las inundaciones que podrían producirse mientras perforan los túneles.

—No parece un trabajo divertido —comentó Loren, sin el menor ánimo de crítica—. Asistí a un curso de geología para completar el programa de la licenciatura de economía social. Me pareció que sería interesante... Menudo error; la geología es tan aburrida como la contabilidad.

Micky se echó a reír.

—Afortunadamente, el trabajo de campo no tiene nada de banal.

—¿Papá dijo algo del restaurante donde vamos a cenar? —preguntó Summer.

—A mí no me ha dicho ni una palabra —contestó Loren.

Veinticinco minutos más tarde, Pitt cruzó la verja de entrada de *L'Auberge Chez Francois* en Great Falls, Virginia. La arquitectura alsaciana y la decoración interior creaban una atmósfera muy acogedora. Aparcó el coche y entraron por la puerta principal. En la recepción, uno de los miembros de la familia propietaria del restaurante buscó el nombre de Pitt en la lista de reservas y los acompañó a una mesa

para seis en un reservado.

Pitt vio a unos viejos amigos —Clyde Smith y su encantadora esposa, Paula— y se detuvo a saludarlos. Smith llevaba en la NUMA casi tanto tiempo como Pitt, pero en la sección financiera de la agencia. Cuando todos estuvieron sentados, se presentó el camarero y les informó de las especialidades del día. Pitt descartó los cócteles y pasó directamente al vino. Pidió un Sparr Pinot Noir, y como entrada un surtido de carnes de caza donde había ciervo, antílope, pechuga de faisán, conejo y codornices, con un acompañamiento de setas y nueces.

Mientras saboreaban el vino y la magnífica variedad de carnes, Loren les habló de los últimos rumores políticos. Todos la escuchaban como embobados, por tener la oportunidad de enterarse de los cotilleos de boca de un miembro del Congreso. Luego Dirk y Summer relataron el descubrimiento del antiguo templo y los objetos que contenía, y acabaron con la terrible experiencia que casi les había costado la vida en el banco de la Natividad. Pitt les dijo que había llamado a Julien Perlmutter para avisarle que sus hijos irían a hacerle una visita porque necesitaban de sus vastos conocimientos de la historia de la navegación y el mar.

Los segundos platos eran de lo mejor de la cocina francesa. Pitt pidió riñones y setas, con una salsa de jerez y mostaza. En el menú también había sesos de ternera y un exótico plato de lengua, pero a las mujeres no les apeteció. Giordino y Micky compartieron una corona de costillas de cordero mientras que Dirk y Summer probaron la *choucroute garnie*, consistente en col fermentada en salmuera, salchichas, faisán, gelatina de pato, pichón y *foie gras*, que era la especialidad de la casa. Loren se decidió por la *petite choucroute*, que llevaba col, trucha ahumada, salmón, rape y camarones.

Las tres parejas compartieron los postres seguidos por una copa de oporto. A continuación, votaron por unanimidad que al día siguiente se pondrían a dieta. Mientras se relajaban después de la opípara comida, Summer le preguntó a Micky a qué lugares del mundo la habían llevado sus expediciones geológicas. La joven les describió inmensas cavernas de Brasil y México y lo difícil que resultaba en ocasiones llegar hasta la parte más profunda.

—¿Alguna vez encontraste oro? —preguntó Summer, en son de broma.

—Sólo una vez. Descubrí un rastro en un río subterráneo que hay en el desierto de baja California y desemboca en el golfo.

En cuanto mencionó el río, Pitt, Giordino y Loren se echaron a reír. Micky se sorprendió mucho cuando le explicaron que Pitt y Giordino habían descubierto el río cuando habían rescatado a Loren de manos de unos saqueadores de yacimientos arqueológicos durante el proyecto «Oro de los Incas».

—El río Pitt —exclamó Micky, impresionada—. Tendría que haberme dado cuenta. —Continuó describiendo sus viajes alrededor del mundo—. Uno de los

proyectos más fascinantes fue investigar los niveles del agua en las cavernas de piedra caliza en Nicaragua.

—Tenía noticias de las cuevas de murciélagos en Nicaragua —dijo Summer—, pero no de que hubiera cavernas de piedra caliza.

—Las descubrieron hará cosa de unos diez años; son muy grandes. Algunas se extienden varios kilómetros. La compañía que me contrató estaba considerando el proyecto de construir un canal seco entre los océanos.

—¿Un canal seco a través de Nicaragua? —repitió Loren—. Esa sí que es nueva.

—En realidad, los ingenieros lo llaman «puente subterráneo».

—¿Un canal subterráneo? —dijo la congresista, con tono escéptico—. No me lo imagino.

—Los puertos y las zonas de libre comercio en el mar de las Antillas y el Pacífico, que están por construirse, estarían unidos por un ferrocarril de alta velocidad y levitación magnética que pasaría por los túneles excavados debajo de las montañas y el lago de Nicaragua, con trenes capaces de alcanzar una velocidad de quinientos sesenta kilómetros por hora.

—La idea no está mal —opinó Pitt—. Si se puede llevar a la práctica, reduciría los costes marítimos casi a la mitad.

—Estás hablando de una inversión descomunal —señaló Giordino.

—El presupuesto estimado era de siete mil millones de dólares —dijo Micky.

Loren seguía mostrándose escéptica.

—Encuentro extraño que el Departamento de Transporte no enviara ningún informe referente a un proyecto de tal envergadura.

—O que no lo mencionara la prensa —añadió Dirk.

—Eso es porque nunca se puso en marcha —explicó Micky—. Me dijeron que la empresa constructora había decidido abandonar el proyecto. Nunca descubrí el motivo. Me hicieron firmar un documento de confidencialidad que me prohibía hablar de mi trabajo o revelar cualquier información del proyecto, pero desde entonces han pasado cuatro años. A la vista de que aparentemente está muerto y enterrado, no me importa saltarme el compromiso y comentarlo con mis amigos en la sobremesa.

—Un relato fascinante —admitió Loren—. Me pregunto quién estaría dispuesto a financiar el proyecto.

—Según tengo entendido, una parte de la financiación la aportaba la República Popular China. —Micky bebió un sorbo de oporto—. Están invirtiendo mucho dinero en América Central. Si hubiesen seguido adelante con el proyecto de un sistema de transporte subterráneo, ahora tendrían un gran poder económico en Norte y Sudamérica.

Pitt y Loren intercambiaron una mirada llena de significado. Después Loren le

preguntó a Micky:

—¿Cómo se llama la empresa constructora que te contrató?

—Es una corporación multinacional llamada Odyssey.

—Sí —dijo Pitt en voz baja, al tiempo que apretaba la rodilla de Loren por debajo de la mesa—. Sí, creo que la he oído mencionar...

—Para que después hablen de coincidencias —comentó Loren—. Dirk y yo estuvimos hablando de Odyssey esta misma mañana.

—Un nombre curioso para una empresa constructora —señaló Summer.

Loren esbozó una sonrisa y parafraseó a Winston Churchill:

—«Un rompecabezas envuelto en un laberinto de negociaciones secretas dentro de un enigma». El fundador y presidente, que se llama a sí mismo Specter, es tan desconocido como la fórmula para viajar en el tiempo.

—¿Por qué crees que descartó el proyecto? —intervino Dirk con una expresión pensativa—. ¿Falta de dinero?

—Todo menos eso —respondió Loren—. Los periodistas económicos británicos calculan que su fortuna personal ronda los cincuenta mil millones de dólares.

—Uno no puede dejar de preguntarse por qué no siguió adelante con la construcción de los túneles, cuando había tanto en juego —murmuró Pitt.

Loren vaciló, pero Giordino le dio una réplica.

—¿Cómo sabes que tiró la toalla? ¿Cómo sabes que no está cavando en secreto debajo de Nicaragua, mientras nosotros disfrutamos del oporto?

—Eso es imposible —afirmó la congresista—. Las fotos tomadas por los satélites descubrirían los trabajos. No hay manera de esconder unas excavaciones de tanta magnitud.

Giordino observó su copa vacía.

—Sería el truco perfecto si consiguiera esconder los millones de toneladas de piedra y arcilla procedentes de las excavaciones.

—¿Podrías facilitarme un mapa de la zona donde estén marcados los dos extremos del túnel? —le preguntó Pitt a Micky.

—Has despertado mi curiosidad —respondió la muchacha, entusiasmada—. Si me das tu número de fax, te enviaré los planos.

—¿Qué estás pensando, papá? —preguntó Dirk.

—Al y yo navegaremos rumbo a las costas de Nicaragua dentro de unos días —contestó Pitt, con una sonrisa astuta—. Quizá podríamos darnos una vuelta por el lugar para echar una ojeada.

Dirk y Summer fueron a la residencia de Julien en Georgetown en el Meteor modelo 1952 sin capota de Dirk, un coche con la carrocería de fibra de vidrio hecha a medida en California, y equipado con un motor DeSoto FireDome V8 que había sido modificado para tener una potencia de doscientos setenta caballos en lugar de los ciento sesenta de fábrica. La carrocería estaba pintada con los colores de carrera norteamericanos, blanco con una raya azul en el medio del capó. En realidad, el coche nunca había tenido capota. Cuando llovía, Dirk sacaba un trozo de tela plástica de debajo del asiento, lo extendía sobre el habitáculo y sacaba la cabeza por un agujero en la tela.

Circuló por la calle arbolada con pavimento de ladrillos hasta que llegó a la entrada de una gran mansión, de tres pisos y ocho aguilonos. Entró en el camino de coches que rodeaba la casa y se detuvo delante de lo que habían sido las caballerizas. De grandes dimensiones, habían albergado en otros tiempos a diez caballos y cinco carruajes, con habitaciones para los mozos y cocheros en la planta superior. Julien Perlmutter lo había adquirido hacía cuarenta años y había reformado el interior para convertirlo en una magnífica biblioteca con kilómetros de estanterías ocupadas por libros y documentos antiguos y modernos, que abarcaban tres mil años de historia de la vida en el mar y todo lo relacionado con ella. Gastrónomo de primera, tenía una despensa refrigerada con manjares de todo el mundo y una bodega de cuatro mil botellas.

No había timbre, sino un gran aldabón en forma de ancla. Summer golpeó tres veces y esperó. Tres minutos más tarde se abrió la puerta y apareció un hombretón que pasaba del metro noventa de estatura y de los ciento ochenta kilos.

Perlmutter era un gigante, pero distaba de ser obeso: tenía la carne firme y unos músculos poderosos. Llevaba los cabellos grises desgredados y su barba se veía realizada por unos mostachos con las puntas curvadas hacia arriba. Excepto por su tamaño, los niños podían confundirlo con Papá Noel debido a su rostro redondo con las mejillas arreboladas, la nariz de pimiento y los ojos azules. Perlmutter vestía su habitual bata de seda roja y dorada; el cachorro Dachshund que corría alrededor de sus pies ladró alegremente a los visitantes.

—¡Summer! ¡Dirk! —exclamó.

Apretó a los jóvenes con sus enormes brazos y los levantó en el aire como un oso. Summer tuvo la sensación de que le partían las costillas y Dirk se quedó sin respiración. Para su gran tranquilidad, Perlmutter, que no era consciente de su fuerza, los dejó en el suelo y los invitó a pasar.

—Entrad, entrad. No sabéis la alegría que me produce veros. —Reprendió al cachorro—: ¡Fritz! Deja ya de ladrar o te pondré a dieta.

Summer se masajeó los costados doloridos tras el abrazo.

—Confío en que papá te avisara de nuestra visita.

—Sí, sí, me llamó —respondió Perlmutter alegremente—. ¡Qué placer! —Hizo una pausa y se le nublaron los ojos—. Cuando veo a Dirk, recuerdo a tu padre cuando tenía tu edad, incluso un poco más joven, cuando venía a verme y de paso consultar alguno de mis libros. Es como si no hubiese pasado el tiempo.

Dirk y Summer habían visitado a Perlmutter en varias ocasiones en compañía de su padre y siempre se asombraban de los enormes archivos que combaban los estantes, y los libros que se amontonaban en todos los pasillos y habitaciones de la antigua caballeriza, incluidos los baños. Había sido considerada la mayor colección de historia naval del mundo. Las bibliotecas y archivos de todo el país hacían cola, dispuestas a ofrecer el precio que fuera si Perlmutter tomaba algún día la decisión de vender su inmensa colección.

Otra cosa que asombraba a Summer era la fabulosa memoria del historiador. Cualquiera hubiese esperado que toda aquella ingente cantidad de información estuviera debidamente clasificada e informatizada, pero él repetía que era incapaz de pensar en abstracto para justificar su negativa a comprar un ordenador. Sorprendentemente, sabía dónde estaba cada nota, cada libro, cada documento, y se vanagloriaba de que podía encontrar cualquier volumen dentro de aquel laberinto en menos de sesenta segundos.

Perlmutter los llevó hasta el comedor revestido con madera de sándalo y que era la única habitación de la casa donde no había libros.

—Sentaos, sentaos —tronó, mientras les señalaba una mesa redonda hecha con el timón del famoso barco fantasma Mary Celeste, cuyos restos se hallaron en Haití—. He preparado un almuerzo ligero de langostinos con salsa de papaya. Lo acompañaremos con una botella de *chardonnay* Martin Ray.

Fritz se instaló junto a la silla de su amo, con la cola barriendo el suelo. Perlmutter le daba cada tanto un trocito de langostino, que el perro engullía sin masticar.

Dirk fue el primero en palmearse el estómago.

—Los langostinos estaban tan buenos que he comido como un cerdo —anunció.

—No has sido el único —murmuró Summer, llena a más no poder.

—Ahora que habéis comido, ¿qué puedo hacer por vosotros? —preguntó Perlmutter—. Vuestro padre me dijo que habíais encontrado unos objetos celtas.

Summer abrió el maletín que había llevado y sacó el informe que ella y Dirk habían escrito en el avión en el viaje a Washington y fotos de los viejos objetos.

—Aquí está prácticamente todo lo que encontramos. También incluye las conclusiones de Hiram Yaeger sobre el ánfora, el peine y el broche, además de copias de las fotos de los objetos y las habitaciones.

Perlmutter se sirvió otra copa de vino, se acomodó las gafas y comenzó a leer.

—Servíos más langostinos. Que no queden.

—No creo que ninguno de los dos pueda ingerir ni un solo bocado más —dijo Dirk.

Perlmutter se limpió los labios y la barba con la servilleta. De vez en cuando interrumpía la lectura para mirar el techo, sumido en sus reflexiones. Cuando acabó la lectura, dejó el informe sobre la mesa y miró fijamente a los Pitt.

—¿Os dais cuenta de lo que habéis hecho?

Summer se encogió de hombros, sin saber muy bien a qué venía la pregunta.

—Creemos que es un hallazgo arqueológico que podría tener cierta importancia.

—¡Cierta importancia! —repitió Perlmutter, con un ligero tono sarcástico—. Si lo que habéis descubierto es verdad, habéis echado a la basura un millar de teorías arqueológicas que nadie discutía.

—Vaya, por Dios —exclamó Summer. Miró a su hermano, que apenas si conseguía contener la risa—. ¿Tan malo es?

—Depende del punto de vista —contestó el historiador, entre sorbo y sorbo de vino. Si el informe era una revelación que sacudiría los cimientos de la arqueología, la verdad era que parecía tomárselo con mucha calma—. Se sabe muy poco de la cultura celta antes del siglo V antes de Cristo, pues no llevaron registros escritos hasta la Edad Media. Lo único que se concluye entre las brumas del tiempo es que los celtas, que eran originarios de la zona del mar Caspio, comenzaron a desplegarse por la Europa oriental alrededor de dos mil años antes de Cristo. Algunos historiadores sostienen la teoría de que los celtas y los hindúes comparten un antepasado común, dado que sus lenguas eran similares.

—¿Hasta dónde se expandieron? —preguntó Dirk.

—Llegaron al norte de Italia y Suiza, luego a Francia, Alemania, Gran Bretaña e Irlanda. Por el norte llegaron hasta Dinamarca en la región escandinava y por el sur hasta España y Grecia. Los arqueólogos han encontrado objetos celtas incluso en Marruecos, al otro lado del Mediterráneo. También se han descubierto tumbas con momias muy bien conservadas en el norte de la China, pertenecientes a un pueblo llamado urumchi. Desde luego eran celtas, dado que tenían la piel y las facciones celtas, los cabellos rubios y rojos, y vestían telas tejidas a cuadros o listas.

Dirk se echó hacia atrás y se balanceó en la silla.

—He leído algunas cosas de los urumchi. Sin embargo, no tenía idea de que los celtas habían migrado a Grecia. Siempre creí que los griegos eran nativos.

—Si bien algunos de ellos se originaron en la región, está aceptado que la mayoría llegaron al sur desde el centro de Europa. —Perlmutter acomodó su corpachón antes de continuar—. Los celtas llegaron a dominar una extensión tan grande como la del imperio romano. Desplazaron a los pueblos del neolítico, que

habían construido monumentos megalíticos como el de Stonehenge por toda Europa, y continuaron con las tradiciones místicas de los druidas. Por cierto que la palabra druida significa «el muy sabio».

—Es extraño que nos llegaran tan pocas cosas sobre ellos en el transcurso de los siglos —opinó Summer.

—A diferencia de los egipcios, los griegos y los romanos —prosiguió Perlmutter después de asentir al comentario de la muchacha—, nunca fundaron un imperio ni formaron una unidad nacional. Constituían una confederación de tribus un tanto aleatoria; a menudo luchaban entre ellas, pero se unían a la hora de enfrentarse con un enemigo común. Después de mil quinientos años los campamentos dieron paso a los fuertes en las colinas, contruidos con terraplenes y empalizadas de troncos, que evolucionaron hasta convertirse en ciudades. Son muchas las ciudades modernas que están edificadas sobre los restos de las viejas fortalezas celtas. Zurich, París, Munich y Copenhague son algunas de ellas, y la mitad de las ciudades a través de Europa se levantan sobre lo que en tiempos pasados fueron poblados celtas.

—Resulta difícil creer que un pueblo que no construía palacios ni ciudadelas pudiera convertirse en la cultura dominante de la Europa occidental.

—La sociedad celta era sobre todo pastoril. Su objetivo primario era la cría de ganado. Cultivaban la tierra pero las cosechas eran escasas; apenas si alcanzaban para el sostenimiento de una familia. No eran nómadas, pero la vida de las tribus era muy parecida a la de los indios americanos. A menudo atacaban a las otras aldeas para robarles las mujeres y el ganado.

No fue hasta el trescientos antes de Cristo cuando iniciaron la explotación agrícola a gran escala, para disponer de forraje para los animales durante el invierno. Aquéllos que vivían en la costa se convirtieron en comerciantes que vendían armas de bronce y estaño a los otros pueblos. La mayor parte del oro que utilizaban en la fabricación de exóticos adornos para los jefes y las clases superiores era importado.

—No deja de ser curioso que una cultura tan básica pudiera llegar a dominar tanto territorio.

—No puedes decir eso de los celtas —le reprochó el historiador a Dirk—. Fueron ellos quienes abrieron el camino a la edad del Bronce cuando fundieron el cobre con el estaño de las minas de Inglaterra. Más tarde también se les atribuyó el mérito de fundir el hierro, cosa que nos llevó a la edad del Hierro. Eran unos jinetes extraordinarios y llevaron a Europa el conocimiento de la rueda, construyeron carros de guerra y fueron los primeros en utilizar las carretas de cuatro ruedas y las herramientas de metal para arar y cosechar. Inventaron herramientas que todavía se utilizan en la actualidad, como los alicates y las tenazas. Fueron los primeros en herrar sus caballos con herraduras de bronce y en hacer flejes de hierro para las ruedas de los carros.

Los celtas enseñaron al mundo antiguo el uso del jabón. No había quien los superara en el uso de los metales, y como orfebres producían joyas y adornos de un diseño exquisito para los cascos, las espadas y las hachas. La cerámica celta también era soberbia, y fueron maestros en la fabricación del vidrio. Asimismo les enseñaron el arte del esmaltado a los griegos y romanos. Los celtas destacaron en la poesía y la música; tenían en mayor estima a los poetas que a los sacerdotes. Otra cosa interesante es que su práctica de comenzar el día a medianoche se ha transmitido hasta nosotros.

—¿Cuáles fueron las causas que motivaron su decadencia? —preguntó Summer.

—En primer lugar, las derrotas sufridas a manos de los invasores romanos. El mundo de los galos, el nombre que les daban los romanos, empezó a desmoronarse a medida que otros pueblos como los germanos, los godos y los sajones comenzaron su expansión a través de Europa. Hasta cierto punto, los celtas eran los peores enemigos de ellos mismos. Eran unas personas salvajes, indómitas, amantes de las aventuras y la libertad individual. Eran impetuosos y absolutamente indisciplinados, factores que aceleraron su decadencia. Cuando cayó el imperio romano, los celtas ya habían sido obligados a cruzar el mar del Norte y estaban instalados en Gran Bretaña e Irlanda, donde todavía hoy se nota su influencia.

—¿Qué aspecto tenían y cómo trataban a sus mujeres? —quiso saber Summer, con una sonrisita.

—Me preguntaba cuándo sacarías el tema. —Perlmutter exhaló un suspiro. Les sirvió lo que quedaba de vino—. Los celtas eran una raza fuerte, gente alta y de piel blanca. El color de sus cabellos iba desde el rubio al rojo y el castaño. Se los describía como unas gentes revoltosas, con voces muy sonoras y ásperas. Te encantará saber, Summer, que a las mujeres las tenían en un pedestal en la sociedad celta. Eran libres de casarse con quien quisieran y podían heredar propiedades. A diferencia de la mayoría de las culturas que les sucedieron, las mujeres podían reclamar una indemnización si se las molestaba. Eran altas y fornidas como los hombres, y luchaban junto a ellos en las batallas. —El historiador vaciló un momento y después sonrió antes de añadir—: Un ejército de hombres y mujeres celtas debió de ser todo un espectáculo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Summer, que cayó en la trampa con la mayor inocencia.

—Porque la mayoría de las veces combatían desnudos.

Summer era demasiado intrépida para llegar al extremo de ruborizarse, pero miró al suelo.

—Todo esto nos lleva de nuevo a los objetos celtas que encontramos en el banco de la Natividad —manifestó Dirk, con un tono grave—. Si no fueron transportados en un barco tres mil años más tarde, ¿de dónde vinieron?

—Efectivamente. ¿Y qué me dices de la habitación y las cámaras que encontramos excavadas en la roca? —añadió Summer.

—¿Estáis seguros de que estaban excavadas en la roca, y que no eran piedras colocadas unas encima de las otras? —replicó Perlmutter.

—Supongo que es posible —respondió Dirk, después de mirar a su hermana—. Puede que las incrustaciones cubrieran las grietas entre las piedras.

—No es típico de los celtas excavar la roca para construir habitaciones. Casi nunca levantaban edificaciones de piedra. Quizá se debió a que no había árboles útiles para la construcción cuando el banco de la Natividad estaba por encima de la superficie del mar. Las palmeras, con sus troncos curvos y madera fibrosa, no sirven para construir estructuras duraderas.

—En cualquier caso, ¿cómo pudieron navegar casi diez mil kilómetros a través del océano en el mil cien antes de Cristo?

—Una pregunta de difícil respuesta —admitió Perlmutter—. Aquéllos que vivían en la costa atlántica eran gente marinera, a menudo conocidos como «la gente de los remos». Se sabe que llegaron al Mediterráneo desde los puertos del mar del Norte. Sin embargo, no hay ninguna leyenda referente a que los celtas cruzaran el Atlántico, aparte del viaje de San Brandán, el monje irlandés, que en su travesía de siete años bien pudo llegar hasta la costa oriental americana y no son pocos quienes lo afirman.

—¿Cuándo realizó el viaje? —preguntó Dirk.

—Entre el quinientos treinta y el quinientos veinte antes de Cristo.

—Mil quinientos años más tarde de la fecha estimada para nuestro hallazgo —señaló Summer.

Dirk se inclinó hacia un costado para acariciar a Fritz, que se sentó en el acto y le lamió la mano.

—Al parecer, no acertamos mucho con nuestras preguntas.

—¿Cuál es el próximo paso que debemos dar a partir de aquí? —preguntó Summer.

—El primero de los enigmas que hay que resolver —les aconsejó Perlmutter— es descubrir si hace tres mil años el banco de la Natividad estuvo por encima del nivel de las aguas.

—Un geomorfologista, de los que estudian los orígenes y la edad de la superficie terrestre, podría ofrecernos algunas teorías —apuntó Summer.

Perlmutter contempló la maqueta del famoso submarino Hunley de la marina confederada.

—Podríais comenzar con Hiram Yaeger y su magia informática. Tiene archivado todo lo que hay sobre ciencias marinas. Si alguna vez se realizó un estudio geológico del banco de la Natividad, él lo tendrá guardado.

—¿Aunque lo hiciera un equipo de científicos alemanes o rusos?

—Puedes estar segura de que Yaeger tendrá una traducción.

—Nuestra próxima tarea en cuanto regresemos al cuartel general de la NUMA será ir a ver a Hiram y pedirle que busque en sus archivos.

—¿Cuál será el segundo paso? —preguntó Summer.

—Ir al despacho del almirante Sandecker —respondió Dirk sin titubeos—. Si queremos llegar al fondo de este asunto, debemos convencerlo de que nos facilite una tripulación, un barco y todo el equipo necesario para realizar una investigación a fondo de las habitaciones sumergidas y recuperar los objetos.

—¿Quieres que volvamos allí?

—¿Se te ocurre alguna otra manera?

—Creo que no —admitió Summer con voz pausada. Por alguna razón que no acababa de entender, sintió miedo—. Sin embargo, no sé si tendré el valor de mirar de nuevo al *Pisces*.

—Conozco a Sandecker —señaló Perlmutter—, y sé que para ahorrar los fondos de la NUMA combinará vuestra exploración con algún otro proyecto.

—Coincidirás conmigo en que parece lo más razonable —dijo Dirk antes de levantarse—. ¿Nos vamos? Creo que ya hemos abusado demasiado del tiempo de Julien.

Summer se despidió del historiador con un abrazo cauteloso.

—Gracias por el magnífico almuerzo.

—Siempre es un placer para un viejo solterón disfrutar de la compañía de una joven hermosa.

Dirk estrechó la mano de Perlmutter.

—Adiós, y muchas gracias.

—Dadle mis recuerdos a vuestro padre y decidle que me venga a visitar.

—Lo haremos.

Después de que se marcharon los jóvenes, Perlmutter permaneció sumido en sus pensamientos hasta que sonó el teléfono. Era Pitt.

—Dirk, tus hijos acaban de marcharse.

—¿Los has encaminado en la dirección correcta? —preguntó Pitt.

—Sólo pude responder en parte a su interés. No pude ofrecerles gran cosa. Casi no existen registros de los viajes marinos de los celtas.

—Tengo una pregunta para ti.

—Dime.

—¿Has oído mencionar en alguna ocasión a un pirata llamado Hunt?

—Sí, alcanzó cierta fama a finales del siglo XVII. ¿Por qué lo preguntas?

—Me han dicho que su espectro vaga por el mar de las Antillas y que lo conocen como el Bucanero Errante.

—He leído los informes —manifestó Perlmutter con un tono de resignación—.

Otra fábula del Holandés Errante. Claro que varios de los barcos y yates que comunicaron haber visto su navío desaparecieron sin dejar rastro.

—¿Hay motivos para preocuparse cuando se navega por las aguas nicaragüenses?

—Diría que sí. ¿A qué viene el interés?

—Pura curiosidad.

—¿Quieres lo que tengo sobre Hunt?

—Te estaré muy agradecido si lo envías por mensajero al hangar. Tengo que coger un avión a primera hora de mañana.

—Ahora mismo te lo preparo.

—Gracias, Julien.

—Ofreceré una pequeña fiesta dentro de dos semanas. ¿Podrás venir?

—Nunca me pierdo una de tus famosas fiestas.

Se despidieron. Perlmutter reunió los documentos que tenía sobre el pirata, llamó a la mensajería. Luego fue a su dormitorio, y se acercó a una estantería donde no cabía ni un libro más. Sin titubear, cogió uno y caminó con paso lento hasta su despacho, donde reclinó su corpachón en un sofá Recamier tapizado en cuero, que había sido hecho en Filadelfia en 1840. El cachorro saltó ágilmente sobre el sofá y se apoyó en el vientre de Perlmutter, para después mirarlo con sus grandes ojos castaños.

Abrió el libro titulado *Where Troy Once Stood*, de Imán Wilkens, y comenzó a leer. Al cabo de una hora, cerró el libro y miró a Fritz.

—¿Podrá ser? —le preguntó al perro—. ¿Podrá ser?

Sin poder resistirse más a la plácida somnolencia que le había provocado el *chardonnay* añejo, se quedó dormido.

Pitt y Giordino salieron para Nicaragua al día siguiente, en un reactor Citation de la NUMA. En el aeropuerto de Managua hicieron transbordo y subieron a un avión turbohélice CASA 212 de fabricación española, para el vuelo de setenta minutos sobre las montañas y a través de las marismas hasta una zona conocida como Costa Mosquito. Podrían haber llegado antes con el reactor, pero Sandecker había considerado conveniente que llegaran como vulgares turistas, para así confundirse con la multitud.

El sol poniente pintaba de oro los picos de las montañas antes de que los rayos se perdieran en las sombras de las laderas orientales. A Pitt le resultaba difícil imaginar un canal que atravesara un territorio lleno de dificultades, y sin embargo a través de la historia Nicaragua siempre había sido considerada como la mejor ruta para un canal interoceánico en lugar de Panamá. Disponía de un clima más saludable, el trazado previsto habría sido más fácil de excavar, y el canal habría estado cuatrocientos ochenta kilómetros más cerca de Estados Unidos; novecientos sesenta, si se contaba el trayecto de ida y vuelta.

Poco antes del inicio del siglo xx, como ha ocurrido con muchos otros proyectos de importancia histórica, los políticos habían salido de sus madrigueras para dar un veredicto equivocado. Panamá había contado con un poderoso grupo de presión que había hecho todo lo posible en favor de sus intereses y por enturbiar las relaciones entre Nicaragua y Estados Unidos. Durante un tiempo, ninguno de los bandos se situó por delante, si bien Teddy Roosevelt manejaba los hilos en la sombra para firmar un tratado lo más ventajoso posible para los norteamericanos.

Así estaban las cosas cuando la balanza se inclinó en favor de Nicaragua tras la erupción del Mont Pelée, un volcán en la isla caribeña de la Martinica, que mató a más de treinta mil personas. Por entonces, en el momento menos oportuno, los nicaragüenses emitieron una serie de sellos de correos donde presentaban a su país como la tierra de los volcanes. Uno de los sellos mostraba un volcán en erupción detrás de un muelle y un ferrocarril.

Allí acabó todo. El senado votó por Panamá como el lugar donde se construiría el canal.

Pitt comenzó a leer el informe sobre Costa Mosquito poco después del despegue. Las marismas de la costa caribeña de Nicaragua estaban aisladas de la zona occidental del país, que era la más poblada, por una cordillera y la selva tropical. Los habitantes y la región nunca habían formado parte del imperio español sino que habían estado dentro de la esfera de la influencia británica hasta 1905, cuando toda la costa quedó bajo la jurisdicción del gobierno nicaragüense.

Su punto de destino, Bluefields, era el principal puerto de Nicaragua en el mar de

las Antillas y rememoraba el nombre de Blewfeldt, el infame pirata holandés que tenía su refugio en la laguna costera cerca de la ciudad. Los pobladores de la zona eran mayoritariamente mosquitos, el grupo dominante cuyos diversos antepasados provenían de América central, Europa y África; también había criollos, descendientes de los esclavos de la era colonial, y mestizos, hijos de indias y españoles.

La actividad económica se basaba casi exclusivamente en la pesca; los barcos salían para capturar camarones, langostas y tortugas. Una factoría instalada en la ciudad procesaba el pescado para la exportación, y había todo tipo de servicios para atender las necesidades de las flotas pesqueras internacionales.

Cuando acabó de leer el informe, ya era de noche. El monótono rumor de las hélices se coló en su mente y lo llevó al país de la nostalgia. El rostro que veía cada mañana en el espejo ya no mostraba el cutis terso de veinticinco años antes. El tiempo, la vida aventurera y el rigor de los elementos se habían cobrado su precio.

Mientras miraba a través de la ventanilla con la vista perdida, su mente viajó allí donde había empezado todo, en un solitario trozo de playa en Kaena Point, en la isla Oahu del archipiélago de Hawai. Había estado tendido en la arena tomando el sol, entretenido en mirar el mar más allá de la rompiente, cuando había visto un cilindro amarillo que flotaba en el agua. Había nadado por las traicioneras corrientes para recogerlo y había regresado a la playa. En el interior había un mensaje del capitán de un submarino nuclear desaparecido. A partir de aquel momento, su vida había dado un vuelco. Había encontrado a la mujer que había sido el amor de su vida desde el instante en que la vio. Había llevado su visión guardada en la memoria, convencido de que estaba muerta, sin descubrir nunca que había sobrevivido, hasta el momento en que Dirk y Summer habían llamado a su puerta.

Su cuerpo había resistido bien el paso del tiempo; quizá los músculos ya no eran tan fuertes como antes, pero las articulaciones aún no presentaban las molestias y los dolores que aparecen con la edad. Continuaba teniendo el cabello negro y abundante, y sólo habían aparecido unas pocas canas en las sienes. Sus ojos, de un color verde opalino, continuaban brillando con intensidad. Los recuerdos de sus hazañas — algunas agradables, otras terribles— y unas cuantas cicatrices todavía no se habían borrado con el paso de los años.

Revivió las muchas veces en que había dejado a la Parca con un palmo de narices. El terrible viaje por el río subterráneo en busca del oro de los incas, el combate en el Sáhara frente a fuerzas muy superiores en un viejo fuerte de la Legión Extranjera francesa, la batalla en la Antártida contra la gigantesca moto de nieve y el reflotamiento del Titanic. El contento y la gratificación personal que acompañaban a dos décadas de triunfos le hacían creer que su vida había valido la pena.

Lo que ya no tenía era el viejo impulso, el ansia de desafiar lo desconocido. Ahora tenía una familia, y por ello responsabilidades. Los días de aventuras estaban

llegando a su fin. Se volvió para mirar a Giordino, que era capaz de dormir con toda tranquilidad en las condiciones más adversas, como si estuviese en el colchón de plumas de su apartamento en Washington. Las hazañas que habían protagonizado juntos eran casi legendarias, y aunque en sus vidas personales no estaban muy unidos, en cuanto se enfrentaban a lo que parecía ser la más terrible adversidad se acoplaban como si fueran un solo ente, y cada uno aprovechaba las virtudes físicas y mentales del otro hasta que ganaban o perdían, esto último algo que no era frecuente.

Sonrió para sus adentros al recordar lo que un reportero había escrito de él, en unas de las pocas ocasiones en que sus hazañas habían tenido una repercusión pública: «Hay algo de Dirk Pitt en todos los hombres cuyas almas anhelan la aventura, y como él es Dirk Pitt, la anhela más que todos los demás».

El ruido producido cuando el CASA bajó el tren de aterrizaje sacó a Pitt de su ensimismamiento. Cuando se inclinó para mirar por la ventanilla, las luces de aterrizaje se reflejaban en el agua de los ríos y las lagunas que rodeaban el aeropuerto de la ciudad.

Llovía cuando el avión se posó en la pista y carreteó hacia la terminal. Un viento fresco de diez kilómetros por hora empujaba la lluvia en ángulo oblicuo, y el aire tenía un olor fresco. Pitt bajó la escalerilla detrás de Giordino y se sorprendió al comprobar que la temperatura apenas superaba los veinte grados; había creído que rondaría los treinta.

Cruzaron la pista a paso ligero y entraron en la terminal. Tuvieron que esperar veinte minutos a que aparecieran sus maletas. Sandecker sólo les había dicho que habría un coche esperándolos a la salida. Pitt cargó con las dos maletas y Giordino se echó al hombro la pesada bolsa con los equipos de buceo. Caminaron cincuenta metros por un sendero pavimentado hasta la carretera. Vieron una fila de diez taxis y cinco coches que esperaban a los viajeros. No hicieron caso de los taxistas, y permanecieron atentos hasta que el último coche de la fila, un destartado Ford Escort, hizo una ráfaga con los faros. Pitt se acercó a la ventanilla del pasajero, se inclinó y preguntó:

—¿Está esperando a...?

Eso fue todo lo que pudo decir antes de que la sorpresa lo obligara a callar. Rudi Gunn se apeó por el lado del conductor y rodeó el coche para estrecharle la mano. Sonrió.

—No podemos seguir viéndonos de esta manera.

—El almirante en ningún momento mencionó que participarías del proyecto —replicó Pitt, desconcertado.

—Harto de estar atado a una mesa, convencí a Sandecker para que me dejara participar. Salí para Nicaragua poco después de la reunión. Supongo que no se molestó en avisarte.

—Seguramente se le pasó por alto —señaló Pitt, con tono cínico. Apoyó un brazo sobre los hombros de su amigo—. Hemos pasado juntos algunos momentos inolvidables, Rudi. Siempre es un placer trabajar a tu lado.

—¿Como aquella vez en Mali, cuando me arrojaste de la lancha al río Níger?

—Si no recuerdo mal, aquello fue una necesidad.

Pitt y Giordino tenían en gran estima al director delegado de la NUMA. Podía parecer y comportarse como un académico, pero Gunn no tenía reparos en arremangarse y hacer lo que hiciera falta para concluir con éxito un proyecto de la Agencia. Sus compañeros lo admiraban sobre todo porque, por muchas diabluras que hicieran, nunca se chivaba con el almirante.

Metieron el equipaje en el maletero y se acomodaron en el viejo Escort. Gunn se apartó de la fila de coches aparcados delante de la terminal y tomó la carretera que llevaba a los muelles. Condujo a lo largo de la gran bahía de Bluefields con sus extensas playas. El delta del río Escondido se dividía en varios canales alrededor de la ciudad para desaguar en el estrecho de Bluffs. Las embarcaciones pesqueras llenaban la laguna, las calas y la rada.

—Pareciera como si toda la flota pesquera hubiese decidido pasar la noche en la ciudad —comentó Pitt.

—Debido al légamo marrón, la actividad pesquera ha sufrido un paro —respondió Gunn—. El camarón y la langosta prácticamente han desaparecido y los peces han emigrado a aguas más seguras. Las flotas pesqueras internacionales, como los barcos de Texas, faenan ahora en otros caladeros.

—La economía local ha de estar en la ruina —opinó Giordino, cómodamente instalado en el asiento trasero.

—Es un desastre. Todos los que viven en esta zona dependen del mar para ganarse el sustento. Si no hay pesca, no hay dinero. Para colmo, eso es sólo una parte del problema. Con la regularidad de un reloj, Bluefields y todo el resto de la costa se ven azotados por un huracán de los grandes. El huracán Joan destruyó el puerto en 1988, y todo lo que habían reconstruido lo ha arrasado el Lizzie.

Pero si no consiguen eliminar, o por lo menos neutralizar los efectos del légamo marrón, hay mucha gente que morirá de hambre. Las cosas ya estaban bastante mal antes de la tormenta; la tasa de desempleo rondaba el sesenta por ciento. Ahora está casi en el noventa. Después de Haití, la costa oriental de Nicaragua es la región más pobre del hemisferio occidental. Antes de que me olvide, ¿habéis cenado?

—Estamos bien —respondió Giordino—. Tomamos una comida ligera en el aeropuerto de Managua.

—Te olvidas de las dos copas de tequila —apuntó Pitt con una sonrisa.

—No las olvido.

El Escort circuló por las calles de la primitiva ciudad, llenas de baches tan

profundos que casi afloraba el agua. La arquitectura de los edificios, que eran poco más que ruinas, era una mezcla de estilos inglés y francés. En otros tiempos habían estado pintados con colores brillantes, pero ninguno había recibido una mano de pintura por décadas.

—No bromeabas cuando dijiste que la economía era un desastre —afirmó Pitt.

—Gran parte de la pobreza se debe a la absoluta carencia de infraestructura, y los gobernantes locales no están por la labor —manifestó Gunn—. Las adolescentes se prostituyen cuando sólo tienen catorce años y los chicos venden cocaína. Nadie puede permitirse pagar la electricidad, así que conectan cables a las farolas para disponer de luz en sus chabolas. No hay cloacas, y sin embargo la gobernadora se ha gastado todo el presupuesto de un año en la construcción de un palacio porque considera que es importante recibir con todos los honores a los dignatarios visitantes. Aquí el comercio de la droga es la actividad principal, pero ninguno de los lugareños se beneficia del contrabando que se realiza en alta mar o en sitios aislados.

Gunn entró en la zona comercial portuaria de El Bluff, situada en la entrada de la laguna y al otro lado de Bluefields. El hedor en la bahía era tremendo. El aceite de los barcos y toda clase de residuos se mezclaban con el agua infecta. Pasaron por delante de barcos en tal estado que parecía que en cualquier momento se hundirían a trozos. La mayoría de los tinglados donde almacenaban las cargas carecía de techo.

Pitt se fijó en un barco portacontenedores del que estaban descargando grandes cajas, con un rótulo que decía MAQUINARIA AGRÍCOLA. Los grandes camiones en impecable estado que recibían la carga parecían fuera de lugar en un entorno absolutamente mísero. El nombre del barco, que apenas se veía por el resplandor de los focos, era *Dong He*. En el centro del casco aparecía la palabra COSCO. Eran las siglas correspondientes a *China Ocean Shipping Company*. Se preguntó cuál sería el contenido de las cajas.

—¿Éstas son las instalaciones portuarias? —preguntó Giordino, incrédulo.

—Es todo lo que queda, tras el paso de Lizzie —respondió Gunn.

Cuatrocientos metros más adelante, el Escort entró en un viejo muelle de madera donde estaban amarrados varios barcos pesqueros, aparentemente abandonados. Gunn aparcó el coche delante del único que tenía encendidas las luces de cubierta. Alumbrada de amarillo, la pintura negra se veía desteñida. Había chorretes de óxido por todas partes, y las redes y enseres de pesca estaban desparramados por la cubierta. Ofrecía a la mirada de cualquier curioso un aspecto exclusivamente utilitario, otro pesquero con las mismas características de todos los demás que estaban amarrados a uno y otro lado. Mientras Pitt miraba el barco de proa a popa, donde la bandera nicaragüense azul y blanca colgaba como un trapo, metió la mano debajo de la camisa y se aseguró de que el pequeño paquete de seda plegada seguía allí.

Se volvió ligeramente y miró de reojo durante unos segundos hacia una camioneta aparcada en las sombras de un depósito cercano. No estaba vacía. Vio una silueta oscura sentada al volante y el resplandor rojo de un cigarrillo detrás del parabrisas batido por la lluvia. Después miró de nuevo la embarcación.

—Así que éste es el *Poco Bonito*.

—No parece gran cosa, ¿verdad? —dijo Gunn, mientras abría el maletero y ayudaba a sacar el equipaje—. Sin embargo, está equipado con dos motores diesel de mil caballos y lleva un instrumental científico por tener el cual la mayoría de los laboratorios estarían dispuestos a matar.

—Aquí hay algo que no encaja —señaló Pitt.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gunn.

—Éste debe ser el único barco de la flota de la NUMA que no está pintado color turquesa.

—Conozco la clase Neptuno. Son los barcos de exploración científica más pequeños de la NUMA —manifestó Giordino—. Están contruidos como un furgón blindado y tienen una estabilidad notable cuando hay mala mar. —Hizo una pausa para mirar a los otros pesqueros amarrados al muelle—. Buen trabajo de camuflaje. Excepto por la timonera, que es más grande de lo habitual y es algo que no se puede disimular, encaja perfectamente con todos los demás.

—¿Cuándo lo construyeron? —preguntó Pitt.

—Hace seis meses —le informó Gunn.

—¿Cómo se las han apañado nuestros ingenieros para conseguir que parezca tan usado?

—Efectos especiales. —Gunn se echó a reír—. La pintura desconchada y el óxido son unos productos con una fórmula especial que da ese aspecto.

Pitt saltó ágilmente a la nave y cogió las maletas y el macuto que le alcanzó Giordino. El ruido de las pisadas y las voces en cubierta alertaron a un hombre y una mujer, que salieron por la escotilla trasera de la cabina. El hombre, de cincuenta y tantos años, con una barba gris muy cuidada y las cejas muy gruesas, entró en el círculo de luz. Llevaba la cabeza afeitada y el sudor le brillaba en la calva. No era mucho más alto que Giordino y se encorbaba un poco.

La mujer medía casi un metro ochenta y tenía la figura anoréxica de las modelos. Su resplandeciente cabellera rubia le rozaba los hombros. Tenía la tez bronceada y los pómulos altos, y cuando sonrió al saludarlos dejó a la vista unos dientes perfectos. Como la mayoría de las mujeres que trabajan al aire libre, llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y poco maquillaje, dos cosas que no disminuían su atractivo, al menos en la opinión de Pitt. Observó que sí seguía fiel a algunas características del arreglo femenino: llevaba pintadas las uñas de los pies.

Ambos vestían las típicas camisas de algodón a rayas de los nativos y pantalones

cortos de loneta. El hombre calzaba unas zapatillas rotas, mientras que la mujer usaba unas sandalias de tiras anchas.

Gunn se encargó de las presentaciones.

—La doctora Renée Ford, nuestra experta ictícola residente, y el doctor Patrick Dodge, geoquímico marino. Creo que ya conocen a Dirk Pitt, director de proyectos especiales, y Al Giordino, ingeniero naval.

—Nunca hemos trabajado juntos en un mismo proyecto —manifestó Renée con una voz ronca que estaba pocos decibelios por encima del susurro—. Pero hemos estado sentados juntos en conferencias en varias ocasiones.

—Yo también —dijo Dodge, mientras le estrechaba la mano.

Pitt se sintió tentado de preguntar si Ford y Dodge compartían el mismo garaje, pero prefirió ahorrarse el mal chiste.

—Es un placer volver a verlos.

—Espero que podamos disfrutar de una feliz travesía —comentó Giordino con su mejor sonrisa.

—¿Qué nos lo podría impedir? —replicó Renée dulcemente.

Giordino no le respondió. Fue una de aquellas contadas ocasiones en que no supo qué decir.

Pitt permaneció en cubierta durante unos minutos. Sólo se escuchaba el chapoteo del agua contra los pilares del muelle. No se veía un alma. El muelle parecía desierto. Casi lo estaba, pero no del todo.

Fue a su camarote de popa, sacó una pequeña caja negra de la maleta y subió de nuevo la escalerilla, pero esta vez salió a cubierta por el lado opuesto al muelle. Se ocultó detrás de la timonera, abrió la caja y sacó lo que parecía una videocámara; al encender el transformador se escuchó un débil y agudo sonido. Después se echó una manta sobre la cabeza y se asomó poco a poco hasta que sus ojos quedaron por encima de un rollo de soga en el techo de la timonera. Miró a través del visor monocular de visión nocturna. El aparato ajustó automáticamente la amplificación, el brillo y el haz de infrarrojos. Luego miró a lo largo del muelle. La imagen que veía tenía un tono verdoso.

La camioneta Chevrolet que había visto cuando se disponía a subir a bordo del *Poco Bonito* continuaba aparcada en la oscuridad. El equipo aumentaba veinte mil veces la luz de las estrellas y de las dos farolas situadas a casi cien metros en un extremo del muelle, y eso le permitió ver al conductor de la camioneta como si estuviese en una habitación con todas las luces encendidas. Descubrió que se trataba de una mujer. Por la manera en que la observadora movía sus gafas de visión nocturna para ver a través de los ojos de buey del casco, comprendió que no sabía que la habían descubierto. Incluso vio que tenía los cabellos mojados.

Pitt bajó un poco el visor hasta enfocararlo en la puerta de la camioneta. Era obvio

que la espía no era una profesional, pensó. Tampoco era precavida. Probablemente era una trabajadora de la construcción que hacía de espía para ganarse un sobresueldo, dado que el nombre de la empresa aparecía pintado en la carrocería con letras doradas: ODYSSEY. El nombre no llevaba ningún acompañamiento. Nada de Ltd., Corp. o Co.

Debajo del nombre había un logo: la estilizada imagen de un caballo a todo galope. A Pitt le resultó conocido, aunque no conseguía recordar dónde lo había visto antes.

¿Por qué se interesaba Odyssey por una expedición científica de la NUMA? ¿Cómo podían considerar una amenaza a un grupo de científicos oceánicos? No le encontró ningún sentido a que una gigantesca organización enviase a alguien a espiarlos cuando aparentemente no tenía nada que ganar.

No pudo contenerse y se levantó para ir hasta la borda que daba al muelle. Agitó una mano en el aire para llamar la atención de la mujer en la camioneta, que de inmediato lo miró a través de las gafas de visión nocturna. Pitt se llevó la suya al ojo y le devolvió la mirada. Quedó fehacientemente demostrado que no era una profesional cuando se llevó tal susto que dejó caer las gafas sobre el asiento, puso en marcha el motor y salió disparada por el muelle con un fuerte chirrido de las ruedas traseras.

Renée levantó la cabeza, sorprendida por el estruendo, y lo mismo hicieron Giordino y Dodge.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Renée.

—Alguien que tenía prisa —respondió Pitt con tono risueño.

Renée se encargó de soltar las amarras mientras los hombres miraban la maniobra. Gunn se puso al timón. Encendió los motores, y la cubierta vibró con la potencia de los diesel. Luego el *Poco Bonito* se apartó del muelle y avanzó por el canal del estrecho de los Bluffs, que era la salida al mar. El rumbo, programado en el navegador, orientó la proa hacia el nordeste. Pero Gunn —como la mayoría de los pilotos de las líneas aéreas, que prefieren despegar y aterrizar manualmente en lugar de permitir que lo haga el ordenador— se hizo con el timón y guió la embarcación hacia el mar.

Pitt bajó a su camarote, guardó el visor nocturno en la maleta y cogió su móvil Globalstar. Después regresó a cubierta y se sentó cómodamente en una tumbona un tanto destartada. Se volvió con una sonrisa cuando Renée sacó una mano con una taza por el ojo de buey de la cocina.

—¿Quieres un café? —preguntó.

—Eres un ángel —contestó Pitt—. Muchas gracias.

Bebió un sorbo y después marcó un número en el móvil. Sandecker atendió al cuarto timbrado.

—Sandecker —dijo el almirante, con un tono enérgico.

—¿No se le olvidó decirme alguna cosa, almirante?

—No sé a qué te refieres.

—A Odyssey.

Hubo un silencio.

—¿Por qué lo preguntas?

—Uno de sus empleados nos estuvo espionando cuando subimos al barco. Me interesaría saber por qué.

—Será mejor que te enteres más tarde —respondió Sandecker crípticamente.

—¿Tiene algo que ver con los trabajos que está realizando Odyssey en Nicaragua? —replicó Pitt, fingiendo la mayor inocencia.

De nuevo se produjo una larga pausa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pura curiosidad.

—¿Dónde obtuviste la información?

Pitt no lo pudo resistir.

—Será mejor que se entere más tarde —dijo, y cortó la comunicación.

Gunn llevó al *Poco Bonito* por el canal entre los acantilados del estrecho. No había ni una sola embarcación a la vista mientras mantenía la proa en el centro mismo del canal. Las luces de las boyas que marcaban la entrada al puerto se balanceaban a lo lejos con el movimiento de las olas. Una era de color verde, y la opuesta de color rojo.

Mientras Pitt disfrutaba de la noche tropical sentado en la tumbona y entretenido en contemplar cómo el resplandor de las luces de Bluefields se perdía a popa, el recuerdo de la espía en el muelle permaneció en su mente y se extendió como las raíces de una planta.

Había un pensamiento indefinido que parecía distante y desenfocado. No le preocupaba que los hubiesen observado mientras soltaban las amarras; aquella parte de la intriga parecía carecer de importancia: la presencia de una camioneta con el logo de Odyssey pintado en la puerta no merecía más de dos puntos en su escala de alerta. Era la prisa de la conductora cuando huyó del muelle lo que le preocupaba. No tenía el menor sentido que hubiese salido pitando. ¿Había sido porque la tripulación de la NUMA la había descubierto? Pero ¿qué más le daba? No habían hecho el menor intento de acercarse a la camioneta. La respuesta tenía que estar en otra parte.

Entonces, todo encajó cuando recordó los cabellos mojados de la mujer.

Gunn tenía la mano derecha posada sobre la palanca de los aceleradores, dispuesto a moverlos hacia delante y lanzar la embarcación a toda velocidad a través del suave oleaje que llegaba del mar de las Antillas. Con un movimiento súbito, Pitt se sentó en la tumbona y gritó:

—¡Rudi, apaga los motores!

Gunn se volvió a medias al escuchar el grito.

—¿Qué has dicho?

—¡Apaga los motores! ¡Detén la embarcación ahora mismo!

La voz de Pitt era tan afilada como un sable de esgrima, y Gunn se apresuró a obedecer la orden, poniendo los aceleradores en punto muerto. Luego Pitt le gritó a Giordino, que se encontraba en la cocina con Ford y Dodge, tomando café y un trozo de tarta:

—¡Al, trae mi equipo de buceo!

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó Gunn, al tiempo que salía de la timonera.

Renée y Dodge también aparecieron en la cubierta, desconcertados por los gritos de Pitt.

—No estoy muy seguro, pero sospecho que podemos tener una bomba a bordo.

—¿Cómo has llegado a semejante conclusión? —lo interrogó Dodge con una

expresión escéptica.

—El conductor de la camioneta no veía la hora de largarse. ¿A qué venía tanta prisa? Tiene que haber una razón.

—Si estás en lo cierto —dijo Dodge—, será mejor que comencemos a buscarla.

—Soy de la misma opinión —afirmó Pitt, sin vacilar—. Rudi: tú, Renée y Patrick buscad hasta en el último rincón de los camarotes. Al, encárgate de la sala de máquinas. Yo me sumergiré, porque quizá esté colocada debajo del casco.

—Manos a la obra —exclamó Al—. Los explosivos pueden estar conectados a un temporizador para que detonen en cuanto salgamos del puerto y entremos en aguas profundas.

—No lo creo. —Pitt sacudió la cabeza—. Existía la posibilidad de que nos hubiésemos quedado en el muelle hasta el amanecer. Es imposible que alguien pudiera saber el momento en que decidiríamos zarpar y salir a mar abierto. Creo que cuando pasemos la bocana, un transmisor colocado en alguna de las boyas del canal activará el receptor conectado a los explosivos.

—Creo que tienes el cerebro un tanto pasado de vueltas —comentó Renée con tono de duda—. Por mucho que lo intente, soy incapaz de imaginar que haya motivo para matarnos a todos y hundir la embarcación.

—Alguien tiene miedo de lo que podamos encontrar —respondió Pitt—. Hasta que se demuestre lo contrario, los tipos de Odyssey son nuestros principales sospechosos. Su servicio de inteligencia debe de ser muy bueno si han conseguido descubrir la maniobra del almirante para meternos a nosotros cinco y al barco en Bluefields.

Giordino salió a cubierta con el equipo de buceo de Pitt. No necesitaba explicaciones para aceptar la teoría de su compañero. Gracias a los muchos años que llevaban juntos desde la escuela primaria, sabía que Pitt muy pocas veces malinterpretaba las situaciones. La mutua confianza en la visión del otro era más que un simple vínculo; en numerosas ocasiones sus mentes habían actuado como una sola.

—Es mejor que actuemos rápidamente —insistió Pitt—. Cuanto más nos demoremos, antes sabrán nuestros amigos que les hemos descubierto las intenciones. Están esperando ver la exhibición de fuegos de artificio en los próximos diez minutos.

Todos comprendieron el mensaje. No necesitaban de más estímulos. Coordinaron rápidamente sus esfuerzos y cada uno escogió una sección del barco mientras Pitt se quitaba la camisa y se sujetaba las botellas de aire a la espalda. Luego se colocó la máscara. No se preocupó por vestirse con el traje de buceo, ni tenía tiempo para eso. Tampoco necesitaba el cinto de lastre, dado que no tenía que compensar la flotabilidad del traje. Sujetó la boquilla del respirador con los dientes, se ató una

pequeña bolsa de herramientas en la pierna izquierda y, tras coger una linterna con la mano derecha, saltó al agua desde la popa.

El agua estaba más caliente que el aire. La visibilidad era casi perfecta. Alumbró con la linterna hacia abajo y vio el fondo llano y arenoso a una profundidad de veinticinco metros. Pitt se sintió muy cómodo en el agua casi tibia. El casco debajo de la línea de flotación estaba limpio de incrustaciones y algas, dado que lo habían limpiado en el astillero antes de que Sandecker ordenara que llevaran al *Poco Bonito* al sur.

Avanzó desde el timón y las hélices hacia proa, al tiempo que alumbraba el casco con un movimiento de vaivén, yendo de babor a estribor. Siempre existía el peligro de que algún tiburón curioso se acercara a la luz; pero en los muchos años de buceo Pitt se había encontrado pocas veces con los asesinos de las profundidades.

Se concentró en cambio en el objeto que acababa de alumbrar, que sobresalía como un tumor en medio del casco. Confirmadas sus sospechas, movió las aletas para acercarse lentamente a lo que sabía sin el menor asomo de duda que se trataba de un artefacto explosivo.

No era una chapuza. Un recipiente ovalado de casi un metro de largo y unos veinte centímetros de ancho estaba sujeto al casco de aluminio allí donde se unía con la quilla. La persona que había colocado la bomba la había sujetado con una cinta adhesiva impermeable y lo bastante fuerte como para no despegarse por efecto de la fricción contra el agua mientras el barco navegaba por el canal.

No tenía manera de saber el tipo de explosivo que habían utilizado, pero a él le pareció que era el clásico caso de exageración. Habría explosivos más que suficientes para reducir el *Poco Bonito* a astillas y no dejar el mínimo fragmento de su tripulación. No era un pensamiento muy agradable.

Sujetó la linterna debajo del brazo y apoyó las dos manos con mucha suavidad en el recipiente. Inspiró a fondo e intentó arrancar la bomba del casco. No lo consiguió. Aumentó la fuerza, pero fue en vano. Sin una base firme que le sirviera de apoyo, no podía ejercer la fuerza suficiente para despegar la cinta adhesiva. Se apartó un poco, metió la mano en la bolsa de herramientas que llevaba atada en la pierna y sacó un pequeño cuchillo de pescador con la hoja curva.

Echó una ojeada a la esfera naranja de su viejo reloj de buceo Doxa: llevaba sumergido cuatro minutos. Tenía que apurarse antes de que la agente de Specter en la costa se diera cuenta de que algo no iba de acuerdo con el plan. Deslizó cautelosamente hasta donde se atrevió la hoja del cuchillo entre el recipiente y el casco. Luego, como si estuviese aserrando un leño, comenzó a cortar la cinta adhesiva. La persona que había colocado la bomba había utilizado suficiente cantidad como para atar a una ballena. A pesar de que había cortado la cinta en cuatro puntos, el recipiente continuaba pegado al casco.

Pitt guardó el cuchillo en la bolsa, sujetó los extremos del recipiente y a continuación ejecutó una voltereta para quedar con los pies apoyados en el casco. Rogó para sus adentros que solo una señal eléctrica la hiciera estallar. El recipiente se desprendió cuando menos lo esperaba y Pitt se vio lanzado hacia el fondo. Consiguió frenar cuando ya había bajado casi dos metros. Fue entonces, mientras sujetaba la bomba, cuando fue consciente de que respiraba agitadamente y se le habían disparado los latidos del corazón.

Sin esperar a que se normalizaran los latidos y la respiración, nadó a lo largo de la quilla y salió a la superficie junto al timón en la popa. No había nadie a la vista; todos estaban muy ocupados en la búsqueda en el interior de la embarcación. Escupió la boquilla.

—¡Que alguien venga a echarme una mano! —gritó.

No se sorprendió cuando Giordino fue el primero en responder. El pequeño italiano salió por la escotilla de la sala de máquinas y se asomó por la borda.

—¿Qué has encontrado?

—Explosivos más que suficientes para desintegrar un acorazado.

—¿Quieres que suba la bomba a bordo?

—No —jadeó Pitt, cuando una ola pasó por encima de su cabeza—. Ata un cabo bien largo a una de las balsas salvavidas y arrójala por la popa.

Giordino no hizo más preguntas mientras subía por la escalerilla hasta el techo de la timonera. Comenzó a forcejear febrilmente para arrastrar una de las dos balsas montadas en los soportes, donde estaban sin atar para que pudieran flotar libremente en el caso de que la embarcación se fuera a pique. Renée y Dodge aparecieron en cubierta justo a tiempo para sujetar la balsa mientras Giordino la deslizaba por el techo de la timonera.

—¿Qué está pasando? —preguntó Renée.

Giordino le señaló con un gesto la cabeza de Pitt, que asomaba en el agua a popa.

—Dirk encontró un artefacto sujeto al casco.

Renée miró por encima de la borda la bomba iluminada por la linterna de Pitt.

—¿Por qué no la deja caer al fondo? —murmuró, con un tono donde se reflejaba el miedo.

—Porque tiene un plan —le explicó Giordino pacientemente—. Ahora echadme una mano para lanzar la balsa al agua.

Dodge no hizo ningún comentario mientras entre los tres levantaban la pesada balsa por encima de la borda y la lanzaban al agua con un chapoteo que cubrió la cabeza de Pitt. Moviéndose enérgicamente las aletas para elevarse hasta que el agua le quedó a la altura del pecho, levantó el pesado recipiente por encima de la cabeza y lo depositó cuidadosamente en el fondo de la balsa, consciente de que estaba abusando de su suerte. El único consuelo era que nunca se hubiera dado cuenta de que había

sido enviado al más allá hasta después de que se hubiera acabado todo.

En cuanto el recipiente quedó depositado en el interior de la balsa, exhaló un largo suspiro.

Giordino bajó la escalerilla y ayudó a Pitt a subir a bordo. Mientras lo ayudaba a quitarse las botellas de aire, éste le dijo:

—Vacía unos cuantos litros de combustible en la balsa y después suelta todo el cabo.

—¿Quieres que remolquemos una balsa llena de explosivos rociados con gasolina? —preguntó Dodge, que no las tenía todas consigo.

—Ésa es la idea.

—¿Qué pasará cuando pase por delante de la boya con el transmisor?

Pitt miró a Dodge y lo obsequió con una sonrisa retorcida.

—Entonces explotará.

Cuando se llega a puerto desde el mar, las boyas a babor que señalan el canal de entrada suelen estar pintadas de verde con una luz del mismo color, y tienen un número impar. Las boyas de estribor directamente opuestas están pintadas de rojo, con una luz roja y un número par. Al salir del puerto de Bluefields, el *Poco Bonito* tenía las boyas rojas a babor y las verdes a estribor.

Salvo Giordino, que llevaba el timón, todos los demás estaban acurrucados a popa y miraban expectantes por encima de la borda mientras la proa del *Poco Bonito* llegaba a la altura de las boyas que marcaban la salida.

Pese a estar seguros de que Pitt había encontrado la bomba y después de haber visto cómo la depositaba en la balsa y dejaba que la pequeña embarcación se alejara, Ford y Dodge aún temían que la fuerza de la explosión destruyera el barco. Mientras vigilaban atentamente los movimientos de la balsa —cuya silueta naranja destacaba contra el agua negra a ciento cincuenta metros de popa—, la tensión no disminuyó ni un ápice hasta que el *Poco Bonito* dejó atrás las boyas sin desintegrarse.

Entonces la tensión volvió a crecer, esta vez más que antes a medida que la balsa se acercaba más y más a las boyas. Cincuenta metros, luego veinticinco. Renée se agachó instintivamente y se cubrió las orejas con las manos. Dodge se agachó de espaldas a la popa mientras Pitt y Giordino miraban tranquilamente atrás, como si esperaran que un meteorito apareciera en el firmamento.

—En cuanto estalle —le dijo Pitt a Dodge—, apaga las luces de navegación para hacerles creer que nos hemos hundido.

No había acabado de dar la orden cuando la balsa salvavidas se desintegró.

El sonido de la explosión fue como un trueno y el eco se extendió a lo largo del estrecho entre los acantilados, mientras la onda expansiva sacudía la embarcación como si fuese una hoja en medio de una tempestad. La oscuridad se convirtió en una pesadilla de llamas y restos incendiados, al tiempo que un enorme surtidor de seis metros de altura se elevaba del cráter de agua abierto en el centro del canal. El combustible que Pitt había derramado en el interior de la balsa se incendió y formó una columna de fuego. La tripulación del *Poco Bonito* contempló el espectáculo mientras los restos de la balsa comenzaban a caer del cielo como una lluvia de meteoritos. Los pequeños trozos cayeron sobre el barco sin herir a nadie ni causar ningún daño.

Entonces, con la misma rapidez, volvió a reinar el silencio: el agua llenó el cráter y no quedó rastro de lo sucedido.

La mujer sentada al volante de la camioneta no había dejado de mirar su reloj desde el momento en que había zarpado el barco, y exhaló un largo suspiro de satisfacción cuando finalmente escuchó un trueno lejano y vio un fugaz resplandor en

la oscuridad, a unos tres kilómetros del muelle. Había tardado más de lo que había estimado. Unos ocho minutos más, de acuerdo con sus cálculos. Quizá el timonel había preferido actuar con cautela y había llevado al barco a poca velocidad por el angosto canal. También podía ser que hubiesen tenido un problema mecánico y que la tripulación hubiera detenido el barco para hacer una reparación de emergencia.

Ahora ya no valía la pena buscar explicaciones. Informaría a sus colegas de que la misión se había cumplido con éxito. Decidió que antes de ir al aeropuerto, donde la esperaba un avión de Odyssey, se tomaría una copa de ron en alguno de los bares del centro de Bluefields. Después del trabajo de esa noche, se sentía con derecho a tomarse un descanso y divertirse un poco.

Volvía a llover, así que puso en marcha los limpiaparabrisas mientras salía del muelle y se dirigía hacia la ciudad.

El canal estaba despejado y ellos navegaban hacia mar abierto. Pusieron rumbo a Punta Perla y a las islas de Cayo Perlas, que estaban más allá. La lluvia había cesado y las estrellas aparecieron entre las nubes, que eran barridas por una ligera brisa que soplaba del sur.

Pitt se ofreció voluntario para hacer la guardia desde la medianoche a las tres de la mañana. Se instaló en la timonera y dejó vagar sus pensamientos mientras el piloto automático seguía el rumbo fijado.

Durante la primera hora de la guardia tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para no quedarse dormido. Su mente comenzó a crear una visión de Loren Smith. Mantenían una relación intermitentemente desde hacía casi veinte años. Al menos en dos ocasiones habían estado a punto de casarse, pero ambos ya estaban casados con sus respectivos trabajos: Pitt con la NUMA, Loren con el Congreso. Ahora que Loren había manifestado que no tenía la intención de presentarse por quinta vez, quizá había llegado el momento para que él buscara un puesto que no le exigiera ir a los más remotos confines del mundo.

Había tenido demasiados roces con la muerte, y le habían dejado cicatrices físicas y mentales. Se podía decir que estaba viviendo de prestado. La buena fortuna no duraría para siempre. Si no hubiese sospechado de la mujer que los vigilaba en la camioneta de Odyssey y no hubiese tenido el súbito presentimiento de que podía haber una bomba, él, su amigo Giordino y los demás estarían todos muertos. Tal vez había llegado el momento de retirarse. Después de todo, en la actualidad era un jefe de familia, con dos hijos mayores y responsabilidades que nunca habría imaginado un par de años atrás.

El único problema era que amaba el mar. De ninguna manera podía volverle la espalda sin más. Tenía que haber una solución de compromiso.

Volvió a centrarse en el problema del légamo marrón. Los instrumentos de detección química, cuyos delicados sensores estaban montados bajo el casco, sólo

indicaban unos rastros ínfimos. A pesar de que no se veían en el horizonte las luces de navegación de ningún otro barco, cogió los prismáticos y miró a un lado y a otro.

A una cómoda velocidad de veinte nudos, el *Poco Bonito* había dejado atrás las islas de Cayo Perlas hacía poco más de una hora. Dejó los prismáticos y estudió la carta. Calculó que se hallaban a unos cuarenta y cinco kilómetros de la ciudad de Tasbapauni, en la costa nicaragüense. Miró de nuevo los instrumentos. Las agujas y los marcadores digitales continuaban marcando cero, y comenzó a preguntarse si no estarían buscando una quimera.

Giordino entró en la timonera con una taza de café.

—Me dije que quizá te gustaría beber algo que te mantuviera despierto.

—Muchas gracias. Todavía falta una hora para tu guardia.

Giordino se encogió de hombros.

—Me desperté y no pude volver a conciliar el sueño.

Después de beber un par de sorbos del café bien cargado, Pitt le preguntó:

—Al, ¿cómo es que nunca te has casado?

En los oscuros ojos de Giordino brilló la curiosidad.

—¿A qué viene la pregunta?

—Ya sabes. Dejas divagar la mente y te preguntas las cosas más extrañas.

—Como se dice en estos casos... —Giordino volvió a encogerse de hombros—, nunca encontré a la chica adecuada.

—Estuviste muy cerca de encontrarla en una ocasión.

—Ah, Pat O'Connell. En el último minuto ambos fuimos incapaces de desvanecer las dudas.

—¿Qué pensarías si te dijera que estoy pensando en retirarme de la NUMA y casarme con Loren?

Giordino se volvió para mirar a su amigo como si acabaran de atravesarle un pulmón con una flecha.

—¿Me lo puedes repetir?

—Creo que has captado la idea.

—Te creeré cuando el sol salga por el oeste.

—¿Nunca te has planteado la posibilidad de liar el petate y tomarte las cosas con calma?

—La verdad es que no —respondió Giordino, pensativamente—. Nunca he tenido grandes ambiciones. Soy feliz con lo que hago. Eso de ser marido y padre nunca me ha entusiasmado. Además, estoy fuera de casa ocho meses al año... ¿Qué mujer estaría dispuesta a soportarlo? No, supongo que seguiré tal como estoy ahora hasta que me lleven en una silla de ruedas a una residencia para la tercera edad.

—No te imagino muriéndote en una residencia.

—Pues el pistolero Doc Holliday murió en una. Sus últimas palabras fueron:

«Que me aspen», cuando se miró los pies descalzos y comprendió que no moriría con las botas puestas.

—¿Qué quieres que escriban en tu lápida? —preguntó Pitt, con tono risueño.

—«Fue una gran fiesta mientras duró. Espero que continúe en alguna otra parte».

—Lo tendré presente cuando llegue tu...

Pitt se interrumpió bruscamente al ver que los indicadores de los instrumentos señalaban la presencia de polución química en el agua.

—Creo que hemos encontrado algo.

—Despertaré a Dodge —dijo Giordino, y se dirigió a la escalerilla que conducía a los camarotes de la tripulación.

Al cabo de pocos minutos, Dodge entró en la timonera con cara de sueño y estudió los monitores y los registros de los instrumentos. Cuando acabó, miró a los demás con una expresión de perplejidad.

—No se parece a ninguna contaminación producida por el hombre que yo conozca.

—¿Qué crees que puede ser? —preguntó Pitt.

—No podré saberlo hasta que haga algunos análisis, pero a primera vista parece un cóctel de minerales escapados de la tabla de elementos químicos.

La excitación fue en aumento cuando Gunn y Renée, que se habían despertado al escuchar los ruidos de una súbita actividad en la timonera, se unían a ellos y se ofrecían a preparar el desayuno. Había una corriente de expectativa y optimismo mientras Dodge se ocupaba de reunir la información recibida y analizaba los resultados.

Faltaban tres horas para que el sol asomara por el este cuando Pitt salió a cubierta y observó el agua oscura que pasaba junto al casco. Se sentó en la cubierta, se inclinó sobre la borda y metió la mano en el agua. Cuando la sacó y la sostuvo ante los ojos, vio que tenía la palma y los dedos cubiertos con una sustancia de color marrón, parecida al fango. Volvió a la timonera, levantó la mano para que la vieran los demás y anunció:

—Estamos navegando en medio del légamo. El agua tiene un color marrón, como si hubiesen removido el fango del fondo.

—Estás mucho más cerca de la diana de lo que crees —dijo Dodge, que no había abierto la boca en la última media hora—. Ésta es la mezcla más curiosa que he visto en toda mi vida.

—¿Alguna pista sobre la receta? —preguntó Giordino, que esperaba pacientemente a que Renée le llenara el plato con una abundante ración de tocino y huevos revueltos.

—Los ingredientes son los que menos se podrían imaginar.

—¿De qué clase de polución química estamos hablando? —quiso saber Renée,

intrigada.

Dodge la miró con una expresión solemne.

—El légamo no está compuesto de productos químicos fabricados por el hombre.

—¿Estás diciendo que el hombre no es culpable? —preguntó Gunn, que empujó al químico a un rincón.

—Así es —contestó Dodge lentamente—. En este caso, la culpable es la Madre Naturaleza.

—Si no son residuos químicos, ¿qué es? —insistió Renée.

—Un cóctel —declaró Dodge. Se sirvió una taza de café—. Un cóctel que contiene algunos de los minerales más tóxicos que se encuentran en la tierra. Elementos que incluyen el bario, el antimonio, el cobalto, el molibdeno y el vanadio, que se obtienen de minerales tóxicos como la estibinita, la barita, la patronita y el mispíquel.

Renée encarcó las cejas perfectamente delineadas.

—¿Mispíquel?

—El mineral de donde se obtiene el arsénico.

Pitt miró a Dodge con una expresión reflexiva.

—¿Cómo es posible que un cóctel de minerales tóxicos, como lo llamas, con una concentración tan alta, pueda multiplicarse, dado que es imposible que se reproduzca a sí mismo?

—La acumulación proviene de una reposición continua —explicó Dodge—. También hay abundantes rastros de magnesio, una señal de limo dolomítico que se ha disuelto en una concentración sin precedentes.

—¿Eso qué sugiere? —preguntó Gunn.

—Para empezar, la presencia de piedra caliza —respondió Dodge sin vacilar. Hizo una pausa para leer nuevos datos—. Otro factor es la fuerza de la gravedad, que empuja los minerales o los productos químicos presentes en el agua alcalina hacia el norte magnético verdadero. Los minerales atraen otros minerales para formar óxidos. Los productos químicos en el agua alcalina atraen otros productos químicos hacia su superficie para formar un residuo o gas tóxico. Ésta es la razón por la que la mayor parte del légamo marrón va hacia el norte, hacia Key West.

—Pero no explica cómo Dirk y Summer pudieron recoger muestras del légamo en el banco de la Natividad, al otro lado de la República Dominicana —manifestó Gunn.

—Una parte pudo ser arrastrada por el viento y las corrientes a través del canal de la Mona, entre Puerto Rico y la República Dominicana, y de allí llegar al banco de la Natividad —explicó Dodge.

—Me da igual de qué esté hecho el cóctel —declaró Renée, que enarboló la bandera ecologista—. Ha convertido el agua en algo dañino y peligroso para todos los seres vivos que la utilizan: seres humanos, animales, reptiles, peces e incluso los

pájaros que se posan en ella, por no hablar del mundo microbiano.

—Lo que me intriga —prosiguió Dodge, como si no hubiese escuchado a Renée— es cómo algo con la consistencia del fango puede unirse para formar una masa cohesionada que flota a una profundidad que no supera los cuarenta metros y recorre una gran distancia. —Escribió varias anotaciones en un cuaderno—. Sospecho que la salinidad tiene algo que ver con la dispersión. Eso explicaría por qué el lógamo no se hunde hasta el fondo.

—Ésa no es la única cosa extraña —dijo Giordino.

—¿A qué te refieres? —preguntó Pitt.

—La temperatura del agua es de unos veinticinco grados, casi cinco menos de lo que es normal en esta zona del Caribe.

—Otro problema por resolver —comentó Dodge, con voz cansada—. Un descenso tan pronunciado es un fenómeno que no se ajusta a las reglas.

—Has hecho un gran trabajo —lo animó Gunn—. Recuerda que Roma no se construyó en un día. Recogeremos muestras y dejaremos que el laboratorio de la NUMA en Washington busque las respuestas al resto del enigma. Ahora nuestra tarea es seguir el rastro hasta dar con la fuente.

—Eso sólo lo podremos hacer si seguimos el rastro de las concentraciones más altas —señaló Renée.

—Para eso hemos venido aquí... —comenzó a decir Pitt y se interrumpió bruscamente mientras miraba a través de la ventana—. Para eso... —añadió con un tono tranquilo— y para hacer una visita a Disneylandia.

—Será mejor que te vayas a dormir —dijo Giordino—. Comienzas a desvariar.

—Esto no es Disneylandia —afirmó Renée, que a duras penas consiguió reprimir un bostezo.

Pitt se volvió y con un gesto señaló hacia el mar por delante de proa.

—En ese caso, ¿cómo es que estamos a punto de entrar en el sector de los Piratas del Caribe?

Todas las cabezas se volvieron a una, y todas las miradas se centraron en el lugar donde acababa el agua oscura y comenzaban las estrellas. Vieron un débil resplandor amarillo que se volvía cada vez más brillante a medida que el *Poco Bonito* avanzaba en su dirección. Nadie abrió la boca mientras el resplandor se convertía en la nebulosa silueta de un viejo navío de vela, cuyos detalles se hacían más precisos con el paso de los minutos.

Durante unos momentos creyeron que estaban perdiendo el juicio, hasta que Pitt comentó muy tranquilo:

—Me preguntaba cuándo aparecería el viejo Leigh Hunt.

El ánimo a bordo había cambiado bruscamente. Nadie se movió durante casi un minuto. Nadie dijo palabra mientras miraban la estrafalaria aparición. Fue Gunn quien rompió el silencio.

—¿El mismo pirata Hunt del que nos advirtió el almirante?

—No, Hunt el bucanero.

—No puede ser real —exclamó Renée, que se negaba a aceptar la información que los ojos le transmitían al cerebro—. ¿De verdad estamos viendo un barco fantasma?

En el rostro de Pitt apareció el esbozo de una sonrisa.

—Solo en el ojo del que lo mira. —Luego parafraseó una estrofa de *The Rime of the Ancient Mariner*—: Sin un susurro en el mar, a menudo aparece la nave de Odysseus.

—¿Quién era Hunt? —La voz de Dodge tembló al formular la pregunta.

—Un bucanero que asoló el Caribe desde mil seiscientos sesenta y cinco hasta el ochenta, cuando fue capturado por un navío de la armada inglesa y acabó siendo pasto de los tiburones.

Poco dispuesto a mirar la aparición, Dodge se volvió, con la mente paralizada.

—¿Cuál es la diferencia entre un pirata y un bucanero? —murmuró.

—No mucha —contestó Pitt—. «Pirata» es un término general que abarca a los aventureros británicos, holandeses y franceses que capturaban naves mercantes por el dinero de la recompensa y el botín. El término bucanero viene de una palabra francesa que significa «ahumador». Los primeros bucaneros cazaban animales salvajes y ahumaban su carne. A diferencia de los corsarios, que tenían un reconocimiento legal de sus gobiernos, los bucaneros atacaban cualquier navío, sobre todo españoles, sin estar autorizados. También se los conocía con el nombre de filibusteros.

La nave fantasma estaba ahora a menos de un kilómetro y la distancia se acortaba por momentos. El siniestro resplandor amarillo otorgaba a la aparición un aspecto surrealista. A medida que se acercaba y los detalles de la embarcación se definían, comenzaron a escucharse los gritos de la tripulación fantasma.

Se trataba de un bergantín de velas de cruz con tres mástiles y poco calado, el tipo de embarcación favorita de los piratas antes del siglo XVII. Los trinquetes y las gavias se hinchaban con una brisa inexistente. Llevaba diez cañones, cinco por banda, en la cubierta principal. En el alcázar había hombres con pañuelos en la cabeza, agitando las espadas. En lo más alto del palo mayor, una gran bandera negra —con la espantosa calavera sonriente, de la que chorreaba sangre— permanecía tiesa en el aire como si navegara contra el viento de proa.

Las expresiones de la tripulación del *Poco Bonito* iban desde el horror a la observación especulativa. Giordino la miraba como si fuese una pizza fría, mientras que Pitt observaba el fantasma a través de los prismáticos con la expresión de un espectador que disfrutaba al máximo con una película de ciencia ficción. Bajó los prismáticos y se echó a reír.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó Renée.

Pitt le pasó los prismáticos.

—Mira al hombre del traje rojo y la faja dorada que está en el alcázar y dime qué ves.

La joven miró a través de los prismáticos.

—Un hombre... tiene un sombrero con una larga pluma...

—¿Qué otras cosas lo distinguen de los demás?

—Tiene una pata de palo y un garfio en el brazo derecho.

—No te olvides del parche en el ojo.

—Sí. También tiene un parche.

—Sólo le falta el loro en el hombro.

Renée bajó los prismáticos.

—No lo entiendo.

—Un poco estereotipado, ¿no te parece?

Gunn, que era un viejo lobo de mar por haber servido quince años en la marina de guerra, intuyó el cambio de rumbo de la nave fantasma casi antes de que ésta iniciara la maniobra.

—Se dispone a cruzarnos por la proa.

—Espero que no esté dispuesta a descargarnos una andanada —dijo Giordino, con un tono entre serio y risueño.

—Acelera al máximo y embístela por el medio —le ordenó Pitt a Gunn.

—¡No! —gritó Renée, convencida de que Pitt había perdido el juicio—. ¡Es un suicidio!

—Yo estoy con Dirk —manifestó Giordino, leal a su amigo—. Partamos en dos la nave de esos tipejos.

Una sonrisa asomó lentamente en el rostro de Gunn cuando comprendió lo que Pitt implicaba en silencio. Empuñó el timón y movió la palanca de los aceleradores hasta el tope. La respuesta de los motores fue inmediata, y la proa se levantó casi un metro por encima del agua. El *Poco Bonito* salió disparado como un caballo de carreras al que hubiesen pinchado en la grupa con una pica. No había recorrido ni cien metros cuando ya volaba sobre las olas a una velocidad de cincuenta nudos, yendo en línea recta hacia la banda de babor de la nave pirata. Los cañones que asomaban por las troneras abrieron fuego. Los fogonazos de la salva fueron acompañados por un estruendo ensordecedor.

Pitt echó una rápida ojeada a la pantalla del radar y luego corrió a su camarote para coger su visor nocturno. Reapareció en cubierta en menos de un minuto y le hizo una seña a Giordino para que subiera con él al techo de la timonera. Su compañero lo siguió sin vacilar. Se tendieron en el techo, con los codos bien apoyados para que no se moviera el visor nocturno cuando miraban a uno y otro lado. Aunque no parecía lógico, ninguno de los dos miraba directamente al navío fantasma, sino que miraban hacia la oscuridad, a popa y a proa.

Casi convencidos de que los hombres de la NUMA habían perdido el juicio, Dodge y Renée se acurrucaron detrás de la timonera. Por encima de ellos, Pitt y Giordino se mostraban indiferentes ante lo que podía acabar siendo una catástrofe.

—Tengo al mío —anunció Giordino—. Tiene todo el aspecto de ser una barcaza. Está a unos trescientos metros al oeste.

—Yo también tengo mi objetivo —dijo Pitt—. Un yate de los grandes, con más de treinta metros de eslora, que está a la misma distancia por el este.

Cien metros, cincuenta, en un rumbo de colisión contra lo desconocido. Luego el *Poco Bonito* embistió y atravesó al bergantín fantasma. Durante unos segundos el resplandor amarillo estalló como una batería de rayos láser color naranja en un concierto de rock y envolvió a la pequeña embarcación. Renée y Dodge vieron a los piratas que se movían en la cubierta principal, disparando sus armas a diestro y siniestro. Curiosamente, ninguno de ellos pareció advertir que una embarcación acababa de atravesar su nave como si fuese mantequilla.

El *Poco Bonito* continuó su carrera por el mar, que era como un terciopelo negro. En su estela, el resplandor amarillo se apagó sin más y desapareció, y el sonido de los cañonazos se perdió en la noche. Fue como si la fantasmagórica visión nunca hubiese existido.

—No disminuyas la velocidad —le advirtió Pitt a Gunn—. No es bueno para la salud quedarse por aquí.

—¿Ha sido una alucinación, o es verdad que acabamos de atravesar una nave fantasma? —murmuró Renée, con el rostro blanco como el papel.

Pitt apoyó un brazo sobre los hombros de la mujer.

—Lo que has visto, cariño, ha sido una imagen cuatridimensional: altura, profundidad, ancho y movimiento, todo grabado y proyectado en un holograma.

Renée mantuvo la expresión de desconcierto mientras miraba a la distancia.

—Me pareció absolutamente real, muy convincente.

—Tan convincente como su falso capitán con la pata de palo, como Long John Silver de *La isla del Tesoro*, el garfio de *Peter Pan* y el parche de Horatio Nelson, por no hablar de la bandera con la sangre que chorreaba en todos los lugares equivocados.

—¿Por qué? —preguntó Renée, sin dirigirse a nadie en particular—. ¿A qué ha venido semejante montaje en medio del mar?

La mirada de Pitt estaba fija en la pantalla del radar, que se veía a través de la escotilla abierta de la timonera.

—Es lo que yo llamaría un acto de piratería contemporánea.

—¿Tienes idea de quiénes proyectaron la imagen holográfica?

—Buena pregunta —señaló Dodge—. No vi ningún otro barco en la zona.

—Porque no tenías ojos más que para la aparición —manifestó Giordino—. Dirk y yo vimos un yate a babor y una barcaza a estribor, a una distancia de trescientos metros de la nave fantasma. Ninguna llevaba encendidas las luces de navegación.

Renée comprendió finalmente lo sucedido.

—¿Fueron ellos los que proyectaron el holograma?

—Así es —declaró Pitt—. Crearon la ilusión de un bergantín fantasma y una tripulación de espectros condenados a surcar los mares por toda la eternidad. Pero el holograma era de lo más remanido. Seguramente crearon la nave y la tripulación de Hunt después de ver demasiadas películas de Errol Flynn.

—El radar indica que el yate nos persigue —avisó Giordino.

Gunn, que pilotaba la nave, miró los dos puntos luminosos en la pantalla.

—El estacionario ha de ser la barcaza. El yate que sigue nuestra estela está a menos de un kilómetro, pero pierde terreno. Seguramente estarán cabreados como una mona al ver que un viejo barco pesquero les hace morder el polvo.

Giordino hizo un comentario que acabó con la alegría de los demás.

—Más nos valdrá rezar para que no lleven morteros o misiles.

—A estas alturas ya habría comenzado a dispararnos —opinó Gunn... en el preciso momento en que un misil pasó como una exhalación junto a la cúpula de la antena del radar y estalló en el agua a unos cincuenta metros por delante de la proa.

—Ahí tienes las consecuencias de darles ideas —le reprochó Pitt a Giordino.

Gunn no hizo el menor comentario. Giró el timón hasta el tope, y el *Poco Bonito* viró bruscamente a babor y luego a estribor en una trayectoria errática para evitar los misiles, que aparecían cada treinta segundos.

—¡Apaga las luces de navegación! —gritó Pitt.

Gunn obedeció en el acto. La embarcación quedó sumida en la oscuridad en cuanto el director adjunto de la NUMA apretó el interruptor principal. Las olas ya tenían una altura de un metro y el ancho casco del *Poco Bonito* golpeaba contra las crestas a una velocidad de casi cuarenta y cinco nudos.

—¿Qué tal estamos de armas? —le preguntó Giordino a Gunn con toda calma.

—Hay dos carabinas M4, con lanzagranadas de cuarenta milímetros.

—¿Nada más pesado?

—Armas livianas fáciles de ocultar fue todo lo que el almirante autorizó que lleváramos a bordo, por si se daba el caso de que nos diera el alto algún guardacostas nicaragüense.

—¿Tenemos pinta de ser narcotraficantes? —preguntó Renée.

Dodge miró a su compañera con una sonrisa irónica.

—¿Qué aspecto tienen los narcotraficantes?

—Tengo mi vieja Colt .45 —dijo Pitt—. ¿Tú qué tienes, Al?

—Una automática Desert Eagle de calibre .50.

—Quizá no podamos hundirlos —opinó Pitt—, pero al menos evitaremos que nos aborden.

—Si antes no nos hacen volar por los aires —replicó Giordino, cuando otro misil estalló en la estela del *Poco Bonito*, a escasos quince metros de la popa.

—Mientras nos disparen con misiles carentes de aparatos de dirección, no acertarán con lo que no ven.

Los fogonazos de los disparos de las armas automáticas aparecieron como puntos a popa, mientras los piratas modernos se valían del radar para apuntarles. Las balas trazadoras dibujaron un arco sobre la superficie del mar unos cincuenta metros a estribor. Gunn viró a babor durante unos segundos y luego viró bruscamente a estribor. Las trazadoras, que parecían moverse lentamente en la oscuridad en busca de su presa, impactaron en el punto donde supuestamente debía estar el *Poco Bonito* pero ya no estaba.

Otros dos misiles trazaron un arco en el cielo. Los piratas habían optado por el método de disparar casi en paralelo al punto que veían en la pantalla del radar. La idea era buena, pero disparaban cuando Gunn mantenía un rumbo recto durante un par de minutos antes de hacer una maniobra en zigzag. Los proyectiles cayeron a ambas bandas de la embarcación a una distancia de quince metros, y las olas provocadas por las explosiones barrieron la cubierta.

Entonces cesaron los disparos y fue como si un manto de quietud se hubiera extendido sobre el barco. Solo se escuchaba el rumor de los poderosos motores —que trabajaban a máxima potencia—, el ruido de los tubos de escape y el chapoteo del agua cuando la proa hendía las olas.

—¿Han dejado de atacarnos? —murmuró Renée anhelante.

Gunn anunció con un tono alegre desde el interior de la timonera después de mirar la pantalla del radar:

—Ahora mismo están dando media vuelta.

—¿Quiénes son?

—Los piratas locales no utilizan hologramas ni disparan misiles desde un yate —respondió Giordino.

Pitt miró con expresión pensativa hacia popa.

—Nuestros amigos de Odyssey son los principales sospechosos. Sin embargo, no podían saber que nuestros cuerpos no reposaban en el fondo del mar. Sencillamente hemos caído en una emboscada preparada para cualquier barco o embarcación menor

que penetre en esta zona.

—No les hará ninguna gracia —comentó Dodge— cuando se enteren de que somos nosotros los que escapamos, no una vez sino dos.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Renée, que no entendía nada—. ¿Qué hemos hecho para que quieran asesinarlos?

—Sospecho que somos intrusos en su coto de caza —manifestó Pitt, con una lógica impecable—. Tiene que haber algo en esta parte del Caribe que no quieren que nosotros ni nadie más vea.

—¿Una operación de contrabando de drogas? —propuso Dodge—. ¿Es posible que Specter este metido en el narcotráfico?

—Quizá —admitió Pitt—. Aunque, por lo poco que sé, su empresa obtiene grandes beneficios con la construcción. El contrabando de drogas no les compensaría el tiempo ni los esfuerzos, ni siquiera como una actividad secundaria. No, lo que tenemos aquí es algo que va mucho más allá del contrabando de drogas o la piratería.

Gunn conectó el piloto automático, salió de la timonera y se dejó caer en la tumbona con un gesto de cansancio.

—¿Qué rumbo introducimos en el ordenador?

Un largo silencio siguió a la pregunta. A Pitt no le agradaba la idea de arriesgar las vidas de los demás, pero estaban allí y tenían una misión.

—Sandecker nos envió para que descubriéramos la verdad detrás del légamo marrón. Continuaremos buscando donde la concentración sea mayor, a ver si así damos con el origen.

—¿Qué pasará si vuelven a perseguirnos? —preguntó Dodge.

Esta vez Pitt le dedicó la más grande de sus sonrisas.

—Daremos media vuelta y saldremos pitando. Está visto que se nos da muy bien.

El mar estaba desierto cuando amaneció. El radar indicaba que no había ningún otro barco en cincuenta kilómetros a la redonda, y excepto por las luces de navegación de un helicóptero que habían visto una hora antes, nada ni nadie los perturbó en su búsqueda del origen del légamo marrón. Como una medida de sana prudencia, habían navegado el resto de la noche con las luces apagadas.

Habían virado al sur poco después del encuentro con el falso bergantín fantasma y ahora navegaban en la bahía de Punta Gorda, adonde los había llevado el rastro de una concentración cada vez más tóxica. Hasta el momento habían disfrutado de buen tiempo, con el mar en calma y apenas un asomo de brisa.

La costa nicaragüense estaba a sólo tres kilómetros. Las marismas eran como un fino trazo a través del horizonte, como si una mano gigante lo hubiese dibujado utilizando una regla y un tiralíneas cargado con tinta china. La bruma cubría la costa y avanzaba muy lentamente sobre las estribaciones de las montañas bajas en el oeste.

—Es curioso —dijo Gunn, que miraba hacia tierra firme con los prismáticos.

—¿Qué? —preguntó Pitt.

—Según la carta de la bahía de Punta Gorda, el único lugar habitado es una pequeña aldea de pescadores que se llama Barra del Río Maíz.

—¿Y qué?

Gunn le pasó los prismáticos a su compañero.

—Echa una ojeada y dime lo que ves.

Pitt hizo lo que le pedía y miró la costa de un extremo a otro.

—Eso no es una pequeña aldea de pescadores, sino que tiene todo el aspecto de ser un puerto de gran calado. Veo dos barcos portacontenedores que están descargando en un muelle equipado con grúas y otros dos barcos fondeados que esperan su turno.

—También hay almacenes y tinglados para almacenar la carga.

—Por lo que se ve, reina una actividad tremenda.

—¿A ti qué te parece? —preguntó Gunn.

—Creo que están descargando equipos y suministros destinados a construir un ferrocarril de alta velocidad que una los dos océanos.

—Pues, si es así, se lo han tenido muy callado —comentó Gunn—. No he leído ningún informe de que el proyecto tuviese la financiación necesaria y que ya estuviera en marcha.

—Dos de aquellos barcos llevan la bandera roja de la República Popular China —dijo Pitt—. Ahí tienes la respuesta respecto a la financiación.

El agua de la gran bahía de Punta Gorda en la que estaban entrando adquirió de pronto un color marrón sucio. La atención de todos se volvió hacia el agua. Nadie

habló. Nadie se movió mientras el légamo marrón aparecía en la bruma matinal, espesa como un bol de gachas.

Permanecieron inmóviles y observaron en silencio mientras la proa hendía un agua que parecía atacada por una plaga, con la superficie de un color siena tostado. El efecto era el de la piel leprosa.

Giordino, que estaba al timón, con un puro apagado entre los dientes, redujo la velocidad mientras Dodge se afanaba en recoger muestras y analizar la composición química.

Durante la larga noche, Pitt había aprovechado para conocer más a fondo a Renée y Dodge. La mujer se había criado en Florida y se había convertido en una experta buceadora antes de llegar a la adolescencia. Apasionada por la vida submarina, se había licenciado en biología marina. Unos pocos meses antes de que la enviaran al *Poco Bonito* había pasado por un divorcio que le había dejado cicatrices. Lejos de su casa durante meses por razones de trabajo, un día había regresado de las islas Salomón y se había encontrado con que el amor de su vida se había marchado para irse a vivir con otra mujer. Los hombres, afirmaba, habían dejado de ser una prioridad para ella.

Pitt inició una campaña para hacerla reír y aprovechó todas las oportunidades para tirar algún comentario divertido.

Pero su esfuerzo era completamente inútil cuando se trataba de Dodge. Hombre taciturno, con treinta años de feliz matrimonio, cinco hijos y cuatro nietos, llevaba trabajando en la NUMA desde su fundación. Licenciado en química, se había especializado en la polución del agua. Tras la muerte de su esposa un año antes, había solicitado dejar el laboratorio de la NUMA para realizar trabajo de campo. De vez en cuando esbozaba una débil sonrisa al escuchar las ocurrencias de Pitt, pero nunca se reía.

A su alrededor, el sol naciente alumbraba la superficie del mar cubierta por una gruesa capa de légamo marrón. Tenía la consistencia del aceite, pero era mucho más denso, y aplanaba el agua. No se veía ni una sola ondulación mientras Giordino pilotaba el *Poco Bonito* a una velocidad de diez nudos.

Después de librarse del atentado en Bluefields y escapar por los pelos del ataque del yate pirata, la tensión a bordo había ido aumentando en el transcurso de la noche hasta convertirse en algo casi palpable. Pitt y Renée habían recogido varios cubos de légamo y lo habían trasvasado a recipientes herméticos para futuros análisis en los laboratorios de la NUMA en Washington. También recogieron ejemplares muertos de diversas criaturas marinas que flotaban en la superficie, para que Renée los analizara.

Entonces se escuchó el grito de Giordino desde la timonera, acompañado por los animados gestos típicos de su sangre italiana.

—¡Mirad a proa por el lado de babor! ¡Algo está ocurriendo en el agua!

Todos miraron en aquella dirección. Había un movimiento en el agua como si fuesen los coletazos de una gigantesca ballena agonizante. Permanecieron inmóviles como estatuas mientras Giordino viraba doce grados para dirigirse hacia la turbulencia.

Pitt entró en la timonera para leer los valores del indicador de profundidad. El fondo ascendía rápidamente. Parecía como si estuviesen cruzando una empinada ladera que subiera desde el fondo del Gran Cañón. La manifiesta fealdad del lécimo le daba al mar el aspecto de un caldero de fango en ebullición.

—Es increíble —murmuró Dodge, estupefacto—. De acuerdo con las profundidades marcadas en la carta, ahora mismo el fondo tendría que estar a doscientos metros.

Pitt no respondió al comentario. Estaba en la proa mirando en derredor a través de los prismáticos.

—Es como si el mar hubiese entrado en ebullición —le dijo a Giordino a través de la ventana abierta de la timonera—. No puede ser de origen volcánico. No se ven vapores ni ondas de calor.

—El fondo está ascendiendo a gran velocidad —le avisó Dodge—. Es como si estuviésemos en medio de la erupción de un volcán pero sin lava.

Se hallaban a menos de tres kilómetros de la costa. La inexplicable erupción era cada vez más violenta y las olas se alzaban en todas las direcciones. El barco se sacudió violentamente, como si lo moviera un vibrador gigante. El lécimo marrón se había espesado hasta el punto de parecer fango.

Giordino se acercó a la escotilla de la timonera y llamó a Pitt.

—La temperatura del agua ha subido. Está de nuevo en los valores normales. Veintiocho grados en el último kilómetro.

—¿Qué explicación le das?

—No se me ocurre ninguna.

A Dodge le resultaba cada vez más difícil aceptar lo que estaba ocurriendo. El súbito aumento de la temperatura del agua, el ascenso inesperado del fondo, la aparición de una cantidad cada vez mayor de lécimo marrón, que surgía de una fuente invisible; todo aquello le parecía sencillamente inconcebible.

Pitt tampoco podía creerlo. Todo lo que habían descubierto iba en contra de las leyes del mar. Había volcanes que ascendían de las profundidades, pero no como una masa de barro y sedimentos. Éste tendría que haber sido un entorno líquido, vivo, donde existieran peces de todas las variedades. Pero allí no había ninguna criatura viviente. Quizá en otro tiempo habían nadado por esas aguas o se habían arrastrado por el fondo; ahora estaban muertos y sepultados debajo de una montaña de lécimo o habían emigrado a aguas limpias. Allí no crecía nada, no había vida. Era un cementerio, cubierto con una masa tóxica que parecía haberse materializado de la

nada.

A Giordino le costaba cada vez más mantener el rumbo. Las olas no eran altas, no pasaban del metro cincuenta; pero, a diferencia de las olas generadas en una sola dirección por el viento de una tormenta, éstas azotaban al pesquero desde todos los puntos de la brújula. Recorrieron otros doscientos metros, y el agua comenzó a agitarse con una violencia descontrolada.

—Una masa de barro descomunal —dijo Renée, como si estuviese viendo un espejismo—. Muy pronto se convertirá en una isla...

—Antes de lo que crees —gritó Giordino, que dio marcha atrás—. Sujetaos. Casi estamos tocando fondo.

Las hélices giraron a la inversa, pero ya era demasiado tarde. La nave golpeó contra el afloramiento de fango, y los tripulantes apenas si consiguieron mantenerse en pie. Pasada la primera sacudida, la proa quedó empotrada mientras las hélices continuaban batiendo el barro, que saltaba convertido en una espuma ocre, en un intento por sacar al *Poco Bonito* del misterioso afloramiento. Con el barco embarrancado, se sintieron como unos espectadores impotentes.

—Apaga los motores —le ordenó Pitt a Giordino—. Falta una hora para que suba la marea. Entonces lo intentaremos de nuevo. Mientras tanto, trasladaremos a popa todo el equipo pesado y los suministros.

—¿Crees que bastará con mover unos cuantos cientos de kilos para hacer que la proa se levante lo suficiente para zafarse del fango? —preguntó Renée con tono de duda.

Pitt ya estaba llevando un gran rollo de sogas hacia el espejo de popa.

—Si añadimos los más de trescientos kilos que sumamos entre todos, ¿quién sabe? La fortuna podría ponerse de nuestro lado.

Aunque los cinco trabajaron como si les fuera la vida en ello, tardaron casi una hora en amontonar los víveres, el equipaje, los equipos y el mobiliario lo más cerca posible de la popa. Arrojaron por la borda las redes y los cajones que servían para disfrazarlos como un barco pesquero, junto con las anclas. Pitt consultó su reloj Doxa.

—Dentro de trece minutos comenzará a subir la marea y habrá llegado el momento de la verdad.

—El momento ha llegado antes de lo que esperabas —replicó Giordino—. El radar indica la presencia de una embarcación que se acerca desde el norte. Avanza a mucha velocidad.

Pitt cogió los prismáticos y miró hacia allí.

—Parece un yate.

Gunn se protegió los ojos para mirar más allá del légamo marrón.

—¿Es el mismo que nos atacó anoche?

—No alcancé a verlo con claridad a través del visor nocturno, pero creo que se trata de la misma embarcación. Nuestros amigos nos han seguido el rastro.

—Creo que se impone aprovechar la ocasión para sacarle ventaja a esos tipos —dijo Giordino.

Pitt se llevó a todos hasta el borde del espejo de popa del *Poco Bonito*. Giordino se puso al timón y miró a popa. Pitt esperó a que sus compañeros estuviesen bien sujetos a la borda antes de dar la señal a Giordino para que empezara la maniobra. Giordino engranó la marcha atrás y aceleró los motores al máximo. La embarcación comenzó a colear como un pez fuera del agua, pero la proa continuó clavada en el fango. El espesor del lógamo marrón actuaba como si fuese un adhesivo, que sujetaba la quilla del *Poco Bonito*. Incluso con toda la tripulación y una tonelada de carga apretujada en el espejo de popa, la proa solo se levantó unos cinco centímetros. No era suficiente para zafarse.

Pitt rogó para que una ola ayudara a levantarlo, pero no las había. La sustancia hacía que la superficie del mar estuviese lisa como una mesa de billar. La embarcación se sacudía con la potencia de los motores mientras las hélices continuaban triturando el barro, sin ningún resultado aparente. Todas las miradas se volvieron hacia el yate que se acercaba a gran velocidad.

Ahora que lo veía a la luz del día, Pitt calculó que tendría unos cincuenta metros de eslora. En lugar del blanco habitual, el yate estaba pintado de color lavanda, idéntico al color de la camioneta de Odyssey que había visto aparcada en el muelle. Obra maestra de la construcción naval, el yate era la quintaesencia del lujo náutico. Llevaba una lancha auxiliar de seis metros de eslora y un helicóptero con capacidad para seis pasajeros.

Ya estaba lo bastante cerca como para leer el nombre escrito con letras doradas: EPONA. Debajo del nombre, pintado a lo largo del mamparo de la segunda cubierta, aparecía el mismo logo de Odyssey, un caballo al galope. La bandera que ondeaba en lo alto de la antena de comunicaciones también mostraba al caballo sobre un fondo color lavanda.

Pitt observó a los dos tripulantes que se afanaban por arriar la lancha auxiliar mientras otros tomaban posiciones en la larga cubierta de proa, con armas en las manos. Ninguno se había puesto a cubierto. Estaban convencidos de que el barco pesquero era una presa fácil y no se preocupaban por tomar precauciones. A Pitt se le erizaron los cabellos de la nuca cuando vio a un par de hombres cargar un lanzagranadas.

—Viene directamente hacia nosotros —murmuró Dodge, inquieto.

—No se parecen en nada a los piratas que aparecen en los libros —gritó Giordino desde la timonera, por encima del estruendo de los motores—. No capturaban barcos desde un yate de lujo. Me jugaría el cuello a que es robado.

—No es robado —replicó Pitt—. Pertenece a Odyssey.

—¿Soy yo, o es que están en todas partes?

—¡Renée! —gritó Pitt.

—¿Qué quieres? —preguntó la mujer, que estaba sentada con la espalda apoyada en el espejo de popa.

—Baja a la cocina, vacía todas las botellas que encuentres y llénalas con el combustible del tanque del generador.

—¿Por qué no el combustible de los motores? —quiso saber Dodge.

—Porque la gasolina se enciende mucho más rápido que el diesel —le explicó Pitt—. Cuando las tengas llenas, ponles un paño retorcido en el cuello.

—¿Quieres que prepare cócteles Molotov?

—Ésa es la idea.

Renée no había acabado de bajar a la cocina, cuando el *Epona* comenzó a virar hacia ellos en una amplia curva. Ahora que avanzaba de proa hacia ellos, la distancia se acortó rápidamente. Gracias al cambio de rumbo, Pitt vio que tenía los cascos dobles de un catamarán.

—Si no conseguimos salir de esta montaña de barro —protestó, irritado—, nos veremos metidos en una complicación muy exasperante.

—¿Una complicación muy exasperante? —repitió Giordino—. ¿Eso es lo mejor que se te ocurre?

Entonces, para el asombro de todos, Giordino salió corriendo de la timonera, subió la escalerilla hasta el techo, permaneció quieto durante un instante como un saltador olímpico en un trampolín y saltó sobre la cubierta de popa entre Pitt y Gunn.

Quizá sólo fue un capricho del destino, pero el peso de Giordino y la fuerza del impacto contra la cubierta de popa fue exactamente lo que faltaba para que se soltara la proa. Como quien saca el pie hundido en el barro poco a poco, el barco se fue separando del légamo hasta que la quilla se soltó totalmente y el *Poco Bonito* salió disparado marcha atrás como lanzado por una honda. Pitt hizo lo imposible por contener la risa.

—No dejes que te diga nunca más que debes adelgazar.

Giordino le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Tranquilo, no lo haré.

—Ha llegado el momento de llevar a cabo nuestra bien preparada huida —dijo Pitt—. Rudi, ocúpate del timón y agáchate todo lo que puedas. Renée, tú y Patrick poneos a cubierto detrás de toda la chatarra que hemos apilado en la popa. Al y yo nos esconderemos entre las redes.

Pitt no había acabado de dar las instrucciones cuando uno de los tripulantes del lujoso yate disparó el lanzagranadas. El proyectil entró por la escotilla de babor de la timonera y salió por la ventana de estribor para acabar en el agua, donde estalló.

—Es una suerte que no estuviera allí —comentó Gunn, con el comportamiento de alguien que pasea por el parque.

—¿Entiendes ahora por qué te recomendé agacharte?

Gunn saltó al interior de la timonera e hizo girar el timón para apartar el barco del barro que ascendía de las profundidades. Pero, antes de que pudiera acelerar, otro proyectil atravesó el casco e impactó contra el motor de estribor. Milagrosamente no hubo un gran estallido, pero se provocó un incendio al encender el combustible que se derramaba del motor destrozado. Casi en un acto reflejo, Gunn dejó de acelerar para impedir que el combustible de alguna tubería rota alimentara el fuego.

Dodge tomó la iniciativa, se lanzó por la escotilla a la sala de máquinas y cogió un extintor de su soporte en un mamparo. Quitó el pasador de seguridad, apretó el gatillo y atacó las llamas hasta que solo una gran columna de humo salió por la escotilla abierta.

—¿Estamos haciendo aguas? —gritó Pitt desde debajo de la red.

—¡Esto es un desastre, pero la sentina está seca! —respondió Dodge entre toses.

Para los tripulantes del yate pirata parecía como si el pesquero estuviese herido de muerte, mientras observaban la columna de humo que escapaba del interior del casco. Convencidos de que los marineros estaban muertos o gravemente heridos, el capitán del yate ordenó parar los motores, y dejó que la embarcación cruzara por delante de la proa del *Poco Bonito*.

—¿Todavía tenemos potencia, Rudi?

—El motor de estribor está destrozado, pero el de babor funciona.

—En ese caso, acaban de cometer una gran equivocación —comentó Pitt con una sonrisa aviesa.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó Rudi.

—¿Recuerdas el barco pirata?

—Claro que sí.

Gunn cerró el acelerador del motor que funcionaba y dejó que el barco quedara inmóvil. El engaño funcionó. Seguro de que su víctima estaba a punto de irse a pique, el capitán del yate mordió el anzuelo y se acercó tranquilamente.

Pasaron los segundos, hasta que el yate estuvo casi encima de ellos. Al comprobar que no se veía ningún movimiento a bordo y que el humo continuaba saliendo por la escotilla, no dispararon contra el barco aparentemente indefenso. Entonces un hombre barbudo se asomó por la ventana de la timonera del yate, y habló con un fuerte acento sureño a través de un megáfono.

—A todos los que puedan escucharme. Si no abandonáis el barco, lo volaremos. No intentéis utilizar la radio. Repito, no utilizéis la radio. Tenemos a bordo aparatos de detección y sabremos inmediatamente si intentáis comunicaros. Tenéis un minuto para saltar al agua. Os garantizo que os llevaremos sanos y salvos al puerto más

cercano.

—¿Respondemos? —preguntó Gunn.

—Quizá podríamos hacer lo que dice —murmuró Dodge—. Me gustaría ver de nuevo a mis hijos y nietos.

—Si eres capaz de confiar en la palabra de un pirata —replicó Pitt en tono frío—, tengo una mina de oro en Newark, Nueva Jersey, que te vendería barato.

Sin hacer caso de la presencia del yate, Pitt apareció a la vista y se abrió paso entre los objetos amontonados a popa para llegar al mástil sujeto al espejo de popa, donde ondeaba la bandera nicaragüense. Arrió la bandera, desató los cordones y la quitó. Luego sacó el paquete que llevaba debajo de la camisa. Un minuto más tarde, un nuevo pabellón de seda de un metro cincuenta por noventa centímetros ondeaba en el mástil.

—Ahora saben de dónde venimos —dijo Pitt, mientras todos miraban con respeto y amor las barras y estrellas que ondeaban desafiantes con la brisa.

Renée volvió a cubierta, cargada con dos jarras de cristal y una botella de vino llenas de gasolina. Evaluó la situación de una ojeada, y pronto se dio cuenta de lo que iba a suceder.

—No pensarás embestirlo, ¿verdad? —preguntó, espantada.

—Di cuándo —gritó Gunn, con un tono que reflejaba su entusiasmo y el rostro impassible de un jugador de póquer que se echa un farol.

—¡No! —gimió Renée—. No es un holograma. Es un objeto sólido. Si lo embistes, el barco se plegará como el acordeón de Lawrence Welk.

—Eso es lo que espero —replicó Pitt, con dureza—. Tú y Patrick encended las mechas y preparaos para arrojar los cócteles en cuanto choquemos.

Ya no había tiempo para vacilaciones. El yate estaba pasando lentamente por delante de la proa del *Poco Bonito*, a poco más de treinta metros.

Giordino le arrojó a Pitt una de las carabinas M4 y comenzaron a disparar contra el yate. Giordino disparó en automático una ráfaga de balas OTAN de calibre 5,56 milímetros contra la timonera, mientras Pitt apuntaba y disparaba tiro a tiro contra el tripulante que empuñaba el lanzagranadas. Lo abatió con el segundo disparo. Otro hombre se agachó para recoger el arma, pero Pitt también lo eliminó.

Atónitos al ver que el *Poco Bonito* se defendía, la tripulación del yate corrió a ponerse a cubierto sin responder al fuego. Giordino no lo sabía, pero una de sus balas había alcanzado en el hombro al capitán, que ahora estaba tumbado en el suelo de la timonera, fuera de la vista. En el mismo momento, otra ráfaga acabó con la vida del timonel, y el yate comenzó a desviarse sin nadie al timón. Con un único motor en funcionamiento, la velocidad máxima del *Poco Bonito* se redujo a la mitad, pero así y todo continuó avanzando con fuerza más que suficiente para hacer la tarea.

No hizo falta que nadie avisara que debían sentarse junto al mamparo y

protegerse la cabeza con los brazos. Renée y Dodge miraron asustados los chalecos salvavidas de color naranja que les había dado Gunn. En la timonera, Rudi permanecía impasible, con las manos bien sujetas al timón. La única hélice batía el agua, impulsando al pesquero en línea recta hacia el lujoso yate. Los tripulantes miraban al *Poco Bonito* con una expresión donde se mezclaban el asombro y el espanto al comprender que el inofensivo pesquero no estaba dispuesto a arrojar la toalla sino que se abalanzaba sobre ellos con la intención de embestirlos. La sorpresa era total al encontrarse con un lobo vestido con piel de cordero. Hasta entonces, ninguna otra embarcación había ofrecido resistencia antes de ser capturada. También los había acobardado ver que en el mástil ondeaba la bandera norteamericana.

Pitt y Giordino continuaron barriendo la cubierta con sus disparos hasta que no quedó ni un solo tripulante a la vista, mientras el *Poco Bonito* acortaba distancias. El *Epona* parecía más grande que nunca, mientras se lanzaban contra el casco casi en el centro, un poco por detrás de la timonera. Las cubiertas estaban desiertas. Los tripulantes habían escapado como conejos asustados para ir a ocultarse bajo cubierta y protegerse de los certeros disparos que efectuaban desde el pesquero.

El *Poco Bonito* parecía un barco escapado del infierno, con el humo del tubo de escape que se mezclaba con la columna de humo negro que continuaba saliendo por la escotilla de la sala de máquinas, y que el viento que soplaba de proa arrastraba hacia popa como una estela. Gunn había servido como oficial ejecutivo a bordo de un destructor lanzamisiles que había embestido a un submarino iraquí en el Mediterráneo durante la guerra para derrocar a Saddam Hussein. En aquella acción sólo se había visto la torreta del sumergible. Ahora tenía delante un gigantesco yate que se levantaba como un edificio.

Faltaban diez segundos para el impacto.

Pitt y Giordino dejaron a un lado las carabinas y se prepararon para la colisión. Renée, acurrucada junto al mamparo de la timonera, vio los rostros impasibles de los dos hombres. No mostraban ni la más mínima huella de miedo o tensión. Parecían tan indiferentes como un par de patos en una charca bajo la lluvia.

En la timonera, Gunn preparaba la secuencia de sus movimientos. Apuntó la proa para chocar contra la sala de máquinas del yate, que estaba detrás del salón comedor. Después del impacto, lo importante era dar marcha atrás y rogar que el único motor pudiera arrancar al *Poco Bonito* del boquete que abriría y mantenerse a flote mientras el enemigo iniciaba un viaje sin retorno hasta el fondo del mar. El afinado casco del *Epona* se veía tan cerca que Gunn tuvo la sensación de que si sacaba la mano por el agujero donde había estado el parabrisas, podría tocar la estilizada imagen del caballo.

La mole del yate ocultó el sol. Entonces todo comenzó a transcurrir como en cámara lenta, cuando al estruendo de la colisión le siguió un agudo sonido rechinante que parecía interminable. La proa del *Poco Bonito* se empotró en el casco de estribor de su gigantesco antagonista y abrió un boquete en forma de V, que destrozó la sala de máquinas y acabó con la vida de los que estaban dentro.

Renée y Dodge se levantaron para lanzar los recipientes llenos de gasolina, con las mechas encendidas. Una de las botellas rebotó en la cubierta de teca sin romperse, pero la otra se hizo añicos y de inmediato apareció una gran bola de fuego que se extendió sobre la borda como una catarata ígnea. A continuación lanzaron las jarras, y luego la botella de vino, y todas estallaron en un incendio que abarcó la mitad del yate. La lujosa embarcación se convirtió de pronto en lo que parecía la pesadilla de un psicótico.

Sin esperar a que el pesquero perdiera el impulso, Gunn puso la marcha atrás. Durante unos segundos que parecieron eternos, el *Poco Bonito* permaneció inmóvil, con la destrozada proa hundida casi dos metros en el casco del *Epona*, atrapada como un puño en un tornillo de banco, mientras la hélice fustigaba el agua convulsivamente. Diez segundos, quince, después veinte. Por fin, con un agudo chirrido del plástico y los metales al romperse, comenzó a separarse. En cuanto la destrozada proa dejó el espacio libre, el légamo marrón entró por el boquete como un torrente y el yate comenzó a escorar.

Dos de los tripulantes del *Epona*, que estaban en el casco opuesto, comenzaron a disparar con sus armas automáticas contra el *Poco Bonito*. Su puntería era bastante incierta y disparaban bajo porque su mirada se veía afectada por la inclinación del casco de estribor. Los proyectiles levantaron surtidores en el agua alrededor del pesquero y unos cuantos atravesaron el casco. El agua penetró inmediatamente por

los pequeños orificios.

Pitt y Giordino dispararon a bulto entre el humo y las llamas hasta que cesó toda resistencia a bordo del yate. La superestructura estaba oculta por el humo y el fuego. Se escuchaban claramente los gritos y alaridos en medio de la conflagración. Avivadas por una leve brisa, las llamas asomaron por el enorme boquete en el casco de estribor. El catamarán se hundía cada vez más, al tiempo que el casco de babor se levantaba por encima del agua.

Todos los que estaban a bordo del *Poco Bonito* se amontonaron en la borda para contemplar fascinados la agonía del yate. La tripulación del *Epona* subió sin demora al helicóptero, que ya tenía los motores en marcha. El piloto compensó el ángulo de inclinación en el despegue y de inmediato puso rumbo a tierra, sin preocuparse por los heridos a los que acababa de condenar a una muerte segura.

—Ponte a su costado —le ordenó Pitt a Gunn.

—¿Quieres que lo aborde? —preguntó Rudi, inquieto.

—Quiero que te acerques lo suficiente para que pueda saltar a bordo.

Consciente de que no tenía sentido discutir con Pitt, Gunn se encogió de hombros y comenzó a acercarse al barco averiado al yate, que ardía desde la timonera hasta la proa. Realizó la maniobra marcha atrás para aliviar la presión del agua que entraba por la proa rota.

Mientras tanto, Giordino trabajaba furiosamente entre los destrozos de la sala de máquinas del *Poco Bonito* haciendo las reparaciones imprescindibles para mantener el barco a flote y con potencia. Renée se ocupó de despejar la cubierta de todo lo superfluo, por el sencillo procedimiento de arrojarlo por la borda. Dodge, que estaba tiznado de pies a cabeza, bajó a la sentina, arrastró una bomba de achique hasta la sección de proa y comenzó a bombear para achicar el agua que entraba por el agujero que llegaba hasta el mamparo de proa.

Pitt esperó mientras Gunn maniobraba cuidadosamente para situar el *Poco Bonito* junto al *Epona* y cuando casi se tocaban se encaramó a la borda y saltó a la cubierta del catamarán detrás del salón comedor. Afortunadamente, la brisa empujaba el fuego hacia proa y la sección de popa aún estaba libre del incendio. Si pretendía encontrar a algún superviviente, tendría que hacerlo a la carrera antes de que el yate se hundiera en las profundidades. El rugido del incendio descontrolado era como el de una locomotora lanzada a toda velocidad.

Entró en el salón comedor y lo encontró vacío. Tampoco encontró a nadie en las otras salas. Intentó subir la escalerilla alfombrada hasta la timonera, pero se encontró con una pared de fuego que lo obligó a retroceder. El humo se le colaba por la nariz hasta los pulmones. Le lloraban y le ardían los ojos. Con los cabellos y las cejas chamuscadas, ya estaba por renunciar a la búsqueda y abandonar el barco cuando tropezó con un cuerpo tendido en el suelo de la cocina. Se agachó y al tocarlo se

sorprendió al comprobar que se trataba de una mujer vestida sólo con un biquini. Se la cargó al hombro y regresó tambaleándose a la cubierta de popa, casi ahogado y ciego por el humo.

Gunn evaluó la situación en un santiamén y acercó el pesquero al yate hasta que chocaron las bordas. Luego salió corriendo de la timonera y ayudó a Pitt a pasar el cuerpo inerte de la mujer por encima de la borda. El calor de las llamas comenzó a chamuscar la pintura del casco del *Poco Bonito*. Después de acostar a la mujer suavemente en la cubierta, y sin tener tiempo para fijarse en otro detalle más allá de la larga cabellera roja, Gunn corrió de regreso a la timonera y se apresuró a apartar al barco del catamarán incendiado.

Pitt, que apenas si podía ver con los ojos irritados por el humo, le buscó el pulso y comprobó que era normal, lo mismo que la respiración. Le apartó los cabellos rojos de la frente, donde tenía un moretón del tamaño de un huevo. Dedujo que al producirse la colisión se había golpeado la cabeza con tanta fuerza que había perdido el conocimiento. La piel del rostro, los brazos y las largas y perfectamente torneadas piernas mostraban un bronceado uniforme. Su rostro era de una gran belleza, con una tez sin mácula y los labios gruesos y sensuales.

La nariz respingona era el complemento perfecto. Como tenía los ojos cerrados, no podía ver su color. Pero todo lo demás mostraba una mujer muy atractiva, con el cuerpo esbelto de una bailarina.

Renée acabó de arrojar por la borda una caja de boyas y se acercó rápidamente a la mujer tendida en la cubierta.

—Ayúdame a llevarla abajo. Yo me ocuparé de atenderla.

Todavía medio ciego, Pitt llevó a la mujer del yate hasta su camarote y la acostó en la litera.

—Solo tiene un buen chichón en la frente —comentó—. Podrías suministrarle aire de una de las botellas para ayudarle a limpiar el humo de los pulmones.

Pitt subió a cubierta a tiempo para presenciar el final del yate.

Se hundía lentamente, con el casco y la superestructura que una vez habían sido de color lavanda ennegrecidos por el fuego y manchados con el lógamo marrón. Un patético y triste final para un hermoso barco. Lamentó haber sido el causante de su desaparición. Pero después la lógica reemplazó a la tristeza, cuando se imaginó al *Poco Bonito* sufriendo el mismo destino, con toda su tripulación muerta. Su pesar fue sustituido por la euforia de que sus compañeros y él estuvieran sanos y salvos.

El casco de estribor del catamarán ya estaba hundido del todo debajo del agua marrón. El casco de babor permaneció un par de minutos en el aire mientras la superestructura se sumergía lentamente, dejando atrás una espiral de humo. Las hélices de bronce pulido brillaron al sol, y luego desaparecieron. Excepto por el siseo cuando el agua apagó las llamas, el yate se hundió en silencio, sin protestas, como si

quisiera ocultar cuanto antes en qué mina se había convertido. Lo último que se vio de él fue la bandera con el caballo dorado. Luego, el indiferente mar marrón se la engulló.

Tras la desaparición, el combustible afloró a la superficie y se extendió sobre el légamo para pintarlo de negro con manchas que el sol volvía irisadas. De cuando en cuando aparecían burbujas, junto con restos que salían a la superficie y se quedaban allí, como si esperaran ser arrastrados hasta alguna playa lejana por el viento y las mareas.

Pitt le dio la espalda a la tragedia y entró en la timonera, que tenía el suelo cubierto de cristales rotos.

—¿Qué te parece, Rudi? ¿Llegaremos a la costa o tendremos que acomodarnos en las balsas?

—Quizá lo consigamos si Al logra que el motor no se pare y Patrick consigue achicar el agua que entra por la proa, cosa que parece poco probable. Entra más de lo que sacamos.

—También entra agua por los agujeros de las balas, por debajo de la línea de flotación.

—Hay una lona en uno de los armarios. Si pudiéramos bajarla sobre la proa como una máscara, quizá lograríamos reducir la entrada de agua lo suficiente para que no supere la capacidad de la bomba.

Pitt miró hacia la proa, que estaba hundida casi medio metro en el agua.

—Yo me encargo.

—No tardes mucho —le advirtió Gunn—. Continuaré marcha atrás para disminuir el ritmo de la inundación.

Pitt se asomó a la escotilla de la sala de máquinas.

—Al, ¿qué tal pinta la fiesta?

Giordino se acercó a la escotilla. Estaba hundido hasta las rodillas en el agua mezclada con légamo marrón, tenía las ropas empapadas, y las manos, los brazos y el rostro cubiertos de aceite.

—Apenas si consigo mantenerme por delante, y créeme, esto no es una fiesta.

—¿Puedes echarme una mano en cubierta?

—Dame cinco minutos para limpiar la bomba. El légamo la taponará si no limpio los filtros.

Pitt bajó la escalerilla y fue hasta el armario ubicado más allá de los camarotes, para sacar la lona encerada. Pesaba mucho, pero consiguió arrastrarla hasta la escotilla de proa y sacarla a cubierta. Giordino no tardó en reunirse con él; por el aspecto, parecía haberse caído en un pozo de alquitrán. Entre los dos desplegaron la lona y ataron las cuatro puntas con cabos de nailon. En dos de las puntas ataron partes del motor destrozado por la granada, para que se hundieran. En cuanto estuvieron

preparados, Pitt le hizo una seña a Gunn para que redujera la velocidad.

Lanzaron la lona por encima de la proa aplastada, con los cabos bien sujetos. Esperaron a que el lado de la lona con los pesos se sumergiera en la mezcla de agua y lógamo. Luego Pitt le gritó a Gunn.

—¡Muy bien, ahora adelante muy despacio!

Se situaron uno a cada banda y tiraron de los cabos hasta que el extremo sumergido quedó por debajo de la proa. A continuación ataron los dos cabos y luego recogieron los otros dos cabos para que la lona cubriera toda la sección dañada, cosa que redujo considerablemente la entrada de agua. En cuanto acabaron de atar los dos cabos restantes, Pitt se asomó a la escotilla de proa.

—¿Qué tal ahora, Patrick?

—Funciona —respondió Dodge, cansado pero contento—. Habéis conseguido reducir la entrada de agua en un ochenta por ciento. La bomba podrá achicar el resto sin problemas.

—Tengo que volver a la sala de máquinas —dijo Giordino—. Tiene un aspecto horrible.

—Como tú —afirmó Pitt con una sonrisa. Apoyó un brazo en los hombros de su compañero—. Avísame si necesitas que te eche una mano.

—No harás más que incordiarme. Tendré las cosas controladas dentro de un par de horas.

Pitt entró en la timonera.

—Ya podemos ponernos en camino, Rudi. El parche parece que funciona.

—Es una suerte que los controles del navegador estén intactos. He programado el rumbo a Barra del Colorado, en Costa Rica. Allí tengo un viejo amigo de la Armada que está retirado y que vive junto a un club náutico. Atracaremos en su muelle y haremos las reparaciones necesarias para poder llegar luego al astillero de la NUMA en Fort Lauderdale.

—Una sabia decisión. —Pitt señaló hacia el enorme y misterioso buque portacontenedores que se veía fondeado frente a Barra del Río Maíz—. Podríamos tener problemas si vamos allí. Más vale prevenir que curar.

—Tienes razón. En cuanto las autoridades nicaragüenses se enteren de que hemos hundido un yate en sus aguas, nos detendrán. —Se enjugó con un trapo la sangre que le manaba de un corte en la mejilla—. ¿Cuál es la historia de la mujer que rescataste?

—La averiguaré en cuanto recobre el conocimiento.

—¿Has llamado al almirante para informarle de lo ocurrido, o quieres que lo haga yo?

—Ya lo llamo yo.

Pitt fue a la cocina y se sentó delante del ordenador que la tripulación usaba para entretenerse con los juegos, enviar correos electrónicos y buscar alguna cosa en

internet. Escribió el nombre del yate, *Epona*, y esperó los resultados del buscador. En menos de un minuto, apareció en la pantalla el bajorrelieve de una mujer con dos caballos y una breve descripción de la diosa celta de los caballos y la fertilidad. Leyó la información, apagó el ordenador y salió de la cocina. Se cruzó con Renée en el pasillo que separaba los camarotes.

—¿Qué tal está? —le preguntó.

—Si por mi fuera, ya hubiera arrojado por la borda a esa estúpida arrogante.

—¿Insoportable?

—Ni te lo imaginas. En cuanto abrió los ojos, comenzó a meterse conmigo. No solo es una mandona, sino que no habla más que español. —Renée hizo una pausa y sonrió con picardía—. Es una farsante.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi madre se apellidaba Ybarra. Yo hablo el español mucho mejor que nuestra invitada.

—¿Se niega a responder en inglés?

—Así es, pero es pura farsa. Quiere hacernos creer que sólo es una pobre mujer mexicana que trabajaba de cocinera. El maquillaje y el biquini de diseño la traicionan. La tía tiene clase. No es una criada.

Pitt desenfundó su vieja Colt .45.

—Déjame que juegue al tipo duro con ella.

Entró en el camarote donde estaba la mujer, se acercó a ella y apoyó suavemente el cañón del arma en la nariz respingona.

—Siento tener que matarte, preciosa, pero no queremos dejar testigos. Lo comprendes, ¿verdad?

Los ojos color ámbar se desorbitaron y bizquearon al mirar la pistola. Le temblaron los labios al sentir el frío del acero. Miró los inescrutables ojos verdes de Pitt.

—¡No, no, por favor! —gritó en inglés—. ¡No me mate! Tengo dinero. Déjeme vivir y le haré un hombre rico.

Pitt miró a Renée, que lo miraba boquiabierto, sin tener muy claro si acabaría disparándole a la mujer.

—¿Quieres ser rica, Renée?

Renée comprendió el juego y lo siguió.

—Ya tenemos una tonelada de oro escondida en la bodega.

—No te olvides de los rubíes, las esmeraldas y los diamantes —añadió Pitt.

—Quizá decidamos no arrojarla a los tiburones durante un par de días si nos dice todo lo que sabe del falso barco pirata, y por qué nos persiguieron durante toda la noche con la intención de matarnos a todos y hundir nuestro barco.

—¡Sí, sí, por favor! —balbuceó la mujer—. ¡Puedo decirles lo que sé!

Pitt advirtió un extraño reflejo en los ojos, que no invitaba precisamente a la confianza.

—Te escuchamos.

—El yate era de mi esposo y mío —comenzó—. Estábamos haciendo un crucero desde Savannah a través del canal de Panamá hasta San Diego, cuando se nos acercó lo que parecía un inofensivo barco pesquero cuyo capitán nos pidió un botiquín de emergencia para tratar a un marinero herido. Por desgracia mi marido cayó en la trampa y, antes de que pudiéramos reaccionar, los piratas habían abordado nuestro yate.

—Antes de continuar —dijo Pitt—, será mejor que nos presentemos. Soy Dirk Pitt y ella es Renée Ford.

—Ha sido una descortesía por mi parte no haberles dado las gracias por salvarme. Me llamo Rita Anderson.

—¿Qué le pasó a su marido y a la tripulación?

—Los asesinaron a todos y arrojaron los cadáveres al mar. A mí me perdonaron porque creyeron que les serviría como cebo para atrapar a otros barcos.

—¿A qué se refiere? —preguntó Renée.

—Creían que ver a una mujer en biquini en la cubierta los haría acercarse lo bastante para abordarlo.

—¿Ese fue el único motivo para perdonarle la vida? —preguntó Pitt con un tono de duda.

La mujer asintió con un gesto.

—¿Tiene alguna idea de quiénes eran o de dónde venían?

—Eran bandidos nicaragüenses convertidos en piratas. A mi marido y a mí nos habían advertido que no navegáramos por estas aguas, pero creímos que al navegar cerca de la costa no correríamos ningún peligro.

—No deja de ser curioso que unos vulgares piratas supieran pilotar un helicóptero —murmuró Renée.

—¿Cuántos barcos capturaron y hundieron desde que se hicieron con el yate? —quiso saber Pitt.

—Tres, que yo sepa. Después de asesinar a las tripulaciones y apoderarse del botín, los hundieron a todos.

—¿Dónde estaba usted cuando chocamos con el yate? —preguntó Renée.

—¿Eso fue lo que pasó? —replicó la mujer, con una expresión inocente—. Estaba encerrada en mi camarote. Escuché el ruido de unas explosiones y disparos. Después el yate se sacudió violentamente y estalló un incendio. Lo último que recuerdo antes de perder el conocimiento fue ver cómo se destrozaba el mamparo del camarote. Cuando volví a abrir los ojos, me encontré aquí.

—¿Recuerda alguna otra cosa anterior a la colisión y el incendio?

Rita sacudió la cabeza lentamente.

—Nada. Me tenían prisionera en el camarote y sólo me dejaban salir cuando se estaban preparando para capturar algún otro barco.

—¿A qué venía utilizar el holograma del bergantín pirata? —preguntó Renée—. Aquello parecía un truco destinado a mantener a los barcos alejados de la zona, más que un acto de piratería.

—¿Holograma? —Rita puso cara de despistada—. Ni siquiera sé qué es eso.

Pitt sonrió para sus adentros. Tenía muy claro que Rita Anderson se estaba inventando una historia sobre la marcha. Renée tenía razón. El maquillaje de Rita no era precisamente el de una mujer cuyo marido había sido asesinado y que hubiese sido maltratada por los piratas. Los labios impecablemente pintados de un luminoso color rosa beige, los ojos delineados con un perfilador de color avellana oscuro y el resplandor de su tez, eran señales claras de una vida elegante. Decidió atacarla a fondo para ver cómo reaccionaba.

—¿Cuál es su relación con Odyssey? —le preguntó bruscamente.

En un primer momento, la mujer no entendió el cambio. Luego comenzó a darse cuenta de que esas personas no eran unos simples pescadores.

—No sé de qué me habla —respondió.

—¿Su esposo no era un empleado de la corporación Odyssey?

—¿Por qué lo pregunta? —replicó Rita, como una manera de ganar tiempo y recuperarse de la sorpresa.

—El yate llevaba la imagen de un caballo, que es el logo de Odyssey.

Las cejas perfectamente depiladas se enarcaron un milímetro. Era buena, pensó Pitt, muy buena. No se asustaba fácilmente. Se dio cuenta de que Rita no era la ociosa consorte de un millonario. Le gustaba estar al mando, dar las órdenes. Le pareció divertido cuando la mujer intentó un contraataque.

—¿Quiénes son ustedes? —le espetó con un tono desabrido—. No son pescadores.

—No —respondió Pitt—. Pertenece a la *National Underwater and Marine Agency* estadounidense y estamos realizando una exploración científica para encontrar el origen del légamo marrón.

La respuesta de Pitt fue como si le hubiese dado una bofetada. La aparente compostura se derrumbó en el acto. Antes de que pudiera contenerse, exclamó:

—No puede ser. Ustedes... —No acabó la frase.

—Tendríamos que estar muertos como consecuencia de la explosión en el canal de Bluefields. —Pitt acabó la frase por ella.

—¿Lo sabía? —dijo Renée, que se acercó a la litera como si tuviese la intención de estrangular a Rita.

—Lo sabía —afirmó Pitt. Sujetó a Renée de un brazo para evitar que las cosas

pasaran a mayores.

—¿Por qué? —preguntó la científica—. ¿Qué hicimos para merecer una muerte horrible?

Rita no abrió la boca. La expresión de su rostro había pasado de la sorpresa a la cólera mezclada con odio. A Renée le habría encantado borrarla de un puñetazo.

—¿Qué haremos con ella?

—Nada. —Pitt se encogió de hombros. Tenía claro que se había acabado el juego. Rita no les diría nada más—. La tendremos encerrada en el camarote hasta que lleguemos a Costa Rica. Le diré a Rudi que llame a la policía para que nos esperen en el muelle y se la lleven en custodia.

Pitt estaba muerto de cansancio, pero también lo estaban los demás. Aún le quedaba una tarea antes de poder echar una cabezada. Miró en derredor en busca de la tumbona, pero entonces recordó que Renée la había arrojado por la borda. Se sentó en la cubierta, donde ya no quedaba nada de los aparejos pesqueros de utilería, apoyó la espalda en el mamparo y marcó un número en su móvil Globalstar.

—¿Por qué no he tenido noticias vuestras hasta ahora? —preguntó Sandecker, enfadado, en cuanto atendió la llamada.

—Hemos tenido mucho trabajo —replicó Pitt.

Dedicó los siguientes veinte minutos a ponerlo al corriente de todo lo sucedido. Sandecker escuchó sin interrumpirlo hasta que Pitt acabó de relatarle su conversación con Rita Anderson.

—¿Qué relación puede tener Specter con todo este asunto? —El tono del almirante reflejó su desconcierto.

—Ahora mismo diría que tiene un secreto que ocultar y está dispuesto a asesinar a la tripulación de cualquier barco que entre en su territorio.

—He escuchado que tienen contratos de construcción con la China Roja en Nicaragua y Panamá.

—Loren mencionó la misma relación durante la cena de la otra noche.

—Ordenaré que investiguen las actividades de Odyssey —manifestó Sandecker.

—Ya puestos en ello, también podríamos investigar a Rita y su marido, así como un yate llamado *Epona*.

—Le diré a Yaeger que se ocupe del tema.

—Será interesante saber cómo encaja esta mujer en todo este asunto.

—¿Has descubierto el origen del légamo marrón?

—Tenemos localizada la posición donde surge del fondo marino.

—¿Tú crees que es un fenómeno natural?

—Patrick Dodge opina lo contrario. —Pitt contuvo un bostezo—. Afirma que no es posible de ninguna manera que los ingredientes minerales del légamo puedan salir del fondo con la fuerza de un cañonazo. Dice que es un afloramiento artificial. Aquí

está ocurriendo alguna cosa muy extraña, que parece sacada de *La dimensión desconocida*.

—Entonces estamos otra vez en la línea de salida —opinó Sandecker.

—No del todo —declaró Pitt—. Hay algo que me gustaría investigar.

—He enviado un avión de la NUMA con el personal necesario para realizar las reparaciones del *Poco Bonito* antes de emprender el viaje de regreso. Aterrizará en el aeropuerto cercano al puerto deportivo del río Colorado. Gunn, Dodge y Ford volverán a Washington en ese avión. Me gustaría que tú y Al regresarais con ellos.

—Todavía no hemos acabado el trabajo.

Sandecker no discutió. Sabía desde hacía mucho que Pitt no se equivocaba en sus juicios.

—¿Cuál es tu plan?

Pitt contempló las montañas cubiertas de bosque que se levantaban más allá de las playas de arena blanca de la costa nicaragüense.

—Creo que se impone hacer un recorrido por el río San Juan hasta el lago de Nicaragua.

—¿Qué esperas encontrar en un sitio tan alejado del mar y el légamo marrón?

—Respuestas —contestó Pitt, que ya pensaba en el viaje río arriba—. Respuestas a todo este embrollo.

III.
DE ODISEA A ODYSSEY

23 de agosto de 2006, Banco de la Natividad.

Si entre tanto desastre el huracán Lizzie había hecho algo bueno, era que había barrido el légamo marrón que cubría el banco de la Natividad. El agua en el arrecife de coral había recuperado el color verde azulado, y la visibilidad era de casi sesenta metros. Junto con el agua clara, los peces habían vuelto al entorno como si no hubiese pasado nada.

Otro barco de investigación científica reemplazó al *Sea Sprite* en el estudio de la estructura sumergida. Construido y diseñado específicamente para actuar como base de las exploraciones submarinas en aguas poco profundas, el *Sea Yesteryear* pocas veces trabajaba fuera de la vista de la costa. Entre los proyectos en los que había participado figuraban las ruinas de la biblioteca de Alejandría en Egipto, la flota china hundida por un tifón frente a la costa japonesa, los pecios de barcos mercantes suecos y rusos en el Báltico y otros muchos de gran importancia histórica.

Disponía de cuatro puntos de amarre y configuraciones de buceo tanto de saturación como de gas en superficie y aire. La piscina en el centro del casco tenía todo lo necesario para las operaciones de buceo, el lanzamiento y recuperación de vehículos no tripulados, y maquinaria para recuperar artefactos del fondo marino. Un laboratorio de grandes dimensiones ocupaba toda la sección de proa y estaba dotado con el más moderno instrumental científico para analizar y conservar los objetos antiguos encontrados.

Con una eslora de cincuenta metros, era un poco corto para lo habitual entre los barcos de investigación oceánica, pero la manga de quince metros le permitía ofrecer mucho espacio y comodidad. Dos potentes motores diesel le daban una velocidad de veinte nudos, y llevaba una tripulación de cuatro hombres y un equipo de diez científicos. Quienes servían a bordo del *Sea Yesteryear* estaban orgullosos de las muchas veces que habían reescrito la historia marítima, y, a medida que progresaban las exploraciones en el banco de la Natividad aumentaba su convencimiento de que se encontraban muy cerca de hacer un gran descubrimiento.

En un primer momento, los arqueólogos marinos que habían visitado las habitaciones de piedra ni siquiera tenían la seguridad de que las estructuras hubiesen sido construidas por el hombre. Tampoco encontraron muchos objetos. Más allá del contenido del caldero y las cosas que había sobre la cama de piedra, solo encontraron los utensilios de la cocina. Pero, a medida que continuaba la investigación, fueron encontrando nuevos y más increíbles tesoros arqueológicos.

Una de las cosas que los geólogos del equipo descubrieron fue que la estructura había estado una vez al aire libre, en lo alto de una pequeña colina. Esto salió a la luz cuando limpiaron cuidadosamente las incrustaciones en un trozo de poco más de un

palmo en la pared del dormitorio y vieron que las habitaciones no habían sido excavadas en la roca sino que las habían levantado colocando piedra sobre piedra cuando el banco de la Natividad era una isla que se elevaba por encima del agua.

Dirk estaba en el laboratorio con su hermana, ocupados en examinar los objetos que se habían transportado cuidadosamente hasta el laboratorio del barco para después sumergirlos en cubetas de agua salada como paso previo al largo proceso de conservación. Recogió delicadamente un hermoso cordón de oro trenzado que habían encontrado en el lecho de piedra.

—Todas las reliquias que hemos recogido de la cama y el caldero pertenecieron a una mujer.

—Es de una fabricación mucho más complicada que la de las joyas actuales —comentó Summer mientras admiraba el collar, que reflejaba el sol que entraba por los ojos de buey.

—Hasta que pueda hacer una comparación con los registros arqueológicos de los archivos europeos, tendré que datarlo como perteneciente a la era media del bronce.

La voz era suave y pausada, como un chubasco de verano sobre un techo metálico. Pertenecía al doctor Jeffrey Parks, que se movía como un lobo desconfiado, con la cabeza gacha y adelantada. Medía más de dos metros y se agachaba constantemente desde la estratósfera. Estrella del baloncesto universitario, había tenido que abandonar el deporte debido a una grave lesión en la rodilla. Así que había estudiado arqueología marina, y su tesis de doctorado había versado sobre las antiguas ciudades sumergidas. El almirante Sandecker lo había invitado a participar de la expedición precisamente por ser algo que entraba de lleno en su especialidad.

Parks pasó junto a la larga mesa con las cubetas donde estaban las reliquias y se detuvo delante de un tablero de grandes dimensiones colocado en uno de los mamparos, donde se exhibían más de cincuenta fotos del edificio sumergido. Hizo una pausa y con un lápiz señaló un montaje fotográfico de la planta.

—Esto que tenemos aquí no es una ciudad o una fortaleza. No aparece ninguna estructura más allá de las habitaciones que vosotros descubristeis en la primera visita. Podríamos considerar que en aquel entonces fue una mansión o un pequeño palacio, que se convirtió en la tumba de una mujer de clase alta. Quizá una reina o una gran sacerdotisa adinerada que encargaba sus propias joyas.

—Es una pena que no quedara nada de ella —comentó Summer—. Ni la más mínima huella del cráneo. Han desaparecido hasta los dientes.

En el rostro de Parks apareció la sombra de una sonrisa.

—Sus huesos desaparecieron hace muchos siglos, junto con todas las prendas, poco después de que el mar cubriera la estructura.

Pasó a otra foto de gran tamaño, tomada antes de que retiraran los objetos de la cama de piedra; apoyó la goma del lápiz en un primer plano de la coraza de bronce.

—Tuvo que ser una guerrera que lideraba a los hombres en la batalla. La coraza de la foto parece estar hecha de una sola pieza y tenía que ponérsela por la cabeza, como un suéter de metal.

Summer intentó imaginarse cómo le quedaría la coraza. Había leído que los celtas eran personas grandes para la época, pero la coraza parecía demasiado pequeña para su torso.

—¿Cómo es posible que pudiera llegar hasta aquí?

—No tengo la menor idea —admitió Parks—. Siendo un arqueólogo de la línea tradicional, que supuestamente no cree en la difusión, en los contactos entre el continente americano y otras partes del mundo antes de Colón, estoy obligado a decir que esto es una farsa preparada por los españoles en algún momento posterior al siglo quince.

Summer frunció el entrecejo.

—No es posible que crea en esa explicación.

—La verdad es que no. —Parks sonrió—. Menos todavía después de ver todo esto. Pero hasta que no podamos demostrar fehacientemente cómo llegaron estos objetos al banco de la Natividad, la controversia sacudirá la historia del mundo antiguo.

—No se discute la posibilidad de que los antiguos navegantes cruzaran los mares.

—Nadie dice que sea imposible. Hay quienes han cruzado el Atlántico y el Pacífico en toda clase de embarcaciones: desde botes hechos con pieles a veleros de dos metros de eslora. Es concebible que pescadores de Japón o de Irlanda se vieran sorprendidos por una tormenta y acabaron arrastrados hasta América. Los arqueólogos admiten que hay muchas pistas que sugieren la influencia asiática y europea en el arte y la arquitectura centro y sudamericana. En cambio, no se ha encontrado allí ningún objeto de este lado del charco.

—Nuestro padre encontró pruebas de la presencia de los vikingos en Estados Unidos —señaló Summer.

—Él y Al Giordino descubrieron objetos de la biblioteca de Alejandría en Texas —añadió Dirk.

El arqueólogo se encogió de hombros.

—Así y todo, aún está pendiente que en las excavaciones que se realizan en Europa y África aparezca algún objeto que proceda del continente americano.

—Ah —exclamó Summer, que jugó su carta de triunfo—. ¿Qué me dices de los rastros de nicotina y cocaína que se han encontrado en las momias egipcias? El tabaco y la coca son dos productos exclusivamente americanos.

—Esperaba que lo mencionaras —reconoció Parks. Exhaló un suspiro—. Los egiptólogos todavía están intentando desentrañar el misterio.

—¿Las respuestas podrían estar en estas habitaciones? —preguntó Summer

pensativamente.

—Quizá —dijo Parks—. Los biólogos marinos están realizando pruebas de las incrustaciones encontradas en las paredes, y los fitoquímicos analizan los restos de la vida vegetal para tratar de determinar cuánto tiempo lleva cubierto por el agua el edificio.

Summer se abstraigo en sus pensamientos durante unos instantes.

—¿Podría haber alguna inscripción debajo de las incrustaciones, algo que los arqueólogos hubieran pasado por alto?

Parks se echó a reír.

—Los primitivos celtas no dejaron ninguna representación artística ni escritos que hablaran de su cultura. Encontrar inscripciones talladas es del todo imposible, a menos que estemos equivocados al datar la construcción de Navinia.

—¿Navinia?

Parks miró la ilustración que reproducía el edificio sumergido según la representación virtual hecha por el ordenador.

—Es un nombre tan bueno como cualquier otro.

—Un nombre tan bueno como cualquier otro —repitió Dirk. Miró a su hermana—. ¿Qué te parece si tú y yo bajamos mañana a primera hora y buscamos inscripciones en las paredes? Creo que debemos presentarle nuestros últimos respetos a la suma sacerdotisa.

—No os demoréis demasiado —dijo Parks—. El capitán ha ordenado llevar anclas al mediodía. Quiere llevar los objetos a Fort Lauderdale lo antes posible.

Cuando salieron del laboratorio, Summer miró a Dirk sin disimular la curiosidad.

—¿Desde cuándo te dejas llevar por la nostalgia?

—Hay una razón práctica para mi nostalgia.

—¿Sí? ¿Se puede saber cuál es? —preguntó Summer con tono desabrido.

Dirk le devolvió la mirada con otra donde brillaba la picardía.

—Tengo la impresión de que han pasado por alto algo muy importante.

Sabiendo ya dónde continuar la búsqueda, nadaron directamente a la antesala. Las antiguas habitaciones habían quedado vacías. Hasta el día anterior habían tenido el aspecto de la sala de espera de un aeropuerto. Los científicos del barco habían buscado en todas las grietas y rincones y, tras recoger los objetos y muestras y guardarlos adecuadamente a bordo del *Sea Yesteryear*, comenzaban a evaluar los hallazgos. Dirk y Summer tenían las habitaciones para ellos solos. Sin la presencia de los arqueólogos que los vigilaran, no tenían ningún motivo para tratar las paredes con guantes de terciopelo.

Tal como habían planeado, iniciaron la búsqueda en la cámara de entrada. Summer se encargó de una pared y Dirk de la otra. Rasparon las incrustaciones con cuchillos hasta dejar la piedra desnuda, conscientes de que estaban cometiendo un

sacrilegio a los ojos de los arqueólogos. Fueron recorriendo todas las paredes, en largas franjas horizontales, a una altura entre el metro veinte y el metro cincuenta. Como la estatura media de los seres humanos tres mil años atrás era unos cuantos centímetros menor, el nivel de sus ojos tenía que ser más bajo. Dirk y Summer se basaron en este hecho histórico para delimitar el área de búsqueda.

Era un trabajo lento. Después de una hora de esfuerzos inútiles, volvieron al *Sea Yesteryear* para cambiar las botellas de aire. Si bien todos los barcos de apoyo a las operaciones submarinas de la NUMA contaban con cámaras hiperbáricas, Dirk comprobaba meticulosamente las tablas de inmersión en el ordenador para evitarse los problemas de la descompresión.

Llevaban ya veinte minutos en la segunda inmersión, y habían pasado de la antecámara al largo pasillo, cuando Summer golpeó en la pared con el mango del cuchillo para llamar la atención de Dirk, que se acercó rápidamente y miró la sección de la pared que había raspado y que ahora le señalaba, presa de la más viva excitación.

Summer había escrito la palabra PICTOGRAMAS en las incrustaciones.

Dirk asintió al tiempo que levantaba el pulgar, entusiasmado. Juntos, se pusieron a limpiar febrilmente las piedras frotándolas con los guantes, aunque con la cautela necesaria para no estropear la preciosa reliquia que comenzaba a aparecer lentamente en la penumbra. Al cabo de unos pocos minutos, las figuras talladas en la piedra quedaron al descubierto. Los hermanos se sentían orgullosos de haber aventajado a los profesionales y saber que estaban mirando lo que nadie había visto en tres mil años.

Los pictogramas ofrecían la tan buscada pista para resolver el enigma de la casa sumergida. Dirk alumbró las figuras desde un lado, para resaltar los detalles. Las investigaciones posteriores revelarían que las imágenes recorrían ambos lados del pasillo en dos franjas de sesenta centímetros de ancho y a un metro cincuenta del suelo. El patrón era similar al tapiz de Bayona, que representaba la batalla de Hastings librada en el año 1066.

Dirk y Summer flotaron en el agua mientras contemplaban con admiración y respeto las figuras, que mostraban hombres a bordo de naves. Eran de apariencia extraña, con grandes ojos redondos y luengas barbas. Sus armas consistían en dagas de hoja larga, espadas cortas y hachas de combate con el filo curvo. Había soldados que conducían carros, pero la mayoría eran infantes.

Las escenas de batalla mostraban grandes carnicerías. Parecían representar diversos combates de una guerra lejana. También había imágenes de mujeres con los pechos desnudos que arrojaban lanzas contra el enemigo.

Summer pasó delicadamente una mano sobre las figuras de las guerreras. Miró a Dirk y le sonrió con una expresión de superioridad femenina.

Las escenas comenzaban con la partida de unas naves que abandonaban una ciudad incendiada. Más allá, aparecían azotadas por una tormenta, y luego una serie de batallas terrestres contra unas criaturas de extraño aspecto. Muy cerca de la parte inferior estaba la única nave de la flota que se había salvado, tras la destrucción de todas las demás. A continuación aparecía la misma nave, que se hundía en mitad de una tempestad. En uno de los últimos cuadros, un hombre y una mujer se abrazaban antes de que él partiera en lo que parecía ser una balsa con una vela.

Habían encontrado una crónica clásica tallada en la piedra por un antiguo artesano, que había permanecido oculta a los ojos de los hombres debajo del mar durante miles de años. Dirk y Summer se miraron a través de las máscaras con profundo entusiasmo, porque nunca habían imaginado que llegarían a descubrir algo tan increíble y extraordinario.

Dirk señaló el portal que daba al arrecife. Apagó la linterna y nadaron hacia la superficie. Atrás quedaba un precioso tesoro para quienes fueran a fotografiarlo y así exhibir al resto del mundo la fabulosa historia que contaban los pictogramas.

El *Poco Bonito* atravesó la boca del río Colorado a primera hora de la tarde. El agua, libre ya del lógamo marrón, mostraba un color verde alga. Unos nubarrones blancos salpicaban el azul del cielo, y dejaban caer algún ligero chubasco cuando tapaban el sol. La tripulación de la NUMA saludaba desde la cubierta a la flotilla de pequeñas embarcaciones pesqueras que pasaban junto a ellos con los motores fuera de borda zumbando como abejorros, y los pescadores exhibían orgullosos los tarpones, los róbalos y las barracudas que habían capturado. Los tripulantes de una de las lanchas los saludaron levantando botellas de cerveza. Dos de ellos levantaron un tarpón que debía de pesar más de cincuenta kilos.

Gunn avanzó a poca velocidad y se mantuvo a un lado del río, fuera del camino de las lanchas de fibra de vidrio, aunque sin alejarse de las boyas que señalaban los límites practicables del canal. Pasada una curva, puso rumbo a un punto más allá del puerto del río Colorado, hacia un embarcadero que daba a una pasarela cubierta con tiestos de flores a ambos lados. La pasarela conducía a una gran casa en medio de un palmar.

—Parece un lugar paradisíaco —comentó Renée, contemplando la exuberante belleza de la selva tropical que rodeaba la casa, construida con roca volcánica y techada con hojas de palma.

—El paraíso del pescador —afirmó Gunn desde la timonera—. La construyó un viejo compañero mío de la academia, Jack McGee. Si os gusta el pescado, aquí encontraréis los más deliciosos y preparados de las maneras más exóticas. Ha acumulado miles de recetas de todo el mundo y ha escrito varios libros de cocina.

Pitt saltó al embarcadero, cogió los cabos que le arrojó Giordino y los amarró a los norayes. Para cumplir con la ley, permanecieron en el embarcadero hasta que se presentó la policía aduanera. Los agentes se sorprendieron al ver el estado del *Poco Bonito*. Renée utilizó su español para contarles un fantástico relato sobre cómo habían escapado de una flotilla de piratas traficantes de drogas, tan sanguinarios como sus antepasados, que habían saqueado las ciudades costeras.

Dado que el incidente se había producido en aguas territoriales nicaragüenses, los policías no les pidieron una declaración por escrito. Rita Anderson, en cambio, podía plantearles problemas. No tenía documentos, y dado que Pitt y Gunn no deseaban explicar su presencia a bordo, Renée la había atado y amordazado y luego junto a Giordino la había encerrado en un armario de la sala de máquinas. Los agentes hicieron una inspección de compromiso, y no quisieron mancharse sus impecables uniformes en la sala de máquinas después de haber visto a Giordino, que rememoraba a James Dean tras el estallido del pozo de petróleo en *Gigante*.

Dodge esperó a que se marcharan los agentes para dirigirse a Pitt.

—¿Por qué tratamos a la señora Anderson como si fuese una criminal y la tenemos prisionera? A su marido lo asesinaron y los piratas se hicieron con su yate.

—Esa mujer no es lo que crees —le respondió Renée escuetamente.

Pitt observó a los agentes mientras subían a un Land Rover y salían del embarcadero para seguir por un camino enfangado por la lluvia.

—Renée tiene razón. La señora Anderson no es una víctima. Está metida hasta las orejas en asuntos a cuál más turbio. El almirante Sandecker se ha puesto en contacto con las autoridades de Costa Rica, quienes han aceptado ponerla bajo custodia y realizar una investigación. Llegarán en cualquier momento.

Renée se acercó a la escalerilla para ir al camarote.

—Será mejor que prepare a la princesa para que la encarcelen.

No había acabado de desaparecer de la vista cuando un hombre se acercó caminando con paso enérgico. Jack McGee era un hombre de rostro rubicundo a punto de cumplir los cincuenta. No había una sola cana en sus cabellos rubios, ni en su bigote a lo Wyatt Earp. Los ojos color castaño rojizo, muy separados, le daban el aspecto de un animal siempre atento a la presencia de un depredador. Vestía un pantalón corto azul marino, una camisa estampada y una vieja gorra de oficial que parecía de la Segunda Guerra Mundial.

Gunn salió a su encuentro y se dieron la mano antes de abrazarse.

—Jack, muchacho, pareces diez años más viejo cada vez que nos encontramos.

—Eso es porque nos vemos cada diez años —replicó McGee, con voz de bajo.

Gunn se encargó de las presentaciones. Giordino se limitó a saludar desde la escotilla de la sala de máquinas.

—Le queda por conocer a alguien más de la tripulación: Renée Ford. Ahora mismo está ocupada con un pequeño asunto.

McGee sonrió con aire comprensivo.

—¿La visitante inesperada?

—Así es —dijo Gunn—. Rita Anderson, la mujer que te mencioné cuando hablamos para avisarte de que vendríamos.

—El inspector Gabriel Ortega es un viejo amigo. Os pedirá que vayáis a la comisaría para hacer una declaración, pero creo que será tan cortés y considerado como de costumbre.

—¿Tenéis piratas en estas aguas? —preguntó Pitt.

McGee se echó a reír al tiempo que sacudía la cabeza vigorosamente.

—No los hay en Costa Rica, pero crecen como la mala hierba hacia el norte, en Nicaragua.

—¿Por qué allí y no aquí?

—Costa Rica es el país que más destaca en Centroamérica. Su nivel de vida está por encima de la mayoría de las otras naciones hispanoamericanas. Aunque su

economía es en gran parte agrícola, el turismo es una industria en constante crecimiento, y además exporta artículos de electrónica y microprocesadores. En cambio, Nicaragua ha pasado por una etapa revolucionaria de treinta años que dejó en ruinas las infraestructuras. Cuando finalmente consiguieron un gobierno estable, la mayoría de los rebeldes, que no tenían más arte y oficio que el de la guerra de guerrillas, se negaron a convertirse en agricultores o a desempeñar otros trabajos de menor categoría. Descubrieron que era mucho más rentable dedicarse al narcotráfico. Eso los llevó a convertirse en piratas, dado que tuvieron que construir una flota de barcos para transportar la cocaína.

—¿Has escuchado algún rumor referente al légamo marrón?

McGee sacudió la cabeza para expresar su negativa.

—Solo que aparece al norte y al este en el Caribe. Entre los piratas, los barcos desaparecidos y la contaminación, la industria pesquera nicaragüense se ha hundido.

—McGee se interrumpió y se quitó la gorra cuando un oficial de policía bajó desde la casa y entró en el embarcadero—. Ah, Gabriel, ya estás aquí.

—Jack, viejo amigo... —respondió Ortega—. ¿En qué nuevo lío te has metido ahora?

—Yo no —replicó McGee alegremente—. Son mis amigos de los Estados Unidos.

Aunque no había dudas de que era un latinoamericano, Ortega se parecía a Hércules Poirot, el detective creado por Agatha Christie: los mismos cabellos negros peinados con gomina, un bigotillo perfectamente recortado, y unos ojos castaños de mirada amable pero que no dejaban escapar detalle. Hablaba inglés con muy leve acento. Cuando sonrió se vieron por un momento sus dientes, de un blanco puro.

—El almirante Sandecker me comunicó su situación. Espero que tengan la bondad de ofrecerme un informe detallado de sus aventuras con los piratas.

—Cuente con ello, inspector.

—¿Dónde está la mujer que rescataron del barco pirata?

—En uno de los camarotes. —Pitt frunció el entrecejo, preocupado. Miró a Giordino—. Al, ¿por qué no bajas y averiguas qué retiene a Renée y a nuestra invitada?

Giordino se limpió las manos con un trapo roñoso sin hacer comentarios y bajó la escalerilla. Reapareció en menos de un minuto, con el rostro contraído por la ira y los ojos negros que echaban chispas.

—Rita ha desaparecido y Renée está muerta —informó a los demás—. Asesinada.

Durante aquellos primeros instantes de asombro, todos permanecieron inmóviles, incapaces de reaccionar. Miraron a Giordino pasmados, sin comprender lo que había dicho.

Tardaron otros cinco segundos en aceptar la verdad. Entonces Dodge exclamó:

—¿Qué has dicho?

—Renée está muerta —repitió Giordino sencillamente—. Rita la asesinó.

Pitt se sacudió de cólera.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¿Rita? —En el rostro de Giordino se reflejaba la expresión de alguien que acaba de despertar de una horrible pesadilla—. Se ha largado.

—Imposible. ¿Cómo ha podido escapar del barco sin ser vista?

—Pues aquí no está —afirmó Giordino.

—¿Puedo ver el cuerpo? —preguntó Ortega, con el tono calmo del profesional.

Pitt ya estaba bajando la escalerilla, y estuvo a punto de arrollar a Giordino, que se apartó bruscamente.

—Por aquí, inspector. Las mujeres estaban en mi camarote.

A Pitt le remordía la conciencia por no haberse dado cuenta de que Rita era una mujer capaz de cometer un asesinato. Se maldijo por no haber acompañado a Renée, por haberla enviado sola a ocuparse de su asesina.

—Oh, no —exclamó.

Renée, desnuda, estaba tendida en la cama con las piernas juntas y los brazos extendidos para formar una cruz. La imagen del logo de Odyssey, el caballo blanco celta de Uffington, aparecía dibujada en su vientre.

Rita se comportó dócilmente cuando Renée le quitó las ligaduras de las muñecas. Sin embargo, cuando Renée, sin pensar en absoluto que su vida estaba en peligro con cinco hombres a menos de tres metros de distancia, se agachó para cortar la cinta adhesiva de las piernas y los tobillos de Rita, la arpía unió las manos y las descargó como si fuesen un martillo contra la nuca de la científica. Renée se desplomó sin emitir ni un sonido.

Después le quitó las prendas, la tendió sobre la cama y apretó una almohada contra su rostro. No hubo ningún amago de resistencia. Inconsciente, Renée murió asfixiada sin sufrimiento. A continuación, Rita cogió las tijeras del neceser de Pitt, que estaba en el baño, y trazó la imagen del caballo celta en el vientre de Renée. Desde el principio hasta el final, no tardó más de cuatro minutos.

Sin perder ni un segundo, Rita fue hasta la sección de proa y salió a cubierta por la escotilla de proa, protegida por la timonera. Fuera de la vista de los hombres que conversaban en la cubierta de popa, se descolgó por la borda y se sumergió en el agua

silenciosamente. Nadó por debajo del agua hasta el lado opuesto del embarcadero, llegó a la costa y se arrastró entre la densa vegetación que cubría la ribera. En el mismo momento en que Giordino descubrió el cadáver de Renée, Rita desaparecía en la selva.

—La mujer no podrá llegar muy lejos —manifestó Ortega—. No hay carreteras en el río Colorado. No podrá escapar con vida de la selva. Mis hombres la detendrán antes de que pueda conseguir un avión o una lancha.

—Solo va vestida con un biquini —le informó Pitt.

—¿Se ha ido sin ropa?

—El armario de Renée está cerrado y las prendas que vestía están desparramadas en cubierta —dijo Gunn. Señaló las prendas, que estaban donde Rita las había tirado.

—¿Lleva dinero? —preguntó el inspector.

—No lo creo —respondió Pitt—. A no ser que Renée llevara algo encima, cosa que dudo.

—Sin dinero ni pasaporte, no tiene más alternativa que la de intentar escapar a través de la selva.

—Un lugar donde una mujer en biquini no tiene muchas posibilidades de sobrevivir —opinó McGee, desde la puerta.

—Por favor, cierren el camarote y no toquen nada —dijo Ortega.

—¿No podemos al menos vestirla? —preguntó Pitt.

—No hasta que llegue el equipo forense y analice la escena del crimen.

—¿Cuándo podremos repatriar el cadáver?

—Dentro de dos días —contestó Ortega cortésmente—. Mientras tanto, les ruego que permanezcan aquí y disfruten de la hospitalidad del señor McGee hasta que les tomemos declaración y acabemos con el papeleo. —Miró a Renée con una expresión indiferente—. ¿Era norteamericana?

Dodge le dio la espalda a la cama porque no soportaba ver el cadáver de su compañera.

—Vivía en Richmond, Virginia —murmuró con la voz ahogada por la emoción.

Pitt miró a Gunn.

—Creo que lo mejor será informar al almirante.

—No se lo tomará a la ligera. Lo conozco. Es muy capaz de pedirle al Congreso que declare la guerra y envíe a la infantería de marina.

Por primera vez, en el rostro de Ortega apareció una expresión de asombro.

—¿Es capaz de hacerlo, señor?

—Es una forma de hablar —le explicó Pitt y, sin hacer caso de la orden del inspector, cubrió a Renée con una manta.

Rita avanzó a paso rápido a través de la selva, sin alejarse mucho de la ribera, hasta que llegó al puerto deportivo del río Colorado. Siguió los carteles del sendero

que llevaba a la piscina. Vestida con el biquini, no llamó la atención entre las otras mujeres que tomaban el sol alrededor de la piscina mientras sus maridos se divertían pescando tarpones y róbalo en el río.

Sin hacer caso de las miradas de admiración de los salvavidas y los camareros, cogió una toalla de una tumbona desocupada y se la echó al hombro. Luego se alejó por el camino entre las habitaciones del hotel. Entró en la primera que vio con la puerta abierta, donde una de las camareras estaba haciendo la limpieza.

—Tómese su tiempo —le dijo en español a la mujer, como si fuese la verdadera ocupante de la habitación.

—Ya he acabado —respondió la camarera. Se llevó las toallas sucias al carrito que había dejado en el camino y cerró la puerta.

Rita se sentó a la mesa, cogió el teléfono y pidió una línea exterior. En cuanto atendieron la llamada, dijo:

—Aquí Flidais.

—Un momento.

Luego se escuchó otra voz:

—La línea es segura. Ya pueden hablar.

—¿Flidais?

—Sí, Epona, estoy aquí.

—¿Por qué me llamas por una línea abierta desde un hotel?

—Ha surgido un problema.

—¿Sí?

—Un barco de la NUMA que buscaba el origen del légamo marrón no se dejó engañar por el holograma y destruyó nuestro yate.

—Entiendo —declaró la mujer llamada Epona, con la más absoluta frialdad—. ¿Dónde estás?

—Después de hundir el yate, me capturaron los de la NUMA. Conseguí escapar y ahora me encuentro en una habitación del puerto deportivo del río Colorado. No creo que la policía tarde mucho en rastrear me hasta aquí.

—¿Qué hay de nuestra tripulación?

—Unos cuantos murieron. Los demás escaparon en el helicóptero y me dejaron abandonada.

—Ya nos ocuparemos de ellos. —Hubo una pausa—. ¿Te interrogaron?

—Lo intentaron. Me inventé una historia y les dije que me llamaba Rita Anderson.

—Espera ahí. No cuelgues.

Flidais, alias Rita, fue al armario y encontró un vestido estampado de la talla cuarenta. Ella usaba una treinta y ocho, pero se dijo que era preferible que le fuese grande antes que pequeño. Se lo puso encima del biquini. Luego cogió un pañuelo y

se lo ató en la cabeza para ocultar los cabellos rojos. No le preocupaba en lo más mínimo robar las prendas de otra mujer y cargarla con una abultada cuenta de teléfono, después de haber asesinado a Renée. A continuación se calzó unas sandalias que le quedaban un poco apretadas. Unas gafas de sol que estaban en la mesa de noche completaron su atuendo.

Sonrió para sus adentros cuando encontró el bolso de la ocupante en un cajón de la cómoda. La razón de que las mujeres no pensaban en un escondite más adecuado para sus objetos de valor era un misterio para Flidais. Todos los rateros de hotel sabían que las mujeres siempre ocultaban sus bolsos, incluidos los monederos, debajo de las prendas en un cajón. Encontró ochocientos dólares norteamericanos y un puñado de colones. Como el cambio era de 369 000 colones por dólar, los turistas acostumbraban pagar con dólares.

Barbara Hacken era el nombre que aparecía debajo de la foto del carnet de conducir y la foto del pasaporte. Excepto por el color de los cabellos y unos años de diferencia, podrían haber pasado por hermanas. Flidais entreabrió la puerta para ver si aparecía la ocupante, cuando se escuchó la voz de Epona en el teléfono.

—Ya está arreglado, hermana. Mi avión privado irá a recogerte al aeropuerto. Te estará esperando cuando llegues. ¿Tienes algún medio de transporte?

—El hotel seguramente dispone de un coche para llevar y traer a los huéspedes desde el aeropuerto.

—Quizá te pidan algún documento de identidad en los controles.

—Eso ya está solucionado —respondió Flidais. Se colgó el bolso en un hombro—. Te veré a ti y a las hermanas en la ceremonia dentro de tres días.

Colgó el auricular y se dirigió a la recepción. Pasó junto a dos policías que recorrían el lugar. Como buscaban a una mujer en biquini, solo la miraron de pasada, convencidos de que se alojaba en el hotel. Vio a Barbara Hacken que tomaba el sol junto a la piscina. Parecía estar dormida. Cuando Flidais entró en la recepción, el propietario estaba detrás del mostrador y le sonrió cuando ella le pidió un coche.

—Espero que usted y su marido no hayan decidido marcharse.

—No —respondió, mientras se rascaba la nariz para ocultar el rostro—. Está en el río dispuesto a pescar el ejemplar más grande. Voy al aeropuerto para saludar a unos amigos que hacen una escala técnica en su viaje a la ciudad de Panamá.

—¿Vendrá a cenar?

—Por supuesto —respondió mientras se alejaba—. ¿En qué otro lugar podría cenar?

Cuando el coche llegó a la entrada del aeropuerto, el conductor se detuvo a la espera de que el guardia de seguridad saliera de la garita.

—¿Se marcha usted de río Colorado? —le preguntó a través de la ventanilla abierta.

—Sí. Voy a Managua.

—Su pasaporte, por favor.

Le dio el pasaporte de Barbara Hacken y miró en la dirección opuesta.

El guardia cumplió con el reglamento. Se tomó su tiempo para comparar la foto del pasaporte con las facciones de Flidias. Llevaba los cabellos cubiertos con un pañuelo, pero unas pocas puntas rojas asomaban por debajo de la seda. No le preocupó; las mujeres cambiaban de color de cabello de una semana para la otra. El rostro se parecía, pero las gafas de sol le impedían ver los ojos.

—Por favor, abra su equipaje.

—Lo siento, no tengo. Mañana es el cumpleaños de mi marido. He olvidado comprarle un regalo, así que voy a Managua para comprarle uno. Regreso mañana por la mañana.

Satisfecho, el guardia le devolvió el pasaporte y le indicó al chófer que podía pasar.

Cinco minutos más tarde, todos los que se encontraban en un radio de un kilómetro del aeropuerto miraron asombrados cómo un avión color lavanda, que parecía demasiado grande para aterrizar en la pista local, pasó casi rozando las copas de los árboles y se posó con toda suavidad. El piloto invirtió los motores y pisó los frenos. El aparato se detuvo cuando faltaban un centenar de metros para el final de la pista. Luego dio la vuelta y carreteó hasta donde Flidais esperaba en el coche. Al cabo de otros cinco minutos, el Beriev Be210 despegaba rumbo a la ciudad de Panamá.

Los dos hombres que parecían dormitar en la cubierta de lo que los lugareños llamaban una panga tenían el mismo aspecto de todos los demás que pescaban en el río San Juan. Vestían unos amplios pantalones cortos blancos, camisetas y gorras de béisbol blancas. Había dos cañas sujetas en la popa de la panga, con los sedales tensos en el agua.

Con la excepción de un pescador experto que se hubiera tomado la molestia de fijarse, nadie más en la orilla habría advertido que los sedales no tenían anzuelo. En un río abarrotado de peces, era imposible que alguno no mordiera el anzuelo a los pocos segundos de entrar en el agua.

La embarcación era propulsada por un motor Mariner fuera de borda de treinta caballos. El timón se accionaba con unos cables que salían de una columna central donde había un volante de coche. La panga, de seis metros de eslora y fondo plano, navegaba por las mansas aguas del río, que atravesaba la selva bajo una suave lluvia. Estaban viajando en mitad de la larga estación lluviosa que comenzaba en mayo y duraba hasta enero. La vegetación en los márgenes era tan espesa que parecía que cada planta luchaba con su vecina para atisbar el sol, que asomaba muy de cuando en cuando entre la gruesa capa de nubes.

Pitt y Giordino habían comprado la panga —que llevaba pintado en la proa el nombre *Greek Angel*— junto con el combustible y las provisiones, unas pocas horas después de que el avión de la NUMA despegara rumbo a Washington con Rudi Gunn, Patrick Dodge y el cadáver de Renée Ford a bordo. El equipo encargado de la reparación del pesquero había embarrancado al *Poco Bonito* con la marea baja y ahora trabajaba a toda prisa para dejarlo en condiciones de emprender la travesía de regreso al norte.

Jack McGee los agasajó con una fiesta de despedida e insistió en cargar la lancha con cajones de cerveza y vino más que suficientes para montar un bar. El inspector Ortega fue uno de los invitados. Les agradeció la colaboración en las investigaciones, y manifestó su pesar por el asesinato de Renée. También estaba dolido porque la mujer a la que conocían como Rita Anderson había eludido el cerco policial. En cuanto los hombres de Ortega se enteraron del robo del pasaporte de Barbara Hacken, y después de interrogar al propietario del hotel y al guardia de seguridad del aeropuerto, llegaron a la conclusión de que Rita había escapado de Costa Rica rumbo a los Estados Unidos.

Pitt añadió otro ingrediente al enigma cuando supo que el avión estaba pintado de color lavanda. Este hecho situaba a Rita directamente en el bando de Odyssey. Ortega juró que perseguiría a la asesina por todo el mundo y que solicitaría la cooperación de la policía norteamericana.

Pitt se había instalado cómodamente en un sillón elevado delante del timón, y pilotaba la embarcación con un pie mientras pasaban por unas tranquilas y pintorescas lagunas que se comunicaban con el río. Giordino se había hecho con una tumbona y un cojín de McGee, y ahora estaba tumbado, con los pies colgados por encima de la proa, con un ojo atento a los cocodrilos de seis metros de largo que se calentaban al sol en las orillas.

Buen conocedor de la selva, Giordino se protegía con una mosquitera. Aunque era algo que no se mencionaba en los folletos de viaje, en esa parte del mundo los condenados chupasangres abundaban como las gotas de lluvia. Pitt, que no quería verse impedido en sus movimientos, había optado por rociarse con repelente.

Los primeros treinta kilómetros los habían llevado por el río Colorado hacia el noroeste hasta que llegaron a las fangosas aguas del río San Juan, que servía de sinuosa frontera entre Nicaragua y Costa Rica. A partir de allí habían recorrido otros ochenta kilómetros río arriba hasta la ciudad de San Carlos, situada en el lago Cocibolca, más conocido como lago de Nicaragua.

—Sigo sin ver el menor rastro de que aquí estén construyendo —dijo Giordino, que miraba la costa a través de los prismáticos.

—Ya lo has visto —replicó Pitt, sin apartar la mirada de los centenares de aves multicolores que anidaban en las ramas que se extendían sobre el agua.

Giordino se giró en la tumbona, se bajó las gafas de sol y miró a Pitt por encima de la montura como un apostador que ofrece cien a uno para el favorito en la siguiente carrera.

—¿Qué quieres decir?

—Tu amiga Micky Levy, ¿la recuerdas?

—El nombre me suena —murmuró Giordino, sin entender a qué se refería su compañero.

—Durante la cena habló de los planes para construir un «puente subterráneo», un túnel ferroviario que atravesaría Nicaragua de un océano al otro.

—También dijo que el proyecto no llegó a ponerse en marcha porque Specter lo había abandonado.

—Una mentira.

—Una mentira —repitió Giordino, como un loro.

—Después de que los ingenieros y los geólogos, como tu amiga Micky, acabaron los estudios, los ejecutivos de Odyssey insistieron en que firmaran unos acuerdos de confidencialidad por los que se comprometían a no revelar ninguna información sobre el proyecto. Specter amenazó con no pagarles si no firmaban. Luego anunciaron que, tras el estudio de los informes, habían decidido abandonar el proyecto por inviable y por tener un coste prohibitivo.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Llamé a tu amiga Micky poco antes de salir de Washington y después de que me enviaran los planos del lugar —respondió Pitt con toda naturalidad.

—Continúa.

—Le hice unas cuantas preguntas más respecto a Specter y el puente subterráneo. ¿No te lo dijo?

—Se le habrá olvidado —contestó Giordino pensativamente.

—En cualquier caso, tal como hemos comprobado, Specter nunca tuvo la intención de abandonar el proyecto. Los ingenieros de Odyssey llevan cavando furiosamente desde hace dos años. Esto se deduce del puerto que vimos, con los barcos portacontenedores descargando lo que probablemente era maquinaria pesada para las excavaciones.

—¿No fui yo acaso quien dijo que sería un truco fantástico si consiguieran esconder millones de toneladas de roca y fango?

—Acertaste de lleno: es un truco fantástico.

Una luz se encendió de pronto en la mente de Giordino.

—¿El légamo marrón?

—Exactamente —manifestó Pitt—. En las fotografías tomadas desde los satélites nunca ha aparecido indicio alguno de las obras porque no los hay. La única manera de esconder millones de toneladas de roca y tierra era construir una cañería submarina, mezclar el material excavado con agua y bombearlo al mar a un par de kilómetros de la costa.

Giordino abrió una lata de cerveza costarricense y se enjugó el sudor de la cara con una toalla debajo de la mosquitera. Se pasó la lata fría por la frente.

—Vale, tío listo, ¿por qué el secreto? ¿Qué motivo puede tener Specter para llegar a semejantes extremos en su deseo de ocultar el proyecto? ¿Cuál es el beneficio que obtiene si se proyectó para el transporte de mercaderías y materiales de un océano a otro y nadie sabe que está allí?

Pitt cogió al vuelo la lata que le arrojó Giordino y la abrió.

—Si lo supiera, no estaríamos ahogándonos en nuestro propio sudor mientras nos dedicamos a contemplar la fauna y la flora tropical.

—¿Qué esperas encontrar?

—Una entrada. Es imposible que oculten a los hombres y las máquinas que entran y salen de los túneles.

—¿Crees que la encontraremos atravesando esta selva en la *Reina de África*?

Pitt se echó a reír.

—No en la superficie, sino debajo. Según los planos de Micky, la excavación pasa por debajo de una ciudad llamada El Castillo, que está a medio camino del río.

—¿Cuál es el atractivo de El Castillo?

—Los túneles de gran longitud necesitan pozos de ventilación para suministrar

aire a los trabajadores, enfriar o calentar el aire según se necesite, y ventilar los humos de los escapes de las máquinas o de algún posible incendio.

Giordino miró inquieto un enorme cocodrilo que se sumergía en el agua. Luego observó la impenetrable vegetación de la ribera norte.

—Espero que no se te ocurra que caminemos por allí dentro. El hijito querido de mamá Giordino no está hecho para esas cosas.

—El Castillo es una comunidad aislada sobre el río, sin caminos. La principal atracción turística es una vieja fortaleza española.

—¿Tú crees que han sido capaces de perforar un pozo de ventilación en una ciudad, a la vista de todo el mundo? —preguntó Giordino, que no lo veía claro—. A mí me parece que la selva es un lugar mucho más apropiado para los pozos de ventilación. Es tan densa que ninguna fotografía aérea podría distinguirlos.

—No dudo que la mayoría están ocultos en la selva, pero cuento con la posibilidad de que construyeran alguno cerca de un lugar civilizado por si tienen que utilizarlo para una evacuación de emergencia.

El paisaje a lo largo del río era absolutamente espectacular, y los dos hombres guardaron silencio mientras contemplaban la belleza de la vegetación y la fauna. Era como hacer un safari acuático a través del más increíble esplendor tropical. Vieron monos araña de cara blanca, que se burlaban de los jaguares que rugían al pie de los árboles. Osos hormigueros grandes como gorrinos se movían entre la maleza, a una distancia prudente de la orilla para evitar los ataques de los caimanes y los cocodrilos. Los tucanes y los papagayos multicolores volaban entre un arco iris de mariposas y orquídeas. Mark Twain había hecho este mismo viaje y había descrito la selva que atravesaba el río San Juan como un paraíso terrenal, el lugar más encantador del mundo.

Pitt mantuvo al *Greek Angel* a una velocidad de cinco nudos. Aquéllas no eran aguas para navegar a toda velocidad y provocar un oleaje que perturbara la perfección de la costa. Mil trescientas hectáreas de selva virgen formaban la reserva biológica de Indio Maíz, donde vivían trescientas especies de reptiles, doscientas de mamíferos y más de seiscientas de aves.

Eran las cuatro de la tarde cuando dejaron el río San Juan y entraron en el río Bartola. Atracaron en el muelle del Refugio y Centro de Investigación Bartola. El complejo contaba con once habitaciones con baño privado y mosquiteras. Pitt y Giordino cogieron una habitación cada uno.

Después de asearse, fueron al bar y restaurante. Pitt pidió un tequila con hielo, de marca desconocida. Giordino, que afirmaba haber visto una docena de películas de Tarzán donde aparecían ingleses de safari, se decidió por la ginebra. Pitt advirtió la presencia de un hombre muy gordo vestido con un traje blanco, que ocupaba una mesa cerca de la barra. Tenía todo el aspecto de ser un respetado residente local,

alguien que podría ser una mina de información. Pitt se le acercó.

—Perdone, señor, ¿aceptaría tomar una copa con nosotros?

El hombre se volvió hacia él y Pitt vio que era muy mayor, rondando los ochenta. Tenía el rostro arrebolado y sudaba copiosamente, aunque no se veía mancha alguna de sudor en el traje blanco. Se pasó un pañuelo por la calva y asintió.

—Por supuesto, por supuesto. Soy Percy Rathbone. Quizá sería más sencillo si comparten mi mesa —respondió, y con un gesto señaló su corpachón, que ocupaba toda la butaca de mimbre.

—Me llamo Dirk Pitt y mi amigo es Al Giordino.

El apretón de manos fue firme pero sudoroso.

—Encantado de conocerlos. Siéntense, siéntense.

A Pitt le pareció divertido el hábito de Rathbone de repetir las palabras.

—Tiene usted el aspecto de un hombre que conoce y disfruta de la selva.

—Se nota, se nota, ¿verdad? —Rathbone se rió—. He vivido en la costa del río en Costa Rica y Nicaragua desde que era muy joven. Mi familia llegó aquí durante la Segunda Guerra Mundial. Mi padre era un agente británico que vigilaba a los alemanes que intentaban montar instalaciones secretas en las lagunas para reabastecer a sus submarinos.

—Si me permite la pregunta, ¿cómo se gana la vida alguien que vive en un río en medio de ninguna parte?

Rathbone miró a Pitt con una expresión astuta.

—¿Me creería, me creería si le dijera que vivo del turismo?

Pitt no estaba muy seguro de si debía creerle, pero le siguió el juego.

—Entonces tiene usted una empresa.

—Así es, así es. Me gano un buen dinero con los pescadores y amantes de la naturaleza que vienen a visitar el refugio. Tengo una pequeña cadena de hoteles entre Managua y San Juan del Norte. Tendrían que consultar mi página web cuando regresen a casa.

—Sin embargo, este refugio está atendido por empleados de parques naturales.

Rathbone pareció ponerse algo tenso ante la puntualización de Pitt.

—Es verdad, es verdad. Estoy de vacaciones. Prefiero descansar en algún lugar donde no me incordien mis huéspedes. ¿Qué me dicen de ustedes? ¿Han venido a pescar?

—A pescar y a disfrutar de la vida salvaje. Comenzamos nuestro viaje en Barra del Colorado y tenemos la intención de llegar hasta Managua.

—Un viaje fantástico, fantástico —afirmó Rathbone—. Disfrutarán hasta el último minuto. No hay nada como esto en todo el hemisferio.

El camarero sirvió otra ronda y Giordino cargó la cuenta a su habitación.

—Dígame, señor Rathbone, ¿cómo es que un río que va casi desde el Pacífico al

Atlántico es tan poco conocido en el extranjero?

—El río San Juan era famoso en todo el mundo hasta que construyeron el canal de Panamá. Entonces cayó en el olvido. Un conquistador español llamado Hernández de Córdoba navegó por el San Juan en 1524. Remontó el curso hasta el lago de Nicaragua y fundó la ciudad de Granada en la orilla opuesta. Los españoles que siguieron a Córdoba construyeron fuertes por toda Centroamérica para mantener apartados a los ingleses y franceses. Uno era El Castillo, que está a unos pocos kilómetros de aquí, río arriba.

—¿Los españoles tuvieron éxito? —preguntó Pitt.

—Desde luego que sí, desde luego. —Rathbone agitó las manos—. Aunque no del todo. Henry Morgan y *sir* Francis Drake remontaron el río, pero no consiguieron pasar El Castillo para llegar hasta el lago. Unos cien años más tarde, los siguió Horatio Nelson, cuando no era más que un capitán. Navegó río arriba con una flotilla y atacó El Castillo, que todavía se alzaba. El asalto fracasó. Fue la única vez en su carrera que perdió una batalla. Recordó la vergüenza por todo el resto de su vida.

—¿Por qué? —preguntó Giordino.

—Porque perdió un ojo durante el ataque.

—¿El derecho o el izquierdo?

Rathbone pensó durante un momento, al no captar la broma, y luego se encogió de hombros.

—No lo recuerdo.

Pitt bebió un sorbo de tequila.

—¿Durante cuánto tiempo controlaron el río los españoles?

—Más o menos hasta 1850 y el comienzo de la fiebre del oro en California. El comodoro Vanderbilt, un magnate ferroviario y naviero, aprovechó la ocasión. Llegó a un acuerdo con los españoles para ofrecer un servicio de transporte a los buscadores que habían sacado pasaje en sus barcos en Nueva York y Boston para el largo viaje hasta California. Los pasajeros llegaban a San Juan del Norte, donde hacían transbordo a los barcos fluviales. Luego remontaban el San Juan y cruzaban el lago hasta La Virgen. Desde allí, solo tenían que recorrer unos veinte kilómetros en diligencia hasta el pequeño puerto de San Juan del Sur, en el Pacífico, donde una vez más subían a bordo de los vapores de Vanderbilt, que los llevaban hasta San Francisco.

Los buscadores no sólo se ahorraban centenares de kilómetros al no tener que dar la vuelta al cabo de Hornos, sino que también se evitaban otros mil porque no pasaban por el istmo de Panamá al sur.

—¿Cuándo acabó el tráfico fluvial? —preguntó Pitt.

—La *Accesory Transit Company*, como la llamó Vanderbilt, cesó en sus actividades con la construcción del canal de Panamá. El comodoro construyó una

enorme mansión en San Juan del Norte, que todavía existe, aunque está abandonada. El río cayó en el olvido durante ochenta años, hasta que a partir de 1990 se convirtió en una atracción turística.

—Parece un trazado mucho más lógico para un canal que el de Panamá.

Rathbone sacudió la cabeza con una expresión apenada.

—Efectivamente, efectivamente, pero las jugarretas políticas de su presidente Roosevelt hicieron que lo llevaran centenares de kilómetros más al sur.

—Aun así, se podría cavar un canal en esta zona —opinó Giordino pensativamente.

—Es demasiado tarde. Hay poderosos intereses comerciales que defienden la exclusividad del canal. Por otra parte, los movimientos ecologistas se opondrían con uñas y dientes. Aun en el caso de que el gobierno nicaragüense diera el visto bueno, no encontrarían a nadie dispuesto a financiarlo.

—Alguien me comentó que una empresa estaba interesada en construir un túnel ferroviario que atravesaría el país de un océano al otro.

Rathbone contempló el río durante unos instantes.

—Durante algunos meses circularon rumores al respecto, pero nada concreto. Vinieron unos cuantos equipos de prospección que recorrieron la selva. Los helicópteros iban y venían incesantemente. Los geólogos y los ingenieros llenaron mis hoteles y bebieron mi *whisky*, pero después de casi un año hicieron las maletas, regresaron a sus casas y allí acabó todo.

Giordino se acabó la ginebra y pidió otra.

—¿Ninguno volvió por aquí?

—No que yo sepa. —Rathbone sacudió la cabeza.

—¿Dieron alguna razón para abandonar el proyecto? —preguntó Pitt.

El viejo volvió a sacudir la cabeza.

—No encontré a nadie que supiera más que yo. Rescindieron los contratos y les pagaron. Al parecer, todo se llevó a cabo muy en secreto. La noche anterior a la partida, uno de los ingenieros que estaba borracho me dijo que a él y a sus compañeros les habían hecho jurar que guardarían el secreto.

—¿La empresa contratista se llamaba Odyssey?

Rathbone pareció un tanto sorprendido al escuchar el nombre.

—Sí, ése era el nombre, ese era. Odyssey. El dueño incluso se alojó en mi hotel, en El Castillo. Un tipo enorme. Debía de pesar cerca de los doscientos kilos. Dijo llamarse Specter. Muy extraño. Nunca le vi el rostro. Siempre iba rodeado por una comitiva, la mayoría mujeres.

—¿Mujeres? —Giordino se animó.

—Muy atractivas, pero también muy profesionales. Distantes, muy eficaces. Nunca hablaban ni se mostraban dispuestas a tratar mucho con la gente del lugar.

—¿Cómo llegaron hasta aquí? —quiso saber Pitt.

—Vinieron y se fueron en un enorme hidroavión, pintado como una orquídea.

—¿Lavanda?

—Sí, quizá era lavanda.

Giordino agitó la ginebra que tenía en la copa.

—¿Llegó a saber por qué abandonaron el proyecto?

—Los rumores mencionaron cincuenta razones, pero ninguna tenía el menor sentido. Mis amigos en el gobierno en Managua se mostraron tan sorprendidos como todos los demás que vivimos a lo largo del río. Afirmaron que ellos no tenían culpa alguna. Le habían ofrecido a Odyssey todos los beneficios y ventajas posibles, dado que el proyecto habría sido un gran paso en favor de la economía nicaragüense. En mi opinión, Specter encontró otros proyectos más rentables para su empresa y se largó.

En aquel momento notaron como la tierra se sacudía, y los cubitos de hielo tintinearón en las copas al tiempo que el contenido se agitó como si cayeran las gotas de una lluvia invisible. Las copas de los árboles oscilaron y las aves remontaron el vuelo espantadas. También se escucharon los lamentos de los animales.

—Un terremoto —comentó Giordino con tono indiferente.

—Un temblor de tierra de poca monta —dijo Pitt. Bebió otro sorbo de tequila.

—No parecen ustedes muy preocupados por los temblores de tierra —manifestó Rathbone, sorprendido.

—Crecimos en California —le explicó Giordino.

Pitt intercambió una mirada con su compañero.

—Me pregunto si se producirán más temblores mientras continuemos nuestro viaje río arriba.

—Lo dudo —respondió Rathbone, que parecía inquieto—. Van y vienen como los truenos, pero muy de cuando en cuando y no provocan ningún daño. Los nativos son muy supersticiosos. Creen que han regresado los antiguos dioses y que ahora viven en la selva. —Calló mientras se levantaba lentamente con gran esfuerzo. No parecía tener mucho equilibrio—. Caballeros, gracias por la copa. Ha sido un placer hablar con ustedes. Pero con la edad llega el deseo de retirarse temprano. ¿Nos volveremos a ver mañana?

Pitt se levantó para estrecharle la mano.

—Quizá. Es probable que por la mañana salgamos a dar un paseo para disfrutar del panorama y continuemos el viaje a última hora de la tarde.

—Nos gustaría pasar un día en El Castillo y ver las ruinas de la fortaleza antes de seguir viaje hasta el lago de Nicaragua —añadió Giordino.

—Mucho me temo que sólo podrán ver la fortaleza desde lejos —dijo Rathbone—. La policía ha cerrado todo el recinto y no se admiten visitas. Afirman que está en

malas condiciones y que las multitudes empeoran la situación. Para mí no son más que excusas; la lluvia provoca mucho más daño que las pisadas de unos pocos turistas.

—¿La policía nicaragüense vigila la fortaleza?

—Hay más vigilancia que en una fábrica de bombas atómicas. Cámaras, perros y una cerca de alambre de espino de tres metros de altura. Uno de los habitantes de El Castillo, un tipo llamado Jesús Diego, se dejó llevar por la curiosidad e intentó saltarse los controles. Al pobre hombre lo encontraron colgado en un árbol de la ribera.

—¿Muerto?

—Así es. —Rathbone se apresuró a cambiar de tema—. Yo en su lugar no me acercaría por allí.

—Tendremos en cuenta su consejo —dijo Pitt.

—Bien, caballeros, ha sido un placer. Buenas noches.

Mientras miraban al anciano que se alejaba con paso cansino, Giordino le preguntó a Pitt:

—¿Qué te parece?

—No es lo que aparenta —respondió Pitt escuetamente—. No hizo ninguna mención del puerto.

—Supongo que te habrás fijado en sus manos.

—La piel se veía demasiado elástica y libre de manchas para ser un hombre que ronda los ochenta.

Giordino llamó al camarero con un gesto.

—¿Qué te pareció la voz? Tenía un tono artificial, como si fuese una grabación.

—Aparentemente, el señor Rathbone intentaba engañarnos.

—Sería interesante saber a qué juega.

Cuando el camarero les sirvió otra ronda y les preguntó si ya querían cenar, ambos asintieron y lo siguieron al comedor. Mientras se sentaban, Pitt le preguntó al camarero:

—¿Cómo se llama usted?

—Marcos.

—Marcos, ¿es habitual que se produzcan temblores de tierra en la selva?

—Oh, sí, señor. Aunque sólo ocurren desde hace tres o cuatro años, cuando comenzaron a remontar el río.

—¿Los temblores remontan el río? —preguntó Giordino, intrigado.

—Sí, muy lentamente.

—¿En qué dirección?

—Comenzaron en la desembocadura del río en San Juan del Norte. Ahora sacuden la tierra más allá de El Castillo.

—Está claro que no es un extraño fenómeno causado por la Madre Naturaleza. Giordino exhaló un suspiro.

—Quisiera saber dónde se oculta Sheena, la reina de la selva, cuando uno la necesita.

—Los dioses nunca permitirán que el hombre descubra sus secretos, y menos en la selva —declaró Marcos, que miró en derredor como si esperara ver a un asesino dispuesto a lanzarse sobre él—. Ningún hombre que entra en la selva sale con vida.

—¿Cuándo comenzaron a desaparecer los hombres en la selva? —preguntó Pitt.

—Hace cosa de un año, una expedición universitaria entró para estudiar la flora y la fauna, y desapareció. Nunca encontraron ni el más mínimo rastro. La selva guarda muy bien sus secretos.

Por segunda vez, Pitt miró a Giordino y ambos esbozaron una sonrisa.

—No sé qué decir —manifestó Pitt con voz pausada—. Los secretos tienen el curioso hábito de acabar por descubrirse.

La fortaleza se alzaba en la cumbre de una colina aislada, que se parecía más a un gran montículo cubierto de hierba y rodeado por diversas variedades de árboles. El castillo de la Inmaculada Concepción había sido diseñado con los criterios de las fortificaciones construidas por el ingeniero militar Vauban, con bastiones en las cuatro esquinas. Se conservaba en muy buen estado a pesar de que llevaba cuatrocientos años soportando el castigo de las lluvias torrenciales.

—Supongo que ya sabes —comentó Giordino— que el allanamiento está fuera de nuestra línea de trabajo.

Tendido de espaldas, contemplaba las estrellas. Pitt estaba recostado a su lado, muy ocupado en observar la cerca que rodeaba la fortaleza a través de las gafas de visión nocturna.

—No sólo eso, sino que la NUMA no paga el plus de peligrosidad.

—Creo que lo mejor sería llamar al almirante y a Rudi Gunn para ponerlos al corriente de nuestras aventuras. En cuanto nos metamos bajo tierra, no podremos utilizar el teléfono.

Pitt sacó el teléfono de la mochila y comenzó a marcar un número.

—Sandecker es muy madrugador, así que se acuesta temprano. Llamaré a Rudi. Sólo hay una hora de diferencia con Washington.

La conversación duró cinco minutos.

—Rudi enviará un helicóptero a San Carlos por si surge la necesidad de salir pitando.

Giordino volvió a fijar la atención en la fortaleza.

—No veo escaleras, sólo rampas.

—Las rampas de piedra eran mucho más prácticas a la hora de subir y bajar la artillería desde las almenas —afirmó Pitt—. Los constructores de la época sabían tanto de edificar fortalezas como los de hoy cuando levantan un rascacielos.

—¿Ves alguna cosa que se parezca a la salida de un pozo de ventilación?

—Seguramente sale a través de la almena central.

Giordino agradeció que fuese una noche sin luna.

—¿Cómo haremos para cruzar la cerca y conseguir que no nos descubran las cámaras, las alarmas, los guardias y los perros?

—Vamos por orden. Antes de preocuparnos por todo lo demás hemos de cruzar la cerca —respondió Pitt, que estudiaba el terreno alrededor de la fortaleza.

—¿Se te ocurre cómo hacerlo? Tiene una altura de tres metros.

—Podríamos probar de saltarla con una pértiga.

Giordino miró a Pitt como si hubiese perdido el juicio.

—Lo dirás en broma.

—Sí. —Pitt sacó un rollo de cuerda de la mochila—. ¿Todavía puedes trepar a los árboles o la artritis te impide cualquier actividad física?

—Mis viejas articulaciones no están ni la mitad de endurecidas que las tuyas.

Pitt le dio una palmada en el hombro.

—En ese caso, veamos si dos viejos achacosos todavía pueden revivir antiguas proezas.

Después de desayunar en el refugio, y fieles a la palabra dada a Rathbone, Pitt y Giordino se unieron a un grupo de turistas para una visita a la reserva. Se mantuvieron en la retaguardia, y conversaron entre ellos, sin hacer caso de las aves multicolores ni de los extraños animales.

Cuando regresaron, Pitt hizo algunas discretas averiguaciones sobre el anciano y, tal como sospechaba, los empleados del refugio sólo sabían que Rathbone era un huésped más, que había presentado un pasaporte panameño a la hora de registrarse. No tenían noticia de que fuese el propietario de una cadena de hoteles ribereños.

A mediodía, después de pedir que les prepararan unos bocadillos, cargaron las maletas en el *Greek Angel* y reanudaron el viaje. El motor arrancó a la primera y salieron de la laguna para meterse en el río. Las riberas se veían más despejadas, con suaves y ondulantes colinas donde los árboles parecían haber sido plantados ordenadamente por un jardinero paisajista.

El Castillo se encontraba a sólo seis kilómetros río arriba; avanzaron a velocidad de tortuga. Una hora más tarde rodearon la última curva y pasaron por delante de la fortaleza colonial, que dominaba la ciudad. El musgo cubría las antiguas ruinas de piedra volcánica y les daba una apariencia que afeaba el maravilloso paisaje. En cambio, la pintoresca ciudad a orillas del río, con los tejados rojos y las pangas multicolores que llenaban la playa, era como un oasis que invitaba al descanso.

Excepto por el tráfico fluvial, El Castillo estaba completamente aislado del resto del mundo. No había carreteras, ni coches ni una pista de aterrizaje. La mayoría de los lugareños vivían de los cultivos en las colinas y de la pesca, mientras que los demás trabajaban en un aserradero y en una fábrica de aceite de palma que se encontraban a veinte kilómetros río arriba.

Pitt y Giordino querían que los vieran llegar y marcharse de la pequeña comunidad pesquera mientras continuaban su viaje por el río hasta el lago de Nicaragua, así que amarraron la panga en un pequeño muelle y caminaron unos cincuenta metros por una calle sin asfaltar hasta un modesto hotel con bar y restaurante. Pasaron por delante de casas de madera pintadas con colores brillantes y saludaron a tres niñas con vestidos amarillos que jugaban descalzas en una galería.

Se reservaron para la excursión nocturna los bocadillos que les habían preparado en el refugio Bartola y pidieron pescado fresco y cerveza nacional.

Los atendió el propietario, que se llamaba Aragón.

—Les recomiendo el gaspar. No abunda y, preparado con mi salsa especial, es delicioso.

—Gaspar —repitió Giordino—. Nunca lo he oído mencionar.

—Es una reliquia viviente, de hace millones de años. Tiene unas escamas enormes, hocico y colmillos. Le juro que no podrá comerlo en ninguna otra parte.

—Siempre estoy dispuesto a probar cosas nuevas —afirmó Pitt—. Me apunto al gaspar.

—Yo también, aunque tengo mis dudas —murmuró Giordino.

—Es una pena que no se pueda visitar la fortaleza —le comentó Pitt al patrón—. Me habían dicho que tiene un museo muy interesante.

Aragón se puso un poco tenso y miró furtivamente a través de la ventana hacia El Castillo.

—Sí, señor, es una lástima que se lo pierdan. El gobierno ha ordenado cerrarlo porque es peligroso para los turistas.

—Pues a mí me parece muy sólido —apuntó Giordino.

El dueño del hotel se encogió de hombros.

—Todo lo que sé es lo que me han dicho los policías de Managua.

—¿Los guardias se alojan en la ciudad? —preguntó Pitt.

—Se alojan en un barracón dentro de la fortaleza y casi nunca se los ve, excepto cuando los relevan y los recoge un helicóptero que viene desde Managua.

—¿Ninguno sale de la fortaleza, ni siquiera para tomar una copa o alternar?

—No, señor. No tratan con nosotros. Tampoco permiten que nadie se acerque a menos de diez metros de la cerca.

Giordino se sirvió la cerveza en un vaso.

—Es la primera vez que me entero de que un gobierno impide el acceso a los turistas a un museo porque amenaza ruina.

—¿Los caballeros se alojarán en el hotel esta noche? —preguntó Aragón.

—No, muchas gracias —contestó Pitt—. Me han dicho que hay unos rápidos río arriba y queremos atravesarlos cuando todavía hay luz.

—No tendrán ningún problema si se mantienen en el centro del canal. Si se va con cuidado es prácticamente imposible volcar en los rápidos. El problema para cualquiera que caiga por la borda en las aguas calmas son los cocodrilos.

—¿Aquí sirven filetes? —preguntó Pitt.

—Sí, señor. ¿Desea comer algo más?

—No, quisiéramos llevarnos algo de carne para la cena. Después de cruzar los rápidos, mi amigo y yo tenemos la intención de acampar en la orilla y comérmola hecha a las brasas.

—Ni se les ocurra acampar en la orilla. Busquen un lugar más alejado o correrán el riesgo de que se los coma un cocodrilo.

—Caramba. Saciar el apetito de un cocodrilo no es algo que me seduzca —afirmó Pitt con una gran sonrisa.

Salieron tarde, y atravesaron los rápidos río arriba de El Castillo sin problemas. Continuaron navegando hasta que estuvieron fuera de la vista de la ciudad. Al ver que no había más pangas que la propia entre los meandros, llevaron al *Greek Angel* a la costa, levantaron el motor fuera de borda y arrastraron la embarcación para meterla en la maleza hasta que quedó oculta a la vista de cualquier otra panga que pasara por allí.

Aún había algo de luz cuando encontraron un angosto sendero que llevaba hacia la ciudad. Se comieron los bocadillos y se echaron a dormir hasta la medianoche. Luego avanzaron cautelosamente por el sendero, con las gafas de visión nocturna puestas. Cuando llegaron a la ciudad rodearon las casas y se ocultaron entre unos arbustos, desde donde veían la fortaleza sin obstáculos. Ubicaron las cámaras de vigilancia y memorizaron sus posiciones.

Había comenzado a caer una lluvia fina que no tardó en empaparlos. Una lluvia fina en el trópico era como estar bajo la ducha abierta al máximo en el baño de casa. La temperatura del agua era cálida.

En cuanto estuvieron preparados, Pitt, seguido por Giordino, trepó a un jatobá que tenía más de treinta metros de altura y un tronco de metro veinte de diámetro. El árbol se alzaba a unos pasos de la cerca que rodeaba la fortaleza —que estaba coronada con una espiral de acero afilada como una navaja—, y sus ramas bajas se extendían por sobre ella. Giordino enlazó una gruesa rama que estaba a unos tres metros por encima de su cabeza y subió hasta otra más alta antes de arrastrarse por las ramas más pequeñas hasta pasar la verja, a poco más de tres metros del suelo. Hizo una pausa y observó el terreno a través de las gafas de visión nocturna.

Pitt cogió la cuerda y comenzó a subir caminando por el tronco. Llegó a la rama y avanzó cautelosamente hasta casi tocar las botas de Giordino.

—¿Alguna señal de guardias y perros? —susurró.

—Los guardias son unos vagos —respondió Giordino—. Han soltado a los perros para que campeen a su aire.

—Es un milagro que no nos hayan oído.

—No hables antes de hora. Veo a tres que miran en nuestra dirección. Ay, ay, ya vienen...

Antes de que los perros comenzaran a ladrar, Pitt metió la mano en la mochila, cogió los filetes que había comprado en el restaurante y los arrojó a una rampa que llevaba al bastión más cercano. Golpearon contra el suelo con un ruido característico que los perros captaron de inmediato.

—¿Estás seguro de que funcionará? —murmuró Giordino.

—En las películas siempre da resultado.

—No sabes cuánto me tranquiliza —gimió Giordino.

Pitt se descolgó de la rama y permaneció de pie. Giordino lo siguió, sin perder de vista a los perros, que devoraban la carne cruda con gran placer sin prestar la menor atención a los dos intrusos.

—Nunca más volveré a dudar de ti —prometió Giordino.

—No olvidaré que lo has dicho.

Pitt encabezó la marcha hacia una de las rampas de piedra. Utilizó las gafas de visión nocturna para ver cuándo la cámara de vigilancia más cercana llegaba al extremo de su recorrido. Silbó para avisarle a Giordino y su compañero corrió por el lado ciego de la cámara y roció el objetivo con pintura negra.

Continuaron avanzando, hicieron una pausa delante del edificio del museo —que estaba cerrado y a oscuras— y permanecieron atentos a cualquier ruido sospechoso. Escucharon el rumor de unas voces al otro lado de las almenas, en el patio de armas, donde habían instalado los barracones de los guardias. Entraron en lo que había sido una vez un almacén. Los muros de piedra se mantenían en pie; en cambio, el tejado y las vigas habían desaparecido.

Pitt señaló una torre que se alzaba por encima del resto de la fortaleza. Tenía la forma de una pirámide truncada.

—Si aquí sale uno de los pozos de ventilación, tiene que estar allí —dijo con voz queda.

—Es el único lugar lógico —asintió Giordino. Entonces escuchó con atención—. ¿Qué es ese ruido?

Pitt escuchó, con todos los sentidos alertas, mientras miraba hacia el lugar del que parecía proceder. Luego señaló de nuevo hacia la torre.

—Ese sonido parece ser el de unos extractores.

Sin apartarse de la zona de sombra, subieron por una angosta rampa de piedra construida en la pared de la torre, que acababa en una puerta. La corriente de aire fresco que salía por la pequeña abertura los golpeó con la fuerza de un vendaval. Pitt se agachó para protegerse del viento y, en cuanto entró en la torre, se encontró sobre la base de una gran jaula de tela metálica. El sonido de las paletas de los extractores al batir el aire era ensordecedor hasta el punto de hacerles doler los oídos.

—Menudo ruido —gritó Giordino.

—Eso es porque estamos directamente encima —respondió Pitt—. Sería mucho peor si no tuviesen instalados los silenciadores. Tal como suena, el nivel de ruido en el exterior es muy reducido.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia encontrarme en medio de un huracán —manifestó Giordino, que ya se ocupaba de observar el grosor del alambre.

—Los ventiladores están diseñados para producir un volumen de aire calculado por ordenador a una presión adecuada.

—Ya te ha salido de nuevo el maestrillo. No me digas que has hecho un curso básico de construcción de túneles de viento.

—¿Te has olvidado de que en una de las vacaciones de verano en la academia de la Fuerza Aérea trabajé en una mina de plata en Leadville, Colorado? —replicó Pitt.

—Lo recuerdo. —Giordino sonrió—. Yo pasé aquel verano como salvavidas en Malibú.

Miró entre los huecos de la tela metálica. Había un resplandor que llegaba desde abajo. Caminó alrededor de la jaula hasta que encontró el cerrojo.

—Está asegurado por dentro —comentó—. Tendremos que cortar los alambres.

Pitt sacó un cortaalambres pequeño de la mochila.

—Me pareció oportuno traerlo por si teníamos que cortar el alambre de espino.

Giordino cogió la herramienta y le echó una ojeada a la luz del resplandor.

—Tiene buen aspecto. Servirá. Ahora apártate un poco mientras el maestro crea una entrada.

Parecía sencillo, pero no lo fue. Giordino sudaba a mares cuando al cabo de veinticinco minutos consiguió practicar un agujero lo bastante grande para abrirse paso. Le devolvió el cortaalambres a Pitt, retiró el trozo cortado y espió al interior del pozo de sección cuadrada, de unos cinco metros de lado, que servía como paso para el aire extraído de un túnel que estaba mucho más abajo. Un tubo circular de metal ocupaba una de las esquinas. Se trataba del túnel de acceso, con una escalerilla que parecía desaparecer en un pozo sin fondo.

—Es para las tareas de mantenimiento, por si hay que hacer alguna reparación en los extractores —gritó Pitt, para hacerse escuchar por encima del estruendo—. También sirve como salida de emergencia para los trabajadores si se produce algún incendio o derrumbe en el túnel principal.

Giordino entró en el tubo con los pies por delante para apoyarse en los escalones. Hizo una pausa para mirar a Pitt con una expresión agria.

—¡Espero no tener que lamentarlo! —gritó por encima del ruido de los extractores, y comenzó a descender.

Pitt agradeció que el tubo estuviese iluminado. Después de bajar unos quince metros, se detuvo y miró hacia abajo. Todo lo que vio fueron los peldaños que se perdían en el infinito, como las vías de un ferrocarril. No se veía el fondo.

Sacó un pañuelo de papel del bolsillo, cortó dos trozos pequeños, los hizo una bolita y se los metió en los oídos a modo de tapones, para protegerse del ruido. Además de los extractores principales, habían instalado otros secundarios cada treinta metros a fin de mantener la presión necesaria para sacar el aire viciado a la superficie.

Después de lo que pareció una eternidad, y que Giordino calculó había sido un descenso de ciento cincuenta metros, se detuvo y agitó una mano. Se veía el final de la escalerilla. Lenta, cuidadosamente, invirtió su posición hasta quedar cabeza abajo.

Luego continuó bajando hasta ver lo que parecía ser el techo de un pequeño centro de control que dirigía los gases, la temperatura y el funcionamiento de los extractores.

Pitt y Giordino estaban mucho más abajo de los extractores principales y ahora podían conversar en voz baja. Giordino había vuelto a la posición normal y se dirigió a Pitt, que había bajado hasta situarse a su lado.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Pitt.

—La escalera pasa a través de un centro de control de los sistemas de ventilación, que está a unos cinco metros por encima del suelo del túnel. Hay un hombre y una mujer sentados delante de las consolas. Afortunadamente, están de espaldas a la escalera. Creo que podremos dejarlos fuera de combate antes de que se den cuenta de nuestra presencia.

Pitt miró los oscuros ojos de Giordino, que estaban a solo un palmo de los suyos.

—¿Cómo quieres hacerlo?

En el rostro de Giordino apareció una sonrisa burlona.

—Yo me encargaré del hombre. Tú eres mucho mejor que yo cuando se trata de dejar incapacitada a una mujer.

—Menudo gallina —replicó Pitt.

No perdieron más tiempo y continuaron bajando hasta la sala de control, en el más absoluto silencio. Los encargados del sistema —el hombre vestido con un mono negro y la mujer con otro blanco— vigilaban atentamente los aparatos y no vieron el reflejo de sus asaltantes en las pantallas hasta que fue demasiado tarde.

Giordino atacó por un costado y descargó un tremendo gancho de derecha contra la mandíbula del hombre. Pitt optó por golpear a la mujer en la nuca. Ambos se desplomaron con un leve gemido.

Agachado para que no lo vieran a través de la ventana, Pitt sacó un rollo de cinta adhesiva de la mochila y se lo arrojó a Giordino.

—Átalos mientras yo les quito los monos.

Tardaron menos de tres minutos en desnudar, atar y amordazar a los dos encargados inconscientes, tras lo cual los empujaron debajo de las mesas para que no los vieran desde el exterior. Pitt se vistió con el mono negro, que le iba holgado, mientras que Giordino reventó las costuras del mono blanco de la mujer. Encontraron dos cascos a juego en un estante y se los pusieron. Pitt se echó la mochila al hombro, y Giordino se hizo con una tablilla y un lápiz para completar el disfraz. Luego, bajaron la escalera hasta el túnel.

En cuanto se orientaron y miraron en derredor, Pitt y Giordino se quedaron boquiabiertos ante el increíble espectáculo, con los ojos entrecerrados para protegerlos del brillo de las luces.

Aquél no era un túnel ferroviario cualquiera. No era un túnel ferroviario en absoluto.

El túnel con forma de herradura era mucho más inmenso de lo que él o Giordino podían haberse imaginado. Pitt tuvo la sensación de encontrarse en una fantasía de Julio Verne. Calculó que el diámetro del túnel sería de unos quince metros, mucho más ancho que cualquier otro túnel existente. El diámetro del túnel del canal de la Mancha, que une Inglaterra y Francia, es de poco más de siete metros y el de Seikan, que conecta Honshu con Hokkaido, no llega a diez.

El batir de los extractores fue reemplazado por un zumbido que resonaba por todo el túnel. Encima de ellos, montada en una hilera de vigas de acero, una enorme cinta transportadora se movía en dirección al este. En lugar de verse piedras de un tamaño entre treinta y cuarenta centímetros, las rocas habían sido desmenuzadas hasta convertirlas en arena.

—Ahí tienes el origen del lógamo marrón —dijo Pitt—. Muelen las piedras hasta convertirlas en polvo, para poder enviarlo a través de una cañería hasta el mar.

Debajo de la cinta transportadora estaban las vías de ferrocarril y un camino pavimentado. Pitt se arrodilló para mirar de cerca los rieles y las uniones.

—Es un tren eléctrico, como el Metro de Nueva York.

—Ten cuidado con el tercer riel —le advirtió Giordino—. No sabemos cuál es el voltaje.

—Seguramente han instalado subestaciones generadoras cada pocos kilómetros para disponer de electricidad.

—¿Vas a poner un penique en el riel? —preguntó Giordino, con tono burlón.

Pitt se levantó para mirar a lo lejos.

—Es imposible que esta vía permita la circulación de trenes de carga a una velocidad de trescientos ochenta kilómetros por hora. Los rieles son de baja calidad y las uniones metálicas están demasiado separadas. Por si fuera poco, la trocha normal es de un metro cuarenta y tres centímetros. Estos están separados unos noventa centímetros, o sea que es un ferrocarril de vía angosta.

—Lo han construido para transportar equipos y como apoyo de las tuneladoras.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Pitt, que miró a su compañero con una expresión de sorpresa.

—Recuerdo haber leído algo sobre las tuneladoras.

—Eso te convierte en el primero de la clase. Efectivamente, este túnel fue excavado por una tuneladora, una muy grande.

—Quizá su intención es reemplazar los rieles más tarde —apuntó Giordino.

—¿Por qué esperar a que todo el túnel esté acabado? Lo lógico sería que, para ahorrar tiempo, fueran colocando los rieles en cuanto acabara de pasar la tuneladora. —Pitt sacudió la cabeza pensativamente—. No han construido un túnel de estas

dimensiones para destinarlo al servicio ferroviario. Tiene que tener algún otro propósito.

Se volvieron cuando un autobús de dos pisos pintado de color lavanda pasó silenciosamente por el camino, y el conductor los saludó con un gesto. Ambos aparentaron estar discutiendo algo apuntado en la tablilla que sujetaba Giordino, mientras pasaba el vehículo donde viajaban los trabajadores, vestidos con monos de diferentes colores. Todos llevaban cascos y gafas de sol. Pitt y Giordino no pasaron por alto el logo y el nombre de Odyssey pintados en el lateral del autobús. El conductor disminuyó la marcha ante la posibilidad de que ellos quisieran subir, pero Pitt le indicó con un ademán que no parara.

—Un autobús con motor eléctrico —comentó Giordino.

—Es para no contaminar el aire con el monóxido de carbono del escape.

Giordino se acercó a un par de cochecitos de golf eléctricos, que parecían deportivos en miniatura.

—Es muy amable de su parte facilitarnos un medio de transporte. —Se sentó al volante—. ¿Hacia dónde vamos?

—Sigamos el sentido de la marcha de la cinta transportadora —respondió Pitt, después de pensarlo unos segundos—. Ésta podría ser nuestra única oportunidad para confirmar si es la fuente del légamo marrón.

El gigantesco túnel parecía extenderse hasta el infinito. Al parecer el tráfico estaba restringido al transporte de los trabajadores, mientras que las vagonetas del ferrocarril de vía angosta transportaban materiales y rocas. En el panel del cochecito había un velocímetro, y Pitt lo aprovechó para medir la velocidad de la cinta transportadora. Se movía a casi veinte kilómetros por hora.

Pitt observó con atención las obras de acabado del túnel. Tras el paso de la tuneladora, los trabajadores habían instalado unos sistemas de soporte para reforzar la tendencia natural de la piedra a consolidarse. Luego habían rociado las paredes con una gruesa capa de cemento, aplicada neumáticamente a gran velocidad. El transporte del cemento hasta esa distancia seguramente lo habían hecho con bombas impulsoras instaladas desde la entrada hasta donde se encontraba la tuneladora. Después de la capa de cemento habían procedido a cubrirlo todo con una capa impermeabilizante para sellar cualquier posible filtración. Además de garantizar la estanquidad, el cemento y el aislante también mejorarían la circulación de líquidos a través del túnel, un fenómeno que Pitt comenzaba a juzgar como muy posible.

Los focos instalados en el techo iluminaban el túnel de tal manera que el resplandor hacía daño en los ojos. Ambos comprendieron la razón por la que los trabajadores que viajaban en el autobús llevaran gafas de sol. Como si se hubieran puesto de acuerdo, Pitt y Giordino se pusieron las suyas al mismo tiempo.

Una locomotora eléctrica que arrastraba varias bateas cargadas con vigas pasó en

dirección opuesta, hacia donde continuaban perforando el túnel. Los maquinistas saludaron a los dos hombres sentados en el cochecito, que respondieron al saludo.

—Todo el mundo parece de lo más amable —comentó Giordino.

—¿Te has fijado en que los hombres visten monos negros y las mujeres los llevan blancos o verdes?

—Seguramente Specter fue interiorista en una vida anterior.

—Yo diría que es algún tipo de sistema de identificación por grupos —manifestó Pitt.

—Me cortarían una oreja antes de vestirme de color lavanda —refunfuñó Giordino, al recordar súbitamente que vestía un mono blanco—. Creo que me he equivocado de uniforme.

—Ponte un poco de relleno en el pecho.

Giordino no abrió la boca, pero su mirada asesina fue más que suficiente. Una expresión sobria apareció en el rostro de Pitt.

—Me pregunto si estos trabajadores tienen alguna idea del contenido tóxico de la piedra molida que arrojan al mar.

—La tendrán —afirmó Giordino— cuando se queden sin la cabellera y se les disuelvan los órganos internos.

Continuaron avanzando, conscientes de la atmósfera artificial a esa profundidad debajo de la tierra y el mar. Pasaron por delante de las bocas de varios túneles transversales más pequeños, situados a la izquierda, que despertaron su curiosidad. Por lo visto había otro túnel paralelo que estaba comunicado por los transversales cada mil metros. Pitt consideró que debía de tratarse de un túnel de servicio, por donde pasarían las conducciones eléctricas.

—Aquí tenemos la explicación para los temblores de tierra en la superficie —dijo—. No utilizaron la tuneladora para estos túneles más pequeños. Los excavaron con el sistema clásico de las explosiones y los martillos neumáticos.

—¿Quieres que entremos en alguno?

—Más tarde —respondió Pitt—. Sigamos para ver hasta dónde nos lleva la cinta transportadora.

Giordino estaba asombrado ante la potencia del motor del cochecito. Aceleró hasta alcanzar una velocidad de ochenta kilómetros por hora y no tardó mucho en adelantar a los otros vehículos que circulaban por la carretera.

—Será mejor que bajes la velocidad. No nos conviene llamar la atención.

—¿Crees que aquí abajo tendrán agentes de tráfico?

—No, pero el Gran Hermano nos vigila —replicó Pitt al tiempo que le señalaba discretamente una cámara instalada entre el enrejado que sostenía los focos.

Giordino redujo la velocidad muy a su pesar y se situó detrás de un autobús que circulaba en la misma dirección. Pitt comenzó a medir el horario de los autobuses y

calculó rápidamente que pasaba uno cada veinte minutos y se detenían en las paradas cada vez que algún trabajador necesitaba apearse o subir.

Sólo era cuestión de tiempo antes de que los técnicos del cambio de turno entraran en la sala de control del sistema de ventilación y encontraran a sus compañeros atados y amordazados en el suelo. Hasta el momento no había sonado ninguna alarma, ni tampoco habían visto a los guardias de seguridad recorrer los túneles como si buscaran a alguien en concreto.

—Nos estamos acercando a algo importante —avisó Giordino.

El golpeteo sonó cada vez más fuerte a medida que se acercaban a lo que Pitt identificó enseguida como una enorme estación de bombeo. La piedra molida que llegaba por la cinta transportadora caía al interior de una inmensa cuba. A partir de allí, las bombas —que tenían el tamaño de un edificio de tres pisos— la enviaban a través de unos tubos de gran diámetro. Tal como Pitt había deducido, era en ese punto donde se impulsaban la roca y la tierra contaminadas hasta el mar donde el *Poco Bonito* había embarrancado. Más allá de la estación de bombeo había unas enormes puertas de acero.

—El enigma es cada vez mayor —comentó Pitt pensativamente—. Estas bombas son monumentales, con una capacidad suficiente para bombear diez veces el material que bombean ahora. Tienen que utilizarse para algún otro propósito.

—Es probable que las desmantelen una vez acabado el túnel.

—No lo creo. Esto tiene todo el aspecto de ser una estación permanente.

—Me pregunto qué habrá al otro lado de esas puertas —dijo Giordino.

—El mar de las Antillas —respondió Pitt—. Debemos de estar a kilómetros de la costa y muy por debajo de la superficie del mar.

La mirada de Giordino no se apartaba de las puertas.

—¿Cómo demonios habrán conseguido excavar todo esto?

—Comenzaron con una excavación de un portal a cielo abierto en la costa. A continuación, abrieron un túnel de inicio con otro tipo de máquina, que se llama excavadora de cabecera. Cuando llegaron a la profundidad deseada, trajeron la tuneladora y la montaron en el túnel. Perforó hacia el este debajo del mar, y luego la desmontaron para volver a montarla esta vez en dirección opuesta, hacia el este.

—¿Cómo es posible mantener en secreto una operación de tal envergadura?

—Seguramente están pagando una fortuna a los trabajadores y técnicos para que mantengan la boca cerrada, o quizá se valen de las amenazas y el chantaje.

—Si creemos en lo que nos dijo Rathbone, no vacilan en matar a los intrusos. ¿Por qué no también a los trabajadores que se vayan de la lengua?

—No me hables de intrusos. En cualquier caso, nuestras sospechas han quedado confirmadas —manifestó Pitt lentamente—. Están vertiendo el légamo marrón en el mar sin preocuparse en absoluto de las terribles consecuencias.

Giordino sacudió la cabeza, asombrado ante tanta irresponsabilidad.

—Un vertido contaminante que no tiene parangón.

Pitt metió la mano en la mochila. Sacó una cámara digital de pequeñas dimensiones y comenzó a sacar fotos de la estación de bombeo.

—Por casualidad, ¿no llevarás en tu bolsa mágica algo de comer y beber? —preguntó Giordino.

Pitt metió de nuevo la mano en la mochila y esta vez sacó un par de barritas de caramelo con frutos secos.

—Lo siento, esto es todo lo que hay.

—¿Qué más llevas?

—Mi fiel Colt .45.

—Bueno, siempre nos podemos pegar un tiro antes de que nos cuelguen —opinó Giordino con un tono lúgubre.

—Hemos encontrado lo que vinimos a buscar. Es hora de regresar a casa.

Giordino apretó el acelerador antes de que Pitt acabara la frase.

—Lo mejor será largarnos de aquí cuanto antes. No quiero abusar de nuestra buena fortuna.

Pitt continuó sacando fotos mientras avanzaban.

—Un desvío más antes de irnos: quiero ver qué hay en los túneles transversales.

Mientras conducía a toda velocidad, Giordino tuvo el presentimiento de que meterse por uno de los túneles transversales sólo era una parte del plan de su compañero. Estaba seguro de que Pitt quería ver el otro extremo del túnel y a la gigantesca tuneladora en funcionamiento.

Pitt sacó fotos de todos los equipos que encontraron a su paso. No dejaron ni un solo detalle de la construcción del túnel sin fotografiar.

Giordino giró a la derecha en el primer túnel transversal que encontró sin disminuir la velocidad, y el vehículo tomó la curva en dos ruedas. Pitt se sujetó como pudo al tiempo que miraba furioso a su compañero, aunque no dijo nada. No habían recorrido más de sesenta metros cuando el cochecito entró en otro túnel. Giordino frenó bruscamente y ambos miraron a uno y otro lado, boquiabiertos.

—Esto es alucinante —murmuró Giordino.

—No te detengas. Sigue —le ordenó Pitt.

Giordino apretó el acelerador y pasaron a toda velocidad por otro túnel. Esta vez no esperó a que Pitt le dijera que continuara. No levantó el pie del acelerador mientras seguían por el túnel transversal hasta un cuarto túnel. Ya no podían seguir adelante, y Giordino frenó el cochecito antes de golpear contra la pared más lejana. Permanecieron sentados en silencio mientras miraban a izquierda y derecha durante lo que pareció una eternidad, mientras intentaban hacerse una idea de la inmensidad de lo que estaban viendo.

La enormidad de la red de túneles se hizo todavía más espectacular cuando Pitt y Giordino superaron el asombro y se obligaron a aceptar la realidad de que no se trataba de un único túnel sino de cuatro túneles gigantescos interconectados. Giordino, que no era hombre de asombrarse fácilmente, estaba abrumado por lo que veía.

—Esto no puede ser real —opinó, con una voz apenas audible.

Pitt se concentró para proteger su mente del impacto y evitar que se ofuscara su capacidad de análisis. Tenía que haber una explicación para una empresa que parecía obra de titanes. ¿Cómo era posible que Specter hubiese construido cuatro túneles gigantescos por debajo de las montañas de Nicaragua sin que lo descubrieran las agencias de inteligencia internacionales ni la prensa? ¿Cómo podía ser que un proyecto de estas dimensiones pasara inadvertido durante más de cuatro años?

—¿Cuántos trenes pretende Specter poner en funcionamiento? —preguntó Giordino, que aún no se había repuesto del asombro.

—Estos túneles no los construyeron para el transporte de cargas por ferrocarril de un mar a otro —replicó Pitt.

—¿Quieres decir que podría tratarse de un río subterráneo por el que navegarían las barcas?

—No sería rentable. Detrás de todo esto tiene que haber algún otro objetivo.

—Lo que tiene que haber es un inmenso caldero lleno de oro al final del arco iris, para justificar una inversión de estas proporciones.

—El coste sin duda supera de largo el presupuesto inicial de siete mil millones de dólares.

Sus voces resonaban por el inmenso túnel, donde no se veían otros hombres ni vehículos. Si no hubiese sido por la perfección de la curva de las paredes y el techo y la lisura del suelo, podrían haber imaginado que se encontraban en una enorme caverna natural. Pitt inclinó la cabeza hacia el suelo.

—Aquí tienes la prueba de que no tienen la intención de instalar un ferrocarril para el transporte de cargas. Han quitado los rieles.

Giordino indicó discretamente una cámara de vigilancia montada en un poste, que los enfocaba de lleno.

—Será mejor que volvamos cuanto antes al túnel principal y busquemos otro medio de transporte. El cochecito es demasiado visible.

—Una excelente idea —aprobó Pitt—. Si todavía no han descubierto que tienen aquí dentro una pareja de intrusos es que son unos descerebrados.

Volvieron a recorrer el túnel transversal en sentido inverso y después de cruzar los tres túneles desiertos se detuvieron antes de entrar en el cuarto, desde donde habían salido. Aparcaron el cochecito en el túnel, más allá de una cámara de vigilancia, y caminaron con toda naturalidad por la carretera hasta que llegaron a una parada

donde ocho trabajadores esperaban la llegada del autobús. A esa distancia y a pesar de las gafas de sol, Pitt vio sus ojos. Todos eran asiáticos. Pitt tocó a Giordino con el codo, y su compañero captó el mensaje.

—Te apuesto lo que quieras a que son de la China Roja —susurró Pitt.

—No acepto la apuesta.

El autobús de dos pisos no había acabado de detenerse en la parada cuando un grupo de cochecitos con las luces rojas y amarillas encendidas pasaron a gran velocidad y entraron en el túnel transversal del que ellos acababan de salir.

—En cuanto descubran el cochecito aparcado, tardarán diez segundos en saber que estamos en este autobús —dijo Giordino.

Pitt miraba el tren que se acercaba desde la sección este del túnel.

—Comparto tu opinión.

Levantó una mano para indicarle al conductor del autobús que podía continuar su recorrido después de que subieran los trabajadores. La puerta se cerró con un siseo y el vehículo se alejó.

—¿Cuándo fue la última vez que te colaste en un tren de carga? —le preguntó Pitt a Giordino, mientras cruzaban la carretera a paso ligero y luego continuaban conversando tranquilamente como si no hicieran caso del paso de la locomotora. El maquinista, entretenido en la lectura de una revista, no se fijó en ellos.

—Hace algunos años, en el desierto del Sáhara. Era un tren que transportaba productos químicos tóxicos al fuerte Foureau.

—Creo recordar que casi te caíste.

—Te detesto cuando te diviertes a mi costa —afirmó Giordino, con un mohín.

En cuanto pasó la locomotora, corrieron a lo largo de la vía. Pitt ya había calculado la velocidad del tren en unos treinta kilómetros por hora, y ajustaron su carrera a esa velocidad. Giordino era rápido para su corpulencia. Agachó la cabeza y corrió junto a una batea como un delantero que corre sin obstáculos hacia la meta contraria. Se cogió del pasamanos de la escalerilla, y dejó que el arrastre del tren lo lanzara sobre la plataforma. Pitt utilizó la misma técnica para subir al tren.

En la batea había dos camionetas de fabricación desconocida, equipadas con motores eléctricos. Flamantes, parecían recién descargadas del barco. Sin decir ni una palabra, Pitt abrió la puerta de una de las cabinas y ambos se colaron en el interior, bien acurrucados en el suelo. No podían haberlo hecho más a tiempo, porque en aquel momento aparecieron dos de los vehículos de los guardias de seguridad, que se lanzaron en persecución del autobús. Pitt no disimuló su complacencia.

—La cámara no captó nuestra maniobra. De lo contrario no estarían ahora persiguiendo el autobús.

—Ya era hora de que nos sonriera la fortuna.

—No te muevas —le dijo Pitt—. Ahora mismo vuelvo.

Abrió la puerta que daba al lado de la batea opuesto a la carretera, salió de la cabina y luego se arrodilló en el suelo. Avanzó a gatas hasta la parte trasera del vehículo y quitó las calzas y las cadenas que sujetaban la camioneta. Después volvió a la cabina sin perder ni un segundo.

Giordino lo miró con una expresión de curiosidad.

—Te leo el pensamiento, pero no veo cómo haremos para bajar esta camioneta de un tren en marcha para circular por un túnel cerrado por los dos extremos.

—Ya nos preocuparemos de eso cuando llegue el momento —respondió Pitt tranquilamente.

No hay nada en la tierra que se parezca siquiera remotamente a una tuneladora.

La máquina que excavaba los túneles debajo del suelo nicaragüense desde la costa atlántica a la del Pacífico tenía una longitud de ciento diez metros, más otros noventa del tren con los equipos.

Se trataba de un monstruo increíblemente complicado, que se parecía a la primera etapa de un cohete Saturno, movido por un impulsor eléctrico de velocidad variable, lo que eliminaba cualquier goteo de fluidos hidráulicos y la contaminación resultante. La tuneladora de Specter cortaba la roca por medio de la rotación continua de una serie de cuchillas de carbono montadas en un enorme plato de acero, y era capaz de perforar una galería circular en la roca de un diámetro de dieciséis metros a una velocidad de cincuenta metros por día. La carcasa que encerraba el plato también albergaba los motores que suministraban la enorme potencia necesaria para empujar las cuchillas en la roca, y las prensas hidráulicas que ejercían la inmensa presión que hacía falta para mover la tuneladora y romper la roca.

La enorme máquina era articulada, y el conductor, que ocupaba su lugar en la parte de delante, podía guiarla automáticamente con el uso de un láser mientras controlaba el proceso. La roca excavada pasaba a la sección trasera de la tuneladora y luego a una trituradora que la convertía en arena. A partir de allí, la cinta transportadora llevaba el residuo hasta el extremo opuesto del túnel, donde era bombeada al mar.

El tren se detuvo a unos doscientos metros de la tuneladora y debajo de la cinta transportadora para descargar las camionetas en una terminal y depósito de suministros. Varios montacargas de gran tamaño se perdían de vista a través del techo. Un grupo de mujeres vestidas con monos blancos salieron de uno de los montacargas y subieron a un autobús. Pitt se acercó disimuladamente y escuchó decir a una de las mujeres que debían terminar la inspección en un plazo de ocho horas para poder enviar un informe a las oficinas centrales que estaban arriba.

Pitt no le encontró sentido. ¿Oficinas centrales? ¿En qué lugar?

Nadie le prestó la menor atención mientras bajaba la camioneta de la batea al andén y descendía por una rampa hasta la carretera. Aparcó el vehículo detrás de

otras tres camionetas eléctricas.

Giordino echó una ojeada a la zona, donde al menos treinta trabajadores se ocupaban de manejar las máquinas.

—Ha sido demasiado fácil —comentó.

—Todavía no estamos en casa —replicó Pitt—. Tenemos que encontrar la manera de salir de aquí.

—Siempre podemos salir por algún otro pozo de ventilación.

—No si estamos bajo el lago de Nicaragua.

—¿Por qué no utilizamos de nuevo el mismo por donde bajamos?

—No creo que sea lo más aconsejable.

Giordino observaba con atención el funcionamiento de la gigantesca tuneladora.

—Muy bien, genio, ¿qué propones?

—No podemos escapar por este túnel, porque todavía no lo han acabado. Nuestra única posibilidad es salir por el lado del Pacífico, por alguno de los pozos de ventilación de cualquiera de los otros tres túneles.

—¿Qué pasará si resulta que es imposible?

—Entonces tendré que pensar en algún otro plan.

Giordino le señaló el andén de carga, donde los guardias controlaban las tarjetas de identificación de los trabajadores.

—Es hora de largarnos. No encajamos con la descripción.

Pitt cogió la tarjeta de identificación que llevaba colgada en el bolsillo del mono. En su rostro apareció una sonrisa.

—Tengo un problema. El tipo mide un metro sesenta. Yo mido un metro noventa.

—Pues si tú tienes un problema, yo ni te cuento —dijo Giordino con una sonrisa ladina—. ¿Cómo haré para que me crezcan una larga cabellera y tetas?

Pitt entreabrió la puerta y miró hacia el extremo más alejado del andén. Estaba desierto.

—Por aquí.

Giordino siguió a Pitt y se deslizó por el asiento delantero de la camioneta. Bajaron al andén y echaron a correr. Entraron en uno de los almacenes y continuaron por los pasillos entre unos grandes cajones, que contenían recambios para las diversas máquinas y la tuneladora.

Al cabo de unos minutos encontraron una salida que daba a la línea férrea. Hicieron una pausa detrás de una fila de lavabos portátiles y evaluaron la situación.

—Sería de gran ayuda contar con algún medio de transporte —señaló Giordino, que frunció la nariz ante el olor que provenía de los lavabos.

—Pide y se te concederá —respondió Pitt con una gran sonrisa.

Sin esperar a Giordino, se incorporó y sin la menor vacilación abandonó la protección de los lavabos para caminar con toda naturalidad hacia uno de los

vehículos de los guardias, que estaba sin vigilancia. Se sentó al volante, giró la llave de contacto del motor eléctrico y apretó el acelerador, mientras Giordino saltaba al asiento del acompañante. La corriente eléctrica de las baterías se transmitió al motor y el coche de tracción delantera se puso en marcha silenciosamente.

La suerte no abandonó a los hombres de la NUMA. Los guardias estaban tan ocupados con el control de las tarjetas de identificación de los trabajadores que no se dieron cuenta del robo del vehículo. Además de ser un coche silencioso, el tremendo estrépito de la tuneladora impidió que los guardias escucharan los gritos de los trabajadores que les avisaban del robo.

Para hacer que pareciera legal, Giordino apretó el interruptor del tablero y encendió las luces de emergencia instaladas en el techo. En cuanto llegaron al primer túnel transversal, Pitt viró bruscamente a la izquierda y repitió la maniobra para volver al túnel central y dirigirse al portal oeste.

Pitt daba por hecho que los cuatro túneles excavados debajo del lago de Nicaragua tenían que ascender en algún punto en la estrecha franja de tierra que separaba el lago del océano, en el viejo puerto de San Juan del Sur. Allí tendrían que estar los pozos de ventilación antes de que los túneles continuaran su camino mar adentro.

Estaba en un error.

Después de recorrer varios kilómetros, llegaron a otra gigantesca estación de bombeo idéntica a la que habían encontrado en el extremo oriental. Allí el túnel se acababa bruscamente en otro par de enormes puertas de acero. El agua que rezumaba por los bordes y formaba charcos en el suelo era prueba de que no estaban acercándose a la superficie en las proximidades de San Juan del Sur. Habían llegado a un callejón sin salida debajo del océano Pacífico.

Después de su habitual carrera desde su apartamento en el edificio Watergate hasta el cuartel general de la NUMA, el almirante Sandecker fue directamente a su despacho sin pasar primero por el gimnasio de la agencia para ducharse y cambiarse de ropa. Rudi Gunn lo esperaba, con una expresión grave en su afilado rostro. Miró a su jefe por encima de las gafas con montura de concha mientras Sandecker se sentaba y se secaba el sudor del rostro y el cuello con una toalla.

—¿Cuáles son las últimas noticias de Pitt y Giordino?

—No hemos sabido nada de ellos en las últimas ocho horas —respondió Gunn, sin disimular la inquietud—. Nada desde que entraron en lo que describieron como un pozo de ventilación de un túnel. Pitt dijo que atravesaba Nicaragua por debajo de la selva desde el Pacífico hasta el mar de las Antillas.

—¿No hemos tenido más contactos?

—Sólo silencio —dijo Gunn—. Es imposible comunicarse por teléfono mientras estén bajo tierra.

—Un túnel que une los dos océanos —murmuró Sandecker con un tono de duda.

—Fue lo que aseguró Pitt —declaró Gunn—. También informó de que la constructora pertenece a Odyssey.

—¿Odyssey? —Sandecker miró a su segundo, desconcertado—. ¿Otra vez?

Gunn asintió con un gesto.

—Parecen surgir por todas partes.

Sandecker se levantó para acercarse a la ventana que daba al río Potomac. Desde allí alcanzaba a ver las velas rojas recogidas de su pequeño balandro amarrado en el puerto deportivo río abajo.

—No tengo ninguna noticia de que se esté excavando un túnel a través del territorio nicaragüense. Se habló durante un tiempo de construir un ferrocarril subterráneo de alta velocidad para el transporte de cargas entre los dos mares... Pero eso fue hace varios años, y hasta donde sé el proyecto nunca se puso en marcha.

Gunn abrió una carpeta, sacó varias fotos y las dejó sobre la mesa del almirante.

—Aquí están las fotos tomadas durante varios años desde los satélites de una pequeña ciudad portuaria llamada San Juan del Norte.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó Sandecker, con evidente interés.

—Hiram Yaeger hizo un recorrido por los archivos de fotografías tomadas por los satélites de diversas agencias de inteligencia y los copió en nuestro banco de datos.

Sandecker se puso las gafas y comenzó a mirar las fotos. Se fijó primero en las fechas en que habían sido tomadas, que aparecían impresas en la parte inferior de cada una. Tardó unos minutos en mirarlas todas.

—Hace cinco años, el puerto parecía desierto. Luego descargaron maquinaria

pesada y construyeron instalaciones para la descarga de barcos portacontenedores.

—Por lo que se ve en las fotos, todo el material lo guardaron en depósitos prefabricados y nunca más salieron.

—Parece increíble que algo de tanta magnitud pasara desapercibido durante tanto tiempo.

Gunn dejó una carpeta sobre la mesa junto a las fotos.

—Yaeger también consiguió una copia del informe sobre los programas y operaciones de Odyssey. Solo hay un bosquejo de sus actividades financieras. Como tiene sede en Brasil, no está obligada a presentar balances ni cuentas de resultados.

—¿Qué pasa con los accionistas? Sin duda reciben el informe anual.

—No aparecen en los listados de las bolsas internacionales, porque la compañía es de propiedad exclusiva de Specter.

—¿Es posible que pueda financiar por sí sola un proyecto de esta envergadura? —preguntó el almirante.

—Hasta donde sabemos, cuenta con los medios. Así y todo, Yaeger cree que en este proyecto realmente descomunal es probable que reciban fondos de la República Popular China, que ya ha financiado otros proyectos de Specter en Centroamérica.

—Parece lógico. Los chinos están invirtiendo mucho en esa región y tienen cada vez más influencia.

—Otra razón para mantener el secreto —explicó Gunn— es evitar las críticas por el impacto ecológico, social y económico. Mientras los trabajos se realicen en forma encubierta, el gobierno hace caso omiso de la oposición de los activistas nicaragüenses y elude cualquier problema referente a los derechos de paso.

—¿Specter y la China Roja tienen otros proyectos conjuntos?

—El año que viene comenzarán a construir instalaciones portuarias en el canal de Panamá y un puente que lo atravesará.

—¿Qué necesidad hay de tanto secretismo? —murmuró Sandecker, mientras volvía a sentarse—. ¿Qué pretenden ocultar?

Gunn levantó las manos en un gesto de impotencia.

—Hasta que consigamos nueva información, estamos completamente a oscuras.

—Es obvio que no podemos quedarnos callados.

—¿Llamamos a la CIA y al Pentágono, para comunicarles nuestras sospechas? —preguntó Gunn.

Sandecker pensó unos segundos antes de responder.

—No, hablaremos con el consejero de seguridad nacional del presidente.

—Estoy de acuerdo —manifestó Gunn—. Pero esto podría derivar en una situación muy grave.

—¡Maldita sea! —exclamó el almirante, lleno de frustración—. Si supiéramos algo de Pitt y Giordino... Entonces tendríamos una pista de lo que está sucediendo

allá abajo.

Después de llegar a un punto muerto, a Pitt y Giordino no les quedó otra alternativa que regresar por donde habían venido. El cuarto túnel se veía desierto y carecía de cualquier clase de equipamiento. Sólo las estaciones de bombeo en ambos extremos, siniestramente silenciosas, indicaban un oscuro propósito que Pitt era incapaz de adivinar.

También resultaba curioso que no hubiese aparecido una docena de coches patrulla con las luces de emergencia y las sirenas en marcha, lanzados en su persecución en la penumbra del túnel. Tampoco había cámaras de vigilancia. Lo habían quitado todo después de acabar la construcción del túnel.

La respuesta no tardó en hacerse obvia.

—Ahora comprendo porqué los guardias no llevaban ninguna prisa en perseguirnos —comentó Giordino.

—No tenemos dónde ir —señaló Pitt, como punto final a la solución del enigma—. Nuestra pequeña aventura ha llegado a su fin. Los guardias de Specter esperarán a que el hambre y la sed nos obliguen a regresar al túnel principal, con la ilusión de que si nos entregamos quizá nos agasajen con una última cena antes de colgarnos.

—Quizá prefieran dejar que nos muramos aquí.

—También es una posibilidad.

Pitt se enjugó con la manga de la camisa el sudor que de pronto le chorreaba por la frente y se le metía en los ojos.

—¿Te has dado cuenta de que la temperatura en este túnel es mucho más alta que en los demás?

—Esto comienza a parecer una sauna —afirmó Giordino, con el rostro empapado en sudor.

—El aire huele a azufre.

—Ahora que has mencionado la cena, ¿qué hay de tu provisión de barritas de caramelo?

—Se han acabado.

Repentinamente, ambos pensaron lo mismo en el mismo instante, y se volvieron el uno al otro para decir las mismas tres palabras al unísono.

—Pozo de ventilación.

Giordino fue el primero en recuperar la seriedad.

—Quizá no. No veo las cabinas de control elevadas que hay en los otros túneles.

—Lo más probable es que las desmontaran junto con los rieles y los focos, dado que ya no eran necesarias para controlar la ventilación una vez acabada la construcción.

—Sí, pero los peldaños estaban empotrados en la pared. Te juego la paga del mes que viene, si es que vivo para cobrarla, que no se molestaron en quitarlos.

—No tardaremos en averiguarlo —dijo Pitt, mientras Giordino pisaba el acelerador y el coche salía disparado.

Después de recorrer casi treinta kilómetros, la luz de los faros mostró los peldaños en una de las paredes. Giordino aparcó unos diez metros antes, para que los faros iluminaran un sector lo más amplio posible.

—Los peldaños suben hasta donde estaba la cabina de control —comentó. Se rascó la sombra de barba que le había crecido en las mejillas y la barbilla.

Pitt se apeó del coche y comenzó a subir. Debía de haber pasado un año o más desde que habían acabado el túnel y retirado todos los equipos, pues los peldaños estaban mohosos y con manchas de óxido. Subió hasta el último y se encontró con una tapa de hierro con cerrojo que sellaba la entrada al pozo de ventilación.

Pasó un brazo por detrás del peldaño para mantener el equilibrio y utilizó las dos manos para sujetar el cerrojo y tirar. El cerrojo se deslizó sin resistencia. Luego Pitt se puso de lado hasta tener el hombro apoyado contra la tapa y empujó.

Se movió un milímetro como mucho.

—Tendremos que hacerlo entre los dos —gritó.

Giordino subió hasta ponerse un peldaño por encima de Pitt, para compensar la diferencia de estatura. Era el lobo que equiparaba fuerzas con el oso. Apoyaron los hombros contra la pesada tapa de hierro, y empujaron con todas sus fuerzas.

La tapa se resistió, se movió un par de centímetros y luego se atascó.

—Maldita tapa —masculló Giordino.

—Vamos a intentarlo de nuevo con ganas —propuso Pitt.

—A la de tres.

Se miraron el uno al otro por un segundo y asintieron.

—A la una, a las dos y a las tres —contó Pitt.

Empujaron con toda la fuerza de que eran capaces. La tapa aguantó durante unos segundos. Luego comenzó a levantarse poco a poco, y con un agudo rechinar se abrió bruscamente del todo y golpeó contra una de las paredes del pozo de ventilación. Miraron hacia arriba y, aunque reinaba en él la oscuridad más absoluta, el hueco les pareció una escalera al paraíso.

—Me pregunto dónde saldrá —murmuró Giordino, entre jadeos.

—No tengo idea, pero vamos a descubrirlo.

Giordino apretó el brazo de Pitt.

—Espera. Por si acaso los gorilas de Specter vienen a buscarnos, vamos a dejarles una pista falsa.

Bajó la escalerilla y subió al coche de los guardias. Con el cinturón de los pantalones cortos, ató el volante para que las ruedas delanteras quedaran fijas en línea recta. Después desmontó el asiento del conductor y le dio la vuelta para hacer que el borde superior del respaldo mantuviera apretado a fondo el acelerador. Por último, se

bajó del coche y dio el contacto.

El coche se alejó como un proyectil por el túnel, con los faros trazando extrañas trayectorias en la oscuridad. Cien metros más allá golpeó contra una de las paredes del túnel, se desvió hacia el otro lado, donde chocó de nuevo, y siguió su marcha en zigzag, golpeando con una pared y la otra hasta que desapareció en la distancia acompañado por el estrépito de los golpes.

—Me preguntó qué le dirá Specter al perito de la compañía de seguros —dijo Giordino.

Se volvió para mirar a su compañero, pero Pitt ya había comenzado a subir.

Pitt no había advertido hasta entonces cómo la tensión y los esfuerzos de las últimas horas habían afectado a sus músculos. Subió poco a poco, dispuesto a conservar las fuerzas. Experimentó un amago de claustrofobia mientras subía en la más total oscuridad. Comenzó a contar los peldaños y se detuvo cada vez que llegaba al número cincuenta, para recuperar el aliento. Había una separación de treinta centímetros entre cada uno, así que era una simple operación aritmética calcular la distancia que habían subido.

Cuando habían bajado por el pozo de ventilación de El Castillo hasta la cabina de control, la gravedad los había ayudado; ahora se habían convertido en una desventaja.

Pitt se detuvo en el peldaño trescientos cincuenta y esperó a Giordino.

—¿Crees que esta escalera tiene un final? —jadeó Giordino.

—Perdona el tópico —replicó Pitt entre jadeos—, pero hay una luz al final del túnel.

Giordino miró hacia arriba y vio un débil resplandor a lo lejos. Le pareció que estaba como a diez kilómetros.

—¿Hay alguna posibilidad de que se acerque?

—Sólo ruega para que no se aleje.

Continuaron subiendo, en un silencio cada vez más siniestro. El resplandor se hacía más intenso y grande con una lentitud desesperante. El agua chorreaba por las paredes y los escalones. Tenían las manos desolladas y sangrantes por el roce con los escalones.

Por fin, el resplandor se convirtió en una luz brillante y la proximidad les dio nuevos bríos. Pitt comenzó a subir los peldaños de dos en dos, sin preocuparse de ahorrar fuerzas. Ahora solo les quedaban un par de metros.

Con un esfuerzo final que lo llevó al borde del agotamiento, llegó a la tela metálica que tapaba la salida del pozo. Se sujetó con las manos llagadas y sangrantes, mientras recuperaba el aliento.

—Hemos llegado —anunció.

Giordino no tardó en llegar a su lado.

—No me veo con fuerzas para cortar los alambres —jadeó.

En cuanto se le normalizó la respiración y se aliviaron los calambres, Pitt metió la mano en la mochila, sacó el corta alambres y atacó la tela metálica.

—Lo haremos por turnos.

Había cortado apenas unos veinte centímetros cuando tuvo que parar porque ya no podía con los brazos. Se hizo a un lado y le pasó la herramienta a Giordino. Debido a la sangre en las manos, casi se le resbaló de los dedos. Pitt contuvo el aliento, pero Giordino alcanzó a sujetarla antes de que se perdieran de vista en la oscuridad del pozo.

—Sujétala bien —dijo Pitt, con una sonrisa severa—. No creo que te agrade tener que bajar a buscarla y subir de nuevo.

—Antes me suicido —murmuró Giordino.

Trabajó durante diez minutos antes de permitir que su compañero lo relevara.

Tardaron casi una hora en abrir un hueco lo bastante amplio para colarse. Una vez pasada la tela metálica que ocultaba la luz exterior, Pitt se quedó ciego, por unos momentos, ante la fuerza del sol. Se puso las gafas para protegerse los ojos hasta que se habituaran al cambio, después del tiempo pasado en la oscuridad.

Cuando miró en derredor comprobó que se encontraba en una habitación redonda con las paredes de cristal. Mientras Giordino pasaba por el agujero, Pitt caminó alrededor de la habitación de cristal y disfrutó de la magnífica visión panorámica de un enorme lago salpicado de islas.

—¿Dónde hemos salido? —preguntó Giordino.

Pitt se volvió y lo miró con una expresión risueña.

—No vas a creerlo, pero estamos en lo alto de un faro.

—¡Un faro! —exclamó Sandecker cuando escuchó la descripción que le ofrecía Pitt a través del teléfono. Su voz revelaba el entusiasmo que experimentaba al saber que ambos estaban sanos y salvos.

—Sí, señor. —Un eco acompañaba la voz de Pitt—. Specter lo construyó como decorado.

—¿Decorado?

—Una estructura construida para que parecieran las ruinas de un viejo castillo, o algún otro edificio antiguo —le explicó Gunn. Se inclinó sobre el teléfono—. ¿Nos estás diciendo que construyeron el faro para ocultar un pozo de ventilación que llega hasta el túnel?

—Exactamente —asintió Pitt.

Sandecker cogió uno de sus puros y lo hizo rodar entre los dedos.

—Tu historia suena a cuento de hadas.

—Es verdad hasta la última palabra —replicó Pitt.

—¿Una tuneladora capaz de perforar un kilómetro y medio de roca al día?

—Solo así se explica que pudieran excavar cuatro túneles, cada uno de casi

doscientos cincuenta kilómetros de largo, en el tiempo en que lo hicieron.

—Si no es para un ferrocarril, ¿para qué son? —preguntó Gunn.

—A nosotros no nos lo preguntes. No tenemos idea. Las estaciones de bombeo en cada extremo de los túneles sugieren que la intención es llenarlos con agua, pero eso no tiene mucho sentido.

—He grabado tu informe —dijo Sandecker—, y se lo pasaré a Yaeger para que busque algunas posibles respuestas hasta que llegues y nos des una explicación más detallada.

—También tengo las fotos tomadas con una cámara digital.

—Perfecto. Necesitaremos hasta la última prueba que hayáis recogido.

—Dirk —llamó Gunn.

—Dime, Rudi.

—Tengo calculada vuestra posición. Estáis a solo cincuenta kilómetros de San Carlos. Contrataré un helicóptero. Tardará unas dos horas en llegar al faro.

—Bien. No vemos la hora de meternos en la ducha y disfrutar de una buena comida.

—No hay tiempo para lujos —exclamó Sandecker, con un tono que no admitía réplicas—. El helicóptero os llevará directamente al aeropuerto de Managua, donde os estará esperando un avión de la NUMA. Podréis lavaros y comer más tarde.

—Eres un hombre muy duro, almirante.

—Que te sirva de lección —manifestó Sandecker, con una sonrisa astuta—. Quizá algún día estarás tú sentado en mi silla.

Pitt apagó el teléfono, mientras trataba de encontrar una explicación a las palabras finales de Sandecker. Se sentó junto a Giordino, que dormitaba, y no le hizo ninguna gracia tener que decirle a su amigo que todavía faltaba bastante para la hora de comer.

Después de la conversación telefónica con Pitt, Sandecker esperó pacientemente a que Gunn hiciera los arreglos para que un helicóptero fuese a recoger a su director de proyectos especiales en un falso faro. Luego salieron del despacho y bajaron un piso para ir a la sala de conferencias, donde Sandecker había convocado una reunión para hablar del descubrimiento de objetos celtas en el banco de la Natividad.

Sentados alrededor de la gran mesa de teca oval que parecía la cubierta de una nave se encontraban Hiram Yaeger, Dirk y Summer, Pitt y Julien Perlmutter. Junto a Summer estaba el doctor John Wesley Chisholm, profesor de historia antigua de la universidad de Pensilvania. Todo en el aspecto de Chisholm correspondía a la media. La altura y el peso eran medios; los cabellos, de un color castaño medio que hacía juego con el color de sus ojos. Pero no había nada en su personalidad que respondiera a la media. Sonreía constantemente y era muy atento y cortés. Su capacidad intelectual superaba con creces la media.

Todos escuchaban embobados las palabras del doctor Elsworth Boyd, que estaba junto a una gran pantalla donde aparecía un montaje fotográfico, del que se servía para explicar los objetos y las imágenes talladas en la piedra encontradas en el banco de la Natividad. El relato que hilvanaba era tan sorprendente, tan fabuloso, que todas las personas sentadas alrededor de la mesa lo miraban en silenciosa expectación mientras Boyd describía los objetos, la fecha aproximada de su fabricación y la procedencia original. Todo esto antes de pasar a las imágenes.

Elsworth Boyd era un hombre con los músculos de un acróbata: nervudo, ágil y vivaz, en la plenitud de sus fuerzas. Recién entrado en la cuarentena, permanecía erguido, y de vez en cuando se apartaba de la frente un mechón rebelde rubio rojizo mientras miraba a sus embobados oyentes con sus ojos grises como las alas de una paloma. Profesor emérito en el Trinity College, en Dublín, se había dedicado a la historia primitiva de los celtas y había publicado numerosos libros sobre los más diversos aspectos de su compleja sociedad. No había vacilado en tomar el primer avión a Washington cuando el almirante Sandecker lo había invitado a ver los objetos recuperados. Se había quedado pasmado al verlos y contemplar el fotomontaje de las imágenes esculpidas.

En un primer momento Boyd se había negado a creer que todo aquello no fuera más que una muy hábil falsificación; pero, después de dedicar veinte horas ininterrumpidas a su estudio, se convenció de su autenticidad.

Summer no ocultaba su entusiasmo mientras anotaba cada palabra de la disertación de Boyd, en una magnífica demostración de su habilidad en el perdido arte de la taquigrafía.

—A diferencia de egipcios, griegos y romanos —explicó Boyd—, los celtas han

sido dejados de lado por la mayoría de los historiadores, a pesar de que fueron la piedra fundamental de la civilización occidental. Gran parte de nuestra herencia religiosa, política, social y literaria proviene de la cultura celta. También la industria, dado que fueron los primeros en producir el bronce y luego el hierro.

—¿Por qué no somos más conscientes de la influencia celta? —preguntó Sandecker.

El erudito se echó a reír.

—Ha puesto el dedo en la llaga. Hace tres mil años, los celtas transmitían todos sus conocimientos por vía oral. Las costumbres, los ritos y la ética pasaban así de generación en generación. No fue hasta el siglo ocho antes de Cristo cuando comenzaron a utilizar la escritura. Mucho más tarde, cuando los romanos se extendieron por Europa, consideraron a los celtas como bárbaros. Lo poco que los autores romanos escribieron sobre los celtas dista mucho de ser halagador.

—Así y todo, era un pueblo de gran inventiva —añadió Perlmutter.

—En contra de lo que mucha gente cree, los celtas estaban mucho más avanzados que los primitivos griegos en multitud de cosas. Solo carecían de un lenguaje escrito y de una arquitectura compleja. En realidad, su cultura y civilización se adelanta a la griega en varios centenares de años.

Yaeger se echó hacia delante en la silla.

—¿Su datación de los objetos coincide con los cálculos de mi ordenador?

—Básicamente sí —respondió Boyd—, si se considera que un error de cien años más o menos es una aproximación cronológica muy precisa. También creo que los pictogramas nos facilitan un excelente marco temporal para Navinia.

—Ese nombre me encanta —afirmó Summer, con una sonrisa.

Boyd apretó un botón del mando a distancia, y apareció una imagen en una pantalla de grandes dimensiones instalada en una de las paredes de la sala. Llenó la pantalla una perspectiva tridimensional de cómo podría haber sido la estructura sumergida.

—Lo más interesante —prosiguió Boyd— es que la estructura no sólo era la vivienda de una mujer muy importante, comparable a la reina de una tribu o una suma sacerdotisa, sino que también acabó siendo su tumba.

—Cuando se refiere a una suma sacerdotisa, ¿sería el equivalente a un druida?

—Una druidesa —respondió Boyd—. Las intrincadas tallas y los ornamentos de oro indican que muy probablemente ocupaba una posición elevada dentro del mundo sagrado del druidismo celta. La coraza de bronce es una pista especialmente importante. Sólo se conoce una perteneciente a una mujer, que está fechada entre los siglos once y ocho antes de Cristo. En algún momento tuvo que participar en alguna batalla. Es probable que en vida fuera reverenciada como diosa.

—Una diosa viviente —murmuró Summer—. Debió de disfrutar de una vida muy

interesante.

—También esto me pareció interesante. —Boyd puso en pantalla una foto del pie de la cama de piedra, con la imagen estilizada de un caballo—. Aquí tenemos un sofisticado y muy moderno pictograma de un caballo al galope. Se lo conoce como el Caballo Blanco de Uffington, y fue tallado en la ladera de una colina de creta en Berkshire, Inglaterra, en el siglo I. Representa a Epona, la diosa celta de los caballos. Era adorada en todo el mundo celta y en lo que después se convertiría en la Galia.

Summer observó el dibujo del caballo con mucha atención.

—¿Cree que nuestra diosa era Epona?

—No, no lo creo. —Boyd sacudió la cabeza—. Epona era adorada como la diosa de los caballos, las mulas y los bueyes durante la época romana. Se cree que mil años antes pudo haber sido la diosa de la belleza y la fertilidad, con poder de hechizar a los hombres.

—Me gustaría poder decir lo mismo —afirmó Summer, con una carcajada.

—¿Qué provocó la decadencia de los druidas? —preguntó Dirk.

—A medida que el cristianismo se afirmaba y se extendía por Europa, ridiculizó la religión celta como una práctica pagana. A las mujeres se les retiró el respeto de que habían gozado con los druidas. Los dirigentes de la iglesia no podían tolerar ninguna irreverencia ni oposición a la autoridad masculina. Los romanos se dedicaron a erradicar la religión druida. Las druidesas se vieron reducidas a la categoría de brujas. A las mujeres con poder las convirtieron en seres malignos, aliados del demonio. Se cebaron en ellas hasta excluirlas, y las sometieron a la dominación masculina.

La erudita mente de Gunn absorbía como una esponja todas y cada una de las palabras de Boyd.

—Los romanos adoraban a dioses y diosas paganos. ¿Qué los impulsó a eliminar a los druidas?

—Lo hicieron porque veían a los druidas como un foco de rebelión contra Roma. También estaban en contra de los ritos salvajes practicados por ellos.

—¿Cuáles eran esos ritos? —preguntó Sandecker.

—Los primitivos druidas realizaban sacrificios humanos. Se dice que su culto pagano no tenía límites. Los sacrificios eran una práctica habitual. Otra siniestra leyenda es la del Hombre de Paja. Los romanos narraron episodios donde a los hombres y mujeres condenados los metían dentro de grandes efigies de paja y los quemaban vivos.

Summer no parecía estar muy de acuerdo.

—¿Se sabe a ciencia cierta que las druidesas participaban en esos sacrificios?

Boyd se encogió de hombros.

—Es de suponer que eran tan responsables como los hombres.

—Todo esto nos lleva de nuevo a la pregunta que nos hemos formulado mil veces —intervino Dirk—. ¿Cómo es posible que una druidesa, o una mujer celta de alto rango, acabara sepultada en lo que fue una vez una isla en el mar de las Antillas, a ocho mil kilómetros de su hogar en Europa?

El catedrático se volvió para mirar a Chisholm.

—Creo que mi colega John Wesley tiene algunas respuestas extraordinarias a su pregunta.

—Un momento —interrumpió Sandecker. Se dirigió a Yaeger—. Tú y Max, ¿habéis podido descubrir cómo es que la estructura acabó a quince metros de profundidad?

—Casi no hay información geológica sobre el Caribe —respondió Yaeger, mientras desparramaba un montón de hojas sueltas sobre la mesa—. Sabemos más sobre la caída de meteoritos en los tiempos prehistóricos y de los movimientos de tierras ocurridos hace millones de años que sobre los movimientos geológicos de tres mil años atrás. Las mejores proyecciones que hemos obtenido de los geólogos consultados es que el banco de la Natividad, que era una isla, se hundió como consecuencia de un terremoto submarino entre el mil cien y el mil antes de Cristo.

—¿Cómo has llegado a esa fecha? —preguntó Perlmutter, que acomodó una vez más su corpachón en una silla demasiado pequeña.

—A través de diversos estudios químicos y biológicos, los científicos han podido determinar aproximadamente la antigüedad de las incrustaciones y cuánto tardaron en formarse en las paredes de piedra, la corrosión y el deterioro de los objetos, y la edad del coral que rodea la estructura.

Sandecker buscó uno de sus puros en el bolsillo y, al no encontrarlo, comenzó a tamborilear en la superficie de la mesa con un bolígrafo.

—Los charlatanes lo pasarán de maravilla declarando que se ha encontrado la Atlántida.

—Nada que ver. —Chisholm sacudió la cabeza—. Es un tema que he analizado a fondo. Estoy convencido de que Platón se inventó un relato del desastre a partir de la erupción ocurrida en Santorini en el 1650 antes de Cristo.

—¿No cree que la Atlántida estaba en el Caribe? —preguntó Summer con un tono un tanto jocoso—. Son muchos los que hablan del hallazgo de carreteras y ciudades hundidas.

A Chisholm no pareció que el comentario le hiciera gracia.

—Solo son formaciones geológicas. Si la Atlántida se encontraba en el Caribe —hizo una pausa de efecto—, ¿cómo es que no se ha encontrado ni un solo objeto que le perteneciera? Lo siento, la Atlántida no estaba a este lado del océano.

—Según los registros paleontológicos en mi biblioteca —señaló Yaeger—, los indios arahuacos que se encontraron los españoles cuando llegaron al Nuevo Mundo

eran los primeros pobladores de las Antillas. Emigraron de Sudamérica alrededor del dos mil quinientos antes de Cristo, o sea unos mil cuatrocientos años antes de que la mujer fuera depositada en su tumba.

—Siempre hay alguien que llega primero —comentó Perlmutter—. Colón mencionó que había visto los restos de grandes naves europeas en la playa de una isla.

—No sé cómo llegó allí la mujer —admitió Chisholm—, pero quizá pueda arrojar alguna luz sobre quién era.

Apretó la tecla del mando a distancia, y la primera imagen del friso fotografiado por Dirk y Summer apareció en la pantalla. La escena mostraba lo que parecía ser una flota que se disponía a atracar en la costa. Su aspecto era parecido al de las embarcaciones vikingas, pero eran más rechonchas, con el fondo plano apropiado para navegar por los bajíos costeros y los ríos. Tenían un único mástil con velas cuadradas que parecían hechas de cuero, para que pudieran soportar la fuerza de las galernas atlánticas. La proa y la popa eran muy altas, útiles para navegar por aguas turbulentas. Los remos estaban sujetos en los toletes colocados en las bordas.

—La primera escena del friso muestra una flota que desembarca guerreros, caballos y carros. —Apretó de nuevo la tecla—. Segunda escena: el ejército rival aparece saliendo de una trinchera que rodea una ciudadela que se alza en una colina, de laderas muy empinadas. En la siguiente los tenemos cargando a través de una llanura para atacar al enemigo antes de que consiga desembarcar. La cuarta escena corresponde a la batalla para rechazar a la flota invasora.

—Si no fuese por los terraplenes y la ciudadela, que parece estar hecha de madera —apuntó Perlmutter—, diría que estamos viendo la guerra de Troya.

En el rostro de Chisholm apareció una expresión que podía compararse a la de un lobo que ve cómo un rebaño se acerca a su guarida.

—Está usted mirando la guerra de Troya, precisamente.

Sandecker cayó en la trampa.

—Unos griegos y troyanos de aspecto extraño. Siempre he creído que llevaban barba y no mostachos.

—Eso es porque no eran griegos ni troyanos.

—En ese caso, ¿qué eran?

—Celtas.

Perlmutter no disimuló su satisfacción al escuchar la respuesta.

—Yo también he leído a Imán Wilkens.

—Entonces ya conoce sus extraordinarias revelaciones sobre el más grande error de la historia antigua.

—¿Podría sacarnos a los demás de la ignorancia? —preguntó el almirante, impaciente.

—Será un placer —contestó Chisholm—. La guerra de Troya...

—¿Sí?

—No se libró en la costa occidental de Turquía, sobre el mar Mediterráneo.

Yaeger lo miró con una expresión de asombro.

—Si no se libró en Turquía, ¿dónde tuvo lugar?

—En Cambridge, Inglaterra —respondió Chisholm tranquilamente—. En el mar del Norte.

Todos excepto Perlmutter miraron a Chisholm, dominados por el asombro y la incredulidad.

—Es obvio el escepticismo en sus miradas —declaró el historiador—. El mundo ha sido víctima de un engaño desde hace ciento veintiséis años, cuando un comerciante alemán llamado Heinrich Schliemann manifestó con bombos y platillos que había encontrado la antigua Troya gracias a las indicaciones contenidas en la *Ilíada* de Homero. Afirmó que la colina llamada Hisarlik era el lugar perfecto para la ciudad fortificada de Troya.

—¿No fueron respaldados por la mayoría de los arqueólogos e historiadores los hallazgos de Schliemann?

—Es un debate que sigue muy vivo —replicó Boyd—. Homero era un hombre misterioso; no hay ninguna prueba de su existencia real. La leyenda sólo nos cuenta de un hombre llamado Omerós, que recogió los poemas épicos de una gran guerra que se habían transmitido oralmente durante centenares de años, y los transcribió en una serie de relatos de aventuras que se convirtieron en la primera obra escrita de la literatura antigua. Ahora bien, el que fue elaborando los poemas en el transcurso de los siglos, hasta que la *Ilíada* y la *Odisea* se convirtieron en los más grandes clásicos de la historia, ¿fue un hombre... o un grupo de hombres? Nunca sabremos la verdad.

Además del enigma de su identidad, el gran misterio que nos legó fue descubrir si la guerra de Troya fue un hecho real o una fábula. Si ocurrió de verdad a principios de la Edad del Bronce, ¿fueron los griegos los auténticos enemigos de los troyanos, u Homero escribió sobre un episodio que había ocurrido a más de mil quinientos kilómetros de allí?

Perlmutter mostró una amplia sonrisa. Boyd y Chisholm reafirmaban algo en lo que él siempre había creído.

—Sin embargo, hasta que llegó Wilkens nadie se planteó que Homero, en lugar de griego, pudiera ser un poeta celta que escribió sobre una batalla legendaria ocurrida cuatrocientos años antes, y no en el Mediterráneo sino en el mar del Norte.

—Entonces, el épico viaje de Ulises... —comenzó a decir Gunn, que parecía desconcertado.

—Tuvo lugar en el océano Atlántico.

A Summer le daba vueltas la cabeza ante tantas revelaciones.

—¿Está diciendo que la belleza de Helena no fue el motivo para que zarparan mil naves?

—Me disponía a mencionar —dijo Boyd con una sonrisa— que la verdad detrás del mito no fue una guerra librada por el ansia de venganza de un rey ante el rapto de su esposa por su amante. No parece muy lógico que miles de hombres pelearan y

murieran por una mujer promiscua, ¿verdad? El viejo y sabio Príamo, rey de Troya, nunca habría arriesgado su reino ni las vidas de su pueblo sólo para que un hijo tarambana viviera con una mujer que, en honor a la verdad, había abandonado voluntariamente a su marido para irse con otro hombre. Tampoco se trató de una empresa para hacerse con los tesoros de Troya. La realidad, mucho más prosaica, es que la guerra se libró para hacerse con un metal blando y cristalino llamado estaño.

—Julien nos dio a Summer y a mí una clase sobre cómo los celtas dieron paso a la Edad del Bronce y del Hierro —manifestó Dirk, que no dejaba de tomar notas.

—Efectivamente —afirmó Chisholm—. No hay duda de que pusieron en marcha la industria, pero nadie sabe con certeza quién descubrió que mezclando un diez por ciento de estaño al cobre se conseguía un metal el doble de duro que cualquier otro conocido hasta entonces. Incluso la fecha exacta es incierta. El cálculo más preciso habla de unos dos mil años antes de Cristo.

—El cobre ya se fundía unos cinco mil años antes de Cristo en la región central de Turquía —añadió Boyd—, y abundaba en el mundo antiguo. La minería se practicaba a gran escala en Europa y Oriente Medio. Pero cuando comenzó la producción del bronce, surgió el problema.

El estaño es un metal que no abunda en la naturaleza. Como sucedería más tarde con el oro, los buscadores y mercaderes recorrieron todo el mundo antiguo para descubrir minas de estaño. Encontraron grandes yacimientos en el sudeste de Inglaterra. Las tribus celtas británicas no tardaron en aprovecharse y crearon un mercado internacional para comerciar con el estaño que extraían. Lo fundían en lingotes y lo vendían.

—Debido a la gran demanda, los antiguos bretones se hicieron con el monopolio y conseguían grandes ganancias con la venta a los mercaderes extranjeros —manifestó Chisholm—. A diferencia de los mercaderes de imperios ricos como el egipcio, que disponían de bienes caros para el intercambio, los celtas de la Europa central solo podían ofrecer objetos artesanales y una abundancia de ámbar. Sin la industria del bronce, no tenían muchas posibilidades de ir más allá de una sociedad agrícola.

—Así que decidieron unirse y apoderarse de las minas de estaño de los bretones —comentó Yaeger.

—Efectivamente —confirmó Boyd—. Las tribus celtas del continente formaron una alianza para invadir el sur de Inglaterra y apoderarse de las minas ubicadas en un territorio conocido entonces con el nombre de Troad, y más tarde Troya. La ciudad capital se llamaba Ilión.

—Por lo tanto, los aqueos no eran griegos —señaló Perlmutter.

Boyd asintió con un leve movimiento de cabeza.

—La palabra aqueo es un término genérico para referirse a los aliados. Los

habitantes de Troya se llamaban a sí mismos dárdanos. Lo mismo que Egipto no era el nombre del país de los faraones.

—Un momento —exclamó Gunn—. ¿De dónde proviene entonces el nombre de Egipto?

—Antes de Homero, se lo conocía como Al Jem, Mist o Kemi. No fue hasta centenares de años más tarde cuando el historiador griego Herodoto vio las pirámides y el templo de Luxor, y decidió llamar Egipto al imperio en decadencia, que era el nombre de un país descrito en la *Ilíada*. El nombre quedó.

—¿Qué pruebas aportó Wilkens para su teoría? —preguntó Sandecker.

Boyd dirigió a Chisholm una mirada expectante.

—¿Quiere usted responder a la pregunta, doctor?

—Usted ha de saber tanto como yo —contestó Chisholm, con una sonrisa complacida.

—¿Me permiten que lo haga yo? —preguntó Perlmutter—. He leído a fondo el libro de Wilkens, *Where Troy Once Stood*.

—Será un placer —manifestó Boyd.

—Hay muchísimas pruebas —comenzó Perlmutter—. En primer lugar, no hay prácticamente nada en las descripciones que hace Homero en sus obras que resista el menor análisis. En ninguna parte llama «griegos» a la flota invasora. En el siglo once antes de Cristo, Grecia estaba muy poco poblada. No había ninguna gran ciudad capaz de mantener una flota de naves de guerra y sus tripulaciones. Los primitivos griegos no eran gente marinera. Las descripciones homéricas de las naves y los hombres que las guiaban a través de los mares a fuerza de remos se ajustan mucho más a los vikingos, que aparecieron dos mil años más tarde. Asimismo, las descripciones marítimas se corresponden con la costa atlántica de Europa, no con la mediterránea.

—¿Qué me dice de la vegetación? —lo animó Boyd.

—Otra prueba importante —dijo Perlmutter, con un gesto de asentimiento—. Casi todos los árboles descritos por Homero son típicos de los climas húmedos de Europa y no de las tierras áridas de Grecia y Turquía. Habla de árboles de hojas verdes caducas, cuando lo habitual para los griegos eran las coníferas de hoja perenne. Después tenemos los caballos. Los celtas eran un pueblo ecuestre, pero no se sabe que los antiguos griegos emplearan caballos en las batallas. Mientras que los egipcios y los celtas empleaban los carros como máquinas de guerra, los griegos y los romanos preferían combatir a pie, y sólo utilizaban los carros para el transporte y las carreras.

—¿Alguna diferencia en el tema de la comida? —preguntó Gunn.

—Homero menciona las anguilas y las ostras. Las anguilas nacen en el mar de los Sargazos y se trasladan a las aguas frías alrededor de Europa. Dice que «buceaban

para coger ostras», las que son mucho más abundantes en los océanos, fuera del Mediterráneo. Si un griego buceaba, lo hacía para pescar esponjas, que eran muy comunes en Grecia en aquellos tiempos.

—¿Qué hay de los dioses? —quiso saber Sandecker—. En la *Ilíada* y la *Odisea* los dioses no dejan de intervenir tanto en el ejército griego como en el troyano.

—Primero fueron dioses celtas. Los eruditos clásicos han llegado a la conclusión de que los dioses presentados por Homero eran originalmente celtas y que los griegos los heredaron de los poemas homéricos. —Perlmutter hizo una pausa y después añadió—: Otro punto interesante es que Homero señala que griegos y troyanos cremaban a sus muertos. Ésta era una costumbre celta. Los pueblos mediterráneos solían enterrarlos, más bien.

—Es una hipótesis muy interesante —opinó Sandecker—, aunque no deja de ser una conjetura.

—Bien, ahora llegamos a lo mejor. —Perlmutter sonrió muy ufano—. Las extraordinarias revelaciones de Wilkens demuestran fuera de toda duda que las ciudades, islas y naciones sobre las que escribió Homero no existieron, o se llamaban con otro nombre del todo diferente. Las descripciones geográficas y topográficas de la *Ilíada* sencillamente no concuerdan con las tierras y costas del Mediterráneo. Wilkens descubrió que los nombres que Homero dio a las ciudades, las regiones y los ríos tienen su origen en el continente europeo e Inglaterra. Los nombres griegos no encajan con el entorno de Troya y de los reinos de los héroes griegos, ni tampoco la descripción de los escenarios concuerda con la realidad geofísica.

—La lista continúa —dijo Chisholm—. Homero describe a Menelao como pelirrojo, a Ulises con el cabello castaño rojizo y a Aquiles como rubio. También habla de guerreros de piel blanca. Nada de todo esto es característico de los pueblos mediterráneos. Es como si vinieran de otro tiempo y dimensión.

Las tribus aqueas invasoras llegaron de las regiones productoras de bronce de Francia, Suecia, Dinamarca, España, Noruega, Holanda, Alemania y Austria. Su flota se reunió probablemente en lo que hoy es Cherburgo y navegaron a través del mar de Helle, que dio su nombre al Helesponto en Turquía y que ahora se conoce como el mar del Norte. Desembarcaron en una gran bahía conocida con el nombre de Tracia, y que ahora aparece en los mapas con el sencillo nombre de Wash, en Cambridgeshire. Las aguas bañaban las costas de la llanura de Anglia oriental.

Boyd aportó otro detalle a la exposición de Perlmutter.

—Homero mencionó catorce ríos en Troya y sus alrededores. Ésta es una sorprendente correlación con los catorce ríos cercanos a la llanura de Anglia oriental. Wilkens descubrió que, aun después de treinta siglos, los nombres continúan siendo muy similares en su ortografía y se los puede reconocer sin problemas. En griego, por ejemplo, Homero cita el río Témeso, que corresponde al Támesis.

—¿Qué hay de los troyanos? —preguntó Sandecker, que no acababa de convencerse.

—Su ejército lo formaban hombres llegados de toda Inglaterra, Escocia y Gales —contestó Perlmutter—. También contaron con la ayuda de los aliados de Bretaña y Bélgica en el continente. Ahora que tenemos la bahía y la llanura podemos empezar a centrarnos en el campo de batalla y las defensas. Todavía existen en el nordeste de Cambridge dos inmensas trincheras paralelas. Wilkins cree que fueron construidas por los invasores, al estilo de las de la Primera Guerra Mundial, para impedir que los defensores atacaran su campamento y las naves.

—¿Y dónde estaba situada la ciudadela de Troya? —insistió el almirante.

Perlmutter aceptó el reto de buen grado.

—El sitio más lógico son las colinas de Gog Magog, donde se han descubierto fortificaciones circulares con grandes trincheras defensivas. Allí hay restos de empalizadas de madera y muchos objetos de bronce. También se hallaron urnas funerarias y un gran número de esqueletos que mostraban huellas de mutilaciones.

—¿Cuál es el origen de un nombre tan curioso como Gog Magog? —preguntó Summer.

—Hace muchos años, cuando los habitantes de la zona comenzaron a descubrir por accidente gran cantidad de huesos, creyeron que allí se había librado una gran batalla o una guerra donde había muerto una multitud de combatientes. Todo aquello les recordó el relato bíblico de Ezequiel, donde se conjura a los espíritus malignos para participar en una guerra iniciada por el rey Gog de Magog.

La mirada de Sandecker fue de Boyd a Chisholm.

—Muy bien, de acuerdo. Ahora que ya nos hemos enterado de que la guerra de Troya se libró en el sudeste de Inglaterra por el dominio de las minas de estaño, ¿qué tiene eso que ver con los descubrimientos de los objetos y los frisos celtas en el banco de la Natividad?

Los dos eruditos se miraron el uno al otro con una expresión risueña.

—Pues todo, almirante. Ahora que estamos razonablemente seguros de que el verdadero escenario de la guerra de Troya está en Inglaterra, podemos comenzar a ligar el gran periplo de Ulises con el banco de la Natividad.

Se podría haber oído el ruido de la caída de un alfiler en la sala. La afirmación había sido tan inesperada que transcurrió casi medio minuto antes de que atinaran a hacer preguntas.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Gunn, que intentaba asimilar las palabras de los catedráticos.

Sandecker se volvió lentamente hacia Perlmutter.

—Julien, ¿está usted de acuerdo con esta locura?

—No tiene nada de locura —replicó Perlmutter, sonriendo de oreja a oreja—. En

los poemas épicos de Homero está escrito que Odiseo, Ulises, era el rey de la isla de Ítaca. Pero esa isla griega nunca tuvo un reino, ni tiene ruinas importantes. Wilkens demuestra, por lo menos para mí, que el reino de Ulises no estaba en Grecia. Un abogado belga de Calais, Francia, Théophile Cailleux, después de exhaustivas investigaciones, afirmó que Cádiz, en España, era la Ítaca de Homero. Aunque aquella zona se rellenó a lo largo de los tres mil años pasados, los geólogos han señalado el perfil de varias islas que ahora forman parte de la tierra firme. Cailleux y Wilkens han identificado la mayoría de los puertos de escala del viaje de Ulises, y ninguno de ellos se encuentra en el Mediterráneo.

—Estoy de acuerdo —manifestó Yaeger—. Con toda la información conocida sobre el viaje de Ulises, las descripciones de Homero, las teorías de Cailleux y Wilkens, los métodos de navegación de la Edad del Bronce, y las mareas y las corrientes, Max y yo hemos establecido una ruta para sus puertos de escala.

Yaeger cogió el mando a distancia y marcó un código. En la pantalla apareció una carta del Atlántico Norte. Una línea roja bajaba desde el sur de Inglaterra hasta la costa africana antes de desviarse hacia las islas de Cabo Verde y de allí hasta las islas del mar de las Antillas. Utilizó un puntero láser para seguir el viaje de Ulises desde Inglaterra.

—El primer lugar donde Ulises recaló después de verse arrastrado mar adentro fue lo que describió como la tierra de los lotófagos. Según Wilkens, este lugar estaba probablemente en la costa occidental africana, en Senegal. Allí el loto es una variedad de la familia de los guisantes y los nativos lo consumen desde hace miles de años, porque tiene efectos narcóticos. A partir de allí, los vientos lo impulsaron rumbo al oeste hacia las islas de Cabo Verde, que es la elección lógica para ser la isla de los cíclopes, porque la descripción de Ulises concuerda casi a la perfección.

—El país de la gente con un solo ojo —apuntó Sandecker, con una sonrisa.

—En ninguna parte Homero manifiesta que todos tuvieran un solo ojo —puntualizó Yaeger—. Tenían dos. Sólo Polifemo tenía uno, y no estaba en el centro de la frente.

—Si no recuerdo mal mi lectura de la Odisea —dijo Gunn—, después de escapar de los cíclopes, Ulises continuó navegando hacia el oeste, hasta las islas Eolias.

—Después de introducir en el ordenador los vientos dominantes y las corrientes, la proyección indicaba que la siguiente escala que realizó Ulises fue en alguna de las numerosas islas al sur de la Martinica y al norte de Trinidad. A partir de allí, su flota fue arrastrada por una tormenta a la tierra de los lestrigones. Una de las islas pequeñas llamada Branwen, cerca de las costas de Guadalupe, encaja con la descripción. Los altos acantilados a ambos lados del angosto canal que recorre la nave cuadran exactamente con las características de la isla.

—Allí fue donde los lestrigones destruyeron la flota de Ulises —añadió

Perlmutter.

—Si eso es verídico —declaró Yaeger—, las naves cargadas con los tesoros todavía yacen en el fondo de la bahía.

—¿El nombre de la isla tiene algún significado?

—Branwen —respondió Yaeger— era una diosa celta y una de las tres matriarcas de Britania.

—¿A qué país pertenece la isla? —preguntó Dirk.

—Es de propiedad privada.

—¿Sabe quién es el propietario? —le interrogó Summer—. ¿Alguna estrella del rock, un actor, o quizá un grupo de empresarios?

—No, Branwen es propiedad de una mujer muy rica. —Yaeger hizo una pausa para consultar sus notas—. Se llama Epona Eliade.

—Epona es el nombre de una diosa celta —señaló Summer—. Eso es una coincidencia.

—Quizá sea algo más que una afortunada coincidencia —afirmó Yaeger—. Lo comprobaré.

—¿Cuál fue el siguiente puerto donde recaló Ulises? —intervino Sandecker.

—Ahora que sólo contaba con una nave de las doce originales —respondió Yaeger—, navegó hacia la isla de Circe, llamada Eea, que corresponde al banco de la Natividad, un lugar que Homero sitúa en el extremo del mundo.

—¡Circe! —exclamó Summer—. ¿Circe era la mujer que vivió y murió en la estructura que encontramos?

Yaeger se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Todo esto no son más que conjeturas, prácticamente imposibles de demostrar.

—Pero... ¿qué la llevó a atravesar el océano hace tantos siglos? —preguntó Gunn.

Perlmutter entrelazó las manos sobre su considerable barriga.

—Hubo más travesías entre los continentes que lo que nadie imagina.

—Me interesaría saber dónde sitúas el Hades —le dijo Sandecker a Yaeger.

—El lugar más aproximado sería en las cavernas de Santo Tomás, en Cuba.

Perlmutter se sopló la nariz delicadamente, y luego preguntó:

—Después de dejar el Hades, ¿dónde se encontró con las sirenas, el monstruo Escila y Caribdis el remolino?

Yaeger levantó las manos en un gesto muy expresivo.

—He tenido que descartar esos episodios como producto de la descabellada imaginación de Homero. No hay ninguna localización geográfica para ellos a este lado del Atlántico. —Hizo una pausa antes de volver a la carta del viaje de Ulises—. A continuación, Ulises navegó hacia el este hasta la isla de Ogigia, donde vivía

Calipso, que Wilkens y yo creemos que es la isla de San Miguel, en las Azores.

—Calipso era la hermosa diosa hermana de Circe —señaló Summer—. Eran mujeres del más alto rango. Ulises vivió con Calipso un episodio romántico, en lo que era un paraíso terrenal, después de su aventura amorosa con Circe en su isla, ¿no?

—Efectivamente —respondió Yaeger—. Después de que Ulises dejara a la llorosa Calipso en la playa, su última recalada en el palacio del rey Alcínoo fue consecuencia de los vientos adversos. El palacio estaba en la isla de Lanzarote, en las Canarias. Luego de relatar sus aventuras al rey y a su familia, le dieron una nave y consiguió finalmente regresar a su casa en Ítaca.

—¿Dónde sitúas Ítaca? —preguntó Gunn.

—Donde la situó Cailleux: en el puerto de Cádiz, al sudoeste de España.

Todos los sentados a la mesa guardaron unos momentos de silencio mientras pensaban en el relato clásico y la multitud de teorías. ¿Cuánto de todo esto se acercaba aunque solo fuera remotamente a la verdad? Solo Homero lo sabía, y llevaba muerto tres mil años.

—Tienes que otorgarle a Ulises el mérito de tener un gran carisma masculino, a la vista de que vivió sendos romances con las dos mujeres más bellas e influyentes de su época —le comentó Dirk a Summer con una sonrisa—. Antes de que él las sedujera, ambas eran castas e inaccesibles.

—Si hemos de ceñirnos a la verdad —intervino Chisholm—, ninguna de las dos era una diosa, ni tampoco inocente como un bebé. Ambas aparecen descritas como mujeres de una extraordinaria belleza y poseedoras de una personalidad mágica. Circe era bruja y Calipso hechicera. Como simple mortal, Ulises no habría podido nunca satisfacer a ninguna de ellas. Lo más probable es que fuesen druidesas que tomaban parte en toda clase de rituales salvajes y perversos. Como tales, estaban íntimamente relacionadas con los sacrificios humanos que consideraban necesarios para ganar la vida eterna.

—Es algo difícil de creer —protestó Summer, que sacudió la cabeza enérgicamente.

—Pero cierto —replicó Chisholm—. Se sabe que las druidesas atraían a los hombres para que participaran en los sacrificios y las orgías. Por otra parte, como líderes de su culto femenino, tenían el poder de controlar a sus fieles para hacerles realizar los actos que ellas deseaban.

—Es una suerte para nosotros que el druidismo desapareciera hace mil años —declaró Yaeger.

—Ahí está la pega —señaló Chisholm—. El druidismo continúa muy vivo entre nosotros. Hay cultos por toda Europa que siguen los viejos rituales.

—Excepto en lo que se refiere a los sacrificios humanos —dijo Yaeger.

—No —respondió Boyd con un tono grave—. A pesar de que es un asesinato, los

sacrificios humanos continúan practicándose entre los cultos druidas clandestinos.

Acabada la reunión, Sandecker llamó a Dirk y Summer a su despacho. Esperó a que se sentaran y fue al grano.

—Quiero que vosotros dos os encarguéis de un proyecto arqueológico.

Dirk y Summer se miraron, desconcertados. No tenían idea de lo que quería el almirante.

—¿Quiere que volvamos al banco de la Natividad? —preguntó Dirk.

—No, quiero que voléis a Guadalupe y llevéis a cabo una exploración submarina en el puerto de la isla de Branwen.

—Dado que es una isla privada, ¿no necesitaríamos un permiso? —preguntó Summer.

—Mientras no piséis la costa, no se os considerará intrusos.

Dirk miró a Sandecker con una expresión escéptica.

—¿Quiere que vayamos a buscar el tesoro perdido de la flota de Ulises en el país de los lestrigones?

—No, quiero que encontréis las naves y sus objetos. Si tenéis éxito, serían de lejos los pecios más antiguos encontrados en el hemisferio occidental y alterarían la historia del mundo antiguo. Si se puede hacer, quiero que lo haga la NUMA.

Summer entrelazó las manos sobre la mesa, sin disimular su nerviosismo.

—Sin duda comprende, almirante, que las probabilidades de realizar hallazgo tan extraordinario son de una entre un millón.

—Esa única probabilidad vale todos nuestros esfuerzos. Es mejor intentarlo que quedarnos cruzados de brazos y no saberlo.

—¿Tiene ya un plan de trabajo?

—Rudi Gunn se encargará del transporte. Partiréis mañana por la mañana en un avión de la NUMA. En el aeropuerto cercano a la ciudad de Pointe-à-Pitre, en Guadalupe, os recibirá un representante de la NUMA que se llama Charles Moreau. Ha alquilado una embarcación para que vayáis a la isla Branwen, que está al sur. Tendréis que llevaros vuestros propios equipos de buceo. Rudi os enviará por vía aérea un perfilador de subsuelos para interpretar cualquier anomalía que podáis encontrar debajo de los sedimentos y la arena.

—¿A qué se debe la urgencia? —quiso saber Dirk.

—Si se corre la voz, y correrá, todos los buscadores de tesoros del mundo aparecerán en la isla. Quiero que la NUMA sea la primera en llegar, que haga una prospección del fondo y se largue. Si tenéis éxito, nos pondremos en contacto con los franceses que gobiernan Guadalupe para que protejan la zona. ¿Alguna pregunta?

Dirk cogió la mano de su hermana.

—¿A ti qué te parece?

—Que es apasionante.

—Estaba seguro de que dirías eso —manifestó Dirk, con un tono de cansancio—.
¿A qué hora quiere que estemos en la terminal aérea de la NUMA, almirante?
—Lo mejor es salir temprano. Vuestro avión despegará a las seis.
—¿De la mañana? —preguntó Summer, con mucho menos entusiasmo.
Sandecker sonrió alegremente.
—Con un poco de suerte, quizá podáis escuchar el canto de los gallos camino del aeropuerto.

Después de la reunión, Yaeger bajó en el ascensor a su despacho en el piso diez. Poco partidario de las comidas en los restaurantes de moda de Washington, se llevaba a la oficina una anticuada fiambarrera con frutas y verduras y un termo de zumo de zanahoria.

Le costaba ponerse en marcha por las mañanas y era incapaz de lanzarse al trabajo con todo su ímpetu. Se preparó una tisana y bebió lentamente, antes de reclinarsse en la silla y leer el *Wall Street Journal* para saber cómo iban sus inversiones. Cuando acabó de leer el periódico, leyó el informe que le habían enviado del despacho de Sandecker sobre la enorme red de túneles que Pitt y Giordino habían descubierto en Nicaragua. Después puso en marcha un programa para copiar el texto mecanografiado en un disquete. Bebió otro sorbo de tisana y tecleó la orden para llamar a Max.

La mujer se materializó poco a poco. Ese día vestía una bata corta de seda azul con una faja amarilla, estrellas azules y una leyenda en la espalda que decía: MUJER MARAVILLA.

—¿Qué opinas de mi atuendo? —preguntó Max con voz melosa.

—¿Dónde lo has encontrado? —replicó Yaeger—. ¿Has estado revolviendo en la basura?

—Ya sabes que lo compro todo por internet. Por cierto, lo he pagado con la tarjeta de crédito de tu esposa.

—Allá tú.

Yaeger sonrió. Max era un holograma. Era imposible que pudiera comprar, pagar o usar objetos materiales. Sacudió la cabeza en una muestra de asombro ante el vivaz temperamento de Max. Había ocasiones en las que creía que haber programado a Max con el aspecto y la personalidad de su esposa había sido un error.

—Si has acabado de exhibirte, Mujer Maravilla, tengo un trabajito para ti.

—Estoy a tu servicio, amo —respondió Max, en una imitación de Barbara Eden en la vieja serie de televisión *Dream of Jeannie*.

Yaeger copió el contenido del disquete en la memoria de Max.

—Tómame el tiempo que haga falta y después dime qué has sacado en limpio.

Max lo miró fijamente durante unos segundos antes de preguntarle:

—¿Qué quieres saber?

—La pregunta es: ¿cuál es el posible motivo para que Odyssey y la China comunista hayan excavado cuatro enormes túneles a través de Nicaragua desde el Atlántico al Pacífico?

—Eso es muy fácil. El enigma ni siquiera entibia mis circuitos.

Yaeger la miró sin disimular la desconfianza.

—¿Cómo puedes darme una respuesta si todavía no has analizado el problema?

Max se llevó una mano a la boca para tapar el bostezo.

—Es absolutamente elemental. Nunca deja de sorprenderme que los humanos seáis incapaces de ver más allá de vuestra nariz.

Esta vez Yaeger estaba seguro de que había cometido un error en el programa. La respuesta había sido prácticamente instantánea.

—De acuerdo. Estoy ansioso por escuchar tu solución.

—Los túneles se construyeron para trasvasar enormes cantidades de agua.

—No creo que haga falta ser un genio para descubrirlo. —Yaeger comenzó a pensar que Max se había despistado un poco—. Cuatro túneles que van de un océano a otro, y las descomunales estaciones de bombeo, hacen que esa sea una conclusión evidente.

—¡Ah! —exclamó Max, que levantó un mano con el índice extendido—. Ya que te parece tan obvio, ¿sabes por qué quieren bombear enormes cantidades de agua a través de los túneles?

—¿Para desalinizar el agua y abastecer a la población? ¿Para el riego de cultivos? Demonios, no lo sé.

—¿Cómo pueden ser los humanos tan obtusos? —preguntó Max con un tono de frustración—. ¿Estás preparado, amo?

—Si quieres tener la bondad de sacarme de la ignorancia...

—Perforaron los túneles para desviar la corriente ecuatorial sur, que va desde el continente africano al mar de las Antillas.

En el rostro de Yaeger apareció una expresión de desconcierto al escuchar la respuesta.

—¿Cuál sería la amenaza ecológica que podría provocar?

—¿No lo ves?

—Hay agua más que suficiente en el océano Atlántico para que no se note el trasvase de unos cuantos millones de litros.

—No te hagas el gracioso.

—Si no es eso, ¿qué es?

Max levantó las manos en un gesto de desesperación.

—Al desviar la corriente ecuatorial sur, la temperatura de la corriente del Golfo será unos ocho grados más baja cuando llegue a Europa.

—¿Qué más?

—Un descenso de ocho grados en la temperatura del agua que calienta Europa provocaría un cambio climático en el continente que se asemejaría mucho al clima que reina actualmente en el norte siberiano.

Yaeger fue incapaz de captar inmediatamente el significado de las palabras de Max, o sus inimaginables consecuencias.

—¿Estás segura?

—¿Es que alguna vez me equivoco? —replicó Max con un mohín encantador.

—A mí me parece que ocho grados es una bajada muy brusca —insistió Yaeger, poco convencido de la solución.

—Sólo estamos hablando de un descenso de unos tres grados en la temperatura del agua cuando la corriente del Golfo pasa frente a las costas de Florida. Pero cuando la corriente fría del Labrador baja desde el Ártico y se encuentra con la del Golfo después de trazar un arco frente a las provincias marítimas canadienses, el descenso de la temperatura se hace mayor. Esto a su vez propicia otro descenso a través de Europa, y la consecuencia es que altera los patrones climáticos y provoca un cambio atmosférico que va desde Escandinavia al Mediterráneo.

El espantoso plan quedó claro ahora en la mente de Yaeger. Con movimientos pausados, cogió el teléfono y marcó el número del despacho de Sandecker. La secretaria del almirante le pasó la llamada inmediatamente.

—¿Max ya tiene alguna respuesta? —preguntó Sandecker.

—Así es.

—¿Qué ha dicho?

—Almirante —respondió Yaeger con voz ronca—, mucho me temo que se esté fraguando una catástrofe.

Mientras esperaban la llegada del helicóptero, que llevaba ya una hora de retraso, Giordino se durmió tranquilamente y Pitt se dedicó a mirar el lago de Nicaragua a través de los prismáticos. La costa oeste estaba a unos cuatro kilómetros y vio las casas de una ciudad pequeña.

La buscó en el mapa. Se trataba de la ciudad de Rivas. Luego volvió su atención a una isla muy extensa que tenía la forma de un ocho, situada a unos ocho kilómetros al oeste. Parecía una tierra muy fértil y estaba densamente arbolada. Pitt calculó que la superficie de la isla debía de tener unos cuatrocientos kilómetros cuadrados.

Según el mapa, era la isla de Ometepe. Pitt enfocó dos volcanes unidos por una angosta faja de tierra de tres o cuatro kilómetros de longitud. El volcán del lado norte de la isla tenía más de mil quinientos metros de altura y, a juzgar por la fumarola que escapaba del cráter y se unía con las nubes que pasaban por encima de la cumbre, parecía estar activo.

El volcán del sur tenía la forma de un cono perfecto y estaba inactivo. Pitt estimó que era unos trescientos metros más bajo que su compañero en el norte. También dedujo que los cuatro túneles debían de pasar por debajo de la faja de tierra, cerca de la base del volcán norteño. Eso explicaría, pensó, el inesperado aumento de la temperatura que él y Giordino habían notado en el interior del cuarto túnel.

Una rápida mirada al mapa le informó que el volcán activo se llamaba Concepción, mientras que su compañero se llamaba Maderas. Continuó con la observación y de pronto se encontró con lo que parecían ser los edificios de una gran fábrica, que ocupaban la ladera sur del Concepción un poco más allá del istmo. Estimó que abarcaban una extensión de doscientas hectáreas. Le pareció una ubicación bastante extraña para una fábrica. No era precisamente el lugar más apropiado para invertir millones de dólares en un complejo industrial donde no había medios de transporte adecuados. A menos, se dijo, que fuera algo muy secreto.

De pronto vio aparecer un avión por el norte. El aparato enfiló la pista que cruzaba la faja de tierra hacia la entrada del complejo, dio una vuelta alrededor de la cumbre del volcán Maderas y aterrizó. El piloto carreteó por la pista hasta el edificio de la terminal.

Pitt bajó los prismáticos, con la expresión de haber visto algo que no quería ver y una mirada de profunda concentración. Limpió los cristales de los prismáticos con unas gotas de agua de la cantimplora y los secó con el faldón de la camisa que llevaba debajo del mono de Odyssey. Luego se los llevó a los ojos y, como si quisiera estar seguro, enfocó el aparato.

La luz del sol que se colaba entre un par de nubes iluminaba la isla de Ometepe. Si bien el aeroplano no parecía mucho más grande que una hormiga a través de los

prismáticos, el color lavanda que reflejaba el sol en el fuselaje y las alas era inconfundible.

Odyssey, murmuró para sus adentros, mientras su mente corría desbocada. Sólo entonces comprendió que los edificios se encontraban directamente encima de los túneles. Eso explicaba los enormes montacargas que él y Giordino habían visto en la terminal ferroviaria. El complejo estaba conectado con los túneles, aunque el tamaño indicaba que debía de servir a otros propósitos.

Mientras hacía un barrido de las instalaciones al pie del volcán, hizo una pausa al ver lo que parecían ser muelles detrás de una hilera de tinglados. Los techos de los tinglados le impedían la visión directa de los muelles, pero distinguió las siluetas de cuatro grandes grúas contra el fondo azul del cielo y entendió por qué el complejo no necesitaba de un sistema de transporte exterior. Era totalmente autosuficiente.

Entonces ocurrieron tres cosas casi simultáneamente, que le avisaron del peligro.

El faro, sin motivo aparente, comenzó a oscilar como una bailarina de hula hula. Tal como le había dicho a Percy Rathbone, estaba acostumbrado a los terremotos como todos los californianos. En una ocasión había estado en el piso treinta y dos de un edificio de oficinas en Wilshire Boulevard cuando se había producido un temblor y el edificio se había sacudido violentamente. Claro que no había tenido ninguna consecuencia, porque éste contaba con protección antisísmica. Ahora revivió la misma sensación, excepto que el faro se movía como una palmera sacudida por vientos cambiantes.

Pitt se volvió inmediatamente para mirar el volcán Concepción, ante la posibilidad de que hubiese entrado en erupción, pero el cráter parecía tranquilo, sin señales de humo o cenizas. Miró el agua y vio las ondulaciones en la superficie como si en las profundidades se hubiera puesto en marcha una gigantesca batidora. Al cabo de un minuto que se hizo eterno, se acabaron las sacudidas. Como era de suponer, Giordino no se despertó.

El segundo peligro lo encarnó una lancha patrullera de color lavanda que había zarpado de la isla y se dirigía directamente hacia el faro. Los guardias a bordo debían de estar muy convencidos de que sus presas no podían escapar, ya que navegaban como quien da un paseo.

El tercero y último peligro provino de debajo de sus pies. Un ruido prácticamente inaudible —el choque de una pieza metálica contra otra en el interior del pozo de ventilación— fue probablemente el motivo de que salvaran la vida. Pitt tocó a Giordino con la punta del pie.

—Tenemos visitas. Por lo que se aprecia, encontraron nuestro rastro.

Giordino se despertó en el acto y cogió la automática Desert Eagle calibre .50 que llevaba en la cintura debajo del mono. Pitt sacó de la mochila su vieja automática Colt .45 y se agachó junto al agujero del pozo sin mirar por encima del borde.

—¡Quédense donde están! —gritó.

Lo que pasó a continuación no fue algo completamente inesperado. Por toda respuesta, una ráfaga de ametralladora convirtió en un colador la cúpula metálica del faro. La descarga fue tan violenta que Pitt y Giordino no se animaron a estirar las manos más allá del borde para disparar, ante el riesgo de que se las destrozaran las balas.

Pitt se arrastró hasta una de las ventanas del faro y comenzó a golpear contra el cristal con la culata de la pistola. El cristal era grueso y tuvo que descargar varios golpes hasta conseguir romperlo. Varios trozos cayeron al mar, pero Pitt pasó rápidamente el brazo por el agujero y golpeó el vidrio desde el exterior para que los cristales cayeran al suelo. Luego los empujó con los pies para amontonarlos y llevarlos hasta el agujero, y los lanzó por encima del borde. Los trozos, puntiagudos y afilados como navajas, llovieron sobre los asaltantes. Casi sin solución de continuidad se escucharon gritos de dolor y cesaron los disparos.

Pitt y Giordino aprovecharon la confusión para disparar a ciegas al interior del pozo. Las balas, que rebotaban contra las paredes de cemento, causaron el caos entre los guardias de Odyssey que subían la escalerilla. Los gritos de los heridos se apagaron y unos segundos más tarde se escucharon los golpes de sus cuerpos contra las paredes, mientras caían a plomo hasta el fondo.

—Eso retardará un poco sus malévolas intenciones —comentó Giordino, sin la menor pizca de remordimiento en la voz, mientras ponía un cargador nuevo en el arma.

—Todavía nos quedan otros indeseables por atender —replicó Pitt, señalándole la patrullera que navegaba hacia el faro, con la proa alzada por encima del agua.

—Será un poco duro.

A través del cristal roto, Giordino le indicó a su compañero el helicóptero que cruzaba el lago a baja altura desde el norte. Pitt calculó en un santiamén las distancias que debían recorrer la patrullera y el helicóptero, y se permitió una sonrisa.

—El pájaro es más rápido. Lo tendremos aquí cuando a la lancha le queden todavía cerca de dos kilómetros.

—Reza para que no lleven misiles —dijo Giordino, y sus palabras fueron como un jarro de agua fría para el entusiasmo de Pitt.

—No tardaremos en saberlo. Prepárate para coger el arnés cuando lo bajen.

—Tardaremos demasiado si tienen que subirnos uno a uno —afirmó Giordino—. Propongo que le digamos juntos nuestro lloroso adiós al faro.

—Estoy contigo —asintió Pitt.

Salieron al angosto balcón que rodeaba la parte superior de la torre. Pitt vio que el helicóptero era un Bell 340 con motores gemelos Rolls-Royce. Estaba pintado de colores amarillo y rojo, con las palabras MANAGUA AIRWAYS escritas en los

laterales. Observó atentamente cómo el piloto efectuaba una vuelta a la torre, mientras un tripulante comenzaba a bajar el arnés unido al cable que los subiría hasta el aparato.

Pitt era casi treinta centímetros más alto que Giordino, así que saltó para coger el arnés, que se movía en círculos impulsado por el viento generado por las palas en la primera pasada. Se lo puso a Giordino por debajo de los brazos.

—Tú eres más robusto que yo. Soportarás el esfuerzo y yo me sujetaré a ti.

Giordino sujetó el cable con las dos manos mientras Pitt se abrazaba a su cintura. El tripulante, cuyos gritos no se podían oír por encima del estruendo de las turbinas, gesticuló con verdadera desesperación para indicarles que sólo podía levantar a un hombre.

La advertencia llegó demasiado tarde. Pitt y Giordino se vieron arrastrados fuera del balcón del faro y se quedaron colgando a una treintena de metros del agua cuando una súbita racha de viento golpeó al helicóptero. El piloto se encontró con que el aparato se inclinaba bruscamente a estribor por el peso sumado de los dos hombres. Estabilizó el helicóptero y mantuvo la posición mientras el tripulante observaba cómo el motor del torno apenas si conseguía subir a Pitt y Giordino.

La suerte los acompañó y la patrullera no disparó ningún misil. En cambio, disponía de dos ametralladoras pesadas instaladas a proa que comenzaron a disparar. Afortunadamente aún estaban muy lejos, y con la dificultad añadida del cabeceo de la lancha, el artillero no podía apuntar muy bien: los proyectiles pasaron a más de cincuenta metros.

El piloto, horrorizado al ver que le disparaban, se olvidó de los hombres que había ido a rescatar. Viró rápidamente en maniobra de evasión y puso rumbo a la seguridad de la costa. Pitt y Giordino, que estaban a unos seis metros por debajo de la cabina, se bambolearon como un péndulo. Giordino tenía la sensación de que en cualquier momento acabaría con los brazos arrancados. Pitt, que no experimentaba dolor alguno, no podía hacer otra cosa que aferrar a Giordino con todas sus fuerzas y gritarle al tripulante que acelerara la subida.

Pitt veía la agonía en el rostro de Giordino. Durante quizá dos minutos —que le parecieron eternos— el italiano estuvo tentado de soltarse, pero bastó una mirada al agua, que ahora estaba a unos ciento cincuenta metros de sus pies, para que cambiara rápidamente de idea.

Entonces se encontró con la mirada despavorida del tripulante, a metro y medio de distancia. El hombre se volvió para gritarle al piloto, que en una rápida y experta maniobra inclinó de lado el helicóptero lo justo y suficiente para que Pitt y Giordino cayeran en la sección de carga.

El tripulante se apresuró a cerrar la puerta. Atónito, miró a los dos hombres espatarrados en el piso.

—Hombres, tú estar locos —afirmó en un inglés macarrónico y un fuerte acento castellano—. Torno sólo para sacas de cincuenta kilos.

—Habla inglés —comentó Giordino.

—No muy bien —dijo Pitt—. Recuérdame que escriba una carta de agradecimiento a la compañía que fabricó el torno. —Se puso de pie y se apresuró a ir a la carlinga, donde miró a través de una de las ventanillas laterales hasta que vio a la patrullera. Había abandonado la persecución y ahora viraba para poner rumbo a la isla.

—¿A qué demonios ha venido eso? —preguntó el piloto, que estaba furioso—. Esos payasos nos dispararon.

—Demos gracias de que sean malos tiradores.

—No esperaba tener problemas cuando acepté este viaje —añadió el piloto, que no dejaba de vigilar la patrullera—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué los perseguía la patrullera?

—Pertenece a la agencia que lo contrató —respondió Pitt—. Mi amigo y yo trabajamos en la *National Underwater and Marine Agency*. Me llamo Dirk Pitt.

El piloto apartó una mano de los controles y la extendió por encima del hombro.

—Marvin Huey.

—Ah, norteamericano. De Montana, a juzgar por el acento.

—Cerca. Me crié en un rancho de Wyoming. Después de veinte años de pilotar estos cacharros para la fuerza aérea, y de que mi mujer me dejara por un petrolero, me vine aquí para montar una pequeña empresa de vuelos chárter.

Pitt le estrechó la mano mientras le echaba una ojeada superficial. Parecía de baja estatura, con el cabello pelirrojo ralo y grandes entradas. Vestía unos Levi's desteñidos, una camisa estampada y botas vaqueras. Los ojos eran de un color azul claro y parecían haber visto demasiado. Le calculó cincuenta y tantos años.

Huey miró a Pitt sin disimular la curiosidad.

—No me ha dicho a qué ha venido la gran escapada.

—Vimos algo que no debíamos ver —contestó Pitt, sin dar más explicaciones.

—¿Qué hay que ver en un faro abandonado?

—El faro no es lo que parece.

Huey no le creyó, pero no insistió en el tema.

—Aterrizaremos en nuestro campo en Managua dentro de veinticinco minutos.

—Cuanto antes mejor. —Pitt señaló el asiento vacío del copiloto—. ¿Le importa?

—En absoluto.

—¿Cree que podría hacer una pasada sobre las instalaciones de Odyssey en la isla?

El piloto se volvió sólo un poco para obsequiar a Pitt con la mirada que se reserva para los locos.

—Bromea, seguramente. Ese lugar está más vigilado que el Área 51 de Groom Lake, en Nevada. No podría acercarme a menos de diez kilómetros sin que un avión de vigilancia me ordenara dar media vuelta.

—¿Qué pasa allá abajo?

—Nadie lo sabe. Las instalaciones son tan secretas que los nicaragüenses niegan que existan. Lo que comenzó como un muelle y un par de edificios se ha ido convirtiendo en los últimos cinco años en eso que vemos ahora. Las medidas de seguridad son extremas. Construyeron unas naves inmensas, y lo que algunas personas creen que son áreas de montaje. Los rumores hablan de alojamientos con capacidad para tres mil personas. Los nativos cultivaban café y tabaco en las islas. Altagracia y Moyogalpa, las principales ciudades, fueron demolidas e incendiadas después de que el gobierno obligara a los habitantes a abandonar sus tierras y los reinstalara en las montañas del este.

—Al parecer, el gobierno ha invertido mucho en el complejo.

—Eso no lo sé, pero sí que han cooperado al máximo para que Odyssey trabaje sin interferencias.

—¿No hay nadie que haya conseguido burlar las medidas de seguridad de Odyssey? —preguntó Pitt.

En el rostro de Huey apareció una sonrisa tensa.

—Nadie que haya vivido para contarlo.

—¿Tan difícil es entrar?

—Vehículos equipados con los más modernos equipos de vigilancia recorren todas las playas. Las patrulleras navegan día y noche alrededor de la isla, con el apoyo de helicópteros. Hay sensores de movimiento en todos los senderos y caminos que conducen al complejo. Se dice que los ingenieros de Odyssey han perfeccionado unos equipos capaces de oler a cualquier ser vivo que se acerque a los edificios, y diferenciar entre humanos y animales.

—Habrán fotografías tomadas por satélites, ¿no? —insistió Pitt.

—Se las puede comprar a los rusos, pero no le servirán para saber lo que ocurre en el interior de los edificios.

—Tiene que haber rumores.

—Oh, claro, todos los que quiera. El único quizá con algo de cierto es el de que se trata de un complejo dedicado a la investigación y el desarrollo. Qué investigan es harina de otro costal.

—Pero tendrá un nombre...

—Sólo el que le ha puesto la gente de aquí.

—¿Cuál es? —tuvo que preguntar Pitt.

—La casa de los invisibles —acabó por responder el piloto.

—¿Y por qué?

—Porque a todos los que entran allí no los vuelven a ver nunca más.

—¿Las autoridades locales nunca investigan las desapariciones? —preguntó Pitt. Huey sacudió la cabeza.

—Los burócratas nicaragüenses siguen la política de no intromisión. Dicen que la gente de Odyssey ha comprado a todos los políticos, jueces y jefes de policía del país.

—¿Qué pasa con los chinos comunistas? ¿Están involucrados?

—En estos tiempos están metidos en toda Centroamérica. Contrataron a Odyssey hace cosa de tres años para construir un canal en la costa oeste del lago de Nicaragua, en Peñas Blancas, para permitir que los barcos de ultramar pudieran entrar y salir.

—La economía nacional ha tenido que salir beneficiada.

—La verdad es que no. La mayoría de los barcos que utilizan el canal pertenecen a una flota china.

—¿Cosco?

—Sí, ésa —asintió el piloto—. Siempre atracan en los muelles de Odyssey.

Pitt pasó el resto del viaje en silencio, ocupado en analizar la multitud de contradicciones y misterios de Odyssey, su extraño fundador y sus todavía más extrañas actividades. En cuanto Huey aterrizó delante del hangar de la compañía, a tres kilómetros de Managua, Pitt se bajó de helicóptero y llamó a Sandecker.

Fiel a su estilo, el almirante fue directamente al grano.

—¿Todavía no has salido para Washington?

—No, y no lo haremos —contestó Pitt.

Sandecker comprendió que Pitt tenía algo en mente y adoptó un tono más neutro.

—Supongo que tendrás una buena razón.

—¿Sabía que Odyssey es propietaria de un enorme complejo secreto, que construyó en una isla del lago de Nicaragua y está directamente encima de los túneles?

—Todo lo que sé es que Odyssey construyó un canal entre el océano y el lago para permitir el paso de barcos de ultramar —Sandecker hizo una pausa—. Ahora que lo pienso, el informe también hacía vagas referencias a unas instalaciones que los nicaragüenses estaban construyendo en el puerto de Granada, a unos pocos kilómetros al este de Managua.

—El informe era vago porque las instalaciones portuarias las construyeron en el complejo de Odyssey en la isla de Ornetepe, para su uso exclusivo.

—¿Qué te traes entre manos? —preguntó Sandecker, como si le hubiese leído el pensamiento.

—Propongo que Al y yo entremos en el complejo para investigar qué hacen.

—Después de escapar por los pelos de los túneles, me parece que es abusar de vuestra suerte —comentó Sandecker.

—Nos hemos convertido en unos expertos en intrusiones.

—No me hace ninguna gracia —replicó el almirante con tono desabrido—. Las medidas de seguridad deben de ser espectaculares. ¿Cómo pretendes entrar?

—Desde el agua.

—¿No crees que deben tener instalados sensores submarinos?

—La verdad es que me sorprendería mucho si no los tuviesen —manifestó Pitt.

Diez minutos después de su conversación con Pitt, el almirante Sandecker miraba estupefacto a Hiram Yaeger.

—¿Estás seguro de eso? Tiene que haber algún error en los datos.

Yaeger se mantuvo firme en sus palabras:

—Max no es infalible en un ciento por ciento, pero en esto no tengo la menor duda de que ha acertado.

—Supera todo lo creíble —opinó Gunn, mientras releía las proyecciones de Max. Sandecker movió lentamente la cabeza, como si no pudiera salir de su asombro.

—Estás diciendo que construyeron los túneles para desviar la corriente ecuatorial sur, algo que a su vez produciría un descenso en la temperatura de la corriente del Golfo.

—De acuerdo con el modelo generado por Max, bajaría ocho grados al llegar a las costas de Europa.

Gunn dejó a un lado las páginas.

—Los efectos sobre el clima europeo serían catastróficos. Todo el continente estaría helado por ocho meses al año.

—No olvidemos el efecto de la corriente del Golfo en la costa este de Estados Unidos y las provincias marítimas de Canadá —añadió Sandecker—. Todos los estados al este del Misisipi y a lo largo de la costa atlántica padecerían las consecuencias de un frío tan riguroso como el europeo.

—Un pensamiento la mar de alegre —recalcó Gunn con tono sarcástico.

—La deriva del agua superficial atlántica cálida depende de la temperatura y la salinidad —explicó Yaeger—. En su movimiento hacia el norte, las aguas tropicales se mezclan con el agua fría que baja del Ártico, con lo que se hacen más densas y se hunden al sudeste de Groenlandia. Eso se llama la circulación termohalina. Luego se vuelven a calentar gradualmente y suben a la superficie cuando llegan a Europa. La súbita bajada de la temperatura de la corriente del Golfo también podría provocar el fallo de la circulación termohalina, algo que acentuaría la crisis y duraría varios siglos.

—¿Cuáles serían los resultados más inmediatos? —preguntó el almirante.

Yaeger distribuyó varias páginas sobre la mesa de Sandecker y comenzó a citar los datos.

—La muerte y el caos se extenderían por doquier. Al principio, morirían miles de personas desamparadas como consecuencia de la congelación y la hipotermia. Otros muchos miles morirían más tarde tras el agotamiento de las fuentes de energía debido a un exceso de demanda. Se paralizaría todo el tráfico fluvial, por el congelamiento de los ríos. Los puertos del Báltico y el mar de Norte cerrarían, cosa que impediría la

entrada de los barcos que transportan el petróleo y el gas licuado necesario para la calefacción, por no hablar de los millones de toneladas de alimentos que se importan de otros países.

Las cosechas se reducirían a la mitad. La escasez de alimentos se acentuaría debido al acortamiento de las estaciones productivas. También se complicaría la circulación de coches y camiones debido al hielo en las carreteras, las copiosas nevadas y la falta de combustible. Los aeropuertos y ferrocarriles interrumpirían sus servicios durante semanas. Las personas sufrirían resfriados, gripes y neumonías. El turismo desaparecería. La economía europea se hundiría, sin ninguna perspectiva de recuperación. Todo esto no es más que la mitad de la historia.

—Adiós a los vinos de Francia y los tulipanes holandeses —murmuró Gunn.

—¿Qué me dices del gas transportado por los gasoductos desde Oriente Medio y Rusia? —preguntó Sandecker—. ¿No podrían aumentar el suministro para paliar el sufrimiento de la población?

—Es una gota en el mar, si se calcula la demanda. Hay que tener en cuenta los cortes en el suministro de energía eléctrica provocados por las fuertes tormentas invernales. Max estima que al menos treinta millones de hogares en Europa se quedarían sin calefacción.

Gunn dejó de tomar notas.

—Has dicho que esto es sólo la mitad de la historia.

—Nuevas desgracias y miserias acompañarían el aumento de la temperatura a finales de la primavera —prosiguió Yaeger—. Este terrible panorama se vería reforzado por las trombas de agua y los fuertes vientos. Las consecuencias serían unas inundaciones nunca vistas. Los ríos se desbordarían y anegarían miles de ciudades y pueblos. El agua destrozaría puentes vitales para las comunicaciones y millones de casas. Los aludes y los deslizamientos de tierra sepultarían ciudades enteras y acabarían con gran parte de la red de autopistas. Las pérdidas de vidas después de semejante cataclismo serían incalculables.

Gunn y Sandecker permanecieron en silencio por unos instantes. El almirante fue el primero en romperlo.

—¿Por qué? —preguntó escuetamente. Gunn manifestó en voz alta el pensamiento que estaba en la mente de todos—: ¿Qué pueden ganar Specter y la China Roja con semejante atrocidad?

Yaeger levantó las manos en un gesto de impotencia.

—Max todavía no ha encontrado una respuesta.

—¿Podría ser que Specter controlara el suministro de gas que llega a Europa? —propuso Sandecker.

—Nos formulamos la misma pregunta y buscamos informaciones sobre todas las grandes compañías proveedoras de gas al continente —respondió Yaeger—. La

respuesta fue negativa. Odyssey no es propietaria de yacimientos de gas natural o petróleo en ningún país del mundo. Specter sólo tiene intereses en la explotación de minas de platino, paladio, iridio y rodio. Es propietario de las mayores reservas y minas de Sudáfrica, Brasil, Rusia y Perú. Tendría el monopolio de las reservas mundiales si se hiciera con el control de la mina Hall de Nueva Zelanda, que produce más que todas las otras reunidas; pero el propietario de la mina, Westmoreland Hall, ha rechazado todas las ofertas de compra.

—Si no recuerdo mal mis clases de química en el Instituto —dijo Sandecker con voz pausada—, el platino se utiliza básicamente para la fabricación de los electrodos de las bujías de automotores y la joyería.

—También existe una gran demanda por parte de los laboratorios químicos, debido a su gran resistencia al calor.

—No consigo ver la relación entre sus explotaciones mineras y el plan de sumir a Europa en otra era glacial.

—Tiene que haber una razón —afirmó Gunn—. Para recuperar la inversión hecha al cavar los túneles y obtener beneficios, necesita conseguir unas ganancias astronómicas. Si no las consigue a través del suministro de energía, ¿cómo podría hacerlo?

Sandecker se volvió para mirar con expresión pensativa el río Potomac a través de la ventana. Luego miró de nuevo a Yaeger.

—Aquellas bombas, accionadas por la presión del agua, ¿se podrían utilizar para generar electricidad? Si es así, podrían producir energía suficiente para abastecer toda Centroamérica.

—El informe de Pitt no menciona para nada la presencia de generadores. Él y Giordino los habrían identificado de inmediato.

La penetrante mirada de los ojos azules de Sandecker se fijó en Gunn.

—¿Estás al corriente de la nueva travesura que esos dos quieren hacer?

—No sé de qué se trata. —Gunn sostuvo la mirada de su jefe sin intimidarse—. Creía que ahora mismo estaban en un vuelo de regreso a Washington.

—Se ha producido un cambio de planes.

—Vaya.

—Me han dicho que piensan realizar una investigación clandestina en un complejo secreto que Odyssey ha construido en una isla del lago de Nicaragua.

—¿Les ha dado su permiso? —preguntó Gunn con una sonrisa astuta.

—¿Desde cuándo crees que esos dos aceptan un no por respuesta?

—Quizá consigan hallar algunas respuestas para nuestro enigma.

—Quizá —admitió Sandecker en tono grave—. Claro que también pueden conseguir que los maten a los dos.

IV.
LA CLAVE

30 de agosto de 2006, Isla Branwen, Guadalupe.

Los jet privados y de empresas comenzaron a llegar a la isla Branwen, a veinticinco kilómetros al sur de Basse-Terre, una de las islas principales de Guadalupe, en el mar de las Antillas. Minibuses de exóticos diseños y lujosos interiores, todos pintados de color lavanda, se acercaron a los aviones para recibir a los pasajeros. Después de cargar las maletas, los conductores llevaron a los pasajeros hasta las elegantes suites del palacio subterráneo, que sólo estaba abierto para los invitados personales de Specter. Todas las personas que bajaron de los aviones eran mujeres. No las acompañaban amigos ni socios.

Todas llegaron solas.

El último avión en llegar aterrizó a las seis de la tarde. Se trataba del Beriev Be210 de la Corporación Specter. El propietario, el único varón presente, que después de muchos forcejeos consiguió pasar su corpachón por la puerta, bajó la escalerilla. Luego los tripulantes bajaron una camilla donde había un cuerpo tapado con una manta. Specter, vestido con su habitual traje blanco, se sentó en el asiento trasero de la limusina y se sirvió una copa de *beaujolais* de la botella que había en el bar.

El chófer, que ya había llevado a Specter en otras ocasiones, siempre se sorprendía de ver a alguien tan obeso moverse con tan extraordinaria agilidad. Antes de sentarse al volante observó con curiosidad cómo dejaban la camilla con el cuerpo en la caja abierta de una camioneta, sin preocuparse del fuerte aguacero que había comenzado a caer.

En el extremo sur de la isla habían cavado entre la roca y el coral una hondonada con la forma de un caldero hundido, de un centenar de metros de diámetro. La cóncava depresión tenía una profundidad de diez metros, lo bastante honda para evitar que desde cualquier embarcación se vieran las actividades en su interior.

Allí se alzaban treinta pilares de piedra de cuatro metros de altura, con una separación de noventa centímetros. Se trataba de una copia de la famosa estructura mística conocida con el nombre de Stonehenge, nombre que significa «círculo de piedra». Los pilares tenían dos metros de ancho y noventa centímetros de grosor. Las puntas ahusadas soportaban unos dinteles de poco más de tres metros, rebajados para formar la curva del círculo.

El círculo interior, con forma de herradura, contenía cinco imponentes piedras con sus propios dinteles, llamadas trilitones. A diferencia de la estructura original inglesa de piedra caliza, levantada entre el 2250 y el 1600 a. C., éstas habían sido cortadas de piedra volcánica negra.

La diferencia principal entre la vieja y la nueva estructura era el enorme bloque

de mármol tallado con forma de sarcófago. Se elevaba unos tres metros por encima del suelo dentro de la herradura y se accedía a él por una escalinata hasta una plataforma que rodeaba sus paredes, donde aparecía esculpido el caballo de Uffington.

Por la noche, unos focos disimulados alumbraban el interior del caldero con rayos de color lavanda que se movían entre las columnas, mientras que los rayos láser instalados alrededor del círculo se elevaban en el cielo nocturno. Los encendían unos minutos a primera hora del crepúsculo antes de apagarlos.

La lluvia cesó bruscamente pocos minutos antes de la medianoche. Cuando las luces se encendieron de nuevo, había treinta mujeres en el centro del círculo formado por los trilitones, con vestidos que parecían chales con pliegues. Conocidos como peplos —una antigua palabra griega—, los amplios vestidos multicolores les cubrían las piernas y los pies. Llevaban largas pelucas pelirrojas y purpurina en el rostro, el cuello y los brazos desnudos. El maquillaje plateado producía un efecto de máscara y hacía que todas se parecieran como si fuesen de la misma sangre. Todas guardaban silencio, con la mirada fija en la figura tendida sobre el bloque de mármol.

Se trataba de un hombre. Lo único que se veía de él era la parte superior del rostro. El cuerpo, la barbilla y la boca estaban firmemente envueltos en seda negra. Tenía los cabellos grises y parecía estar cercano a la sesentena. La nariz y la barbilla eran afiladas, con las facciones muy marcadas y bronceadas por el sol. Los ojos parecían salirse de las órbitas mientras miraban las luces y los dinteles. Estaba como pegado al bloque, imposibilitado de mover el cuerpo o girar la cabeza. Sólo podía ver hacia arriba, y miraba horrorizado los rayos láser que atravesaban la oscuridad de la noche.

Las luces fluctuantes se apagaron y solo quedaron encendidos los láseres alrededor del mármol. Un minuto más tarde, las luces se encendieron de nuevo. Durante un momento pareció como si nada hubiese cambiado, pero una mujer vestida con un peplo dorado había aparecido como por arte de magia. Tenía una cabellera rojo fuego, larga y resplandeciente, que le caía como una cascada hasta las caderas. La piel del rostro, el cuello y los brazos tenía el color y lustre de las perlas. Era delgada, y su cuerpo rayaba en la perfección. Con gracia felina, subió la escalinata hasta el bloque de mármol, que en realidad era un altar.

Levantó los brazos y comenzó a cantar:

—Oh, hijas de Ulises y Circe, que se pueda tomar la vida de aquéllos que no son dignos. Embriagaos con la riqueza y los despojos de los hombres que intentan esclavizarnos. No busquéis a hombres sin riqueza y poder. Cuando los encontréis, explotadlos, disipad sus deseos, saquead sus tesoros y entrad en su mundo.

Entonces todas las mujeres levantaron los brazos y entonaron:

—Grande es la hermandad, porque nosotras somos los pilares del mundo.

Grandes son las hijas de Ulises y Circe, porque su camino está bendecido.

Repitieron la estrofa en un tono cada vez más alto, para después decirlo casi en un murmullo, mientras bajaban los brazos.

La mujer que estaba delante del aterrorizado hombre sujeto en el altar de mármol metió la mano debajo de los pliegues del peplo, sacó una daga y la levantó por encima de su cabeza. Las demás mujeres subieron la escalinata y rodearon al hombre, que no tardaría en convertirse en la víctima de un sacrificio pagano. Como si fuesen una sola, sacaron sus dagas y las sostuvieron en alto.

La mujer que parecía ser la gran sacerdotisa entonó:

—Aquí yace uno que no debería haber nacido.

Clavó la daga en el pecho de la víctima aterrorizada sujeta al altar. Luego retiró la hoja tinta en sangre y se apartó, para que las demás mujeres pudieran clavar sus dagas una tras otra en el hombre indefenso.

El círculo de mujeres bajó la escalinata y se situó entre las columnas. Todas sostuvieron las dagas ensangrentadas como si hicieran una ofrenda. Un silencio siniestro se prolongó durante unos momentos, hasta que todas cantaron a coro:

—Ante la mirada de nuestros dioses, triunfamos.

Entonces se apagaron las luces fluctuantes y los rayos láser, y el templo pagano donde acababa de cometerse un asesinato quedó a oscuras.

Al día siguiente, el mundo empresarial se asombró al leer la noticia de que el multimillonario Westmoreland Hall había desaparecido mientras nadaba más allá del arrecife delante de su lujosa residencia, en una playa de Jamaica. Hall había ido a nadar solo, como hacía todas las mañanas. Tenía la costumbre de nadar más allá del arrecife hasta las aguas más profundas y dejar que la marea lo devolviera a la costa a través de un angosto canal. No se sabía si Hall había muerto ahogado, si lo había atacado un tiburón o si su deceso había obedecido a causas naturales, puesto que no habían podido encontrar su cuerpo, aun después de una intensa búsqueda realizada por los equipos de salvamento jamaicanos.

La nota necrológica decía lo siguiente:

Fundador de un imperio minero propietario de las mayores reservas mundiales de platino y otros cinco metales de su grupo en Nueva Zelanda, Hall era un audaz empresario que había alcanzado el éxito al comprar las minas cuando estaban casi en bancarrota y convertirlas en rentables antes de buscar financiación para nuevas adquisiciones en Canadá e Indonesia. Viudo desde hacía tres años, tras la muerte de su esposa en un accidente automovilístico, Hall deja un hijo, Myron, que es un artista de fama, y una hija, Rowena, quien, como vicepresidenta ejecutiva, pasa a ser presidenta de la Junta y asumirá la dirección de las empresas que forman parte del grupo.

Sorprendentemente, según la opinión de la mayoría de los analistas de Wall Street, las acciones de Hall Enterprises subieron diez puntos al difundirse la noticia de su deceso. La mayoría de las veces, al fallecer el titular de una gran corporación bajan las acciones, pero los agentes informaron de grandes compras por parte de varios especuladores anónimos. Casi todos los expertos en empresas mineras coinciden en señalar que Rowena Westmoreland venderá las acciones de su padre a Odyssey Corporation, porque es del dominio público que el fundador de Odyssey, el señor Specter, ha hecho una oferta de compra por un importe muy superior a todas las demás.

El funeral se oficiará en la catedral de Christchurch, el próximo miércoles a las catorce horas.

Diez días más tarde, en la sección de economía y finanzas de los principales periódicos del mundo, apareció la siguiente noticia:

El señor Specter, de la Odyssey Corporation, ha comprado la Hall Mining Company por una suma no revelada a la familia del difunto Westmoreland Hall. La presidenta y principal accionista, Rowena Westmoreland, continuará al mando de las actividades de la empresa como directora ejecutiva.

No se hacía ninguna mención a que en esos momentos el platino de las minas lo compraba *Lingo Ho Ltd* en Pekín y que los barcos de carga chinos lo transportaban a un centro industrial en la costa de la provincia de Fukien.

El viento que soplaban del Pacífico era la causa de la marejadilla en las aguas del lago. A pesar de su gran extensión, la marea era mínima y la temperatura del agua era de unos veintisiete grados. El silencio que reinaba sobre las oscuras aguas lo rompía el áspero zumbido del motor de una moto acuática. Invisible para el ojo humano, corría a través de la noche a una velocidad superior a los cincuenta nudos. Tampoco la detectaba el radar, porque llevaba una cubierta de goma que absorbía las ondas de radio e impedía que la antena captara el eco.

Pitt pilotaba la Polaris Virage TX con Giordino sentado en el asiento trasero y una bolsa con diversos elementos en el cajón de proa. Además del equipo de buceo llevaban los monos que habían robado a los trabajadores de Odyssey, con la diferencia de que esta vez las tarjetas de identificación tenían la foto de su rostro. Había sido necesario retocar la foto de Giordino para que al menos tuviera un cierto parecido con el de una mujer. Mientras esperaban a que les llevaran sus equipos desde Washington, habían ido a una casa de fotografía para que les hicieran las fotos y las colocaran en las tarjetas de identificación plastificadas. El fotógrafo les había cobrado el triple de la tarifa habitual, pero no había hecho preguntas.

Después de rodear la costa por el lado de la isla donde se alzaba el volcán Maderas, continuaron a lo largo del istmo, a una distancia de un kilómetro y medio de la playa de arena que se extendía entre los dos volcanes. Las luces del complejo resplandecían contra el fondo negro de la ladera del volcán Concepción. Allí no regía el oscurecimiento. Los directivos de Odyssey se sentían absolutamente protegidos gracias a su ejército de guardias de seguridad y la multitud de equipos de vigilancia electrónica.

Pitt redujo la velocidad de la moto cuando se acercaron a los muelles, donde un enorme barco portacontenedores de la Cosco estaba iluminado de proa a popa. Se fijó en las gigantescas grúas que levantaban los contenedores y los depositaban en los camiones aparcados en el muelle. No vio ninguna operación de carga. Comenzó a pensar que el complejo era algo más que un centro de investigación y desarrollo. Tenía que tener alguna relación con los túneles que pasaban por debajo de los edificios.

Sandecker había acabado por autorizar la misión. Yaeger y Gunn los habían puesto al corriente del propósito de los túneles. La opinión unánime era que cualquier información que consiguieran en el interior del complejo sería vital para descubrir el propósito del plan de Specter para tapar Europa con un manto de hielo.

La Virage TX estaba pintada de un color gris antracita que se confundía con la oscuridad del agua. Al contrario de lo que se ve en las películas, donde los agentes se mueven vestidos con prendas negras muy ajustadas, el gris oscuro es menos visible a

las luz de las estrellas. El motor de tres cilindros había sido modificado por los mecánicos de la NUMA y ahora tenía una potencia de ciento setenta caballos. También habían modificado el tubo de escape hasta reducir el ruido en un noventa por ciento.

Los únicos sonidos audibles mientras surcaban las oscuras aguas a toda velocidad eran los golpes de la proa contra el agua y el zumbido amortiguado del tubo de escape. Habían llegado a la isla de Ometepe a la media hora de salir de un embarcadero desierto al sur de Granada.

Pitt cerró un poco el acelerador para facilitar la tarea a Giordino, que estaba haciendo un barrido con un detector de radar portátil.

—¿Qué tal va? —le preguntó.

—Sus ondas nos pasan sin detenerse, así que no deben detectarnos.

—Hemos hecho bien al tomar la precaución de acabar el viaje por debajo del agua —dijo Pitt, con una inclinación de cabeza hacia los haces de un par de reflectores que barrían el agua a unos quinientos metros de la playa.

—Calculo que estamos a unos cuatrocientos metros.

—La sonda indica que tenemos una profundidad de menos de siete metros. Debemos de estar fuera del canal principal.

—Es hora de abandonar el barco y mojarnos —dijo Giordino, señalando una patrullera que acababa de aparecer por el extremo de un largo muelle.

Como ya iban vestidos con los trajes de buceo, no tuvieron más que sacar los equipos y las mochilas de los cajones de la moto. La Virage era una embarcación estable y pudieron mantenerse de pie mientras se ayudaban mutuamente a ponerse los respiradores de circuito cerrado, los mismos que utilizaban los militares en las operaciones en aguas poco profundas. Después de cumplir rápidamente con las verificaciones previas a la inmersión, Giordino se zambulló en el agua mientras Pitt sujetaba el volante en una posición recta. Luego apuntó la moto hacia la costa oeste del lago y aceleró el motor al tiempo que se zambullía. Aunque llevaban equipos de comunicación, no estaban dispuestos a correr el riesgo de perderse el uno al otro en la oscuridad de las profundidades, así que engancharon los extremos de una cuerda de tres metros a los cintos de lastre.

Pitt prefería los respiradores de oxígeno de circuito cerrado. Los de circuito semicerrado eran mejores para los trabajos a gran profundidad, pero tenían el problema de las burbujas, que al salir a la superficie delataban la presencia del submarinista. Al suministrar sólo oxígeno puro, el respirador de circuito cerrado era el único que no despedía burbujas, razón por la que los utilizaban los buzos militares en las misiones encubiertas. No se los podía detectar desde la superficie porque el sistema eliminaba las burbujas. Hacía falta un entrenamiento especial para utilizar el sistema sin problemas, pero Pitt y Giordino eran expertos: los usaban desde hacía

más de veinte años.

Ninguno de los dos dijo palabra. Giordino iba detrás y seguía los movimientos de su compañero, al que alumbraba con una linterna tipo bolígrafo que proyectaba un rayo muy concentrado y prácticamente imposible de detectar desde la superficie. Pitt vio cómo aumentaba la profundidad a medida que se acercaban al canal principal. Se niveló para verificar el rumbo en la brújula, y luego comenzó a nadar hacia el muelle de Odyssey. Desde muy lejos, amplificado por el agua, les llegaba el ruido de las hélices gemelas de la patrullera.

Confiados en las indicaciones de la brújula y del receptor GPS, se dirigieron hacia el muelle central, allí donde tocaba la costa. Nadaron lenta y rítmicamente, mientras el agua de la superficie se hacía más clara por las luces del muelle. También vieron los haces de luz amarilla de los reflectores que alumbraban la zona por encima de sus cabezas.

El agua se volvió más transparente, y vieron cómo el resplandor amarillo se hacía más brillante en la superficie. Tras avanzar otros cien metros, distinguieron el perfil de los pilotes del muelle. Rodearon el casco del barco portacontenedores de Cosco, con la precaución de mantenerse apartados para evitar que los viera algún tripulante apoyado en la borda.

Había cesado la actividad en el muelle. Las grandes grúas habían apagado los motores y los camiones se habían marchado después de cerrarse las puertas de los depósitos.

Pitt notó repentinamente un cosquilleo en la nuca y percibió un movimiento en el agua cuando una figura enorme apareció en la penumbra y descargó un coletazo contra su hombro antes de desaparecer. Se quedó rígido, y Giordino notó en el acto que la cuerda se aflojaba.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Creo que nos ronda un jaquetón toro.

—¿Un tiburón?

—Un tiburón del lago de Nicaragua, con el hocico romo, grande y de color gris, que mide entre dos metros y medio y tres metros.

—¿Los tiburones de agua dulce muerden?

—Muéstrame alguno que no sea carnívoro.

Pitt trazó un círculo completo con el rayo de la linterna, pero no se veía más allá de tres metros en el agua fangosa.

—Lo mejor será formar un círculo con las carretas.

Giordino comprendió inmediatamente cuál era la intención de su compañero. Nadó hasta situarse a su lado y luego se apoyaron espalda contra espalda para mirar en direcciones opuestas y así tener una visión de trescientos sesenta grados. Como si se hubieran leído el pensamiento, ambos desenfundaron el cuchillo que llevaban en la

vaina atada a la pantorrilla y lo sostuvieron a modo de espada.

El tiburón no tardó en reaparecer y comenzó a dar vueltas a su alrededor en círculos cada vez más pequeños. La piel gris hacía juego con el aspecto repulsivo de la enorme bestia, que los miraba con un ojo negro grande como una taza de café; la boca entreabierta permitía ver las hileras de dientes triangulares. Se volvió bruscamente y se acercó todavía más para ver mejor a los buceadores. Nunca había visto unos peces con apéndices, que no se parecían en nada a sus víctimas habituales.

Tenía el aspecto de un monstruo glotón que intentaba decidir si los dos extraños peces colados en sus dominios serían un bocado apetitoso. Le llamaba la atención que sus presas no hicieran el menor intento de escapar.

Pitt sabía que la siniestra máquina asesina aún no estaba del todo preparada para el ataque. Por el momento mantenía la boca entreabierta y los labios no se habían apartado de los dientes como sierras. Decidió que la mejor defensa era el ataque y se lanzó sobre el tiburón. Con un rápido movimiento en diagonal abrió un profundo corte en el hocico del escualo, que era el único punto blando en la piel, recia como el cuero.

El tiburón se apartó en el acto, con un reguero de sangre en su estela, desconcertado y furioso por la inesperada muestra de resistencia de lo que debía haber sido una presa fácil. Después dio la vuelta, permaneció inmóvil durante un par de segundos, para luego mover la cola y lanzarse contra Pitt con la velocidad de un proyectil, dispuesto a destrozarlo.

A Pitt solo le quedaba un truco en la chistera. Enfocó el rayo de luz de la linterna directamente al ojo derecho del tiburón. El destello inesperado cegó temporalmente al asesino lo justo para inducirlo a desviarse hacia la derecha, con la boca abierta preparada para morder la carne y los huesos. Pitt movió las piernas con todas sus fuerzas y se giró de lado cuando el tiburón pasó como un rayo, al tiempo que se valía de su aleta pectoral para apartarlo. Las mandíbulas se cerraron en el agua vacía. A continuación Pitt asestó una puñalada en el ojo negro del monstruo.

Podrían haber pasado dos cosas. El tiburón enfurecido podría haber continuado el ataque sin más vacilaciones, provocado por el dolor y la rabia, u optar por alejarse, medio ciego, para ir en busca de una presa más fácil.

Afortunadamente, se decidió por lo segundo y se alejó para no volver.

—Eso ha sido lo más cerca que hemos estado de convertirnos en el plato del día —comentó Giordino, con un tono que aún denotaba la tensión.

—Probablemente a mí me habría engullido y a ti te habría escupido por incomible —replicó Pitt.

—Nos hemos quedado sin saber si le gustaba la comida italiana.

—Mejor vámonos antes de que aparezca alguno de sus colegas.

Continuaron nadando pero con mayor precaución que antes, y se sintieron mucho

más tranquilos cuando las luces del muelle les permitieron ver a una distancia de diez metros. Por fin llegaron a los pilotes debajo del muelle y nadaron entre ellos antes de salir a la superficie y mirar las traviesas de madera mientras aprovechaban para descansar y ver si su presencia había sido detectada por los sensores. Flotaron durante unos minutos, sin escuchar pasos ni voces que delataran la llegada de los guardias.

—Seguiremos el recorrido del muelle hasta la orilla, antes de salir a la superficie.

Esta vez Giordino ocupó la vanguardia y Pitt lo siguió. El fondo ascendió bruscamente y dieron las gracias cuando encontraron una playa de arena libre de rocas. Agachados bajo el muelle, que los protegía de las luces, se quitaron el equipo y los trajes de buceo. Luego sacaron de las mochilas los monos y los cascos de Odyssey. Se pusieron los calcetines y los zapatos, y comprobaron que las tarjetas de identificación estuviesen en la posición correcta antes de salir a campo abierto.

Un único guardia ocupaba la garita junto a la carretera pavimentada, en la entrada del muelle. Estaba viendo una vieja película norteamericana doblada al español que daban por televisión. Pitt miró a un lado y al otro, pero no había más guardias a la vista.

—¿Ponemos a prueba nuestra presencia? —le preguntó Pitt a Giordino, cara a cara por primera vez desde que se habían zambullido en el agua.

—¿Quieres observar su reacción cuando pasemos por delante de la garita?

—Ésta es nuestra única oportunidad para descubrir si podremos movernos sin tropiezos por las instalaciones.

Pasaron por delante de la garita con toda naturalidad. El guardia, que vestía el mono negro de los hombres, captó el movimiento por el rabillo del ojo y se apresuró a salir a la carretera.

—¡Alto! —gritó, en español.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Giordino.

—Quiere que nos detengamos.

—¿Qué hacen aquí? Deberían estar en sus cuartos.

—Aquí tienes la oportunidad para utilizar tu español —dijo Giordino, al tiempo que apoyaba la mano en la culata de la pistola debajo del mono.

—¿Qué español? —preguntó Pitt risueñamente—. No recuerdo casi nada de lo que me enseñaron en el instituto.

—Inténtalo. ¿Qué ha dicho?

—Quiere saber qué estamos haciendo aquí, y luego dijo que deberíamos estar en nuestros alojamientos.

—No está mal. —Giordino sonrió. Se acercó al guardia con la mayor tranquilidad—. Yo no hablo español —dijo con una voz aguda que pretendía imitar la de una mujer.

—Muy bien —lo felicitó Pitt.

—He estado en Tijuana. —Giordino miró al guardia y se encogió de hombros para recalcar lo dicho antes—. Somos canadienses.

El guardia frunció el entrecejo mientras observaba a Giordino. Si alguien hubiese podido leer sus pensamientos, habría sabido que en su opinión la mujer del mono blanco era un auténtico espanto. Después la expresión ceñuda dio paso a una sonrisa.

—Ah, sí, canadienses. Yo hablo inglés.

—Sé que deberíamos estar en los barracones —dijo Pitt, devolviéndole la sonrisa—. Solo queríamos dar un paseo antes de irnos a dormir.

—No, no, eso no está permitido, amigos —les recordó el guardia—. No se les permite salir de la zona asignada después de las ocho.

Pitt levantó las manos como si quisiera disculparse por la falta.

—Lo siento, amigo, estábamos hablando y no nos dimos cuenta de que habíamos entrado en un sector no autorizado. Ahora nos hemos perdido. ¿Podría indicarnos el camino de regreso a los barracones?

El guardia se acercó para iluminar con la linterna las tarjetas de identidad y comprobar que fuesen correctas.

—¿Ustedes trabajaban en los túneles?

—Sí, trabajamos en las excavaciones. Nuestro jefe nos ha dado permiso para que descansemos unos días en la superficie.

—De acuerdo, señor, pero deben volver a los barracones. Son las normas. Sigán la carretera y doblen a la izquierda en el depósito de agua. Su barracón está a unos treinta metros a la izquierda.

—Gracias, amigo —respondió Pitt—. Ya nos vamos.

Convencido de que Pitt y Giordino no eran intrusos, el guardia regresó a la garita.

—Bien, hemos superado la primera prueba —manifestó Giordino.

—Lo mejor será ocultarnos en alguna parte hasta que amanezca. No es prudente rondar por aquí en plena noche. Resulta demasiado sospechoso. El próximo guardia que nos dé el alto puede no ser tan amable.

Siguieron las indicaciones del guardia hasta que llegaron a una hilera de edificios. Avanzaron entre las sombras de un palmar, con la mirada puesta en las entradas de los cinco barracones de los empleados de Odyssey.

No había vigilancia en ninguna de ellas excepto la última. En el quinto barracón había dos centinelas apostados junto a la puerta, mientras que otros dos controlaban el perímetro al otro lado de una cerca.

—Las personas alojadas allí no han de ser muy populares —opinó Pitt—. Tiene todo el aspecto de una cárcel.

—Quizá los tengan cautivos.

—Estoy de acuerdo.

—Por lo tanto, lo lógico es que entremos en alguno que no esté vigilado.

Pitt sacudió la cabeza para mostrar su desacuerdo.

—No, entraremos en ése. Quiero hablar con las personas que tienen prisioneras. Son las más indicadas para que nos informen de las actividades de Odyssey.

—No hay manera de entrar sin que nos vean los guardias...

—Hay un pequeño cobertizo junto al barracón. Vamos a ver qué hay adentro. Los árboles nos ocultarán.

—Tienes una verdadera manía por escoger siempre lo más difícil —protestó Giordino al ver la expresión distante y pensativa en el rostro de su compañero, iluminado por el resplandor de las farolas de la calle.

—Si no es difícil uno no se divierte —afirmó Pitt, muy serio.

Como una pareja de ladrones que rondan por un barrio residencial, caminaron entre los árboles, al amparo de los delgados troncos, hasta que llegaron al final del palmar. Cruzaron a la carrera los veinticinco metros que los separaban de la parte trasera del cobertizo, rodearon una de las esquinas y encontraron una puerta lateral. Giordino movió la manija. Estaba abierta y se apresuraron a entrar. A la luz de las linternas vieron que se encontraban en un garaje donde había una máquina barredora. Pitt vio en la penumbra la sonrisa de Giordino.

—Creo que estamos de suerte.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Por supuesto —dijo Pitt—. Pondremos en marcha la barredora y la lanzaremos a la calle, pero con un añadido que llame la atención de los guardias.

—¿Cuál?

—Le pegaremos fuego.

—Tu mente tortuosa no deja de asombrarme.

—Es un don que tengo.

Tardaron diez minutos en trasvasar quince litros de gasolina a un bidón que encontraron en el garaje. Pitt subió a la cabina de la máquina y giró la llave de arranque, mientras Giordino esperaba la señal para abrir las puertas. Ambos agradecieron que el motor arrancara a la primera y que fuera silencioso. La barredora tenía una caja de cambios de cuatro marchas, y Pitt permaneció junto a la puerta abierta, preparado para poner directamente la segunda y así conseguir que el vehículo tardara menos en ganar velocidad.

Mientras esperaba hasta el último momento para evitar que se produjera una explosión en el interior del garaje, giró el volante del vehículo para apuntarlo hacia una hilera de camiones aparcados a un lado de la carretera. Giordino abrió las puertas y luego volvió para coger el bidón. Roció con gasolina la cabina vacía y a continuación esperó con el dedo apoyado en el encendido automático de un soplete de acetileno.

—Arriba el telón —dijo escuetamente.

Pitt, de pie en el estribo de la cabina, puso la marcha y saltó al suelo, al mismo tiempo que Giordino abría las válvulas de oxígeno y acetileno y apretaba el botón del encendido: una llama de sesenta centímetros de largo surgió por la punta del soplete. Se escuchó un súbito estampido cuando una bola de fuego envolvió la cabina de la máquina antes de que saliera del cobertizo a toda velocidad.

La barredora avanzó por la carretera como un cometa, en medio de una nube de polvo y tierra levantada por los cepillos, y unos cuarenta metros más allá se estrelló contra el primero de los camiones, que salió despedido y acabó contra una de las palmeras. Después impactó de lleno contra el siguiente camión de la fila con un horrible chirrido de metales y cristales rotos, y provocó un choque en cadena hasta que se plantó el motor y se detuvo, mientras las llamas se elevaban hacia el cielo entre una densa columna de humo negro.

Los dos guardias que vigilaban la puerta del quinto barracón contemplaron atónitos el súbito estallido del incendio. En cuanto se recuperaron del asombro y se pusieron en movimiento, la primera deducción fue que el conductor se encontraba atrapado en la cabina. Abandonaron sus puestos y echaron a correr por la carretera, con los guardias que vigilaban la cerca pisándoles los talones.

Pitt y Giordino aprovecharon inmediatamente la ventaja que les daba la distracción provocada por la barredora en llamas. Pitt cruzó la cerca, se zambulló a través de la puerta abierta del barracón y rodó por el suelo. Un segundo más tarde, Giordino, que no alcanzó a detenerse a tiempo, cayó sobre él.

—Tienes que perder peso —protestó Pitt.

Giordino lo ayudó a levantarse.

—¿Ahora qué, genio?

Pitt no respondió sino que, al ver que el camino estaba despejado, echó a correr por el pasillo. Las puertas a ambos lados estaban cerradas con cerrojos. Se detuvo delante de la tercera puerta y se volvió hacia Giordino.

—Ésta es tu especialidad —dijo, y se apartó.

Giordino le reprochó el comentario con una mirada, y luego descargó un tremendo puntapié contra la puerta que casi la arrancó de las bisagras. Un segundo golpe con el hombro remató la faena. Incapaz de resistir el ataque del musculoso italiano, la puerta cayó al suelo con gran estrépito.

Pitt entró en la habitación y se encontró con un hombre y una mujer sentados en la cama, pasmados ante la aparición de unos extraños. El terror se reflejaba en los rostros de la pareja.

—Perdonen la intrusión —dijo Pitt en voz baja—, pero necesitamos un lugar donde ocultarnos. —Mientras daba las explicaciones, Giordino se ocupó de poner la puerta en su lugar.

—¿Adónde nos llevarán? —preguntó la mujer, con fuerte acento alemán.

Asustada a más no poder, se envolvió con la manta. El rostro redondo y arrebolado, con grandes ojos castaños y los cabellos canosos recogidos en un moño, le daba el aspecto de la bondadosa abuela que probablemente era. A pesar de estar tapada con la sábana y una manta liviana, Pitt vio que su cuerpo nunca entraría en un vestido de talla pequeña.

—A ninguna parte. No somos lo que cree.

—Usted es uno de ellos.

—No, señora —respondió Pitt, que procuraba calmar su terror—. No somos empleados de Odyssey.

—En ese caso, ¿quiénes son ustedes? —preguntó el hombre, que había tardado un poco más en reaccionar. Se levantó de la cama y se puso un viejo albornoz sobre la anticuada camisa de dormir. Si Pitt había sospechado a la mujer baja y regordeta, él era muy alto y esquelético. Su abundante cabellera gris estaba por lo menos diez centímetros por encima de la cabeza de Pitt. La tez blanca, la nariz como pirámide y los labios finos decorados con un bigotillo definían su rostro.

—Me llamo Dirk Pitt. Mi amigo es Al Giordino. Trabajamos para el gobierno de los Estados Unidos y estamos aquí para averiguar por qué se mantienen estas instalaciones en secreto.

—¿Cómo llegaron a la isla? —preguntó la mujer.

—Por el agua —contestó Pitt, sin dar detalles—. Entramos en este edificio después de crear una diversión que alejó a los guardias. —Mientras hablaba, el aullido de las sirenas que se acercaban resonó en el pasillo—. Nunca he conocido a nadie que se resista a presenciar un buen incendio.

—¿Por qué escogieron nuestra habitación?

—Fue por puro azar, se lo aseguro.

—Si fueran ustedes tan amables —intervino Giordino—, quisiéramos pasar la noche aquí. Nos iremos con el alba.

La mujer observó con una expresión de profunda sospecha a Giordino, vestido con el mono blanco.

—Usted no es una mujer —señaló.

Giordino le respondió con una gran sonrisa.

—A Dios gracias no lo soy. Explicarle cómo es que visto un mono del personal femenino de Odyssey sería una historia larga y aburrida.

—Deben disculparnos —manifestó la mujer, más tranquila—. Mi marido y yo estamos terriblemente confusos. Él es el doctor Claus Lowenhardt, y yo soy su esposa, la doctora Hilda Lowenhardt. Sólo nos encierran por la noche. Durante el día trabajamos en los laboratorios.

A Pitt le pareció divertida la formalidad de las presentaciones.

—¿Cómo es que están aquí?

—Trabajábamos en la *Technical Research Institution* en Aachen, Alemania, cuando recibimos la visita de los agentes de la Corporación Odyssey con la oferta de que viniéramos a trabajar aquí como consultores. Mi esposa y yo somos parte de un grupo de cuarenta científicos de primer orden en nuestra especialidad que renunciamos a nuestros empleos, atraídos por la cuantía de los salarios y las promesas de financiar nuestros proyectos después de acabar nuestros contratos aquí y estar de nuevo en casa. Nos dijeron que íbamos a Canadá, pero sólo fue una burda mentira. Cuando el avión aterrizó, nos encontramos en esta isla en medio de ninguna parte. Desde entonces, nos tienen trabajando aquí casi como esclavos.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Cinco años.

—¿Qué clase de investigaciones los han obligado a realizar?

—Nuestra disciplina académica es la ciencia de las celdas de combustible.

—¿Éste es el motivo para la construcción del complejo, experimentar con celdas de combustible?

—Odyssey comenzó la construcción hace casi seis años —contestó Lowenhardt.

—¿Qué hay de los contactos con el exterior?

—No nos permiten hablar por teléfono con nuestros familiares y amigos —respondió Hilda—. Solo nos autorizan a escribir cartas que luego pasan por su censura.

—Cinco años son muchos para estar lejos de los seres queridos. ¿Cómo es que no intentaron sabotear la investigación?

—Porque nos amenazaron a todos con una muerte horrible si hacíamos algo que pudiera perjudicar el progreso de las investigaciones —declaró la mujer con voz solemne.

—También amenazaron con matar a nuestras familias —añadió Claus—. No tuvimos más alternativa que dedicar al trabajo nuestros mejores esfuerzos. Por otro lado, deseábamos continuar con el trabajo de toda una vida: queríamos crear una fuente de energía limpia y barata para todos los pueblos del mundo.

—Para que viéramos qué pasaría si no colaborábamos, cogieron como ejemplo a un pobre hombre que no tenía familia —puntualizó Hilda—. Lo torturaban durante la noche y lo obligaban a trabajar durante el día. Un día lo encontraron colgado de la lámpara de su habitación. Todos comprendimos que lo habían asesinado.

—¿Ustedes creen que los ejecutivos de Odyssey ordenaron su asesinato?

—Ejecución —lo corrigió Lowenhardt. Señaló el techo con una sonrisa amarga—. Fíjese, señor Pitt, ¿cree que esa instalación, que sólo es un cable y una bombilla, soportaría el peso de un hombre?

—Ya entiendo —dijo Pitt.

—Hacemos lo que nos dicen —añadió Hilda, con voz queda—, para evitar

cualquier daño a nuestro hijo, a nuestras dos hijas y a nuestros cinco nietos. Los demás están en la misma situación.

—¿Ustedes y los otros científicos han avanzado en el desarrollo de la tecnología de las celdas de combustible? —preguntó Pitt.

Hilda y Claus se volvieron para mirarse el uno al otro con la misma expresión de extrañeza. Luego Claus replicó:

—¿El mundo no se ha enterado de nuestro éxito?

—¿Éxito?

—Junto con nuestros colegas científicos hemos desarrollado una fuente generadora de energía que combina el amoníaco productor de nitrógeno y el oxígeno tomado de la atmósfera para crear sustanciales cantidades de electricidad a un coste muy bajo por unidad, con el agua pura como único residuo.

—Creía que aún faltaban décadas para desarrollar unas celdas de combustible que fuesen prácticas y eficientes.

—Eso es verdad para las celdas de combustible que utilizan hidrógeno y oxígeno para producir electricidad. El oxígeno se saca del aire. En cambio, el hidrógeno no se obtiene con la misma facilidad y hay que almacenarlo como un combustible cualquiera. Sin embargo, gracias a nuestro afortunado y casi milagroso descubrimiento, hemos abierto el camino a una energía no contaminante que ahora mismo está disponible para millones de personas.

—Habla usted como si ya se estuviera produciendo —señaló Giordino.

—Fue perfeccionado y probado con un éxito total hace más de un año. —Lowenhardt lo miró como si Giordino fuese el tonto del pueblo—. La producción comenzó inmediatamente después de ser perfeccionada. Sin duda ustedes la conocen...

Los científicos vieron que las expresiones de asombro y desconcierto en los rostros de Pitt y Giordino eran sinceras.

—Es algo absolutamente nuevo para nosotros —manifestó Pitt—. No sé nada de que un producto milagroso que genera energía esté en las estanterías de las tiendas o que mueva automóviles.

—Yo tampoco —añadió Giordino.

—No lo entiendo. Nos dijeron que ya se habían fabricado millones de unidades en fábricas chinas.

—Lamento desilusionarlos, pero su gran descubrimiento continúa siendo un secreto para el mundo —dijo Pitt, compadecido—. Sólo se me ocurre que los chinos están acumulándolos por alguna razón inexplicable.

—¿Qué tiene todo esto que ver con los túneles? —murmuró Giordino, que intentaba encontrar una explicación.

Pitt se sentó en una silla y miró con expresión pensativa el dibujo de la alfombra.

Luego miró a su compañero.

—El almirante dijo que el ordenador de Yaeger había sacado la conclusión de que el propósito de los túneles era bajar la temperatura de la corriente del Golfo y así conseguir que el este de los Estados Unidos y el continente europeo padecieran de ocho meses al año de inviernos gélidos. —Se volvió hacia los Lowenhardt—. ¿Su tecnología está diseñada para ser utilizada en los automóviles?

—Todavía no. Claro que más adelante, con nuevos estudios y perfeccionamiento, generará una energía limpia que se podrá utilizar en toda clase de vehículos, incluidos aviones y trenes. Hemos superado la fase del diseño. Ahora mismo estamos trabajando en la fase final de ingeniería antes de realizar las pruebas.

—¿Para qué sirve el artilugio? —preguntó Pitt.

Claus pareció encogerse al escuchar la palabra «artilugio».

—El Macha es un generador autosostenible que puede proporcionar energía eléctrica a un coste muy bajo a todos los hogares, oficinas, lugares de trabajo y escuelas en todo el mundo. Convierte la contaminación del aire en una pesadilla del pasado. Ahora cualquier hogar, sea grande o pequeño, ya esté en la ciudad o en el rincón más remoto del país, puede tener su propia fuente de energía...

—¿Ustedes le dieron el nombre de Macha?

—Fue el nombre que le dio el propio Specter cuando vio la primera unidad fabricada. Nos informó que Macha era el nombre de la diosa celta de la astucia, también conocida como reina de los fantasmas.

—Otra vez los celtas —musitó Giordino.

—La trama se complica —declaró Pitt enfáticamente.

—Se acercan los guardias —avisó Giordino desde su puesto junto a la puerta—. Me parece que son dos. —Se apoyó con todo el peso contra la hoja de madera.

En la habitación se hizo el silencio absoluto y todos escucharon las voces de los guardias que se acercaban por el pasillo. Al parecer estaban comprobando los cerrojos. Las pisadas se detuvieron delante de la puerta.

En los ojos de la pareja alemana apareció la expresión de pánico cerval del conejo al escuchar los aullidos de los coyotes, pero se esfumó cuando las pistolas automáticas de Pitt y Giordino aparecieron como por arte de magia, y comprendieron que estaban en compañía de unos hombres que dominaban la situación.

—Esta puerta está dañada —dijo uno en español.

Pitt susurró la traducción al inglés.

Uno de los guardias movió el picaporte y empujó, pero la puerta no se movió porque soportaba el peso de Giordino.

—Parece segura —comentó otra voz.

Pitt volvió a traducir.

—La repararemos por la mañana.

Pitt no había acabado de traducir cuando las voces y los pasos de los guardias se alejaron por el pasillo.

Pitt se volvió para mirar a los Lowenhardt con mucha atención.

—Tendremos que marcharnos de la isla. Ustedes vendrán con nosotros.

—¿Crees que es sensato? —preguntó Giordino.

—Al menos es expeditivo. Estas personas son la clave del misterio. A la vista de lo que saben, no hay motivos para continuar rondando por aquí y correr el riesgo de que nos atrapen. Además, no conseguiríamos averiguar ni una décima parte de lo que saben.

—¡No, no! —exclamó Hilda—. ¡No podemos marcharnos! En cuanto los guardias descubran que nos hemos fugado, los monstruos de Odyssey querrán vengarse y asesinarán a nuestros hijos.

Pitt cogió las manos de la mujer y se las apretó con ternura.

—Su familia estará protegida. Se lo prometo. Ninguno de ellos sufrirá el menor daño.

—No acaba de gustarme —dijo Giordino, que analizaba las circunstancias y las posibles consecuencias—. Cuando abandonamos la moto de agua, el único plan para escapar de la isla era hacernos con una embarcación o un avión, puesto que los guardias impedirían cualquier intento de rescate desde un helicóptero. No será fácil ejecutar ese plan si tenemos que hacernos cargo de un par de personas mayores.

Pitt se dirigió de nuevo a los científicos.

—Han pasado algo por alto y es que, cuando dejen de serles útiles, tendrán que eliminarlos a ustedes y a los demás científicos que tienen secuestrados. Specter no puede correr el riesgo de que divulguen lo que se ha hecho aquí.

La expresión en el rostro de Claus demostró claramente que por fin había comprendido el dilema en que se encontraban, aunque aún le costaba aceptar la realidad de las palabras de Pitt.

—No a todos. Es diabólico... No se atreverían a matarnos a todos. El mundo acabaría por descubrir la verdad.

—No si el avión que los lleva de regreso a casa se estrella misteriosamente en el mar. Más allá de la investigación para determinar las causas del accidente, nadie sabrá lo que ocurrió en realidad.

Claus miró a su esposa y apoyó un brazo sobre sus hombros.

—Mucho me temo que el señor Pitt tenga razón. Specter no puede permitir que ninguno de nosotros regrese vivo.

—En cuanto ustedes se lo cuenten todo a los reporteros, Specter no se atreverá a matar a los demás miembros de su equipo científico. Todos los organismos policiales de sus respectivos países se unirán para acabar con Specter y su imperio con todos los medios legales a su alcance. Créanme, marcharse ahora con nosotros es el único

camino que tienen.

—¿Puede garantizarnos que nos sacará de la isla sanos y salvos? —preguntó Hilda con voz vacilante.

Pitt parecía muy preocupado por la pregunta.

—No puedo prometerle algo que no puedo prever a ciencia cierta. Pero está claro que morirá si permanece aquí.

Claus apretó afectuosamente el hombro de su mujer.

—Bien, mamá, esta parece ser la oportunidad para ver de nuevo a nuestros seres queridos.

La mujer levantó la cabeza y le dio un beso en la mejilla.

—Entonces nos iremos juntos.

—Ya vuelven —anunció Giordino, con la oreja apoyada en la puerta.

—Si tienen ustedes la bondad de vestirse —le dijo Pitt a la pareja—, mi amigo y yo nos ocuparemos de los guardias. —Dio la espalda a los científicos, que comenzaron a vestirse, y se unió a Giordino, con la Colt .45 en la mano.

Pasaron los segundos mientras los guardias se acercaban por el pasillo. Pitt y Giordino esperaron pacientemente hasta que el sonido de los pasos les indicó que los guardias estaban al otro lado de la puerta. Giordino tiró violentamente del pomo y dejó que se estrellara contra el suelo. La sorpresa paralizó a los guardias, que se vieron arrastrados al interior de la habitación. Miraron con asombro las pistolas que les apuntaban a la cabeza.

—Al piso, rápido —les ordenó Pitt, mientras Giordino comenzaba a rasgar una sábana. En cuestión de segundos los desarmaron, ataron y amordazaron.

Cinco minutos más tarde, Pitt, escoltado por Claus y Hilda, y Giordino en la retaguardia, salieron del recinto, cruzaron la calle donde una multitud de guardias y bomberos rodeaban la barredora que continuaba ardiendo, y desaparecieron al amparo de las sombras.

Tenían un largo camino por delante. Los hangares, situados en el istmo al final de la pista, estaban a casi dos kilómetros del barracón donde habían estado prisioneros los Lowenhardt. Además de la fotografía aérea de las instalaciones para guiarse, en esos momentos contaban con la ayuda de los científicos, que conocían el trazado de las calles. Claus Lowenhardt acertó un poco el paso para hablar en voz baja con Giordino.

—¿Su amigo tiene realmente el control de la situación?

—Digamos que Dirk es un hombre de infinitos recursos, capaz de salir con bien de las situaciones más complicadas.

—Usted confía en él. —Era una declaración más que una pregunta.

—Completamente. Lo conozco desde hace casi cuarenta años y jamás me ha dejado en la estacada.

—¿Es un agente de inteligencia?

—Qué va. —Giordino no pudo contener la risa—. Dirk es ingeniero naval. Es el director de proyectos especiales de la *National Underwater and Marine Agency*. Yo soy su segundo.

—¡Dios nos proteja! —murmuró Lowenhardt—. Si hubiese sabido que ustedes no eran agentes de la CIA, especializados en misiones secretas, no habría venido con ustedes ni arriesgado la vida de mi esposa.

—Sus vidas no podrían estar en mejores manos —le aseguró Giordino, en voz baja y dura como el cemento.

Pitt iba de un edificio a otro, siempre al amparo de las sombras y lejos de las farolas y los focos instalados en los techos. No era algo sencillo. El complejo estaba iluminado de un extremo a otro. Habían instalado focos en todos los edificios que bordeaban las calles para disuadir a cualquiera que intentase escapar. Debido a la iluminación, Pitt utilizaba los prismáticos en lugar de las gafas de visión nocturna para observar la zona y detectar la presencia de los guardias que pudieran estar agazapados en las sombras.

—Es curioso que no veamos a ningún guardia recorriendo las calles —murmuró.

—Eso es porque los guardias sueltan a los perros hasta la mañana —dijo Hilda.

Giordino se detuvo bruscamente.

—Usted no mencionó a los perros en ningún momento.

—No me lo preguntaron —respondió la mujer.

—Estoy seguro de que son *dobermann* —gimió Giordino—. Detesto a los *dobermann*.

—Hemos tenido mucha suerte de llegar hasta aquí —dijo Pitt con toda sinceridad—. A partir de ahora tendremos que redoblar las precauciones.

—Para colmo se nos han acabado los filetes —se lamentó Giordino.

Pitt estaba a punto de bajar los prismáticos cuando vio una cerca metálica coronada con alambre de espino. La verja en la carretera que conducía al aeropuerto estaba vigilada por dos guardias, claramente iluminados por las luces de la entrada. Pitt ajustó el enfoque de los prismáticos y miró de nuevo. No eran hombres, sino mujeres vestidas con monos azules. Dos perros sueltos olisqueaban el suelo delante de la verja. Eran *dobermann*, y sonrió para sus adentros al pensar en lo mucho que asustaban a su compañero.

—Hay una cerca que cierra el paso a la carretera de la pista. —Le pasó los prismáticos a Giordino.

—¿Te has fijado en que hay una cerca más baja, a un par de metros de la primera? —preguntó Giordino mientras miraba la entrada a través de los prismáticos.

—¿Crees que es para proteger a los perros?

—Es para evitar que acaben asados. —Giordino hizo una pausa y miró hasta unos cien metros a cada lado de la entrada—. Es probable que la carga eléctrica de la cerca baste para asar a un búfalo. —Miró de nuevo en derredor—. Esta vez no hay ninguna máquina barredora a mano.

De pronto comenzó a temblar el suelo y un sordo retumbo se extendió por todo el complejo. Los árboles se bambolearon y se sacudieron los cristales de las ventanas de los edificios. Era un temblor similar al que habían sentido en el interior del faro y en el río. Éste duró poco más de un minuto. Los *dobermann* comenzaron a ladrar con desesperación mientras las guardias se movían inquietas. No había manera de cruzar la entrada sin ser vistos mientras los perros continuaran excitados.

—No hace mucho hubo otro temblor de tierra —le comentó Pitt a Claus—. ¿Los provoca el volcán?

—Indirectamente —respondió el científico sin alterarse—. Uno de los miembros de nuestro equipo, el doctor Alfred Honoma, un geofísico que trabajaba en la Universidad de Hawai, es experto en volcanes. En su opinión, los temblores no tienen nada que ver con la piedra fundida que asciende por las fisuras del volcán. Afirma que el peligro inminente es un súbito deslizamiento de la ladera del volcán, que podría tener consecuencias catastróficas.

—¿Cuándo comenzaron los temblores? —preguntó Pitt.

—Hace cosa de un año —contestó Hilda—. Han aumentado en frecuencia y se produce uno cada hora.

—También son cada vez más fuertes —añadió Claus—. Según el doctor Honoma, algún fenómeno inexplicable ocurrido debajo del volcán está provocando un cambio en la superficie.

—El cuarto túnel pasa directamente por la base del volcán —le dijo Pitt a Giordino.

Su compañero se limitó a asentir con un gesto.

—¿El doctor Honoma ha hecho alguna proyección referente a cuándo se produciría el deslizamiento? —preguntó Pitt.

—Cree que será en cualquier momento.

—¿Cuáles serían las consecuencias? —quiso saber Giordino.

—Si el doctor Honoma está en lo cierto —declaró Claus—, el deslizamiento enviaría más de cuatro kilómetros cúbicos de roca ladera abajo hacia el lago, a una velocidad cercana a los ciento treinta kilómetros por hora.

—Eso provocaría unas olas gigantescas —señaló Pitt.

—Efectivamente. Las olas barrerían todas las ciudades y pueblos alrededor del lago.

—¿Qué pasaría con las instalaciones de Odyssey?

—Dado que cubren buena parte de la ladera, todos los edificios quedarían sepultados bajo las piedras. —Claus hizo una pausa y luego añadió con un tono lúgubre—: Junto con todos los que están aquí.

—¿Los ejecutivos de Odyssey son conscientes de la amenaza?

—Llamaron a sus propios geólogos, quienes afirmaron que los deslizamientos son poco frecuentes y que sólo se producen una vez cada diez mil años. Tengo entendido que el señor Specter manifestó que no había ningún peligro, que no debíamos preocuparnos.

—Specter no destaca especialmente por su interés en el bienestar de sus empleados —manifestó Pitt, al recordar los incidentes vividos a bordo del *Ocean Wanderer*.

De pronto, todos se quedaron inmóviles y miraron el cielo tachonado de estrellas hacia el sonido inconfundible de un helicóptero que se acercaba a la terminal aérea. Gracias a la luz de los focos instalados en tierra se veía con toda claridad el fuselaje color lavanda. Todos permanecieron inmóviles, pegados a la pared del edificio, mientras las paletas de los rotores empujaban el aire nocturno hacia ellos.

—Nos están buscando —murmuró asustado Claus Lowenhardt, al tiempo que abrazaba a su esposa.

—No es probable —lo tranquilizó Pitt—. El piloto no está volando en una cuadrícula de búsqueda. Todavía no saben nada de la fuga.

El helicóptero voló directamente sobre ellos, a poco más de sesenta metros de altura. Giordino tuvo el presentimiento de que podría alcanzarlo con una pedrada. Las luces de aterrizaje se encenderían en cualquier momento y ellos se verían en la misma situación que unos ratones encerrados en un granero y alumbrados por una docena de linternas. Pero entonces, la diosa Fortuna se apiadó de ellos. El piloto no encendió las luces de aterrizaje hasta que el helicóptero ya los había dejado bien atrás. Viró en ángulo cerrado hacia la azotea de lo que parecía ser un edificio de oficinas con las

paredes de cristal y se posó.

Pitt le quitó los prismáticos a Giordino y enfocó al helicóptero mientras aterrizaba y los rotores giraban cada vez más lentamente hasta detenerse del todo. Se abrió la puerta y varias mujeres con monos color lavanda se apresuraron a rodear la escalerilla para recibir a una mujer ataviada con un mono dorado. Movi6 poco a poco la ruedecilla de ajuste para conseguir una imagen más nítida. No estaba del todo seguro, pero hubiera apostado la paga de un año a que la persona que había bajado del helicóptero era la mujer que dijo llamarse Rita Anderson.

En su rostro había una expresión de furia cuando le devolvió los prismáticos a Giordino.

—Mira a ver si descubres quién es la reina del mono dorado.

Giordino observó a la mujer atentamente y siguió sus movimientos mientras ella y su comitiva caminaban hacia el ascensor.

—Nuestra amiguita del yate —dijo con una voz colérica—. La que asesinó a Renée. Mi reino por un fusil de francotirador.

—No podemos hacer nada al respecto —se lamentó Pitt—. Nuestro objetivo prioritario es llevar a Washington sanos y salvos a los Lowenhardt.

—Ya que has sacado el tema, ¿cómo haremos para cruzar una cerca electrificada y vigilada por tres *dobermann* y dos guardias fuertemente armadas?

—No la cruzaremos —respondió Pitt en voz baja, mientras su mente analizaba las opciones posibles—. Pasaremos por encima.

Los Lowenhardt permanecían en silencio, sin tener claro el sentido de la conversación. Giordino imitó a Pitt, que no apartaba la mirada del helicóptero posado en la azotea del edificio de oficinas. Sin decir ni una palabra, ambos comenzaron a urdir el mismo plan. Pitt miró el edificio a través de los prismáticos.

—Allí están las oficinas centrales —dijo—. No veo que esté vigilado.

—No tienen ningún motivo para convertirlo en una cárcel. Todos son leales empleados de Odyssey.

—Tampoco tienen motivos para creer que unos visitantes inesperados se presenten en la puerta principal. —Pitt enfocó de nuevo la azotea. Los pilotos acababan de entrar en el ascensor detrás de Rita, sin preocuparse por la vigilancia del helicóptero—. No volveremos a tener otra oportunidad como ésta.

—No me parece que sea una oportunidad única entrar en un edificio de oficinas, pasar inadvertidos entre doscientos empleados, y subir hasta un décimo piso para robar un helicóptero sin que nadie sospeche que se ha metido un zorro en el gallinero.

—Quizá tendríamos menos problemas si pudiera conseguirte un mono color lavanda.

Giordino le dirigió una mirada capaz de fundir la piedra.

—Ya he ido más allá de lo que impone el deber. Tendrás que pensar en alguna

otra cosa.

Pitt se acercó a los Lowenhardt, que permanecían abrazados. Parecían aprensivos, pero no asustados.

—Vamos a entrar en el edificio de las oficinas centrales y subiremos a la azotea, donde nos apropiaremos del helicóptero. No se aparten de mí. Si nos topamos con problemas, tírense al suelo. No queremos tenerlos en nuestra línea de fuego. Nuestra única posibilidad es actuar con audacia. Al y yo fingiremos que los llevamos a una reunión, a un interrogatorio o lo que sea que cuele. En cuanto llegemos a la azotea, suban inmediatamente al helicóptero y abróchense los cinturones. El despegue puede que sea bastante brusco.

Claus y Hilda le aseguraron solemnemente que harían lo que dijera. Estaban metidos en ello hasta las orejas y ya no podían volverse atrás. Pitt no dudaba de que seguirían sus indicaciones al pie de la letra. No tenían otra alternativa.

Caminaron por la acera hasta que llegaron a la escalinata en la entrada del edificio. Los faros de un camión los iluminaron por un momento, pero el conductor no se fijó en ellos. Dos mujeres, una con un mono lavanda y la otra con un mono blanco, estaban fumándose un cigarrillo junto a la entrada. Esta vez con Giordino en cabeza, que sonrió a las mujeres cortésmente, cruzaron las puertas de cristal automáticas y entraron en el vestíbulo. Vieron a unas cuantas mujeres y a un hombre, que conversaban animadamente. Unos pocos miraron en su dirección cuando Pitt y los otros pasaron junto a ellos, y lo hicieron sin la menor sospecha.

Como si fuese la cosa más normal del mundo, Giordino hizo que el grupo entrara rápidamente en unos de los ascensores vacíos antes de que se cerrara. Pero no habían acabado de hacerlo cuando, antes de que pudiera apretar el botón correspondiente a la azotea, entró también una atractiva rubia vestida con un mono lavanda que se inclinó por delante de Giordino para apretar el botón del octavo piso.

La mujer se volvió y, al ver a los Lowenhardt, los observó detenidamente. En su rostro apareció una expresión alerta.

—¿Adónde llevan a estas personas? —preguntó en inglés.

Giordino vaciló, sin saber qué responder. Sin arredrarse, Pitt se colocó junto a su compañero y contestó en un pésimo castellano:

—Perdónenos por inglés no parlante.

La cólera brilló en los ojos de la mujer.

—¡No hablaba con usted! —replicó vivamente—. Hablaba con la dama.

Pillado en mitad de la discusión, Giordino tenía miedo de hablar, porque su voz delataría que no era una mujer. Cuando lo hizo, su voz de falsete resonó de una manera extraña en el interior del ascensor.

—Hablo poco inglés.

La respuesta fue una mirada incisiva. La mujer le miró el rostro y abrió mucho los

ojos al ver la sombra de la barba. Levantó una mano y le tocó la mejilla.

—¡Usted es un hombre! —exclamó. Se volvió rápidamente en un intento por detener al ascensor en el siguiente piso, pero Pitt le apartó la mano de un golpe.

La empleada de Odyssey lo miró, atónita.

—¿Cómo se atreve a pegarme?

Pitt sonrió como un niño travieso.

—Me ha impresionado tanto, que voy a raptarla para que me acompañe a un mundo mejor.

—¿Está loco?

—Como una chota.

El ascensor se detuvo en el octavo piso, pero Pitt apretó el botón que cerraba la puerta. La puerta permaneció cerrada, el motor se puso en marcha y el ascensor continuó subiendo hasta su última parada en la azotea, encima del décimo piso.

—¿Qué está pasando aquí? —Por primera vez miró a fondo a la pareja de científicos, que parecían disfrutar de la situación. Frunció el entrecejo—. Conozco a estas personas. Durante la noche tienen que estar confinados en sus habitaciones. ¿Adónde los llevan?

—Al lavabo más cercano —respondió Pitt sin inmutarse.

La mujer pareció vacilar entre detener el ascensor o gritar. En la duda, se dejó llevar por el instinto y abrió la boca para gritar. Pitt no vaciló ni un instante en darle un tremendo puñetazo en la barbilla. La mujer se desplomó como una muñeca de trapo. Giordino la sujetó por debajo de los brazos antes de tocar el suelo y la apoyó de pie contra un rincón de la cabina, de forma que quedara oculta cuando se abrieran las puertas.

—¿Por qué no le tapó la boca, simplemente? —preguntó Hilda, sorprendida por la violencia de Pitt.

—Porque me hubiese mordido la mano, y hoy no estoy de humor para actuar como un caballero y permitirle que lo hiciera.

Con lo que a todos les pareció la velocidad de un caracol, el ascensor acabó de subir los últimos metros y se detuvo en el décimo piso, desde donde se accedía a la azotea. Después de frenar suavemente, la puerta se abrió y salieron.

Y antes de que pudieran reaccionar, se encontraron a bocajarro con un grupo de cuatro guardias que habían estado fuera de la vista, detrás de una torre de aire acondicionado.

La atmósfera en el ático de Sandecker en el edificio Watergate era de una calma tensa. Sandecker se paseaba como fiera enjaulada, rodeado por la nube de humo azul de uno de sus enormes puros hechos por encargo. Otros hombres se comportaban como caballeros cuando había damas presentes, en lugar de intoxicarlas con el humo del tabaco, pero no el almirante. Si no estaban dispuestas a aceptar su pernicioso

hábito, no salía con ellas. A pesar de este riesgo, eran muchas las damas solteras de Washington que cruzaban el umbral de su casa.

Considerado un magnífico partido —era viudo, con una hija y tres nietos que vivían en Hong Kong—, Sandecker recibía multitud de invitaciones a cenas y fiestas. Ya fuera afortunada o desafortunadamente, según se mirara, no dejaban de presentarle mujeres solteras que buscaban marido o una relación. Para colmo, el almirante era un galán capaz de liarse con cinco damas a la vez, una de las razones por las que era un fanático del *fitness*.

Su acompañante de esa noche, la congresista Bertha García, que había sucedido en el cargo a su difunto esposo, Marcus, estaba sentada en la terraza y disfrutaba de una copa de excelente oporto mientras contemplaba el magnífico espectáculo de la ciudad iluminada. Elegantemente ataviada con un corto vestido negro de cóctel, después de asistir a una fiesta con el almirante, miraba con expresión divertida el furibundo paso de Sandecker.

—¿Por qué no te sientas, Jim, antes de que dejes un surco en la alfombra?

Sandecker se detuvo. Se acercó a ella y apoyó afectuosamente una mano en su mejilla.

—Perdona que no te haga mucho caso, pero estoy pendiente de saber algo de dos de mis hombres, que están en Nicaragua. —Se sentó pesadamente junto a la congresista—. ¿Qué pensarías si te dijera que la costa oriental de nuestro país y toda Europa pueden sufrir unos inviernos propios de la era glacial?

—Siempre se puede sobrevivir a un invierno duro.

—Estoy hablando de siglos.

Bertha dejó la copa en la mesa de centro.

—No es posible con el efecto invernadero.

—Con el efecto invernadero y lo que tú quieras.

Sonó el teléfono y Sandecker fue a atender la llamada a su despacho.

—¿Sí?

—Soy Rudi, almirante —dijo Gunn—. Seguimos sin tener noticias.

—¿Han conseguido entrar?

—No sabemos nada desde que salieron de Granada en una moto de agua.

—Esto no me gusta —murmuró Sandecker—. A estas horas deberíamos saber algo de ellos.

—Tendríamos que dejar estos trabajos a las agencias de inteligencia —afirmó Gunn.

—Estoy de acuerdo, pero no hay quien detenga a Dirk y Al cuando se les mete algo entre ceja y ceja.

—Lo conseguirán —manifestó Gunn animosamente—. Siempre lo hacen.

—Sí —admitió Sandecker—, aunque llegará el día en que se les acabará la suerte.

La sorpresa de los guardias al ver al grupo que salía del ascensor fue un calco de la de Pitt al verles a ellos. Tres vestían los monos azules de los guardias de seguridad; el cuarto integrante era una mujer vestida de verde. Pitt adivinó que ella tenía el mando: a diferencia de los hombres, no llevaba un fusil de asalto. Su única arma era una pequeña pistola automática, en una cartuchera que le colgaba sobre la cadera.

Pitt se apresuró a tomar la iniciativa. Se acercó a la mujer.

—¿Es usted quien está al mando? —preguntó con voz calma y autoritaria.

La mujer, pillada por sorpresa, respondió sin vacilar:

—Yo estoy al mando. ¿Qué están haciendo aquí?

Más tranquilo al ver que hablaba inglés, Pitt señaló al matrimonio Lowenhardt.

—Encontramos a estos dos rondando por el cuarto piso. Nadie parecía saber cómo es que habían llegado allí. Nos dijeron que los entregáramos a los guardias en la azotea. Ésos son ustedes.

La mujer miró a los Lowenhardt, que a su vez miraban a Pitt con una expresión de asombro y miedo.

—Conozco a estas personas. Son científicos que trabajan en el proyecto. Tendrían que estar encerrados en sus habitaciones.

—Hubo un incidente, un vehículo incendiado. Debieron de escapar en medio de la confusión.

La mujer, que vacilaba, no preguntó cómo era que los Lowenhardt habían acabado en el edificio de oficinas.

—¿Quién le dijo que los trajera a la azotea?

Pitt se encogió de hombros.

—Una señora con un mono lavanda.

Los tres guardias que empuñaban los fusiles de asalto parecieron relajarse. Al parecer se habían tragado el cuento, aunque su superior dudaba.

—¿Cuáles son sus puestos de trabajo? —preguntó la mujer.

Giordino dio unos cuantos pasos hacia el helicóptero y lo miró como si lo estuviese admirando. Pitt miró a la mujer directamente a los ojos.

—Trabajamos en los túneles. Nuestro supervisor nos mandó a la superficie para que disfrutáramos de dos días de descanso.

Por el rabillo del ojo vio que Giordino se situaba detrás de los guardias con mucho disimulo. La historia había funcionado antes; rezó para que lo hiciera de nuevo. Funcionó. La mujer asintió.

—Pero eso no explica por qué están ustedes en las oficinas centrales a estas horas de la noche.

—Nos han ordenado que bajemos mañana y nos dijeron que viniéramos aquí para

recoger nuestros pases. —Esto último fue un error.

—¿Qué pases? A los trabajadores de los túneles no les dan pases. Basta con la tarjeta de identificación.

—Oiga, sólo hago lo que me dicen —replicó Pitt, con tono enojado—. ¿Se hará cargo de los prisioneros o no?

Antes de que ella pudiera responder, Giordino ya tenía el pistolón en la mano. Con un movimiento velocísimo, descargó un golpe tremendo con el cañón en la cabeza de uno de los guardias, y sin solución de continuidad golpeó al segundo. El tercero dejó caer el fusil cuando vio que la pistola calibre .50 de Giordino le apuntaba entre los ojos.

—Esto pinta mucho mejor —comentó Pitt en tono bajo. Le sonrió a Giordino—. Un buen trabajo.

—Gracias. —Giordino le devolvió la sonrisa.

—Quítales las armas.

La mano de la mujer amagó un gesto hacia la cartuchera.

—Yo en su lugar no lo haría —le advirtió Pitt.

El rostro de la mujer estaba desfigurado por la cólera, pero era lo bastante lista como para saber que no tenía posibilidades. Levantó las manos mientras Giordino le quitaba la pistola.

—¿Quién es usted? —preguntó, furiosa.

—Me gustaría que dejaran de preguntármelo. —Pitt señaló al único guardia que seguía en pie—. Quítense el uniforme. ¡Deprisa!

El guardia se apresuró a abrir la cremallera del mono y se lo quitó. Pitt hizo lo mismo con su mono negro, y se vistió con el azul.

—Pónganse boca abajo en el suelo, junto a sus compañeros —ordenó a la mujer y al guardia en calzoncillos.

—¿Qué te propones? —preguntó Giordino tranquilamente.

—Al igual que las compañías aéreas, detesto despegar con un avión con la mitad del pasaje.

Giordino no necesitó hacer más preguntas. Se situó delante de los prisioneros para que vieran el arma que les apuntaba a la cabeza. Miró a los Lowenhardt.

—Es hora de abordar —dijo con voz firme.

La pareja mayor obedeció sin rechistar. Subieron al helicóptero, mientras Pitt entraba en el ascensor. Un par de segundos más tarde, se cerró la puerta y desapareció.

En el décimo piso había habitaciones, a cuál más lujosa. La *suite lavanda*, como bien indicaba su nombre, estaba decorada como si la hubiese barrido una oleada del mismo color. Los altos techos, con guardas color lavanda, eran cúpulas pintadas con escenas de extraños rituales religiosos y danzas interpretadas por mujeres con largas

túnicas, sobre un fondo de árboles, junto a lagos y montañas míticas. La mullida alfombra que cubría todo el suelo era de color lavanda con reflejos dorados. Las sillas de mármol blanco tenían la forma de los tronos que a menudo aparecen reproducidos en las piezas de cerámica griega, con gruesos cojines color lavanda en los asientos. Los candelabros tenían un revestimiento de un color lavanda iridiscente, con los caireles que rodeaban las bombillas teñidos a juego. Las paredes estaban tapizadas en terciopelo del mismo color. Las cortinas también eran de terciopelo. Sensual, exótico, decadente, una auténtica fantasía onírica, el efecto sorprendía al ojo del observador mucho más de lo que cualquiera habría podido imaginar.

Dos mujeres ocupaban un gran diván de mármol, reclinadas cómodamente sobre los cojines. En la mesa de cristal tallado junto al diván había un cubo y una botella de champán, con la etiqueta lavanda. Una de las mujeres vestía una túnica dorada, y la otra la misma prenda pero de color rojo. Sus largas cabelleras rojas tenían exactamente el mismo tono y peinado, como si hubiesen compartido el frasco de tinte y el peluquero. Si no se estuvieran moviendo, un espectador habría creído que formaban parte del extravagante decorado.

La dama de rojo bebió un sorbo de champán y después dijo, con voz carente de inflexión:

—Estamos cumpliendo los plazos. Tendremos acabadas diez millones de unidades Macha para la venta al detalle cuando se produzca la primera nevada. Luego, nuestros amigos chinos tendrán las líneas de montaje a pleno rendimiento. Sus nuevas fábricas estarán listas para finales del verano y la producción subirá a dos millones de unidades mensuales.

—¿Ya están preparados los canales de distribución? —preguntó su compañera, que era una belleza despampanante.

—Los almacenes que se han construido o alquilado en toda Europa y el nordeste de los Estados Unidos ya están recibiendo el producto transportado por la flota de carga china.

—Nos ha favorecido mucho que Druantia ocupara el lugar de su padre. Ha garantizado el abastecimiento de platino que nos era imprescindible.

—De no haber sido por eso, nunca habríamos podido atender la demanda.

—¿Ya han calculado cuál será el mejor momento para abrir los túneles?

La dama de rojo asintió.

—Nuestros científicos han calculado que el diez de septiembre. De acuerdo con sus estimaciones, tardarán sesenta días en bajar la temperatura de la corriente del Golfo a un valor que origine un frío extremo en las latitudes boreales.

La dama de dorado sonrió, al tiempo que llenaba las copas.

—Entonces todo está a punto.

La otra levantó la copa para ofrecer un brindis.

—A tu salud, Epona, que no tardarás en convertirte en la mujer más poderosa en la historia del mundo.

—Por ti, Flidais, que lo has hecho posible.

Pitt dedujo correctamente que las oficinas principales estarían en el último piso, debajo de la azotea. Las secretarías y oficinistas se habían marchado hacía horas y los pasillos se veían desiertos cuando salió del ascensor. Vestido con el mono azul de los guardias, no tuvo ningún problema con los dos hombres encargados de la vigilancia, que apenas si le dedicaron una ojeada cuando entró en la antesala de la suite principal. No vio a nadie más, de modo que abrió la puerta sigilosamente y entró. La cerró con el mismo cuidado y al volverse se quedó boquiabierto ante la decoración.

Escuchó voces en la otra habitación y se deslizó entre la pared y las cortinas de la arcada, de color lavanda y sujetas con cordones dorados. Vio a dos mujeres cómodamente reclinadas en un diván y observó la ostentosa habitación que, a su juicio, convertía al más lujoso prostíbulo en una chabola junto a un vertedero. No había nadie más. Salió de detrás de las cortinas y permaneció en el centro de la arcada, dedicado a admirar la extraordinaria belleza de las dos mujeres, que continuaban conversando sin advertir la presencia de un intruso.

—¿Te marcharás pronto? —le preguntó Flidais a Epona.

—En unos días. Tengo que ocuparme del control de daños en Washington. Un comité del Congreso está investigando nuestras actividades en las minas que compramos en Montana. Los políticos están inquietos porque utilizamos todo el iridio extraído y no abastecemos a la industria privada norteamericana. —Epona se reclinó en los cojines—. ¿Qué me dices de ti, mi querida amiga? ¿Qué tienes en tu agenda?

—He contratado una agencia internacional de detectives para que sigan la pista de los dos hombres que consiguieron saltarse nuestros sistemas de vigilancia y recorrieron los túneles antes de escapar por el pozo de ventilación del faro.

—¿Tienes alguna idea de su identidad?

—Sospecho que eran miembros de la *National Underwater and Marine Agency*. Los mismos de los que conseguí escapar luego de que destruyeran nuestro yate.

—¿Crees que puede estar en peligro el secreto de nuestras actividades?

—No lo creo. —Flidais sacudió la cabeza para reforzar la negativa—. Al menos, no todavía. Nuestros agentes no han mencionado que las agencias de inteligencia norteamericanas hayan demostrado interés por investigar los túneles. De momento hay un silencio absoluto. Es como si aquellos demonios de la NUMA hubiesen desaparecido de la faz de la tierra.

—No es necesario preocuparnos antes de hora. Ya es demasiado tarde para que los norteamericanos detengan nuestra operación. Además, dudo que hayan descubierto la verdadera finalidad de los túneles. Además, sólo faltan ocho días para

abrirlos y que las bombas comiencen a desviar la corriente ecuatorial sur hacia el Pacífico.

—Espero que la razón de su silencio sea que no han conseguido atar cabos y descubrir la amenaza.

—Eso explicaría que no hayan emprendido ninguna acción.

—Por otro lado —señaló Epona con tono pensativo—, no deja de ser curioso que no busquen vengar el asesinato de un miembro de su tripulación.

—Una ejecución que fue necesaria —afirmó Flidais.

—No estoy de acuerdo —intervino Pitt—. El asesinato a sangre fría nunca es una cuestión de necesidad.

Fue como si se hubiese detenido el tiempo. La copa de champán cayó de la mano de Epona y rodó silenciosamente por la mullida alfombra. Ambas cabezas giraron a la vez, y las largas cabelleras imitaron el movimiento de un latigazo. En los ojos de largas pestañas la sorpresa fue reemplazada por la furia al verse interrumpidas por la intrusión no autorizada de uno de sus propios guardias. Luego reapareció el asombro al verse encañonadas por una pistola.

Pitt advirtió la fugaz mirada de Epona hacia un pequeño mando a distancia dorado que estaba en la alfombra debajo de la mesa de cristal, y vio que movía un pie con mucho disimulo.

—Más te vale que no lo intentes, querida —dijo tranquilamente.

El pie se detuvo, con los dedos muy cerca de uno de los botones. Luego Epona apartó el pie con un movimiento lento.

En aquel instante Flidais reconoció a Pitt.

—¡Tú! —exclamó con voz aguda.

—Hola, Rita, o como te llames. —Echó una ojeada a la habitación—. Por lo que parece, has progresado.

Los ojos de color ámbar castaño lo miraron con una expresión furibunda.

—¿Cómo has entrado aquí?

—¿Es que no te agrada mi mono de diseño? —replicó Pitt, que se movió como si estuviese exhibiendo un modelo en una pasarela—. Es sorprendente cómo abre todas las puertas.

—Flidais, ¿quién es este hombre? —preguntó Epona, que observaba a Pitt como si fuese un animal en el zoológico.

—Mi nombre es Dirk Pitt. Su amiga y yo nos conocimos en la costa oriental de Nicaragua. Si no recuerdo mal, vestía un bikini amarillo y era propietaria de un precioso yate.

—Que echaste a pique. —Flidais parecía una cobra rabiosa.

—No recuerdo que nos ofrecieras alternativa.

—¿Qué quiere? —preguntó Epona, que miraba fijamente al intruso con sus ojos

color jade con reflejos dorados.

—Creo que es justo que Flidais... ¿es así como la llama?... responda por sus crímenes.

—¿Puedo saber cómo se propone hacerlo? —replicó Epona, con una mirada enigmática.

Esta mujer es una actriz de primera, pensó Pitt. Nada la asustaba, ni siquiera el arma que la apuntaba.

—Me la llevaré en un viaje al norte.

—Así de sencillo.

—Así de sencillo —confirmó Pitt.

—¿Qué pasa si me niego? —exclamó Flidais, desafiante.

—Digamos que no te gustarían las consecuencias.

—Si no hago lo que quieres, me matarás. ¿Es eso?

Pitt le apoyó el cañón de la Colt .45 contra la sien, junto al ojo izquierdo.

—No, lo que haré será destrozarte los ojos. Vivirás los años que te queden, ciega y convertida en un adefesio.

—Eres grosero y vulgar, como la mayoría de los hombres —le espetó Epona, indignada—. No esperaba menos.

—Es agradable saber que no he desilusionado a una mujer tan bella como astuta.

—No necesita ser paternalista conmigo, señor Pitt.

—No soy paternalista. Solo tolerante. —Sonrió para sus adentros al ver que la pulla la había molestado—. Quizá volvamos a encontrarnos otro día, en circunstancias más agradables.

—No se haga ilusiones, señor Pitt. No creo que le espere un futuro placentero.

—Es curioso, no tiene usted aspecto de gitana.

Tocó suavemente el hombro de Flidais con el cañón del arma y la siguió fuera de la habitación. Se detuvo un momento en la arcada y miró a Epona.

—Antes de que se me olvide: no creo que sea aconsejable abrir los túneles y desviar la corriente ecuatorial sur para provocar un invierno glacial en Europa. Sé de muchas personas que se enfadarían.

Cogió a Flidais de un brazo y la llevó a buen paso pero sin prisas por el pasillo hasta el ascensor. Una vez dentro de la cabina, Flidais se arregló la túnica.

—No solo eres un plasta, Pitt, sino también un estúpido.

—¿Ah, sí?

—No conseguirás salir del edificio. Hay guardias en todos los pisos. No tienes la menor oportunidad de cruzar el vestíbulo sin que te detengan.

—¿Quién ha dicho que saldremos por el vestíbulo?

Flidais abrió los ojos como platos cuando el ascensor subió y se detuvo en la azotea. Pitt le indicó que saliera en cuanto se abrió la puerta.

—No quiero darte prisa, pero en cualquier momento las cosas comenzarán a animarse por aquí arriba.

La mujer vio a los guardias tumbados en el suelo y a Giordino que los apuntaba con un fusil de asalto. Entonces se fijó en el helicóptero y comprendió que cualquier esperanza de que los guardias interceptaran a Pitt y su compañero se había esfumado en el aire nocturno. En su desesperación por encontrar una salida, se volvió hacia Pitt y exclamó:

—¡No puedes pilotar un helicóptero!

—Lamento desilusionarte —respondió Pitt pacientemente—. Al y yo sabemos pilotar estos cacharros.

Giordino miró a Flidais, se fijó en la elegancia de su atuendo y sonrió con una expresión vengativa.

—Veo que has encontrado a Rita. ¿La has sacado de una fiesta?

—Estaba con una amiga suya, bebiéndose una botella del mejor champán. Resulta que se llama Flidais; vendrá con nosotros. No le quites el ojo de encima.

—Utilizaré los dos —afirmó Giordino con voz helada.

Pitt miró a Flidais durante un segundo mientras subía al helicóptero. El brillo había desaparecido de los ojos de la mujer. La tranquilidad y el coraje de antes habían dado paso a la inquietud.

Pitt echó una ojeada al interior antes de ir rápidamente a la cabina y sentarse en el asiento del piloto. Se trataba de un McDonell Douglas Explorer, con dos motores turbo gemelos Pratt & Whitney construido por MD Helicopters en Mesa, Arizona. No ocultó su satisfacción al ver que se trataba de un aparato con sistema antitorque, lo que hacía innecesario el rotor trasero.

Comprobó que la válvula de combustible estuviese abierta y desconectó el cíclico y el colectivo. Luego probó los pedales, los aceleradores y los interruptores de circuito, y movió el cebador para ajustar la mezcla. Después de apretar el interruptor general, puso en marcha los motores. Las turbinas comenzaron a girar y en cuestión de segundos llegaron a la temperatura y el número de revoluciones apropiado. Por último, Pitt verificó que todas las luces de alerta estuviesen apagadas. Asomó la cabeza por la ventanilla lateral y le gritó a Giordino por encima del aullido de las turbinas:

—¡Arriba!

Giordino no tuvo tantos miramientos como Pitt. Sujetó a Flidais por el cuello y la arrojó al interior de la cabina. Luego subió de un salto y cerró la puerta.

El interior era elegante y lujoso, con cuatro grandes butacas de cuero y consolas de madera noble. Una de ellas disponía de ordenador, fax y videoteléfono por satélite. También había un bar con botellones y vasos de cristal. Los Lowenhardt, instalados en sus asientos y con los cinturones abrochados, miraron en silencio a Flidais, que

continuaba tumbada en el mismo lugar donde había caído. Giordino la sujetó por debajo de los brazos, la arrastró hasta una de las butacas y le abrochó el cinturón. Le entregó el fusil de asalto a Claus Lowenhardt.

—Si se mueve, mátela.

Claus, que detestaba a las mujeres que lo habían tenido prisionero, aceptó el encargo con una sonrisa.

—Nuestros agentes os estarán esperando cuando aterricéis en Managua —dijo Flidais despectivamente.

—Ah. Es algo que me consuela.

Giordino se volvió rápidamente para ir a la carlinga y sentarse en el asiento del copiloto. Pitt vio que se cerraban las puertas del ascensor. Alertados por la mujer de la suite, los guardias habían llamado al ascensor que les permitiría llegar a la azotea. Movié la palanca del colectivo hacia atrás y el helicóptero se elevó en el aire. Luego empujó el cíclico hacia delante. El morro bajó un poco y el MD Explorer saltó de la azotea del edificio. De inmediato aceleró hasta alcanzar la velocidad máxima de trescientos kilómetros por hora, y voló por encima de las instalaciones de Odyssey en dirección a la pista de aterrizaje que se extendía entre los dos volcanes.

En cuanto llegó a la falda del Maderas, rodeó el pico y descendió hasta que el Explorer estuvo a menos de diez metros por encima de las copas de los árboles, para después cruzar la costa y adentrarse en las aguas del lago.

—Espero que no se te ocurra ir a Managua —dijo Giordino, mientras se ponía los auriculares—. Su alteza real dice que unos gorilas nos estarán esperando.

—No me sorprendería —afirmó Pitt con una gran sonrisa—. Por eso mismo ahora volaremos en dirección oeste por encima del Pacífico antes de virar al sur para ir a San José, en Costa Rica.

—¿Nos alcanzará el combustible?

—Dentro de unos minutos volaré a velocidad de crucero. Si no me falla el cálculo, nos sobrarán unos diez litros.

Pitt continuó volando a ras de las olas para escapar a los radares de Odyssey, antes de cruzar la angosta franja de tierra en el lado oeste del lago. Quince kilómetros mar adentro, viró hacia el sur y subió poco a poco mientras Giordino fijaba el rumbo a San José. Durante el resto del vuelo, Giordino no dejó de vigilar atentamente los indicadores del combustible.

El cielo estaba encapotado. No amenazaba lluvia, pero no se veían las estrellas. Pitt nunca se había sentido más agitado. Le pasó los controles a Giordino, se arrellanó en el asiento, cerró los ojos y respiró lenta y profundamente. Aún le quedaba una cosa por hacer antes de permitirse el lujo de dormir. Sacó el móvil de su mochila impermeable y marcó el número privado de Sandecker.

El almirante atendió la llamada en el acto.

—Sandecker.

—Estamos fuera —dijo Pitt, cansado.

—Ya era hora.

—No fue necesario prolongar la visita.

—¿Dónde estáis?

—Volamos en un helicóptero robado con rumbo a San José, en Costa Rica.

Sandecker hizo una breve pausa mientras asimilaba la información.

—¿No fue necesario espiar las instalaciones durante el día?

—Nos sonrió la suerte —respondió Pitt, que hacía esfuerzos para no dormirse.

—¿Has recogido toda la información que necesitamos? —preguntó Sandecker, con su típica impaciencia.

—Lo tenemos todo —dijo Pitt—. Gracias a los científicos que tiene cautivos, Specter ha perfeccionado la tecnología de las celdas de combustible. Utilizan nitrógeno en lugar de hidrógeno. Los chinos comunistas están fabricando millones de estufas alimentadas por la electricidad de esas celdas, que distribuirán y pondrán a la venta cuando abran los túneles y el frío polar haga sentir sus efectos en la costa de Norteamérica y Europa.

—¿Me estás diciendo que toda esta locura es para vender estufas? —preguntó Sandecker, atónito.

—Ganarán miles de millones de dólares, por no hablar del poder que tendrán gracias al monopolio. Lo mire por donde lo mire, la economía mundial dependerá de Specter en cuanto caiga la primera nevada.

—Pareces estar convencido de que ha perfeccionado la tecnología, cosa que aún no han conseguido las mejores mentes científicas del mundo —opinó Sandecker.

—Las mejores mentes científicas del mundo trabajan para Specter —afirmó Pitt—. Escucharé toda la historia de boca de dos de los científicos que han trabajado en el proyecto.

—¿Están contigo? —preguntó el almirante, entusiasmado.

—Los tengo en la cabina, junto con la mujer que asesinó a Renée Ford.

En el rostro de Sandecker apareció la expresión del bateador que acaba de lograr un *home-run* con los ojos cerrados.

—¿También la tienes a ella?

—Envíe un avión a San José para recogernos, y mañana a esta misma hora la tendrá sentada en sus rodillas.

—Le diré a Rudi que se encargue —dijo Sandecker, con una voz que reflejaba alegría y excitación—. Os quiero en mi oficina en cuanto aterricéis.

No hubo respuesta.

—Dirk, ¿me escuchas?

Pitt se había dormido, sin darse cuenta de que había cortado la comunicación.

El reactor de Air Canada entró en una espesa nube, cuyas suaves curvas blancas mostraban los primeros toques naranja del sol poniente. Mientras el avión comenzaba el lento descenso hacia Guadalupe, Summer contempló a través de la ventanilla cómo el agua, de un color azul morado hasta entonces, se volvía azul claro y después turquesa a medida que el aparato volaba por encima de los arrecifes y las lagunas. Sentado junto a ella, Dirk estudiaba la carta de las Santas, un grupo de islas al sur de Guadalupe.

Summer miró con creciente curiosidad cómo las dos islas principales, Basse-Terre y Grande-Terre, se unían para adoptar la forma de una mariposa. Basse-Terre era el ala que daba a occidente, y sus colinas y montañas estaban cubiertas de una densa vegetación. Rodeado por exuberantes helechos, el bosque encerraba algunas de las cataratas más altas del Caribe, que caían del pico más elevado de la isla, La Soufrière, un humeante volcán de casi mil quinientos metros de altura. Las islas, con una superficie total equivalente a Luxemburgo, estaban separadas por un angosto canal tapiado de manglares, llamado la Rivière Salée.

El ala oriental de la mariposa, Grande-Terre, era todo lo contrario a Basse-Terre. La isla era llana en su mayor parte, con excepción de algunas colinas bajas, y casi todo el terreno lo ocupaban las plantaciones de caña de azúcar que abastecían las tres destilerías productoras del famoso ron de Guadalupe.

Summer esperaba con ilusión disfrutar de algunas de las muchas playas de arena blanca y negra, bordeadas de ondulantes palmeras, pero en su interior era consciente de que difícilmente lo conseguiría. En cuanto acabaran la búsqueda de los pecios de la flota de Ulises, el almirante Sandecker seguramente les ordenaría emprender el regreso sin dejarle disfrutar de unos pocos días de descanso. Decidió que se quedaría, sin hacer caso de las consecuencias de provocar la cólera del almirante.

El avión trazó un amplio círculo que lo llevó sobre Pointe-à-Pitre, la capital económica de Guadalupe. Miró los tejados rojos mezclados con los de chapa de cinc. La plácida ciudad contaba con una pintoresca plaza rodeada de tiendas y cafés. Las callejuelas se veían muy concurridas y animadas. La gente volvía a sus casas a cenar. Eran pocos los que conducían coches. Muchos caminaban y la mayoría iba en motos o ciclomotores. Comenzaban a encenderse las primeras luces en las casas cercanas al puerto. Los barcos estaban amarrados en los muelles, y las pequeñas embarcaciones de pesca entraban con las capturas del día.

El piloto enfiló la pista del aeropuerto Pole Caraibes. Se escuchó el ruido del tren de aterrizaje al desplegarse, y el zumbido del motor de los alerones al bajar. Durante un momento, los últimos rayos de sol refulgieron en las ventanas antes de que el avión se posara en la pista con el habitual rebote, el chirrido de los neumáticos y el

aullido de las turbinas al invertir la marcha mientras frenaba antes de rodar hacia la terminal.

A Summer le encantaban los atardeceres en los trópicos. Es el momento en que se alza la brisa marina, llevándose lo peor del calor y la humedad del día. Le gustaba el olor de la vegetación después de la lluvia y el penetrante aroma de las flores.

—¿Qué tal tu francés? —le preguntó Dirk mientras bajaban la escalerilla y pisaban la pista del aeropuerto de Guadalupe.

—Pues igual de bueno que tu swahili —respondió Summer, que estaba encantadora con su falda estampada y la blusa a tono—. ¿Por qué lo preguntas?

—Sólo los turistas hablan inglés. Los lugareños hablan francés o el dialecto créole.

—Dado que ninguno de los dos estudió lenguas en el Instituto, tendremos que hacernos entender por señas.

Dirk miró a su hermana con una expresión de duda y luego se echó a reír. Le entregó un librito.

—Aquí tienes un diccionario inglés-francés. Te nombro mi traductora.

Caminaron hasta la terminal y siguieron a los otros pasajeros hasta el mostrador de Inmigración. El funcionario los miró antes de sellarles los pasaportes.

—¿Vienen a Guadalupe en viaje de negocios o de placer? —preguntó en perfecto inglés.

Summer miró a Dirk y arrugó su nariz respingona.

—Placer —respondió, al tiempo que movía la mano como si quisiera exhibir el anillo con un gran diamante que llevaba en el dedo anular—. Estamos en luna de miel.

El funcionario le miró los pechos con toda frescura, y sonrió amigablemente mientras ponía el sello en una de las páginas en blanco de los pasaportes.

—Que disfruten de la estancia —dijo con un tono que rozaba lo libidinoso.

En cuanto se alejaron del mostrador, Dirk preguntó:

—¿Qué historia es ésa de que estamos en luna de miel? ¿Dónde has conseguido el anillo?

—Me pareció que hacernos pasar por recién casados era una buena tapadera. El diamante es un trozo de vidrio. Me costó ocho dólares.

—Espero que nadie quiera mirarlo de cerca, o creerán que soy el más miserable de los maridos.

Fueron hasta la sala de equipajes, donde tuvieron que esperar veinte minutos a que aparecieran sus maletas. Las cargaron en un carrito, pasaron por la aduana y salieron al vestíbulo de la terminal. Un grupo de unas treinta personas esperaban a parientes y amigos. Un hombre bajo con traje blanco y la tez morena oscura de los criollos sostenía un pequeño cartel donde se leía: PITT.

—Somos nosotros —dijo Dirk—. Ella es Summer y yo Dirk Pitt.

—Charles Moreau. —El hombre le tendió la mano. Sus ojos eran de color negro azabache y su nariz parecía lo bastante afilada para librar un duelo. Le llegaba al hombro a Summer, y su cuerpo era delgado y flexible como una caña de bambú—. El avión ha llegado con sólo diez minutos de retraso. Habrán querido establecer una marca. —Luego se inclinó, cogió la mano de Summer y rozó con los labios sus nudillos en un gesto lleno de galantería—. El almirante Sandecker dijo que erais una pareja muy apuesta.

—Supongo que también mencionó que somos hermanos.

—Lo hizo. ¿Hay algún problema?

Dirk miró a Summer, que sonrió con burlona inocencia.

—Sólo quería dejarlo claro.

Summer y Moreau salieron del edificio escoltados por Dirk, que empujaba el carrito con las maletas. Una atractiva mujer de cabellos negros con el típico vestido lugareño —una falda plisada de tela de Madrás a rayas naranjas y amarillas, con un tocado haciendo juego, una blusa de encaje blanca y un chal sobre un hombro— chocó contra Dirk. Como buen conocedor de los trucos de los carteristas, el joven se palpó inmediatamente el bolsillo donde llevaba el billetero. Se tranquilizó al comprobar que no había desaparecido.

La mujer se apartó un paso mientras se masajeaba el hombro.

—Lo siento mucho. Ha sido culpa mía.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó Dirk amablemente.

—Ahora sé lo que es chocar contra una pared. —La mujer lo miró a los ojos y sonrió—. Soy Simone Raizet. Quizá nos volvamos a ver en la ciudad.

—Quizá —respondió Pitt, sin darle su nombre.

—Tiene usted un hombre muy guapo y encantador —le comentó Simone a Summer.

—Puede serlo cuando quiere —manifestó Summer, con un leve tono de sarcasmo.

La mujer se despidió con un gesto y entró en la terminal.

—¿Alguien sabe a qué ha venido eso? —preguntó Pitt, divertido.

—Yo diría que es una fresca —murmuró Summer.

—Es muy extraño —opinó Moreau—. Ha dado toda la impresión de que vive aquí. Yo he nacido en esta isla, y nunca la había visto antes.

Summer frunció el entrecejo.

—Yo creo que el choque fue intencionado.

—Estoy de acuerdo —dijo Dirk—. Pretendía alguna cosa. No sé qué, pero el encuentro no ha sido casual.

Cruzaron la calle y fueron hasta el aparcamiento, donde estaba el BMW 525 de Moreau. El hombre abrió el maletero. Dirk cargó el equipaje y luego subieron al

coche. Moreau salió del aparcamiento y tomó la carretera que llevaba a Pointe-à-Pitre.

—Les he reservado una pequeña *suite* de dos habitaciones en el Canella Beach, uno de nuestros hoteles más populares, y el más adecuado para una pareja joven con un presupuesto reducido. De acuerdo con las instrucciones del almirante Sandecker, deberán comportarse con la máxima discreción mientras buscan el tesoro.

—Es un tesoro histórico, no valioso —lo corrigió Summer.

—El almirante tiene razón —dijo Dirk—. Si se corre la voz de que la NUMA está buscando un tesoro, aparecerán centenares de buscadores.

—El problema principal es que los expulsarían de las islas —señaló Moreau—. Nuestro gobierno tiene leyes muy estrictas en cuanto a la protección del patrimonio histórico.

—Si tenemos éxito —declaró Summer—, su gente se beneficiará de un descubrimiento que hará época.

—Razón de más para mantener en secreto la expedición.

—¿Es usted un viejo amigo del almirante?

—Conocí a James hace muchos años, cuando yo era cónsul de Guadalupe en Nueva York. Desde mi retiro, a veces me llama para que colabore con la NUMA en sus asuntos en esta zona del Caribe.

Moreau condujo a través de las verdes colinas en dirección al puerto y alrededor de la ciudad, a lo largo de la costa sudeste de Grande-Terre, hasta los suburbios de Gosier. Allí siguió por un camino de tierra que desembocaba en la carretera principal.

Summer admiró las mansiones, que se alzaban en medio de bellos jardines.

—¿Nos está agasajando con un recorrido turístico? —preguntó.

—Hay un taxi que nos ha venido siguiendo de cerca desde que salimos del aeropuerto —respondió Moreau—. Quise comprobar que efectivamente nos sigue a nosotros.

Dirk se volvió en su asiento para mirar a través de la ventanilla trasera.

—¿El Ford verde?

—El mismo.

Moreau salió de la zona residencial para sumarse a los autobuses, turistas en ciclomotores y taxis que circulaban por una de las calles principales. El conductor del Ford verde hacía todo lo posible para no perderlos, pero se veía en figurillas por la lentitud del tráfico. Moreau se coló entre dos autobuses que ocupaban ambos lados de la calle y a continuación dobló bruscamente a la derecha para meterse por unas callejuelas flanqueadas por casas de estilo colonial francés. Luego dobló a la izquierda y giró de nuevo en la siguiente esquina para volver a la calle principal. Pero el taxi se metió por un camino lateral para evitar los autobuses, recuperó la distancia perdida y se pegó como una lapa al coche de Moreau.

—Es evidente que está interesado en nosotros —afirmó Dirk.

—A ver si podemos perderlo... —dijo Moreau.

Esperó a que se abriera un hueco en el tráfico. Entonces, en lugar de girar, siguió recto y cruzó entre los demás coches para meterse en una calle transversal. El taxista, encajonado por los ciclomotores, los coches y los autobuses tardó más de medio minuto en abrirse paso y reanudar la persecución.

Después de girar una vez más y perder de vista al taxi, Moreau entró en el camino privado de una casa y aparcó tras de unas adelfas. Al cabo de pocos minutos el taxi verde pasó por delante de la entrada a toda velocidad y se alejó en medio de una nube de polvo. Esperaron unos minutos y Moreau puso el coche en marcha para volver a sumarse al tráfico en la carretera principal.

—Lo hemos perdido, pero mucho me temo que sólo sea temporalmente.

—Quizá se le ocurra utilizar el mismo truco y esperarnos —apuntó Dirk.

—Lo dudo —opinó Summer, muy confiada—. Me juego lo que quieras a que nos hemos deshecho de él.

—Pues has perdido —replicó Dirk con una carcajada. Le señaló a través del parabrisas el Ford verde aparcado en el arcén y a su conductor que hablaba por el móvil—. Aparque a su lado, Charles.

Moreau se acercó lentamente por detrás y luego aceleró para colocarse a la par y frenar. Dirk se asomó por la ventanilla y golpeó con los nudillos la puerta del taxi.

—¿Nos busca a nosotros?

El atónito conductor miró el rostro sonriente de Dirk, dejó caer el móvil, pisó a fondo el acelerador y, con un gran chirrido de neumáticos, que patinaron en la grava del arcén hasta alcanzar el asfalto, salió disparado por la carretera bordeada de palmeras en dirección a la ciudad de Sainte-Annes.

Moreau aparcó el coche y observó al taxi hasta que se perdió entre el tráfico.

—La mujer del aeropuerto, y ahora esto —comentó en voz baja—. ¿Quién puede estar interesado en una pareja de la NUMA que ha venido a bucear?

—La palabra tesoro es un potente afrodisíaco y se propaga como la peste —dijo Summer—. Es evidente que la noticia de nuestros propósitos nos ha precedido.

Dirk miró con expresión pensativa el lugar en la carretera donde había desaparecido el taxi.

—Mañana, cuando vayamos a la isla Branwen, sabremos a ciencia cierta quién nos sigue.

—¿Usted conoce la isla Branwen? —le preguntó Summer a Moreau.

—Lo suficiente para saber que es peligroso acercarse —contestó Moreau—. Antes se llamaba Isle de Rouge, debido al color rojo de la tierra volcánica. El nuevo propietario le cambió el nombre. Me han comentado que Branwen era la diosa celta del amor y la belleza, conocida también como la Venus del mar del Norte. Por su

parte, los nativos más supersticiosos consideran que hace honor a su fama de isla de la muerte.

Dirk disfrutaba de la brisa cálida cargada con el aroma de las flores.

—¿Debido al peligro de los arrecifes o a las traicioneras corrientes?

—No —respondió Moreau, que frenó para permitir que dos chiquillos vestidos con atuendos nativos cruzaran la carretera—. Al propietario de la isla no le gustan los intrusos.

—Nuestra sección de informática nos comunicó que la propietaria es una mujer llama Epona Eliade.

—Una mujer muy misteriosa. Hasta donde sabemos nunca ha pisado Basse-Terre o Grande-Terre.

Summer se arregló el peinado, que estaba sufriendo las consecuencias de la elevada humedad.

—La señora Eliade seguramente tendrá personal de servicio si mantiene una mansión en la isla Branwen.

—Las fotos tomadas desde los satélites muestran un aeródromo, unos pocos edificios, un extraño círculo de columnas y una mansión —le informó Moreau—. Corre el rumor de que a todos los pescadores y turistas que intentaron desembarcar en la isla los han encontrado muertos. Las corrientes arrastran los cadáveres hasta una playa de Basse-Terre, a muchos kilómetros de aquí.

—¿Qué han descubierto las investigaciones de la policía?

Moreau sacudió la cabeza, mientras encendía los faros porque ya caía la noche.

—No encontraron ninguna prueba de que se hubiera cometido crimen, ni tampoco de que las víctimas hubiesen desembarcado en la isla.

—¿Los médicos forenses no han podido determinar las causas de las muertes?

Moreau se rió al escuchar la pregunta.

—La mayoría de los cuerpos los examinó un médico general de la isla, y creo que a los demás los vio un dentista que andaba por la zona. Por lo tanto, no se les practicó la autopsia. En los certificados de defunción consta que murieron ahogados. —Hizo una pausa—. Pero si hemos de creer en los rumores, a todas las víctimas les habían arrancado el corazón.

—Algo bastante siniestro —murmuró Summer.

—Lo más probable es que sea una invención —replicó su hermano.

—En cualquier caso, lo mejor será que se mantengan a una distancia prudencial.

—No será posible si pretendemos explorar el fondo de la rada.

—Entonces estén siempre alerta —les recomendó Moreau—. Les daré el número de mi móvil. Si surge algún problema, no tengan reparo en llamarme inmediatamente. Les enviaré una lancha de la policía en menos de diez minutos.

Recorrieron otros tres kilómetros antes de que Moreau diera la vuelta en un

camino privado que llevaba hasta el hotel. Aparcó delante de la entrada y un conserje se apresuró a abrirle la puerta a Summer. Dirk se apeó del coche y abrió el maletero para que un botones sacara las maletas y las bolsas con el equipo de buceo y las llevara a sus habitaciones.

—Están a un paso de los restaurantes, tiendas y bares —dijo Moreau—. Vendré a buscarlos mañana a las nueve y los llevaré al puerto. He alquilado una lancha. El perfilador de sustrato, el detector de metales submarino y la sonda de chorro que el comandante Rudi Gunn envió por vía aérea desde Florida ya están a bordo y listos para usar. También hice instalar un pequeño compresor en cubierta para la draga y la sonda.

—Es usted muy concienzudo —lo felicitó Dirk.

—Le estamos muy agradecidos por su ayuda y amabilidad —dijo Summer mientras Moreau volvía a besarle la mano con mucha galantería.

—Gracias también por el muy entretenido paseo desde el aeropuerto —añadió Dirk, estrechándole la mano.

—El mérito no ha sido todo mío —afirmó Moreau con una sonrisa. Luego su rostro se ensombreció—. Por favor, tengan mucho cuidado. Aquí está pasando algo que está fuera de nuestro alcance. No quiero que acaben ustedes como todos los demás.

Dirk y Summer esperaron en la entrada del vestíbulo del hotel hasta que el BMW de Moreau desapareció de la vista.

—¿Qué opinas de todo esto? —preguntó Summer.

—No tengo ni la más remota idea —contestó Dirk con voz pausada—. Pero daría mi brazo derecho porque papá y Al estuviesen aquí.

Esta vez el comité de recepción no se parecía en nada al anterior cuando Pitt y Giordino bajaron del avión. Ni coche clásico, ni una hermosa senadora al volante. El avión estaba rodeado por un pelotón de soldados de un cuartel cercano del ejército. Los coches presentes eran un Lincoln Town Car negro, un Navigator turquesa de la flota de la NUMA y una furgoneta blanca sin distintivos.

Rudi Gunn permaneció junto al Navigator mientras Pitt y Giordino bajaban la escalerilla.

—Me pregunto si alguna vez volveré a ver una ducha y a cenar un solomillo —se quejó Giordino, convencido de que Sandecker había enviado a Gunn para llevarlos al cuartel general de la NUMA.

—No podemos culpar a nadie más que a nosotros mismos por meternos en este lío —afirmó Pitt, con cara de pena.

—Ahorraos los lloriqueos —dijo Gunn, con una gran sonrisa—. Os alegrará saber que el almirante no os quiere ver hasta mañana por la tarde. A las dos habrá una reunión en la Casa Blanca. Tendréis que informar a los asesores del presidente.

Los Lowenhardt bajaron del avión y se reunieron con Pitt y Giordino. Hilda se puso de puntillas para besar a Pitt en las mejillas, mientras Claus estrechaba la mano de Giordino efusivamente.

—¿Cómo podremos agradecerse lo? —preguntó la mujer, con la voz ahogada por la emoción.

—Nunca podremos devolverles lo que han hecho por nosotros —manifestó Claus, feliz a más no poder al contemplar a lo lejos los edificios de Washington.

Pitt apoyó un brazo sobre los hombros de Claus.

—Serán atendidos como se merecen, y me han asegurado que se encargarán de la protección de sus hijos. Los traerán tan pronto como sea posible.

—Le prometo que su gente recibirá toda nuestra colaboración. Compartiremos todos nuestros conocimientos respecto a la tecnología de las celdas de combustible con sus científicos. —Miró a su esposa—. ¿No es así, Hilda?

—Sí, Claus —respondió ella con una sonrisa de felicidad—. Nuestro descubrimiento será un regalo para todo el mundo.

Se despidieron y los Lowenhardt fueron escoltados hasta el Lincoln por un agente del FBI que los llevaría a una casa segura en la capital.

Luego Pitt, Giordino y Gunn contemplaron cómo dos fornidos agentes del FBI sacaban a Flidais del avión, esposada a una camilla, y la metían en la furgoneta. La mujer miró a Pitt con una expresión de odio. Él le sonrió y agitó una mano en señal de despedida antes de que cerraran las puertas.

—Te enviaré galletitas a la celda.

Gunn se sentó al volante del Navigator de la NUMA. Pitt ocupó el asiento del acompañante y Giordino se sentó atrás. Cruzaron la pista, y en la salida Gunn le mostró su pase al guardia. Dobló a la izquierda por una calle arbolada para dirigirse al puente más cercano sobre el Potomac.

—Ahora quizá podamos ponernos cómodos y conseguir que nos dejen en paz por algún tiempo —comentó Giordino, espatarrado en el asiento trasero y con los ojos entrecerrados, sin hacer el menor caso del panorama—. Pensar que podría haber estado en casa hace cuatro días, disfrutando de la compañía de alguna bella dama... pero no, tuviste que insistir en que nos quedáramos para colarnos en el sanctasanctórum de Specter.

—No recuerdo haber tenido que rogártelo —replicó Pitt sin el menor asomo de arrepentimiento.

—Fue porque me pillaste en un momento de locura.

—No te engañes. Si deciden actuar de inmediato después de escuchar nuestro informe, habremos ayudado a salvar a los Estados Unidos y Europa de un tiempo de perros.

—¿Quién se encargará de impedir que Odyssey abra los túneles? —preguntó Giordino—. ¿El gobierno nicaragüense, un equipo de las fuerzas especiales norteamericanas, o las Naciones Unidas harán otra de sus inútiles peticiones? Los diplomáticos europeos se pasarán meses reunidos mientras sus países se convierten en cubitos. Ninguno tiene los arrestos que hacen falta para pararle los pies a Odyssey antes de que sea demasiado tarde.

Pitt sabía que Giordino no estaba errado en sus opiniones.

—Es probable que tengas razón, pero ahora el asunto está fuera de nuestras manos. Hemos dado el alerta. No podemos hacer nada más.

Gunn cruzó el puente para ir a Alexandria, donde estaba el edificio de apartamentos en que vivía Giordino.

—Desde luego, habéis hecho feliz al almirante —comentó—. Es el hombre del día en la Casa Blanca. Nadie ha dicho nada todavía de vuestro descubrimiento por razones obvias, pero en cuanto los consejeros de seguridad del presidente tengan preparado un plan para acabar con Specter y su diabólico intento, se montará una muy gorda. La prensa y la televisión se volverán locos y la NUMA será la más beneficiada.

—Lo que tú digas —murmuró Giordino, sin hacerle mucho caso—. ¿Me llevas a casa a mí primero?

—Tú eres el que está más cerca —dijo Gunn—. Después cogeré la autopista de Mount Vernon y dejaré a Pitt en su hangar.

Unos pocos minutos más tarde, Giordino, que apenas si conseguía mantener los ojos abiertos, sacó sus maletas del Navigator y subió la escalera de su casa, que era

un almacén construido durante la guerra civil y posteriormente remodelado como un edificio de apartamentos de lujo. Levantó una mano en señal de despedida y entró en la casa.

Gunn continuó por la carretera paralela al Potomac, cruzó la entrada del aeropuerto Ronald Reagan y después siguió por un camino de tierra hasta el viejo hangar de Pitt, que estaba a unos centenares de metros del final de las pistas. Lo habían construido a principios de 1930 para los aviones de una compañía que había desaparecido hacía años. Pitt se las había apañado para que lo declararan de interés histórico después de comprarlo y rehabilitarlo como local para guardar su colección de coches y aviones antiguos.

—¿Pasarás a recogerme para la reunión? —preguntó Pitt mientras se apeaba.

Gunn sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa.

—No estoy en la lista de invitados. Vendrá a buscarte un coche del servicio secreto.

Pitt se despidió de Gunn y marcó una serie de códigos en su exótico sistema de seguridad mientras el Navigator se alejaba en medio de una nube de polvo. Abrió la puerta agrietada y con la pintura desconchada por efectos del sol y el viento.

La visión que tuvo al entrar nunca dejaba de entusiasmarlo. Era algo sacado del elegante salón de un vendedor de coches de lujo. Todas las paredes, el techo curvo y el suelo estaban pintados de un color blanco brillante, que realzaba la deslumbrante muestra de vivos colores de una flota de treinta automóviles clásicos. A un lado del Marmon V16 había un Duesenberg 1929, un Stutz 1932, un L29 Cord 1929 y un Pierce-Arrow 1936 con un remolque de fábrica. Aparcados en una hilera había un Ford 1936 trucado, el Meteor de Dirk y un Allard J2X 1953 rojo fuego. En el fondo del hangar había dos aviones: un Ford trimotor de los años treinta y un reactor Messerschmitt 262 de la Segunda Guerra Mundial. Junto a una de las paredes había un vagón Pullman con un cartel pintado a todo lo largo que decía: MANHATTAN LIMITED. Los únicos objetos que parecían fuera de lugar eran la cabina de un velero montada en una lancha neumática y una bañera con un motor fuera de borda.

Subió la escalera de caracol hasta su apartamento en el extremo norte del hangar, con la maleta y la bolsa del equipo al hombro. El interior de su apartamento parecía una tienda de antigüedades navales. Muebles de viejos veleros, marinas y maquetas de barcos llenaban la sala de estar. El suelo estaba hecho con la madera de teca de la cubierta de un vapor que había embarrancado en la isla de Kauai en Hawai.

Deshizo la maleta y metió toda la ropa sucia en un cesto junto a la lavadora/secadora, se quitó la ropa que vestía y también la puso en el cesto. Fue al baño, abrió el grifo de agua caliente de la ducha todo lo que pudo soportar y se jabonó enérgicamente hasta que le ardió la piel. Cuando acabó, se secó con el mismo vigor y fue hasta su cama, se acostó sobre la colcha y se quedó dormido al instante.

Ya era de noche cuando Loren Smith entró en el hangar con su propia llave. Subió la escalera y caminó por el apartamento para buscar a Pitt, porque Rudi Gunn le había avisado de su regreso. Lo encontró acostado desnudo en la cama, profundamente dormido. En su rostro apareció una sonrisa sensual mientras se inclinaba para taparlo con una manta.

Cuando Pitt se despertó al cabo de seis horas, vio las estrellas a través de los tragaluces. También olió el aroma del bistec a la plancha. Al ver que estaba tapado con una manta, sonrió para sus adentros al saber que había sido Loren quien lo había tapado. Se levantó y se puso unos pantalones cortos color caqui, una camisa de seda estampada y unas sandalias.

Loren estaba encantadora con unos ajustados pantalones cortos blancos y una blusa de seda a rayas, los brazos y las piernas bronceados por el sol que tomaba en la terraza de su apartamento. Loren exhaló un leve suspiro cuando Pitt le rodeó la cintura con los brazos y le frotó el cuello con la nariz.

—Ahora no —dijo ella, con fingida irritación—. Estoy ocupada.

—¿Cómo has sabido que llevo soñando con un bistec desde hace cinco días?

—No hace falta ser adivina para saber que es lo único que comes. Ahora siéntate y haz un puré de patatas.

Pitt obedeció sin rechistar y se sentó a la mesa, que estaba hecha con la tapa de la bodega de un viejo carguero. Hizo el puré y lo repartió a partes iguales en sendos platos mientras Loren servía un grueso bistec dividido en dos. Luego puso un bol con ensalada César y se sentó a comer mientras Pitt descorchaba una botella de *chardonnay* Martin Ray bien frío.

—Me han comentado que tú y Al no lo habéis pasado muy bien. —Loren cortó un trozo del bistec poco hecho.

—Algunos rasguños, nada que reclamara atención médica.

Loren lo miró a los ojos; el violeta se encontró con el verde. Su expresión era suave pero intensa.

—Ya comienzas a no tener edad para meterte en líos. Es hora de que te tomes las cosas con un poco más de calma.

—¿Quieres que me retire y juegue al golf cinco días a la semana? No es para mí.

—No tienes por qué retirarte. Podrías ocuparte de dirigir expediciones científicas, que no serían ni de lejos lo peligrosas que han sido tus últimas misiones.

Pitt le sirvió el vino, se reclinó en la silla y la observó mientras ella lo probaba. Miró con atención sus hermosas facciones y sus cabellos, las delicadas orejas, la nariz perfectamente modelada, la barbilla firme y los pómulos altos. Podría haber tenido a cualquier hombre de Washington, desde los miembros del gabinete del presidente, a los senadores, los congresistas, los ricos miembros de los grupos de presión, los abogados, los grandes empresarios y los dignatarios extranjeros, pero durante veinte

años, a pesar de algunas relaciones esporádicas, nunca había amado a nadie más que a Pitt. Se había apartado en algunas ocasiones y siempre había vuelto a él.

Ahora era mayor; había algunas arrugas muy pequeñas alrededor de los ojos, y su figura, a pesar del ejercicio, era más llena. Sin embargo, si la hubiesen puesto en una habitación con un grupo de jóvenes bellezas, todas las miradas masculinas se hubieran centrado en Loren. Nunca había tenido que preocuparse por la competencia.

—Sí, podría quedarme más tiempo en casa —admitió con voz pausada, sin apartar la mirada de su rostro—. Pero para eso necesitaría tener una razón.

Loren hizo como si no lo hubiese oído.

—Dentro de poco acabaré con mi mandato, y ya sabes que he informado de que no me presentaré a la reelección.

—¿Has pensado en lo que harás cuando tengas libre todo el tiempo del mundo?

La congresista sacudió la cabeza.

—He recibido varias ofertas para dirigir diversas organizaciones, y al menos cuatro grupos de presión y tres firmas de abogados me han pedido que me una a sus filas. Pero prefiero retirarme. Viajaré un poco, comenzaré el libro sobre los entresijos del Congreso que siempre he querido escribir, y dedicaré un poco más de tiempo a la pintura.

—Has errado tu vocación —señaló Pitt, que le tocó la mano—. Tus paisajes son muy profesionales.

—¿Y qué me dices de ti? —replicó ella, segura de la respuesta—. ¿Tú y Al continuaréis yendo de un lado a otro, coqueteando con la muerte para salvar los mares del mundo?

—No puedo hablar por Al, pero para mí se han terminado las guerras. Me dejaré crecer la barba y jugaré con mis coches antiguos hasta que tengan que llevarme al asilo en silla de ruedas.

—Eso es algo que soy incapaz de imaginarme. —Se echó a reír.

—Confiaba en que tú quisieras venir conmigo.

Loren se puso tensa y lo miró con los ojos como platos.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

Pitt le cogió la mano y se la apretó con fuerza.

—Hablo, Loren Smith, de que creo que ha llegado el momento de pedir tu mano en matrimonio.

Ella lo miró con una expresión de la más absoluta incredulidad.

—¿No... no estarás...? No será una broma, ¿no? —La emoción la hizo tartamudear.

—Hablo muy en serio —afirmó Pitt, que veía las lágrimas en sus ojos violeta—. Te quiero, te quiero desde hace mil años, y quiero que seas mi esposa.

Loren temblaba como un flan. La dama de hierro de la Cámara de Representantes,

la mujer que nunca se echaba atrás por muy fuertes que fueran las presiones políticas, la que era igual o más fuerte que cualquier hombre en Washington. Apartó la mano y se la llevó a los ojos mientras lloraba a moco tendido.

Pitt se levantó y fue al otro lado para abrazarla.

—Perdóname, no pretendía inquietarte.

Loren lo miró con el rostro bañado en lágrimas.

—Tonto. ¿Tienes idea de cuánto tiempo llevo esperando escuchar estas palabras?

Esta vez fue Pitt quien la miró sorprendido.

—Cada vez que ha salido el tema, siempre has dicho que el matrimonio quedaba descartado porque ambos estábamos casados con nuestros trabajos.

—¿Siempre crees todo lo que dicen las mujeres?

Pitt la levantó de la silla y la besó en los labios.

—Perdóname por haber tardado tanto y haber sido un tonto redomado. Pero la pregunta es válida. ¿Te casarás conmigo?

Loren le echó los brazos al cuello y le cubrió el rostro con sus besos.

—Sí, tonto —dijo como una colegiala—. ¡Sí, sí, sí!

Cuando Pitt despertó por la mañana, Loren ya se había marchado a su apartamento para ducharse y vestirse para otro día de lucha en el Congreso. Experimentó una sensación de placer al recordar el calor de sus brazos durante la noche. Aunque tenía que asistir a una reunión en la Casa Blanca, no estaba de humor para vestirse de traje y hacer el papel de un burócrata. Además, ya estaba decidido a retirarse así que no le pareció que fuese necesario impresionar a los consejeros presidenciales. Por lo tanto, se vistió con un pantalón, un polo y una americana.

Otro Lincoln negro, conducido por un agente del servicio secreto, lo estaba esperando cuando salió del hangar. El conductor, un tipo de hombros anchos pero con una barriga considerable, no se molestó en bajarse para abrirle la puerta ni lo saludó. El viaje hasta el apartamento de Al lo hicieron en silencio.

Después de recoger a Giordino, que se sentó junto a Pitt, no tardó en quedar claro que el conductor no seguía el trayecto habitual hacia la Casa Blanca. Giordino se inclinó sobre el respaldo del asiento delantero.

—Perdona, tío, pero ¿no nos estás llevando por el camino más largo?

El conductor no apartó la mirada de la calle ni le respondió.

Al se volvió hacia Pitt con una expresión muy circunspecta.

—Este tipo es un charlatán de cuidado.

—Pregúntale dónde nos lleva.

—¿Qué respondes, tío? —Giordino habló con la boca muy cerca de la oreja del agente—. Si no vamos a la Casa Blanca, ¿cuál es nuestro destino?

No obtuvo ninguna respuesta. El conductor no le hizo el menor caso y continuó conduciendo como un autómatas.

—¿Tú qué opinas? —murmuró Giordino—. ¿Qué tal si le clavamos un piolet en la oreja en el próximo semáforo y nos hacemos con el coche?

—¿Cómo sabemos que el tipo es realmente un agente secreto?

El rostro del conductor permaneció impasible. Pasó una mano por encima del hombro para mostrarles la credencial del servicio secreto. Giordino le echó una ojeada.

—Es un agente. No podría ser otra cosa llamándose Otis McGonigle.

—Me alegra que no vayamos a la Casa Blanca —dijo Pitt, y bostezó como si estuviese aburrido—. Está lleno de auténticos plastas, que para colmo creen que el país se hundiría sin ellos.

—Sobre todo los gorilas que protegen al presidente —apuntó Giordino.

—¿Te refieres a esos cabezas cuadradas que lo rodean con auriculares en las orejas y unas gafas de sol que pasaron de moda hace treinta años?

—Los mismos.

El conductor siguió en silencio, sin mostrar ni siquiera un gesto de irritación.

Pitt y Giordino desistieron de su intento de arrancarle palabra y permanecieron callados el resto del trayecto. McGonigle detuvo el coche delante de una pesada verja de hierro. El guardia con el uniforme de la policía de la Casa Blanca reconoció al conductor, entró en la garita y apretó un botón. Se abrió la verja y el coche bajó por una rampa hasta un túnel. Pitt conocía la red de túneles debajo de las calles de Washington, que unían los edificios gubernamentales alrededor del Capitolio. El ex presidente Clinton los había utilizado con frecuencia para irse de juerga a sus locales favoritos.

Tras recorrer unos dos kilómetros, McGonigle detuvo el Lincoln delante de un ascensor, salió del coche y abrió la puerta trasera.

—Muy bien, caballeros, hemos llegado.

—¡Habla! —exclamó Giordino. Miró en derredor—. Pero ¿cómo? No veo al ventrílocuo.

—Tíos, hay algo que tengo claro y es que nunca os contratarán para el Club de la Comedia —murmuró McGonigle, sin entrar en el juego. Se hizo a un lado cuando se abrió la puerta—. Esperaré impaciente vuestro regreso.

—No sé por qué, pero me caes bien.

Giordino le dio una palmadita en la espalda y entró en el ascensor. La puerta se cerró antes de que pudiera ver la reacción del agente.

El ascensor no subió, sino que descendió unos cuatrocientos metros antes de disminuir la velocidad hasta detenerse. Se abrió la puerta y se encontraron con un infante de marina armado y vestido con uniforme de gala junto a una puerta de acero. Comprobó cuidadosamente las credenciales de Pitt y Giordino. Satisfecho, marcó un código en el teclado que había en el marco y se apartó mientras se abría la puerta. Sin decir palabra, los invitó a pasar con un gesto.

Entraron en una gran sala donde había equipos de comunicación más que suficientes para mantener una guerra. Los monitores de televisión y las pantallas con mapas y fotografías cubrían tres de las paredes. Sandecker se levantó de su silla para saludarlos.

—Esta vez habéis abierto la caja de Pandora.

—Espero que los resultados de nuestra investigación sean útiles —comentó Pitt discretamente.

—No seas modesto. —El almirante se volvió cuando se acercó un hombre alto, de cabellos canosos, vestido con un traje negro a rayas y una corbata roja—. Creo que ya conoces al consejero de seguridad del presidente, Max Seymour.

Pitt estrechó la mano del consejero.

—Hemos coincidido en algunas de las barbacoas de mi padre, los sábados.

—El senador Pitt y yo somos viejos amigos —dijo Seymour, amablemente—.

¿Cómo está su encantadora madre?

—Muy bien, excepto por la artritis —respondió Pitt.

Sandecker se encargó de presentarle a los otros tres hombres que estaban de pie en un extremo de la mesa: Jack Martin, asesor científico de la Casa Blanca; Jim Heckt, subdirector de la CIA; y el general Arnold Stack, cuyo trabajo en el Pentágono era algo indefinido. Todos se sentaron mientras Sandecker le pedía a Pitt que informara de todo lo que él y Giordino habían encontrado en los túneles y en el complejo de Odyssey en la isla Ometepe.

Pitt esperó a que una secretaria avisara que el magnetófono estaba en marcha, y luego comenzó su relato. A menudo consultaba con Giordino para no saltarse alguna cosa. Describieron los acontecimientos y escenas que habían presenciado y sus conclusiones. Nadie los interrumpió con preguntas, hasta que acabaron el informe con el relato de cómo habían escapado de la isla con los Lowenhardt y la asesina de Odyssey.

Los hombres del presidente tardaron unos segundos en comprender la enormidad del desastre en ciernes. Max Seymour miró a Jim Heckt, de la CIA, con una expresión glacial.

—Por lo que se ve, Jim, esta vez tu gente no se olió la tostada.

Heckt se encogió de hombros, incómodo por el reproche.

—No recibimos ninguna orden de la Casa Blanca para que investigáramos. No había ninguna razón para enviar a nuestros agentes, porque las fotos de satélite no mostraban que se estuviera construyendo algo que pudiera poner en peligro la seguridad de los Estados Unidos.

—¿Qué me dice del complejo en Ometepe?

—Lo comprobamos —respondió Heckt, cada vez más molesto por las preguntas de Seymour—. No había motivos para creer que se dedicaran a alguna otra cosa que no fuera la investigación de energías alternativas. Nuestros analistas no encontraron ningún indicio de que Odyssey estuviera investigando y desarrollando armas de destrucción masiva. Por lo tanto, continuamos ocupados con nuestro objetivo principal de vigilar la penetración de la República Popular China en Centroamérica y, en particular, en la zona del Canal.

—A mí me preocupa que nuestros mejores esfuerzos científicos estén todavía muy lejos de producir una celda de combustible que funcione —dijo Jack Martin—. No solo se trata de que Odyssey ha conseguido un extraordinario avance tecnológico, sino que los chinos comunistas ya están fabricando millones de unidades.

—No siempre podemos liderar al mundo en todo lo que se hace —manifestó el general Stack. Miró a Pitt y Giordino—. Por lo que nos han dicho, Odyssey captó a varios de los principales científicos del mundo en el tema, se los llevó a sus instalaciones en Nicaragua y una vez allí los obligó a desarrollar un producto que

funciona.

—Así es —asintió Pitt.

—Si quiere, puedo darle el nombre de por lo menos cuatro de nuestros científicos que dejaron sus puestos en los laboratorios donde trabajaban y desaparecieron discretamente —dijo Martin.

El subdirector de la CIA se dirigió a Pitt.

—¿Está seguro de que los Lowenhardt colaborarán y pondrán a nuestra disposición toda la información técnica que necesitamos para reproducir las celdas de combustible a base de nitrógeno?

—Manifestaron su más sincera voluntad de cooperar después de que les prometí que sus hijos y nietos vendrían a reunirse con ellos y que nuestro gobierno los protegería.

—Bien hecho —aprobó Sandecker, complacido—, aunque no tenías autoridad para ofrecerles protección.

—Me pareció algo honorable por nuestra parte —replicó Pitt, con una sonrisa astuta.

—En cuanto se recuperen de sus sufrimientos y estén descansados —señaló Jack Martin mientras escribía en la libreta que tenía delante—, comenzaremos a interrogarlos. —Miró a Pitt por encima de la mesa—. ¿Qué le dijeron sobre el funcionamiento de la celda?

—Mencionaron que después de comprobar que el hidrógeno no era práctico como combustible, comenzaron a experimentar con el nitrógeno porque forma el setenta y ocho por ciento de la atmósfera del planeta. Al extraerlo del aire junto con el oxígeno, crearon una celda de combustible autosostenible y alimentada por gases naturales, cuyo único residuo es agua pura. Según Claus se trata de una unidad muy sencilla, con menos de ocho partes. Es precisamente la sencillez lo que ha permitido a los chinos producir tantas unidades en poco tiempo.

La expresión en el rostro del general Stack era severa.

—Una producción de tanta magnitud en un plazo tan corto es algo realmente asombroso.

—Fabricar centenares de miles de unidades requiere una enorme cantidad de platino para revestir los ánodos que convierten el gas en protones y electrones —apuntó Martin.

—Durante los últimos diez años —explicó Heckt—, Odyssey se ha apoderado del ochenta por ciento de las minas de platino en todo el mundo. Un fenómeno que le ha costado muy caro a la industria del automóvil, porque necesitan el platino para fabricar varios componentes de los motores.

—Una vez que tengamos los planos de los Lowenhardt —manifestó Seymour—, nos encontraremos con el mismo problema. Necesitaremos el platino para igualar la

producción china.

—Mencionaron que todavía les queda pendiente el diseño de una celda de combustible para los automóviles —dijo Giordino.

—Con la información de los Lowenhardt y si dedicamos todos nuestros esfuerzos —declaró Martin—, quizá consigamos adelantarnos a Odyssey y a los chinos en ese campo.

—Desde luego, vale la pena intentarlo ahora que ya se ha hecho todo el trabajo previo y nos han dado la tecnología —opinó el general Stack—. Esto nos lleva al tema de elaborar un plan para resolver el asunto de los túneles de Odyssey. —El militar miró a Seymour.

—Enviar a las fuerzas especiales para destruir unos túneles no es lo mismo que enviar tropas para acabar con un dictador que tiene un arsenal de armas nucleares, químicas y biológicas, como se decía de Saddam en Irak —puntualizó Seymour—. Si he de ser sincero, no puedo aconsejar al presidente el uso de la fuerza.

—Sin embargo, las consecuencias de una terrible ola de frío por encima del paralelo treinta podrían causar la misma mortandad.

—Max tiene razón —afirmó Martin—. Convencer al resto del mundo del peligro será una tarea rayana en lo imposible.

—Con independencia de cómo enfoquen ustedes el problema —intervino Sandecker—, está claro que debemos destruir los túneles. En cuanto los abran y millones de litros de agua comiencen a pasar del Atlántico al Pacífico, serán mucho más difíciles de destruir.

—¿Qué les parece enviar un pequeño grupo con explosivos para que hagan el trabajo?

—No conseguiría esquivar la vigilancia de Odyssey —respondió Giordino.

—Tú y Dirk lo lograsteis —dijo el almirante.

—No íbamos cargados con cien toneladas de explosivos, que es la cantidad necesaria para volarlos.

Pitt se había levantado para ir a mirar los monitores, los mapas y las fotografías que aparecían en las pantallas. Centró su atención en la ampliación de una foto de las instalaciones de Odyssey en la isla de Ometepe, tomada por un satélite espía. Se acercó para mirar las laderas del volcán Concepción. Un plan comenzó a formarse en su mente mientras volvía a sentarse.

—Podríamos enviar un B52 para que bombardeara el lugar con bombas de demolición de mil kilos —sugirió Stack.

—No podemos bombardear un país amigo, por muy grave que sea la amenaza —replicó Seymour.

—Entonces admite usted que la posibilidad de un invierno gélido es una amenaza para la seguridad nacional. —Stack lo había pillado.

—Eso es algo redundante —se defendió Seymour, con tono fatigado—. Lo que digo es que debe haber una solución lógica que no haga aparecer al presidente y al gobierno de Estados Unidos como unos monstruos inhumanos ante el resto de las naciones.

—Tampoco podemos olvidar —señaló Heckt con una sonrisa astuta— las implicaciones políticas y las consecuencias que podría tener en las próximas elecciones presidenciales, si tomamos las decisiones equivocadas.

—Quizá haya otra manera de abordar todo este asunto —dijo Pitt, con voz pausada y la mirada puesta en la foto del volcán—. Una manera que satisfaría a todas las partes implicadas.

—Muy bien, señor Pitt —dijo el general Stack, sin disimular su escepticismo—. ¿Cómo hacemos para destruir los túneles sin enviar a las fuerzas especiales o a una escuadrilla de bombarderos?

Pitt se convirtió en el blanco de todas las miradas.

—Propongo que le encarguemos el trabajo a la Madre Naturaleza.

Todos esperaron, mientras comenzaban a creer que había perdido la chaveta. Martin, el asesor científico, rompió el silencio.

—¿Podría darnos una explicación?

—Según los geólogos, puede producirse un deslizamiento en una de las laderas del volcán Concepción, en Ometepe. Sin duda es una consecuencia de la excavación del túnel que pasa por las estribaciones del volcán. Cuando Al y yo estuvimos en el túnel más próximo al núcleo, notamos un considerable aumento de la temperatura.

—Estábamos a cuarenta grados —precisó Giordino.

—Los Lowenhardt mencionaron que uno de los científicos que tenían prisionero, un tal doctor Honoma de la Universidad de Hawai...

—Es uno de los de nuestra lista de desaparecidos —lo interrumpió Martin.

—El doctor Honoma les habló de la posibilidad de que se produjera un deslizamiento en cualquier momento, que provocaría el hundimiento de la ladera del volcán, con resultados catastróficos.

—Cuando habla de resultados catastróficos, ¿a qué magnitud se refiere? —insistió el general, poco convencido por el argumento.

—Todo el complejo de Odyssey y las personas que trabajan allí quedarían sepultadas bajo millones de toneladas de roca, y la ola que provocaría en el lago barrería todas las ciudades y pueblos de la costa.

—Desde luego, no contábamos con eso —dijo Heckt.

Seymour miró a Pitt con expresión pensativa.

—Si lo que dice es cierto, la montaña haría el trabajo por nosotros y destruiría los túneles...

—Es una de las alternativas posibles.

—Entonces sólo tenemos que sentarnos y esperar.

—Los geólogos no han sido testigos de tantos deslizamientos volcánicos como para establecer una cronología. La espera podría ser de unos pocos días a unos cuantos años. Entonces sería demasiado tarde para evitar el frío extremo.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados —protestó Stack con aspereza—, y ver sin hacer nada cómo los túneles entran en funcionamiento.

—Podríamos quedarnos de brazos cruzados —replicó Pitt—, pero hay otra manera.

—¿Podrías tener la bondad de decirnos qué se te ha ocurrido? —preguntó Sandecker, impaciente.

—Informen al gobierno nicaragüense que nuestros científicos han observado al volcán Concepción a través de los satélites, y que según ellos la ladera podría desplomarse en cualquier momento. Métenles el miedo en el cuerpo. Díganles que podría haber miles de muertos, y luego ofrézcanles el cebo.

—¿El cebo? —repitió Seymour, desconcertado.

—Ofrecerles toda la ayuda necesaria para evacuar a zonas seguras a las personas del complejo y a los habitantes de las ciudades y pueblos costeros del lago de Nicaragua. Acabado el traslado y con la zona despejada, lanzaremos una bomba contra la ladera del volcán desde una altura de quince mil metros sin que nadie se dé cuenta, provocaremos el deslizamiento y destruiremos los túneles.

Sandecker se reclinó en la silla y contempló pensativamente la superficie de la mesa como si fuese una bola de cristal.

—Me parece algo demasiado sencillo, demasiado elemental para un acontecimiento de tanta magnitud.

—Por lo que sé de la región —intervino Martin—, el Concepción es un volcán activo. La bomba podría provocar una erupción.

—Lanzar la bomba en el cráter del volcán podría provocar una erupción —aceptó Pitt—. Sin embargo, no tendría que haber ningún problema si la guiamos para que estalle en la base de la ladera del volcán.

Por primera vez, apareció una sonrisa en el rostro del general Stack.

—Creo que el señor Pitt ha dado en el clavo. La simplicidad del plan lo hace lógico. Propongo que investiguemos las posibilidades.

—¿Qué pasaría con los trabajadores en el interior de los túneles? —preguntó Seymour—. No tendrían posibilidades de escapar con vida.

—No lo creo —replicó Giordino—. Los habrán evacuado a todos por lo menos veinticuatro horas antes de abrir los túneles.

—No podemos perder ni un minuto —les advirtió Pitt—. Escuché la conversación de dos mujeres en las oficinas centrales de Odyssey. Dijeron que abrirían los túneles dentro de ocho días. Ya han pasado tres. Solo disponemos de

cinco.

Heckt miró a Seymour por encima de sus gafas de lectura.

—Te toca a ti, Max, poner las cosas en marcha. Necesitamos la aprobación del presidente para proceder.

—La conseguiré en menos de una hora —respondió Seymour, muy seguro de sí mismo—. Ahora tendré que convencer a Hampton, el secretario de Estado, para que inicie las negociaciones con las autoridades nicaragüenses con miras a conseguir el permiso de entrada al país de la fuerza de rescate. —Miró a Stack—. En cuanto a usted, general, confío en que organice y dirija la evacuación. —Después le tocó el turno a Jack Martin—. Jack, usted se encargará de asustar al gobierno de Nicaragua hasta hacerles creer que la catástrofe es absolutamente verosímil e inminente.

—En eso puedo echarle una mano —ofreció Sandecker—. Soy amigo personal de dos de los mejores científicos oceánicos del país.

Por último, Seymour miró a Pitt y Giordino.

—Caballeros, tenemos una enorme deuda de gratitud con ustedes. Solo desearía saber cómo retribuirles.

—Hay algo que puede hacer —contestó Pitt, que cambió una mirada de complicidad con Giordino—. Hay un agente del servicio secreto que se llama Otis McGonigle. A mi compañero y a mí nos gustaría que lo ascendieran.

Seymour se encogió de hombros.

—No creo que sea difícil de hacer. ¿Algún motivo en particular para su elección?

—Tenemos una gran afinidad —dijo Giordino—. Es un crédito para el servicio.

—Quiero pedir otro favor —añadió Pitt, y miró a Heckt—. Me gustaría leer el expediente que tienen de Specter y su organización.

—Mandaré a uno de mis correos que se lo lleve al cuartel general de la NUMA. ¿Cree que puede haber algo que nos ayude en la presente situación?

—No lo sé —admitió Pitt sinceramente—. Pero desde luego lo leeré a fondo.

—Mis analistas ya lo han hecho, sin encontrar nada especial.

—Quizá, solo quizá —insistió Pitt—, puede que encuentre algo que se pasara por alto.

Vestido con un pantalón corto blanco, camisa blanca y calcetines largos, Moreau estaba puntualmente a las nueve de la mañana cuando Dirk y Summer salieron del vestíbulo del hotel con las bolsas del equipo de buceo. El conserje cargó las bolsas en el maletero y todos subieron al BMW 525 bajo una suave lluvia que caía de la única nube a la vista en el cielo azul. La brisa era suave y apenas si movía las largas hojas de las palmeras.

El muelle donde Moreau había pedido que amarraran la embarcación alquilada estaba a poco más de tres kilómetros y tardaron muy poco en llegar hasta el agua por un pintoresco camino de tierra. Moreau entró el coche en el angosto espigón de piedra que se adentraba en el agua, cuyo color cambiaba de un amarillo verdoso junto a la orilla hasta un azul oscuro a medida que aumentaba la profundidad. Aparcó donde estaba la embarcación, apoyada contra el muelle como un patito contra su madre. Los protectores, con aspecto de plumas, golpeaban alternativamente contra la piedra y el casco de fibra de vidrio, mientras la nave cabeceaba en las suaves olas que llegaban de la laguna. El nombre escrito con letras doradas en el espejo de proa era: DEAR HEART.

Era un velero muy bonito, un balandro con la mayor y el foque hasta lo alto del mástil. Medía ocho metros de eslora, tres de manga, y un calado de poco más de metro veinte, y contaba con un pequeño motor diesel auxiliar de diez caballos. En la cabina, equipada con baño, ducha y una pequeña cocina, podían dormir cómodamente dos tripulantes. Tal como les había dicho Moreau, el detector de metales Fisher y el perfilador de fondos Klein estaban en la bañera, preparados y listos para funcionar. Dirk dejó caer una escalerilla hasta la cubierta y cogió las bolsas que le tiró Moreau, antes de llevarlas a la cabina.

—Buen viaje —le deseó Moreau a Summer—. Llevaré el móvil conmigo, encendido a todas horas. Por favor, llámenme si surge cualquier problema.

—Lo haremos —prometió Summer.

Bajó la escalerilla ágilmente y se reunió con su hermano, que estaba poniendo en marcha el motor auxiliar. A una señal de Dirk, Moreau soltó las amarras y permaneció en el muelle con una expresión preocupada mientras el motor impulsaba al balandro a través de la laguna hasta el mar.

Después de dejar atrás la última boya, Dirk izó la mayor y el foque, con Summer al timón. La tela roja brillaba contra el cielo azul. Las velas aletearon durante unos momentos hasta que cogieron el viento y el balandro comenzó a hendir las olas a buena velocidad. Dirk miró a lo largo de la cubierta. Todo se veía limpio y brillante. El *Dear Heart* parecía tener menos de un año: las piezas de latón y cromo resplandecían con el sol, y la cubierta estaba fregada a fondo.

Era una embarcación muy marinera, que se deslizaba por el agua y cabalgaba la marejada como corre un gato por un jardín. Las gotas de un chubasco pasajero salpicaron el agua azul y adornaron con espuma las crestas de las olas. Lo dejaron atrás y volvieron a encontrarse con el mar suave y el aire seco. Por delante del bauprés el mar se extendía como una inmensa alfombra.

—¿A qué distancia está Branwen? —preguntó Summer, que escorzaba con mano experta al *Dear Heart* para ganar otro nudo mientras el agua rozaba la borda de sotavento.

—A unos cuarenta kilómetros —respondió Dirk—. Pon rumbo al sur. No hace falta nada más. La isla tiene una torre en el extremo oriental.

El joven se quitó la camisa y orientó la vela. Summer se había quitado el vestido y ahora llevaba un bikini verde estampado. Sus manos sujetaban el timón con firmeza y pilotaba el velero por las crestas y los senos de las olas con maestría, un ojo atento a las islas que asomaban en el horizonte y el otro en la brújula.

Su larga cabellera roja se agitaba con el viento y tenía todo el aspecto de un marinero que sale a disfrutar de un día de navegación desde la playa de Newport a la isla Catalina. Al cabo de una hora, cogió los prismáticos con una sola mano para mirar hacia el horizonte.

—Creo que veo la torre —anunció, al tiempo que la señalaba.

Dirk miró en la dirección que le indicaba. No alcanzaba a ver la torre, pero una mancha sobre la línea del horizonte no tardó en convertirse en la silueta de una isla.

—Aquella tiene que ser Branwen. Navega en línea recta. La rada está en la costa sur.

Un cardumen de peces voladores saltó repentinamente del agua delante mismo de la proa y se dispersó en todas las direcciones con un reflejo multicolor. Unos cuantos saltaron junto a la embarcación, como si esperaran que les arrojaran comida. Luego fueron reemplazados por cinco delfines, que se dedicaron a jugar alrededor del balandro como unos payasos que esperan el aplauso del público.

La isla ya estaba a poco menos de cinco kilómetros y se veía claramente. Divisaron sin problemas la torre y una casa de tres pisos en la playa más cercana. Dirk cogió los prismáticos para mirar la casa. No vio a nadie; las ventanas estaban cerradas. Había un embarcadero que salía de una playa de arena, pero no había ningún casco amarrado.

Cambiaron lugares. Dirk se hizo cargo del timón y Summer fue a proa, donde se sujetó al aparejo para mirar el entorno. Carecía de los atributos habituales en las islas: no había una vegetación exuberante con flores tropicales, ni palmeras que se inclinaran sobre la playa. La mayoría de las islas tienen su propio olor. El de la vegetación que se pudre, de las plantas tropicales y los olores de los habitantes y sus comidas, el olor acre del humo de los campos quemados junto con el aroma del aceite

de copra y coco. Pero esta isla parecía ser la esencia de la muerte, como si hediera a maldad.

Escuchó el lejano retumbar de las olas contra el arrecife que rodeaba la laguna delante de la casa. Al final de una pista de aviación divisó un edificio bajo que debía de ser un hangar. Como le había sucedido a su hermano, no vio ninguna señal de vida. Branwen tenía el aspecto de un cementerio abandonado.

Dirk se mantuvo bien apartado del arrecife mientras miraba con ojo avizor el agua, transparente como la de una bañera. El fondo era visible: suave, arenoso, libre de corales. Controlaba frecuentemente la pantalla de la ecosonda para asegurarse de que un brusco ascenso del suelo no pusiera en riesgo la quilla. Con el timón bien sujeto, fue costeando la isla hasta que llegó al extremo sur. Consultó la carta y efectuó una pequeña corrección en el rumbo antes de meterse en el canal que le marcaba la ecosonda. El oleaje era un poco más fuerte cuando cruzó la brecha de unos cien metros en el arrecife.

No se trataba de una maniobra sencilla, pues la corriente lo empujaba a babor. Pensó en Ulises y sus tripulantes y se dijo que para ellos, que venían de cruzar el Atlántico, habría sido una maniobra muy simple. La ventaja que habían tenido al navegar por aguas turbulentas era que podían emplear los remos. Dirk podría haber puesto en marcha el motor, pero al igual que los pilotos, que prefieren ser ellos quienes aterricen sus aviones en lugar de dejar que lo hagan los instrumentos, quería utilizar sus conocimientos y pericia en el gobierno del balandro.

En cuanto cruzó la entrada el agua se calmó y Dirk observó cómo el fondo pasaba lentamente por debajo de la quilla. Le cedió el timón a Summer y arrió las velas. A continuación puso en marcha el motor para navegar por el interior de la rada.

Era pequeña, de unos ochocientos metros de largo y otros tantos de ancho. Summer se inclinó sobre la borda, atenta a la presencia de cualquier anomalía en el fondo mientras Pitt iba y venía de un extremo a otro de la laguna. Intentaba hacerse una idea de las corrientes al tiempo que se imaginaba a sí mismo en la cubierta de una de las naves de Ulises, como ayuda a la hora de decidir en qué lugar de la rada habrían anclado los antiguos marineros, tantos siglos atrás.

Acabó decidiéndose por una zona que estaba protegida de los vientos por una elevación en la isla, un montículo arenoso que se alzaba una treintena de metros por encima de la costa. Apagó el motor y apretó un interruptor en el tablero de mando para echar el ancla.

—Este parece ser un lugar tan bueno como cualquier otro para zambullirnos e inspeccionar el fondo.

—Es tan plano como el comedor de casa —opinó Summer—. No veo montículos ni perfiles. Es lógico, dado que la madera de un pecio celta ha tenido que desaparecer después de miles de años. Si encontramos algún resto tiene que estar enterrado.

—Vamos a zambullirnos. Probaré la consistencia de la arena y el sedimento. Tú ocúpate de hacer una inspección visual.

Cuando acabaron de colocarse los equipos de buceo, Dirk comprobó que el ancla estuviese bien sujeta para evitar el riesgo de que el balandro acabara a la deriva. Claro que tampoco podía irse muy lejos en la rada. Como no necesitaban los trajes para protegerse del frío del agua o de los afilados corales, saltaron por la borda sólo con los bañadores. La profundidad era de unos tres metros y el agua transparente como el cristal. La visibilidad rondaba los sesenta metros y la temperatura era de unos veintisiete grados, condiciones ideales para el buceo.

Cuarenta minutos más tarde, Dirk subió a bordo por la escalerilla y dejó la botella de aire y el cinturón de lastre en la cubierta. Había pasado el detector de metales por la arena del fondo para descubrir la presencia de una primera capa de arcilla, pero comprobó que el fondo de piedra estaba por debajo de cinco metros de arena.

Contempló durante unos minutos la aparición de las burbujas que señalaban los movimientos de Summer alrededor del balandro. Su hermana no tardó mucho más en aparecer en la superficie. Subió un par de peldaños y se detuvo para dejar con mucho cuidado sobre la cubierta un objeto cubierto con incrustaciones de coral. Luego acabó de subir y las gotas de agua que se escurrían de su cuerpo mojaron la cubierta de teca mientras se quitaba el equipo de buceo.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Dirk.

—No lo sé. Pesa mucho para ser una piedra. Lo encontré a unos cien metros de la orilla, semienterrado en la arena.

Dirk echó una ojeada a la costa, que continuaba desierta. Tenía una sensación molesta en la boca del estómago, como si los estuviesen espiando. Recogió el objeto y comenzó a limpiarlo cuidadosamente con su cuchillo. Éste resultó ser un ave con las alas desplegadas.

—Tiene el aspecto de ser un águila o un cisne —opinó. Con la punta del cuchillo hizo un pequeño corte en la superficie que dejó a la vista un color plateado—. Pesa tanto porque está hecho de plomo.

Summer lo cogió para mirar atentamente las alas y la cabeza, vuelta hacia la derecha.

—¿Crees que podría ser celta?

—El hecho de que esté fundido en plomo es una buena señal. El doctor Chisholm me dijo que, además del estaño, en Cornualles abundan las minas de plomo. ¿Has marcado el lugar donde lo encontraste?

—Dejé la sonda y una banderita naranja.

—¿A qué distancia?

—A unos quince metros en aquella dirección. —La señaló.

—Muy bien. Antes de pasar la draga o la sonda de agua, haremos un rastreo con

el detector de metales. El sonar escáner lateral no nos servirá de gran cosa si los pecios están enterrados.

—Quizá tendríamos que llamar a Rudi y pedirle que nos envíe un magnetómetro.

—El magnetómetro solo sirve para detectar el campo magnético del hierro o el acero —replicó Dirk con una sonrisa—. Ulises realizó su viaje mucho antes de la era del hierro. El detector de metales, en cambio, nos informará de la presencia del hierro y de casi todos los demás metales, incluidos el oro y el bronce.

Summer encendió el detector Fisher Pulse 10 mientras Dirk conectaba el cable de telemetría y audio a la cápsula del sensor. A continuación pasó la cápsula por encima de la borda con la precaución de dejar la longitud de cable precisa para evitar que arrastrara contra el fondo durante la navegación a baja velocidad. Cuando acabó, levó el ancla.

—¿Preparada? —preguntó.

—Todo a punto —contestó Summer.

Dirk puso el motor en marcha y comenzó a navegar con una pauta de búsqueda de idas y venidas paralelas y muy cercanas entre sí, como quien siega el césped. Después de tan solo quince minutos, la aguja telemétrica comenzó a zigzaguear a la vez que sonaba un fuerte pitido en los auriculares de Summer.

—Nos acercamos a algo —anunció.

Luego se escuchó un pitido suave y la aguja apenas si se movió cuando pasaron por encima de la sonda metálica de Summer clavada en el fondo.

—¿Tienes una buena lectura? —preguntó Dirk.

Summer ya iba a responderle que no, cuando la aguja comenzó a oscilar velozmente para indicar la presencia de uno o varios objetos metálicos debajo de la quilla.

—Tenemos una buena masa abajo. ¿Qué rumbo seguimos?

—De este a oeste —dijo Dirk, que marcó las coordenadas del objetivo en su aparato GPS.

—Vuelve a pasar por el mismo lugar, pero esta vez de norte a sur.

Dirk hizo lo que le había pedido su hermana. Se alejó un centenar de metros del objetivo antes de virar en un ángulo de noventa grados que situó al *Dear Heart* en el rumbo norte-sur. Una vez más, los instrumentos enloquecieron. Summer tomó nota de las lecturas en una libreta y miró a Dirk, que llevaba el timón.

—El objetivo es lineal, de unos quince metros de largo y una ancha marca bipolar. Parece tener una masa mínima y dispersa, como cabría esperar de una nave destrozada en un naufragio.

—Entra en los parámetros de un pecio. Será mejor que lo comprobemos. ¿Cuál es la profundidad?

—Unos tres metros.

Dirk viró de nuevo, apagó el motor y dejó que el balandro derivara con la corriente. En el momento en que los números en la pantalla del aparato GPS se acercaron a las coordenadas del pecio, largó el ancla. Después puso en marcha el compresor.

Volvieron a ponerse el equipo de buceo y saltaron al agua uno por cada banda. Dirk abrió la válvula del chorro de agua y clavó la boquilla de la manguera en la arena, tal como los chicos meten la boquilla de la manguera en la tierra del jardín para hacer un agujero. Después de cinco intentos sin encontrar nada sólido, notó de pronto que la punta de la boquilla golpeaba contra un objeto duro a poco menos de un metro por debajo del fondo. Continuó perforando hasta formar una cuadrícula, con la sonda de metal de Summer en una de las esquinas.

—Sí que hay algo ahí abajo —comentó en cuanto salieron a la superficie y se quitó la boquilla del respirador de la boca—. Tiene el tamaño aproximado de una nave antigua.

—Podría ser cualquier cosa —opinó Summer, muy sensatamente—. Desde los restos de un viejo pesquero a basura arrojada desde una barcaza.

—Lo sabremos en cuanto cavemos un agujero con la draga de inducción.

Nadaron de regreso al velero, conectaron la manguera a la draga y la dejaron caer al agua. Dirk se ofreció voluntario para la lenta y pesada tarea de manejar la draga. Summer se quedó a bordo para vigilar el compresor.

Dirk arrastró la manguera, que estaba acoplada a un tubo de metal que chupaba la arena del fondo y la sacaba por una segunda manguera, que dejó unos metros más allá para impedir que la arena en suspensión enturbiara el agua. La draga funcionaba como una aspiradora doméstica. La arena era blanda, y en menos de veinte minutos había abierto un agujero cuadrado de metro veinte de ancho y noventa centímetros de profundidad. Luego, unos treinta centímetros más abajo, encontró un objeto redondo que identificó como un antiguo recipiente de cerámica para el aceite, como los que aparecían en las fotos que les había mostrado el doctor Boyd durante la conferencia en la NUMA. Retiró con mucho cuidado la arena que lo rodeaba hasta que pudo levantarlo. Lo dejó junto al agujero y continuó con su trabajo.

El próximo hallazgo fue una taza de cerámica. Luego otras dos. A éstas las siguieron la empuñadura y la hoja corroída de una espada. Estaba a punto de abandonar y llevar su botín a la superficie, cuando quitó la arena de un objeto con la forma de una cúpula con dos protuberancias laterales. Había destapado casi la mitad, cuando los latidos de su corazón se aceleraron. Acababa de identificar aquello que Homero había descrito en sus obras como un casco con cuernos de la Edad del Bronce.

Dirk acabó de sacar el antiquísimo casco del lugar donde reposaba desde hacía más de tres mil años y lo depositó suavemente en la arena dorada junto a los demás

hallazgos. Estar de pie dentro del agujero entre los remolinos de arena y manejar la draga resultó un trabajo agotador. Llevaba casi cincuenta minutos de inmersión y había encontrado lo que había ido a buscar: las pruebas de que la flota de Ulises se había hundido en el mar de las Antillas y no en el Mediterráneo.

El aire de la botella estaba a punto de acabarse y, por más que habría podido agotarlo y luego subir a la superficie con una simple exhalación, había llegado el momento de tomarse un descanso, una vez que llevara los objetos a bordo del *Dear Heart*.

Subió a la superficie con el casco entre los brazos como si fuese un recién nacido. Summer lo esperaba junto a la escalerilla para recoger la botella de aire y el cinturón de lastre. Dirk sacó el casco fuera del agua y se lo alcanzó con mucho cuidado.

—Cógelo —le dijo—, pero trátalo con mucha suavidad. Está en muy mal estado.

Antes de que su hermana pudiera hacer un comentario, se sumergió de nuevo para ir a buscar los demás objetos.

Cuando al fin subió al balandro, Summer ya había vaciado el recipiente del hielo y estaba sumergiendo los objetos en agua salada para preservarlos.

—¡Fantástico! —exclamó y lo repitió tres veces—. No puedo creer lo que veo. Un casco, un maravilloso casco de la Edad del Bronce.

—Hemos tenido muchísima suerte al encontrarlos en la primera inmersión.

—¿Crees que pertenecen a la flota de Ulises?

—No lo sabremos a ciencia cierta hasta que los expertos como el doctor Boyd y el doctor Chisholm los examinen. Afortunadamente, estaban enterrados en el sedimento que los ha preservado durante tantos años.

Después de una comida ligera y otra hora de descanso, mientras Summer se dedicaba a limpiar las primeras capas de las incrustaciones sin dañar los objetos, Dirk se sumergió de nuevo para continuar trabajando con la draga.

Esta vez encontró cuatro lingotes de cobre y uno de estaño. Tenían una forma curiosa con los bordes cóncavos, una clara indicación de que procedían de la Edad del Bronce. Luego descubrió un martillo de piedra. A una profundidad de un metro cincuenta, dio con fragmentos de tablas y vigas de madera. Había un trozo de viga que medía sesenta centímetros de largo por doce de ancho. Quizá, solo quizá, pensó Dirk, un laboratorio de dendrocronología podría obtener una fecha a partir de los anillos de crecimiento del árbol que habían utilizado. Cuando acabó de llevar los objetos a la superficie y desmontó la draga, era la última hora de la tarde.

Encontró a Summer entretenida en la contemplación de una magnífica puesta de sol con las nubes pintadas de rojo naranja por los rayos de la enorme bola que era el sol en el momento de ocultarse debajo del horizonte. Su hermana lo ayudó a quitarse el equipo.

—Prepararé la cena. Tú encargarte de abrir una botella de vino.

—¿Qué tal un cóctel para celebrarlo? —propuso Dirk con una sonrisa—. Compré una botella del mejor ron de Guadalupe antes de salir del hotel, y tenemos *ginger ale*. Prepararé un Collins de ron.

—Tendremos que beberlos a temperatura ambiente. Tiré el hielo de la nevera cuando trajiste a bordo los primeros objetos, para utilizarlo como tanque de conservación.

—Ahora que tenemos un yacimiento productivo —comentó Dirk—, creo que mañana podríamos comenzar la búsqueda y exploración de las otras naves de la flota de Ulises.

Summer miró con añoranza el agua, que comenzaba a adquirir un color azul oscuro a medida que el sol se hundía en el mar.

—Me pregunto cuántos tesoros encontraremos ahí abajo.

—Quizá no haya ninguno.

Summer vio la duda reflejada en los ojos de su hermano.

—¿Por qué lo dices?

—No puedo afirmarlo, pero creo que alguien se nos ha adelantado.

—¿Adelantado? —repitió Summer, con un tono escéptico—. ¿Quién puede haber estado aquí?

Dirk miró los edificios de la isla con cierta aprensión mientras respondía:

—Tengo la sensación de que los objetos han sido movidos de lugar por manos humanas, y no por las mareas y los corrimientos de arena. Pareciera como si los hubiesen amontonado en una pila que no es obra de la naturaleza.

—Ya nos preocuparemos por eso mañana —afirmó Summer, hechizada por la puesta de sol—. Tengo hambre y sed. Ocupate de preparar los cócteles.

Era noche cerrada cuando Summer acabó de preparar una sopa de chirlas y el par de langostas que había pescado durante la inmersión. De postre sirvió plátanos Foster. Luego se tumbaron en la cubierta, y miraron las estrellas mientras conversaban animadamente, con el fondo del suave chapoteo de las olas contra el casco del balandro.

Como todos los hermanos mellizos, Dirk y Summer estaban muy unidos aunque, a diferencia de los mellizos idénticos, cada uno tenía su vida independiente cuando no trabajan juntos. Summer salía con un joven diplomático del Departamento de Estado que le había presentado su abuelo senador. Dirk prefería no tener ninguna relación estable y salía con chicas muy distintas en aspecto y personalidad.

Si bien estaba cortado por el mismo patrón que su padre, Dirk no compartía los mismos intereses. Era cierto que a los dos les gustaban los coches y los aviones antiguos y sentían verdadera pasión por el mar, pero aquí acababan las similitudes. A Dirk le encantaba participar en las carreras de motos de cross y lanchas. Era un entusiasta de la competición individual. Su padre, en cambio, casi nunca competía

individualmente, y se inclinaba decididamente por los deportes en equipo. Dirk había descollado en las pruebas de atletismo en la Universidad de Hawai, y Dirk padre lo había hecho en el equipo de fútbol americano de la Academia de la Fuerza Aérea.

Por fin, agotada la conversación sobre Ulises y sus viajes, decidieron que era hora de irse a dormir. Summer bajó a la cabina y se acostó en una de las literas. Dirk optó por dormir en cubierta y se improvisó una cama con los cojines de la bañera.

A las cuatro de la mañana, el mar se veía negro como la obsidiana. Las nubes habían ocultado las estrellas. Cualquiera hubiese podido caminar por la cubierta y caer en el agua sin darse cuenta hasta sentir el chapoteo. Dirk se tapó con una tela impermeable para protegerse de las cuatro gotas que caían y continuó durmiendo como un tronco.

No se despertó con el ruido del motor de una lancha, porque no había ni motor ni lancha. Llegaron desde el agua, silenciosamente, como espectros volando alrededor de las tumbas en la noche de Halloween. Eran cuatro: tres hombres y una mujer. Dirk no escuchó el suave roce de las pisadas en la escalerilla que se había olvidado de recoger. Sin darse cuenta, les había facilitado el acceso a bordo.

Las personas que se despiertan en mitad de la noche por la presencia de intrusos reaccionan de diversas maneras. Dirk no tuvo tiempo de reaccionar. A diferencia de su padre, aún debía aprender a no confiar en la fortuna o el destino y seguir fielmente el lema de los niños exploradores: «siempre listos». Antes de que se apercibiera de que había unos extraños a bordo del *Dear Heart*, le envolvieron la cabeza con la tela impermeable, y una porra o un bate de béisbol —nunca supo cuál de los dos— lo golpeó en la nuca y lo sumergió en un pozo negro sin fondo.

Los preparativos para la evacuación de la isla de Ometepe se pusieron en marcha. George Hampton, el secretario de Estado, necesitó cuatro días para convencer al presidente de Nicaragua, Raúl Ortiz, de que las intenciones norteamericanas eran exclusivamente humanitarias. Prometió que, una vez completada la evacuación, todas las fuerzas estadounidenses abandonarían el país. Jack Martin y el almirante Sandecker hablaron con los científicos nicaragüenses que, no bien enterados de la inminente catástrofe, dieron todo su apoyo a la operación.

Tal como se esperaba, los funcionarios locales que estaban comprados por Specter hicieron lo imposible por oponerse. Aquéllos que servían a los intereses de la China Roja también protestaron a grito pelado. Sin embargo, tal como Martin había afirmado en la conferencia, él y Sandecker se ocuparon de espantar a los líderes del país con sus descripciones del alcance de la catástrofe y del número de muertos entre los pobladores dentro de un radio de dos kilómetros del lago. La oposición fue silenciada por la oleada de pánico.

El general Stack, que trabajaba en estrecha colaboración con el general Juan Morega, comandante en jefe de las fuerzas armadas nicaragüenses, desplegó rápidamente las tropas encargadas de la operación de rescate. En cuanto recibió la autorización, actuó sin demora. Todas las embarcaciones que había en el lago recibieron la orden de evacuar a los habitantes de las ciudades y pueblos que carecían de carreteras disponibles para el traslado. Los camiones y helicópteros del ejército norteamericano se ocuparon de llevar a los demás a las zonas altas. Al mismo tiempo, se reunió una fuerza de ataque especial para el asalto de las instalaciones de Odyssey.

Nadie dudaba de que los agentes de seguridad de Odyssey ofrecerían resistencia para mantener el secreto de las instalaciones y del grupo de científicos que tenían cautivos. Se temía asimismo que Specter mandara asesinar y ocultar los cadáveres de los científicos para que no quedara ningún rastro de su existencia. Al general Stack le preocupaba su suerte, pero la posibilidad de que se produjeran miles de muertos y pérdidas económicas millonarias pesaba más que la vida de veinte o treinta personas. Dio la orden de que se evacuara a los trabajadores del complejo lo más rápido posible, incluidos los científicos si aún estaban en la isla.

Puso a Pitt y Giordino a las órdenes del teniente coronel Bonaparte Nash, Bony para los amigos. Nash, que era miembro de un equipo de reconocimiento de la infantería, recibió a Pitt y Giordino en la base de helicópteros que el grupo de rescate había montado en la pequeña ciudad de San Jorge, en la costa occidental del lago. Alto, con el cuerpo muy musculoso gracias a las muchas horas de ejercicio, y el cabello rubio cortado muy corto, tenía el rostro redondo y unos ojos azules de mirada amable que no lograban ocultar la dureza del personaje.

—Es un placer conocerles, señores. Me han informado de sus antecedentes como miembros de la NUMA. Muy impresionantes. Confío en que podrán guiarme a mí y a mis hombres hasta el edificio donde tienen prisioneros a los científicos.

—Podemos —afirmó Pitt.

—Tengo entendido que ustedes han estado allí solo una vez.

—Si lo encontramos de noche —replicó Giordino con un tono incisivo—, también lo encontraremos a plena luz del día.

Nash puso una fotografía ampliada de las instalaciones tomadas desde un satélite sobre la mesa de campaña.

—Dispongo de cinco helicópteros Chinook CH-47. En cada uno viajarán treinta hombres. Mi plan es que uno aterrice en la terminal aérea, el segundo en los muelles, el tercero junto al edificio que ustedes describieron como el cuartel general de los guardias de seguridad, y el cuarto en el aparcamiento que hay en la hilera de almacenes. Ustedes dos viajarán conmigo en el quinto aparato, para guiarnos hacia el edificio donde retienen a los científicos.

—Si me lo permite, haré una sugerencia —dijo Pitt. Sacó un bolígrafo del bolsillo de su camisa estampada y señaló un edificio en la calle bordeada de palmeras—. Éste es el cuartel general. Puede aterrizar en la azotea y apresar a los principales ejecutivos de Odyssey antes de que tengan tiempo de escapar en su propio helicóptero.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Nash, intrigado.

—Al y yo robamos un helicóptero que estaba en la azotea cuando nos escapamos hace seis días.

—En el edificio hay por lo menos diez guardias. Sus hombres tendrán que encargarse de ellos —añadió Giordino.

Nash los miró con un respeto que crecía por momentos, pero aún dudaba si podía creerles.

—¿Había guardias de seguridad cuando escaparon?

Pitt se dio cuenta de las reservas de Nash.

—Sí, había cuatro.

—Desarmarlos fue como robarle un caramelo un niño de pecho —afirmó Giordino.

—Me dijeron que ustedes era ingenieros navales —manifestó Nash, desconcertado.

—También hacemos eso —dijo Giordino con un tono divertido.

—De acuerdo, si ustedes lo dicen. —Nash sacudió la cabeza—. Otra cosa: no puedo darles armas. Vendrán como guías. Mis hombres y yo nos encargaremos de combatir si es necesario.

Pitt y Giordino intercambiaron una mirada traviesa. Ambos llevaban sus armas en la cintura debajo de las holgadas camisas tropicales, Pitt la Colt .45 y Giordino la

automática calibre .50.

—Si nos vemos en un apuro —comentó Giordino—, les tiraremos piedras hasta que sus hombres vengan a rescatarnos.

Nash no tenía muy claro si esa pareja de graciosos le caía bien. Consultó su reloj.

—Despegaremos dentro de diez minutos. Ustedes vendrán conmigo. En cuanto aterricemos, asegúrense de que vamos al edificio correcto. No podemos perder ni un segundo dando vueltas, si queremos salvar a los rehenes antes de que los guardias de Odyssey los ejecuten.

—Me parece bien —asintió Pitt.

Exactamente diez minutos más tarde, él y Giordino se abrochaban los cinturones en el interior del enorme helicóptero de transporte Chinook, al costado del teniente coronel Nash. Los acompañaban treinta hombres a cuál más corpulento, vestidos con uniformes de camuflaje y chalecos antibalas, unas armas enormes que parecían sacadas de una película de ciencia ficción, y todo un surtido de lanzacohetes.

—Una pandilla de tipos duros —comentó Giordino con admiración.

—No sabes lo feliz que me hace saber que están de nuestro lado —dijo Pitt.

Despegaron y en un par de minutos estaban sobre el lago. Solo había veinticuatro kilómetros hasta las instalaciones de Odyssey. Toda la operación se basaba en la sorpresa. El plan del teniente coronel Nash era reducir a los guardias, rescatar a los rehenes y después evacuar a los centenares de trabajadores en las embarcaciones que ya habían zarpado desde las ciudades y pueblos costeros hacia Ometepe. En cuanto sacaran a la última persona de la isla, Nash transmitiría la orden al piloto del bombardero B52 —que volaba en círculos sobre la isla, a una altura de veinte mil metros— para que dejara caer una bomba de demolición en la base del volcán y provocar una avalancha que hundiría los túneles y arrastraría las instalaciones al fondo del lago.

Pitt tuvo la sensación de que el helicóptero no había acabado de despegar cuando se detuvo en el aire y aterrizó. Nash y sus hombres saltaron a tierra sin perder un segundo e instaron a dejar las armas a los guardias que vigilaban la cerca electrificada que rodeaba el edificio donde estaban los rehenes.

Los otros cuatro helicópteros también estaban en tierra. Un puñado de guardias abrieron fuego sin tener idea de que se enfrentaban a una fuerza de élite. Al ver que era inútil cualquier resistencia, se apresuraron a arrojar las armas y levantaron las manos. No los habían contratado para luchar contra soldados profesionales. Su misión se limitaba a vigilar las instalaciones y no estaban dispuestos a perder la vida en el intento.

Pitt, con Giordino pisándole los talones, cruzó la verja y entró en el edificio antes que Nash y sus hombres. Los guardias apostados en el interior, aunque habían escuchado los disparos, se quedaron de una pieza al verse encañonados por sendas

pistolas automáticas antes de tener la oportunidad de comprender lo que estaba pasando. El miedo, más que la sorpresa, los convirtió en estatuas.

Nash se enfureció al ver que Pitt y Giordino iban armados.

—¡Entréguenme esas armas! —gritó.

Pitt y Giordino no le hicieron caso y comenzaron a abrir a puntapiés las puertas de las habitaciones. La primera, la segunda, la tercera y la cuarta. Todas estaban vacías. Pitt corrió detrás de los guardias que los hombres de Nash se llevaban prisioneros. Cogió al más cercano y le puso la pistola contra la nariz, con tanta fuerza que se la aplastó.

—¿Hablas inglés?

—No, señor.

—¿Dónde están los científicos? —le preguntó en español.

El guardia abrió mucho los ojos, que se le pusieron bizcos en su intento por mirar el cañón del arma que le aplastaba la nariz.

—Los llevaron a la dársena y los subieron al transbordador.

—¿Qué pasa? —preguntó Nash—. ¿Dónde están los rehenes?

—Se lo acabo de preguntar —respondió Pitt—. Dice que se los llevaron al muelle para embarcarlos en un transbordador.

—Yo diría que se los llevan al lago para hundir la embarcación con todos los que están a bordo —opinó Giordino, con un tono grave.

Pitt miró al teniente coronel.

—Necesitaremos a sus hombres y a un helicóptero para detenerlos antes de que los guardias de Odyssey echen a pique el transbordador.

Nash sacudió la cabeza al escuchar la petición.

—Lo siento, no puede ser. Mis órdenes son asegurar la base y evacuar a todo el personal. No puede prescindir de ninguno de mis hombres ni de un helicóptero.

—Esas personas son vitales para el interés nacional —protestó Pitt—. Tienen la clave de la tecnología de las celdas de combustible.

El rostro del militar era una máscara de granito.

—Mis órdenes están por encima de todo lo demás.

—En ese caso, facilítenos un fusil lanzagranadas y nosotros nos apoderaremos del transbordador.

—Ya sabe que no puedo darles armas a los civiles.

—Es usted de una gran ayuda —se mofó Giordino—. No podemos perder el tiempo con un cabeza cuadrada. —Señaló un cochecito de golf idéntico al que había conducido en los túneles—. Si no podemos detenerlos en el muelle, quizá consigamos apoderarnos de una de las lanchas patrulleras de Odyssey.

Pitt miró a Nash sin disimular su enojo y luego él y Giordino corrieron a montarse en el cochecito.

Ocho minutos más tarde, con Giordino al volante, llegaron al muelle. Una expresión desesperada apareció en el rostro de Pitt al comprobar que el viejo transbordador se alejaba, seguido por una lancha patrullera.

—Demasiado tarde —exclamó Giordino—. Los acompaña la patrullera para recoger a los guardias después de que vuelen el fondo del transbordador.

Pitt corrió al lado opuesto del muelle. Vio una pequeña embarcación con motor fuera de borda amarrada a un noray a unos veinte metros más allá.

—Vamos, el *Good Ship Lollipop* nos espera —dijo, y echó a correr.

Era un Boston Whaler de seis metros de eslora y un motor Mercury de ciento cincuenta caballos. Pitt lo puso en marcha mientras Giordino soltaba la amarra. Giordino apenas si tuvo tiempo de apartar el cabo, cuando Pitt movió la palanca del acelerador hasta el tope y la pequeña embarcación salió disparada como si le hubiesen propinado un puntapié en la popa tras la estela del transbordador y la patrullera.

—¿Qué haremos cuando le demos alcance? —gritó Giordino por encima del estrépito del motor.

—Ya se me ocurrirá algo cuando llegue el momento —respondió Pitt a voz en cuello.

Giordino observó cómo se acortaba rápidamente la distancia entre las embarcaciones.

—Pues más te vale que se te ocurra algo ya mismo. Tienen fusiles de asalto contra nuestras pistolas de aire comprimido, y la patrullera lleva un cañón a proa que no me hace ninguna gracia.

—A ver qué te parece esto —dijo Pitt—. Voy a virar y me meteré entre el transbordador y la patrullera. Así neutralizaremos su campo de tiro. Luego nos acercamos al transbordador y saltamos a bordo.

—Recuerdo haber escuchado planes peores —manifestó Giordino con un tono lúgubre—, pero de eso hace más de diez años.

—Creo que hay dos o tres guardias en el puente junto a la timonera. Coge mi Colt y haz de pistolero desesperado. Si los asustas, quizá levanten las manos y se rindan.

—Yo no me haría muchas ilusiones.

Pitt giró el timón y comenzó a trazar un círculo alrededor del transbordador antes de que los tripulantes de la patrullera pudieran hacer servir el cañón de proa. La lancha saltó una pequeña ola de la estela del transbordador y se hundió en el seno en el momento en que una lluvia de balas pasaba por encima de sus cabezas. Giordino respondió al fuego. Apretaba los gatillos lo más rápido que sus dedos le permitían. Sus disparos pillaron a los guardias por sorpresa. Uno se desplomó en cubierta con una bala en una pierna, y otro giró como una peonza cuando un proyectil lo alcanzó en el hombro. El tercero dejó caer el arma.

—Lo ves, te lo dije —exclamó Pitt.

—Sí, claro, después de tumbar a dos.

Pitt disminuyó la velocidad cuando estaba a unos veinte metros de la embarcación y giró el timón hacia estribor. Con la habilidad de los muchos años de práctica, puso suavemente la Whaler contra la amura del transbordador. Giordino se le adelantó en saltar a bordo y ya estaba desarmando a los guardias cuando Pitt saltó a cubierta.

—Tiene el cargador lleno. ¡Cógela!

Le arrojó a Pitt la pistola calibre .50; Pitt la cogió al vuelo. Sin perder ni un segundo corrió a una escotilla para ir bajo cubierta. Apenas si había pisado el pasillo cuando se escuchó una explosión sorda en la sala de máquinas, que sacudió la embarcación. Uno de los guardias había detonado una bomba y la explosión había abierto un boquete en la sentina. La onda expansiva derribó a Pitt, pero se levantó de un salto y corrió por el pasillo al tiempo que abría las puertas de los camarotes a puntapiés.

—¡Vamos, fuera, fuera! —gritó a los espantados científicos encerrados—. ¡El barco se hunde! —Comenzó a guiarlos hacia la escalerilla que llevaba a cubierta. Detuvo a un hombre con los cabellos y la barba canosa—. ¿Hay alguno más?

—Encerraron a unos cuantos en el almacén, al final del pasillo.

El científico no había acabado de responderle cuando Pitt ya corría hacia la puerta del almacén. El agua que inundaba el pasillo le llegaba a los tobillos. La puerta era demasiado sólida para derribarla a puntapiés.

—¡Apártense de la puerta! —gritó.

Luego apuntó a la cerradura con el cañón de mano de Giordino y disparó. El proyectil destrozó la cerradura y Pitt abrió la puerta con un violento empujón. Se encontró con diez personas, seis hombres y cuatro mujeres, que lo miraban horrorizadas.

—¡Vamos, todo el mundo fuera! ¡Abandonen el barco! ¡Se está hundiendo!

Después de ayudar al último de los científicos a subir la escalerilla y cuando ya se disponía a seguirlo, una segunda explosión mucho más potente lo lanzó de espaldas contra un mamparo. El impacto le vació el aire de los pulmones y comenzó a jadear mientras un chichón del tamaño de un huevo aparecía como por arte de magia en la parte de atrás de su cabeza. Lo vio todo negro.

Cuando recuperó el sentido, al cabo de dos minutos, se encontró sentado con el agua a la altura del pecho. Dolorido de pies a cabeza, se levantó para ir hasta la escalerilla y la subió trabajosamente.

Quedaba menos de un minuto antes de que el transbordador se hundiera hasta el fondo del lago. Escuchó un extraño martilleo por encima del ruido del agua. ¿Qué habría pasado con las personas que había enviado a cubierta? ¿Se habrían ahogado? ¿El cañón de la patrullera los había matado, como si fuesen peces en un barril? ¿Qué

sería de Al? ¿Habría ayudado a los supervivientes?

Todavía mareado por el golpe contra el mamparo, apeló a sus últimas reservas de energía y sacó medio cuerpo por encima de la escotilla. La popa del transbordador estaba a punto de sumergirse, el agua barría la cubierta y entraba como una tromba por la escotilla. El martilleo sonaba cada vez más fuerte y al mirar hacia arriba vio a Giordino sujeto a un arnés, que parecía flotar en el aire. Luego vio el helicóptero.

Bendito sea Dios, Nash ha cambiado de opinión, pensó con su mente obnubilada.

Se abrazó a la cintura de Giordino y su compañero lo sujetó por debajo de los hombros. El transbordador desapareció debajo de sus pies y se hundió bajo las olas, en el mismo momento en que a él lo levantaban por los aires.

—¿Los científicos? —le preguntó a Giordino entre jadeos. No veía a ninguno en el agua.

—Están sanos y salvos, a bordo del helicóptero —gritó Giordino por encima del ruido del viento y el estruendo de los rotores—. Los guardias dieron media vuelta y escaparon en la patrullera en cuanto Nash y su equipo hicieron acto de presencia.

—¿Han sacado a todos de la isla? —le preguntó a Nash, que estaba en cuclillas a su lado.

—Hemos evacuado hasta los perros y los gatos —afirmó el teniente coronel con una sonrisa de complacencia—. Acabamos la operación antes de la hora prevista y después vinimos a ayudarles. Cuando no apareció en el agua con todos los demás, lo dimos por perdido, pero Al no lo creyó. Antes de que pudiera impedirselo, bajó por el cable del torno hasta la cubierta del transbordador. Fue entonces cuando lo vimos salir por la escotilla.

—Ha sido una suerte para mí que llegaran en el momento oportuno.

—¿Cuánto falta para el gran final? —preguntó Giordino.

—En cuanto acabamos de sacar a todos de Ometepe y de llevarlos hasta la costa, los trasladaron en camiones y autocares hasta las zonas altas, junto con los que viven en un radio de tres kilómetros del lago. —Nash consultó su reloj—. Calculo que tardarán otros treinta y cinco minutos en llegar a las zonas seguras. En el momento en que me avisen que han terminado, le daré la señal al piloto para que suelte la bomba.

—¿Sus hombres tuvieron que enfrentarse a un pequeño ejército de mujeres uniformadas? —preguntó Pitt.

Nash lo observó con curiosidad y después sonrió.

—¿Unas mujeres vestidas con unos monos de colores?

—Lavanda y verde.

—Lucharon como unas Amazonas —respondió Nash, con un tono donde se reflejaba un resto de incredulidad—. Tres de mis hombres resultaron heridos cuando vacilaron en responder a los disparos efectuados por las mujeres. No pudimos hacer otra cosa que defendernos.

Giordino miró el edificio del cuartel general cuando el helicóptero pasó a su lado. No quedaba ni un cristal en las ventanas y salía una densa columna de humo por las ventanas del décimo piso.

—¿Cuántas murieron en la refriega?

—Contamos nueve cadáveres. —Nash parecía desconcertado—. La mayoría eran unas bellezas. A mis hombres les resultó muy duro. Algunos tendrán que recibir asistencia psicológica cuando volvamos a casa. No están entrenados para disparar contra mujeres civiles.

—¿Una de ellas vestía un mono dorado? —quiso saber Pitt.

Nash hizo memoria y luego sacudió la cabeza.

—No, no vi a ninguna que responda a esa descripción. —Hizo una pausa—. ¿Era pelirroja?

—Sí, tiene los cabellos rojos.

—Como todas las que murieron, el mismo color en todas ellas. Combatieron como fanáticas. Fue algo increíble.

El helicóptero continuó sobrevolando la isla. Nash recibió el aviso de que la evacuación se había completado dentro del plazo. Sin perder ni un segundo, transmitió al piloto del B52 la autorización para que lanzara la bomba.

El avión volaba a tal altura que nadie podía verlo ni tampoco la bomba que caía desde veinte mil metros de altura. Nadie vio tampoco cómo la bomba penetraba profundamente en la ladera del volcán más arriba de las instalaciones de Odyssey. Unos segundos más tarde, se escuchó algo parecido a un trueno desde las profundidades de la ladera del volcán Concepción. El sonido fue muy diferente del de una bomba que estalla en la superficie: fue algo así como si hubieran golpeado el suelo con un martillo gigante. Luego se escuchó otro sonido, similar al trueno que se pierde en la distancia, cuando la ladera del volcán comenzó a desprenderse para después ir aumentando de velocidad a medida que bajaba, hasta alcanzar los ciento treinta kilómetros por hora.

Visto desde el aire parecía como si todos los edificios, los muelles y la pista de aviación se hundieran debajo de la superficie del lago como una moneda enorme arrojada por la mano de un gigante. Nubes de escombros y polvo se elevaron en el aire, al tiempo que se generaba una ola monstruosa de más de sesenta metros de altura. Después la cresta se curvó y comenzó a cruzar el lago a una velocidad de vértigo, para acabar estrellándose contra las costas y arrasando todo lo que encontraba a su paso, hasta que se agotó su energía y comenzó el retroceso de vuelta al lago.

En el tiempo en que se tarda en pasar dos páginas de un libro, el gran centro de investigación y desarrollo creado por Specter, sus ejecutivas y el imperio Odyssey habían desaparecido junto con los túneles desmoronados.

La corriente ecuatorial sur no iría a parar al Pacífico. La corriente del Golfo continuaría teniendo la misma temperatura del último millón de años, y la costa oriental de Estados Unidos y el continente europeo no se cubrirían de hielo hasta la siguiente era glacial.

Un fuerte resplandor blanco empezó a penetrar en la capa de niebla negra. La miríada de estrellas que giraban en el interior de su cabeza se redujeron a unas pocas cuando Dirk recobró lentamente la conciencia. Notó el frío húmedo. Atontado por el dolor de cabeza, se levantó sobre los codos y miró en derredor.

Descubrió que se encontraba en un calabozo de reducidas dimensiones, de un metro y medio por algo menos de un metro. El suelo, el techo y tres paredes eran de cemento. La cuarta la ocupaba una puerta de hierro oxidada. No había manija por dentro. Un ventanuco del tamaño de un plato de postre abierto en el techo permitía que la luz se filtrara para iluminar débilmente su pequeño mundo gris. No había jergón ni mantas, y las instalaciones sanitarias se limitaban a un agujero en el suelo.

Nunca había tenido una resaca comparable con el dolor que notaba. Tenía un chichón encima de la oreja que debía de ser del tamaño del ratón del ordenador. Ponerse de pie fue un notable esfuerzo de voluntad. Aunque sólo fuera por satisfacer la curiosidad, empujó la puerta. Fue como querer talar un roble con el canto de la mano. Cuando se había dormido en la cubierta del balandro vestía un pantalón corto y una camiseta. Ahora comprobó que aquellas prendas habían desaparecido y vestía un albornoz de seda blanco. Le pareció tan fuera de lugar en aquella mazmorra que ni siquiera intentó imaginarse su significado.

Entonces pensó en Summer. ¿Qué habría sido de ella? ¿Dónde estaría? No recordaba nada excepto haber estado mirando la luna salir del mar antes de quedarse dormido. El dolor de cabeza fue disminuyendo poco a poco. Entonces comprendió que le habían propinado un golpe, para después trasladarlo a tierra y encerrarlo en esa celda. Pero ¿qué habían hecho con Summer? La desesperación empezó a apoderarse de él. La situación parecía no tener salida. No podía hacer absolutamente nada encerrado como estaba en esa caja de cemento.

Ya era bien entrada la tarde cuando escuchó unos ruidos fuera de la celda. Luego llegó el chasquido de la llave que giraba en la cerradura y la puerta se abrió hacia el exterior. Vio a una mujer de cabellos rubios, ojos azules y un mono verde que le apuntaba directamente al pecho con una pistola automática de gran calibre.

—Venga conmigo —dijo la mujer con una voz suave, sin el menor asomo de amenaza.

En otra situación Dirk la habría encontrado muy atractiva, pero allí, le resultaba horrible como la más fea de las brujas.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

La mujer lo tocó en la espalda con el cañón del arma, sin responderle. Caminaron por un largo corredor donde había varias puertas de hierro. Dirk se preguntó si Summer estaría tras de alguna de ellas. Al final del pasillo había una escalera y Dirk

comenzó a subirla sin que se lo dijeran. Una vez arriba, entraron en una antesala con el suelo de mármol y las paredes cubiertas con millares de cuadritos de azulejos dorados. El tapizado de las sillas era de cuero teñido de color lavanda y las mesas de madera con incrustaciones del mismo color. Dirk encontró la decoración vulgar y recargada.

Su escolta lo llevó hasta unas grandes puertas doradas, llamó con los nudillos y después se apartó cuando las abrieron desde el interior. Le indicó que entrara con un ademán.

Dirk se quedó asombrado ante la visión de cuatro bellísimas mujeres pelirrojas ataviadas con túnicas color lavanda y dorado, sentadas alrededor de una mesa de grandes dimensiones, que había sido tallada de un bloque de coral rojo. Summer las acompañaba, con la diferencia de que su túnica era blanca.

Corrió hacia su hermana y la sujetó por los hombros.

—¿Estás bien?

Summer se volvió lentamente y lo miró como si estuviese en trance.

—¿Bien? Sí, estoy bien.

Dirk se dio cuenta de que había sido drogada.

—¿Qué te han hecho?

—Por favor siéntese, señor Pitt —le ordenó la mujer que ocupaba la cabecera. Vestía una túnica dorada. Su voz era discreta y musical, aunque con un toque de arrogancia.

Dirk intuyó un movimiento a su espalda. Era su escolta, que había salido de la sala y cerrado la puerta. Por un momento pensó que, a pesar de la inferioridad numérica, podría dejarlas fuera de combate e intentar la huida con Summer. Desistió, consciente de que habían sedado a su hermana hasta tal punto que a duras penas se podría mover. Apartó una silla al otro extremo de la mesa y se sentó.

—¿Puedo preguntar cuáles son sus intenciones respecto a mi hermana y a mí?

—Puede —respondió la mujer que obviamente tenía el mando. Luego dejó de prestarle atención y se volvió hacia la mujer sentada a su derecha.

—¿Habéis revisado la embarcación?

—Sí, Epona. Encontramos equipos de buceo y varios aparatos de detección submarina.

—Les pido disculpas si hemos invadido una propiedad particular —manifestó Dirk—. Creíamos que la isla estaba desierta.

Epona lo miró con una expresión helada en los ojos.

—Tenemos nuestra propia manera de tratar a los intrusos.

—Vinimos como parte de una expedición arqueológica para buscar unas naves antiguas. Nada más.

La mujer miró a Summer, y de nuevo a Dirk.

—Sabemos lo que estaban buscando. Su hermana ha sido mucho más amable al darnos un informe completo de sus actividades.

—Después de drogaría hasta las cejas —replicó Dirk.

Se enfureció tanto que estuvo a punto de saltar sobre la mesa para atacarla. Pero fue como si ella le hubiese leído el pensamiento.

—No piense en ofrecer resistencia, señor Pitt. Mis guardias responderán en un instante.

Dirk se obligó a relajarse y actuar con indiferencia.

—En resumen, ¿qué le dijo Summer?

—Que ustedes dos trabajan para la *National Underwater and Marine Agency* y que vinieron aquí para buscar la flota perdida de Ulises, que Homero dice que fue hundida por los lestrigones.

—Ha leído a Homero.

—Vivo y respiro con Homero el celta, no con el Homero griego.

—En ese caso, conoce la verdadera historia de Troya y del viaje de Ulises a través del océano.

—Es la razón por la que mis hermanas y yo estamos aquí. Hace diez años, después de otros muchos de estudios e investigaciones, llegamos a la conclusión de que habían sido los celtas y no los griegos quienes habían combatido contra los troyanos, y no por el amor de Helena sino por las minas de estaño de Cornualles, las que necesitaban para fabricar el bronce. Como ustedes, seguimos la estela de Ulises a través del Atlántico. Quizá le interese saber que su flota no fue destruida por las piedras lanzadas por los lestrigones, sino que se fue a pique por un huracán.

—¿Qué pasó con el tesoro que transportaba la flota perdida?

—Fue rescatado hace ocho años y se utilizó para construir el imperio Odyssey.

Dirk permaneció muy quieto, pero sus manos temblaban ocultas debajo de la mesa. Una luz de advertencia parpadeaba en su cabeza. Estas mujeres quizá le perdonarían la vida a Summer, pero dudaba mucho que le dejaran ver el próximo amanecer.

—¿Puedo preguntar en qué consistía el tesoro?

Epona se encogió de hombros.

—No veo ningún motivo para ocultar los resultados. No hay ningún misterio en nuestro logro. Los equipos de rescate recuperaron más de dos toneladas de objetos de oro, platos, esculturas y otros objetos decorativos celtas. Eran unos consumados maestros de la orfebrería. Todo eso, junto con miles de otras piezas antiguas, se vendieron en el mercado libre por todo el mundo, y recaudamos poco más de setecientos millones de dólares.

—¿No fue algo arriesgado? —preguntó Dirk—. Los franceses que gobiernan Guadalupe, los griegos y las demás naciones europeas que una vez fueron regidas por

los celtas, ¿no se presentaron para reclamar la propiedad del tesoro?

—Fue un secreto muy bien guardado. Todos los compradores de las piezas manifestaron el deseo de permanecer en el anonimato y todas las transacciones se hicieron con la máxima discreción, incluido el oro que está depositado en China.

—Se refiere usted a la República Popular China, por supuesto.

—Desde luego.

—¿Qué pasa con los hombres que se encargaron del rescate? Seguramente habrán pedido una parte de lo recaudado, y conseguir que mantuvieran la boca cerrada no habrá sido fácil.

—No recibieron nada —respondió Epona, con un claro tono de burla—, y el secreto murió con ellos.

Dirk no pasó por alto el matiz.

—¿Los asesinaron? —Lo dijo como si fuera un hecho más que una suposición.

—Digamos sencillamente que se unieron a las tripulaciones perdidas de Ulises. —Epona hizo una pausa y en su rostro apareció una sonrisa enigmática—. Ninguno de los que han venido a esta isla ha vivido para contarlo. Ni siquiera los turistas que fondean sus embarcaciones en la bahía o los pescadores que se pasan de curiosos. Ninguno ha podido relatar lo que ha visto.

—Hasta ahora no he visto nada por lo que valga la pena morir.

—Ni lo verá.

—¿Por qué un comportamiento tan agresivo? —preguntó Dirk, inquieto—. ¿Cuál es la necesidad de asesinar a personas inocentes? Son ustedes unas psicópatas. ¿De dónde han salido, y qué esperan conseguir?

En la voz de Epona apenas si hubo algo de cólera cuando respondió a las preguntas.

—Ha acertado, señor Pitt. Mis hermanas y yo somos unas psicópatas. Dirigimos nuestras vidas y nuestras empresas sin la rémora de las emociones. Ésa es la razón por la que hemos llegado muy lejos y hemos conseguido tantas cosas en estos pocos años. Si nos dejaran librados a nuestros propios recursos, los psicópatas podríamos gobernar el mundo. No sabemos lo que es la moral, ni nos preocupa la ética. La carencia total de sentimientos hace que les sea más fácil lograr sus objetivos. Los psicópatas solemos ser genios y no nos importa nada más. Sí, señor Pitt, soy una psicópata y también lo son todas las que forman nuestra hermandad de diosas.

—La hermandad de diosas —repitió Dirk con voz pausada y acentuando cada palabra—. Así que se han elevado ustedes mismas a tal categoría. No tienen bastante con ser mortales.

—Todos los grandes líderes del pasado eran psicópatas, y algunos estuvieron muy cerca de gobernar el mundo.

—Como Hitler, Atila y Napoleón. Las instituciones psiquiátricas están a rebosar

de internos con delirios de grandeza.

—Fracasaron por sobreestimar su poder. Nosotras no cometeremos el mismo error.

Dirk dedicó unos momentos a contemplar a las hermosas mujeres. No pasó por alto el detalle de que a su hermana le habían teñido los cabellos del mismo color rojo.

—A pesar de que comparten el mismo color de cabellos, no es posible que sean hermanas.

—No, en realidad no existen vínculos de sangre entre nosotras.

—Cuando dice nosotras, ¿a quiénes incluye?

—A las mujeres de la hermandad. Nosotras, señor Pitt, pertenecemos al culto druida. Seguimos las enseñanzas de los druidas celtas que se han transmitido a lo largo de los siglos.

—Los antiguos druidas eran más un mito que una realidad.

La irritación provocó un temblor en las comisuras de los labios de Epona.

—Han existido durante cinco mil años.

—Son únicamente personajes de leyenda. No hay ningún registro escrito previo al siglo anterior a Cristo respecto de su culto y ritos.

—No existen registros escritos, pero sus conocimientos y esferas de poder fueron transmitidos oralmente a través de cientos de generaciones. Los druidas tienen su origen en las antiguas tribus celtas. Sentados alrededor de las hogueras, ofrecían a su gente sueños de felicidad que hacían más llevadero el durísimo trabajo del día. Concibieron su misticismo, filosofía y percepción. Tuvieron el genio de crear una religión que inspiraba y alumbraba el mundo celta. Eran sanadores, magos, videntes, místicos, consejeros y, quizá lo más importante de todo, se convirtieron en maestros que estimulaban el deseo de aprender.

Gracias a ellos, una mayor inteligencia comenzó a extenderse por todo el mundo occidental. Para convertirse en druida o druidesa, hombres y mujeres jóvenes estudiaban durante veinte años hasta convertirse en enciclopedias ambulantes. Diógenes afirmó que los druidas eran los filósofos más sabios del mundo. Las druidesas llegaron a convertirse en diosas y se les rindió culto en la cultura celta.

—El druidismo es una ilusión patética. —Dirk se encogió de hombros—. También era malvado. En aquel entonces celebraban sacrificios humanos, y en la actualidad ustedes cometen asesinatos y siguen con sus asuntos como si los muertos nunca hubiesen existido. El druidismo desapareció hace centenares de años y ustedes no quieren reconocerlo.

—Como la mayoría de los hombres, tiene usted una piedra en lugar de cerebro. El druidismo, aunque es un concepto muy antiguo, sigue hoy tan vivo como cinco mil años atrás. Usted no comprende, señor Pitt, que estamos viviendo un renacimiento. Gracias a que el druidismo es un conocimiento antiquísimo, espiritual y carismático,

ha renacido en todo el mundo.

—¿Eso todavía incluye los sacrificios humanos?

—Siempre que forme parte del ritual.

Dirk se sintió asqueado al pensar que estas mujeres podían creer y participar en el sacrificio religioso como una excusa para el asesinato. Comenzó a entender que si no podía coger a Summer y escapar de la isla, era probable que corrieran el mismo destino. Contempló la pulida superficie de la mesa, controló sus emociones, y advirtió que había una barra de cortina metálica que podía ser un arma estupenda.

—Con nuestra adhesión a los principios del druidismo —prosiguió Epona—, mis hermanas y yo hemos ayudado a crear una empresa formidable que interviene en el mercado inmobiliario, en la construcción y en otras actividades que estaban tradicionalmente en manos de los hombres, pero descubrimos que al actuar de forma colectiva podíamos superarlos todas las veces que fuera necesario. Sí, construimos un imperio, algo tan poderoso que muy pronto controlará la economía de la mayor parte del mundo occidental a través del desarrollo de la tecnología de la celda de combustible.

—La tecnología se puede copiar con el tiempo. Nadie, ni siquiera su imperio, podrá mantener el monopolio. Hay muchísimas y muy grandes mentes científicas y todo el capital necesario para respaldarlas cuando sea el momento de mejorar su modelo.

—Todos se han quedado con un palmo de narices —replicó Epona, sin alterarse—. En cuanto nuestra operación esté en marcha, será demasiado tarde.

—Mucho me temo que no sé de qué me habla. ¿Qué operación?

—Sus amigos de la NUMA lo saben.

Dirk solo la escuchaba a medias. Le intrigaba el hecho de que ninguna de las otras mujeres sentadas a la mesa hablara. Permanecían sentadas como las figuras en un museo de cera. Las observó para saber si estaban drogadas, pero no vio nada anormal. Se dio cuenta de que estaban hechizadas por su líder. Era como si les hubiesen lavado el cerebro.

—Aparentemente, no se tomaron la molestia de informarme. No sé nada de la operación que menciona.

—Bajo mi dirección, el señor Specter... —Hizo una pausa—. ¿Lo conoce?

—Sólo sé lo que he leído en los periódicos —mintió Dirk—. Es algo así como un millonario excéntrico, un poco como Howard Hughes.

—El señor Specter es también el genio detrás del éxito de Odyssey. Todo lo que hemos conseguido se lo debemos a su inteligencia superior.

—Creía que usted era el cerebro del equipo.

—Mis hermanas y yo llevamos a cabo las directivas del señor Specter.

Llamaron a la puerta y la mujer del mono verde entró en la sala, rodeó la mesa y

le entregó una nota a Epona antes de retirarse. Epona leyó el mensaje y su expresión pasó de la arrogancia al horror. Pareció como si le hubiesen dado un golpe y se llevó una mano a la boca. Por fin, como si estuviese mareada, anunció con una voz ahogada por la emoción:

—Es un mensaje de nuestra oficina en Managua. Nuestro centro de investigaciones en Ometepe y los túneles han sido destruidos por el deslizamiento de una de las laderas del volcán Concepción.

La noticia fue recibida con grandes muestras de angustia y asombro.

—¿Ha desaparecido? ¿Desaparecido del todo? —preguntó una de las mujeres, dominada por la más absoluta incredulidad.

—Está confirmado —afirmó Epona—. El centro yace ahora en el fondo del lago de Nicaragua.

—¿Han muerto todos? —quiso saber otra—. ¿No hay supervivientes?

—Todos los trabajadores fueron salvados por una flota de naves de las ciudades y localidades costeras, y luego los helicópteros de las fuerzas especiales norteamericanas atacaron nuestras oficinas centrales. Nuestras hermanas, que defendieron heroicamente el edificio, han muerto.

Epona abandonó su silla en la cabecera. Se acercó a Summer, la cogió de un brazo y la ayudó a levantarse. Luego caminaron lentamente hacia la puerta como si una de ellas estuviese viviendo un sueño y la otra una pesadilla. Epona se giró, con los labios carmesí desfigurados por una mueca. Inclino la cabeza hacia Dirk en un movimiento apenas visible.

—Disfrute de sus últimas horas en este mundo, señor Pitt.

Se abrió la puerta y apareció de nuevo la mujer de verde, que no vaciló en apoyar el cañón de su pistola en la sien de Dirk cuando éste se levantó con tanta violencia que tumbó la silla e hizo un amago de lanzarse sobre Epona con la intención de matarla. Dirk se detuvo en seco, lleno de rabia.

—Despídase de su hermana. No volverá a disfrutar de su compañía nunca más.

Rodeó la cintura de Summer con un brazo y salieron de la habitación.

El sol ablandaba el asfalto delante de la terminal de los aviones privados del aeropuerto internacional de Managua mientras Pitt y Giordino esperaban en un patio cubierto a que aterrizara el reactor Citation de la NUMA. El piloto ejecutó un aterrizaje impecable y después carreteó para acercarse a la terminal. En cuanto frenó, se abrió la puerta desde el interior y Rudi Gunn bajó a tierra.

—Oh, no —exclamó Giordino—. Me lo huelo. No regresamos a casa.

Gunn no se acercó sino que los llamó con un gesto. En cuanto se aproximaron a él, les dijo:

—Subid, no podemos perder ni un segundo.

Sin hacer ningún comentario, Pitt y Giordino metieron las maletas en el compartimiento de carga. Apenas si habían tenido tiempo de sentarse y abrocharse los cinturones cuando rugieron las turbinas y el avión carreteó por la pista y despegó.

—No me digas que vamos a pasar el resto de nuestras vidas en Nicaragua —dijo Giordino, con un tono desabrido.

—¿A qué viene la urgencia? —preguntó Pitt.

—Dirk y Summer han desaparecido —respondió Gunn sin andarse por las ramas.

—¿Desaparecido? —En los ojos de Pitt apareció un destello de aprensión—. ¿Dónde?

—En Guadalupe. El almirante los envió a una isla para que buscaran los restos de la flota de Ulises que supuestamente se hundió allí durante el viaje desde Troya.

—Continúa.

—El señor Charles Moreau, que es nuestro representante en aquella región del mar de las Antillas, llamó anoche para avisar de que habían cesado todas las comunicaciones con tus hijos. Todos los intentos que se han hecho hasta ahora para restablecer el contacto han sido inútiles.

—¿Hubo una tormenta?

Gunn sacudió la cabeza.

—El tiempo era perfecto. Moreau alquiló una avioneta y voló sobre la isla Branwen, que era el lugar designado para la exploración. El balandro de Dirk y Summer ha desaparecido y no hay ninguna señal de ellos en los alrededores de la isla.

Pitt sintió como si un enorme peso le oprimiera el pecho. La terrible posibilidad de que sus hijos pudieran estar muertos o heridos estaba excluida de su mente. Durante unos momentos fue incapaz de creer que pudieran haber sufrido algún daño. Pero entonces miró el rostro del habitualmente taciturno Giordino y vio su mirada de profunda preocupación.

—Ahora vamos hacia allí... —afirmó Pitt.

—Así es. Aterrizaremos en el aeropuerto de Guadalupe. Moreau ya tiene un

helicóptero que nos llevará directamente a Branwen.

—¿Alguna idea de lo que ha podido pasarles? —preguntó Giordino.

—Sólo sabemos lo que nos dijo Moreau.

—¿Cómo es la isla? ¿Está poblada? ¿Hay algún pueblo de pescadores?

En el rostro de Gunn apareció una expresión grave.

—La isla es una propiedad privada.

—¿Quién es el propietario?

—La propietaria es una mujer que responde al nombre de Epona Eliade.

La sorpresa se reflejó en los ojos verde opalino de Pitt.

—Epona... Sí, por supuesto, tenía que ser ella.

—Hiram Yaeger la investigó a fondo. Pertenece a las más altas jerarquías de Odyssey y se dice que es la mano derecha de Specter. —Se interrumpió para mirar a Pitt—. ¿La conoces?

—Nos cruzamos brevemente cuando Al y yo rescatamos a los Lowenhardt y capturamos a Flidais. Me pareció que estaba muy alto en la jerarquía de Odyssey. Creí que había muerto durante el combate en el centro de investigación.

—Al parecer, consiguió escabullirse del cerco antes de que destruyeran el complejo. El almirante Sandecker le ha pedido a la CIA que le sigan la pista. Uno de sus agentes informó que su avión privado aparecía en una foto tomada desde un satélite espía al momento de aterrizar en la pista de la isla Branwen.

A Pitt le costaba controlar el miedo. Con un tono firme que reflejaba claramente su convicción, manifestó:

—Si Epona es la responsable de cualquier daño que puedan sufrir Dirk o Summer, no vivirá lo bastante para cobrar la pensión.

Era casi noche cerrada cuando el reactor de la NUMA aterrizó en Guadalupe y carreteó hasta un hangar privado. Moreau esperaba junto a la tripulación de tierra cuando Pitt, Giordino y Gunn bajaron del avión. Se presentó y los escoltó rápidamente hasta el helicóptero que estaba aparcado treinta metros más allá.

—Un viejo Bell Jet Ranger —exclamó Giordino, entusiasmado ante la belleza del viejo helicóptero restaurado—. Casi no recuerdo cuándo fue la última vez que vi uno de éstos.

—Lo utilizan para vuelos turísticos —le explicó Moreau—. Fue lo único que pude conseguir sin demora.

—Nos servirá —afirmó Pitt.

Arrojó el macuto al interior y subió al aparato. Fue a la carlinga, donde conversó brevemente con Gordy Shepard, el piloto, un hombre sesentón con miles de horas de vuelo en dos docenas de aviones diferentes. Después de perder a su esposa víctima de un cáncer y de retirarse como jefe de pilotos de una gran compañía aérea, había ido a Guadalupe y trabajaba a tiempo parcial transportando turistas a las islas. Los cabellos

grises impecablemente peinados hacían juego con sus ojos negros.

—Es una maniobra que no he intentado en mucho tiempo —comentó Shepard, después de escuchar las instrucciones de Pitt—. Así y todo, creo que la podré hacer.

—Si no la hace —replicó Pitt con una sonrisa tensa—, mi amigo y yo chocaremos con la fuerza de un cañonazo.

Gunn le dio las gracias a Moreau y cerró la puerta cuando las hojas del rotor comenzaron a girar despacio y fueron aumentando paulatinamente la velocidad hasta que el piloto despegó.

Tardaron menos de quince minutos en recorrer los cuarenta y tres kilómetros que había desde el aeropuerto a la isla. A petición de Pitt, en cuanto pasaron al mar, el piloto voló sin luces. Volar sobre el mar en plena oscuridad es como estar sentado con los ojos vendados en una caja con las juntas selladas. Shepard utilizó el faro de la isla para guiarse y voló en línea recta hacia la costa sur.

En el compartimiento de los pasajeros, Pitt y Giordino abrieron los macutos y se vistieron con los trajes de buceo y nada más, excepto las botas de goma. Prescindieron de las botellas de aire, las aletas y las máscaras. Cargaron con los cinturones de lastre para compensar la flotabilidad de los trajes de neopreno. El único equipo que cogió Pitt fue su teléfono móvil, metido en una pequeña bolsa impermeable sujeta al estómago. Terminados los preparativos pasaron a la parte de atrás del compartimiento y abrieron la escotilla de carga. Pitt le hizo un gesto a Rudi.

—Vale, Rudi, te llamaré si surge la necesidad de salir pitando.

Gunn agitó su móvil y sonrió.

—No lo soltaré hasta que me avises para que venga a evacuarte a ti, a Al y a los chicos de la isla.

Aunque no compartía del todo el optimismo de Gunn, agradeció la muestra de confianza. Cogió el teléfono que estaba en un soporte vertical en un mamparo y llamó al piloto.

—Todo listo aquí atrás.

—Estén preparados —respondió Shepard—. Llegaremos a la bahía en tres minutos. ¿Está seguro de que hay profundidad suficiente para la inmersión?

—Salto —le corrigió Pitt—. Si tiene programadas las coordenadas GPS correctas y se detiene en el punto señalado, tendríamos que encontrar la cantidad necesaria de agua para no chocar contra el fondo.

—Haré todo lo posible —afirmó Shepard—. Después, el señor Gunn y yo haremos ver como si voláramos hacia otra isla cercana antes de dar la vuelta y esperar su llamada para venir a recogerlos.

—Conoce la maniobra.

—Les deseo suerte, muchachos —añadió Shepard, antes de cortar la comunicación con el compartimiento de los pasajeros. Luego se irguió en el asiento

con las manos y los pies bien firmes en los controles y se concentró en la maniobra que debía ejecutar.

La isla estaba a oscuras, como si estuviese desierta, y la única luz era la del faro en lo alto de la torre metálica. Pitt apenas si alcanzaba a distinguir vagamente la silueta de los edificios y de la réplica de Stonehenge en el centro de la isla en una pequeña elevación. Sería una aproximación difícil, pero Shepard parecía tan tranquilo como un gángster que, sentado en un palco en el Derby de Kentucky, sabe que el favorito no ganará la carrera porque él ha sobornado al jinete.

Shepard llevó al viejo Bell Jet Ranger directamente desde el mar al centro del canal de la bahía. En la parte de atrás, Pitt y Giordino permanecían junto a la escotilla de carga. La velocidad del aire era de casi ciento noventa kilómetros por hora, cuando las manos y los pies de Shepard bailaron sobre los controles y el helicóptero se levantó sobre la cola y se detuvo bruscamente al tiempo que se inclinaba a estribor para permitir que saltaran por la escotilla sin obstrucciones. A continuación, Shepard niveló el aparato y volvió a ganar velocidad para dar la vuelta y dirigirse a mar abierto. Ejecutó la maniobra a la perfección. Para cualquiera que observara desde la isla, el helicóptero casi no se había detenido.

Pitt y Giordino contuvieron la respiración mientras caían diez metros antes de chocar contra el agua. A pesar de sus intentos por caer con los pies por delante, la súbita inclinación del helicóptero había impedido un salto suave. Se encontraron dando vueltas en el aire y se apresuraron a sujetarse las rodillas con los brazos para formar una bola y evitar golpear de plano contra la sólida pared de agua, algo que podría causarles lesiones graves o por lo menos vaciarles el aire de los pulmones y dejarlos inconscientes. Los trajes de neopreno absorbieron la mayor parte de la dureza del impacto cuando chocaron contra la superficie y se hundieron casi tres metros antes de perder el impulso.

Con la sensación de que una pandilla de sádicos se habían divertido golpeándolos con bastones, salieron a la superficie a tiempo para ver cómo dos reflectores se encendían y barrían el agua hasta encontrar su objetivo e iluminar al helicóptero como si fuera un árbol de Navidad.

Shepard era un piloto veterano que había volado en Vietnam. Se adelantó a lo que vendría después. Bajó bruscamente hacia el mar en un picado casi vertical en el momento en que las ráfagas de armas automáticas rasgaban el aire nocturno y pasaban a más de treinta metros por detrás del rotor de cola. Entonces giró y volvió a subir. Una vez más los proyectiles fallaron el blanco.

Shepard sabía que sus piruetas no mantendrían apartados a los lobos mucho más, y menos con los reflectores que se le pegaban como sanguijuelas. Adivinó de nuevo las intenciones de los tiradores de la isla. Detuvo el Bell y flotó durante una fracción de segundo. Los tiradores, que ya habían aprendido la lección, dispararon esta vez a

la supuesta trayectoria, pero Shepard los había vuelto a engañar. Los disparos pasaron a unos cuarenta metros por delante del morro del helicóptero.

Por increíble que pareciera, Shepard se había apartado casi un kilómetro de los agresores y viraba para alejarse, cuando los últimos disparos perforaron el fuselaje, avanzaron hacia la carlinga y destrozaron el parabrisas. Un proyectil alcanzó a Shepard en un brazo y le atravesó el bíceps sin tocar el hueso. Otra bala rozó el cuero cabelludo de Gunn, que se había echado al suelo.

En el agua, Pitt respiró más tranquilo al ver cómo el helicóptero volaba más allá del alcance de tiro y desaparecía en la oscuridad. Aunque no sabía si Gunn o Shepard habían resultado heridos, tenía claro que no podrían regresar mientras los disparos barrieran el espacio aéreo de la isla.

—No podrán buscarnos hasta que eliminemos los reflectores —señaló Giordino, que flotaba de espaldas como si estuviese en la piscina de su casa.

—Nos ocuparemos del problema después de averiguar qué les ha pasado a Dirk y Summer —dijo Pitt mirando hacia la isla, con la confianza de un hombre que ve algo que no ven los demás.

Entonces vieron cómo los reflectores bajaban para comenzar a barrer la superficie de la bahía. Se sumergieron sin desperdiciar el aliento en avisar al otro, conscientes de que sus instintos estaban fuertemente ligados con el paso de los años. Pitt se giró a una profundidad de tres metros y miró hacia arriba. Las potentes luces de los reflectores hacían que la superficie brillara como si la alumbrara el sol. Sólo cuando las luces se alejaron, salieron a la superficie para respirar. Habían estado sumergidos más de un minuto, pero ninguno de los dos jadeó, porque habían aprendido la técnica de contener la respiración para las inmersiones a gran profundidad sin botellas.

En cuanto las luces se alejaron, salieron a la superficie, cogieron aire y se sumergieron de nuevo. Siempre atentos a los movimientos de los reflectores y coordinando sus pasadas para salir a respirar, comenzaron a nadar hacia la costa, que estaba a poco menos de un centenar de metros. Por fin se apagaron los reflectores y pudieron volver a nadar en la superficie. Diez minutos más tarde pisaron arena. Se pusieron de pie, dejaron caer los cinturones de lastre y avanzaron al amparo de las sombras de un saliente rocoso. Descansaron unos momentos mientras evaluaban la situación.

—¿Hacia dónde vamos? —susurró Giordino.

—Hemos pisado tierra al sur de la casa y a unos doscientos metros al este de la réplica de Stonehenge —respondió Pitt.

—Un decorado —dijo Giordino.

—¿Qué?

—Los falsos castillos y las copias de antiguas estructuras se llaman decorados. ¿No lo recuerdas?

—Lo tengo grabado en el cerebro —murmuró Pitt—. Vamos. Echemos una ojeada. Tenemos que encontrar esos reflectores y sabotearlos. Sería un estorbo que nos iluminaran como a un par de conejos.

Tardaron ocho minutos en localizar los reflectores gemelos. Casi tropezaron con ellos en la oscuridad. La única cosa que los salvó de ser descubiertos por los guardias que atendían las luces fueron sus trajes de neopreno negro, que los hacían prácticamente invisibles en la oscuridad. Distinguieron la silueta de un hombre que descansaba tumbado en la arena mientras que otro observaba el mar a través de unos prismáticos de visión nocturna. Como no esperaban la aparición de intrusos por la retaguardia, no estaban alerta.

Giordino salió de la oscuridad silenciosamente, pero un crujido de sus botas de goma delató su presencia. El hombre de los prismáticos se volvió a tiempo para ver una sombra que se abalanzaba sobre él. Cogió el fusil automático apoyado en la cureña del reflector y apuntó a Giordino. Nunca llegó a apretar el gatillo. Pitt había llegado por el lado opuesto cinco pasos por delante de su compañero. Arrebató el fusil de las manos del guardia y descargó un culatazo contra su cabeza. Giordino, por su parte, se lanzó sobre el guardia tumbado en la arena y lo dejó inconsciente de un puñetazo en la mandíbula.

—¿No te hace sentir mejor saber que estamos armados? —preguntó Giordino con un tono alegre, mientras desarmaba a los guardias y le daba a Pitt uno de los fusiles.

Pitt no se molestó en contestar. Quitó las sujeciones de las lentes de los reflectores, las abrió y con mucho cuidado, para no hacer ruido, destrozó los filamentos.

—Iremos primero a la casa. Después a tu decorado.

No había luna, pero no se arriesgaron y avanzaron lenta y cautelosamente, casi sin ver el suelo que pisaban. Las gruesas botas de goma les protegían los pies de los afilados corales que había entre la arena. Encontraron una rama de palmera y la arrastraron detrás de ellos, para borrar las huellas. Si no podían abandonar la isla antes del amanecer, tendrían que encontrar un lugar donde ocultarse hasta que Moreau y Gunn pudieran organizar el rescate.

La casa era un gran edificio colonial, con una amplia galería que la rodeaba por entero. Subieron a la galería y avanzaron silenciosamente gracias a las botas de goma. Un único rayo de luz escapaba entre las tablas que cubrían las ventanas, colocadas para protegerlas de los vientos huracanados.

Pitt se acercó a gatas hasta la ventana para espiar a través de la grieta. Vio un cuarto sin ningún mobiliario. El interior tenía el aspecto de no haber sido habitado en años. A la vista de que no había ninguna necesidad de actuar con sigilo, Pitt se puso de pie y le dijo a Giordino con un tono normal:

—Este lugar está abandonado y lleva así mucho tiempo.

La expresión de extrañeza en el rostro de Giordino era imposible de ver en la oscuridad.

—Eso no tiene sentido. El propietario de una exótica isla en las Antillas nunca se aloja en la única casa. ¿Qué sentido tiene poseer este lugar?

—Moreau mencionó que van y vienen aviones durante algunos meses del año. Tiene que haber algún otro sitio para alojar a los huéspedes.

—Ha de ser subterráneo —opinó Giordino—. Las únicas edificaciones en la superficie son la casa, el decorado y el hangar donde funciona el taller de mantenimiento.

—En ese caso, ¿por qué un comité de recepción armado? —murmuró Pitt—. ¿Qué intenta ocultar Epona?

La respuesta se la dio el repentino sonido de una música extraña, seguido por un despliegue de luces de colores en el decorado que imitaba a Stonehenge.

La puerta del calabozo de Dirk golpeó contra la pared cuando la abrieron violentamente. Las paredes de piedra retenían el calor de la tarde, y el interior de la pequeña celda era como un horno. La guardia movió el cañón del fusil para indicarle que saliera. Dirk sintió un frío súbito, como si hubiese entrado en una cámara frigorífica. Se le puso la carne de gallina en los brazos y la espalda. Comprendió que era inútil hacerle preguntas a la mujer. No le diría nada de interés.

Esta vez no entraron en la sala de la decoración exótica. Pasaron por una puerta que daba a un largo pasillo de cemento que parecía extenderse hasta el infinito. Caminaron por lo que le pareció un par de kilómetros antes de llegar a una escalera de caracol que subía hasta una altura que Dirk calculó de cuatro pisos. En lo alto, el rellano llevaba a través de una arcada de piedra a una silla muy parecida a un trono, pobremente iluminada por una luz dorada. Dos mujeres vestidas con túnicas azules salieron de entre las sombras y lo encadenaron a las argollas atornilladas a la silla. Una de las mujeres lo amordazó con un pañuelo de seda negra. Luego las tres se esfumaron entre las sombras.

Sin solución de continuidad, un despliegue de luces color lavanda se encendieron y comenzaron a ondular en el interior de un anfiteatro de piedra cóncavo, sin asientos para espectadores. Luego una batería de rayos láser atravesaron el cielo nocturno e iluminaron las columnas alrededor del cuenco y otro anillo más grande de columnas de lava negra. Sólo entonces Dirk vio el gran bloque de piedra negra con la forma de un sarcófago. Al comprender que se trataba de un altar de sacrificios, se tensó y se echó hacia delante, pero lo retuvieron las cadenas. El horror apareció en sus ojos por encima de la mordaza cuando vio a Summer vestida con una túnica blanca tendida, con los brazos y las piernas en aspa, como si estuviese pegada en la superficie. Se estremeció de terror mientras forcejeaba como un loco en un inútil intento por romper las cadenas o arrancar las anillas. A pesar de la adrenalina que multiplicaba su fuerza,

no consiguió nada. Habría sido necesario tener la fuerza de cuatro Arnold Schwarzenegger para romper los eslabones de las cadenas o arrancar de cuajo las anillas. Así y todo, continuó luchando hasta que se le agotaron las fuerzas.

Las luces se apagaron bruscamente y los extraños sonos de la música celta se escucharon entre las columnas. Se encendieron de nuevo diez minutos más tarde y quedaron a la vista treinta mujeres vestidas con largas túnicas de colores. Sus cabellos rojos resplandecían con las luces, y la purpurina plateada en su piel brillaba como las estrellas. Luego las luces ondularon como habían hecho muchas veces antes, mientras Epona aparecía, vestida con su peplo dorado. Se acercó al altar negro, levantó una mano y comenzó a cantar:

—Oh, hijas de Ulises y Circe, que la vida pueda ser arrebatada de aquéllos que no son dignos...

La voz de Epona continuó con la letanía, con algunas pausas cuando las demás mujeres levantaban los brazos y cantaban a coro. Como antes, se repitió el canto cada vez más fuerte, hasta descender de pronto hasta un susurro mientras bajaban los brazos.

Dirk vio que Summer permanecía ajena a todo lo que ocurría a su alrededor. Miraba a Epona y las columnas que se levantaban alrededor del altar, sin verlas. No había miedo en sus ojos. Estaba tan drogada que no se daba cuenta de la amenaza contra su vida.

Epona sacó de entre los pliegues de su túnica la daga ceremonial y la alzó por encima de la cabeza. Las otras mujeres subieron los escalones para rodear a su diosa, todas con las dagas por encima de sus cabezas.

Los ojos verdes de Dirk amenazaban con salirse de las órbitas; eran los ojos de alguien que sabe que su mundo no tardará en quedar hundido en la tragedia. Soltó un grito de angustia, pero el sonido de su voz quedó ahogado por la mordaza.

Epona cantó la estrofa mortal:

—Aquí yace alguien que no debería haber nacido.

Su daga y las de todas las demás brillaron con las luces ondulantes.

En la fracción de segundo que transcurrió antes de que ella y las demás pudieran clavar las dagas en el cuerpo indefenso de Summer, dos fantasmas vestidos totalmente de negro aparecieron como por arte de magia delante del altar. El más alto sujetó por la muñeca el brazo alzado de Epona y se lo retorció hasta hacerla caer de rodillas, para el más absoluto asombro de las mujeres que rodeaban a Summer.

—Esta noche no —dijo Pitt—. La función ha terminado.

Giordino se movió como un gato alrededor del altar al tiempo que apuntaba con el fusil a las mujeres, ante la posibilidad de que a alguna de ellas se le ocurriera intervenir.

—¡Apártense! —ordenó con voz áspera—. Dejen caer las dagas y retrocedan hasta los escalones.

Con la boca del fusil apoyada en el pecho de Epona, Pitt procedió con toda calma a liberar a Summer, que estaba sujeta al altar por una faja alrededor del estómago.

Desconcertadas y temerosas, las mujeres pelirrojas se apartaron lentamente del altar y se agruparon, como impulsadas por un instinto colectivo de protección. Giordino no se dejó engañar ni por un momento. Sus hermanas habían luchado como fieras contra las fuerzas especiales en Ometepe. Tensó los músculos al ver que no hacían el menor amago de soltar las dagas, y comenzaban a moverse en círculo a su alrededor.

Giordino sabía que aquél no era el momento para comportarse como un caballero y repetirles que dejaran caer las armas. Apuntó cuidadosamente, apretó el gatillo y le arrancó de un balazo el pendiente que llevaba en la oreja izquierda la que parecía ser la líder.

Giordino se quedó de piedra al ver que la mujer no daba la menor muestra de dolor o emoción. No levantó la mano para tocarse el lóbulo, que sangraba profusamente. Se limitó a mirar a Giordino con una expresión de cólera. Apenas si volvió la cabeza para dirigirse a Pitt, que estaba muy ocupado desatando la faja que sujetaba a Summer al altar.

—Necesito que me eches una mano. Estas locas se comportan como si se dispusieran a atacar.

—Pues prepárate, porque los guardias aparecerán deprisa y corriendo en cuanto se huelan que algo no va bien.

Pitt miró a las treinta mujeres y vio que de nuevo se movían hacia el altar. Disparar contra una mujer iba en contra de su instinto natural y de todo lo que había aprendido, pero allí había en juego algo más que sus propias vidas. Sus hijos morirían si no conseguían impedir que las treinta aguerridas mujeres de la hermandad se les echaran encima con sus afiladas dagas. Eran como una manada de lobas que tuvieran

cercados a un par de leones. Con fusiles contra dagas, una relación de uno a cinco todavía les daba ventaja a los hombres, pero una carga de quince contra uno era demasiada diferencia.

Interrumpió la tarea de desatar a Summer. En el mismo momento, Epona consiguió soltar su muñeca de la presa de Pitt, y le hizo un corte muy profundo en la palma con el anillo, filoso como una navaja. Él la sujetó de nuevo y miró el anillo que le había hecho el tajo. Llevaba una piedra de tanzanita tallada con la forma del caballo de Uffington. Se olvidó del dolor en la mano y la apartó de un empujón. Luego levantó el fusil.

Incapaz de asesinar pero sí dispuesto a herir para salvar a sus hijos y a su íntimo amigo de una muerte segura, efectuó cuatro disparos contra los pies de las cuatro mujeres que tenía más cerca. Las cuatro cayeron al suelo con grandes gritos de dolor y asombro. Las demás vacilaron, pero estimuladas por la cólera y el fanatismo volvieron a avanzar al tiempo que los amenazaban con las dagas.

Con los mismos reparos que Pitt a la hora de tirar a matar contra una mujer, Giordino imitó a su compañero. Lenta y metódicamente comenzó a disparar a los pies de las mujeres. Cinco de ellas cayeron una encima de la otra.

—¡Alto! —gritó Pitt—. ¡Alto o disparemos a matar!

Aquellas que estaban ilesas hicieron una pausa y miraron a las compañeras que se retorcían de dolor en el suelo. Una de ellas, vestida con una túnica color plata, levantó la daga bien alto y después la dejó caer. El arma golpeó contra el suelo con un sonido metálico. Con movimientos pausados, una tras otra, las demás siguieron su ejemplo hasta quedarse con las manos vacías.

—¡Ocupaos de las heridas!

Pitt acabó de desatar a Summer, mientras Giordino vigilaba a las mujeres y permanecía atento a la aparición de los guardias. Se maldijo a sí mismo cuando comprobó que Epona había conseguido escapar al amparo de la confusión. Al ver que Summer no estaba en condiciones de valerse por sí misma, se la cargó al hombro y fue hasta el trono, donde arrancó las argollas que sujetaban las cadenas de Dirk haciendo palanca con el cañón del fusil. En cuanto se quitó la mordaza, Dirk preguntó:

—Por todos los santos, papá, ¿cómo es que tú y Al estáis aquí?

—Digamos que hemos caído del cielo —respondió Pitt, abrazando a su hijo.

—Lo habéis calculado con gran precisión. Unos pocos segundos más y... —Su voz se apagó al pensar en lo que habría ocurrido.

—Ahora tenemos que encontrar la manera de salir de aquí. —Pitt miró los ojos velados de Summer—. ¿Está bien? —le preguntó a su hijo.

—Esas brujas la pusieron hasta las orejas de drogas.

Pitt lamentó no tener a Epona en sus manos. Pero no había ni rastro de ella. Había

abandonado a sus hermanas para esfumarse en la oscuridad más allá de las columnas. Sacó el móvil de la bolsa sujeta a la cintura y marcó un número. Después de unos segundos que se le hicieron eternos, escuchó la voz de Gunn.

—¿Dirk?

—¿Cuál es vuestra situación? —replicó Pitt—. Me pareció que os habían dado.

—Shepard recibió un balazo en el brazo, pero es una herida limpia. Se la he vendado lo mejor que he sabido.

—¿Está en condiciones de pilotar?

—Es perro viejo. No hay manera de impedirselo.

—¿Cómo estás tú?

—Un proyectil me rozó la cabeza —respondió Gunn alegremente—, y sospecho que se llevó la peor parte.

—¿Estáis en el aire?

—Sí, a unos cinco kilómetros al norte de la isla. —Hubo una muy breve pausa y luego Gunn preguntó con voz preocupada—. ¿Qué hay de Dirk y Summer?

—Están sanos y salvos.

—Bendito sea Dios... ¿Estáis preparados para la evacuación?

—Ven a recogernos.

—¿Puedes decirme qué habéis encontrado?

—Ya habrá tiempo más tarde para responder a las preguntas.

Pitt cortó la comunicación y miró a Summer, que volvía lentamente a la realidad. Giordino y Dirk la ayudaban a caminar de un extremo a otro para que recuperara la circulación. Mientras esperaba la llegada del helicóptero, caminó alrededor del altar, atento a la aparición de los guardias de Epona, pero ninguno hizo acto de presencia. Luego las luces se apagaron y su mundo quedó a oscuras, al tiempo que se extendía el silencio por el anfiteatro pagano.

En el mismo momento en que aparecieron Gunn y Shepard, se escuchó el rugido de las turbinas en la pista de la isla cuando varios aviones despegaron en rápida sucesión. Seguro de que ahora no aparecerían los guardias de entre las sombras, Pitt le avisó a Shepard que podía encender las luces de aterrizaje. Gracias a las luces del helicóptero cuando éste inició la maniobra de descenso, Pitt vio que se habían quedado solos. Todas las mujeres habían desaparecido. Miró el cielo nocturno tachonado de estrellas y se preguntó hacia dónde se dirigía Epona. ¿Cuáles serían sus planes ahora que su siniestro intento, que habría provocado terribles sufrimientos a millones de personas, había sido frustrado y que su centro de operaciones estaba sepultado en el fondo del lago de Nicaragua?

Ahora que se conocían los actos delictivos que había cometido por orden de Specter, se convertiría en una fugitiva. Las policías de todo el mundo le seguirían el rastro. Se investigarían todos los detalles de las operaciones de Odyssey. Se

presentarían demandas en los juzgados de Europa y los Estados Unidos. Era dudoso que Odyssey pudiese sobrevivir a las indagaciones. ¿Qué pasaría con Specter? Era el jefe de todo, así que él era el responsable. ¿Cómo era la relación entre Specter y Epona? Las preguntas surgían en la mente de Pitt sin encontrar respuesta.

El misterio tendrían que aclararlo otros, pensó. Afortunadamente, él y Giordino habían dado por concluida su participación. Centró sus pensamientos en temas más mundanos, como su propio futuro. Miró a Giordino cuando se le acercó.

—Quizá no sea éste el mejor momento para sacar el tema —manifestó Giordino—, pero he estado pensando a fondo, sobre todo durante los últimos diez días. He llegado a la conclusión de que ya estoy demasiado viejo para andar correteando por los mares y participar en las descabelladas aventuras de Sandecker. Estoy cansado de hazañas inverosímiles, de escapar por los pelos, y de expediciones que han estado a punto de acabar con mi prolífica vida amorosa. Ya no puedo hacer todo lo que hacía antes. Me duelen los huesos, y mis cansados músculos tardan el doble de tiempo en recuperarse.

—En resumen, ¿qué me quieres decir? —preguntó Pitt con una gran sonrisa.

—El almirante puede elegir. Me puede enviar a pastar y buscarme un cómodo empleo en alguna empresa de ingeniería naval o bien podría nombrarme jefe del departamento técnico de la NUMA. Cualquier lugar donde no me disparen ni amenacen con dejarme lisiado.

Pitt se volvió y durante unos segundos contempló el mar encrespado. Luego miró a Dirk y Summer, mientras su hijo ayudaba a su hermana a subir al helicóptero. Ellos eran su futuro.

—¿Sabes? —respondió finalmente—, me has leído el pensamiento.

V.
DESCUBIERTO

11 de septiembre de 2006, Washington.

A las nueve de la mañana, tres días después de que él y sus hijos regresaran al hangar, Pitt se anudó la corbata para completar su atuendo. Se había vestido con lo que llamaba «su traje de domingo»: el único que tenía hecho a medida, negro a rayas y con chaleco. Luego se abotonó el chaleco y metió en uno de los bolsillos su viejo reloj de oro, pasó la cadena por uno de los ojales y metió el otro extremo de la cadena con la trabilla en el bolsillo opuesto. No era algo frecuente que se vistiera con este traje, pero aquél era un día muy especial.

Specter había sido detenido por los alguaciles federales cuando su piloto había cometido el error de aterrizar en San Juan, Puerto Rico, para hacer una escala técnica en su viaje a Montreal. Le entregaron una citación para presentarse y declarar ante un comité de la cámara que investigaba sus turbias operaciones mineras en el territorio norteamericano. Los alguaciles lo pusieron bajo custodia y lo llevaron a Washington, así que no tenía ninguna posibilidad de escapar a otro país. Como su frustrada operación para congelar Norteamérica y Europa había tenido lugar en un país extranjero fuera de la jurisdicción nacional, se había librado de una acusación federal.

En realidad, el comité tenía las manos atadas. Había muy pocas posibilidades de conseguir una victoria legal. Podían aspirar como máximo a sacar a la luz las actividades ilegales de Specter e impedirle cualquier nueva operación en Estados Unidos. Epona, sin embargo, había conseguido escapar de la red y no se sabía nada de su actual paradero. Era otro de los temas que el comité plantearía a Specter.

Pitt se miró por última vez en un espejo de cuerpo entero que había sido parte del mobiliario de un camarote de primera clase en un viejo barco de vapor. Lo único en su atuendo que lo diferenciaba del rebaño de Washington era la corbata gris y blanca. Se había peinado cuidadosamente los cabellos negros rizados y sus ojos verdes brillaban con la animación habitual, a pesar de la escasez de descanso por pasar la noche con Loren. Se acercó a la mesa y recogió la daga que le había quitado a Epona en la isla Branwen. La empuñadura estaba recamada con rubíes y esmeraldas, y la hoja era delgada y de doble filo. La guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

Bajó por la escalera de caracol de hierro forjado a la planta baja, donde tenía la colección de coches y aviones antiguos. Delante de la puerta principal estaba aparcado un todo terreno Navigator de la NUMA. Era un vehículo demasiado grande para circular por las calles de la capital, pero lo consideraba un coche con una excelente respuesta y muy cómodo. Además el nombre de la NUMA y el color señalaban que era un vehículo oficial, cosa que le permitía aparcar en lugares prohibidos para los coches particulares.

Cruzó el puente para ir al centro de la ciudad y aparcó en la zona reservada exclusivamente a vehículos oficiales, a dos manzanas del edificio del Capitolio. Subió la escalinata y, una vez en el vestíbulo debajo de la cúpula, siguió las instrucciones de Loren para ir a la sala donde tenían lugar las sesiones del comité. Como no quería entrar por la puerta del público y los periodistas, siguió por el pasillo hasta donde un guardia de seguridad del Capitolio vigilaba la puerta reservada a los miembros de la cámara de representantes que formaban el comité, sus ayudantes y los abogados.

Pitt le entregó una tarjeta al guardia y le pidió que se la hiciera llegar a la congresista Loren Smith.

—No puedo hacerlo —protestó el guardia, que vestía un uniforme gris.

—Se trata de un asunto extremadamente urgente —replicó Pitt con voz autoritaria—. Tengo una prueba fundamental para ella y el comité.

Pitt exhibió sus credenciales para demostrarle al guardia que no era un cualquiera que hubiese entrado en el edificio sin ningún motivo. El guardia comparó la foto de la tarjeta de identidad con su rostro, asintió, cogió la tarjeta y entró en la sala del comité.

Diez minutos más tarde, cuando hubo una pausa en el interrogatorio, Loren salió al pasillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Tengo que entrar en la sala.

Loren lo miró con las cejas enarcadas como una muestra de su desconcierto.

—Tendrías que haber entrado por la puerta reservada al público.

—Tengo un objeto que demostrará quién es Specter.

—Dámelo, y yo se lo presentaré al comité.

Pitt sacudió la cabeza.

—No puedo hacerlo. Tengo que presentarlo yo mismo —manifestó Pitt con vehemencia.

—No te lo puedo permitir —insistió ella—. No estás en la lista de testigos.

—Haz una excepción —le rogó Pitt—. Pregúntaselo al presidente.

Loren lo miró a los ojos, que conocía muy bien. Buscó algo que no encontró.

—Dirk, sencillamente no puedo hacerlo. Tienes que explicarme lo que quieres hacer.

El guardia sólo estaba a un par de pasos más allá, sin perderse ni una palabra de la conversación. La puerta, normalmente cerrada, había quedado entreabierta. Pitt sujetó a Loren por los hombros, la hizo girar en un rápido movimiento y la empujó hacia el guardia. Antes de que pudieran impedirselo, ya había cruzado la puerta y caminaba a paso rápido por el pasillo entre los representantes y sus colaboradores sentados. Nadie hizo el menor intento de protesta o de detenerlo cuando subió el par de peldaños hasta el estrado de los testigos. Se detuvo delante de la mesa que ocupaban

Specter y sus muy cotizados asesores legales.

El congresista Christopher Dunn de Montana golpeó con su mazo al tiempo que decía:

—Señor, está usted interrumpiendo una investigación muy importante. Debo pedirle que se retire inmediatamente, o mandaré a los guardias que lo saquen de la sala.

—Con su permiso, señor congresista, pondré a su investigación en una vía completamente nueva.

Dunn le hizo un gesto al guardia, que había seguido a Pitt al interior de la sala.

—¡Sáquelo de aquí!

Pitt cogió la daga que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta y apuntó con ella al guardia, que se detuvo en seco. El hombre amagó desenfundar el arma, pero titubeó cuando Pitt acercó la daga a su pecho.

—Con su permiso, señor —repitió—. Créame, señor congresista, que valdrá la pena escucharme.

—¿Quién es usted, señor? —preguntó Dunn.

—Me llamo Dirk Pitt. Soy el hijo del senador George Pitt.

Dunn reflexionó un momento, y después le hizo un gesto al guardia.

—Espere. Quiero escuchar lo que el señor Pitt tenga que decir. —Luego miró a Pitt—. Deje esa daga. Dispone exactamente de un minuto para explicarme lo que sea. Será mejor que valga la pena, o se encontrará entre rejas dentro de una hora.

—¿Arrestaría al hijo de un estimado senador? —preguntó Pitt con un tono insolente.

—Es republicano —replicó Dunn con una sonrisa astuta—. Yo soy demócrata.

—Gracias, señor.

Pitt dejó la daga sobre la mesa y fue a situarse delante mismo de Specter, que continuaba sentado tan tranquilo. Como siempre, vestía un traje blanco y llevaba gafas oscuras y un pañuelo que le tapaba la boca y la barbilla, además del sombrero que le ocultaba los cabellos.

—¿Querría tener la bondad de ponerse de pie, señor Specter?

Uno de los abogados de Specter se inclinó para hablar por uno de los micrófonos que había sobre la mesa.

—Debo protestar muy enérgicamente, congresista Dunn. Este hombre no tiene nada que hacer en esta sala. El señor Specter no tiene ninguna obligación legal de responderle.

—¿Es que Specter tiene miedo? —manifestó Pitt—. ¿Es un cobarde? —Pitt hizo una pausa y miró a Specter con una mirada retadora.

Specter mordió el anzuelo. Era demasiado arrogante para pasar por alto los insultos de Pitt. Apoyó una mano sobre el brazo de su abogado para contenerlo y

lentamente levantó su corpachón de la silla, hasta ponerse de pie, con el rostro oculto, el consumado acertijo de un enigma.

Pitt sonrió al tiempo que se inclinaba un poco como si agradeciera que Specter se hubiera levantado.

Luego, en un movimiento súbito que pilló a todos por sorpresa, empuñó la daga y la hundió hasta la empuñadura en el vientre de Specter para después cortarle el traje en diagonal.

Los gritos de los hombres y los chillidos de las mujeres resonaron en la sala. El guardia se lanzó sobre Pitt, que se esperaba el ataque. Dio un paso a un costado al tiempo que le hacía una zancadilla que lo hizo rodar por el suelo. Después clavó la daga en la mesa delante de Specter y se apartó, visiblemente complacido consigo mismo.

Loren, que se había levantado de un salto para gritarle a Pitt, enmudeció de pronto. Fue una de las primeras en ver que Specter no sangraba.

La sangre y los intestinos tendrían que haberse volcado sobre la mesa, pero en el traje blanco no se veía ninguna mancha. Muy pronto el centenar de personas que se habían puesto de pie horrorizadas comenzaron a advertir el mismo fenómeno.

Con el rostro pálido, el presidente del comité miraba a Specter mientras golpeaba con el mazo en un intento por restablecer el orden.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó.

Nadie se interpuso cuando Pitt rodeó la mesa, le quitó las gafas de sol a Specter y las arrojó al suelo. Luego le quitó el sombrero y el pañuelo y los dejó sobre la mesa.

Todos los presentes se quedaron boquiabiertos al ver la larga cabellera roja que caía sobre los hombros de Specter.

Pitt se acercó al congresista Dunn.

—Señor, permítame que le presente a Epona Eliades, también conocida como Specter, la fundadora del imperio Odyssey.

—¿Es verdad? —preguntó Dunn, absolutamente desconcertado mientras se ponía de pie—. ¿Esta mujer es Specter y no un doble disfrazado?

—Es el producto original —le confirmó Pitt. Se volvió hacia Epona—. Por extraño que parezca, la eché de menos —dijo, con una voz que rezumaba sarcasmo.

Epona tendría que haber temblado como un ratón aterrorizado por la visión de una serpiente. En cambio, permaneció muy erguida y no respondió. No necesitaba hacerlo. Sus ojos centelleaban y apretaba los labios, mientras su rostro reflejaba un odio y un desprecio más que suficientes para provocar una revolución. Entonces, algo del todo inconcebible ocurrió en el siguiente momento macabro. La cólera se esfumó de los ojos y los labios apretados con la misma brusquedad con que había aparecido. Lenta, muy lentamente, Epona comenzó a quitarse el traje rasgado hasta que se quedó increíblemente serena y hermosa, con un ajustado vestido de seda blanco que dejaba

descubiertos los hombros y le llegaba hasta justo por debajo de las nalgas, con la cabellera roja suelta más abajo de los hombros desnudos.

Era una visión que la sala y el público atónito no volverían a presenciar nunca más.

—Ha ganado, señor Pitt —dijo, con voz suave y ligeramente ronca—. ¿Se siente triunfante? ¿Cree que ha obrado un milagro?

Pitt sacudió la cabeza lentamente al escuchar las preguntas.

—Triunfante no, y desde luego no es un milagro. Me siento gratificado. Su vergonzoso intento de convertir en un infierno la vida de millones de personas era despreciable. Podría haber contribuido al bienestar del mundo con la tecnología de la celda de combustible, y sus túneles que cruzaban Nicaragua podrían haber significado una considerable reducción de costes y tiempo en el transporte de cargas que ahora se hace por el canal de Panamá. En cambio, prefirió aliarse con una nación extranjera con el único propósito de conseguir más dinero y poder.

Vio que ella tenía el control absoluto de sus emociones y que no estaba dispuesta a discutir. Sonrió de una manera que quería transmitir algo. Ninguno de los presentes aquel día en la sala olvidaría a la exótica y hermosa criatura que rezumaba un magnetismo femenino que era imposible de describir.

—Bonitas palabras, señor Pitt, aunque no signifiquen nada. De no haber sido por usted, podría haber cambiado el curso de la historia del mundo. Ésa era la meta, el objetivo final.

—Pocos lamentarán su fracaso —replicó Pitt con un tono cortante.

Sólo entonces Pitt vio un muy débil reflejo de desilusión en su cautivadora mirada. Epona se irguió en toda su estatura y miró a los miembros del comité.

—Hagan conmigo lo que quieran, pero pueden darse por avisados. No será sencillo que logren condenarme por algún delito.

Dunn señaló con el mazo a dos hombres que estaban sentados en el fondo de la sala.

—¿Los alguaciles federales podrían tener la bondad de acercarse y poner a esta mujer bajo custodia?

Los abogados de Epona se levantaron como un solo hombre y comenzaron a pregonar que no estaba dentro de las atribuciones de Dunn como congresista ordenar el arresto. Él los hizo callar con una mirada furibunda.

—Esta persona ha cometido un delito al presentarse ante este comité fingiendo ser otra persona. Será retenida hasta que la oficina del fiscal general tenga la oportunidad de estudiar sus acciones delictivas y adoptar las pertinentes acciones legales.

Los alguaciles sujetaron a Epona para llevársela de la sala. La mujer se detuvo cuando pasó por delante de Pitt. Lo miró con una expresión irónica pero sin el menor

rastró de enojo.

—Mis amigos al otro lado del mar nunca permitirán que me juzguen. Volveremos a encontrarnos, señor Pitt. Aquí no se acaba. La próxima vez que se crucen nuestros caminos, caerá en mi red. No se engañe.

Pitt controló la cólera y la miró con una sonrisa tranquila y enigmática.

—¿La próxima vez? —replicó—. No lo creo, Epona. Usted no es mi tipo.

La rabia hizo que se le tensaran los labios una vez más. Su tez palideció visiblemente y sus ojos perdieron el brillo, cuando los alguaciles la sacaron por una puerta lateral. Pitt no pudo menos que admirar su belleza. Pocas mujeres habrían podido comportarse con tanta gracia y estilo y hacer una salida espectacular después de semejante caída. Sintió como si una mano helada le oprimiera la boca del estómago al pensar que algún día podría volver a cruzarse en su camino.

Loren se acercó al estrado de los testigos y lo abrazó sin avergonzarse.

—Eres un loco. Te podrían haber disparado.

—Perdona la teatralidad, pero tenía claro que éste era el momento y el lugar para desenmascarar a esa bruja.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque, si estaba en un error, no quería que te vieras mezclada.

—¿No estabas seguro? —preguntó Loren, sorprendida.

—Sabía que pisaba terreno firme, pero no tenía una seguridad absoluta.

—¿Qué te hizo sospechar de ella?

—Al principio no tenía más que una corazonada. Cuando llegué aquí, sólo estaba seguro a medias. Pero cuando me vi cara a cara con Specter me pareció obvio que, incluso sentado en la silla, su peso no estaba distribuido como el de un hombre de doscientos kilos. —Pitt levantó la mano y le mostró la cicatriz en la palma—. Luego vi que en el índice de la mano derecha llevaba el mismo anillo que Epona utilizó para hacerme este tajo en la isla Branwen. Ahí tuve la prueba definitiva.

Dunn continuaba gritando para poner orden en la sesión. Sin importarle lo que pudieran pensar los presentes, Loren besó a Pitt en la mejilla.

—Tengo que volver al trabajo. Has abierto una lata de gusanos que cambiará todo el rumbo de la investigación.

Pitt amagó volverse como si fuera a marcharse, pero luego cogió la mano de Loren.

—¿Te va bien dentro de una semana, a contar desde el domingo?

—¿Qué pasará dentro de una semana a contar desde el domingo?

En el rostro de Pitt apareció la sonrisa de diablo que ella conocía muy bien.

—Es el día de nuestro casamiento. He reservado la catedral de Washington.

Dio media vuelta y salió de la sala mientras la congresista de Colorado lo miraba irse con una expresión de asombro en sus ojos grises.

11 de octubre de 2006, Washington.

Loren no estaba dispuesta a casarse en un plazo de diez días. Insistió en que la boda se realizara un mes más tarde, un plazo que apenas si le daba tiempo para organizar el acontecimiento, reservar un lugar para la ceremonia, encontrar a una modista que le arreglara el traje de novia de su madre y disponer todo lo referente a la recepción que tendría lugar entre la colección de coches antiguos en el hangar de Pitt.

La ceremonia tuvo lugar en la catedral nacional de Washington, que se alza en la cima del monte Saint Alban, una colina desde la que se domina toda la ciudad. Su nombre es Iglesia Catedral de San Pedro y San Pablo, y se construyó en el período que va desde 1907 a 1990. La primera piedra fue colocada en presencia del presidente Theodore Rossevelt. Tiene la forma de una T, con sendas torres en la entrada al pie de la T. La tercera torre, la del campanario, tiene una altura de más de cien metros. La catedral fue construida de acuerdo con el mismo diseño arquitectónico de las catedrales de Europa, ochocientos años atrás. Está considerada como el último ejemplo del más puro estilo gótico en el mundo entero.

En el interior, hay doscientas quince ventanas, muchas de las cuales tienen vitrales que filtran la luz del sol y proyectan sus dibujos en el suelo. Algunos representan motivos florales, otros tienen imágenes religiosas o escenas de la historia norteamericana. La más sorprendente de todas es la denominada Ventana Espacial, un notable trabajo artístico que incluye una piedra lunar.

Cerca de quinientos amigos y familiares asistieron a la ceremonia. Los padres de Loren acudieron desde su rancho en el oeste de Colorado, junto con los dos hermanos y las dos hermanas. El padre de Pitt, el senador George Pitt, y su madre, Barbara, estaban allí, felices al ver que su revoltoso hijo había decidido sentar cabeza y se casaba con una mujer a la que ambos querían y respetaban.

Se presentó todo el grupo de la NUMA: el almirante Sandecker, que parecía pasarlo muy bien; Hiram Yaeger, con su esposa e hijas; Rudi Gunn; Zerri Pochinsky, la secretaria de Pitt, y otros muchos con quienes Pitt había trabajado en los muchos años que llevaba en la Agencia. Julien Perlmutter era otro de los invitados, y él solo ocupaba tres lugares en uno de los bancos.

Un gran número de personas de la flor y nata de Washington figuraban entre el público: senadores, congresistas, funcionarios, hombres de estado e incluso el presidente y su esposa, que estaban en la ciudad y pudieron asistir.

Las damas de honor de Loren eran sus hermanas. La matrona de honor era su secretaria, Marilyn Trask, que trabajaba a su lado desde el inicio de su carrera política. Summer Pitt, que sería su hijastra, era otra de las damas de honor. El padrino no era otro que su compañero de aventuras, Al Giordino, y sus testigos eran su hijo

Dirk, Rudi Gunn y los hermanos de Loren.

Loren vestía el traje de novia de su madre, un modelo de los años cincuenta; encaje y satén blanco con un gran escote en uve, el corpiño bordado, mangas largas de encaje blanco, y una falda de tres capas de satén con un miriñaque para abombarla y hacer que fuera más impresionante. Dirk y su equipo estaban elegantísimos con sus corbatas y chaqués blancos.

El coro de la catedral cantaba mientras los invitados ocupaban sus asientos. Luego callaron, cuando el órgano comenzó a interpretar la marcha nupcial. Todos volvieron la cabeza para mirar hacia la entrada. En el altar, Pitt y sus amigos formados en fila miraban hacia el fondo de la iglesia mientras las damas de honor, encabezadas por Summer, avanzaron por el pasillo.

Loren, del brazo de su padre, no dejaba de sonreír sin apartar la mirada ni por un momento de los ojos de Pitt.

Cuando llegaron al altar, el señor Smith se hizo a un lado y Pitt cogió el brazo de Loren. La ceremonia la ofició el reverendo Willard Shelton, un amigo de la familia de Loren. El rito fue tradicional, sin que el novio y la novia recitaran odas de amor eterno.

Después, mientras la pareja caminaba hacia la salida del templo, Giordino salió a la carrera por una puerta lateral, buscó el coche y lo aparcó delante de la escalera de entrada en el mismo momento en que Pitt y Loren salían de la catedral. La tarde era hermosa, con unas nubes blancas que cruzaban majestuosamente el cielo azul. Loren se volvió para lanzar su ramo de novia. La afortunada en cogerlo fue la hija mayor de Hiram Yaeger, que se puso roja como un tomate y se echó a reír.

Giordino esperaba al volante del Marmon V16 color rosa, mientras Pitt le abría la puerta a Loren y la ayudaba a subir para que no se estropeará el vestido. El alpiste, que había reemplazado al arroz que ya no era aceptable, llovió sobre ellos cuando se despidieron de la multitud. Giordino puso la primera y el gran coche se alejó de la escalinata de la catedral. Condujo a través de los jardines hasta Wisconsin Avenue y giró hacia el río Potomac y el hangar de Pitt, donde se celebraría la recepción. El cristal que separaba la cabina de los pasajeros del asiento del conductor estaba subido, así que Giordino no escuchaba la conversación que mantenían Pitt y Loren.

—Bueno, la mala obra ya está hecha —comentó Pitt, con una carcajada.

Loren le pegó en el brazo con el puño.

—¡Mala obra! ¿Es así como llamas a nuestra preciosa boda?

Él le cogió la mano y contempló la alianza que le había puesto en el anular. Tenía un rubí de tres quilates, rodeado de esmeraldas pequeñas. Después de las hazañas de Shockwave, sabía que los rubíes y las esmeraldas eran cincuenta veces más escasos que los diamantes, que en realidad inundaban el mercado.

—Primero me encuentro con dos hijos mayores que ni siquiera sabía que tenía, y

ahora tengo a una esposa a la que mimar.

—Me gusta la palabra mimar —afirmó Loren. Le echó los brazos al cuello y lo besó en los labios.

Cuando por fin él consiguió apartarla, susurró:

—Esperemos a comenzar la luna de miel.

Loren se echó a reír y volvió a besarlo.

—Todavía no me has dicho a qué lugar me llevarás. Te lo tienes muy callado.

—He alquilado un pequeño velero en Grecia. Navegaremos por el Mediterráneo.

—Suenan fantástico.

—¿Crees que una chica de Colorado podrá aprender a izar velas y a pilotar?

—Tú espera y ya me dirás.

No tardaron en llegar al hangar de Pitt. Giordino utilizó el control remoto para desconectar las alarmas y abrir la puerta. Luego entró con el coche en el piso principal. Pitt y Loren se apearon del coche y subieron la escalera hasta el apartamento, donde se vistieron con prendas más cómodas para la recepción.

Julien entró en el hangar como un elefante en una cacharrería y comenzó a dar órdenes a los camareros. Se secó el sudor de la frente porque hacía un día caluroso y húmedo —muy típico del veranillo de San Martín— y reprendió al jefe de comedor de Le Curcel, el restaurante con tres estrellas Michelin que había contratado para que sirvieran la comida.

—Estas ostras que ha traído tienen el tamaño de cacahuetes. Sencillamente son impresentables.

—Las mandaré retirar y traeré otras ahora mismo —prometió el hombre antes de salir a la carrera.

Los invitados no tardaron en llegar y les sirvieron champán californiano mientras ocupaban las mesas distribuidas por el hangar. En las mesas del bufé dispuestas alrededor de la vieja bañera con motor fuera de borda que Pitt había utilizado para escapar de Cuba años atrás, había comidas exquisitas. En las fuentes de plata y en los boles con hielo estaban todas las variedades que ofrecía el mar, incluidos abulones y erizos. Perlmutter estaba orgulloso de sí mismo por haber preparado un menú irrepetible.

El almirante Sandecker fue de los últimos en llegar, y cuando lo hizo le dijo a Pitt que quería hablar con él a solas. Pitt lo llevó a uno de los camarotes del vagón del Manhattan Limited Pullman que utilizaba como despacho. Sandecker esperó a que Dirk cerrara la puerta y se sentara para encender uno de sus enormes puros y soltar una bocanada de humo azul hacia el techo.

—Ya sabrás que el vicepresidente Holden está delicado de salud —comenzó el almirante.

—He escuchado rumores.

—La situación es mucho peor. No creen que pase del mes.

—Lo siento mucho —dijo Pitt—. Mi padre lo conoce desde hace treinta años. Es un buen hombre.

Sandecker miró a Pitt y esperó atento su reacción.

—El presidente me ha pedido que lo acompañe en las próximas elecciones.

Las hirsutas cejas negras de Pitt se unieron cuando frunció el entrecejo.

—El presidente lleva todas las de ganar. No sé por qué, pero no me lo imagino a usted como vicepresidente.

Sandecker se encogió de hombros.

—Es un trabajo mucho más sencillo que el que tengo ahora.

—Sí, pero la NUMA es su vida.

—Me hago mayor y estoy quemado después de veinticinco años en el mismo empleo. Es hora de un cambio. Además, no pienso ser uno de esos vicepresidentes que no hacen nada. Me conoces desde hace mucho tiempo y sabes que cogeré del cuello a esos tipos del gobierno y les daré una buena sacudida.

Pitt se echó a reír.

—Sé que no se encerrará en un armario de la Casa Blanca ni se quedará callado cuando algo no le guste.

—Sobre todo cuando se trate de cuestiones medioambientales referidas al mar —dijo Sandecker—. Si lo piensas un poco, puedo hacer mucho más por la NUMA desde la Casa Blanca que desde mi lujoso despacho al otro lado del río.

—¿Quién lo sucederá como cabeza de la NUMA? —preguntó Pitt—. ¿Rudi Gunn?

Sandecker sacudió la cabeza.

—No, Rudi no quiere el trabajo. Se siente mucho más cómodo siendo segundo.

—Entonces, ¿a quién buscará?

Una sonrisa astuta apareció en el rostro del almirante.

—A ti —respondió lacónicamente.

Pitt tardó un segundo en comprender lo que había dicho.

—¿A mí? No lo dirá en serio.

—No se me ocurre nadie más capacitado que tú para llevar las riendas.

Pitt se levantó de la silla y se paseó por el camarote.

—No, no, yo no tengo pasta de administrador.

—Gunn y su equipo se ocuparán de la rutina —explicó Sandecker—. Con tu historial, eres el candidato perfecto para actuar como el principal portavoz de la NUMA.

Pitt comprendió que era una decisión muy importante.

—Tendré que pensarlo.

Sandecker se levantó y fue hacia la puerta.

—Piénsalo mientras disfrutas de la luna de miel. Ya volveremos a hablar cuando tú y Loren estéis de regreso.

—Tendré que discutirlo con ella primero, ahora que estamos casados...

—Ya hemos hablado. Está a favor.

Pitt clavó al almirante una mirada de acero.

—Es usted el mismísimo diablo.

—Sí, lo soy —admitió Sandecker alegremente.

Pitt volvió a la recepción. Alternó con los invitados, y se sacó fotos con Loren y sus padres. Estaba hablando con su madre cuando se acercó Dirk y lo tocó en el hombro.

—Papá, hay un hombre en la puerta que quiere verte.

Pitt se disculpó y se abrió paso entre la multitud y los coches de su colección. En la puerta se encontró con un hombre mayor, de unos setenta años, con los cabellos y la barba blancos. Tenía casi la misma estatura de Pitt y si bien sus ojos no eran verdes compartían el mismo brillo.

—¿En qué puedo servirlo? —preguntó Pitt.

—En una ocasión coincidimos en un concurso de coches antiguos y quedamos en que algún día vendría a ver su colección.

—Sí, por supuesto. Yo presenté mi Stutz y usted llevó un Hispano Suiza.

—Eso es. —El hombre vio que estaban celebrando una fiesta y añadió—: Creo que he venido en mal momento.

—No, no —le aseguró Pitt, con su mejor humor—. Me acabo de casar. Está usted invitado a unirse a la fiesta.

—Es muy amable de su parte.

—Lo siento, pero no recuerdo su nombre.

El hombre lo miró con una sonrisa.

—Cussler, Clive Cussler.

Pitt observó al hombre mayor durante unos momentos.

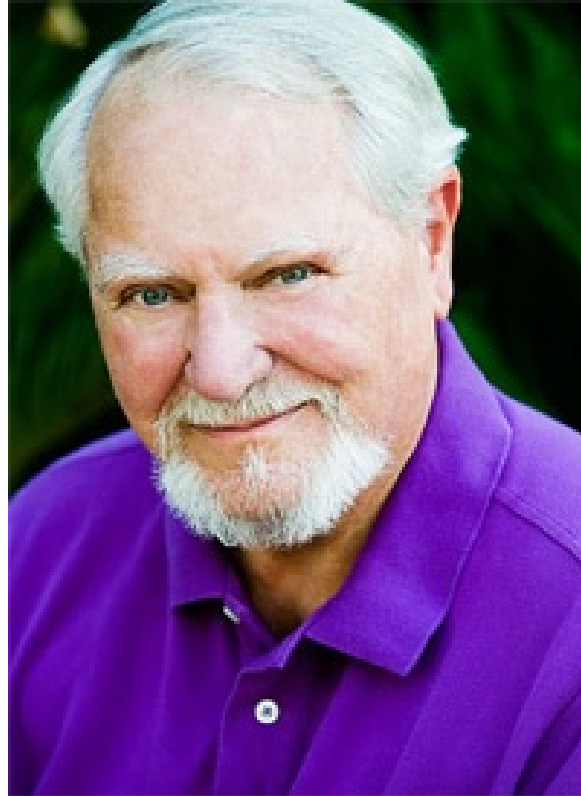
—Es curioso —dijo con un tono vago—. Tengo la sensación de que nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Quizá en otra dimensión.

Pitt apoyó un brazo sobre los hombros de Cussler.

—Venga, Clive, entremos antes de que mis invitados se beban todo el champán.

Juntos, entraron en el hangar y cerraron la puerta.



CLIVE CUSSLER. Nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el ítaloamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugó la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de estados unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premios, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para revistas. En 1973 publicó la

que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The Mediterranean Caper* (*Peligro en el mediterráneo*). Fue con su tercera novela, *Raise the Titanic* (*Rescaten el Titanic*) con la que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un *parking* en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así porque es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, «*The Sea Hunters*». («*Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el título de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de «El club de exploradores de Nueva York», la «*Royal Geographic Society*» de Londres, y la «*American Society of Oceanographers*». También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, «*Dragon*», de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.

Notas

[1] Referencia al libro del mismo autor El secreto de la Atlántida. (N. del T.) <<